

GENE WOLFE

# ESPECIES EN PELIGRO

Traducción de Ramón Alonso

Título original

ENDANGERED SPECIES

Traducido de la edición de

Tom Doherty Associates, Inc., Nueva York, 1989



**grijalbo**

Diseño cubierta: SDD, Servéis de Disseny, S.A.

Ilustración serie: Eduardo Manso

Ilustración cubierta: Laura Pontón

© 1989, GENE WOLFE

© 1993, EDICIONES GRIJALBO, S.A.

Aragó, 385, Barcelona *Primera edición Reservados todos los derechos* ISBN: 84-253-2175-1 Depósito legal: B. 22.749-1993 Impreso en Libergraf, S.A., Constitució, 19, Barcelona

## índice

|  |     |
|--|-----|
| <i>Introducción</i> .....                        | 9   |
| Una cabana en la costa.....                      | 13  |
| El mapa .....                                    | 29  |
| Kevin Malone .....                               | 46  |
| El desaparecer de June.....                      | 59  |
| La muerte de Hyle.....                           | 67  |
| Del cuaderno de notas del doctor Stein .....     | 75  |
| Thag .....                                       | 83  |
| El hombre de Nebraska y la nereida .....         | 91  |
| La casita de mazapán .....                       | 102 |
| El hombre sin cabeza .....                       | 124 |
| La última apasionante historia maravillosa ..... | 132 |
| La casa de los antepasados .....                 | 165 |
| Nuestro vecino por David Copperfield .....       | 195 |
| Cuando yo era Ming el Cruel .....                | 212 |
| El dios y su hombre .....                        | 221 |
| El gato'.....                                    | 228 |
| Guerra bajo el árbol .....                       | 236 |
| Eyebem .....                                     | 244 |

|   |     |
|---|-----|
| Los HOMOL de la guerra.....                                 | 257 |
| El detective de los sueños .....                            | 281 |
| Peritonitis .....   | 303 |
| La mujer que amaba al centauro Pholus .....                 | 310 |
| La mujer a la que el unicornio amaba.....                   | 321 |
| Los espías de la paz .....                                  | 344 |
| Todos los colores del Infierno .....                        | 353 |
| Procreación .....   | 370 |
| Lukora .....  | 381 |
| Suzanne Delage .....  | 391 |
| Dulce doncella del bosque .....                             | 399 |
| Mi libro.....   | 405 |
| El otro hombre muerto .....                                 | 407 |
| La mujer más bella del mundo .....                          | 432 |
| El cuento de la rosa y el ruiseñor<br>(y lo que pasó) ..... | 448 |
| Silueta .....   | 480 |
| <i>Ediciones originales de los relatos</i> .....            | 544 |

## Introducción

Es tradición afirmar dogmáticamente en estos casos que todo cuento debe tener un comienzo, un núcleo y un final: éste es el látigo con el que editores y otros críticos fustigan a los escritores. Y sí es verdad que un cuento debe escribirse así, aunque no sirva de mucho saberlo. Los autores cuyas historias carecen de uno de estos tres elementos imprescindibles —lo cual es poco frecuente— creen siempre en la presencia del elemento que falta; y lo cierto es que un buen cuento ha de tener mucho más.

Yo necesito una voz no cambiada a posta (como la del líder típico en «Cuando yo era Ming el Cruel»), al menos un personaje (por ejemplo, el loco que compone «Mi libro») y, como mínimo, un hecho que narrar, aunque en algunos de estos cuentos quizá tengáis que buscar con mucha atención para hallarlo. Y sobre todo, el cuento ha de tener un lector, requisito que se deja de lado con gran frecuencia. Esos mismos críticos que dedican centenares de páginas a discutir las diversas peculiaridades de la supuesta naturaleza del autor suelen no dedicar ninguna a esa persona mucho más importante, el lector para quien aquél ha escrito. Y no lo digo jocosamente, simplemente para entreteneros: se trata de un fallo que descalifica en gran medida los esfuerzos de estudiosos y fabricantes de hipótesis. Equivale a decir que la letra es más importante que el contenido, el signo más importante que la imagen cambiante creada a partir de él y el anzuelo más importante que el pez. Se trata, naturalmente, de un error totalitario, producto de las aulas, de un error salido de una exigencia habitual que es en el profesor la de que el material asignado sea leído y su opinión al respecto aceptada sin discusión.

Pero los cuentos son mucho más antiguos que las aulas. Nacieron en una época en que el narrador —o la narradora, porque los primeros fueron casi con toda seguridad mujeres— conocía a fondo a su público y no ponía ningún reparo a alterar la narración para adecuarla a sus oyentes. El oyente —todo verdadero lector «oye» el cuento con su oído mental— es un elemento más esencial que la monstruosa bestia que cae muerta al otro lado de la montaña o el castillo sobre la colina de cristal o el espejo tras el cual la hermana de Gene vislumbra un océano en «La historia de la hermana».

Permíteme, pues, que te describa al lector para quien yo he escrito todos estos cuentos. Los he escrito para ti. No para un profesor, ni tampoco para mí mismo, ni, por supuesto, para los diversos editores que me los han comprado, a menudo de muy mala gana, después de que hubieran sido rechazados por otros. Verás, yo no soy un académico que escriba para recibir críticas. (Para los académicos la crítica es la parte más importante de todo el proceso, en lo cual se equivocan por completo.) Tampoco soy una de esas personas autoindulgentes que escriben para poder admirar luego su propia inteligencia; sí que me admiro, a veces; pero siempre tengo que lamentarlo después. (Hace unos días oí a un joven escritor decir: «Me lo he pasado bien, y no es eso». Este autor expresó con exactitud lo que yo siento.) Tampoco soy lo que se llama un escritor comercial, el tipo de persona que se aviene a todo con tal de complacer a los editores esperando así poder ganar mucho dinero. Hay modos más fáciles de conseguir dinero.

Es ésta una verdad sencilla: esta noche tú y yo, junto con otros miles de millones de seres humanos, estamos sentados en torno al fuego que llamamos «el sol», contando historias; y, de vez en cuando, me toca a mí hacer de narrador. Yo he recordado en ocasiones que, si bien tú no eres ya un niño, sigue viviendo en ti el niño, porque aquellos en quienes el niño ha muerto no se sientan a escuchar historias. Así es cómo escribí «Guerra bajo el árbol», y otras. Sabiendo como sabes lo que es amar y quedarse sin amor, quizá te parezca bien «Una cabaña en la costa». Porque a veces has compadecido a otros, yo te cuento «Nuestro vecino por David Copperfield» y, porque otros te han compadecido a veces a ti, «El hombre sin cabeza». Ambos hemos buscado y no hemos encontrado, tú y yo, y de ahí surge «El mapa». Hemos buscado y hemos encontrado, y de ahí, «El detective de los sueños».

Eres una mujer a quien divierten los hombres, y también un hombre a quien cautivan las mujeres. Te das cuenta de que sólo en nuestro tiempo la vida se ha vuelto lo bastante fácil como para que un puñado de nosotros podamos revocar nuestra antigua alianza; creo que casi todos los cuentos que aquí leerás reflejan este hecho. Los demás dependen de ti, tan constante, y tú dependes de ellos. Tu viva imaginación está gobernada por la razón; te resulta difícil hacer amigos, si bien eres buen amigo de los que ya tienes. En algunos momentos habrás temido estar loco, y en otros habrás creído que eras la única persona cuerda del mundo. Eres paciente, pero al mismo tiempo ansioso.

Lo que a mí más me importa es que cooperes de buen grado conmigo en la construcción de todos estos cuentos; no hay dos lectores que hayan escuchado jamás la misma historia, y la historia verdadera es algo que se va creando entre el que la cuenta y el que la escucha. Si me he equivocado con respecto a ti, agradeceré me lo digas la próxima vez que nos encontremos.

Las mismas autoridades que insisten en la necesidad de comienzos, centros y finales, declaran que la «Gran Literatura» (con lo cual se refieren a las historias que les han enseñado a admirar) trata del amor y la muerte, mientras que la simple ficción popular de este tipo trata del sexo y la violencia. Sin embargo, lo que para un lector es el sexo para otro es el amor; y lo que para uno es la violencia, para el otro la muerte. No puedo decirte si vas a hallar amor o sexo en «El hombre de Nebraska y la nereida», muerte o violencia en «Silueta», o bien, como era mi esperanza al escribir esto, nueva vida (ya que no todo es sexo en la vida) y un nuevo comenzar.

## Una cabaña en la costa

Habríase dicho el dibujo de un barco hecho por un niño. Parpadeó una y otra vez. Había velas y mástiles, desde luego. Y una chimenea, tal vez dos. Si es que en realidad el barco estaba allí. Volvió a la cabaña que tenía su padre en la playa, subió los cinco peldaños de madera y se limpió los pies en la estera de coco.

Lissy seguía en la cama, pero estaba despierta y se había incorporado. Debía de haber sido el chirriar de sus pasos, pensó él.

En voz alta, dijo:

—¿Has dormido bien?

Cruzó la estancia y la besó. Ella lo acarició y dijo:

—No deberías ir al agua sin traje de baño, mi gran nadador. ¿Cómo estaba el Pacífico?

—Pacífico. Y frío. Es demasiado temprano para que haya gente levantada, y de todos modos no hay nadie por aquí en un kilómetro a la redonda.

—Acuéstate, entonces. ¿Y los peces?

—Con el agua salada se pegan las sábanas. Los peces ya los habían visto.

Se dirigió al rincón, donde había una ducha empotrada en la pared. La casita de la playa —Lissy la llamaba cabaña— tenía agua corriente, pero ésta era ferruginosa y sólo corría a veces.

—Podrían arrancártelos de un mordisco. Los tiburones, quiero decir. Los tiburoncitos.

—Castradora.

La ducha tosió, lo vigorizó con un gélido rociado y tosió de nuevo.

—Pareces preocupado.

—No lo estoy.

—¿Tu padre?

Él sacudió la cabeza, y a continuación la metió bajo la ducha al tiempo que se pasaba los dedos por el cabello oscuro y rizado.

—¿Crees que va a venir por aquí? ¿Hoy?

El apartó la cabeza del agua y consideró la pregunta.

—Si es que ha vuelto de Washington, y si supiera que estamos aquí...

—¿Cómo iba a saberlo?

Él cerró la ducha y cogió una toalla, ya mojada y un tanto arenosa.

—No hay modo de que lo sepa.

—Pero podría adivinarlo. —Lissy no sonreía ya—. ¿A qué otro sitio podríamos haber ido? Oye, ¿qué ha pasado con mi ropa interior?

—A tu casa. A la de tus viejos. A cualquier motel.

Ella se sentó en el borde de la cama, las largas y doradas piernas asomando por debajo de la sábana que le cubría el regazo. Sus senos eran unos hemisferios casi perfectos, con sólo las tiernas protuberancias de unos pezones rosados. Él estaba seguro de no haber visto jamás unos senos como éstos. Se sentó en la cama a su lado.

—Te quiero mucho —dijo—. ¿Lo sabes?

Este comentario hizo que ella sonriera de nuevo.

—¿Quiere decir eso que vuelves a la cama?

—Si tú quieres.

—Quiero que me des una lección de natación. ¿Qué pensará la gente si les digo que he estado aquí y no me he dado un baño?

—Que te tocaba lo del mes —contestó él con una mueca.

—¿Sabes lo que eres? ¡Un guarro! —Le dio un empujón—. ¡Un guarro asqueroso! Voy a arrancarte las orejas. —Enredados en la sábana, cayeron juntos al suelo—. ¡Aquí están!

—¿Qué es lo que está aquí?

—Mi sujetador y mis bragas. Los habremos metido debajo de la cama con los pies. ¿Dónde están las bolsas?

—Siguen en el maletero. No las saqué.

—¿Quieres traer la mía? Mi traje de baño está allí.

—Claro —respondió él.

—¡Y ponte algo!

—Mi bañador también está en la bolsa.

Encontró sus pantalones y cogió las llaves del Triumph.

Fuera, el sol estaba más alto y el helor de la mañana otoñal casi había desaparecido. Buscó el barco y lo vio. Luego, éste se desvaneció con un guiño, como una estrella.

Al anoecer, hicieron un fuego con leña arrojada a la orilla y asaron las grandes y grasientas salchichas italianas que él se había traído de la ciudad; metidas en medio del pan blanco, parecían unos gigantes perritos calientes. Había comprado también vino tinto en el supermercado, y lo pusieron a enfriar en las aguas del Pacífico.

—No había comido tanto en mi vida —dijo Lissy.

—Si todavía no has comido nada...

—Ya sé, pero si no tuviera tanta hambre me sentiría llena sólo de ver este bocadillo.

—Arrancó la punta de un mordisco—. ¡Nam, ñam, así!

- ¿Qué?

—Castradora. Es lo que me has llamado esta mañana, Tim. Ya te daré yo castradora.

—No hables con la boca llena.

—Pareces mi madre. Dame un poco de vino. Lo estás acaparando.

—No está mal —dijo Tim pasándole la botella—, si te da igual que carezca absolutamente de carácter.

—¿Acaso no me acuesto contigo?

—Pero yo sí tengo carácter, sólo que cascado.  
—Dijiste que querías casarte.  
—Vamonos. Te acabas el vino en el coche.  
—Te has bebido la mitad de la botella. Estás demasiado borracho para conducir.  
—¡Hostia tonta!  
Lissy rió entre dientes.  
—Has dicho «hostia tonta». ¡Eso sí que es carácter!  
Él se puso en pie.  
—Venga, vamonos ya. Reno está a sólo setecientos cincuenta kilómetros. Podemos casarnos allí por la mañana.  
—¿Lo dices en serio, verdad?  
—Si tú también quieres.  
—Siéntate.  
—Estabas poniéndome a prueba —dijo él—. Eso no está bien, digo yo.  
—Has estado tan preocupado todo el día... quería saber si era por mí, si creías haber cometido un espantoso error.  
—Hemos cometido un error —respondió él—. Precisamente, ahora intentaba arreglarlo.  
—Crees que tu padre va a ponértelo difícil...  
—A ponérselo.  
—... a ponérselo, porque esto podría perjudicarlo en las próximas elecciones.  
Tim movió negativamente la cabeza.  
—No es eso. Bueno, tal vez lo sea, en parte. Pero, además, él sabe lo que quiere. Tú no entiendes a mi padre.  
—Yo también tengo un padre.  
—No como el mío. Ryan era casi un hombre cuando abandonó Irlanda. Había ido a la escuela de monjas y todo eso. Y además, tengo seis hermanos mayores y dos hermanas. Tú eres la mayor de tus hermanos. Seguro que Ryan tiene al menos quince años más que tus padres.  
—¿Se llama de verdad así? ¿Ryan Neal?  
—Se llama en realidad Timothy Ryan Neal, igual que yo. Yo soy Timothy, hijo. Cuando se metió en política empezó a utilizar el nombre de Ryan porque había ya otro Tim Neal, y yo siempre me he llamado Tim para no tener que poner lo de «hijo».  
—Yo voy a llamarlo también Tim, como debían de llamarlo las monjas cuando era chico. El Gran Tim. Y tú serás el Pequeño Tim.  
—Por mí está bien. No sé si al Gran Tim le va a gustar.  
Algo se movía, al parecer, allí donde se había puesto el sol. Algo más oscuro contra el horizonte ya oscuro.  
—¿Por qué eres tú Timothy hijo? Normalmente eso queda reservado para el mayor.  
—El no quería, y no se lo permitió a mamá. Pero ella sí quería, y yo nací durante la convención demócrata de ese año.  
—Y él tuvo que ir, por supuesto.  
—Sí, Lissy, tuvo que ir. Si no entiendes eso es que no sabes nada de política. Creían que yo iba a esperar unos días más y, bueno, mamá había tenido ya ocho crios sin problemas. En todo caso, a él no le venía de nuevo: era también el menor de siete hijos. Así que mamá me puso el nombre que le vino en gana.  
—Y luego murió. —Las palabras sonaron tenues y solitarias, cubiertas por la fuerte resaca.  
—No fue por eso.  
Lissy empujó la botella de vino y Tim vio palpar su garganta por tres veces.  
—¿Moriré yo por eso, Pequeño Tim?  
—No creo. —Tim intentó pensar en algo fino y consolador—. Si decidimos tener hijos, tendré que correr ese riesgo.  
—¿Que tú tendrás que correr el riesgo? Esa sí que es gorda.  
—Los dos tendremos que correrlo. ¿Crees que fue fácil para Ryan criar él solito a nueve niños?  
—Lo quieres, ¿verdad?  
—Claro que lo quiero. Es mi padre.  
—Y ahora crees que quizá fe estés ocasionando un buen problema. Por mi culpa.  
—No es por eso por lo que quiero que nos casemos, Lissy.  
Lissy miraba fijamente las llamas; él ni siquiera estaba seguro de que hubiera oído sus palabras.

—Bueno, ahora sé por qué en las fotos siempre está tan malcarado, tan paliducho.

Tim se puso de nuevo en pie y dijo:

—Si has terminado de comer...

—¿Quieres volver a la cabana? Puedes follarme aquí mismo en la playa... no hay nadie aparte de nosotros.

—No me refería a eso.

—Entonces, ¿para qué volver allí a contemplar las pa-redes? Aquí fuera tenemos el fuego y el océano. La luna va a salir dentro de nada.

—Haría menos frío.

—¿Con ese hornillito de queroseno? Yo prefiero quedarme aquí junto al fuego. Dentro de un momento voy a enviarte a buscar más leña. Si quieres, puedes ir corriendo hasta la cabana y ponerte también una camisa.

—Yo estoy bien.

—Cada cual en su papel. Seguro que el Gran Tim te ha dicho todo lo que hay que decir al respecto. La mujer tiene a los niños y mantiene encendido el fuego de la casa. Pero tú no vas a terminar con la cara de él, ¿verdad, Pequeño Tim?

—Yo creo que sí. El se parecía mucho a mí.

—¿De veras?

Tim asintió con la cabeza.

—Le sacaron una foto justo después de iniciar su carrera política. Se presentaba como jefe de comité del distrito, y le hicieron un cartel. Todavía tenemos la foto, y se parece a mí con cuello alto y un sombrero graciosísimo.

—¿Verdad que ella lo sabía? —preguntó Lissy. Por un instante, Tim no entendió lo que ella quería decir—. Ahora ve a por más leña. Pero no te canses demasiado porque, cuando vuelvas, vamos a tener que ocuparnos de eso que tanto te inquieta y vamos a pasar la noche en la playa.

Cuando regresó, Lissy dormía, pero Tim la despertó mientras la llevaba de vuelta en brazos a la cabana de la playa.

A la mañana siguiente, se despertó y estaba solo. Se levantó, se afeitó y duchó, suponiendo que ella habría ido en coche al pueblo a comprar algo para el desayuno. Llenó la cafetera y la puso al fuego antes de mirar por la ventana trasera y ver el Triumph que seguía esperando junto al camino.

No había nada por lo que alarmarse, desde luego. Lissy se había despertado antes que él y había ido a darse una zambullida matinal. Él había hecho lo mismo la mañana anterior. Aquellos pedacitos de tela verde que constituían el traje de baño de Lissy colgaban del respaldo de una desvencijada silla, y además estaban todavía húmedos de la noche anterior. ¿Quién iba a ponerse un bañador húmedo y pegajoso? Se habría metido en el mar desnuda, igual que él.

Miró por la otra ventana, deseoso de verla chapotear en la resaca aguardándolo a él. El barco estaba ahí, ahora más cerca y balanceándose como un navío abandonado. No salía humo alguno de la desgarrada chimenea ni tenía las velas izadas, pero del aparejo colgaban banderolas oscuras. Luego, el barco desapareció y quedaron las gaviotas volando en círculos y el océano vacío. Tim la llamó, pero no hubo respuesta.

Se puso el pantalón corto y una chaqueta y salió al exterior. El viento había alisado la arena. La marea había subido y borrado la hoguera, llevándose de nuevo la leña flotante recogida por él.

Estuvo paseando arriba y abajo por la playa durante dos horas, llamándola y diciéndose a sí mismo que no pasaba nada. Mientras hacía un esfuerzo por no imaginar a Lissy muerta, sólo podía pensar en los titulares, en los noventa segundos de las noticias de las diez, en la cara que pondría Ryan y en cómo Pat lo miraría (Pat eran todos sus hermanos). Y cuando conseguía apartar estas ideas de su mente, ahí estaba Lissy de nuevo, muerta, el cabello claro enmarañado y entrelazado de algas mientras rodaba en medio de la resaca y los cangrejos verdes se cebaban en sus brazos.

Subió al Triumph y se dirigió al pueblo. Al llegar a la pequeña comisaría, se sentó ante la mesa de un agente de policía gordo y le contó su historia. El poli gordo dijo:

—Chico, ya entiendo por qué deseas que no armemos ruido.

Tim permaneció callado. Había un pisapapeles sobre la mesa: una pelota de béisbol de cristal blanco.

—Probablemente creerás que vamos a ir a por ti, pero te equivocas. Mañana informaremos de la desaparición de una persona, pero queda claro que no hay que mencionar en el informe para nada ni a ti ni al senador, y no lo haremos.

—¿Mañana?

—Tenemos que esperar veinticuatro horas, por si aparece. Es la ley. Pero, chico... —El policía miró sus notas.

—Tim.

—Exacto: Tim. No va a aparecer. Más vale que te hagas a la idea.

—Podría estar... —Sin querer, Tim dejó que las palabras se perdieran en el aire.

—¿Dónde? ¿Crees que te ha dejado plantado y se ha vuelto a su casa? Podría ser que hubiera salido al camino y se hubiera puesto a hacer autoestop, pero dices que sus cosas siguen allí. ¿Un secuestro? ¿Quién habría podido sacarla de la cama sin que tú te despertaras? ¿La has matado tú?

—¡No! —exclamó Tim al tiempo que las lágrimas, inconteniblemente, rodaban por sus mejillas.

—Exacto. He hablado contigo y no creo que lo hayas hecho. Pero eres el único que ha podido hacerlo. Si el mar deposita el cuerpo en la playa, tendremos que investigar eso. —Las manos de Tim, tensas, se aferraron a los brazos del sillón de madera. El poli gordo le acercó una caja de pañuelos de papel por encima de la mesa—. Sin embargo, mientras no aparezca en la playa, no es más que una persona desaparecida, ¿de acuerdo? Pero está muerta, chico, y vas a tener que hacerte a la idea. Te voy a decir lo que ha ocurrido.

El poli se aclaró la garganta.

—Se ha levantado mientras tú dormías, probablemente cuando empezaba a hacerse de día más o menos. Ha hecho exactamente lo que tú creías que había hecho: ha ido a darse un bañito refrescante antes de que tú te despertaras. Se ha alejado demasiado, y probablemente ha sufrido un calambre. Las aguas del océano están ahora frías como el hielo. A lo mejor ha gritado, pero si lo ha hecho estaba demasiado lejos y el ruido de las olas ha apagado su voz. La gente suele creer que cuando alguien se ahoga allá como una sirena de bomberos, pero no es así: no tienen el aire suficiente. A veces no emiten el menor sonido.

Tim tenía la mirada clavada en el reluciente pisapapeles.

—Por esta zona la corriente discurre a lo largo de la costa, seguramente lo sabes. Nadie debería echarse al agua sin que haya otra persona cerca, pero a veces parece que eso es lo que hacen todos. Perdemos aproximadamente una docena al año. En cuatro o cinco casos, quizá los encontramos. No puedo decirte nada más.

Cuando regresó, la cabana de la playa parecía abandonada. Aparcó el Triumph, entró y encontró el hornillo todavía encendido y el café convertido en una masa de alquitrán. Sacó la cafetera al exterior, volcó su contenido, fregó la cafetera con arena de la playa y la enjuagó con agua del mar. Ahora, con el agua hasta la cintura, podía ver el barco, que a través de la ventana de la cabana no se veía. Lanzó la cafetera a la orilla y nadó una corta distancia, pero, cuando levantó la cabeza, el barco había desaparecido.

De vuelta en la cabana, preparó de nuevo café y metió las cosas de Lissy en su maleta. Cuando hubo terminado, se dirigió de nuevo al pueblo.

Ryan seguía en Washington, pero Tim le dijo a su secretaria dónde estaba.

—Por si acaso alguien me da por desaparecido —dijo.

Ella rió.

—El agua debe de estar muy fría para nadar.

—A mí me gusta así —respondió él—. Quiero darme al menos otro buen baño.

—De acuerdo, Tim. Cuando llame, se lo diré. Que lo pases bien.

—Deséame suerte —dijo él, y colgó.

Cogió una hamburguesa y más café en un automático, volvió a la cabana y caminó un buen trecho por la playa.

Tenía intención de dormir esta noche, pero no podía conciliar el sueño. De rato en rato se levantaba y miraba por la ventana hacia el barco, a veces visible a la luz de la luna y a veces tan sólo una oscura presencia en el bajo cielo nocturno. Cuando llegaron las primeras luces del alba, se puso el bañador y se encaminó hacia el agua.

Nadó un kilómetro o más —según calculaba la distancia recorrida— sin verlo. Luego, de repente, lo tuvo muy cerca, los largos remos iguales a las patas de una araña de agua y la chimenea eructando chispas hacia el cielo todavía de amanecer, chispas que parecían convertirse en nuevas estrellas.

Nadó ahora más de prisa, sabiendo que si el barco se desvanecía él daría media vuelta y se salvaría, y sabiendo también que si el barco retrocedía ante sus ojos, si retrocedía para siempre, se ahogaría. Desaparecía detrás de una ola de color cobalto, y volvía a aparecer. Dio

unas rápidas brazadas y aferró el palo de un remo, pegajoso por el agua del mar; fue como tocar un ser vivo. De pronto se halló sobre cubierta, sin recordar cómo había llegado aquí. Se oía el sonido de pies desnudos golpeando el entarimado, pero no veía tripulación alguna. Una bandera oscura con una extraña inscripción ondeaba a popa, y el vago recuerdo de la visita a un buque de guerra acompañado de su padre hacía unos años hizo que se llevara la mano a la frente. Se oyó un sonido, que podría haber sido una risa o muchas otras cosas. El camarote del capitán estaría también a popa, pensó. Se dirigió hacia allí, afianzándose para resistir el salvaje embate de las olas, hasta encontrar una puerta.

Dentro, había una cosa negra agachada bajo un palio.

—Vengo a por Lissy —dijo Tim—. No hubo respuesta, pero una pregunta pendía en el aire. La contestó casi sin querer. —Soy Timothy Ryan Neal, y vengo a por Lissy. Devuélvemela.

Una luz, al parecer, disolvió la oscuridad. Bajo el palio, un hombre delgado vestido con ropa de mezclilla chupaba una larga pipa de arcilla.

—Irlandés, ¿verdad? —preguntó.

—Americano —contestó Tim.

—¿Con ese nombre? No te creo. ¿De dónde son tus padres?

—Quiero que vuelva —insistió Tim.

—¿Y si no la consigues?

—Entonces, haré pedazos este barco. Tendrás que matarme o raptarme también.

—Digno del hijo de ese viejo tonto —dijo el hombre vestido de mezclilla. Rascó una cerilla de cocina en la suela de su bota y encendió la pipa—. Siéntate, ¿quieres? No me hace mucha gracia tener que levantar la vista de este modo. Me duele el cuello. Siéntate, y a lo mejor conseguimos llegar a un acuerdo.

—Esto es una locura —dijo Tim—. Todo esto es una locura.

—Sí que lo es —replicó el hombre—. Y todavía hay mucho, mucho más. Será mejor que estés preparado, Tim, mi muchacho. Ahora, siéntate.

Había detrás de Tim, allí donde había estado la puerta, una robusta silla de madera. Se sentó.

—¿Vas a decirme que eres un duende? Te advierto que no voy a creerte.

—¿Yo? ¿Uno de esos tacaños, mezquinos, marrulleros, ladrones y farsantes? Me pegaría un tiro. Mi nombre es Daniel O'Donoghue, rey de Connaught. Y eso, ¿lo crees?

—No —contestó Tim.

—¿Qué es lo que tú crees entonces?

—Que esto... de algún modo, en algún sentido, esto es lo que la gente llama un platillo volante. Que tú y tu tripulación procedéis de un planeta de otro sistema solar.

Daniel se echó a reír.

—Pues éste sí que es un encuentro de primera mano, ¿no es así? ¿Te gustaría verme como un hombrecillo con cuernos de caracol? También puedo hacerlo.

—No te molestes.

—De acuerdo, no lo haré, aunque no estaría mal. Un hombre puede escoger aparecer en esa forma y ser lo que desee, un miembro de las Gentes de la Paz o un hombrecillo de Marte. Yo lo he utilizado para ambas cosas, y no hay nada mejor.

—Te has llevado a Lissy —repitió Tim.

—Y ¿cómo sabes tú eso?

—Creía que se había ahogado.

—¿En serio?

—Y que este barco, o lo que sea, era sólo una señal, un presagio. Hablé con un policía y él me lo dijo, prácticamente, pero no he pensado en serio en sus palabras hasta anoche, cuando intentaba dormirme.

—¿Estás teniendo un sueño? ¿Has pensado en eso?

—Si es un sueño, de todos modos es real —dijo Tim con firmeza—. Y además, he visto este barco cuando estaba despierto, ayer y anteayer.

—O estás soñando ahora que lo has visto. Pero sigue, sigue.

—Dijo que no podían haber raptado a Lissy porque estábamos los dos en la misma cama; que había ido a darse un baño por la mañana y se había ahogado. Pero podían haberla secuestrado, si antes había ido a darse el baño. Si alguien había venido a por ella en un bote. Y no podía haberse ahogado, porque no nadaba lo bastante bien como para ahogarse. Le daba miedo el agua. Nos metimos en el agua ayer y, aunque yo estaba a su lado, apenas era capaz de entrar de rodillas. Así que has sido tú.



—Tienes razón, lo sabes —dijo Daniel formando una pequeña pirámide con los dedos—. Hemos sido nosotros.

Tim recordaba historias que le habían leído cuando era niño.

—Los duendes roban niños, ¿verdad? Y novias. ¿Por eso lo hacéis? ¿Para que creamos que es eso lo que sois?

—Sí, bendito seas, es cierto —contestó Daniel—. Nosotros somos los duendes, y también somos los genios del desierto, y los tripulantes de los platillos en los que dices creer, y cincuenta mil cosas más. ¿Te gustaría verme con calzones de piel de cabra y la flauta de Pan? —Rió entre dientes—. ¿No te has preguntado nunca por qué somos tan parecidos a lo que hay al otro lado? ¿No has pensado nunca que no siempre sabemos qué forma es la mejor para un lugar determinado, y que las náyades y dríades podrían perfectamente ser las damas del Deeny Shee?\* ¿Sabes cómo llaman las gentes de la costa de Berbería al infierno que está debajo de su mar?

Tim negó con la cabeza.

—Pues bien, lo llaman Domdaniel. Pero yo me pregunto por qué será. Tim, dices que quieres a esa chica.

—Exacto.

—Y dices que vamos a tener problemas, y muchos, si no te la entregamos. Pero permíteme que yo te diga que si no la consigues, con nuestra bendición nada menos, te ahogará... No digas ni palabra, por favor, porque es aún peor... Si no la consigues con nuestra bendición, será como si te estuvieras ahogando ya, ahora mismo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí. Bastante bien.

—Ah, eso sí que me gusta. Pues bien, ésta es mi oferta: ¿recuerdas cómo estaban las cosas antes de que nos la lleváramos?

—Naturalmente.

\* Fortaleza subterránea donde habitan las hadas del folclore celta. (*N. del T.*)

\*\* Cámara subterránea ficticia de los cuentos árabes traducidos por Dom Denys Davys, monje francés de origen árabe del siglo XVIII. (*N. del T.*)

—Estarán igual que estaban si haces exactamente lo que yo te diga. Tú sí recordarás, Tim Neal, pero ella no recordará nada de nada. Y lo cierto es que no habrá nada que recordar, porque todo habrá desaparecido, todo, sin dejar rastro. Por ejemplo, ese policía del que me has hablado: tienes mi palabra de que eso no habrá ocurrido.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Tim.

—Un servicio. Servirnos. Hacer cuanto pidamos de ti. Preferiríamos una chica ligera como Lissy que un mozo grandote como eres tú, pero, por otro lado, preferimos alguien dispuesto, porque las chicas reacias se encuentran en cualquier parte... estoy seguro de que tú mismo lo has comprobado. Cien años, eso es todo lo que te pedimos. Algo muy breve, apenas una vida. ¿Lo harás?

—¿Y al final todo será igual que era antes de que os llevarais a Lissy?

—No todo, yo no he dicho eso. Tú recordarás, ¿no recuerdas lo que te he dicho? Pero, para ella y todo cuanto os rodee... en ese sentido, todo será igual.

—De acuerdo —decidió Tim—. Lo haré.

—Eres un muchacho valiente de verdad. Ahora te diré lo que voy a hacer. He dicho cien años, y tú has aceptado... —Tim asintió con la cabeza— ... pero no quiero marineros reacios en mi barco, ni tampoco marineros desagradecidos. Que sean veinte. ¿Qué te parece? No puedo ser más justo, ¿no crees?

La figura de Daniel empezaba a titubear y desvanecerse; la imagen de la masa oscura que Tim había visto al principio pendía en torno a él como una nube.

—Échate boca abajo, porque tengo que poner el pie sobre tu cabeza. Entonces se habrá cerrado el trato.

El océano salado estaba en su boca y en sus ojos. Sus pulmones, a punto de reventar por falta de aire. Se revolvía en el azul abismo de agua intentando nadar, hasta que salió boqueando, como una explosión, a la superficie.

El Rey le había dicho que recordaría, pero los años empezaban a desvanecerse ya. Afanarse, danzar, comprar, espiar, husmear, acechar y traicionar mientras caminaba por el mundo de los hombres. Sirviendo a algo que nunca había acabado de comprender. Surcando mares de bruma que eran a veces de esta Tierra. Flotando por entre las constelaciones. Los años, las bofetadas y los puntapiés se desvanecían, todo

desaparecía y, con ello —de esto se congratulaba—, los días en que había mendigado.

Alzó un brazo intentando recuperar la brazada de antes, y vio que estaba muy cansado. Quizá no hubiera tenido un momento de reposo en todos estos años. Desde luego, no recordaba haber descansado. ¿Dónde se hallaba? Batía el agua sin rumbo, sin saber si se alejaba de la tierra firme, sin saber si se hallaba en medio de un océano. Se sintió elevado por una ola, una larga y lenta subida en el azul bajo el cielo gris. Algo glorioso —el sol naciente, o tal vez el sol poniente— brillaba a su derecha. Nadó hacia allí y vislumbró una costa baja.

Se posó sobre la arena a rastras y allí yació durante un buen rato, sintiendo en la espalda un rocío como de gotas de lluvia. La playa, tan cercana a sus ojos, parecía casi negra. Había trocitos de carbón vegetal, fragmentos de leña a medio quemar. Alzó la cabeza, alejándola del suelo, y vio una botella vacía de vidrio verduzco semienterrada en la arena mojada.

Cuando por fin pudo levantarse, tenía los miembros entumecidos y fríos. De la luz del alba se había pasado a luz del día, pero ésta no le proporcionaba calor alguno. La cabana de la playa se alzaba a sólo unos cien metros, una ventana dorada por el sol, que había penetrado por el otro lado, y las paredes en sombras. El Triumph rojo relucía junto al camino.

Desde lo alto de una pequeña duna, se volvió y miró hacia atrás al mar. Podía ver un carguero negro con una chimenea a franjas rojas y blancas a algo más de un kilómetro, pero sólo era un carguero. Por un instante sintió algo parecido al pesar, una especie de anhelo por una parte de su vida que había aborrecido pero que había desaparecido ya para siempre. «Jamás podré decirle lo que ha ocurrido», pensó. Y a continuación: «Sí podré, si consigo que crea que ahora estoy compensándolo». Y luego: «No es de extrañar que la gente cuente tantas historias. Se acabó todo eso».

Los peldaños crujieron bajo su peso, se limpió la arena de los pies en la estera de coco. Lissy estaba en la cama. Al oír abrirse la puerta, se incorporó y en seguida alzó la sábana para cubrirse los senos.

—Gran Tim —dijo—. Por fin has venido. Tim y yo confiábamos en que vinieras.

Como él no contestara, añadió:

—Ha ido a darse un baño, creo. Estará aquí dentro de un momento.

Y, como él siguiera sin decir nada:

—Nosotros... Tim y yo... vamos a casarnos.

## El mapa

La noche anterior había olvidado todos sus planes y peleado, cegado casi por su propia sangre después de que Laetus le rompiera el aguamanil en la cabeza. Quizá había sido mejor así.

Y sin embargo, si no se hubieran apoderado de su cuchillo mientras dormía, quizá los hubiera matado a los dos.

«El amo Gurloes se enfadará.» Esto es lo que solían decir para darse miedo el uno al otro y hacer que el otro se comportara. Seguro que Severiano también se habría enfadado, y Severiano le había pegado más de una vez. Escupió coágulos de sangre. Le había pegado con mayor dureza que Laetus y Syntyche anoche. Severiano había sido capitán de aprendices el año anterior al de él.

Ahora, Severiano era el Autarca. Severiano era la ley, y los asesinos morían bajo la mano de la ley.

Alguien aporreaba la escotilla. Escupió de nuevo, esta vez en el cubo de los desechos, y gritó en la dirección de la lumbrera. Entraba por ella la suficiente luz como para ver la huella que había dejado Syntyche en su litera mientras yacía de cara al mamparo, fingiendo dormir. Alisó la superficie con las manos.

Buscó por un instante a tientas su ropa y su cuchillo, pero éste ya no estaba. Rió entre dientes y se echó hacia atrás sobre su propia litera estrecha, metiendo ambas piernas al mismo tiempo en los pantalones.

Más golpes; el barco se balanceaba debajo de él mientras el desconocido buscaba otra entrada al camarote. Escupió por tercera vez y, movido por la fuerza de la costumbre, alzó los brazos para correr el cerrojo, que estaba ya abierto.

—¡Escotilla abierta! Baja, sodomita, yo no subo. —El desconocido levantó la escotilla y bajó cautelosamente la empinada escalerilla—. Cuidado con los baos de cubierta.

El desconocido se agachó mientras giraba en torno, era tan alto que no tenía más remedio.

—¿Eres el capitán Eata?

—Siéntate en la otra litera. Nadie la utiliza ya. ¿Qué quieres?

—Pero ¿eres Eata?

—Hablaremos de eso más tarde, quizá. Cuando me hayas dicho lo que quieres.

—Un guía. —Como Eata se tocara el corte de la cabeza y no contestara, añadió—: Me han dicho que eres un hombre inteligente.

—Seguro que eso no te lo ha dicho un amigo.

—Necesito un hombre con un barco para ir río abajo. Necesito que me diga lo que hay que saber en relación con las ruinas. Dicen que tú las conoces mejor que nadie.

—Un asimi —dijo Eata—. Un asimi por día. Y tendrás que ayudarme a manejarlo: mi marinero de cubierta y yo tuvimos una pequeña discusión anoche.

—¿Digamos seis cobres? Sólo hará falta un día, y yo...

Eata no prestaba atención. Se había fijado en la cerradura rota de su baúl, y reía.

—¡La llave está en mi bolsillo! —Agarró por la rodilla al hombre, más joven y más alto—. ¡Los pantalones estaban en el suelo! —En su hilaridad, casi se le atragantaban las palabras.

En las tierras llanas que el mismo Gyoll había creado, el río tenía poca corriente; pero el viento venía del este y el barco de Eata se inclinaba un poco forzado por la amplia vela cangreja. El viejo sol, ahora muy por encima de las torres más altas, pintaba la negra imagen de la vela sobre las aguas oleosas.

—¿Qué haces tú, capitán? —preguntó el desconocido—. ¿De qué vives?

—Hago cualquier cosa por la que me paguen. Carga para el delta y pescado para la ciudad, generalmente.

—Es un buen barco. ¿Lo construiste tú?

—No —contestó Eata—. Lo compré. Demasiado lento para lo que tú estás acostumbrado.

Todavía le dolía la cabeza y se apoyó en la caña del timón al tiempo que se oprimía la sien con una mano.

—Sí, he navegado un poco en un lago que tenemos allí en el norte.

—Yo no he preguntado —le dijo Eata.

—Creo que todavía no te he dicho cómo me llamo: Simulado.

—Un buen nombre, estoy seguro.

El desconocido apartó la mirada por un momento, jugueteando con el cabrestante del foque para que Eata no viera el color subir a sus mejillas.

—¿Cuándo crees que llegaremos a las zonas desiertas de la ciudad?

—A la hora nona aproximadamente, si este viento aguanta.

—No sabía que estuviera tan lejos.

—Habrías debido contratarme más abajo. —Eata soltó una risita—. Y ahí es sólo donde empiezan las zonas muertas. A lo mejor tú quieres ir más lejos.

El desconocido volvió a dirigirle la mirada.

—Es muy grande, ¿verdad?

—Más de lo que imaginas. Esta zona, donde vive la gente, es sólo una especie de línea fronteriza.

—Oye, ¿conoces un lugar donde tres calles anchas se juntan?

—Media docena, tal vez más.

—El más meridional, creo.

—Puedo llevarte lo más lejos al sur que conozco —dijo Eata—. No digo que sea lo más meridional que existe.

—Entonces, empezaremos allí.

—Será de noche cuando lleguemos —le advirtió Eata—. Y al día siguiente será un asimi más.

El desconocido asintió con la cabeza.

—¿Ni siquiera estarnos todavía en la zona en ruinas?

—¿Ves esa ropa? —indicó Eata con un gesto—. Puesta a secar. La gente tiene lo suficiente que comer, así que pueden tener dos o tres camisas, por ejemplo. Más al sur ya no verás eso: una persona que sólo tiene una camisa o una muda no la lava mucho; pero sí verás humo de cocina. Y, más al sur aún, ni siquiera verás eso. Es la ciudad muerta, y la gente no enciende allí fuego alguno por lo que pueda acarrearles el humo. Omófagos, así los llamaba mi vieja profesora. Significa los que comen la carne cruda.

El desconocido miró, al otro lado del agua, los harapos tendidos de las cuerdas. El viento le revolvió el cabello, y las camisas y faldas rotas lo saludaron como una muchedumbre de niños pobres y tímidos temerosos de que no regresara. Finalmente, dijo:

—Aun cuando el Autarca no los proteja, podrían unirse y protegerse entre sí.

—Se tienen miedo entre sí. Viven, de algún modo hay que llamarlo, cribando la vieja

ciudad, con un tamiz más fino de año en año. Todo hombre roba a su vecino si puede y lo mata si encuentra algo que realmente valga la pena. No es preciso que sea algo de gran valor. Un cuchillo con el mango de plata... eso ya es mucho.

Pasado un instante, el desconocido miró la empuñadura de plata de su puñal.

—Creo que podríamos acercarnos un poco aquí —dijo Eata—. Viene un meandro.

El desconocido hizo girar el molinete, y la botavara retrocedió.

A estribor, un *tkalamegus* de popa alta venía río arriba, reluciente al sol como un escarabajo sagrado, todo él dorado y lapislázuli. El viento le era favorable y, mientras observaban —Eata con un ojo puesto en su propia vela—, las entenas bajaron sobre sus robustos mástiles para luego subir de nuevo arrastrando amplios triángulos de seda rosáceo. Los largos remos se encogieron y desaparecieron.

—Han bajado a ver el panorama —dijo Eata al desconocido—. De día no hay peligro, si tienes a bordo un par de tipos jóvenes armados de sables y remeros en los que puedas confiar.

—¿Qué es eso de allí? —El desconocido señalaba, más allá del *tbalamegus*, a una colina coronada de agujas—. Parece fuera de lugar.

—Lo llaman la Vieja Ciudadela. No sé mucho acerca de ella.

—¿Es de ahí de donde procede el Autarca?

—Eso dicen algunos.

Urth miraba ahora al sol casi directamente a la cara, y el viento había pasado a ser un simple susurro. La vela mayor parda y apedazada aleteó, se infló y aleteó de nuevo.

El desconocido permaneció un rato sentado en la borda, con los pies, calzados con botas, colgando al exterior y casi tocando las lisas aguas; luego los balanceó y los posó de nuevo en cubierta como si tuviera miedo de caer.

—Casi puedes imaginártelos subiendo, ¿verdad? —dijo—. Despegando con un grito de plata y dejando atrás este mundo.

—No —respondió Eata—. Yo no puedo.

—Eso es lo que van a hacer al final de los tiempos. Lo he leído en alguna parte.

—El papel es peligroso —advirtió Eata—. Ha matado a muchos más hombres que el acero.

La velocidad del barco apenas era mayor que la de la perezosa corriente. Un aeroplano pasó volando por encima de sus cabezas, veloz y callado como un dardo lanzado por la mano de un gigante, y desapareció en una blanca nube estival para volver a aparecer luego empequeñecido hasta ser casi invisible, una chispa más entre las estrellas apagadas por el día. La vela parda obstruyó la vista que contemplaba el desconocido, la Vieja Ciudadela al nordeste. A pesar de la sombra que le proporcionaba, el hombre sudaba. Se desató el coleteo de cordobán.

Por la noche, en cubierta, se lo ató de nuevo, lo más prieto que pudo. Hacía frío ya y sabía, sin que se lo dijera nadie, que pronto iba a refrescar aún más.

—No me vendría mal una manta —dijo.

—Sólo servirá para que te duermas —contestó Eata moviendo la cabeza—. Anda arriba y abajo y menea los brazos. Así entrarás en calor y te mantendrás despierto al mismo tiempo. Yo subiré a relevarte en la próxima guardia.

El desconocido asintió con la cabeza, distraído, y miró el fanal anaranjado que Eata había colgado de lo alto del mástil.

—Nos van a ver.

—Si no fuera así, no me molestaría en hacer guardia. Pero, si no lo pusiera, cualquier carraca grande pasaría por encima de nosotros como si nada. No se te ocurra apagarlo; créeme, estamos mucho más seguros con el fanal en lo alto y bien encendido. Si se apaga solo, lo bajas y vuelves a encenderlo. Tú haz lo que puedas, y si no consigues encenderlo, me llamas. Si ves otra nave, especialmente si es grande, haz sonar la concha. —Eata indicó el cuerno en forma de espiral que estaba al lado de la bitácora.

El desconocido asintió de nuevo con la cabeza.

—Sus barcos no tienen luces, claro.

—No, ni mástiles tampoco. Además, podría ser que vinieran dos o tres de ellos a nado. Si ves un rostro en el agua que mira fijamente la luz y desaparece, es un manatí. No te preocupes. Pero si ves algo que nada como un hombre, me llamas.

—Lo haré —contestó el desconocido.

Observó mientras Eata abría la escotilla y bajaba al diminuto camarote.

A proa yacían dos botavantes, los hierros de sostén inmersos en la sombra de tinta que producía el saliente de la cubierta inferior, y los extremos puntiagudos sobresaliendo de los

soportes del botavante. Bajó y cogió uno, luego se encaramó a la cubierta de nuevo. El botavante, de tres

anas\* de largo, tenía un chuzo muy feo y un afilado gancho destinado a cortar jarcias. El desconocido lo esgrimía al tiempo que recorría el pequeño espacio de la cubierta, arriba, abajo, a derecha, a izquierda, con los movimientos torpes del hombre que recuerda una habilidad aprendida en la juventud.

Al este, apenas visible, podía percibirse la curva lunar que enviaba hacia él chorros de virescencia en un fluir callado, espumado y sobrenatural. Recortada contra esta luz verde musgosa, la ciudad de la orilla oriental parecía, más que muerta, dormida. Las torres eran negras pero sus ventanas ciegas; así iluminadas por detrás, parecían delatar un sutil resplandor, como si los tenebrosos corredores y estancias desiertos fueran rondados por hecatonquiros,\*\* los mil dedos untados de noctulescencia para iluminar su camino.

Miró hacia el oeste justo a tiempo para ver cómo un par de ojos relucientes se hundían en el agua con un chapoteo apenas perceptible. Miró fijamente el lugar de la aparición por el espacio de una docena de respiraciones, pero no vio nada. Dirigió de nuevo rápidamente la mirada a estribor, hacia lo que era ahora el lado oriental del barco anclado, imaginando que un artero adversario habría pasado nadando por debajo o alrededor de él a fin de cogerlo por sorpresa; el Gyoll se deslizaba impertérrito.

Por el lado del puerto, la sombra del casco se extendía alargada sobre el río de cristal, aunque él habría podido tocar con facilidad el agua con las manos. Ningún esquife o chalupa echado a la corriente desde la costa silenciosa.

Río abajo, la ciudad en ruinas parecía extenderse hasta el infinito, como si Urth fuera una llanura rasa que ocupara todo el espacio y toda Urth estuviera llena de muros

\* Medida de longitud equivalente a un metro aproximadamente. (TV. *del T.*)

\*\*\*\*\* Gigantes de cincuenta cabezas y cien brazos, que ayudaron a Júpiter a vencer a los titanes; eran hijos de Urano y de la Tierra. (N. *del T.*)

desplomados y pilares inclinados. Un ave nocturna voló en círculos por encima de él, bajó en picado hacia el agua y no volvió a alzarse.

Río arriba, los fuegos de las cocinas y las lámparas de grasa de la viviente Nessus no creaban fulgor alguno en el cielo. El río parecía ser la única cosa viva en una ciudad de muerte; y, por un instante, el desconocido se dejó llevar por la convicción de que el mismo frío Gyoll estaba muerto, de que los maderos empapados y los restos de excrementos que transportaba nadaban, por así decirlo, buscando la salida en un interminable viaje hacia la disolución.

Estaba a punto de volverse cuando observó lo que parecía ser una forma humana que venía a la deriva hacia él, con un movimiento apenas discernible. La observó, fascinado e incrédulo, como se dice que miran los gorriones a la serpiente dorada que llaman *soporor*.

Se acercó más. A la luz verde de la luna, el cabello parecía incoloro y la piel de berilina. Vio que se trataba realmente de un ser humano y que flotaba boca abajo.

Una mano extendida tocó la cuerda del ancla, que flotaba sobre el agua, como si quisiera subir a bordo. Por un momento, el cáñamo contuvo los dedos rígidos y el cadáver realizó una lenta pirueta, como la media vuelta de un cuchillo lanzado visto por un ser efímero o el desplome de un despojo por el abismo que separa los mundos. Bajó a la proa e intentó apresarlo con el botavante; no lo alcanzaba por unos centímetros.

Esperó, horrorizado e impaciente. Finalmente, pudo acercarlo y pasar el gancho por debajo de uno de los brazos. El cadáver dio la vuelta con facilidad, con mucha más facilidad de lo que él esperaba, y vio el rostro, comprimido bajo la superficie oscura por el peso del brazo levantado, y saliendo al exterior cuando éste cayó de nuevo al agua.

Era una mujer; estaba desnuda y no hacía mucho que había muerto. En sus ojos fijos se apreciaban todavía rastros de polvillos negros ornamentales; los dientes relucían con un fulgor difuso a través de los labios entreabiertos.

Intentó hacerse un juicio sobre ella, como se lo había hecho acerca de las mujeres cuya avenencia había conseguido por dinero, intentó sopesar los senos con la mirada y alabar o condenar la redondez del vientre; y descubrió que no podía, que, tal como él quería verla, ella estaba fuera de su vista, inalcanzable como los nonatos, inalcanzable como lo fue su madre cuando una vez, de niño, la encontró bañándose.

La mano de Eata sobre su hombro hizo que girara en redondo.

—Mi guardia.

—Esta... —empezó, pero no pudo decir nada más y se quedó señalando.

—Yo la alejaré —dijo Eata—. Tú ve a dormir un poco. Coge la otra litera. No la utiliza

nadie.

Entregó el botavante a Eata y se dirigió abajo, sin apenas saber lo que hacía y casi aplastándose los dedos al cerrar la escotilla.

La cera de una vela goteaba en un plato sobre el baúl roto, y se dio cuenta de que Eata no había dormido. Una de las estrechas literas estaba deshecha. Cogió la otra, no sin antes hacer un triple nudo en la correilla que sujetaba su bolsa al cinturón, se aflojó el colete, colocó los pies calzados con las botas sobre el colchón, delgado y duro, y se tapó con una manta de lana de merino sorprendentemente suave. De un soplido apagó la llama amarilla de la vela, y cerró los ojos.

La mujer muerta flotaba en la oscuridad. La apartó de su pensamiento y dejó que éste volviera a las cosas agradables: la habitación donde había dormido de niño, y el halcón y el perro lebel que habían quedado atrás. Ante sus ojos se extendían los prados montañoses de la hacienda de su padre, moteados de amapola e índigo silvestre, helecho y trébol de flor púrpura. ¿Cuándo cabalgó por ellos por última vez? No podía recordarlo. Las lilas cabeceaban con sus panículas cargadas de miel.

Se enderezó, olisqueando, y casi se rompió la cabeza con los baos de cubierta.

Un sutil perfume languidecía entre los fuertes olores mezclados de la sentina y la vela. Cuando enterró la cara en la manta, estuvo seguro. Justo antes de que llegara el sueño, oyó los sollozos apagados, roncós, de un hombre arriba.

Era la suya la última guardia, cuando las ruinas caían desde el rostro airado del sol como una máscara raída. Había visto torres durante la noche; ahora veía que estas torres estaban semiderruidas y cubiertas de retoños y exuberantes vides verdes. Tal como le habían dicho, no había humo. Habría estado dispuesto a apostar cuanto poseía a que tampoco había nadie.

Eata apareció en cubierta; traía pan, carne seca y mate humeante.

—Me debes otro asimi —dijo.

Desató el triple nudo y sacó uno.

—El último que te doy. ¿O es que vas a hacerme pagar un día más si no eres capaz de devolverme al lugar donde subí a tu barco para mañana por la mañana?

Eata sacudió la cabeza.

—El último, entonces —dijo el desconocido—. Ese punto donde se encuentran tres calles, ¿es en el lado oriental? ¿Allí?

Eata asintió.

—¿Ves aquel espigón? Desde allí, media legua hacia dentro. Estaremos en el espigón antes de primera hora.

Hicieron girar juntos el pequeño cabrestante que subía el ancla. El desconocido sacó el botalón mientras Eata izaba las drizas de la vela mayor.

La brisa marina había llegado, ásperamente anunciada por una bandada de gaviotas blanquinegras que se dirigían tierra adentro en busca de sustento. Empujado con fuerza, el barco cabeceaba de tal modo que el desconocido temió fuera a hundir el espolón en el espigón medio desintegrado. Cogió un botavante para utilizarlo como bichero.

En lo que pareció ser el último momento, Eata viró el timón en ángulo recto y puso la proa al viento.

—Muy bien hecho —dijo el desconocido.

—Bueno, sé navegar. Y pelear también, si es necesario. —Eata hizo una pausa—. Voy contigo, si quieres. —El desconocido movió la cabeza negativamente—. No creía que fueras a decir que sí —añadió Eata—, pero valía la pena probar. ¿Te das cuenta de que pueden matarte ahí?

—Lo dudo.

—Pues bien, yo no. Toma este botavante, tal vez lo necesites. Te esperaré hasta la hora nona, ¿entendido? No más tarde. Cuando tu sombra rodee tus pies, yo me habré ido. Si sigues con vida camina en dirección al norte, tan cerca del agua como te sea posible. Si ves una embarcación, haz señas con la mano. Llámalos. —Eata vaciló por un momento, al parecer sumido en pensamientos—. Enseña una moneda, la más grande que tengas. Eso funciona a veces.

—Estaré de vuelta antes de que te hayas ido —dijo el desconocido—. Pero este botavante debe de haberte costado al menos un asimi. Tendrás que reponerlo si no lo devuelvo.

—No es para tanto —dijo Eata.

—Cuando vuelva, te daré un asimi. Lo consideraremos como el alquiler del botavante.

—Y a lo mejor me quedo un poco de tiempo más con la esperanza de cobrar, ¿verdad?  
El desconocido asintió.

—A lo mejor sí. Pero estaré de vuelta antes de la hora nona.

Después de saltar a tierra, observó cómo Eata se hacía a la vela y luego se volvió para examinar la ciudad que tenía ante sí.

De dos largos pasos llegó hasta el primer edificio en ruinas. Las calles eran aquí estrechas, y los escombros que casi las asfixiaban las hacían aún más estrechas. De entre estos cascotes, y de los grandes bloques partidos de pavimento arenisco brotaban acianos azules y pálidas enredaderas. No se oía otro sonido que el lejano lamento de las gaviotas, y el aire parecía más puro aquí que en el río. Cuando estuvo seguro de que Eata no lo había seguido y de que nadie lo observaba, se sentó en una piedra caída y sacó el mapa. Este estaba envuelto en pergamino aceitado, y a pesar de haberse mojado ligeramente la envoltura, el agua no había penetrado.

No se había atrevido a mirar el mapa casi en ningún momento desde que lo tenía en su poder. Ahora, mientras lo estudiaba a placer bajo la radiante luz del sol, su excitación se veía amargada por una culpa irracional.

Esta mañana de calles podían o no ser las mismas calles que se extendían ante él. Esta serpenteante línea azul podía ser una corriente o un canal, o el mismo Gyoll. El mapa ofrecía todo tipo de detalles, pero eran éstos detalles que en absoluto negaban o confirmaban su adecuada ubicación. Guardó en su memoria cuanto le fue posible, sin dejar de preguntarse qué rasgo de la ciudad derruida o qué esquina podía resultar importante, qué nombre de calle o de construcción podía haber sobrevivido allí donde no quedaba nadie para recordarlo, qué estructura de albañilería o metal podría conservar todavía su antigua forma. Se le ocurrió por un instante que no era el tesoro el que se había perdido, sino él.

Mientras volvía a doblar el cuarteado papel y lo envolvía de nuevo, pensaba —como había pensado tantas veces— acerca de ese algo tan precioso, oculto con tanto esfuerzo por hombres para quienes las estrellas habían sido otras tantas islas. Dejada a su libre albedrío, su imaginación volaba hacia cofres infantiles atestados de oro. Su intelecto consideraba estos gustos como lo que eran y los rechazaba, pero en su lugar sólo era capaz de proponer unas cuantas y oscuras improbabilidades, rumores del conocimiento secreto y terribles armas de antiguos tiempos. Vida y dominio ilimitados.

Se levantó y estudió los edificios desiertos para asegurarse de que no había sido visto. Un zorro estaba sentado sobre el montón más alto de cascotes, la roja cola encendida bajo el sol y los ojos relucientes como cuentas de azabache. Cualquier mirada le daba de pronto miedo, y le

lanzó el botavante. El zorro huyó y el botavante bajó rodando con estrépito por el otro lado y se perdió de vista. Se encaramó al montículo y buscó por entre los florecientes cadillos y dientes de león, pero también el botavante había desaparecido.

Tardó un buen rato en llegar a la zona donde se encontraban tres calles, y más aún en hallar su intersección. De algún modo, se había desviado hacia el sur, y perdió una guardia en la búsqueda. Otra la perdió rondando entre zumbantes insectos hasta convencerse de que no era la intersección del mapa, donde aparecían avenidas de la misma anchura que se dirigían hacia el suroeste, el sudeste y el norte respectivamente. Finalmente, sacó de nuevo el mapa y comparó sus tintas descoloridas con la desolada realidad. Aquí había desde luego tres calles, pero una era más ancha que las otras y discurría hacia el este. No era éste el sitio.

Regresaba al barco cuando se abalanzaron sobre él los omófagos, hombres del color del polvo, de ojos salvajes y vestidos con harapos. En un primer instante parecieron ser incontables. Luego, después de pelear con uno de ellos y matarlo, se dio cuenta de que sólo quedaban cuatro.

Cuatro seguían siendo demasiados. Huyó, una mano aferrada al costado sangrante. Siempre había sido buen corredor, pero ahora parecía volar, corriendo como nunca y saltando todos los obstáculos. Las ruinas pasaban veloces, rodando en torno a él. Las armas arrojadas pasaban silbando junto a su cabeza.

Casi había llegado al río cuando le dieron alcance. Su bota resbaló en el barro, cayó sobre una rodilla y se vio rodeado. Uno debía de haber arrancado su puñal de empuñadura de plata de las costillas del muerto. Vio ahora cómo el puñal caía sobre su propia garganta con la asombrada incredulidad del dueño a quien ataca su perro guardián, y alzó los brazos tanto para borrar la visión como para parar el golpe.

Su antebrazo se convirtió en hielo al hundirse en él el acero. Desesperado, se apartó rodando y vio cómo la figura gris que blandía su puñal caía bajo el garrote de otra. Un tercero se lanzó a por el puñal, y ambos lucharon.

Alguien gritó; miró hacia un lado y vio al cuarto, el que tenía el botavante y que estaba empalado en el de Eata.

La posada donde había pasado la noche se hallaba cerca del río. Había recorrido una buena distancia hacia el sur buscando el barco de Eata, y no se acordaba. La posada era el Cygnet; también esto lo había olvidado.

—Tírale la cuerda a uno de esos haraganes —gritó Eata—. Nos amarrará por un aes.

Vio que no podía tirar demasiado bien con el brazo izquierdo, pero uno de los haraganes se lanzó a por el rollo y lo cogió.

—Tengo equipaje —gritó mientras el hombre tiraba de la cuerda—. Quizá quieras llevármelo al Cygnet.

Eata saltó a la proa.

—El bachiller se llama Simulatio —dijo al hombre ocioso—. Estuvo allí hace tres noches. Informa al posadero. Dile que el bachiller desea la misma habitación de la otra vez.

—Aborrezco tener que irme —dijo el desconocido—. Pero no volveré hacia el sur hasta que me haya curado. —Jugaba con los nudos que ataban la bolsa.

—Si eres inteligente, no volverás a ir.

El haragán lanzó el equipaje del desconocido al muelle y saltó detrás de él.

—Quiero darte una cosa. —El desconocido sacó un criso de oro—. Quizá puedas volver la próxima luna y ver si estoy lo bastante bien como para ir.

—No voy a coger esa pieza amarilla —dijo Eata—. Me debes un asimi por el alquiler del botavante. Eso sí lo cojo.

—Pero ¿volverás?

—¿Por un asimi al día? Claro que volveré. Lo mismo haría cualquier otro barquero.

El desconocido vaciló mientras miraba atentamente a Eata y éste a él.

—Creo que puedo confiar en ti —dijo finalmente—. Yo no me metería en esas ruinas con otra persona.

—Lo sé —respondió Eata—. Por eso voy a darte un consejo. Aléjate del río unas cuantas calles, y encontrarás un orfebre. La señal del Osela. Un pájaro de oro.

—Ya sé lo que es.

—Sí, por supuesto. Guárdate tu mapa... —Rió—. No pongas esa cara. Si quieres tratar con personas como yo, vas a tener que aprender a controlar tu expresión.

—No creía que estuvieras enterado.

—Lo llevas en la bota —respondió Eata quedamente.

—¿Me has estado espiando!

—¿Cuándo lo sacaste? ¿Eso es lo que crees? No. Pero una vez, cuando estabas sentado en la borda, apartaste los pies bruscamente del agua; y no te quitabas las botas para dormir. Un barquero tal vez hubiera hecho eso, pero no tú. No a menos que tuvieras en ellas algo más que los pies.

—Entiendo.

Eata apartó la mirada y sus ojos siguieron el curso lento e inmutable del Gyoll hacia el suroeste.

—Conocí a un hombre que tenía uno de esos mapas —dijo—. Un hombre puede pasarse media vida buscando y no encontrar nunca nada. Quizá eso esté ya en el fondo del mar. Quizá alguien lo encontró hace mucho tiempo. Quizá ni siquiera haya existido. ¿Comprendes? Pero ese hombre no puede confiar en nadie, ni en su amigo, ni siquiera en su mujer.

—Y si su amigo y su mujer se lo quitaran —añadió el desconocido—, se matarían el uno al otro para tenerlo todo. Sí, ya sé. Pero no es ése el mapa que yo tengo, si es eso lo que crees. Éste lo encontré entre las páginas de un libro antiguo.

—Yo esperaba que fuera el mío —dijo Eata—. Dices que comprendes, pero no es cierto. Yo dejé que se lo llevaran. Quería que lo tuvieran ellos, para que me dejaran en paz. Para no terminar como los hombres con quienes luchamos ayer. Me emborraché, dejé que vieran la llave, dejé que vieran cómo guardaba el mapa en el baúl.

—Pero despertaste.

Eata se volvió hacia el desconocido, furioso de repente.

—¿Ese idiota de Laetus rompió la cerradura! Yo creía...

—No tienes por qué contármelo.

—El y Syntyche eran más jóvenes que yo. Pensé que desperdiciarían su vida buscando, igual que yo había desperdiciado la mía, y la de Maxellindis también. No creí que él fuera a



matar a Syntyche.

—La mató él —explicó el desconocido—. No tú. Y tampoco tú hiciste que esos dos robaran. Tú no eres el Increado, y no puedes hacerte responsable de las acciones de los demás.

—Pero sí puedo aconsejarles. Yo te aconsejaría a ti que quemaras tu mapa, pero sé que no lo harás. Dóblalo pues, ponle tu sello y llévaselo al orfebre del que te he hablado. Es un viejo honrado y por un cobre lo guardará en su caja fuerte. Luego, vuelves a casa hasta que te repongas. Si eres inteligente, no volverás jamás para reclamarlo.

El desconocido movió negativamente la cabeza.

—Voy a quedarme en la posada. Tengo dinero suficiente. Y todavía te debo un asimi. El alquiler del botavante, tal como dijimos. Aquí lo tienes.

Eata cogió la moneda de plata y la lanzó al aire. Era reluciente, recién acuñada, con el perfil de Severiano estampado en un lado, hondo y nítido. A la rojiza luz del sol, habríase dicho un ascua encendida.

—Atas los cordeles de esa bolsa —dijo Eata—. Los atas una y otra vez, sólo por miedo de que yo meta la mano ahí mientras duermes. Voy a decirte una cosa: si vuelvo a por ti, quiero todos los aes de bronce antes de que esto se acabe. Sacarás todo tu dinero, todo, y me lo darás, pieza por pieza. —El asimi voló alto por encima del agua. Relució tan sólo un instante antes de apagarse en el oscuro Gyoll para siempre—. No voy a volver.

—Es un buen mapa —aseguró el desconocido—. Mira.

Lo sacó de la caña de su bota y empezó a desenvolverlo, con torpeza porque tenía una mano inutilizada. Cuando vio la expresión de Eata se detuvo, se metió el mapa en el bolsillo y bajó a la cubierta inferior.

Debilitado por la pérdida de sangre y entumecido por las heridas, no podía izarse hasta el muelle sin ayuda. Uno de los haraganes que quedaban le tendió una mano, y él la cogió. En todo este tiempo esperaba sentir cómo un botavante se clavaba en su espalda; sólo oyó la risa burlona de Eata.

Cuando tuvo ambos pies sobre el muelle, se volvió una vez más hacia el barco. Eata gritó: —¿Quieres desamarrar el barco, bachiller, por favor?

El desconocido señaló, y el hombre que lo había ayudado a desembarcar desató la cuerda de amarre.

Eata alejó el barco del muelle e izó la botavara dispuesto a aprovechar el máximo de viento posible.

—¡Vendrás a por mí! —gritó el desconocido—. ¡Y dejaré que vengas conmigo! ¡Te daré una parte!

Lentamente, casi titubeando, la vieja vela parda se hinchó. Las jarcias se tensaron y el pequeño barco de carga empezó a ganar velocidad. Eata no miró atrás, pero su mano temblaba mientras aferraba la caña del timón.

### **Kevin Malone**

Marcella y yo nos casamos en abril. Perdí mi puesto en Ketterly, Bruce and Drake en junio, y al llegar agosto estábamos desesperados. Conservamos el apartamento —creo que ambos pensábamos que si permitíamos que bajase nuestra posición no habría luego posibilidad de volver a recuperarla—, pero el alquiler fue mermando nuestros pequeños ahorros. Durante todo el mes de julio yo había intentado encontrar trabajo en otra firma de corretaje, y en agosto llamaba ya a los hermanos de la fraternidad universitaria, a los que no había visto desde mi graduación, para expresarles mi total disposición a trabajar en cualquier tipo de negocio que sus padres poseyeran. Creo que uno de ellos fue quien nos hizo llegar el anuncio.

Pareja joven y atractiva, bien educada y con buenas relaciones, recibirá vivienda gratis y un generoso estipendio para sus gastos a cambio de servicios mínimos.

Había un número de teléfono, que omito por razones que más adelante se comprenderán.

Enseñé el recorte a Marcella, que estaba tumbada en la *chaise longue* con su coctelera en la mano. Dijo: «Por qué no», y marcó el número.

El teléfono zumbó en mi oído, hizo una pausa y zumbó de nuevo. Me repantigué en el sillón. El solo hecho de llamar parecía absurdo. Si el anuncio había llegado a nosotros hoy, habría aparecido como más tarde ayer por la mañana. Y eso si el puesto valía la pena.

—The Fines.

Me incorporé.

—Han puesto ustedes un anuncio clasificado. Pidiendo una pareja atractiva, bien educada, etcétera.

—No lo he, puesto yo, señor. Pero sí creo que lo ha puesto mi señor. Yo soy Priest, el mayordomo.

Miré a Marcella, pero tenía los ojos cerrados.

—¿Sabe usted, Priest, si el puesto está todavía vacante?

—Creo que sí, señor. ¿Puede decirme qué edad tiene usted?

Se lo dije. A petición suya, le dije también la edad de Marcella —que era dos años más joven que yo— y le di los nombres de las escuelas a las que habíamos asistido, le describí nuestro aspecto y mencioné de paso que mi abuelo había sido gobernador de Virginia y el tío de Marcella embajador en Francia. No le conté que mi padre se había pegado un tiro para no tener que hacer frente a la quiebra ni que la familia de Marcella la había desheredado, pero sospecho que Priest entendió bastante bien en qué situación nos hallábamos.

—Disculpará usted, señor, que le haga tantas preguntas. Estamos a casi medio día de camino en coche y no querría que se llevara usted una decepción.

Le dije que agradecía su consideración y convinimos una fecha —el martes de la semana que viene—, en la que Marcella y yo nos presentaríamos para tener una entrevista con «el señor». Cuando me di cuenta de que no me había enterado del nombre de su patrono, Priest había colgado ya.

Durante las décadas de los diez y los veinte, algunas gentes muy ricas se hicieron construir mansiones a imitación de los palacios del Renacimiento italiano. The Pines era una de éstas, y su estado de conservación era mejor de lo habitual; el surtidor del patio seguía funcionando, los mármoles estaban limpios y no se habían vuelto amarillos y, aunque no descendiera la escalinata ningún cardenal vestido de púrpura para subir a un carruaje con el escudo de armas de los Borgia, uno tenía la impresión de que simplemente el cardenal acababa de marcharse. Seguro que aquello se había llamado en un principio *La Capanna* o // *Eremo*.

Un hombre de aspecto grave y ataviado con librea oscura nos abrió la puerta. Por un instante, se quedó mirándonos fijamente desde el otro lado del umbral.

—Muy bien... —dijo.

—¿Cómo dice?

—Digo que me parecen ustedes muy bien. —Nos dirigió una inclinación de cabeza, primero al uno y luego al otro, y se hizo a un lado—. Señor, señora: yo soy Priest.

—¿Podrá vernos su señor?

Por un instante, una expresión misteriosa, que habría podido ser de diversión, pareció tirar de su rostro solemne.

—¿Tal vez en la sala de música, señor?

Le dije que me parecía perfecto, y fui tras él. En la sala de música había un Steinway, un arpa y una docena más o menos de cómodos sillones; daba a un jardín con rosales en el que ciertas variedades trepadoras iniciaban esa segunda estación que es más opulenta, si bien menos generosa, que la primera. Un jardinero, de rodillas, arrancaba las malas hierbas de uno de los macizos.

—Una casa magnífica —dijo Marcella—. De veras, yo no creía que quedara ya nada así. Le he dicho que tomarás un John Collins, ¿no? Estabas mirando las rosas.

—Quizá sea mejor conseguir primero el trabajo.

—Ahora no puedo hacer que vuelva, y, si no conseguimos el trabajo, al menos habremos tomado los cócteles.

Asentí con la cabeza. Los cócteles llegaron a los cinco minutos, y los bebimos y fumamos los cigarrillos guardados en un humidificador: cigarrillos ingleses de fuerte tabaco turco. Vino una criada y dijo que el señor Priest agradecería le dijéramos cuándo deseábamos cenar. Le

contesté que cenaríamos en el momento en que fuera conveniente, y la muchacha hizo una pequeña reverencia y se retiró.

—Al menos —comentó Marcella—, hace que nos sintamos cómodos mientras esperamos.

La comida consistió en cordero en salsa y ensalada, servidos por una criada —no la misma de antes— y un lacayo, mientras Priest permanecía allí plantado, sin alejarse mucho, para cuidar de que todo se hiciera como era debido. Comimos uno a cada lado de una pequeña

mesa en una terraza que daba a otro jardín, donde las antiguas estatuas pasaron a ser relucientes formas blancas mientras el sol se ponía.

Se acercó Priest para encender las velas.

—¿Me va a necesitar después de la cena, señor?

—De lo que se trata es de si su patrón va a necesitarnos a nosotros.

—Bateman le enseñará su habitación, señor, cuando esté usted listo para retirarse. Julia se ocupará de la señora.

Yo miré al lacayo, quien traía una bandeja con fruta.

—No, no, señor. Este es Cárter. El que lo atiende a usted es Bateman.

—Y Julia —intervino Marcella— es mi criada, ¿no?

—Exacto. —Priest soltó una tosecita casi inaudible—. Tal vez, señor, y señora, esto les resulte a ustedes útil. —Sacó una fotografía de un bolsillo interior y me la entregó.

Era una instantánea en blanco y negro, con los bordes algo gastados. Una veintena larga de personas, la mayoría de ellas ataviadas con un tipo u otro de librea, estaban de pie bajo un esplendoroso sol en lo alto de la escalinata de la entrada, los hombres detrás de las mujeres. Había nombres escritos en tinta beige al pie de la fotografía: James Sutton, Edna DeBuck, Lloyd Bateman...

—El personal de la casa, señor.

—Gracias, Priest —contesté yo—. No, no tiene que quedarse usted esta noche.

A la mañana siguiente, Bateman me afeitó en la cama. Lo hizo muy bien, utilizando una navaja recta y jabón perfumado que aplicó con una brocha. Yo había oído hablar de estas cosas. Pienso que quizá el ayuda de cámara de mi abuelo debía de afeitarlo así a él antes de la Primera Guerra Mundial; pero jamás hubiera imaginado que todavía hubiera quien mantenía viva esta tradición. Bateman sí lo hacía, y comprobé que a mí me encantaba. Cuando me hubo ayudado a vestirme, preguntó si iba a desayunar en mi habitación.

—No creo —contesté yo—. ¿Sabe qué planes tiene mi esposa?

—Creo que con toda probabilidad estará en la Terraza del Sur, señor. Julia ha dicho algo en este sentido cuando yo le traía a usted el agua.

—Entonces, iré a reunirme con ella.

—Naturalmente, señor —dijo Bateman, vacilante.

—No creo que vaya a necesitar un guía, pero quizá podría usted decirle a mi esposa que estaré con ella dentro de unos diez minutos.

Bateman repitió su «Naturalmente, señor» y abandonó la estancia. Lo cierto era que yo quería asegurarme de que todo cuanto llevaba en los bolsillos de mi viejo traje —las llaves del coche, la cartera, etcétera— había sido traspasado al traje nuevo que él había dispuesto sobre la cama para mí; y no quería ofender a Bateman, si me era posible evitarlo, haciéndolo delante de él.

Todo estaba en su sitio, y había un pañuelo limpio en lugar del mío, ligeramente sucio. Lo saqué para mirarlo —lino irlandés— y salió acompañado de un revuelo verde: dos billetes, ambos de cincuenta.

Mientras comíamos los huevos Benedict felicité a Marcella por su nuevo vestido, y le pregunté si había observado de dónde procedía.

—De Rowe's. Una pequeña *boutique* de la Quinta Avenida.

—Así que lo sabes. ¿Nada especial?

—No, nada especial —contestó ella con mayor rapidez de lo debido, y yo supe que había también dinero en sus nuevas ropas y que no tenía intención de hablarme de ello.

—Cuando terminemos, nos vamos a casa. Me pregunto si esta gente querrá que les devuelva la americana.

—¿A casa? —Marcella no levantó la mirada del plato—. ¿Por qué? Y ¿quiénes son «esta gente»?

—Quien sea el propietario de esta casa.

—Ayer hablaste de «él». Dijiste que Priest hablaba del «señor», y esto en sí parecía bastante lógico. Ahora temes estar enfrentándote a supuestos problemas masculinos. —Yo no dije nada—. Crees que él —prosiguió Marcella— ha pasado la noche en mi habitación; nos han separado, y tú creías que era por eso y has estado allí esperando (¿debajo de una sábana?) a oírme gritar o algo así. Y no ha ocurrido nada de eso.

—Yo esperaba que gritaras, y no te oí.

—¡No ocurrió nada, demonios! Me acosté y me dormí; pero, en cuanto a lo de irnos a casa, tú te has vuelto loco. ¿No ves que tenemos el empleo? Quienquiera que sea, y dondequiera que esté, le caemos bien. Vamos a quedarnos aquí y a vivir como seres humanos, al menos durante un tiempo.

Y esto es lo que hicimos. Empezamos por alargar nuestra estancia de hora en hora ese día; después, de día en día; y finalmente, de semana en semana. Yo me sentía como debió de sentirse Klipspringer, el hombre que fue durante tanto tiempo huésped de Jay Gatsby que no tenía otro hogar; aunque, es de suponer, Klipspringer veía a Gatsby de vez en cuando, tenía sin duda con él agradables conversaciones y tal vez incluso tocaba el piano para él. Nuestro Gatsby estaba ausente. No quiero decir que nosotros lo eludiéramos ni que él nos eludiera a nosotros; no había estancias cuyo acceso nos estuviera prohibido, y en ningún momento los miembros del servicio se mostraban excesivamente deseosos de que fuéramos a jugar a golf,

a nadar o a montar a caballo. Antes de que el buen tiempo llegara a su fin, dos parejas vinieron a pasar el fin de semana; y cuando Bette Windgassen preguntó si Marcella había heredado la mansión, y luego si la teníamos en alquiler, Marcella dijo: «Ah, ¿les gusta?», de tal manera que se fueron, creo, convencidos de que era nuestra, o de que era como si lo fuera.

Y así era. Salíamos cuando nos venía en gana, lo cual no ocurría con mucha frecuencia, y regresábamos cuando queríamos, de prisa. Comíamos en las diversas terrazas y barandas, en el gran comedor ceremonial y en nuestros dormitorios. Montábamos en los caballos que queríamos y conducíamos el Mercedes y el desvencijado pero bonito Jaguar antiguo como si todo ello nos perteneciera. Lo hacíamos todo, de hecho, salvo comprar la comida y pagar los impuestos y al servicio; pero otra persona se encargaba de esto. Y todas las mañanas yo me encontraba cien dólares en los bolsillos de mi ropa limpia. Si el verano hubiera durado eternamente, tal vez yo estuviera todavía allí.

Los álamos se quedaron sin hojas en el curso de una sola semana de octubre; cuando ésta terminó, yo me dormía escuchando el zumbido de la bomba que vaciaba la piscina. Cuando vinieron las lluvias, Marcella se volvió malhumorada y comenzó a beber en exceso. Una noche, cometí el error de rodearla con el brazo por los hombros cuando nos sentamos delante del fuego en la sala de trofeos.

—Quítame esas guarras manos de encima —dijo—. Yo no te pertenezco. Priest —añadió dirigiéndose al mayordomo—, fíjese: no me ha dicho una palabra inteligente en todo el día ni ha hecho nada decente y ahora quiere manosearme toda la noche.

Por supuesto, Priest hizo como que no la había oído.

—¡Mire esto! Demonios, usted es un ser humano, ¿o no?

Este comentario no lo pasó por alto Priest.

—Sí, señora, soy un ser humano.

—Sé que lo es. Usted es más hombre que él. Este es su sitio, y nosotros sus animalitos de compañía... ¿es a mí a quien desea? ¿O a él? Usted nos envió el anuncio, ¿verdad? Él cree que usted se mete en mi habitación todas las noches, o eso es lo que dice. A lo mejor se mete en la de él... ¿es eso?

Priest no contestó, y yo dije:

—Por el amor de Dios, Marcella.

—Aunque sea usted viejo, Priest, creo que es demasiado hombre para eso. —Se puso en pie, vacilando sobre sus largas piernas y sosteniéndose en la mampostería de la chimenea—. Si me desea, tómeme. Si esta casa es suya, yo soy suya también. A él lo enviamos a Las Vegas... o lo echamos al vertedero.

En un tono mucho más suave del que solía emplear, el mayordomo dijo:

—Yo no deseo a ninguno de los dos, señora.

Me levanté entonces, y lo cogí por los hombros. Yo también había bebido, aunque sólo la mitad o la cuarta parte que Marcella; pero creo que había algo más: toda la frustración contenida desde que Jim Bruce me dijo que estaba acabado. Yo pesaba como mínimo veinte kilos más que Priest, y tenía veinte años menos.

—¡Quiero saber! —dije.

—Suélteme, señor, por favor.

—Quiero saber quién es; quiero saberlo ahora mismo. ¿Ve ese fuego? O me lo dice, Priest, o le juro que lo arrojo a él.

Su rostro se puso tenso al oír esto.

—Sí —susurró, y yo lo solté—. No es la señora, señor. Es usted. Quiero que esto quede claro ahora.

—¿De qué demonios está hablando?

—No lo hago por lo que ella ha dicho.

—Usted no es el dueño, ¿verdad? ¡Diga la verdad, santo cielo!

—Yo siempre he dicho la verdad, señor. No, yo no soy el dueño. ¿Recuerda la fotografía que le di? —Yo asentí y él prosiguió—: Usted la tiró. Yo, señor, me tomé la libertad de recuperarla del cubo de desechos de su cuarto de baño. La tengo aquí. —Se metió la mano bajo la chaqueta y sacó la foto, igual que había hecho el primer día, y me la entregó.

—¿Es uno de éstos? ¿Uno de los sirvientes?

Priest asintió y, con un dedo índice que lucía una manicura impecable, señaló la figura situada en el extremo derecho de la segunda hilera. El nombre que había debajo era Kevin Malone.

—¿Éste?

En silencio, Priest asintió de nuevo con la cabeza.

Yo había examinado la fotografía la noche en que él me la entregó, pero sin prestar ninguna atención en especial a esta figura en concreto, de poco más de un centímetro de altura. La persona que esta imagen representaba podía haber sido un jardinero, era un hombre de mediana edad, de poca estatura y tal vez algo rechoncho. Un sombrero flexible, manchado por el sudor, arrojaba sombra sobre su rostro.

—Quiero ver a este hombre. —Miré hacia Marcella, todavía apoyada contra la piedra de la repisa—. Queremos verlo.

—¿Está seguro, señor?

—¡Que venga, maldita sea!

Priest se quedó donde estaba, mirándome fijamente; yo me sentía tan furioso que creo habría sido capaz de cogerlo como había amenazado hacer y lanzarlo al fuego.

Se abrieron en este momento las puertas cristaleras y entró una ráfaga de viento. Creo que, por un instante, esperé ver aparecer un fantasma o bien algún turbulento espíritu elemental. Sentí ese cosquilleo en el cuello que se siente cuando se lee a Poe a solas por la noche.

El hombre al que había visto en la foto entró en la sala. Era un hombre pequeño y de aspecto vulgar, vestido con ropa gastada de color caqui, pero dejó las puertas cristaleras abiertas de par en par tras él, de tal modo que con él entró la noche y estuvo presente en la estancia durante todo el tiempo que duró la conversación.

—Esta casa le pertenece a usted —dije yo—. Usted es Kevin Malone.

Sacudió la cabeza.

—Yo soy Kevin Malone... y yo pertenezco a esta casa.

Marcella estaba ahora de pie, más erguida, borracha pero todavía en ese estado de ebriedad en que era consciente de él y capaz de equilibrarlo.

—Yo también pertenezco a ella —dijo y, andando casi con normalidad, cruzó la sala hasta el señorial sillón que Malone había escogido para sí, y consiguió sentarse a sus pies.

—Mi padre era el hombre para todo de la casa. Mi madre, la doncella. Yo crecí aquí, lavando los coches y sacando las hojas de los estanques. ¿Me sigue? ¿Dónde creció usted?

—En diversos sitios —contesté encogiéndome de hombros—. Richmond, Nueva York, tres años en París. Hasta que me enviaron a la escuela vivimos en hoteles casi siempre.

—Entonces, ya sabe. Puede entender. —Malone sonrió por un instante—. Está re-creando la vida que conoció de niño, o lo intenta. ¿Me equivoco? Ninguno de nosotros puede ser feliz de otro modo, y pocos somos los que siquiera lo intentamos.

—Según Thomas Wolfe, es imposible volver al hogar —aventuré yo.

—Cierto, es imposible volver al hogar. Hay un solo lugar al que nunca podemos ir, ¿no ha pensado nunca en eso? Podemos descender hasta el fondo de los mares y, algún día, la NASA nos llevará hasta las estrellas, y sé de hombres que se han hundido en el pasado... o en el futuro... y se han ahogado. Pero hay un lugar al que no podemos ir. No podemos ir allí donde ya estamos. No podemos volver al hogar, porque nuestra mente, nuestro corazón y nuestra alma inmortal están ya allí.

Sin saber qué decir, yo asentí con la cabeza y esto pareció dejarlo satisfecho. Priest aparentaba la tranquilidad de siempre, pero no hizo nada por cerrar las puertas y yo tuve la sensación de que, de algún modo, tenía miedo.

—A mí me llevaron a un orfanato a los doce años, pero jamás olvidé The Fines. Hablaba de ella a los otros chicos, y cada año la casa era más y más grande; pero sabía que lo que dijera jamás podría compararse a la realidad.

Cambió de posición en su asiento y el ligero movimiento de sus piernas hizo caer a Marceña, casi desmayada, que siguió, sin embargo, conservando cierta elegancia; siempre he

creído que es un don que se adquiere estudiando ballet en la infancia. Malone reanudó su charla.

—Le dirán a usted que no es posible que un chico pobre, con una educación de segunda, haga fortuna. Bueno... sí hace falta suerte; pero yo la tuve. También hay que estar dispuesto a arriesgarlo todo. Y esto también yo lo tenía, porque sabía que, para mí, cualquier cosa que no fuera la fortuna equivalía a nada. Tenía que poder comprar este lugar; tenía que regresar y comprar The Fines, dotarla de servicio y mantenerla. Esto es lo que yo quería, y cualquier cosa por debajo de esto carecía de valor.

—Debo felicitarlo —respondí yo—. Pero por qué...

Rió. Era una risa profunda, pero carente de humor.

—¿Por qué no llevo lazo ni ceno en la cabecera de la mesa grande? Lo probé. Lo probé durante casi un año, y todas las noches soñaba con mi casa. Aquello era mi casa, ¿entiende?, no The Pines. Mi casa son las tres habitaciones que hay encima de los establos. Allí vivo ahora. Estoy en casa, estoy donde hay que estar.

—Me parece a mí que le habría resultado mucho más sencillo solicitar el empleo que tiene ahora.

Malone sacudió la cabeza con impaciencia.

—Con eso no se habría conseguido nada. Yo debía tener el control. Es algo que aprendí en los negocios... a tener control. Otro propietario habría querido efectuar cambios, y tal vez incluso habría vendido la finca para que la dividieran. No. Además, cuando yo era niño esta finca pertenecía a una joven pareja elegante. Imagine que la hubiera comprado un hombre de mi edad. O una mujer joven, tal vez una ramera. —Apretó los labios, luego éstos se relajaron—. Usted y su esposa eran las personas ideales. Ahora tendré que poner a otros, eso es todo. Pueden quedarse esta noche, si lo desean. Mañana por la mañana haré que los conduzcan hasta la ciudad.

—Entonces, usted nos quería para que hiciéramos de propietarios —aventuré—. Yo estaría dispuesto a quedarme en esas condiciones.

Una vez más, Malone movió negativamente la cabeza.

—Ni hablar. Yo no necesito propietarios, sino actores. En los negocios he representado pequeños espectáculos para la competencia, no sé si sabe a lo que me refiero, y a veces incluso para mi propia gente. Y he aprendido que los únicos actores que de verdad pueden hacer justicia a sus papeles son aquellos que desconocen lo que son.

—Permítame...

Me cortó con una mirada, y por unos segundos permanecimos así, mirándonos fijamente. Algo terrible vivía tras aquellos ojos. Asustado a pesar de cuanto la razón pudiera decirme, añadí:

—Entiendo. —Y me puse en pie. No parecía haber otra cosa que hacer—. Al menos, me alegro de que no nos odie. Teniendo en cuenta su infancia, sería natural que así fuera. ¿Le explicará todo eso a Marcella por la mañana? Se pegará a usted, diga lo que diga yo.

Asintió, ausente.

—¿Puedo hacerle otra pregunta? No entiendo por qué tuvo usted que marcharse e ir a un orfanato. ¿Murieron sus padres, o los despidieron?

—¿No se lo has contado, Priest? —dijo Malone—. Es la leyenda del lugar. Creía que lo sabía todo el mundo.

El mayordomo carraspeó.

—El señor Malone padre era el caballero de la casa, señor, aunque eso fue antes de que llegara yo aquí. Mató a Betty Malone, que era una de las criadas. O, al menos, se cree que lo hizo. Nunca hallaron el cuerpo, y es posible que la acusación fuera falsa.

—La enterró en los terrenos de la finca —añadió Malone—. Encontraron jirones ensangrentados y el martillo, y él se colgó en el establo.

—Lo siento... no era mi intención meterme en lo que no me importa.

Los cortinajes, azotados por el viento, parecían banderas de color rojo vino. Hicieron que se volcara un jarrón y Priest dio un respingo, pero Malone no pareció reparar en todo esto.

—Ella era veinte años más joven y una ramera —dijo—. Son cosas que ocurren.

—Sí. Ya sé que ocurren —dije y subí a acostarme.

No sé dónde dormiría Marcella. Tal vez allí sobre la alfombra, tal vez en la habitación que había ocupado hasta ese día, quizá incluso en el piso para el servicio que Malone tenía encima de los establos. Desayuné solo en la terraza, y luego —sin la ayuda de Bateman— hice mis

maletas.

Sólo volví a verla una vez. Llevaba un vestido de seda negra; tenía ojeras y debía de dolerle terriblemente la cabeza, pero su mano era firme. Cuando abandoné la casa, quitaba el polvo a los jarrones de Sévres con un plumero de plumas de pavo real. No hablamos.

Me he preguntado en ocasiones si me equivocaba por completo al prever la aparición de un fantasma cuando se abrieron las puertas cristaleras. ¿Cómo sabía Malone que había llegado el momento de hacer su aparición?

Naturalmente, he consultado los informes del asesinato aparecidos en los periódicos. Todos los periódicos atrasados están en microfilm en la biblioteca, y dispongo de mucho tiempo.

En estos informes no se habla para nada de un niño. De hecho, tengo la impresión de que los apellidos idénticos del asesino y de su víctima eran una coincidencia. «Malone» es un apellido bastante común, y abundaban en aquella época los sirvientes irlandeses.

Me pregunto a veces si será posible que un hombre —aun siendo rico— esté poseído sin que lo sepa.

## El desaparecer de June

Sin haber sido afectada por ningún cambio producido en los últimos veinticinco años, la sala de estar de los Nailer seguía reflejando —como una fotografía perdida hallada inesperadamente entre las páginas de un libro— los gustos de la difunta esposa de Henry, May Nailer. Estos gustos habían sido sencillos pero no muy selectos y, salvo los viejos trofeos de Henry y algunos libros de física trasteados, era tan sólo una estancia como la habría podido ver May en un periódico el día en que encargó el mobiliario. A este marco tan poco prometedor Henry había añadido poco en el curso de los años, aunque sí había colaborado con May al año siguiente de la decoración de la estancia en la creación de su hija June. Salvo June y sus ropas, los años noventa, más que excluidos, habían sido negados.

En esta velada de primavera June vestía una toga ligera sin costura o dobladillo visibles, que le llegaba a los tobillos y dejaba al descubierto su seno derecho. En la muñeca derecha llevaba un luminoso brazalete sin cierre y en la oreja derecha un fulgurante pendiente largo. Las uñas de la mano izquierda estaban pintadas de rojo y las de la derecha de negro: las espectaculares pestañas eran suyas, implantadas quirúrgicamente, largas y elegantes: era una muchacha hermosa, pensó Henry, aunque algo demasiado flaca para que le sentaran como era debido las modas actuales.

—Están aquí —dijo ella, y él asintió con la cabeza haciendo como que no la estaba mirando—. De verdad que están aquí—prosiguió su hija como si él lo hubiera negado—. Algo traslúcido, como un pañuelo de cuello, ha salido del dormitorio y ha entrado en la cocina hace un momento.

—No me he fijado —respondió él.

—Vivimos en un mundo poblado de fantasmas, papá, y eso debería molestarte (porque, te conozco, eres un materialista total cuyos esquemas mentales se formaron antes de que nada de esto existiera). Y, sin embargo, no parece importarte.

—No son muertos —dijo su padre, un hombre plácido, ancho de espaldas, que llevaba un parche negro sobre la cuenca de un ojo perdido años antes en un accidente de motocicleta. La barba rizada y abundante estaba encaneciendo. —Son sólo personas.

Volvió a su libro.

A medianoche fluctuaron las luces, señal de que la intensidad se había doblado. Henry saludó con la mano al *Retrato del Dux Loredano*, de Bellini, que estaba encima de la chimenea. Se apagaron dejando tan sólo el fulgor de la luz nocturna del aplique más próximo a la escalera. Utilizó una vieja señal de libro de piel con un poco convincente dragón impreso para registrar el hecho de que había abandonado *Incidente en la estación de Krechtovka* antes de que éste tuviera tiempo de calentarse, y subió a acostarse. Había una nota sobre su almohada, y llamó a la policía.

—¿Es mayor de dieciocho años? —Henry asintió con la cabeza—. Entonces, no podemos hacer nada.

—Podrían impedirselo —dijo Henry—. Podrían ustedes detenerla, si fuera necesario, por algún delito menor, darme tiempo para hablar con ella y a ella tiempo para pensar.

—Y yo podría ponerle también al alcalde una multa por cruzar la calle por lugar

indebido —informó el sustituto de la policía generado por ordenador. El 3V de Henry hacía que resultara pálido y un tanto irreal, aun proyectado a la habitación a oscuras—. Pero no voy a hacerlo.

Pasó una nada, una voluta luminosa que habría podido ser el vapor de la cafetera si el vapor fuera de un azul tenue.

—Mire eso —dijo Henry—, ésa podría ser ella.

Tenía ganas de llorar, pero las lágrimas no llegaban y sí en cambio sentía en el pecho un dolor que iba en aumento.

—No lo he visto —dijo el sustituto de la policía—, pero de todos modos, no habría podido ser tan rápido. ¿Cuántos años dice usted que tenía?

—Veintitrés. June tiene veintitrés, creo.

—Entonces, no podría ir tan de prisa, ni mucho menos; cuanto mayores son más tardan, y entran y salen como el rayo y se desvanecen... por eso no aceptan a nadie que pase de los treinta. ¿Ha llamado al centro? —Henry lo miraba con ojos vacíos—. ¿No ha llamado todavía al centro? Llámelos.

—No creía que fueran a cooperar. Quieren que vaya gente, ¿no es así?

—Tienen que decírselo, por motivos legales... todo el mundo deja posesiones, ¿sabe lo que quiero decir? Me refiero a que no puede llevarse las con ella, aunque sólo sean ropas. Ponga en marcha su grabadora y dígales que se trata de una petición oficial.

—No es igual que si estuvieran muertos —dijo Henry.

—No, para ellos no. —El sustituto de la policía desconectó.

Henry marcó el código del centro; la chica que contestó dijo:

—¿Quién es?

—Me llamo Henry Boyce Nailer.

—Quiero decir, ¿a quién busca? ¿Hombre o mujer?

—Mujer. —Henry se aclaró la garganta—. Su nombre es June Nailer, y es mi hija.

La muchacha pasó las hojas de un libro de registro que estaba encima de la mesa.

—¿Reciente?

—Esta noche.

—No ha estado aquí. No se le vaya a ocurrir venir a armar jaleo; ni siquiera le dejaremos entrar en el edificio.

Fuera, el aire tenue estaba cargado de las vibraciones de nueva vegetación y los grillos cantaban en la hierba. Se quitó la americana que se había puesto por costumbre y se la colgó del hombro mientras se dirigía hacia la comisaría; por dos veces, unas cosas negras pasaron por delante del amplio rostro de la luna mientras él caminaba: una era un atajacaminos; la otra, un Ean, uno de ellos. El Ean era como una bandera al vuelo, pensó Henry, un estandarte ondeante, la última pizca de alguien que pronto —en pocos meses o años— sería totalmente algo externo a la Naturaleza, la bandera oscura de un navío que zarpaba camino de todas las maravillas del cielo de la noche. Pagó sus prendas junto a la verja y subió a la cinta de arranque, luego pasó a la cinta de aceleración y finalmente a la cinta rápida. Aquí, a una velocidad constante de cuarenta kilómetros por hora, el viento no era frío, pero la americana azotaba detrás de él; tuvo miedo de que se le cayera el talonario de cheques y se la puso. Había delante de él unas cajas, y el encargado se acercó para preguntar si quería alquilar una.

—Supongo que estará sorprendido de que todavía tenga abierto tan tarde, ¿verdad, amigo? Quiero decir que ni llueve ni nada... Bueno, cuando le he preguntado si quería alquilar una caja me refería a eso, ni más ni menos... Tengo una chica en una de ellas, ¿entiende? Una buena moza. Y joven. ¿Busca usted una chica, amigo?

—Sí—dijo Henry—, pero no de ese tipo.

Vio que se alegraba de tener con quien hablar, aun cuando se tratara del encargado de las cajas.

—Se la enseñaría —dijo el hombre—, pero está ahí dentro echando una cabezadita en los descansos. Mire, amigo, si le interesa para algo la despierto y se la enseño de todos modos.

Henry le dijo que dejara dormir a su chica y se apeó en las galerías del centro después de tres kilómetros de recorrido en la cinta. Había sentido un deseo irracional, aunque le costaba trabajo admitírselo a sí mismo, de ver a la transamera, de hacerla salir bostezando de su caja —se las llamaba oficialmente refugios meteorológicos móviles de alquiler y el cajero pagaba una tarifa anual por el privilegio de colocarlas sobre las cintas—, el maquillaje desdibujado por el sueño y la inevitable túnica rosa de sarán de cuatro chavos flotando al viento. Se imaginaba escoltando a una mujer mucho más joven hasta el restaurante; serían padre e hija hasta que los otros comensales vieran sus manos entrelazadas debajo de la mesa.



El edificio no era para tanto, sólo un complejo de dos plantas. Carteles de aficionado en las ventanas: LOS CARNICEROS MATAN POR TI, y ¿QUIERES FORMAR PARTE DE TODO CUANTO LA HUMANIDAD HA HECHO?, y VIVE SIN CARNE —DENTRO DE TI O SOBRE TI— DESENCÁRNATE, y RENUNCIAR ES LA ÚNICA SALIDA, ASÍ QUE YO RENUNCIO. Henry pasó al interior; un joven atlético estaba sentado a una mesa de la primera estancia, y un bate de béisbol apoyado en el rincón detrás del joven. Este dijo:

—¿Qué desea?

—Quiero saber si mi hija está aquí.

—No puede pasar de aquí. Tiene un teléfono en la pared detrás de usted; llame adentro.

—Lo he hecho. Ahora quiero verlo por mí mismo.

El joven alargó la mano hasta el rincón, cogió el bate de béisbol y lo depositó sobre su escritorio.

—Hay un interruptor en el asiento de este sillón, y cada vez que me levanto sin haberlo desconectado suena una alarma en el cuartel general de la policía. Les gusta que la gente se vaya... creen que eso reduce el índice de criminalidad. Y no les gusta que nadie intente impedirlo: a veces disparan.

—¿Por qué no se va usted?

—Yo me voy —dijo el joven— en noviembre. Otra persona a la que conozco estará lista para marcharse también en esa fecha, y lo haremos juntos. Entretanto, quiero hacer algo que esté bien aquí. Vamos a irnos, y no vamos a morir nunca.

—A ellos les ocurre otra cosa.

—Pero no es la muerte; ellos nunca mueren. Eso es lo que dicen.

Entró alguien detrás de Henry, un muchacho de unos diecinueve años estrecho de espaldas.

—Éste es el sitio, ¿verdad?

Lucía un aire de desesperado triunfo, como si hubiera alcanzado una meta espantosa.

—Este es el sitio —dijo el joven del bate al tiempo que Henry se dirigía de estampida a la puerta interior, la cerraba de un portazo y corría el cerrojo.

Un hombre y dos mujeres estaban sentados charlando en una estancia repleta de ceniceros y tazas de café rancio; ninguna de las dos era June. Mientras miraba fijamente a Henry, una de ellas desapareció de repente de su vista y a continuación, al hallar Henry la siguiente puerta, regresó. Habría podido estar trazada en neón, y la estancia iluminada ser una calle oscura.

Henry irrumpió en una tercera estancia, y una mujer joven —la misma muchacha con la que había hablado antes, se dio cuenta en seguida— dijo:

—¿Es usted el señor Nailer? —El asintió—. Todavía está aquí.

La joven mujer oprimió un interruptor que tenía sobre el escritorio y June apareció en la estancia.

—Papá—dijo.

—¿Dónde estás, cielo?

Mientras pronunciaba estas palabras, él reconoció la silla en la que June estaba sentada y la estera que tenía bajo los pies.

—Estoy en casa, papá, quería verte antes de irme.

—¿Tan pronto te vas, cielo? —dijo él y, mientras hablaba, se la llevaron.

El 3V seguía encendido; el sillón con orejas que había sido de May se hallaba sobre la alfombra azul lisa; pero

June ya no estaba. El esperó, observando y consciente de que la joven mujer del escritorio observaba también.

—Quizá vuelva dentro de unos segundos —dijo la mujer—, pero a lo mejor no. Si desea verla personalmente, yo de usted volvería a casa.

Henry asintió con la cabeza, se volvió y volvió a entrar en la estancia de las tazas de café rancio. Un hombre vestido de paisano le propinó un puñetazo en la boca en cuanto hubo cruzado la puerta. El impacto le hizo caer de rodillas, pero se puso de nuevo en pie de un salto. Golpeó al hombre de paisano en el estómago, le dio con la rodilla y luego lo agarró por las solapas y le aplastó la nariz con la frente. En la refriega, el arma del hombre de paisano se había desprendido de él y había resbalado por el suelo. Un policía de uniforme cruzaba ahora la puerta por la que tenía que salir Henry: cometió el error de lanzarse a por el arma, y Henry lo golpeó en la nuca.

Cuando se apeó de la cinta, jadeaba todavía. Se puso a pensar en lo difícil que era para un hombre de su edad mantenerse en forma. Podrían descubrir quién era fácilmente, pero

quizá no armaran demasiado follón por ello, no les haría mucha gracia confesar haber sido golpeados por un profesor de mediana edad. Aunque tal vez sí lo hicieran; desaparecida June, no le importaba en realidad.

June se encontró con él junto a la verja de entrada.

—Deberías estar ya acostado, papá. No habrías debido ir a la ciudad a estas horas de la noche.

—El sol habrá salido dentro de dos o tres horas —dijo él—. Creo que voy a quedarme levantado.

—Para estar conmigo todo el tiempo posible, ¿no es así?

Él asintió con la cabeza.

—¿Qué quieres hacer?

—Vayamos al jardín. Un momento. —La mano de ella

estaba en la suya, y él pudo percibir el fulgor pálido de su brazalete cuando June alzó la mano derecha para tocarse el cabello, y el relumbrar del pendiente cuando se volvió para mirarlo—. Cuando eras niña, yo pensaba a veces en que te vería morir —le dijo—. Ocurre con los niños, ¿sabes? Eras tan frágil... y tu madre acababa de morir. Ahora nunca te veré muerta, y me alegro. Quiero que lo sepas.

—Tampoco yo te veré nunca muerto, papá. Eso, por un lado.

—¿Qué más hay?

—Todo lo que tú esperabas de mí, supongo... Y...

Se había ido, su mano no estaba ya en la de él.

—¡June! —gritó—. ¡June!

Pasó corriendo junto a la alberquilla de piedra y vislumbró el centelleo de su brazalete y de su pendiente bajo el sauce. Luego, las lucecitas parpadearon y desaparecieron una a una.

## La muerte de Hyle

Nunca he sido un hombre creyente, ni lo soy ahora. He sabido toda mi vida —al menos desde los siete u ocho años, cuando empecé a leer los libros de química de mi hermano mayor Walter y más tarde las enormes y viejas enciclopedias encuadernadas en rojo del estudio de mi padre— que este mundo de materia supuestamente sensible, este mundo que parece, o debería decir parecía, tan sólido a mis ojos, que confieso perplejos —ojos encadenados por Maya, como vienen diciéndonos los hindúes desde hace cuatro mil años—, es tan inmaterial como el vapor. Y ello no sólo porque lo que de manera autoindul-gente hemos dado en llamar nuestra carne no es —tal como es— más que un cosmos de energía crepitante; y no sólo porque esa ficción a la que llamamos realidad objetiva es —en realidad— hija de la mismísima radiación con la cual la medimos (y de nuestros sentidos), una creación conformada también por el carácter digital de nuestros cerebros y por la deplorable costumbre de nuestra mente que consiste en cubrir cuanto vemos, oímos y sentimos con aquello cuya percepción preveíamos, cubrirlo, digo, antes de dar hilazón al conjunto para alinearlos con nuestras experiencias del pasado; sino, sobre todo, porque la menos sustancial de las leyes que nos rigen es la que más nos tiraniza, de tal modo que, todos nosotros nos sentimos aplastados bajo la sentencia de que un millar menos novecientos treinta hacen setenta, y torturados por el implacable mandamiento que nos lleva a destruir aquello que amamos, mientras el hecho sólido —así lo llamamos— de que Madagascar está frente a la costa oriental de África no nos afecta lo más mínimo.

Estoy de nuevo aquí; aunque a ti, que lees esto, debe de parecerle que nunca me fui, lo cierto es que ha pasado mucho tiempo, varios días al menos. Mido el tiempo tomando como referencia la hierba, no hay periodos, no hay botellas de leche junto a la puerta por la sencilla razón de que June compraba la leche en el supermercado —tampoco consumíamos mucha, de todos modos— y yo compraba el periódico, en los raros días en que sentía la inclinación de leerlo, del estante junto a la estación. Ahora la hierba es mi diario, y susurra noticias y murmuraciones con lenguas verdes que a veces dicen más de lo que saben o comprenden.

Pero, hartado de ellas y de sus pequeñas indiscreciones, desaparecí. ¿Has sentido alguna vez lo que es desaparecer? ¿Sabes acaso lo que siente una luz cuando se apaga? ¿Y adonde van a parar los minutos a medida que transcurren? Déjame que te cuente...

Yo había terminado de escribir esa frase acerca de África y puesto el punto con una ligera

estocada del lápiz, y me preguntaba si el ejemplo de Madagascar y África sería después de todo adecuado, cuando el lápiz cayó de entre mis dedos al papel y, rodando sobre mi escritorio, topó con la caja de metal donde guardo mis sellos. No es que el lápiz se hubiera vuelto demasiado pesado para mis dedos, lo que ocurría era que éstos se habían vuelto demasiado ligeros para sostenerlo. Los modos arraigados de nuestro idioma me tientan a decir que tuve entonces la sensación de que la habitación que tenía a mi alrededor, caja de lata esmaltada, lápiz, tintero de bronce con el rostro de un diablo, escritorio, silla, libros, paredes, mi busto en bronce de Hogarth, habían pasado a ser tan irreales como las caras de ángel que vemos en las nubes. La verdad es otra: no sentí una sensación, sino una certidumbre. Supe que había

vivido mi vida entre las sombras de las sombras, que había trabajado por dinero igual que habría podido afanarme por la espina de helecho y había gastado mis ganancias por las filigranas en el papel, el papel de una imagen, la imagen en un libro que yacía abierto en la proyección de un lente a punto de resquebrajarse en una habitación vacía en una casa vacía. Me puse entonces en pie, intenté frotarme los ojos y comprobé que veía a través de mis manos, que éstas poseían una personalidad propia, y que era por lo tanto como si estuviera hociqueando a dos amigas, la izquierda rápida y fuerte, la derecha más débil, retraída y un tanto apagada. Vi a un hombre —yo mismo, por qué no admitir ahora que ese hombre era yo— abandonar la estancia, atravesar la pared de bruma y alzarse hacia el cielo como si estuviera subiendo una cuesta; volvió hacia mí mi propio rostro, cruel como el del tiburón, y a continuación me lo arrojó. Yo lo esquivé y corrí, y anduve perdido en seguida hasta que me encontré con un personaje alto y autónomo, que era un árbol aunque no me di cuenta de ello hasta que hube pasado algún tiempo con él. Creo que era, en realidad, el árbol del doctor Hopkins, el gran árbol umbroso que estaba detrás de su casa.

El doctor Hopkins vive en la calle paralela, dos casas más abajo. El árbol me hablaba de los vientos, de los distintos tipos de lluvia que éstos transportan, y, mientras yo conversaba, vi que también él se desvanecía, y con él la luz. Una mujer con una cabellera negra ornada de blanco se acercó portando un farolillo; pregunté por June.

Pregunté por June: es cierto, pero no puedes hacerte una idea de cómo me siento cuando escribo esto, del orgullo que representa no haberle hablado, balbuceando de miedo —aunque, a decir verdad, muy cerca estuve de ello—, de la ironía.

—Viejo —dijo ella—, ¿qué haces aquí? —Y levantó el farolillo, y yo comprendí (diré «vi», aunque ésta no es la palabra exacta) que el farolillo había venido siguiendo el rastro de esta mujer del mismo modo que un coche arrastra tras él el juguete de un niño cogido de una cuerda.

—¿Estoy entre los Ean? —pregunté.

—No seas bobo. ¿Crees que todavía significan algo esos nombres?

Ella se iba, y yo la seguí. No andábamos por una llanura oscura en medio de un viento frío, pero la mente está de tal modo habituada a poner todo acontecimiento en imágenes de este tipo que así me lo pareció; salvo en el momento en que tomé especialmente nota de lo que estábamos haciendo en realidad, algo así como caer por un agujero horizontal, un agujero recubierto todo él de raíces y gusanos y piedras de formas extrañas, cosas vivas todas ellas, pero que ignoraban nuestra presencia.

—¡June! —exclamó la lamparilla, y la mujer me miró.

Pensé al principio que la mujer se burlaba de mí, luego comprendí que llamaba a June, a mi pobre hija, por mí, que la estaba buscando dentro de mí del mismo modo que le decimos al hombre que no encuentra sus gafas que quizá las tenga en el bolsillo. Me incliné para ver y proseguí la marcha, entrando en mi cuerpo por algún punto entre mi ombligo y mi entrepierna.

Entraba de nuevo en el centro de abstinencia. No de abstinencia de las drogas, que es lo que eran esos lugares cuando yo era más joven, sino el lugar donde las personas —sólo las personas digamos jóvenes, de menos de treinta años— se retiraban de la vida misma. Una intervención quirúrgica había eliminado, al menos por un tiempo, ciertas arrugas de mi rostro. Llevaba la barba teñida y habían sembrado cabello joven de la tonalidad del trigo en mi cuero cabelludo. Me interrogaron en el centro, pero sólo brevemente: lo hacen para evitar las aglomeraciones, dicen; para poner coto a las aglomeraciones sin muertes. Cerramos los ojos al cielo y al mar en los setenta; ahora, en los noventa, abrimos las puertas a un imperio más oscuro y más cercano que ninguno de aquellos dos, el lugar que se halla entre piedras que tocan, que ha vivido durante cincuenta mil años en las negras entrañas de las cuevas, durante seis mil en las estancias vacías de las viejas casas; y una de las puertas es la puerta que hay en esta pared de ladrillo.

—Sí, ¿qué podemos hacer por usted?

—Quiero irme.

—Sí—repitió él, y me indicó una silla—. ¿Esta noche? ¿Ahora?

—Sí.

—Mi consejo es que se dé un periodo para tranquilizarse. No es que sea imprescindible, pero es lo que yo le aconsejaría. —Hice que no con la cabeza—. No me refiero a un periodo largo... sólo unos días.

—No.

Suspiró. Era un hombre joven, pero el bigote recortado hacía que pareciera un tanto anticuado, un tanto remilgado. Dijo:

—Yo también me voy, ¿sabe? No trabajaría aquí si no fuera así. No me parecería bien.

—Si se va a ir usted, ¿por qué no lo hace ahora?

—Amigo mío: soy yo quien debe hacer las preguntas, y no usted preguntarme a mí. ¿Entiende? Usted quiere irse, y a mí me parece estupendo, pero si yo digo que no es posible, es que no es posible. Al menos, no desde aquí.

—¿Cuánto tiempo van a durar todas estas preguntas?

—Sólo quería darle una explicación. Verá, cuando una persona se va no lo hace directamente, al menos no es eso lo normal. Va rebotando.

—Los he visto —dije yo.

—Claro, todo el mundo los ve. Se lo demostraré. —Metió la mano en un cajón de su escritorio y sacó una pelota plástica, hecha de alguna especie de elastómero claro con copitos de oro. La depositó sobre la mesa y la pelota empezó a rodar muy despacio hacia el borde—. ¿Ve usted?, a la señora Bola no le gusta nada estar encima de mi mesa; esto de aquí encima es plástico, es frío y es estrecho. Quiere bajar al suelo... al ancho mundo, ¿entiende? Le damos un empujoncito y allá va. Observe lo que ocurre.

La pelota llegó hasta el borde y cayó solemnemente, golpeó el suelo y se alzó de nuevo hasta alcanzar casi la altura del sobre de la mesa, cayó, subió, cayó y volvió a subir. Cada vez que caía producía un suave golpeteo, el único sonido que se oía en el silencioso edificio.

—Cada vez que cae, rebota hasta casi la misma altura donde estaba antes, pero no del todo. Más pronto o más tarde, dejará de rebotar y se limitará a rodar por el suelo. Entonces será feliz.

—Pero ¿no lo es entretanto?

—No está en paz. Está, cómo diría yo, agitada. Las personas son así, y cuanto más viejos son más agitados se ponen; nosotros no aceptamos a nadie por encima de los treinta años, y usted debe de estar muy cerca de esa edad.

—Tengo veintinueve.

—Claro. Escuche: lo cierto es que sí los aceptamos aunque pasen de los treinta, pero no lo anunciamos porque no podemos hacerlo. Imagine que viene una mujer, de cincuenta años, y tiene cáncer. Yo debo decirle que no hay nada que hacer, porque estaría rebotando demasiado tiempo. —El joven se encogió de hombros con fluidez, un gesto itálico, aunque el bigote no era más oscuro que el lomo de un zorro—. La cogemos y le decimos que rebote allí donde no vayan a verla. Si se pasa un día, se tienen treinta y cinco.

—Tengo veintinueve.

—De acuerdo. De todos modos, yo no intento explicárselo a esa gente. Es duro para ellos rebotar y rebotar y entrar y salir de la Naturaleza. Se llaman a sí mismos los Ean cuando se han ido, ¿sabe usted?, los «externos a la Naturaleza». Pero ¿y cuándo están yendo y viniendo de un mundo al otro? Usted va a estar ahí mucho tiempo. No es igual que si tuviera sólo dieciséis o diecisiete años.

—Lo que a mí me interesa —dije yo— es que parece usted querer dar a entender que los Ean existen a un nivel de energía más bajo que el nuestro.

—Demonios, es un poco más complicado que todo eso —respondió el joven—. Pero ¿he intentado yo disuadirlo?

Me administraron drogas tanto por vía oral como intravenosa; y me hicieron tumbarme en medio de máquinas zumbantes y centelleantes con hilos en la cabeza, los pies y las manos; pusieron música de un tipo que yo jamás había oído antes, mientras yo leía una gastada tarjeta. En qué medida lo que se hacía era sólo para forzar a creer, no lo sé, quizá fuera todo en su conjunto. «Nunca más andar como andan los hombres, nunca más morir ni suspirar ni llorar...» Cuando hubo terminado, me levanté y el muchacho y una mujer también joven me estrecharon la mano con gran solemnidad, y yo pensé que habría resultado todo mucho más impresionante si hubieran ido vestidos de doctor y enfermera, pero no se lo dije. Cuando yo

iba andando por el camino de acceso a mi casa, la llave en la mano, el mundo entero empezó a alzarse, pivotando —creo— sobre Madagascar, de tal modo que me desplomé por el borde y me vi atrapado por un instante en los verdes brazos del árbol de un vecino, y, luego, cayendo por entre ellos como la lluvia, pero en sentido ascendente, caí de costado al cielo.

—¿La encontraste? —preguntó la lamparilla.

Dije que la había encontrado ya y, de hecho, la veía por encima del hombro de la mujer, conducida por un alto y tambaleante ser de escarlata y oro. Fui corriendo hacia ella y la abracé y, cuando vi que la mujer de la lamparilla me había seguido, la abracé también.

—Ten cuidado con Thag —dijo—. Vas a... nosotros...

Y entonces los tres —pero no el hombre de escarlata y oro— nos hallamos de pie al lado del horno del sótano de mi casa. Pero June —hasta desaparecer anoche de su propia habitación cerrada con llave mientras la mujer morena con el mechón blanco, a la que ya no mantiene en alto su lamparilla, dormía conmigo en la cama en la que no ha habido dos desde la muerte de May— no hacía más que llorar y decía que su padre el rey no permitiría que nadie se burlara de ella, y gritaba asustada porque el viejo de la foto de encima de la repisa la iba a encarcelar en el Piombi con Casanova. La mujer morena, cuyos ojos son azules y cuyo nombre es Laurel, dijo:

—Está rota, todos nos rompemos en cierta medida, y tú has traído el fragmento equivocado.

## Del cuaderno de notas del doctor Stein

La paciente DW ha sido traída a la consulta por sus padres y una tía. DW, muchacha de diecinueve años, alta, más bien delgada, de origen angloescocés. La madre llamó antes, pidió que fuera allí a verla. La enfermera dijo que no era posible, pero le dio una cita de urgencia fuera de horas.

Según la madre: inicio agudo, la chica normal hasta ayer, una muchacha de naturaleza tranquila, nada de coqueteos, bastante creyente, gran lectora, conocía a pocos chicos. Confirmado por el padre. La tía dice: testaruda, veleidosa, a veces innecesariamente ruidosa con la intención de molestarla (a su tía). Está de acuerdo en que su estado era normal hasta ayer.

En la entrevista DW se muestra tensa, retuerce el pañuelo y coge una y otra vez distintos objetos pequeños de mi escritorio, volviéndolos a dejar en su sitio siempre que se le hace fijarse en ellos. Johnson, transcriba del dictáfono.

Dr. Stein : Bueno, Donna, ¿qué es lo que ocurre?

DW: No sé.

Dr. S.: Sabes qué clase de doctor soy yo, ¿verdad, Donna? Soy un alienista. ¿Por qué crees que tu padre y tu madre desean que me ocupe de ti?

DW: Hay personas dentro de mí.

Dr. S.: ¿Quieres decir que estás embarazada?

DW: Hay personas dentro de mí, se pasean y tiran de las cuerdas.

Dr. S.: Eres una marioneta: ¿es eso lo que quieres decir?

¿Te sientes mecánica? DW: No. Yo me siento yo misma, pero ellos están ahí. La mujer está mirando ahora por mi ojo izquierdo. Dr. S.: ¿Cuántos hay? DW: Tres sin contar al otro. Dr. S.: ¿Sabes cómo se llaman? DW: El hombre, la chica y la mujer. Dr. S.: El hombre es tu padre, la chica eres tú y la mujer es tu madre: ¿no es así? DW: No, yo estoy fuera. Dr. S.: Te aguantas los brazos de una manera muy rara, y tuerces las piernas. ¿Por qué haces eso?

*(La paciente estaba sentada en una posición extremadamente contorsionada y daba la impresión de tener las rodillas y los hombros dislocados, pero no parecía sufrir incomodidad alguna. —HS)*

DW: El otro.

Dr. S.: El que no es ni el hombre, ni la chica ni la mujer: ¿me equivoco?  
DW: Doctor, esto le va a resultar a usted muy difícil de entender, pero esta chica no está enferma; nosotros, mis amigos y yo, hemos averiguado que está siendo utilizada como base energética por Thag; intentamos protegerla de él hasta que podamos expulsarlo.  
Dr. S.: Tienes una voz profunda. Supongo que eres un hombre.  
DW: Mi nombre es Harry Nailer.  
Dr. S.: Donna, ¿qué haces?

*(La paciente se había levantado de la silla y se paseaba por la estancia a cuatro patas, con un movimiento a veces animal y a veces de insecto. —HS)*

Dr. S.: Donna, si no vuelves a tu silla no voy a seguir hablando contigo... eso está mejor, si quieres puedes tumbarte en el sofá. ¿Te importa que fume? ¿Fuma tu padre? ¿Sabes que mi mujer no me deja fumar en el comedor de casa? Dice que el humo impregna las cortinas; pero a mí me gusta fumar un buen cigarro de vez en cuando.  
DW: Podríamos eliminar a Thag matándola, naturalmente, pero, además del aspecto moral de la cuestión, no creemos que fuera a servir de mucho: él probablemente encontraría a otra persona y nos costaría trabajo localizarlo. Si pudiéramos neutralizarlo...  
Dr. S.: No me gusta la ligereza con que haces a un lado la cuestión moral, Donna; tu vida es muy valiosa.  
DW: Verá, desde mi punto de vista ella está ya muerta.  
Dr. S.: ¡No, no!  
DW: ¿En qué año estamos?  
Dr. S.: En 1935, Donna.  
DW: Somos de 1997.  
Dr. S.: Me gustaría hablar con Donna, por favor.  
DW: De acuerdo, pero no va a poder contarle gran cosa.  
Dr. S.: Donna, vas a romperte los huesos. Me asustas. ¿Has ido a clases de contorsionismo?  
DW: No.  
Dr. S.: Eso está mejor. Ahora sí pareces una chica simpática. ¿Puedes decirme quiénes son esas personas?  
DW: Mi padre le ha hablado ya de Thag. Y luego está Laurel Baker. Yo soy June Nailer.  
Dr. S.: Te he dicho que quiero hablar con Donna; la voz está bien, mucho mejor, pero quiero que sea la voz de Donna. No hablaré con ninguna otra persona.  
DW: Yo podría hacerme pasar por Donna y usted no notaría la diferencia. Pero necesitamos que usted nos ayude. En nuestros tiempos, sabe, había demasiada gente, y algunos de ellos se convirtieron en Ean: así es como los llamábamos. Quería decir que se renunciaba a la Naturaleza para existir en un marco puramente subjetivo. Como existimos a un nivel de energía más bajo, independiente de la realidad física, duraremos mucho más y nos desvaneceremos en lugar de morir...  
*(Esto es la voz de hombre, doctor. ¿Supongo que se trata todavía de la paciente? —j)*

Los Ean se acercan de manera asintótica a un nivel de energía cero. En teoría, seguiremos existiendo eternamente... o, al menos, indefinidamente. Ése era mi padre. Yo iba a decir que cuando se es un Ean no se consumen los recursos planetarios. Pero se rebota de aquí para allá durante mucho tiempo. Papá y yo estamos todavía rebotando, y Laurel también, ahora que está cerca de nosotros.

Dr. S.: ¡Joan! ¿Quiere venir aquí un momento, por favor?  
ENFERMERA JOHNSON: Sí, doctor Stein.  
Dr. S.: Quiero la plena autorización de los padres de esta chica, o no acepto a la paciente. ¿Me ha entendido bien? Todo. Sin excluir nada. Si dicen que sí, hágales firmar y que se vayan. Si no quieren firmar, dígamelo y les devolveremos a la chica.  
ENFERMERA JOHNSON: Entendido, doctor.  
DW: Lo del robot (como lo llama June) no es importante. Las personalidades recién llegadas llevan una carga vital muy pesada que los tira hacia atrás de vez en cuando, y arrastran a otros consigo. Thag y los que son como él, éstos son importantes; no sabemos cuántos hay.  
Dr. S.: Así que ahora eres una mujer mayor, una señora. Quieres que yo crea que tienes múltiples personalidades... ¿no es así? Eso es muy raro, Donna. Normalmente,

comprobamos que aquellos que parecen tenerlas tienen en realidad otros trastornos, y eso les sirve de disfraz.

DW: Esto iría mejor, ¿no le parece, doctor?, si pudiéramos controlar sus piernas y sus brazos.

Dr. S.: Y también si controlaras tu voz. Es una buena voz para una cantante de ópera, con tanto *vibrato*, pero no para una chica joven.

DW: Pero no podemos. Es todo cuanto los tres podemos hacer para contener los centros del habla y el sistema

nervioso involuntario. Verá, hemos descubierto que muchos de los Ean no son simplemente seres humanos que han pasado al otro lado, sino criaturas que, por la fuerza de su energía, pueden adoptar ese aspecto para los demás; y, por alguna inversión que no comprendemos, se atenúan hacia el pasado en lugar de hacia el futuro. Una vez allí pueden apoderarse de alguien (por ejemplo esta pobre criatura), devorar sus energías y utilizarlas para regresar.

Dr. S.: Acabas de dar un traspies, Donna. Si es cierto que los Thag pueden volver al presente, ¿de qué modo llegan aquí tus otras tres voces?

DW: Nos apoderamos de Thag y lo obligamos a hacernos ir atrás con él, doctor. Y yo no era cantante por naturaleza, yo era una médium, y fui uno de los primeros en cruzar.

Dr. S.: Por supuesto. Entonces, ¿has asistido a sesiones de espiritismo, Donna? ¿O sólo has leído libros?

ENFERMERA JOHNSON: Aquí está la autorización, doctor Stein.

Dr. S.: Probaremos con el tratamiento Cerletti; dentro de unos minutos, creo. Donna, parece que quieras que yo haga algo por ti. ¿Qué es?

DW: Aquí Harry Nailer de nuevo, doctor Stein. Tal como ha explicado la señorita Baker, nosotros entre los Ean vemos a Thag y a los demás como él, como simples personalidades humanas poderosas, tal vez excéntricas. La fuerza de sus energías les permite proyectar esto. A medida que pasa el tiempo y su nivel de energía disminuye, sentimos a veces lo que yo llamaría notas equivocadas. La señorita Baker, que era clarividente por naturaleza, es muy sensible a ellas; y, con mi ayuda y la de mi hija June, empezó a vigilar de manera especial a Thag. Al principio, creímos que quizá se tratara de un fragmento de personalidad inusualmente fuerte y maligno... todas las personalidades quedan en cierta medida destrozadas cuando cruzan al otro lado, a menos que hayan alcanzado una unión completa, lo que la señorita Baker llama paz interior, mientras estaban en la Naturaleza.

Dr. S.: Así que tu Thag no es un ser humano ni tampoco parte de un ser humano, pero ¿qué es entonces? Me gustaría que le permitieras hablar conmigo.

DW: Laurel Baker de nuevo, doctor. Me parece que eso no es posible. Al no haber existido jamás en tanto que ser humano dentro de la Naturaleza, Thag es, como habrá podido ver, un manipulador poco hábil del cuerpo humano. Tal vez sea un ser de una esfera distinta, o un sobreviviente espiritual de una raza prehumana.

(*Otra vez la voz masculina. —j*)

Una cosa que podría funcionar sería hacer descender la energía de esta chica; ello tal vez obligara a Thag a dar algún paso que nos permitiera atraparlo. Tal como están las cosas ahora, nos hallamos estancados. Si se la encerrara, por ejemplo, y se la pusiera a una dieta muy restringida; o si se la obligara a donar sangre.

Dr. S.: Bueno, quizá lleguemos a lo de la reclusión en su momento, Donna, pero primero vamos a probar otra cosa. Una cosa nueva. Seguramente desconoces la labor de Cerletti y Bini en Italia, pero estos doctores han desarrollado una técnica muy prometedora, y yo la he utilizado a nivel experimental. Aplicamos unas varillas de metal (se llaman electrodos) en las sienas; se aplica también una crema conductora que contiene partículas de metal para que no haya quemaduras. A continuación se hace discurrir una corriente eléctrica, muy brevemente, por el cerebro.

DW: Espera, Harry, deja que hable con él. Conocemos ese tratamiento, doctor Stein, pero en este caso no va a servir de nada.

Dr. S.: Esperaba oírlo decir eso, señora cantante de ópera. ¿Es porque estás por encima de todo eso? ¿Eres tan

sobrehumana que no se te puede apartar del cerebro de una pobre chica por la simple electricidad? ¿O es porque tanta energía va a elevar tu nivel y a catapultarte de nuevo a tu futuro? ¿O bien vas a rebotar, como dices cuando hablas con tu voz natural, y te me vas a

aparecer en mi sala de operaciones llevando pistolas de rayos y cinturones con cohetes? Ya ves que empiezo a hablar como el doctor Hure en los tebeos, pero de todos modos voy a probar con el tratamiento Cerletti.

DW: Las energías eléctricas son por supuesto demasiado burdas como para conseguir lo que usted sugiere, doctor, pero lo que yo no sé es cuál será su efecto sobre nuestra capacidad para proteger a esta chica, o sobre nosotros. Yo conozco a Thag, que es lo que está absorbiendo sus energías vitales...

Dr. S.: Ah, ya lo tengo. Ese modo en que te mueves por la habitación, Donna... Me parecía a mí que era como el andar de una araña, aunque había algo del modo en que corre una rata también, pero ahora ya sé: ¡eres un murciélago! En Alemania, cuando yo era niño, lanzábamos a veces cosas para derribarlos de los aleros de la carbonera, y cuando caen al suelo andan igual que lo haces tú. Así que tu Thag es un *Blutsáuger*\* y dentro de un momento vas a querer que te clave una estaca. El doctor Freud y yo sabemos de eso. No, Donna, no, pero sí necesitas que te ayudemos, con esas personas dentro de ti, y vamos a probar con el tratamiento Cerletti.

DW: Doctor Stein...

(Termina la cinta.. —j)

El tratamiento de electroshock fue administrado a la paciente según se describe en las páginas 16-17. Las convulsiones fueron satisfactorias y entró en un sueño normal en cuanto se dejó de administrar la corriente. Aproxima-

\* En alemán, «sanguijuela»; por extensión, «vampiro». (N. del T.)  
damente una hora más tarde, cuando la visité en su cama, se mostraba racional, pero agotada y sin ganas de conversar. La enfermera informa que antes había dicho: «Siento algo que me roe el corazón». Yo salí y unos minutos más tarde la enfermera, que había ido a buscar la sopa para los pacientes, la encontró muerta. Estoy preparando un informe de este caso para remitirlo a los doctores Cerletti y Bini.

## Thag

Érase una vez un niño llamado Eric que tenía un cuervo domesticado y una gorra muy raída y no tenía botas, y vivía con su madre en una cabana del bosque. Eric y su madre eran muy pobres, pero poseían sin embargo un gran tesoro, un talismán antiguo y poderoso. Consistía éste en el cráneo de un oso, que colgaba de la viga del techo de su pequeña casa cogido a una cadena de hierro. Era obra del bisabuelo de Eric, quien para conseguirlo había ahogado al oso con luz de luna y llenado su cráneo con patas algonosas de conejo y orina de las sombras, y plumas negras arrancadas con gran riesgo de la parte baja de la pata izquierda de un águila, y otras muchas cosas. En el cráneo del oso habitaba Thag, al igual que la colmena es la casa de las abejas; Thag era un poderoso espíritu, aunque a menudo se hallara ausente.

Un día en que Eric y su madre recogían setas en el húmedo bosque de primavera, él le pidió que le hablara —una vez más— de la última vuelta a casa de Thag; porque esto había tenido lugar el invierno posterior al nacimiento de Eric, y él era entonces demasiado pequeño como para acordarse ahora. Así le contaba la madre a Eric, y era una historia que se hacía mejor cada vez que se narraba, del mismo modo que la empuñadura de un *scramasax*\* aprende a relucir bajo la mano de su dueño. Porque el padre de Eric, con la ayuda de Thag, había hecho bailar los árboles

\* Cuchillo sajón. (N. del T.)  
por la carretera, y había construido en el Prado de los Nueve Hombres un gran salón de cristal a través de cuya cúpula podían verse las estrellas a la luz del día, y había obligado a algunos hombres ricos de la ciudad a restituir una parte de lo que habían conseguido por ley de los campesinos pobres, y por esto último —después de que Thag se fuera de nuevo— lo habían colgado.

Hubo una gran fiesta en la colina de la horca (según le contó su madre) para presenciar la ejecución, con juglares, pan de jengibre y cerveza gratis, y todos los hombres llenaron sus gorras de cerveza y se las encasquetaron. Ella y Eric fueron el blanco de todas las miradas, la única vez en su vida en que su madre se había sentido importante, y ésta juró por lo tanto que volvería a casarse al día siguiente mismo si sabía que iban a ahorcar también a su esposo; y



fue en ese momento cuando Eric decidió que, si Thag regresaba algún día al cráneo del oso, lo utilizaría y dejaría pequeñas todas las hazañas del padre, y ello tanto en espectacularidad como en osadía.

Pues bien, esa misma noche Thag regresó. Eric yacía dormido en su pequeño desván triangular bajo el tejado cuando soñó que veía a un hombre corriendo, vestido de oro y carmesí, que portaba una falce desnuda. Eric sabía que Thag tenía por costumbre aparecerse en forma de hombre en los sueños y de otro modo en la realidad, y sabía que éste era Thag. Detrás de Thag, borrosas y pequeñas en la distancia, se divisaban tres figuras; pero Eric no les prestó mucha atención. Despertó y la casa entera estaba en calma como el viento en el bosque. Entonces, *Gnip* el cuervo se agitó, posado en lo alto, y dijo «Misterio», y Eric oyó un zumbido en el cráneo del oso por la ventana y supo que Thag había vuelto. Por la mañana propiciaría a Thag, y luego podría hacer cuanto quisiera.

Pues bien, el rey de ese país se llamaba Carlos el Sabio y dormía, ya avanzada la mañana siguiente al día siguiente a la noche en que Thag regresó por fin, cuando fue despertado de repente por tres cosas a la vez. La primera fue la entrada en sus aposentos de la reina gritando; y la segunda fue un griterío en el patio, acompañado del estrépito que se produce cuando se dejan caer al empedrado lanzas, alabardas y picas; y la tercera fue que el castillo entero había empezado a balancearse de un lado para otro bajo sus pies, de tal modo que cuando miró por la ventana vio la atalaya que brincaba hacia el cielo como el palo mayor de una galeaza zarandeada en medio de una tempestad. Entonces, la reina —una mujer alta y rubia, de rasgos hermosos, cuyas carnes se estaban asentando sólidamente pasada su mocedad pero con el cerebro de un saco de sémola— gritó: «¡Carlos, salvadme!», y, preguntada por lo que ocurría, explicó que estaban siendo atacados por los diabólicos poderes del Infierno, que todos los caballeros del castillo capaces de pasar una pierna por encima del caballo estaban ya a diez días de camino y los hombres en armas las habían abandonado y se habían escondido en el aljibe, y también los arqueros eran presa del pánico. Y concluyó diciendo que si el rey no huía en este mismo instante estaban todos condenados.

El rey se puso entonces a pensar y recordó la máxima que su padre le había citado cuando él era todavía un niño, según la cual los reyes estaban sentados sobre taburetes de tres patas: éstas eran sus ejércitos, sus castillos y sus tesoros. Y se le ocurrió que, desperdigado ya su ejército, si abandonaba el castillo, y el oro y la plata que en él había, se quedaría sin nada y dejaría de ser rey. Y también que las nóminas de tributación del reino eran largas y complicadas, y los recovecos de los pasadizos del castillo un verdadero laberinto; y que tal vez a los conquistadores —fueran éstos quienes fueran— les agradaría encontrarse con alguien capaz de explicarles estas cosas y pudiera convencerlos con el tiempo para que se fueran con sus conquistas a otra parte y dejaran los asuntos del reino en manos de su fiel vasallo Carlos, perfectamente capacitado para dirigirlos. Dio, pues, de beber a la reina de un frasco de vino, le rogó que se tranquilizara y se vistió las calzas y un colete rico e impresionante pero sin presunción, y salió dispuesto a enfrentarse a sus conquistadores. Pero no encontró allí sino a Eric.

—Bien —dijo el rey—, ¿cómo estás, muchacho? ¿Adonde se han ido todos?

—Creo que la mayoría han huido —contestó Eric—. Pero muchos han sido devorados. —El cuervo, *Gnip*, vino y se posó sobre su hombro.

El rey cayó al instante de rodillas.

—Veo que sois un mago —dijo—, y que este pájaro es vuestro poderoso compañero; confieso haber pensado siempre que, de ser mago, elegiría volver a esa misma edad con la que vos os manifestáis; pero debo añadir que esa vestimenta que habéis elegido no me parece ser de mucho abrigo; yo os puedo recomendar algo mejor.

Fue así como Eric llegó a gobernar el país y, después de dar a su madre un reino propio —y de encerrarla luego en una botella porque ella no quería quedarse allí—, reinó sin envejecer en absoluto durante treinta años, al término de cuyo periodo el reino era pura desolación. Los ciervos campaban por las calles de la ciudad, y pocos había para disparar una flecha; los lobos comían de los lagares, y los zorros en las pocilgas; ondinas del mar subían por el río diez leguas más allá del vado; por los caminos, a mediodía, podía verse a los trolls de piedra de las montañas; y los goblins, feos y malos en demasía, con diecisiete dedos en cada mano y dientes de acero, montaban guardia en la barbacana del castillo. Ni que decir tiene

que, mientras todo esto ocurría, Eric era enormemente feliz.

En cuanto a Thag, éste se había hecho dueño de las mazmorras, pero salía prestamente siempre que se lo necesitaba y a veces aunque no se lo necesitase. Adoptaba distintas formas, una niebla negra y vaporosa, un cangrejo cubierto de lodo vivo, un perro con el pelo en llamas, una fuente de arena y muchas más; cuando Eric salía de caza —no era raro verlo montado sobre un unicornio o un hipogrifo—, observaba a veces que el castillo se parecía cada vez más al cráneo de un oso, pero esto no era para él motivo de preocupación.

El rey Carlos —quien a menudo había asegurado a Eric que su nombre era *el Tonto*— se quedó allí con su reina, habiéndose ambos convertido en los principales servidores de Eric —exceptuando a Thag— y contentísimos de poseer un hijo llamado príncipe Roberto, quien era el heredero legítimo aunque él apenas lo sabía. Y, si bien el rey se dolía a menudo en secreto por los tiempos en que podía blasonar de orgullo, se consolaba sabiendo que seguía mandando en su castillo y en su tesoro: Eric apenas había gastado un céntimo.

Así estaban las cosas hasta que una noche, mientras Eric estaba cenando en el gran salón a la luz de una sola vela que goteaba sobre un candelabro de oro de un solo brazo, surgieron de la nada tres figuras notables. La primera era una muchacha rubia de gran belleza, vestida con una diáfana toga que dejaba al descubierto un seno. La segunda era una mujer morena, también muy hermosa, con un mechón blanco cerca de la frente que hizo a Eric pensar en un cielo nocturno hendido por el rayo; esta mujer vestía una túnica blanca bordada en oro y llevaba un báculo ahorquillado en su extremo al modo de los cuernos de un toro. La tercera figura era un hombre, alto y musculoso, con la barba entrecana y un solo ojo. Y cuando apareció este hombre, la última de las tres figuras, se oyó procedente de las mazmorras un angustiado bramido.

Eric vio al instante que no se trataba de personas corrientes —de lo contrario, habría mandado que los devoraran—, y se puso en pie y se presentó y ofreció compartir su cena con los recién llegados; pero no bien hubo hecho esto, su animal de compañía —los cuervos son pájaros muy longevos, a veces por desgracia— entró aleteando por una ventana y se posó sobre el hombro del hombre tuerto.

—Bueno —dijo el tuerto—, veo que estamos en una especie de castillo. —Y se puso a examinar las colgaduras y ornamentos como si lo dejara todo en manos de la mujer del báculo.

—He oído el bramido de Thag —dijo la mujer—, en el instante en que nos hemos materializado. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Treinta años —contestó Eric, tan sorprendido que ni siquiera pensó en la posibilidad de no responder.

—Vaya, sí que pasa rápido el tiempo aquí —comentó el tuerto. Había cogido un espadón de la pared y pasaba el dedo por el filo mientras hablaba—. Yo creía que estábamos muy cerca de Thag.

—Lo estábamos —explicó la mujer—, pero, como tú muy bien dices, el tiempo pasa rápido aquí... treinta años entre párrafo y párrafo, si es preciso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre, pero, antes de que ella pudiera contestarle, entraron el rey y la reina seguidos por el príncipe Roberto.

Habían estado observando la escena desde un gabinete contiguo, y el rey —quien era de la vieja fe, como suelen serlo Tos poderosos, tanto si lo admiten como si no— había decidido arrojar su espada.

—Gran Woden —dijo—, nos ponemos a vuestra merced y a la merced de la serena Frigg y de la adorable Freya. El trono de este país me pertenece, me pertenece mientras viva, para dárselo por derecho paterno a mi hijo cuando muera. Durante muchos años me ha sido arrebatado... matad al monstruo y concededme justicia.

Y Woden dijo:

—¿De qué demonios está hablando? —Y, mientras hablaba, la piedra angular del gran arco del castillo se partió y un trocito de piedra no mayor que una uña cayó ruidosamente al suelo.

—Cree que somos los dioses noruegos —dijo la mujer, y la muchacha añadió:

—¿No ves, papá, que estamos en un libro?

—Eso es imposible.

—No más imposible que volver atrás en el tiempo. Mira las cosas que hay a tu alrededor: ahí tienes al perverso mago ese muchacho con el capirote, aquí tienes el castillo; ahí está el verdadero rey, la mujer gorda es la reina, y ese sujeto que esconde la cabeza y hace pucheros es el príncipe. Thag es el monstruo que está en la cripta debajo del castillo. Lo matamos y desaparecemos, al mago se lo arroja desde un tejado o algo por el estilo, y se acabó.

—¿Decís que somos personajes de un libro, allí de donde venís? —preguntó Eric.

El hombre tuerto asintió.

—Eso es lo que quieren decir... un cuento de hadas... yo no sé si creérmelo. —Hizo una pausa—. ¿Eres leído? ¿Al menos, ateniéndose a lo que aquí se considera como leído?

Eric asintió también.

—He pasado muchas horas felices en la biblioteca del castillo; es algo que se espera de nosotros los hechiceros, y ha acabado por gustarme.

—Entonces, dime una cosa. ¿Se leen alguna vez a sí mismos los personajes de los libros que tenéis aquí?

—Nunca —contestó Eric, moviendo negativamente la cabeza—, nunca que yo sepa. Siempre están yendo a alguna parte.

—Quizá sea eso, entonces. Verás, en nuestro mundo, sería perfectamente plausible que un personaje de un libro se sentara apaciblemente frente al fuego a leer las narraciones breves de Alexander Solzhenitsyn. —En este preciso instante irrumpió en la estancia Thag en la forma de un oso sin cabeza, la sangre manando del muñón en carne viva del cuello.

—¿Lo mato? —preguntó Woden a Frigg.

—Hace un momento te habría dicho que sí.

El oso se alzó hasta ponerse en pie frente al hombre tuerto; y la sangre se desparramaba por sus hombros y sus pezuñas extendidas.

—Ahora no lo dices... ¿por qué?

Freya la del cabello de oro le tocó el brazo.

—Será el final de la historia, ¿no es cierto, papá? Y, si a nosotros no se nos puede matar, ¿cómo se puede matar a Thag? Lleva aquí treinta años, ya lo has oído. ¿No quedará así libre para poder ir a otra parte?

—No creo que éste sea en realidad su sitio —intervino la mujer llamada Frigg—. Este es probablemente un nivel de energía muy bajo para él, como lo es para nosotros. Y te está pidiendo que lo hagas, ahí de pie, mostrándote el pecho de ese modo... si es que no te está rogando lo contrario. No me gusta esto.

—Entonces, lo que hay que hacer es mantenerlo aquí.

Como un pescador que ensartara un pez, Woden introdujo su lanza en el pie trasero del oso, clavándolo al suelo de roble de la sala.

—Que quede bien sujeto —le aconsejó la mujer llamada Frigg, y con un manguel erizado, él golpeó la barra de hierro hasta que la punta estuvo prácticamente enterrada en la madera.

—Utilízalo para tus hechizos tanto como quieras —dijo el hombre tuerto a Eric—, pero si ahora lo sueltas consideraré su desaparición como culpa tuya, y te puedo asegurar que volveré aquí y te haré lamentar lo que has hecho.

—Comprendo, Magister —contestó Eric con una inclinación de cabeza.

(Frigg susurró a Freya: «Tiene que haber un mundo que corresponda a cada una de nuestras ficciones, querida, ya que lo que nunca fue ni será es inconcebible. Sin embargo, me pregunto qué es Thag en realidad». Y el oso se convirtió en una serpiente clavada por la cola y struck a dos o tres centímetros de su heel.)

—Magister —preguntó Eric cuando el hombre tuerto empezó a disolverse en el aire—, ¿cómo debo llamaros? ¿Habéis dicho que no sois Woden?

—Mi nombre es Harry Nailer.

Eric inclinó de nuevo la cabeza.

—Hairy Nailer.\*\*\* Muy adecuado, Magister. —Eric estaba pensando ya en las cosas que le haría al rey.

Y en cuanto los tres hubieron desaparecido, las hizo; y vivió, en el sentido más literal de las palabras, Feliz, Siempre, Más.

\* «Clavador peludo», en inglés. (*N. del T.*)

## **El hombre de Nebraska y la nereida**

El hombre de Nebraska caminaba junto al mar cuando la vio. Un par de ojos oscuros, un hombro torneado, un seno vislumbrado y el asomar de un muslo; luego, la mujer desapareció. Un momento más tarde, él oyó un apagado chapoteo; o tal vez fuera tan sólo la séptima ola de la fábula, la ola que es más fuerte que las otras, al romper sobre las rocas.

Casi corriendo, se acercó al borde del pequeño farallón y miró al este por encima del mar. Sobre las aguas azules del Sarónikos Kolpos podía verse la mar picada, pero nada más.

—«Me sentí entonces como un vigilante de los cielos» —musitó para sus adentros—.

«Cuando un nuevo planeta se introduce deslizándose en su campo de visión; o como el bravo Cortés, cuando, con ojos de águila, miraba fijamente al Pacífico... y todos sus hombres...» —Buscó por un instante las últimas dos líneas, mientras estudiaba el farallón—. «Se miraron uno al otro con una loca expectativa; callados, sobre un pico en Darién.»\*

El «bravo Cortés» rió entre dientes mientras bajaba a gatas por el farallón, la grabadora golpeándole el costado. No era él precisamente un alpinista, pero tampoco la pendiente era lo bastante alta o pronunciada como para que lo echara de menos. Se imaginaba a sí mismo describiendo su aventura en el salón de la facultad. «No fue nada.»

\* Cita literaria del siglo XIX. Evidentemente, Cortés no vio el Pacífico. (*N. del E.*)

Nada era tampoco los rastros que había hallado en la playa, en algunos puntos apenas más ancha que un camino de cabras, y que se prolongaba sinuosa por la base del farallón. Había unas cuantas conchas marinas y una lata herrumbrosa que en otro tiempo había contenido cigarrillos ingleses, pero nada más. Ningún bikini desechado, ninguna toalla de playa abandonada, ninguna huella de pasos, nada.

Levantó la mirada y vio a una mujer alta y un tanto angulosa, con una cantimplora a la cadera, que se dirigía silenciosamente hacia él pisando la franja de arena húmeda. El hombre de Nebraska la saludó en su pobre griego y ella tendió la mano derecha en un gesto regio, al tiempo que decía en inglés:

—Buenos días a usted, doctor. Yo soy la doctora Thoé Papamarkos, de la universidad de Atenas. Y usted es el doctor Cooper, de una universidad norteamericana, pero no han sabido decirme cuál.

—De la universidad de Nebraska en Lincoln. Encantado de conocerla, doctora Papamarkos. —El americano, alto y agradablemente feo, se asemejaba además a Lincoln.

—Y es un estudioso del folclore. Ha de ser así por lo que dicen de usted: dicen que se pasa el día paseando por ahí, haciendo preguntas a los viejos y grabando sus historias.

—Es cierto —respondió él—. ¿Y usted?

Ella rió quedamente.

—Oh, no. Y no soy de la competencia, no tenga usted miedo.

—¡Estupendo! —El hombre de Nebraska sonrió.

La mujer se tocaba el tercer botón de la camisa caqui.

—Yo soy arqueóloga. ¿Ha oído hablar de Saros?

Él moviendo negativamente la cabeza.

—Sé que esto es el golfo Sarónico, y supongo que el nombre le debe de venir de alguna parte. ¿Es una isla?

—No. Era una ciudad, fue una ciudad hace tanto tiempo que ya en los tiempos de Sócrates no quedaban más que ruinas y un templo a Poseidón. Piense en eso, doctor, por favor. Usted y yo vemos esa época, la Era de Pericles, como una época de ruinas. Pero para ellos, para

Pericles y Platón, Temístocles y Arístides el Justo, Saros era antigua. Saros era arqueología. Ahora yo estoy haciendo excavaciones, ayudada por tres hombres del pueblo. A unos cinco kilómetros en esa dirección. Allí he oído hablar de usted, he oído historias acerca del americano estudioso del folclore, y creo que deberíamos conocernos; quizá seamos las únicas personas realmente cultas en este parte de la costa e incluso es posible que algún día nos ayudemos mutuamente. ¿No le parece?

—Sí —respondió él—. Desde luego.

Se daba cuenta de que la mujer le gustaba. Era la típica maestra de escuela solterona, sin duda, con el cabello entrecano recogido muy prieto en un moño. Podría ser la señorita Twiddle de «Los niños de Katzenjammer» o la señorita Minerva de *La señorita Minerva y William Green Hill*, y sin embargo...

—Y usted —dijo ella—. El folclore es muy interesante. ¿Qué es lo que hace?

El carraspeó mientras intentaba hallar el modo de expresarse.

—Estoy intentando hallar el rastro de la historia de las nereidas.

—¿De veras? —La mujer lo miró de soslayo—. ¿Cree que existieron de verdad?

—No, no —respondió él moviendo la cabeza—. Pero ¿sabe usted algo acerca de ellas, doctora Papamarkos? ¿Sabe quiénes eran?

—¿Yo, que busco el templo de Poseidón? Naturalmente. Eran las damas, las damas de honor de su corte, bajo el Egeo. Poseidón era uno de los más viejos de todos los antiguos dioses griegos. También ellos eran viejos, muy viejos, los griegos... ¿Cómo las llaman ustedes en inglés? ¿Sirenas? ¿Hadas del mar? Dígame. —Vaciló, como avergonzada—. Yo entiendo el inglés mucho mejor de lo que lo hablo, debe creerme. Pasé tres años estudiando

en Princeton. —Desenganchó la cantimplora de su cinturón y desenroscó la tapa.

Él asintió.

—Lo mismo me ocurre a mí con el griego. Lo entiendo bastante bien, no podría hacer lo que hago si no fuera así. Pero a veces no se me ocurre la palabra adecuada, o no recuerdo cómo se pronuncia.

—Espero que no quiera beber de mi agua. Está haciendo mucho calor, pero tengo una enfermedad de nariz. ¿Es así cómo se dice? He de tomar medicina para respirar y la medicina me da sed. ¿Quiere un poco?

—No, gracias —respondió él—. Estoy bien.

—¿Lo he dicho correctamente? ¿Sirenas?

—Sí, sirenas. Se trataba en concreto de una clase de ninfas, las ninfas del mar, las cincuenta hijas de Nereo. Estaban también las ninfas de las montañas, las oréades; y estaban las dríades y melies en los árboles, las epipotamidas en los ríos, etcétera. Y los viejos, en especial las gentes del campo...

Ella rió de nuevo.

—Todavía creen en esas cosas. Lo sé, doctor, y no me avergüenzo de mi país. Ustedes también tienen este tipo de cosas, aunque en su caso se trata de platillos volantes y hombrecitos verdes. ¿Por qué no iba a tener mi Grecia sus mujercitas verdes?

—Pero lo fascinante —dijo él calentándose con el tema— es que han olvidado todos los nombres salvo uno. Los griegos modernos no hablan ya de ninfas, de oríades, de dríades o náyades. Sólo de nereidas, tanto si se cree que han sido vistas en manantiales o en cuevas o en cualquier otro lugar. Yo estoy intentando averiguar cómo era exactamente.

—¿Ha pensado —preguntó ella, sonriente— en la posibilidad de que todavía vivan?

Cuando el hombre de Nebraska regresó a su pequeña posada en Nemos, interrumpió a la regordeta y pequeña criada en su trabajo y reunió todo el poco griego que sabía para interrogarla acerca de la doctora Papamarkos.

—No vive aquí —le informó la criada mirando fijamente la punta de sus botas—. Allí, en una tienda.

Atravesó agachada el umbral y desapareció. Sólo un rato más tarde se acordó el americano que la palabra griega que significaba tienda quería decir también escenario.

Mientras subía la escalera, se preguntó de nuevo si sena posible. La doctora Papamarkos quitándose el pesado cinturón, los pantalones y la camisa de estilo militar. Revoloteando desnuda por los bosques. Soltó una risita. No, la mujer que él había visto —porque desde luego la había visto— era más joven, más pequeña, y... mmm... más redonda.

Recordó de pronto que Schliemann, el descubridor de Troya, se había casado con una muchacha griega de diecinueve años a la edad de cuarenta y siete. A él le faltaban todavía unos años para eso.

Volvió a pensar en ello la siguiente vez que la vio. Fue casi en el mismo lugar. (Venía frecuentando demasiado este lugar, se decía constantemente a sí mismo.) Oyó un ruido y se volvió, pero no con la suficiente rapidez. Hubo de nuevo aquel ligero chapoteo. Una vez más se dirigió apresuradamente, esta vez corriendo en realidad, hasta el borde del pequeño farallón; y esta vez obtuvo su recompensa. Un rostro gozoso subía y bajaba en las olas a cincuenta metros de distancia, una cara rodeada por una cabellera oscura que flotaba desparramada sobre las aguas. Un brazo se alzó del mar, saludó una vez y desapareció.

Aguardó cinco minutos, mirando de vez en cuando el reloj. Diez. El rostro no volvió a aparecer, y finalmente bajó de nuevo por el farallón y se quedó de pie en la playa mirando fijamente al mar.

—¡Doctor! ¡Doctor!

Miró detrás de él.

—Hola, doctora Papamarkos. Qué alegría volverla a ver. —Esta vez, ella venía desde el otro lado, desde donde estaban Nemos y la posada del americano, y mostraba algo con los brazos en alto. Era un verdadero placer, debía reconocerlo. Un oído atento, una mujer mayor, sin duda con cierta experiencia y que conocía el país...— ¡Cómo me alegro de verla!

—Y yo de verlo a usted, amigo mío. ¡Oh, doctor, amigo mío, mire! Mire, y vea lo que hemos encontrado bajo las aguas. —Se lo ofreció y, pasado un momento, el hombre de Nebraska vio que se trataba de una copa vidriada. Pero estaba incrustada de excrecencias marinas—. Y se lo debo a usted... ¡se lo debo todo a usted!

El fondo era rojo, la cabeza de hombre negra, barba rizada y el ojo, ancho y fiero, dibujado en un color más claro que tal vez hubiera sido blanco al principio. Un pez, pequeño y de trazo tosco, nadaba ante el rostro.

—¡Y detrás! Mire, mire al lado del tridente, las dos rayas rectas y el trazo encima. Es nuestra letra, TI de Poseidón. Hay copas mejores, sí, mucho mejores, en el Museo de Atenas. ¡Pero ésta es muy antigua! Ésta es del Micénico, del Micénico temprano, de cuando todavía copiábamos, y mal, las cosas de Creta.

El hombre de Nebraska seguía con los ojos clavados en el rostro barbudo. Era un dibujo tosco, apenas algo más que un esbozo; y, sin embargo, ardía en él una hábil energía, de tal modo que sentía al barbudo dios del mar observándolo, como si en cualquier instante fuera a soltar una estruendosa carcajada y darle una palmada en la espalda.

—¡Es fantástico!

Parecía como si la mujer pudiera leer su pensamiento.

—Era el dios del mar —dijo—. Los marineros le rezaban, y también los capitanes. También a Nereo, el viejo hombre de mar que conocía el futuro. Ahora, rezan a san Pedro y san Marcos. Pero quizá las cosas no hayan cambiado tanto. El pez, la barba, eso sigue ahí.

—¿Dice que ha encontrado esto gracias a mí, doctora Papamarkos?

—¡Sí! Nos conocimos y hablamos de las nereidas, ¿recuerda? Luego volví a mi escondrijo. —Destapó la cantimplora y bebió un buen trago—. Y yo no hacía más que pensar en ellas, en esas muchachas retozando en medio de las olas; casi podía verlas. Les digo: «¿Qué estáis intentando decirme? Vamos, yo soy una mujer como vosotras, hablad».

»Me saludan con el brazo y vienen. ¡Dios mío, vienen!

Entonces, yo pienso: "Sí, Saros fue un puerto de mar hace mucho tiempo. Pero ¿era la costa igual? ¿Y si el mar es ahora más alto? ¿Y si el lugar donde yo estoy cavando se hallaba entonces un kilómetro tierra adentro?". Lo llamaban ciudad, *polis*. Pero para nosotros no sería más que un pequeño pueblo: el teatro abierto al cielo, el templo, el agora adonde se iba a comprar pescado y vino, y unos centenares de casas.

Se detuvo, jadeando mientras intentaba recuperar el aliento. Y él recordó lo que había dicho acerca de su «enfermedad de la nariz».

—Yo no tengo equipo de buceo, pero hacemos un gran cedazo, con una red de pescar. Les digo a mis hombres: «Meteos en el mar hasta que el agua os llegue a la cintura». Con mucho cuidado, recogen arena con la pala y la meten en la red. ¡Y hoy encontramos esto!

Cuidadosamente, él le devolvió la copa.

—La felicito. Es maravilloso, y yo no habría podido conocer a una persona más agradable. Lo digo en serio.

—Sabía que se alegraría por mí —dijo ella, sonriente—. Del mismo modo que yo me alegraría por usted si encontrara... no sé, tal vez alguna vieja y maravillosa historia nunca escrita.

—¿Puedo acompañarla hasta su campamento? Me gustaría verlo.

—Oh, no —dijo la doctora—. Está muy lejos, y hace mucho calor. Espere hasta que tenga algo allí que enseñarle. Por ahora, esto es cuanto tengo que valga la pena. —Le dirigió aquella mirada de soslayo; y, como él no dijera nada, preguntó—: Pero ¿y usted? Seguro que está haciendo progresos. ¿No tiene nada que contarme?

El hombre de Nebraska respiró profundamente, pensando en lo tonta que iba a parecer su loca presunción.

—He visto una nereida, Thoé... o alguien que intentaba hacer que yo lo creyera.

Ella le puso una mano sobre el hombro, y su queda risa le pareció a él algo más que cordial.

—Pero ¡qué estupendo! De ese modo, podrá valorar las historias que recoge según su exactitud. Supongo que eso no se ha hecho nunca. Ahora, cuéntemelo todo.

Y él lo hizo: la figura vislumbrada en el bosque, el rostro que saludaba y desaparecía en el mar.

—Por eso, cuando ha dicho usted que las nereidas que imaginaba la habían saludado, me preguntaba...

—Si yo no sabría algo más. Lo comprendo. Pero creo que se trata simplemente de una de las chicas de aquí que le está tomando el pelo. Nosotros los griegos nadamos como peces, todos. ¿Ha oído hablar de la batalla de Salamis? Los persas perdieron muchos barcos, y las tripulaciones se ahogaron. También nosotros perdimos algunos barcos, pero muy pocos hombres, porque cuando los barcos se hundieron los hombres llegaron a nado hasta la costa. Usted es americano, doctor, y allí habrá también quien nade bien, pero muchos ni siquiera saben nadar. ¿Y usted? ¿Sabe nadar?

—Nado muy bien —dijo él—. Pertenece al equipo de la universidad; pero hace tiempo que no practico.

—Entonces, a lo mejor le apetece practicar, y con este calor... Cuando nos separemos, dirijase al lugar donde vio desaparecer a la muchacha. Hay muchas cuevas a lo largo de esta costa, con entradas bajo el mar. Los habitantes de aquí las conocen. Posiblemente las nereidas las conozcan también. —Sonrió, y luego su rostro se ensombreció—. También hay muchas corrientes. Las corrientes son las que hacen las cuevas. Si de verdad nada bien, sabrá que cuando se nada hay que tener cautela.

El americano estaba acostumbrado al agua dulce, y tardó un poco en poder mantener los ojos abiertos en las saladas aguas del golfo Sarónico. Cuando lo consiguió, vio la cueva casi al instante, un círculo oscuro en el fondo debajo del abrupto saliente. Subió a la superficie, respiró hondo varias veces, aspiró y retuvo la última bocanada de aire y se zambulló; al entrar por la boca de la cueva, se preguntó si habría en ella un pulpo: todos los sábados ofrecían pulpos pequeños en el mercado de Nemos.

Por dos veces, fue presa del pánico y regresó. Al tercer intento, salió a la superficie justo cuando creía que no iba a poder aguantar más.

Estaba oscuro: una suave luz que portaba el agua desde la luminosa luz del sol que incidía sobre las olas, un poco más que se filtraba por las grietas del farallón. También había humedad, y la cueva estaba llena del espumoso hedor de las hierbas marinas putrefactas. Mientras ascendía y salía del agua, dos pequeños brazos lo rodearon.

Los besos eran salobres, las palabras griegas pero pronunciadas con un ceceante acento que él no había oído hasta ahora. Cuando se hubieron amado, ella le cantó una canción marina, una nana que hablaba de un niño sano y salvó meciéndose en su botecito. Pasado un rato, se amaron otra vez; y él se durmió.

Se había puesto el sol detrás del farallón cuando el hombre de Nebraska surgió del mar de entre la resaca. Halló sus ropas donde las había ocultado y se vistió, canturreando para sí mismo la nana.

En el camino de vuelta a la posada, había recordado una canción acerca de una sirena que perdía su virtud abajo entre los corales. La iba silbando mientras caminaba, e intentaba recordar la parte que hablaba de dos lechos de algas y de que sólo una estaba deshecha cuando abrió la puerta de su habitación y vio que no habían hecho su cama. Encontró a la esposa del posadero en la cocina y se quejó. Ella le trajo sábanas limpias —era el único huésped de la posada— y le hizo personalmente la cama.

A la mañana siguiente, el hombre de Nebraska caminó a lo largo de la playa en lugar de hacerlo por lo alto del farallón. La vio cuando ella estaba todavía a cierta distancia, y pensó al principio que su cuerpo era sólo la vela de alguna infortunada barca de pesca arrastrada hasta la playa. Después de dar otro centenar de pasos, supo lo que ocurría sin tener que mirarla a la cara. Le dio de todos modos la vuelta e intentó quitarle la arena de los ojos, luego ahuyentó de una patada los pequeños cangrejos, que se alejaron a toda prisa después de haber mordisqueado los brazos a la mujer.

Una voz detrás de él dijo:

—Era la criada de su posada, doctor. —Él giró en redondo—. Le amaba a usted. Quizá eso le parezca imposible.

—Thoé —dijo él, y a continuación—: Doctora Papamarkos.

—Y sin embargo, es cierto. —La mujer alta desenroscó la tapa de su cantimplora y bebió—. Creo que usted no puede imaginar lo que representa la vida en un pueblo para una muchacha así, sin dinero ni dote. Llega un forastero, alto y fuerte, rico a sus ojos, un hombre culto y a quien todos respetan. Ella oyó las preguntas que hacía usted a los demás y me susurró a mí su plan. Yo prometí ayudarla si podía. Esto es todo cuanto puedo hacer ahora por ella, hacer que usted se dé cuenta de que una vez fue amado. Cuando tome nota de las historias de amor de los labios de los ancianos, recuérdelo.

—Lo recordaré. —Algo que no podía tragar se había alojado en su garganta.

—Ahora debe regresar a la posada y contar lo ocurrido. No lo que hubo entre usted y ella, sino sólo que está muerta y que usted la ha reconocido. Yo me quedaré aquí vigilando.

El sendero que discurría por lo alto del farallón era más corto. Trepó hasta lo alto, y había recorrido unos doscientos metros cuando se dio cuenta de que era incapaz de comunicar con un mínimo de decencia la noticia de una muerte trágica en su inadecuado griego. Se lo tendría que decir Thoé. Aguardaría hasta que viniera alguien.

Desde lo alto del farallón, vio cómo la mujer se quitaba el ancho cinturón y la cantimplora y los dejaba caer a la arena. A continuación, la camisa y el pantalón caquí. Era delgada —aunque no tan flaca como él había imaginado—, y luego ella se soltó la larga cabellera

oscura y se zambulló en el mar.

Al ver que la mujer no volvía, el hombre de Nebraska bajó por última vez hasta la playa. Había un signo dibujado en la arena húmeda, junto al cuerpo de la muchacha muerta. Habría podido ser una cruz con los brazos levantados hacia arriba, o bien la letra griega  $\lambda$ . No había nada en los bolsillos de la camisa caqui. Nada tampoco en los bolsillos del pantalón también caqui. El hombre de Nebraska destapó la cantimplora y olisqueó su contenido. Luego, se la llevó a los labios y la levantó hasta que el líquido tocó su lengua. Tal como esperaba, era salmuera, agua de mar.

### La casita de mazapán

El leñador venía por el camino y la adornada y vieja casa lo observaba a través de los ojos cubiertos por celosías. Llevaba un traje de mezclilla de color marrón rojizo, y el coche sin letrero estaba junto al bordillo. La casa sintió sus pies sobre el porche y el golpeteo de los nudillos a la puerta. Se preguntaba cómo habría venido él en coche por el sendero entre los árboles. La bruja le partiría los huesos para sacarle la médula; ella se lo diría a la bruja.

Sonó su timbre.

Tina Heim abrió la puerta, dejando la cadena puesta

Ero más o menos esperando a un vecino que le traía ensalada de col. Había oído decir que hay que traer sopa de pollo para la Muerte; aquí, por lo visto, era ensalada de col, aunque alguien había traído ensalada Waldorf para Jerry.

—Soy el teniente Price —dijo el leñador, sin abandonar su expresión seria. Mostró una placa metida en una cubierta de piel negra—. ¿La señora Heim? Deseo hablar con usted.

—¿Los niños han...? —empezó ella.

—Deseo hablar con usted —repitió él—. Sería mejor dentro de la casa y sentados.

—Muy bien.— La mujer quitó la cadena y abrió la puerta.

El hombre entró y dijo:

—Estaba usted ocupada en la cocina.

La mujer no había visto que él mirara al delantal, pero al parecer sí lo había hecho.

—Estaba haciendo hombres de mazapán para los almuerzos de la escuela. Me gusta ponerles unos pastelitos en los almuerzos todos los días.

Él asintió con la cabeza pero siguió sin sonreír.

—Huele bien. Podemos hablar en la cocina, así podrá usted vigilar que no se quemem.

—Ya están fuera, sólo hacen falta unos minutos con el microondas. Puede... —Era demasiado tarde; el hombre se había colado por su lado y había desaparecido de la vista. La mujer atravesó corriendo el recibidor oscuro y el sombrío comedor y lo halló sentado en una pequeña silla de la cocina—. ¿Cómo se puede irrumpir de este modo en la casa de nadie?

El hombre sacudió la cabeza.

—Verá, no me parecía que se pudieran hacer pasteles en un microondas.

—Es difícil cuando hay que levantar la masa, pero para los pastelitos sí va bien.

—Vacilaba entre la hospitalidad y la ira y optó por la primera. Parecía más seguro así, y siempre podría enfadarse más tarde—. ¿Quiere uno? —El asintió con la cabeza—. ¿Y café? Tenemos también leche, si lo prefiere con leche.

—Café solo está bien —dijo él—. No, señora Heim, no podemos irrumpir así en casa de nadie; necesitamos una orden de registro. Pero, una vez usted nos deja entrar, no puede impedir que vayamos a donde queramos. Podría subir ahora a su dormitorio, por ejemplo, y registrar su secreter.

—No irá...

—Sólo estaba poniéndole un ejemplo —explicó él sacudiendo la cabeza—. Así son las leyes en este estado.

La mujer miraba fijamente, perpleja, la tacita con la sonriente cara en el lado. Estaba llena de café negro. Lo había vertido sin pensar, como un autómatas.

—¿Quiere crema? ¿Azúcar?

—No, gracias. Siéntese, señora Heim.

La mujer se sentó. El hombre había cogido la silla que normalmente utilizaba ella. Ella cogió la que estaba delante del extraño, la silla de Jerry, y la situó con cuidado sintiéndose como alguien que acude a una entrevista para un puesto de trabajo.

—Bueno —dijo él.

Hizo una pina con los dedos. Era el gesto de un viejo, aunque este hombre no parecía



mayor que ella. «Ésta es mi casa —pensó ella—. Si esto es una entrevista, soy yo quien lo entrevista a él.» Sabía que no era así.

—Señora Heim, su esposo murió el año pasado. En noviembre. —Ella asintió con la cabeza, en guardia—. Y la causa de la muerte fue...

—Cáncer de pulmón. Lo pone en el certificado de defunción. —Pasaron volando por su imaginación las cubiertas de un millar de libros de bolsillo: *Asesinato en el Orient Express*, *Fletch*, *El misterio del sombrero romano*—. Dice usted que es teniente, ¿de la Brigada de Homicidios? Vaya, ¡voy a aparecer en una novela de misterio!

—No —respondió él—. Esto no es ficción, señora Heim. Se trata de una pequeña investigación. ¿Su difunto esposo fumaba mucho?

La mujer negó con la cabeza.

—Jerry no fumaba.

—¿Tal vez había fumado mucho y lo había dejado?

—No —insistió ella—. Jerry nunca fue fumador.

Price asintió con la cabeza como para sus adentros.

—He leído que el humo indirecto ataca también a las personas. —Bebió un sorbo de su café—. ¿Fuma usted, señora Heim? No he visto ningún cenicero.

—No, no, yo no fumo, teniente, nunca he fumado.

—Aja. —La mano derecha del hombre abandonó el asa del sonriente tazón y se dirigió al bolsillo de su camisa—. Pues yo sí fumo, señora Heim. ¿Le importa?

—Claro que no —mintió ella.

Los ceniceros para los invitados estaban escondidos en la alacena. Le trajo uno. Él sacó un cigarrillo y lo encendió con un encendedor de plástico desechable.

—Estoy intentando dejarlo —dijo. Aspiró el humo hasta el fondo de los pulmones—. ¿Su esposo era químico, señora Heim? ¿Trabajaba en una planta de productos químicos?

La mujer negó con la cabeza.

—Jerry era abogado. —Seguro que todo esto ya lo sabía Price.

—Y al morir tenía... ¿cuántos años?

—Cuarenta y uno.

—Es una edad muy temprana para que un no fumador muera de cáncer de pulmón, señora Heim.

—Es lo que dijo el doctor de Jerry.

Tina no quería ponerse a llorar otra vez; se sirvió también café, le añadió leche y el edulcorante dietético y lo agitó hasta que hubo pasado el tiempo suficiente como para poder controlar de nuevo sus emociones. Cuando se sentó de nuevo, el hombre insistió:

—Debe de haberle extrañado a la gente. Mi esposa murió también hace tres años, y le puedo decir que me hicieron muchas preguntas.

La mujer asentía, ausente y mirando la pequeña fuente que estaba al otro lado de la mesita. Era ahí donde antes yacía el hombre de mazapán, intacto. Y ahora, ya no estaba.

—Vieron los pulmones de Jerry por rayos X, teniente. Los rayos X indicaban que había cáncer. Eso es lo que nos dijeron.

—Lo sé—dijo él.

—Y ¿usted no cree que Jerry muriera de cáncer?

Él se encogió de hombros.

—Y luego su hijo. ¿Cómo se llamaba?

Tina intentó quitar toda emoción a su voz y creyó conseguirlo.

—Se llamaba Alan.

—Hace sólo un mes. Ha debido de ser muy duro para usted.

—Lo ha sido. Teniente, ¿no podríamos hablar con franqueza? ¿A qué viene todo esto?

—De acuerdo. —El hombre bebió otro sorbo de café—. De todos modos, tiene usted dos más. Un chico y una chica, ¿es así?

—Henry y Gail. Pero, en realidad, Henry y Gail no son hijos míos.

Por primera vez, el hombre pareció sorprendido.

—¿Cómo dice?

—Son hijos adoptivos, eso es todo. Naturalmente, los quiero como si fueran míos, o en todo caso intento que sea así.

—No sabía eso —dijo él—. Pero Alan sí...

—Alan era hijo nuestro. De Jerry y mío.

—Su esposo había estado casado antes. ¿Divorcio?

—Sí, Jerry consiguió la plena custodia. Roña no tenía... ni siquiera tiene derecho de visita.

—Así estaban las cosas —dijo él.

—Sí, así estaban las cosas, teniente.

—¿Y ahora que su esposo ha muerto?

Price arrojó la ceniza a la fuente de ensalada donde antes estaba el hombre de mazapán.

—No sé. Si Roña intenta llevárselos, iré a juicio; entonces veremos. ¿No me dice a qué viene todo esto?

Él asintió.

—Se trata del seguro, en realidad. Su esposo tenía una póliza de importancia.

Ella asintió con la cabeza, de nuevo a la defensiva.

—Han pagado —dijo.

Price ya no escuchaba. No le escuchaba ella.

—¿Henry o Gail se han quedado en casa y no han ido a la escuela? Sólo es la una y media.

—No, no volverán hasta las tres. ¿Desea hablar con ellos?

—He oído pasos arriba —respondió él sacudiendo la cabeza—. Me han parecido los pasos de un niño.

—Henry tiene dieciocho años, teniente, y Gail dieciséis. Créame, no hacen el ruido que hacen los crios pateando el suelo. ¿Quiere subir a ver? No necesita ninguna excusa... es lo que usted ha dicho.

Price, lentamente, aplastó el cigarrillo en la fuente.

—Exacto, no necesito ninguna excusa. Alan murió envenenado, ¿no es cierto, señora Heim? ¿Envenenado con plomo?

La mujer asintió despacio con la cabeza, pretendiendo lucir una encantadora máscara de arcilla en el rostro, una máscara que las lágrimas disolverían y cualquier expresión rompería.

—Se comió trocitos de pintura, teniente. Había un punto dentro de su armario donde la pintura vieja estaba desconchada. Habíamos vuelto a pintar la habitación, pero no el interior del armario. Sólo tenía dos años y... y...

—De acuerdo, de acuerdo —la tranquilizó él—. Yo también tengo dos niños.

—No, no es así de fácil.

La mujer arrancó una servilleta de papel y se dirigió hacia el rincón, de espaldas a él, para sonarse la nariz y limpiarse las lágrimas. Esperaba que el hombre hubiera desaparecido cuando ella se volviera.

—¿Se siente mejor ya? —preguntó él. Había encendido otro cigarrillo.

—Bueno, es que no es justo.

—¿El qué?

—Que fume usted de ese modo. Y usted sigue con vida, y Jerry nunca había fumado y ya no está.

—Estoy intentando dejarlo. —Lo dijo de un modo mecánico, al tiempo que jugaba con el cigarrillo—. En realidad, algunas personas de la compañía de seguros opinan más o menos lo mismo que usted, señora Heim.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Su esposo tenía una póliza de Attica Life. Cien mil dólares.

Automáticamente, la mujer negó con la cabeza.

—Doscientos mil. Eso es lo que pagaron.

El hombre inhaló el humo y lo expulsó por la nariz.

—Eran cien mil, pero había una cláusula de doble indemnización en caso de cáncer. A menudo hacen eso ahora, la gente está muy preocupada por el cáncer. Es una enfermedad que supone generalmente enormes facturas de hospital. —De esto se trataba. La mujer aguardaba, los puños apretados en el regazo—. No fue así en el caso de Jerry, naturalmente. O no mucho. Murió, ¿en cuánto tiempo? ¿Tres semanas?

—Sí —contestó ella—. Tres semanas después de ingresar en el hospital.

—Y, de todos modos, él tenía seguro de hospitalización. ¿No es así? ¿De su firma de abogados?

La mujer asintió.

—Y, naturalmente, usted había suscrito pólizas para los niños, y también para usted misma. Veinticinco mil por cada niño, ¿no era así?

—Todavía tenemos esas pólizas. Tenemos un agente muy bueno, teniente; se lo presentaré.

—Todavía las tiene para Henry y Gail. ¿Correcto? Veinticinco mil dólares con doble indemnización en caso de muerte por accidente. El pequeño Alan murió, y fue por accidente. Un crío, un bebé, se traga trocitos de pintura... a eso lo llaman envenenamiento accidental.

—Usted cree que yo lo maté. —Si mis ojos fueran llamas, pensó ella, este hombre estaría

friéndose como si fuera tocino. Estaría ardiendo en el Infierno—. Usted cree que yo maté a mi esposo y a mi hijo para cobrar ese dinero, ¿verdad, teniente? —Intentaba imaginárselo, el traje marrón en llamas, el rostro quemado y el cabello en llamas.

—No —dijo él—. No, señora Heim, yo no creo eso. De veras.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí?

El hombre aplastó el segundo cigarrillo al lado del anterior.

—Su compañía de seguros quiere que se investigue. —Se detuvo, pero ella no dijo nada—. ¿Acaso es de extrañar? Dos reclamaciones, y grandes, de doble indemnización, en menos de dos años. Comprenda.

Ella se sentía ahora agotada, desaparecida la irritación.

—¿Qué quiere usted que haga... que pase por una prueba con el detector de mentiras y diga que no asesiné a mi esposo? ¿Que no envenené a Alan? De acuerdo, acepto.

—Sólo quiero que firme algo, y nada más. Probablemente todo acabará aquí. —La mano que antes había sacado los cigarrillos estaba de nuevo rebuscando, esta vez en el bolsillo de la pechera de la americana de mezclilla—. Puede leerlo si quiere. O bien yo le digo lo que pone, como quiera.

Era una buena impresión, sobre papel de tipo oficial. Los ojos de la mujer percibieron la palabra «exhumación».

—Dígame—dijo ella.

—Con esto, ellos (la oficina del forense) podrán comprobar el cuerpo de su esposo. Comprobarán sus pulmones, por ejemplo, para ver si tenía realmente cáncer.

Tal vez cavaran la fosa durante la noche; hombres armados de palas resucitando, de manera metódica e insensible, terrones de tierra. Sí, seguro que sería de noche. No desearían que los asistentes al funeral lo vieran: «Descanse en paz». Habría farolillos con largos cordones de color naranja para poder trabajar, o quizá tan sólo linternas de pilas.

—¿Es posible eso? —preguntó ella—. ¿Pueden saber algo haciendo eso? —Recordaba a la mujer de la Biblia: «Señor, hace ya cuatro días; seguro que olerá mal». Añadió—: Hace ya más de un año, teniente.

El se encogió de hombros.

—Tal vez sí, tal vez no. Su esposo fue embalsamado, ¿verdad?

—Sí, sí, lo embalsamaron.

—Entonces, quizá se pueda encontrar algo. Depende de que hicieran o no un buen trabajo, de la temperatura del suelo y de lo hermético que fuera el ataúd, depende de muchas cosas, en realidad, pero hay posibilidades. Siempre hay pruebas que pueden realizar: la prueba del arsénico o del plomo. Se puede examinar un cuerpo cien años después y todavía encontrar este tipo de cosas.

—Entiendo. ¿Tiene un bolígrafo?

—Claro —dijo él.

Sacó el bolígrafo del mismo bolsillo y se lo entregó, oprimiendo primero el pulsador de plástico del extremo para que saliera la punta. «Como un vendedor —pensó ella—, igual que un vendedor que acaba de cerrar un trato.»

Ella cogió el bolígrafo y firmó, y él sonrió, relajado.

—¿Sabe?, no sabía que todavía utilizaran esas pinturas a base de plomo.

—No las utilizan —respondió ella devolviéndole el papel—. Esta casa es vieja, y la pintura era vieja. Según dijo un doctor, quizá fuera de los años veinte. ¿Quiere verlo? Me refiero al armario, no a la pintura. Volví a pintarlo para que...

—Para que no pudiera ocurrirle lo mismo al niño de otro —terminó él por ella—. Claro, subamos a echar un vistazo.

Mientras subían la escalera, él dijo:

—Desde fuera yo no estaba seguro de que ésta fuera en realidad una casa antigua, aunque es verdad que tiene ese aspecto de época. Parece que sea de construcción nueva pero siguiendo el viejo estilo, como hacen en Disneylandia.

—Fue construida en mil ochocientos ochenta y dos —dijo ella—. Hicimos pintar el exterior por un contratista. Del interior nos encargamos nosotros.

Condujo al teniente por el pasillo del piso superior y abrió la puerta.

—No he entrado aquí desde que pinté el armario. Creo que ya es hora de que lo haga.

El asintió, mirando de manera apreciativa las paredes y las molduras de roble.

—Supongo que esto era la habitación de la criada, en los viejos tiempos.

—No, esto ha sido siempre el cuarto de los niños. Las habitaciones de las criadas estaban arriba, debajo del alero. —Se quedó callada. Los periódicos manchados de pintura oscura

alfombraban todavía el suelo. Había una lata, en el mismo lugar donde ella la había dejado, con el contenido duro y cuarteado. La brocha con pintura pegada y seca estaba al lado. La mujer iba a decir: «No hice la limpieza, supongo que se nota».

Antes de que la primera palabra saliera de sus labios, se oyó un ruido. Era un sonido apagado, pero en medio de la quietud reinante resultaba inusualmente fuerte: era como si algo raspara o se frotase con algo y habría podido proceder de un perrito que se pusiera en pie, o simplemente de un objeto pequeño y duro al resbalar por un montón de objetos similares, por ejemplo el sonajero de un bebé cayendo desde lo alto de un montón de juguetes colocados de cualquier manera.

En lugar de hablar de la limpieza, Tina exclamó:

—¿Hay un niño dentro!

—Sí, es verdad que hay algo ahí dentro —admitió Price—. Se dirigió al armario y dio la vuelta al anticuado pomo de porcelana, pero la puerta no se abrió. Estaba cerrada con llave.

—Yo no la cerré.

Aunque no era consciente de haberlas movido, la mano derecha de la mujer había aferrado el brazo izquierdo y la mano izquierda el brazo derecho. Hacía frío en el cuarto de los niños, seguramente más que en el exterior. ¿Había cerrado la ventilación?

—Sí que la cerró —dijo él—. Es lo más natural del mundo. No importa. No necesito verla.

«Está mirándose las pruebas como favor hacia mí», pensó ella. En voz alta, dijo:

—Ni siquiera tengo la llave, pero hay que abrirlo. Hay un niño dentro.

—Sí que hay algo ahí dentro. Pero dudo mucho de que sea un niño. —El nombre miró el ojo de la cerradura—. No es más que una vieja cerradura con guardas. No presentará problemas.

La lata de pintura tenía un asa de alambre. La arrancó y la dobló con sus dedos fuertes y romos.

—Supongo que tiene usted razón; no es posible que haya un niño ahí dentro. ¿Quién iba a haber ahí?

El hombre se agachó delante de la cerradura.

—¿Quiere que le diga lo que yo creo? Tiene usted algún bicho en la pared. Tal vez una araña. No habrá ratas en la casa, ¿verdad?

—Hemos intentado librarnos de ellas. Jerry puso trampas en el sótano... —Se oyó un apagado ruido procedente del armario, como si estuvieran escarbando; la mujer se puso a hablar con mayor rapidez para sofocar el sonido—. Incluso compró un hurón y lo puso abajo, pero se murió. Él creía que Henry lo había matado.

—¿Sí? —dijo Price.

La cerradura chirrió, se oyó un chasquido y el hombre se puso en pie, sonriente. Probablemente no la habían engrasado nunca. Estaba un poco dura. Dio la vuelta otra vez al pomo, y esta vez el pomo giró pero la puerta no se abrió.

—Además, la puerta está encallada. ¿Pintó usted el marco?

La mujer asintió con la cabeza, en silencio.

—Pues la cerró antes de que la pintura se hubiera secado, señora Heim.

El hombre sacó una gran navaja multiusos del bolsillo derecho de su americana y abrió el destornillador.

—Llámemme Tina —dijo ella—. No hay por qué ser tan formales.

Hacía tan sólo un instante, ella lo había visto sonreír por primera vez; ahora, la sonrisa era más amplia.

—Dick —respondió él—. Y nada de chistes sobre Dick Tracy, por favor. Ya tengo bastantes en la comisaría.

La mujer le devolvió la sonrisa.

—De acuerdo.

El extremo del destornillador se deslizó entre la puerta y el marco. El hombre dio de nuevo la vuelta al pomo mientras hacía palanca con el destornillador, y la puerta se abrió de golpe. Por un instante, le pareció a la mujer ver unos ojos cerca del suelo.

El hombre abrió la puerta de par en par y los goznes chirriaron.

—No hay nada aquí —dijo—. Jerry no creía en la lubricación.

—Sí, sí que creía en ella; siempre lo estaba engrasando todo. Decía siempre que él no era mecánico, pero que una lata de aceite valía por medio mecánico.

Price gruñó. Tenía en la mano una linterna de bolsillo, y el débil rayo de luz se movía por las paredes del armario.

—Ha habido algo aquí dentro —dijo—. Algo más grande que una rata. Tal vez un

mapache.

—Déjeme ver —pidió ella.

Había recogido los periódicos manchados de pintura y los había metido en la lata. Se acercó ahora al armario para mirar. Había arañazos en las paredes, pequeños arañazos producidos tal vez por pequeñas garras o uñas. Y trozos de yeso y pintura en el suelo del armario.

Price apagó la linterna y miró su reloj.

—Tengo que marcharme. Gracias por firmar la autorización. La llamaré por teléfono y le comunicaré el resultado de las pruebas.

La mujer asintió con la cabeza y dijo:

—Me gustaría que lo hiciera.

—Pues bien, de acuerdo. ¿Qué libro es ése?

—¿Esto? —Ella lo mostró—. Sólo un viejo libro para niños. Jerry lo encontró explorando el desván y lo cogió para dárselo a Alan. Estaba debajo de los periódicos.

La mujer fue delante por el estrecho pasillo. El nuevo y esplendoroso papel que ella y Jerry habían colocado cubría las paredes pero no se abría paso hasta su mente. Cuando apartaba la mirada de él, volvía el viejo papel oscuro. Price, detrás de ella, dijo:

—Cuidado con esta escalera.

—Queríamos hacerla alfombrar —dijo ella—. Ahora ya casi no vale la pena. Estoy intentando vender la casa.

—Sí, ya he visto el cartel que ha puesto ahí fuera. Es un buen sitio, pero creo que la entiendo.

—No es un buen sitio —musitó ella, pero sus palabras eran tan quedas que sólo la casa las oyó. Abrió la puerta.

—Adiós. Y gracias de nuevo, Tina. Me he alegrado de conocerla. —Solemnemente, se estrecharon la mano.

—¿Me llamará, Dick? —dijo ella, consciente del tono de sus palabras.

—Se lo prometo.

Ella observó al hombre mientras éste se alejaba por el sendero. Unos pasos antes de llegar a su coche, se dio una palmadita en el Bolsillo lateral de la chaqueta: no en el bolsillo de la derecha, donde había metido la navaja, sino en el de la izquierda. «Para el laboratorio —se dijo ella para sus adentros—, lo lleva al laboratorio de la policía para ver si está envenenado.»

No miró el libro que tenía en la mano, pero los versos que había leído al levantar los periódicos que lo cubrían cantaban en sus oídos:

*«Corre, corre tanto como quieras, que nunca me cogerás A MÍ», dijo el hombre de mazapán.*

Esa noche, la casa jugaba a La Niñita. La esencia, el ectoplasma, el alma del niño rezumaba del viejo yeso cuarteado que la había absorbido cuando era nuevo. Henry, mientras veía la televisión en la estancia familiar que en otro tiempo había sido el dormitorio principal, no la oía ni la veía; y, sin embargo, se agitaba, rollizo e incómodo, repantigado en el sofá. Incapaz de concentrarse en el programa ni en ninguna otra cosa. Maldiciendo a sus profesores, a su hermana y a su madrastra. Esperando que el teléfono sonara, temeroso de llamar a nadie e incapaz de saber de qué tenía miedo, furioso en su desdicha y desdichado en su ira.

Inclinada sobre sus libros de escuela, en el piso de arriba, Gail oía. Pasos rápidos, pasos ligeros, arriba y abajo del pasillo: «Gioconda es la modelo de ese brillante y joven escultor llamado Lucio Settala. Aunque, por lealtad hacia su bruja, Sylvia, lucha por resistirse a la fascinación que ella ejerce sobre él, ve en Gioconda la auténtica inspiración de su arte. Durante la enfermedad de Lucio, Tina despierta la ira de Gioconda y es espantosamente quemada por la modelo y su hermano».

«Seguro que me acordaré de esto», pensó Gail. También ella quería ser modelo, como su verdadera madre, y algún día lo sería. Se colocó el libro en equilibrio sobre la cabeza y se paseó por el dormitorio, deteniéndose para posar con estudiada arrogancia.

Tina, que se secaba en el cuarto de baño, la vio.

El vapor la dejaba tras de sí mientras se desvanecía del espejo: la silueta de una criatura con trenzas, una niña cuya cabeza y hombros eran casi el dibujo de un tejado de pendientes pronunciadas. Tina limpió el espejo con la toalla, observó cómo volvía a formarse el fantasma y a continuación lo expulsó de su mente. Jerry habría debido instalar un ventilador aquí, pensó. Tengo que decírselo.

Recordó que Jerry había muerto, pero en todo este rato no lo había sabido. Lo que ocurría no era que lo hubiese olvidado, sino que había olvidado que ella misma vivía todavía y que los vivos no pueden comunicarse con los muertos, que ni devuelven las llamadas ni contestan a las cartas. Había creído por un instante, que el Jerry muerto había simplemente desaparecido, que se había ido a Nueva York, a Nueva Orleans, a Nuevo México o a algún otro lugar a ver a algún cliente, a redactar algún documento o a presentarse ante alguna Junta. Pronto ella volaría hasta allí para reunirse con él, en la nueva casa.

Jerry le había dado para su cuerpo perfumado polvos y una enorme borla con la que aplicarlos. Y esto hacía ella ahora, porque a Jerry le gustaba, pensando en el tiempo que había pasado desde que los utilizó por última vez.

El espectro de vapor que ella había sido incapaz de borrar había desaparecido. Recordó los ojos y se estremeció. No eran —como se decía a sí misma— más que agujeros en el vapor, dos puntos donde el vapor, por algún motivo, no se condensaba; esto empeoraba las cosas, ya que de ser así seguían ahí, observándola, invisibles.

Se estremeció de nuevo. El cuarto de baño resultaba frío a pesar del vapor, a pesar de la caldera en la que Jerry tanto había trabajado. Sabía que debía ponerse la bata, pero no lo hizo y se plantó en cambio de pie delante del espejo examinando sus senos empolvados y pasándose las manos por las caderas empolvadas. Gorda, estaba demasiado gorda, demasiado gorda desde que nació Alan.

Pero Dick Price le había sonreído; ella había visto cómo la miraba en el cuarto de los niños, y había sentido cómo él retenía un instante más su mano.

—Entonces, ¿era cáncer al final, teniente? —preguntó Gail unos días más tarde—. No se quede ahí de pie, por favor.

La chica cruzó la amplia y oscura sala de estar que en otro tiempo había sido un saloncito, y se sentó igual que una mujer.

Price asintió con la cabeza al tiempo que bebía un sorbo de la bebida que Henry le había preparado. Era whisky escocés con agua, demasiado de lo primero y demasiado poco de lo segundo; y Price estaba decidido a probarlo y nada más.

—No creía —dijo Henry— que eso pudiera ir tan rápido.

—A veces es así —contestó Price.

Gail movió la cabeza.

—Ella mató a papá, teniente. Estoy segura. Usted no la conoce... a veces es una auténtica bruja.

—Y tú escribiste esas cartas a la compañía de seguros. —Price depositó el vaso sobre la mesita.

—¿Qué cartas?

—No deberías morderte el labio de ese modo, Pájaro Bobo —terció Henry con una mueca—. Te delata.

—Déjame que te dé un pequeño consejo, Gail —dijo Price—. Es mejor no contar mentiras a la policía; pero, si vas a hacerlo, tienes que controlarte como es debido y vigilar tu expresión. No basta con decir las palabras adecuadas.

—¿Está usted...?

—Además, una mentira sin más es mejor que un subterfugio. Prueba a decir: «Yo jamás he escrito carta alguna, teniente».

—Se suponía que esas cartas eran confidenciales.

Henry se limpiaba las uñas con un pequeño destornillador.

—¿Crees que la palabra confidencial significa que ni siquiera se las enseñan a la policía? Price asintió de nuevo con la cabeza.

—Tiene razón tu hermano. Nos las han enseñado, naturalmente. Estaban escritas por una mano de mujer, y había detalles que sólo alguien que viviera aquí podía conocer. Así que las escribisteis tú o tu madrastra. Puesto que en las cartas se la acusaba a ella, quedabas tú. De vez en cuando algún chiflado escribe acusándose a sí mismo, pero vuestra madrastra no parece una chiflada; ha firmado y puesto la fecha en los papeles para la exhumación y la letra era otra.

—De acuerdo, yo escribí esas cartas.

El destornillador tenía una presilla como la de los bolígrafos. Henry volvió a metérselo en el bolsillo de la camisa.

—Yo la ayudé en algunas. Le decía lo que debía escribir, ¿sabe? ¿Va usted a decírselo a ella?

—¿Queréis que se lo diga? —preguntó Price.  
—A mí no me importa, tío —contestó Henry encogiéndose de hombros.  
—Entonces, ¿por qué me lo preguntas? —Se puso en pie—. Gracias por la hospitalidad, chicos. Decidle a Tina que lamento no haberla encontrado.  
Gail se levantó también.  
—Seguro que se ha demorado en alguna parte, teniente. Si quisiera quedarse un rato más...  
Price movió la cabeza.  
—Sólo una pregunta, señor —dijo Henry—, si es que lo sabe. ¿Cómo pilló papá el cáncer de pulmón?  
—Tenía los pulmones llenos de fibra de amianto. Es algo que a menudo ocurre, y precisamente a los que trabajan en aislamientos.

En la cocina, Tina se imaginaba la caldera: las tuberías extendiéndose hacia arriba como las ramas de un árbol muerto hacía tiempo, la cinta desprendiéndose de ellas como si fuera la corteza, polvo blanco colándose y cayendo como madera podrida, como nieve, sobre la tumba violada de Jerry.

«Es la casita de mazapán», pensó, recordando aquel papel tan tristón del cuarto de los niños, encima del cual habían pintado. «No se te come él a ti, tú te lo comes a él. Pero, de todos modos, te atrapa.»

Intentó moverse, golpear el suelo con los pies y la pared con los hombros, masticar el trapo para los platos que Gail le había metido en la boca, arrancarse la brillante y nueva cinta para tuberías que Jerry había comprado cuando estaba reconstruyendo el horno. Nada de ello funcionó. La puerta del microondas estaba abierta como una boca hambrienta. A lo lejos, la puerta de la calle se abría y cerraba. Por el estéreo del salón familiar sonaba a todo volumen *She U sed to Be My Girl*\*

Gordo, dándose importancia, Henry entró en la cocina envuelto en una ola de rock y portando un vaso casi lleno de líquido oscuro.

—Tu amigo se ha ido. ¿Nos has oído? Apuesto a que creías que iba a salvarte. —Bebió un trago del líquido (era whisky, Tina podía olerlo) y depositó el vaso sobre la placa de drenaje.

Gail entró tras él. Cuando la puerta se hubo cerrado y pudo hacerse oír, preguntó:

—¿Vamos a hacerlo ahora?

—Claro, ¿por qué no? —Henry se arrodilló, rascando la cinta.

—Creo que sería mejor dejarle eso puesto.

\* *Ella era mi chica. (N. del T.)*

—Ya te he dicho que el calor derretiría el adhesivo. ¿Quieres tener que frotarle la cara con disolvente para pintura o algo parecido cuando haya muerto? —Henry cogió el extremo de la cinta adhesiva y la arrancó—. Además, no va a gritar, va a hablar. La conozco.

Tina escupió el trapo para los platos. Le parecía haber ido al dentista, era como si el recepcionista estuviese esperando fijar una nueva cita cuando se levantara de la silla.

Gail cogió bruscamente el húmedo.

—¿Has preparado el microondas?

—Claro, Pájaro Bobo. No es tan difícil.

—Lo comprobarán. Harán comprobaciones para ver qué es lo que ha pasado.

Tina intentó hablar, pero tenía la boca demasiado seca y no le salían las palabras.

—Y lo encontrarán —dijo Henry con una sonrisita—. Encontrarán un alambre que venía sin soldar y ha provocado un cortocircuito en el dispositivo de seguridad. Tráeme un huevo de la nevera.

Ella sabía que iba a pedir clemencia; y, sin embargo, no conseguía manifestar su súplica. «Soy valiente», pensó, sorprendida. «Esto, estas pocas ganas, es valor. Esto yo no lo sabía.»

—¿Ves el huevo, madrastra querida? —Gail levantó el huevo para que ella lo viera—. Un huevo estalla si lo metes en el microondas.

Lo colocó en el interior, y Henry cerró la puerta.

—Ahora funcionará, tanto si está abierto como si está cerrado, ¿ves? Pero yo he cerrado para que no salga la radiación aquí fuera. —Oprimió un botón e, instintivamente, retrocedió.

El huevo produjo al estallar un ruido sordo, como el de un hacha al hender la madera o la caída de la cuchilla de una guillotina.

—Lo pone todo hecho un asco. Dejaremos esto encendido un rato para que se ponga duro.

—¿Va a durar lo suficiente la música? —preguntó Gail.

—Sí, claro que sí.

—Si lo que queréis es volver con Roña —dijo Tina—, adelante. Yo he intentado quererlos; pero nadie va a impedirloslo.

—Nosotros no queremos vivir con Roña —respondió Henry—. Queremos ajustar las cuentas contigo, y queremos ser ricos.

—Has cobrado cien mil de papá —explicó Gail—. Y todo lo otro por el bebé.

—Otros cincuenta mil —añadió Henry.

—Eso hacen ciento cincuenta mil, y cuando tú hayas muerto, serán nuestros. Luego otros cincuenta de tu indemnización, doble por ser accidente. También cobraremos eso. En total, un cuarto de millón.

El microondas zumbaba.

—Bien. —Henry lo abrió—. Vamos a soltarla. —Cogió el pequeño cuchillo de pelar fruta del fregadero.

—Luchará —le advirtió Gail.

—Yo me encargo de todo, Pájaro Bobo. No tiene que haber señales de cuerdas cuando la encuentren.

El pequeño cuchillo royó la cuerda que Tina tenía a la espalda como si fuera una rata. Pasado un instante, sus manos inermes cayeron, liberadas. La rata se desplazó a sus tobillos.

—Tendremos que librarnos de la cuerda —dijo Gail.

—Claro. Échala a la basura; la cinta también.

Un millar de agujas pincharon los brazos de Tina. Con ellas, surgido de la nada, vino el dolor.

—Bien —dijo Henry—. Levántate. —La izó. Tenía las piernas débiles e insensibles—. Mira, tú estás limpiándolo. Por ejemplo, metes la cabeza dentro para ver lo que haces. —Metió su cabeza en el horno—. Entonces, vas a coger el limpiador o algo así y sin querer, con el brazo, tocas un botón.

Alguien gritó, un grito agudo y lleno de terror. «No voy a hacerlo —se dijo a sí misma—. No voy a gritar.» Apretó los labios y los dientes.

El grito proseguía. Henry aulló y la soltó, y ella se desplomó al suelo. Del microondas brotaban las llamas y un humo negro y denso.

Le daban ganas de reír. Vaya, Hansen, y tú, pequeña Gretel, cocinar a una bruja no es tan fácil como creíais, *¿nicht wahr?*\* Henry tiró de un cordón de la pared. Tina observó, divertida, que era el cordón del abrelatas eléctrico.

Gail había llenado una cacerola con agua del fregadero. La arrojó sobre el microondas y saltó hacia atrás como si la hubieran golpeado. Las llamas prendieron en las cortinas de la cocina, que se incendiaron como si fueran de papel.

Con las piernas casi insensibles, Tina intentó ponerse en pie. Se tambaleó y cayó. Encima del microondas, los armarios de la cocina ardían y las llamas corrían por la madera oscura y barnizada que había estado seca durante un siglo.

La puerta trasera se abrió de golpe hacia dentro. Henry huyó por la abertura gritando, la camisa en llamas. Unas manos más rudas y más fuertes la alzaron. Pensó en Gretel —en Gail—, pero Gail estaba al lado de ellos, tosiendo y ahogándose, dirigiéndose a toda prisa hacia la puerta abierta.

Como por arte de magia, se vio en el exterior. Estaban todos fuera, Henry rodando frenéticamente por la hierba mientras Dick azotaba las llamas con su chaqueta. Aullaban las sirenas y los lobos, mientras una a una las habitaciones oscuras se encendían con un fulgor alegre.

—¡Mi casa! —exclamó ella. Había querido decirlo en susurro, pero lo que hizo fue casi gritar—. ¡Mi hogar, desaparecido...! No... siempre, siempre la recordaré ocurra lo que ocurra.

Dick miró hacia ella.

—Eso no tiene muy buena pinta, pero si hay ahí algo de especial valor...

—¡No se atreva a volver a entrar ahí! No se lo permitiré.

—¡Dios mío! —Dick le aferró el brazo—. ¡Mire!

\* En alemán, «¿No es cierto?». (N. del T.)

Por un instante —y sólo un instante—, un rostro blanco como de niño miró fijamente por una ventana del desván; en seguida desapareció y surgieron en su lugar las llamas. Un instante más y atravesaron saltando el tejado; la casa suspiró, un ave fénix que abrazaba la muerte y el renacer. El encaje de madera era reseguído por el fuego antes de que sus paredes se vinieran



abajo y llegaron los bomberos.

Más tarde, el capitán de la Brigada de Bomberos preguntaba si todos se habían salvado.

Tina asintió, agradecida.

—Dick... el teniente Price creía haber visto un rostro en una de las ventanas del desván, pero estamos todos aquí.

El capitán pareció comprender.

—Probablemente una nubécula de humo blanco, a veces ocurre. ¿Saben cómo ha empezado?

Henry había callado de repente después de proferir una interminable retahíla de pueriles maldiciones mientras los enfermeros curaban sus heridas. El hilo se había roto; observaba ahora a Tina con ojos aterrorizados. Más práctica, Gail se encaminó subrepticamente hacia la oscuridad de los árboles.

Tina asintió.

—Pero lo que me gustaría saber es cómo ha llegado Dick justo a tiempo de salvarnos. Eso sí que ha sido un milagro.

Price sacudió la cabeza.

—Ningún milagro. Y si lo ha sido, es el tipo de milagro que sucede constantemente. Yo había venido a las ocho, y los chicos dijeron que no estaba usted en casa. A un par de manzanas de aquí vive alguien con el que quiero hablar acerca de un caso en el que estoy trabajando, así que me he ido hasta allí y he llamado pero no había nadie en casa. Al volver a pasar por aquí en el coche he visto el fuego por la ventanilla.

—Ha enviado un mensaje por radio llamando a los bomberos —añadió el capitán—. ¿Dice usted que sabe cómo ha empezado, señora?

—Mi hijo Henry estaba cocinando algo... huevos... ¿no es eso lo que has dicho, Henry?

La cabeza de Henry se movió una fracción de centímetro. Con un esfuerzo, contestó:

—Sée.

—Pero el horno debía de estar demasiado caliente, y los huevos, o lo que fuera, se han encendido. La cocina estaba llena de humo cuando Gail y yo hemos oído gritar al chico, y hemos entrado corriendo.

El capitán asintió y garabateó algo en su tablilla.

—Incendio en la cocina. Sucede a menudo.

—He llamado a Henry hijo mío hace un momento —se corrigió Tina—; pero no debería haberlo hecho, capitán, porque en realidad yo soy sólo su madrastra, y también la madrastra de Gail.

—¡Es la mejor madre del mundo! —gritó Henry—. ¿No es verdad, Pájaro Bobo?

Casi perdida entre los robles y las altísimas taugas, Gail asintió con la cabeza, frenéticamente.

—Henry, eres un sol. —Tina se inclinó para besarle la frente—. Espero que esas quemaduras no te duelan demasiado.

Suavemente, le pellizó una de las gordezuelas mejillas. «Está engordando —reflexionó—. Pero tendré que neutralizarlo pronto, o sus testículos van a estropear la carne. Entonces, será más fácil de manejar.»

(Sonrió, recordando las tijeras de su modista, enormes, con las asas negras. Eso sí sería divertido... pero totalmente imposible, por supuesto. ¿Qué era lo que había hecho aquel hombre tan inteligente de Texas? ¿Meter una especie de cápsula radioactiva entre las piernas de su hijo dormido?)

En voz alta, Dick dijo:

—Estoy seguro de que Henry es muy buen hijo.

Tina se volvió hacia él, todavía sonriendo.

—Una cosa, Dick, apenas me has hablado de tus hijos. ¿Cuántos años tienen?

### **El hombre sin cabeza**

Es muy amable de tu parte que leas la historia de alguien tan grotesco como yo; ¿o es acaso que te gustan los espectáculos grotescos? La mayoría de personas mirarían hacia otro lado. O se quedarían mirando fijamente, pasmadas. O sentirían asco. Y no tengo cabeza.

No, no bromeo, ni tampoco es ésta una historia tonta acerca de una ejecución. Yo nací así.

No me acuerdo, claro. Pero ya dijo Plinio —Plinio el Viejo, creo; podrías consultarlo— cuanto había que decir acerca de nosotros. Dijo que vivíamos en la India. (Yo vivo en

Indiana, que no es en principio lo mismo en absoluto pero que de algún modo sí lo es.) Y aparecemos en antiguas ilustraciones hechas a mano del *Marco Polo*. (Digo «aparecemos» porque siento cierto parentesco. Es una pequeña imagen encantadora, una miniatura, y hay también un hombre —también es de Plinio— resguardándose con el pie, y otro con un solo ojo.) Aun cuando Marco Polo no dijo haber visto... Ya lo sabes. Nosotros habíamos desaparecido por esa época, supongo; excepto yo, y yo no nací.

Por si todavía no sabes cuál es mi aspecto, déjame que te lo describa. Mis manos, subiéndome por debajo de la camisa, me lo dicen —y la vieja miniatura—; nunca miro los espejos. Mis ojos son muy grandes; dos, tres veces mayores que los tuyos. Los párpados, muy abiertos, forman una curva elaborada. Son unos ojos grandes y brillantes y están situados justo allí donde se hallan normalmente los pezones inservibles de los hombres. Creo que los ojos son probablemente mi mejor rasgo.

Tengo una boca enorme, que me ocupa la barriga de lado a lado, y dientes grandes. Mis labios (como sea que puedo doblarme por la cintura, puedo mirar abajo cuando estoy desnudo y verlos) son más rojos que los de la mayoría de la gente, así que —y esto sí que es ridículo— parece que los lleve pintados. Y mi boca no es recta ni mucho menos. Supongo que se la podría llamar boca en forma de «arco de Cupido» si fuera la de una mujer, y no es tan ancha. Tengo la nariz larga y más bien chata, lo cual sí que es una suerte porque de este modo no abulta demasiado debajo de la chaqueta; naturalmente, cabe la posibilidad de que la presión de la ropa en todos estos años la haya achatado aún más.

Por supuesto, al no tener cabeza tampoco tengo cuello. (Al fin y al cabo, un muñón sobresaliendo por encima de mis hombros y sin nada encima resultaría tonto. Debí de ser la talidomida, o algo así.) Seguro que te estarás preguntando cómo están distribuidos mis órganos internos, y todas esas cosas, pero la verdad es que no tengo ni la menor idea. Quiero decir: ¿qué harías tú si no pudieras considerar que eres como los demás? Supongo que la boca da directamente al estómago; y el cerebro debe de estar situado en algún punto próximo al corazón, que sin duda le asegura un buen aporte de sangre bien oxigenada; pero esto son tan sólo conjeturas.

Como ya he dicho, nací así. Debí de ser un golpe terrible para mi pobre madre. En todo caso, ella cogió —yo supongo al menos que fue ella, aunque quizá estuviera siguiendo instrucciones de mi padre— una cabeza, me refiero a una cabeza postiza, en este caso una cabeza de muñeca —las cabezas de las muñecas se parecen mucho a las cabezas de los bebés, y son fáciles de conseguir—, y me la sujetó a los hombros con correas. Afortunadamente, las caras de los bebés no son muy expresivas, mientras que los rostros de las muñecas —me refiero a las muñecas de la mejor calidad— son sorprendentemente sugerentes. Con la nariz, la boca y los ojos cubierto todo ello por la bata que me hacía llevar en público, debo decir que yo lloraba casi sin cesar, y el engaño fue todo un éxito.

El primer recuerdo que guardo es el de aquella cabeza de muñeca. Yo jugaba con bloques: bloques de madera coloreada en los que estaban pintadas no sólo las letras del alfabeto y los números sino también imágenes de diversos animales —generalmente animales domésticos—. Cogí uno y se me antojó que se parecía extraordinariamente al objeto que llevaba sobre los hombros. (No sonrías. Ese recuerdo es todavía hoy muy querido para mí.) Era un bloque amarillo que olía a pintura reciente, y creo que luego me lo metí en la boca. Fue una suerte que no me lo tragara. (¿Por qué será que algunos momentos de la vida se recuerdan con tanta claridad mientras que se han olvidado hechos que acontecían a uno y otro lado y que eran a menudo más asombrosos?)

Yo era un niño enfermizo y esto, unido a mi peculiaridad, me impedía participar en excursiones, deportes y otras actividades corrientes entre los niños. Salvo durante unas semanas a finales de la primavera, justo antes de las vacaciones, mi madre me llevaba en coche hasta la escuela y luego me recogía. Un carta del médico de la familia me libró de los inconvenientes del programa de atletismo, aunque yo pensaba —creo que aproximadamente cuando entré en la escuela secundaria— que, si hubiera sido un chico más robusto y se me hubiera permitido quitarme la cabeza —suministrada en esa época por uno de esos artesanos que hacen muñecos para los ventrílocuos; un hilo largo, clavado a la piel entre mi labio inferior y mi ombligo, bastaba para que pudiera mover la mandíbula al hablar—, quizá no habría jugado del todo mal a rugby.

Las clases presentaban problemas. Yo había descubierto —o, más bien, lo habían descubierto mis padres por mí ante mi insistencia— una marca muy barata de camisas para niño hechas de un material tan delgado que no constituyen ningún impedimento en absoluto para la visión; pero, en todas las clases, era preciso que me sentara en la primera fila —y que me repantigara en el asiento, con las caderas hacia delante y el peso descansando sobre

la columna vertebral, para poder ver la pizarra—. Creo —puesto que no voy a revelar mi nombre— que éste es el mejor modo que tienes de determinar (si es que deseas determinarlo) si yo asistí a alguna de las clases en que estabas tú. Si recuerdas a un chico de expresión un tanto vacía sentado tal como acabo de describir, en la primera fila, quizá hayamos sido compañeros de clase. Quizá quieras, para asegurarte, buscar mi foto en tu anuario, pero la inexpresividad no será ahí tan evidente. En esa época mi cabeza, según yo la recuerdo, lucía unos ojos de esos que llaman picaros, pecas y una nariz respingona.

Naturalmente, cada año más o menos, a medida que me iba haciendo mayor, había que cambiar la cabeza vieja por otra nueva, y no consigo recordarlas. La que tengo ahora es estupenda, con un altavoz en la boca que reproduce las palabras que yo susurro por el micrófono; pero, aun siendo bien parecida, no puedo soportar llevarla un minuto más de lo necesario y me la quito inmediatamente en cuanto la puerta de mi apartamento me separa del mundo testarudo, cabezón, de cabezas de chorlito —cómo me encantan estas palabras— del exterior.

Es por esto que insistí a la chica para que apagáramos la luz y bajáramos la persiana. Quería quitármela, ¿entiendes?; me sentía tenso de verdad, y sabía que si no podía sacarme aquella cosa no habría nada que hacer. Yo esperaba que ella aceptara, porque no me había parecido que fuera una profesional —ya sabes a lo que me refiero—. Pero dijo que hacía calor, y era cierto; hacía mucho calor. Habría debido haber aire acondicionado en la casa, pero no lo había. Dijo que los inquilinos tenían que procurarse ellos el aire acondicionado y que ella tenía la intención de ahorrar para comprarse un aparato cuando todavía el tiempo era fresco, pero había tenido que comprar tantas cosas, y yo sabía lo que esto representaba. Una chica así, una chica a la que te encuentras en un parque de atracciones, espera algo. No quiero decir que sea una verdadera profesional, probablemente se los mira muy bien a todos antes, y quizá sólo va con hombres que de algún modo la atraen, pero de todos modos ha aprendido que puede sacarle un buen partido a la situación. Le pregunté si tenía ventilador eléctrico, a lo que ella contestó negativamente.

—Puedes comprarte un buen ventilador —dije yo— por unos diez dólares.

—Veinticinco —respondió ella, pero sonriendo y sin perder el buen humor. La luz se apagó pero, con las persianas levantadas, llegaba la suficiente luz de la calle como para que yo pudiera ver su sonrisa—. Los he estado mirando, y uno bueno cuesta al menos veinticinco.

—Quince —propuse yo, y le di el nombre de una tienda donde hacían descuento; ella se había paseado por tiendas de electrodomésticos normales—. Tú has mirado en tiendas de electrodomésticos normales. En éstas te cobran siempre el doble.

—Mira —dijo ella—, ¿por qué no nos encontramos allí mañana a eso de las seis? Las miramos, y si encuentro una que me guste y que cueste ese precio, la compro.

Le dije que muy bien y pensé en lo extraño que era todo esto, conseguir una chica así por un ventilador eléctrico, con descuento, y además yo siempre podía darle plantón aunque ella debía de saber que no lo haría, que yo tendría ganas de volver a verla pronto porque también sería bastante divertido pasear con ella por la tienda pensando en lo que había venido a comprarle y por qué, y mirando, desde mucho más abajo de lo que ellos podían adivinar, a través de mi camisa, a todas aquellas gentes, que no sabrían, y además ella tal vez quisiera hacer algo luego, así que dije que muy bien. Todavía deseaba bajar la persiana, pero ésta estaba al otro lado de la cama y no había, en ese momento, modo de pasar por encima de la chica.

—¿Para qué quieres tanta oscuridad? Al menos, con la persiana subida hace un poco de airecillo.

—Verás, lo que ocurre es que no estoy acostumbrado a desnudarme mientras alguien mira.

—Ya sé, no tienes pelo en el pecho. —Soltó una risita y metió la mano debajo de mi camisa. Afortunadamente, tocó mi ceja y retiró la mano—. No, no es eso.

—Padezco una grotesca deformidad.

—Supongo que eso le ocurre a todo el mundo, de un modo u otro. ¿Qué es? ¿Una marca de nacimiento, un lunar?

Yo iba a decir que no, pero pensé en ello: podía decirse que estaba marcado de nacimiento; era un modo de hablar. Iba pues a decir que sí, y entonces, de repente, la oscuridad se hizo mayor.

—¿Has bajado la persiana? —quise saber.

—No, han apagado las luces del *drugstore*. Es hora de cerrar, y casi toda la luz venía de allí.

Oí una cremallera y, por un instante, tonto de mí, pensé: «Bueno, y ahora, ¿de dónde viene eso?». De la espalda de su vestido, naturalmente, y yo me quité la camisa e intenté quitarme

también la cabeza, pero no podía. El cierre de la correa estaba trabado o algo, pero no me preocupó como creía que iba a preocuparme. Me dije a mí mismo que de este modo me ahorraría molestias, así que me la dejé puesta; de este modo estaría seguro de no ponérmela al revés cuando volviera a vestirme a oscuras. De todos modos, mis ojos se estaban acostumbrando ya a la oscuridad y podía ver a la chica un poco. Me preguntaba si me vería ella a mí.

—¿Me ves? —pregunté. Me estaba quitando los pantalones. Podía dejarme puesta la cabeza, pero no la ropa interior ni los zapatos.

—Para nada —contestó ella, pero reía un poco, así que supe que sí me veía.

—Supongo que soy demasiado susceptible.

—No tienes por qué ser tan susceptible. Eres bien parecido. Ancho de espaldas, pecho amplio.

—Mi cara es de madera —aventuré yo.

—Bueno, la verdad es que apenas sonrías. ¿Dónde tienes la marca? ¿En el estómago?

Sentí su mano en la oscuridad, pero no la alargó para tocarme la cara —mi verdadera cara— como yo esperaba que hiciera.

—Sí—respondí—. En el estómago.

—Escucha —(Yo veía ahora su cuerpo blanco, pero la cabeza, envuelta en sombras más densas, parecía haber desaparecido)—, esas cosas preocupan a cualquiera. ¿Sabes lo que yo creía cuando era pequeña? Creía que tenía una cara dentro del ombligo.

Reí. Resultaba tan gracioso, algo tan lleno de humor, en aquel momento, que no pude contener una carcajada. Sin duda molesté a sus vecinos. Una risa que salía de mis entrañas: ésa es mi risa, supongo, la única auténtica risa del mundo que sale de las entrañas.

—De veras, eso creía yo —añadió—. ¡No rías! —También ella estaba riendo.

—Tengo que verla.

—No vas a ver nada, está demasiado oscuro. En la oscuridad no es más que un agujerito negro, y de todos modos no hay en él ninguna cara.

—Tengo que verla.

Yo recordaba haber visto cerillas al lado de los cigarrillos encima de su mesita de noche. Las encontré.

—Me contaba a mí misma —dijo ella— una historia: que yo era dos mellizas, pero la otra nunca crecía y era solamente una carita en mi estómago. Oye, ¿qué haces?

—Ya te lo he dicho, tengo que verla. —Yo había encendido una cerilla y puesto una mano alrededor de la llama.

—¡No vas a verla, te digo! —Intentó darse la vuelta, riendo nerviosamente cada vez más, pero yo la retuve con la pierna—. ¡No vayas a quemarme!

—No te quemo.

Me incliné sobre ella y le miré el ombligo a la luz amarillenta de la cerilla. Al principio no la veía, sólo había los pliegues y recovecos habituales; de pronto, justo cuando la cerilla iba a apagarse, la vi.

—Ya está —dijo ella—, ahora déjame ver la tuya. —E intentó arrebatarme las cerillas.

—La mía voy a mirarla yo —respondí yo quedándome las cerillas.

Y a continuación encendí otra.

—Te vas a quemar el pelo —dijo ella.

—No, qué va.

Era difícil de ver, pero pude conseguirlo doblándome por la cintura. También aquí había una cara, y en cuanto la vi apagué la cerilla.

—Y bien —preguntó con una risita—, ¿has encontrado pelusa?

Su cuerpo era también un rostro, pero con ojos protuberantes. La boca estaba allí donde el cuerpo se doblaba, porque estaba medio sentada y apoyada en las almohadas apiladas; la nariz chata estaba entre las costillas. «Somos todos así», pensé, y el pensamiento recorrió todo mi ser: «Somos todos así».

Las caritas de nuestros ombligos se besaron.

## La última apasionante historia maravillosa

«Muy bien, Brick, ya estoy por ti.»

- J o p !

«Eres un ex marine, ¿no es cierto?»

—¡Sí, señor!  
«Metro noventa, pelo rojo y rizado, cara ruda pero honesta, puños como martillos.»  
—Martillos pilones, señor.  
«¿Qué quiere decir eso?»  
—Yo me los imagino más bien como martillos pilones, señor.  
«De acuerdo, martillos pilones entonces. Te llamas Brick Bronson...»  
—¿Cómo se llama usted, señor?  
«Gene Wolfe. Y estás enamorado de esa chica, Carol Grane. Nunca la has visto, pero estás enamorado de ella. Su padre es el doctor Charles Grane, el gran bioquímico. El doctor Grane ha inventado un suero que va a salvar miles de millones de vidas humanas...»  
—¿Miles de millones, señor?  
«A largo plazo. Digamos en veinte o treinta años. Y una importante compañía farmacéutica quiere robárselo. Esta compañía tiene un secuaz llamado John Slade...»  
—Entiendo.  
«Entretanto, han aterrizado unos alienígenas en un platillo volante. Necesitan también el suero, y quieren llevarse al doctor Grane a Rigel para fabricar el suero allí. Hay mucho jaleo: todos están peleando entre sí. Os raptan a ti y a Carol y se os llevan a Rigel en el platillo volante. Allí veis cosas muy extrañas pero fantásticas. Entre los dos, arregláis los problemas de los rigelianos...»  
—Correcto, señor.  
«Os traen de nuevo aquí y utilizáis la ciencia superior de los rigelianos para rescatar al doctor Grane en una lucha apocalíptica. Fin.»  
Brick se acariciaba la maciza mandíbula.  
—¡Señor! —gritó cuando subía a su fiel furgoneta Ford—. ¿Señor?  
«¿Qué pasa, Brick?»  
—Señor, ¿adonde voy?  
«Al famoso Rancho de Investigación del doctor Charles Grane para ver a Carol. Llegas así justo cuando se presenta Slade, y...»  
—Señor... si ni siquiera conozco a Carol, señor. Ha dicho usted que ni siquiera nos hemos visto. Sólo estoy enamorado de ella. Supongo que vi su foto en el periódico.  
«Por lo tanto, deseas verla, llegar a conocerla. Puedes hacerte pasar por un periodista o algo así.»  
—Verá, señor, si no le importa, primero me gustaría pasarme por la iglesia de San Miguel y encender una vela. Porque, si va a haber tiroteo y todo eso...  
«¿Qué demonios sabes tú de tiroteos?»  
—He visto el rifle de caza mayor en el asiento de detrás de mi furgoneta, señor. Y me voy a Rigel. Rigel está lejísimo, señor. Centenares de años luz, tal vez miles...  
«Los católicos ya no encienden velas, Brick.»  
—Yo sí, señor. Yo soy irlandés, y mi madre...  
«¡Por todos los diablos! Bronson no es un apellido irlandés.»  
—¿Qué clase de apellido es, señor?  
«Es un apellido para presumir. Y ahora, andando.»

Brick se acarició la maciza mandíbula mientras subía a su fiel furgoneta Ford con el 30-30 colgando sobre la ventanilla posterior. Casi con furia, resucitó el motor de una patada. El sol pendía con gravedad sobre las calles polvorientas de San Franco mientras apuntaba el herrumbroso capó hacia las montañas y el famoso Rancho de Investigación del doctor Charles Grane. Las palmeras tenían las copas gachas bajo el calor.

Bruscamente, giró el volante hacia la izquierda. San Miguel estaba a sólo unas manzanas de su ruta. No iba a misa regularmente; el ritual lo tranquilizaba, pero las mejoras y variaciones introducidas lo irritaban y distraían y, como había ahora cada vez más mejoras y variaciones y menos ritual, apenas había asistido desde su licenciamiento. No había dudado en ningún momento, sin embargo, de la existencia y la bondad de Dios; y, con las manos al volante, se imaginaba a sí mismo de rodillas ante la Santísima Virgen mientras la reluciente llama de una vela recién encendida proclamaba su devoción, la pureza de sus intenciones para con Carol Grane.

El suelo se estremeció bajo el vehículo. Apareció una grieta en el asfalto requemado. Frenó en seco y la furgoneta resbaló y viró con un chirrido antes de detenerse. Del tejado de una casa estucada de estilo español cayeron unas tejas que se estrellaron contra el suelo. Alguien gritó. Arriba y abajo de la calle, de repente desperezada, las gentes salían corriendo

de sus casas.

Por motivos que no habría sido capaz de explicar, bajó de la Ford. La gran sacudida tuvo lugar justo cuando sus pies tocaban el suelo, dejándolo tendido cuan largo era.

Ningún sonido en el mundo puede compararse al del derrumbamiento de un gran edificio. No lo había oído nunca antes, pero lo oyó ahora y supo instintivamente lo que era.

—¿Estás bien, hijo? —El que le hablaba era un hombre gordo vestido con un polo de color azul claro.

—Sée, muy bien. —Brick se puso en pie como pudo—. Sólo me he dado un buen trompazo.

—No sé si no se habrá cargado mi barraca —dijo el gordo. Miraba con aire intrigado un pequeño bungalow blanco.

—Ha caído algo.

—Aja. Lo he oído. —El gordo seguía contemplando su casa.

—Yo no volvería a entrar ahí, señor. Quizá esto no haya terminado todavía.

Como el gordo no contestara, Brick se puso a andar por la calle sin hacer caso del parloteo de las gentes que habían abandonado sus hogares presa de la histeria. A pesar de que lo había dicho, Brick no creía que fueran a producirse más sacudidas. El temblor de tierra había venido y había cumplido su misión.

Como esperaba, San Miguel estaba en ruinas, unas piedras caídas encima de las otras. De no ser por la nube de polvo fino que pendía aún sobre la destrucción, Habríase dicho que la iglesia había sido saqueada, demolida por Giserico y sus vándalos.

—Ha sido una verdadera suerte —decía una anciana—. No había nadie dentro. El padre cierra siempre después de la última misa de la mañana.

—No sabía que cerraran las iglesias —dijo Brick con aire ausente—. Supongo que de todos modos no habría podido entrar.

Se puso a rebuscar por entre los escombros, y a los cinco minutos había descubierto una pequeña estatua de María Madre de Dios con el Niño Jesús en brazos. El pulgar de una mano y la cabeza del niño habían sido arrancados, y la nariz de María estaba truncada. Puso la estatua en pie y se arrodilló un momento ante ella, haciendo por dos veces la señal de la cruz.

La casa de la hacienda era grande y extensa, en parte de piedra y en parte de madera. Detrás, semioculta por la voluminosa casa, se extendía una construcción de madera, larga, baja y casi sin aberturas, que debía de ser el laboratorio del doctor Grane. Brick aparcó la furgoneta junto a una rubia y bajó ágilmente de la cabina. Un hombre alto con el cabello negro y reluciente estaba de pie en la puerta observándolo, los brazos cruzados y las piernas tal vez un poco demasiado separadas. Al verlo, Brick saludó con el brazo, pero el hombre no hizo el menor gesto para devolver el saludo. Se percibía un hedor como de una alcantarilla abierta: el hedor de los cadáveres en cierto arrozal alto.

—Buenos días, señor —dijo Brick cuando estuvo más cerca—. Supongo que es usted el doctor Grane. Me llamo Brick Bronson. Soy reportero de noticias del *San Franco Sun*. —Casi para sí mismo, añadió—. O algo así.

El hombre alto que guardaba la puerta seguía observándolo sin contestar. Brick se dio de pronto cuenta de que, si bien el rostro del hombre aparentaba tranquilidad, sus ojos estaban encendidos: había en su mirar fijo un calor casi palpable.

—Deseo hablar con usted acerca de su hija.

—Es cierto que tengo una hija —dijo el hombre casi en un susurro—. Pero yo de ti no querría hablar de ella si supieras lo que te haces. Y por supuesto, no querrías verla. Mi nombre es Lucifer Satanus.

Brick le tendió la mano, y Lucifer la miró con una sonrisa.

—Eso no va romper mis suelos —dijo—. A pesar de tantos rumores sin sentido, no están empedrados de buenas intenciones... que, según me dice mi experiencia, son muy fáciles de romper. Y no voy a coger tu mano con la mía, por el dolor que ello te produciría. Te ruego que no hagas cierto gesto repugnante mientras estés delante de mí. Los dos sabemos a qué gesto me refiero, ¿verdad?

—Es usted el Diablo. Debo de estar soñando.

—Soy el Diablo, lo cual quiere decir que soy el emperador de todos los demonios, el Ángel del Pozo Sin Fondo. Propiamente, como podrás comprobar, soy el Príncipe del Pecado. Conoces el pecado, ¿no es así?

Brick asintió con la cabeza, y el Diablo rió.

—Ah, sí, aquellos permisos en Saigón. Niñerías. Pronto sabrás mejor qué es el pecado.

Has dicho que estabas soñando. No es ahora cuando estás soñando, sino cuando creías que podías apelar a un Poder Supremo, y que El te protegería de su autor. En este mundo no, Brick. Al hacerlo has transformado la suya en una historia religiosa y, de ese modo, me has enfrentado a ti. ¿Comprendes?

—Me temo que sí.

—Me satisface. A propósito, el autor acaba de comunicarme que estás indeciso entre el deseo de hacer ese gesto y la necesidad de darme un puñetazo. Ni una cosa ni la otra serviría para nada, y hay algo más que debo decirte antes de marcharme. Te han hecho esperar la llegada de los rigelianos, pero no aparecerán. Yo estoy aquí en su lugar.

El primer puñetazo de Brick encontró el aire vacío. Mientras estaba allí plantado, mirando fijamente el lugar donde antes se erguía Lucifer Satanus, oyó pasos procedentes del interior de la casa. Apareció un hombre algo encorvado y de cabello canoso, miró la puerta abierta con expresión de sorpresa y se acercó para saludar a Brick.

—Empezaba a tener calor aquí dentro —dijo con voz suave y cultivada—. Alguien ha dejado que se fuera el aire acondicionado. No habrá sido usted quien ha abierto esta puerta, ¿verdad, joven?

—No, señor. Estaba abierta cuando he llegado. Iba a llamar al timbre.

—Extraño. —El hombre cano vaciló un momento, mirando la puerta, y a continuación tendió la mano—. A propósito, yo soy Charles Grane.

—Brick Bronson. Es un honor, doctor Grane.

—¿Brick? ¿De veras? Qué nombre tan poco corriente.

Brick se sonrojó.

—Roscoe, en realidad. Pero cuando era niño alguien empezó a llamarme Brick. Ya entenderá usted por qué me quedé con él, con un nombre como Roscoe.\* El científico sonrió.

—Claro, claro que lo entiendo. Te llamaré Brick, y espero que tú me llames Charles. Bueno, ¿no quieres entrar y protegerte del sol, Brick?

Este y Oeste, que dicen están destinados a no encontrarse jamás, se encontraban en esta estancia. Había en las paredes cuernos y cornamentas de ciervo, y amplios sillones recubiertos de cuero; un piano de cola Steinway y figuritas de Dresde.

—Esto está un poco desordenado —se excusó el doctor Grane aposentándose en el más grande de los sillones de cuero y echando una mirada al desordenado periódico que tenía al lado—. Hoy es uno de los días libres de Juanita. Pero siéntate, Brick. ¿Qué puedo hacer por ti?

Brick carraspeó.

—Cuando usted ha visto esa puerta abierta, Doc... —Vaciló.

—¿Sí?

—Bueno, ha dicho que era «extraño». Por el modo en que lo ha dicho he pensado que habían estado ocurriendo otras cosas extrañas. Me gustaría que me hablara de ellas.

Por un instante, las cejas blancas del científico se alzaron formando dos pequeños arcos; a continuación, lo mismo en las comisuras de la boca.

—Muy bien —dijo—. No veo qué daño puede hacer eso. Muchas de las habitaciones de esta casa dan al valle... quizá lo hayas observado al venir. He visto algunas luces de aspecto raro allá abajo y otras en el aire por encima de la montaña.

—¿Ovnis?

—Objetos volantes que, al menos yo, no puedo identificar. Sí.

—No creo que deba usted preocuparse por eso, Doc. Pero tampoco creo que fuera eso lo que lo tiene preocupado, a decir verdad. Usted se interesaría y apasionaría por los platillos volantes, si tal cosa existiera.

—¿No crees en ellos?

—No, ya no. ¿Qué es lo que está pasando en realidad, Doc?

El viejo científico se encogió de hombros.

—Sólo esta sensación de que soy observado. Paranoia, si quieres. Y una vez, cuando la sensación fue muy fuerte y dejé lo que estaba haciendo para echar un vistazo... juraría haber visto el brillo de unos prismáticos allá en la ladera de la montaña.

—Entiendo.

—Espero que lo entiendas, muchacho, porque el que lo entiende soy yo. Y ahora que he contestado a tu pregunta, voy a hacerte yo también una. ¿Por qué estás aquí?

Brick vaciló.

—Estoy enterado de su trabajo: el suero.

—Dijeron algo en los periódicos, creo.

—He oído algunos rumores allí, en San Franco. Cosas de tercera y cuarta mano, pero el caso es que van a por usted, Doc. Tienen dinero y están organizados. Quieren a toda costa ese suero.

—Dentro de unos meses, cuando haya perfeccionado el proceso, sólo tendrán que pedir. Tengo la intención de ofrecer mi suero a la Humanidad sin pedir nada a cambio.

—No creo que sea así como lo quieren. Lo quieren todo, y por eso estoy yo aquí. Si me quedo por aquí, no creo que lo consigan a menos que usted desee entregárselo.

—¿Me ofreces tus servicios como agente de seguridad? ¿Posees credenciales?

—Tal vez ninguna que a usted pudiera convencerlo. La Estrella de Plata, y unos cuantos trofeos de boxeo y marcas. Pero podrá juzgar por sí mismo mis calificaciones. Deje que me quede aquí y vigile por usted y, cuando haya tenido ocasión de comprobar mi eficiencia, hablaremos de la paga. Si no cree que me haya ganado paga alguna, me largaré.

—Tendré...

Un muchacha radiantemente encantadora entró en la estancia y vaciló.

—Perdona, papá. Creía que estabas solo.

—No hay problema, Carol. Éste es el señor Bronson. Se quedará con nosotros, al menos por unos días.

Por la noche, en la habitación de invitados, Brick limpió y engrasó su Winchester antes de acostarse.

—¡Señor! ¡Señor Wolfe!

«Por el amor del cielo, Brick. Vas a despertar a todo el mundo.»

—No pueden oírme. Están en otra parte de la página. Escuche, señor, el viejo es bastante simpático, pero yo he venido aquí a por la chica.

«¿Y qué?»

—La he mirado durante quince segundos, y acto seguido estoy aquí arriba con esta maldita arma. Señor, me ha echado usted encima al mismo Diablo. Yo no he visto nada igual. ¿Es que no tengo derechos?

«¡Demonios, no! Ni uno solo.»

—Me voy a morir, señor.

«No te lo permitiré.»

—No me refiero a eso, señor. Me voy a morir por dentro. Me voy a convertir en un maniquí de escaparate y una grabadora. Si tiran de la cuerda digo lo que me toca decir, si me derriban nunca más me levanto.

Se oyó un golpecito a la puerta.

—Pase —dijo Brick—. No está cerrada.

Entró Carol y cerró rápidamente la puerta tras ella. Llevaba una bata enguatada.

—Dirá usted que soy impertinente —dijo—. Pero necesito hablar con alguien.

—A mí no me parecería usted impertinente bajo ninguna circunstancia —le aseguró Brick.

—Se trata de papá. Está en peligro.

—Lo sé.

—Ha estado recibiendo cosas por correo. Notas...

—¿Cartas de amenaza? Habría debido enseñármelas.

—Creo que las ha destruido. Pero está asustado. Usted no lo conoce, Brick, pero yo sí, y está asustado, por primera vez en su vida. Ha hecho instalar una alarma antirrobo en el laboratorio, y dice que quiere tener un perro guardián.

—Ya tiene uno. Yo. No tienen que preocuparse ustedes más.

—Brick, yo no quiero que muera. Pero...

Sonó un disparo.

De un enorme salto Brick bajó de la cama y estuvo en la puerta, el Winchester en una mano y media docena de cartuchos en la otra. La luna, que entraba por las ventanas, proporcionaba la luz precisa para que pudiera orientarse por esta casa rural desconocida.

Oyó a su izquierda como un sollozo, un aliento sorbido, luego el inconfundible sonido que hace un cerrojo de rifle cuando se lo echa atrás para expulsar la vaina vacía y adelante para meter una nueva bala en la recámara. Él había ya metido sus cartuchos en el cargador; ahora, bajó la palanca de un tirón y la subió de nuevo.

—¿Brick? ¿Eres tú? —Pendía bajo las palabras el olor familiar del humo de arma de fuego.

—Sí, soy yo, Doc. ¿Está usted bien?



Por una puerta abierta llegaba a raudales la luz.

—Sí, Brick, estoy bien. Pero no creo que este amigo esté tan bien como yo.

Todavía semiagachado, Brick entró de un salto en la estancia. El doctor Grane estaba de pie junto a una ventana abierta, un rifle Springfield en una mano y una pequeña automática negra en la otra. Levantó la pistola.

—¿Las conoces? ¿Hará fuego?

—Una PPK. No, si no le da un buen tirón al gatillo.

Brick cogió la automática y se la metió bajo el cinturón, luego echó un vistazo al hombre que yacía a los pies del científico.

Era pequeño y de piel oscura, igual que su arma, con una barba encrespada que ocultaba casi por completo el rostro. Los mocasines estaban gastados, los vaqueros rotos; un costado de la camisa tejana descolorida estaba empapada en su propia sangre. Brick se arrodilló a su lado.

—Será mejor que llame por teléfono, Doc. Pida una ambulancia.

—Yo lo haré —dijo la voz de Carol.

—Gracias.

Inclinado sobre Brick y el hombre herido, el doctor Grane preguntó:

—¿Crees que vivirá?

—Quizá sí. Es joven. Yo los he visto mucho más malheridos y han salido adelante. Y también he visto morir a otros que no habían recibido heridas tan graves. El pulmón derecho está inutilizado. ¿Tiene cartuchos explosivos en ese rifle?

El científico negó con la cabeza.

—Vaina entera. Munición de tiro de ejercicio. Iba a ajustar la mira antes de que empezara la temporada del alce.

—Eso lo ha salvado. —Brick dio la vuelta al hombre herido y sacó un carterero del bolsillo trasero del pantalón—. Un cartucho explosivo habría hecho un agujero del tamaño de su sombrero, y estaría muerto a estas horas. ¿Tienen aquí material de primeros auxilios? ¿Gasa, esparadrapo? Al menos, podríamos detener un poco la hemorragia.

—Sí —contestó el doctor Grane. No parecía muy decidido. —Yo iré a buscarlo.

Brick abrió la cartera del hombre herido, miró el contenido, se frotó el lado de la nariz con el dedo y volvió a mirar.

Cuando volvió Carol y añadió su propio perfume suave al aire puro del desierto que entraba por la ventana abierta, él había detenido ya el flujo de sangre.

—¿Necesita algo más? —preguntó ella.

—Una manta para que esté abrigado. Tiene un shock.

Carol trajo una manta india a rayas del sofá y ayudó a Brick a arropar con ella al hombre herido y levantarle los pies.

—¿Vienen los de la ambulancia?

—En seguida, han dicho. —Carol hizo una pausa—. Pero son más de cuarenta kilómetros.

Brick, impaciente, miró su reloj de pulsera.

—Media hora.

—Supongo. ¿No puede hacer nada más por él?

—No. Necesita expulsar la sangre de la cavidad torácica, y los pedacitos de tela y hueso que pueda haber también dentro. No creo que haya que preocuparse por la bala: el orificio de salida es limpio. Luego, quizá se podría poner un parche al pulmón, volver a inflarlo, etcétera. Pero no disponemos del equipo necesario.

—¿Quién es, Brick?

Brick hizo una mueca.

—Me alegro de que lo pregunte. Yo estaba intentando ver el modo de preguntarle a usted si lo conocía. —Carol negó con la cabeza—. Según los papeles de la cartera, se llama John Slade. ¿Le suena?

De nuevo, Carol movió la cabeza negativamente.

—Me parece que no he oído nunca ese nombre.

Se volvieron los dos al oír pasos. Era el doctor Grane, todavía con su rifle.

—¿Dónde ha estado, Doc?

—Fuera. —El científico se dejó caer en un sillón—. Creía que habría más.

—Ha corrido un tremendo riesgo haciendo eso.

—Lo dudo. Dices que quieren la fórmula de mi suero; en tal caso, lo que menos van a querer es matarme antes de conseguirla.

—Eso parece lógico. Yo sólo espero que ellos sean tan lógicos como usted.

Bajito para que su padre no la oyera, Carol musitó:  
—Quiere demostrarle que es tan valiente como usted.  
Brick no dio muestras de haberla oído.  
—¿Ha visto a alguien?  
—No —contestó el científico moviendo la cabeza—. A nadie.  
—¿Cómo ha llegado este hombre hasta aquí? ¿En coche?  
—No he visto ningún coche. ¿Sabes que no se me ha ocurrido pensar en eso?  
—¿Tampoco un caballo? ¿Nada?  
—No he visto nada, no.  
—¿No es posible que lo hayan traído en helicóptero? —propuso Carol.  
—Hasta aquí no, yo lo habría oído —aseguró Brick—. Claro que pueden haberlo dejado en el desierto, a un kilómetro o algo así. O tal vez viniera con alguien, y ese alguien se ha largado en el coche al oír el disparo. Doc, ¿le dice algo el nombre de John Slade? Ya le he preguntado a su hija.  
—¿Se llama así?  
—Eso pone en sus papeles. Pertenece a un montón de grupos ecologistas y clubs conservacionistas. ¿Le dice algo ese nombre? —El científico sacudió la cabeza—. ¿Y su cara? No quiero darle la vuelta otra vez, pero usted lo ha visto ya y, si mira, podrá verla bastante bien.  
—Tal vez sin la barba. Pero no creo.  
—¿Llevaban la firma de John Slade esas cartas amenazadoras que ha recibido?  
El rostro del doctor Grane se contrajo.  
—¿Cómo estás tú enterado de eso?  
—Sólo un disparo a ciegas. Estaba usted preocupado cuando yo he llegado, y esta noche estaba lo bastante alterado como para agarrar un rifle cargado en cuanto ha oído a Slade ahí fuera...  
—No lo he oído. Lo he visto a la luz de la luna.  
—Fantástico. En lugar de acostarse, leer o tal vez ver la tele, estaba paseándose por la casa mirando por las ventanas. No se trata sólo de que hubiera un tío en la montaña con unos prismáticos. Demonios, podía ser un amante de la naturaleza o alguien esperando ver un ovni. He supuesto que habría recibido cartas o llamadas. Tal vez las dos cosas, pero las llamadas telefónicas no suelen llevar firma.  
El científico posó el rifle sobre sus rodillas y se pasó las manos por la abundante cabellera gris.  
—Ya. No, el nombre no era John Slade.  
—¿Qué nombre era?  
El científico hizo caso omiso de la pregunta.  
—La última ha llegado hoy, con el correo. Todas han venido por correo. Seis, creo. Tal vez siete. Dice que ha encontrado a alguien para matarme, y que lo enviaría para que lo hiciera a menos que...  
—Continúe, Doc.  
—A menos que yo haga cierto gesto de rendición. A menos que le pegue fuego al laboratorio. —Brick silbó bajito—. No podía hacerlo, ¿entiendes? No quiero. Literalmente, preferiría morir.  
Carol acariciaba la mejilla del hombre herido.  
—Brick, tiene la piel húmeda. Húmeda y fría.  
—Eso es el shock. No podemos hacer nada más que lo que ya hemos hecho.  
—¿No debería oírse ya la ambulancia?  
—Todavía no —contestó Brick mirando su reloj.  
—Ya sé que no pueden estar aquí todavía, pero ¿no deberíamos oírlos? Por la noche se oyen las ambulancias y los coches de bomberos desde el valle.  
Los hombros de Brick se movieron un milímetro.  
—Yo no sé nada de eso. Doc, me gustaría ver algunas de esas cartas.  
—No es posible. Las he quemado. No quería que Carol las viera. —El viejo científico vaciló—. Supongo que tú mataste a muchos hombres allí en Vietnam. Yo... yo he cazado toda mi vida, pero hasta ahora no había matado nunca a nadie.  
—Todavía no ha matado a nadie. Si ese carro de la carne llega a tiempo, todavía es posible que se salga de ésta. ¿Quemó los sobres también? —El doctor Grane asintió con la cabeza—. ¿Por casualidad vio de dónde era el matasellos?  
El científico asintió de nuevo.  
—De San Franco, todos los matasellos que podían leerse eran de San Franco.

—Ya. Doc, llevo un buen rato esperando a que me diga quién las firmaba, pero parece que no va a hacerlo si no se lo pido. Y, por favor, no me diga que fue el Vengador Azul o algo por el estilo. ¿Reconoció el nombre?

El viejo científico se echó a reír. Era un sonido seco, triste como el bamboleo de un guijarro en una jarra vacía. Se puso en pie y, todavía con el rifle en brazos, abandonó la estancia.

—Sí —contestó por encima del hombro—. Sí, se puede decir que sí.

Brick miró fijamente a Carol, pero ésta parecía tan intrigada como él. Pasado un momento, Brick preguntó:

—¿Hay alguna posibilidad de que se pegue un tiro?

—No creo —respondió ella. Había un tono de amargura en su voz.

—Pero le gustaría que lo hiciera.

—Sí, creo que sí, a veces.

—No lo parece cuando él está cerca.

Carol se mordió el labio.

—Quizá algún día se lo explique, Brick. Pero no es éste ni el momento ni el lugar, y sólo hace unas horas que nos conocemos.

—Quizá sean el único momento y el único lugar que vamos a tener —respondió él quedamente—. Quizá esta historia se acabe pronto.

—¿De qué está hablando?

Brick se limitó a encogerse de hombros, pesaroso.

—Las cosas van muy rápidas esta noche.

—Ya entiendo lo que quiere decir.

—Tú y yo podríamos largarnos por esta ventana, del mismo modo que ha entrado Slade. Podríamos pasear por el desierto a la luz de la luna, cogidos de la mano. Pero esto significaría dejarlo a él aquí, y puede empezar a sangrar de nuevo.

—No podemos.

—Eso ya lo sé. Por eso he pensado que tal vez podríamos fingir que lo hacemos, si a ti te parece bien. Carol, cuando me traían en el avión a casa, hubo problemas y tuvimos que aterrizar en una islita del Pacífico. Ni siquiera recuerdo el nombre de la isla.

Carol lo observaba, sus ojos azules tan graves como los de él.

—Había una pista de aterrizaje de cuando la Segunda Guerra Mundial. Seguían manteniéndola en servicio, y una vez o dos al mes pasaba por allí un avión con el correo, etcétera. Nos quedamos unos días, hasta que pudieron traer en avión una pieza que hacía falta para reparar uno de los motores. Había muchos pájaros en la isla, y era la época del celo.

Brick hizo una pausa y rió entre dientes, bajito.

—Cuando se apareaban se acariciaban con la cabecita, así, meneándola arriba y abajo, y así se pasaban horas y horas. A veces, uno de los dos iba a por una concha de ostra y la depositaba a los pies del otro. Supongo que el que llevaba la concha era el macho, o a lo mejor lo hacían los dos. El caso es que había un ornitólogo (un científico que estudia a los pájaros) que estaba allí haciendo una investigación. Sacaba fotos y cosas así, y un buen día charlé con él.

—¿Sí, Brick?

—Le pregunté por qué lo hacían, por qué se acariciaban de aquel modo con la cabeza. Y me dijo que tenían que hacerlo. Era igual que si desearan mucho aparearse. Si no hacían eso con la cabeza, no podían.

—Qué triste, ¿verdad? Triste, y simpático también. Pero no entiendo por qué me cuentas eso ahora.

—Lo que quiero decir es que nosotros somos personas, no pájaros. Si yo pudiera traerte caramelos y flores y llevarte a bailar, o a pasear por el desierto a la luz de la luna... sería estupendo. Pero no estamos obligados a hacerlo, ¿entiendes?

—¿Quieres que... seamos amantes? ¿Con ese hombre desangrándose ahí en el suelo?

—Quiero que seamos novios. Los novios se aman, y confían el uno en el otro.

Carol vaciló y luego se llevó un dedo a los labios.

—¡Ssst! ¡Papá vuelve!

El doctor Grane parecía haberse relajado un poco. No llevaba ya el rifle, y tampoco la americana. Se dejó caer en una silla y contempló, con aire benévolo y distante, a los dos jóvenes.

—¿Va a morir? —quiso saber.

—Sí, Doc, si esa ambulancia no viene pronto, sí.

—Bien.

La mano de Carol voló hasta su boca.

—¡Papá!

—¿Quiere usted que muera, Doc?

—Claro que quiero. Ha entrado en mi casa para matarme.

—Entonces, habría debido meterle otra bala en el cuerpo.

—Eso creo yo también. Pero estaba demasiado aturdido. El caso es que lo he visto por la ventana y he recordado haber leído no sé dónde que lo mejor es esperar hasta que el merodeador haya entrado realmente en la casa, porque de ese modo hay menos problemas con la policía. —El científico profirió una risita aguda, entre dientes, que en seguida pareció tragarse—. Así que he esperado. Su silueta estaba tan clara a la luz de la luna cuando se ha encaramado al alféizar... Igual que esos blancos con forma de hombre que ponen en el campo de tiro.

Brick se acercó hasta él y lo miró a los ojos. Éstos eran unos círculos ciegos, como dos manchas de pintura azul.

—He esperado hasta oír sus pies sobre el suelo... un ruidito ligero, como un roce. Entonces he soltado el disparo. No podía apuntar muy bien, de hecho. El visor no está hecho para disparar a oscuras.

—Está colocado —dijo Brick a Carol—. ¿Sabes lo que toma?

Ella hizo que no con la cabeza.

—Lo he visto así otras veces, pero no muy a menudo.

—En Nam he visto mucha heroína y hashish, pero cuando se toma heroína no se habla tanto, y el hashish no produce ese efecto en los ojos. ¿Qué es, Doc? —El científico soltó una risita y meneó la cabeza—. Vamos, ¿con qué se ha pinchado? ¿Morfina? Si tiene morfina, puede ayudar a ese tipo.

Inesperadamente, el hombre herido se rebulló.

—No se lo voy a decir —respondió el doctor Crane a Brick—. Y no puedes obligarme. En este preciso instante hay una cortina (una cortina maravillosa, invisible, hermosa, el objeto invisible más fuerte y hermoso que se pueda imaginar) entre yo y tú. Entre yo y el mundo. ¿Deseas quemarme el brazo con el cigarrillo? Vamos, hazlo.

—He dejado el tabaco, Doc.

Brick se había alejado para ver al herido John Slade. Éste abrió los ojos, que se cerraron con un parpadeo, y los abrió de nuevo.

—Tranquilo, chico —lo tranquilizó Brick—. Estás herido, pero viene una ambulancia hacia aquí. Has perdido mucha sangre, nada más. No intentes levantarte.

Carol le aferró el brazo.

—¡Escucha, Brick! ¿No oyes?

Un quejido largo, apagado como el rascar de la aguja del tocadiscos cuando el disco ha terminado, llegaba flotando desde el valle y entraba por la ventana. Un lejano canto de sirena. Brick asintió.

—Suenan bien.

—No deben ver a papá. Tenemos que sacarlo de aquí.

—No antes de que yo sepa lo que quiero saber. Doc, dice usted que reconoció el nombre que llevaban esas cartas. ¿Qué nombre era?

—El nombre que mejor conozco... —Las palabras se arrastraron hasta convertirse en una sonora carcajada.

Brick abofeteó la mejilla izquierda del científico. El golpe de la mano callosa pareció casi el estampido de una pequeña arma de fuego.

—Va a tener que decírmelo si quiere que los ayude a usted y a su hija. Por muy en las nubes que esté ahora, debe darse cuenta de que va a tener que bajar antes o después.

El científico soltó otra risita y un segundo golpe le echó la cabeza hacia atrás. Unas gotitas de sangre oscura mancharon su barbilla.

—Bueno, si no me deja que lo ayude, el problema para usted va a ser gordo; no se trata sólo de que el enfermero lo vea colocado.

—El mío, por supuesto —musitó el doctor Grane—. Charles C. Grane, Doctor en Medicina. Ésa era la firma de las cartas, muchacho, ¿entiendes? Mi propio nombre. Mi firma. Mi letra.

—¿Las escribió usted mismo?

El científico miró fijamente al vacío, contemplando algo que sólo él podía ver.

—¡No es posible, Brick! —exclamó Carol.

—Claro que es posible. Cosas más extrañas han ocurrido.

—Pero ¿por qué...?  
—A ti no te gusta el doctor, y a mí tampoco. A lo mejor, tampoco él se gusta a sí mismo.  
¿Iba a menudo a la ciudad?  
—Casi nunca.  
—No hay buzón en el camino de entrada. ¿Cómo le llega el correo?  
—Tenemos un apartado en la ciudad.  
—Me lo imaginaba. ¿Quién recoge el correo?  
—Yo. También envío sus cartas, cartas que yo misma escribo a máquina. Si hubiera escrito algo a mano, me habría dado cuenta.  
—Hoy, cuando ha llegado, ha hablado de una ama de llaves, una tal Juanita. Ha dicho que no estaba. ¿Va esa mujer de compras a la ciudad?

Carol asintió.  
—A comprar la comida y esas cosas. Pero Juanita no sabe conducir, Brick. Tengo que llevarla yo en el coche. La dejo en el supermercado, hago mis cosas y recojo el correo y artículos que papá me pide (en San Franco hay una casa de suministros médicos y científicos), luego vuelvo al super y la recojo. Hoy la he llevado a ver a su hermana, que vive en Río Lodo.

Brick se acarició la barbilla.  
—Entonces, alguien falsifica su letra. Eso es lo que parece.  
—Pero ¿por qué iba a querer nadie hacer eso?  
—Por el efecto psicológico que supone, digo yo. Y parece que ha funcionado. Debe de ser inquietante saber que alguien que va detrás de ti puede escribir cartas, extender cheques, lo que sea, utilizando tu nombre y siempre que quiera. Además, así se puede despistar a la policía y, si de todos modos vas a disimular tu letra, ¿por qué no hacerlo imitando la de tu víctima?

La cara del herido al contraerse atrajo su atención. Con voz ronca, casi ininteligible, éste dijo:

—No es falsificada.  
—¿Cómo dices? —preguntó Brick inclinándose sobre él.  
—No es falsificada. —El hombre boqueó en busca de aire—. Él... Xerox... —El susurro se desvaneció.  
—¿Qué demonios significa eso? —farfulló Brick.  
—¿Que las cartas que ha estado recibiendo papá son en realidad copias de cartas que él ha escrito a otra persona? —sugirió Carol.  
—Por favor... mucha sed —dijo Slade casi sin aliento.

—Dale un vaso de agua —dijo Brick—. Voy a darle la vuelta y lo incorporaré un poco.  
El canto de sirena era mucho más fuerte ahora, mientras la ambulancia avanzaba por la carretera de la montaña. Brick escuchó su sonido y atendió también al susurro de las zapatillas de Carol que se dirigía a la cocina. El doctor Grane se derrumbó en su asiento.  
—Pecado —dijo Brick para sí mismo—. Lucifer Satanus, Príncipe del Pecado, todo esto lo has hecho tú. Droga. Intento de asesinato. Mentiras. Pero, si tú eres real, también Él tiene que serlo.

Miró al herido Slade para ver si éste oía sus palabras y se dio cuenta de que no estaba hablando en realidad. O más bien, de que el Brick que hablaba era un Brick interior, una especie de locutor que animaba la figura de barro que sostenía al hombre herido. Automáticamente, Brick se metió la mano debajo de la camisa para tocar la medalla de plata que le había regalado su madre, y recordó que la había perdido en un arrozal a casi quince mil kilómetros de distancia.

«Esto no va ayudarte, Brick.»  
—Si el Diablo existe, señor, tiene que existir también Dios. Alguien tiene que haber creado al Diablo.  
«Vaya, ¿ahora eres teólogo? Yo creía que eras un ex marine.»  
—Lo siento, señor.  
«No hay Dios para ti, Brick, y a tu Diablo no lo creó nadie. Yo lo creé, y yo lo he introducido en tu vida. Si es que tú tienes un Dios... qué más da.»

—Toma, Brick, cariño. —Carol le entregó un vaso de agua fría—. Si crees que no va a hacerle daño...

—No si la bebe despacio. La herida no es en el estómago. —Brick llevó el vaso hasta los labios de Slade—. Me has llamado cariño, Carol.

—Se me ha escapado, supongo.

—Espero que se te escape a menudo.

—Cuidado, vas a ahogarlo. ¡Oh, Brick!

—¿Qué pasa?

—¿Por qué hemos tenido que conocernos así? Habría podido ser todo mucho más bonito.

—Porque esta tarde he encontrado una estatua entre los escombros.

—No entiendo qué quieres decir.

—Ni yo puedo explicarlo, Carol. Al menos, no en este momento. —Dejó el vaso—. ¿Quieres besarme, Carol? Te quiero desde el primer instante, y tengo la sensación de que nunca volveremos a besarnos.

Carol lo besó. En algún punto de la carretera de la montaña, la ambulancia contorneó un gran promontorio. La sirena se oía de repente con más fuerza, subía y bajaba como el ulular de un lobo.

—Otra vez —suplicó él.

—Ya vienen. Tengo que sacar a papá de aquí. Lo encerraré en su habitación. —Carol fue corriendo hasta el científico narcotizado y tuvo que levantarlo casi a pulso.

Brick sintió cómo la PPK se deslizaba de debajo de su cinturón e inició un frenético golpe de judo con la mano derecha.

El ruido del disparo llenó la estancia y volvió rebotando de las paredes con fuerza redoblada. La pequeña automática alemana resbaló sobre la alfombra. Brick soltó a Slade y se puso en pie de un salto.

Por un instante, creyó que el disparo había errado. Luego, primero muy despacio, el doctor Grane empezó a desmoronarse. Una mancha roja se extendió por su camisa blanca.

Carol lo soltó y retrocedió, llevándose las manos a la cara. Primero despacio, y luego aparentemente muy de prisa, el viejo científico cayó hacia delante de cara. Fuera, la ambulancia frenó en seco.

—Lo siento. Lo siento de veras... —El susurro era la voz de Slade.

—¿Por qué lo has hecho?

—Nos habría... matado a todos. Al mundo. Seguro. Me lo dijo. Miles de millones de vidas...

Se oyó un golpe seco a la puerta.

—Abre —espetó Brick a Carol. Se inclinó sobre el herido Slade—. ¿De qué estás hablando?

—El suero de Grane habría salvado miles de millones de vidas. No habría espacio. Ni animales, ni plantas. Estaríamos... —el hombre herido boqueaba en busca de aire—... de pie unos encima de otros. Moriríamos todos.

—Así que has venido aquí para matarlo antes.

Brick oyó cómo se abría la puerta y a continuación los pasos alborotados de los enfermeros.

—El doctor Grane dijo... —el susurro de Slade era ahora casi imperceptible—... quemar el laboratorio...

Un enfermero agarró a Brick por el hombro y se apoyó pesadamente sobre él mientras se inclinaba para mirar a Slade.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—No habría sitio... para tantos millones —suspiró Slade—. No hasta que vayamos al espacio. El doctor Grane...

—Tiros —dijo Brick al enfermero—. Se han disparado mutuamente. —Parecía muy sencillo, dicho así.

—No se salva —decía el enfermero. Balanceándose un poco, se enderezó.

—Maldita sea, ¿ni siquiera vais a intentar salvarlo? ¿No podéis darle plasma?

—No se salva —repitió el enfermero—. Está entrando en coma. «Muerto a la llegada», seguro.

—Brick—gritó Carol—, ¿qué les pasa a éstos?

Con voz gruesa, el otro enfermero dijo:

—¿Qué les pasa a ustedes?

Brick se puso en pie.

—Borrachos, creo. No huelen a alcohol, así que debe de ser vodka, o tal vez alcohol medicinal.

—Oye, tío —dijo el primer enfermero—. No estamos borrachos. Sí, hemos tomado un par de tragos, pero no estamos borrachos.

—Fantástico —espetó Brick—. Dadle plasma a este hombre. ¿Y el viejo?

—¿El viejo? «Muerto a la llegada» —contestó el segundo enfermero—. Ni respiración, ni pulso. Un tiro en la barriga y el corazón ha fallado.

De nuevo, el primer enfermero dijo:

—Oye, tío, no estamos borrachos. ¿Sabes lo que hemos estado haciendo todo el día? ¿Lo sabes?

—¿Tenéis plasma en la ambulancia?

—Sacando cadáveres. Eso hemos estado haciendo. Ha habido un temblor de pronóstico en San Franco, ¿sabes? Ocho coma uno en la escala Richter. Mujeres. Niños. Cielo santo, si lo hubieras visto.

Brick lo cogió del brazo.

—Vamos a buscar plasma —dijo con voz cansada—. Este hombre todavía vive.

—Ese tío está muerto —aseguró el enfermero—. Lo que pasa es que todavía no ha dejado de respirar.

Clavaron la aguja en el brazo de Slade y se lo llevaron a la ambulancia, luego se hicieron cargo del doctor Grane.

—Él me lo hacía a mí —dijo Carol con voz queda—. Cuando yo era sólo una niña. Una vez por semana más o menos, lo hizo durante un año. Finalmente, mamá se enteró y le impidió que volviera a hacerlo. Nunca he podido perdonarle aquello. Yo esperaba... pero es imposible. —Se estremeció—. Supongo que nunca se lo perdonaré. ¡Oh, cielo santo!

El segundo enfermero dio un traspies y soltó el extremo de la camilla. El cuerpo del doctor Grane cayó a la grava del camino de acceso. Apartada en parte la sábana de su rostro, se vio que llevaba una mascarilla de cirujano.

Brick hizo girar a Carol hasta que ésta no pudo ver el cadáver.

—¿Por qué no te fuiste?

Bajo los dedos de Brick, los hombros de la muchacha se movían agitados.

—Qué importa eso.

—De acuerdo.

Ella respiró hondo.

—Brick, vamos a ser ricos. Yo sé dónde guardaba la fórmula del suero: en un cuaderno de notas marrón que tenía en la mesa de despacho del laboratorio. Estaba trabajando en un sistema para fabricar el suero en cantidades masivas, y eso podría hacerlo cualquier compañía farmacéutica. Elimina prácticamente la declaración de enfermedades degenerativas. Habría gente que pagaría cualquier cosa por él. Piensa en todos esos viejos ricos.

—Él iba a regalar el suero —objetó Brick.

—¡Por el prestigio que eso le habría supuesto! Era lo único que le importaba. Las medallas, el premio Nobel. Quería que alguien financiara un verdadero centro de investigación para él, donde habría podido ser el jefe de un gran equipo.

—Claro —dijo Brick.

El primer enfermero estaba inclinado sobre el doctor Grane.

—¡Eh! —gritó—. El corazón del viejo vuelve a andar. Debe de haber sido el shock. —Permaneció allí un momento parpadeando, intentando razonar en medio de la bruma del alcohol—. Voy a darle oxígeno. Pero es posible que tenga el cerebro lesionado. Ha estado fuera de combate un buen rato.

—Dáselo también al otro —le ordenó Brick—. No le vendrá mal.

—También es verdad.

Brick los ayudó a meter al viejo científico en la ambulancia, observó cómo el primer enfermero manoseaba torpemente su equipo de oxígeno por un momento y a continuación cerró la portezuela. El segundo enfermero se acercó tambaleándose hacia la ambulancia.

—¿Vas a conducir tú? —quiso saber Brick.

—Supongo. Al está ocupado ahí detrás.

—¿Al es el que ha conducido hasta aquí?

El segundo enfermero asintió con la cabeza.

—Mientras tú le dabas a la botella durante todo el camino. No estás en condiciones de conducir. La chica lo hará.

—¿Mi autobús? Olvídalo.

Brick lo golpeó con tal fuerza que los pies del joven se levantaron del suelo. Carol abrió la boca para dar un grito y en seguida la volvió a cerrar. Brick dijo:

—¿Te parece que puedes conducir esto? Es casi lo mismo que tu rubia.  
—Yo... supongo que sí.  
—Seguro que sí. Lo pondré ahí delante, a tu lado. Creo que le he partido la mandíbula, tendrá algo de qué preocuparse si despierta.

—¡Brick! ¿Tú no vienes?  
—Yo te sigo en mi furgoneta —contestó Brick—. De otro modo no tendríamos modo de transporte desde el hospital. Yo conduciría, pero no sé dónde es. Y ahora, en marcha.

Brick permaneció de pie en el camino, observando las luces rojas traseras de la ambulancia, hasta que éstas desaparecieron al doblar una curva. Unos segundos más tarde, sonó la sirena. «Carol habrá encontrado el interruptor», pensó él.

Había un cubo de fregar galvanizado en la cocina de Juanita. Con su navaja de bolsillo, separó la manguera de la boquilla de enjuagar del fregadero. Entró en la sala de estar, donde dos hombres casi habían muerto, encontró la PPK de Slade debajo de un sofá y se la metió de nuevo bajo el cinturón; a continuación recuperó su Winchester del rincón donde lo había dejado.

Salió de nuevo, colgó el Winchester enfundado en la parte trasera de la furgoneta y chupó gasolina del depósito hasta que el cubo estuvo medio lleno. Unos cuatro litros, suponía. Casi por valor de dos pavos. Cuidadosamente, colocó el cubo cerca —pero no demasiado— de la parte posterior del laboratorio, encendió una cerilla y la arrojó.

La gasolina produjo al incendiarse un ruido como el crujir de un gigantesco látigo. Dio un salto atrás y echó a correr a toda prisa para guarecerse tras un montículo de piedras y arena. Apenas había llegado y se hubo vuelto para observar las llamas danzantes cuando el puño del gigante lo golpeó detrás de la oreja. Vio por un instante cómo el suelo oscuro venía de un salto hacia él, pero había perdido el conocimiento antes de llegar al suelo.

Cuando despertó, oyó un estrépito desgarrado, chirriante. Imaginó vagamente un choque frontal de automóviles delante de su destartado cuarto de San Franco, o bien un coche aplastado bajo las ruedas de un camión tractor.

Movió la cabeza. La arena le raspaba la mejilla y el viento de la noche le enmarañaba el cabello. Las manos no avanzaban para ayudarlo a ponerse en pie. Pasado un instante, vio que las tenía atadas a la espalda. Tenía los brazos casi insensibles. Esforzándose por erguirse sin ellos, se puso de costado para poner las rodillas debajo y, apoyando un codo en el suelo, se incorporó un poco.

El choque lo había producido su furgoneta. El capó estaba ahora enterrado entre las grandes puertas dobles de la parte trasera del laboratorio. A sus lados bailaban las llamas anaranjadas.

—Estás despierto —dijo una voz conocida detrás de él—. ¿Te gustaría ver más de cerca el fuego? He colocado tu camioneta sobre el cubo de gasolina, y el espectáculo tiene que ser fantástico.

Brick se volvió.

—Hola, Doc. ¿No te importa que te llame así?

—En absoluto.

—Y eres igualito que él, por lo que veo. Sólo que a ti no te han pegado un tiro hace un rato. ¿Gemelos? —El segundo doctor Grane sacudió la cabeza—. Entonces es que los rusos o alguien te han hecho algo para que te parezcas a él, supongo. Cirugía plástica, esas cosas.

—Eres un hombre curioso, quienquiera que seas. ¿No te preocupa estar a punto de morir?

—No sabía eso.

—Y tu suposición acerca de los rusos es ridículamente incorrecta. Aspecto, voz, estatura... dudo mucho de que ellos, ni nadie en la Tierra, fueran capaces de hacer un trabajo así. —El segundo doctor Grane hizo un ademán con la PPK negra de Slade—. Y ahora, andando. Tanto si deseas tener una mejor vista de la deflagración como si no, yo sí quiero verla.

Brick se puso en marcha hacia la furgoneta en llamas.

—Yo nunca he tenido suerte con ese arma.

—Ni nunca la tendrás.

—Exacto. El caso es que yo he pensado que si hacía ver que el laboratorio estaba en llamas, ello haría salir de su escondrijo a quienquiera que estuviera enviando al verdadero Doc esas cartas. Y no me equivocaba.

—Sí te equivocabas —respondió el segundo doctor Grane—. Yo estaba ya aquí,



observando desde detrás de esas piedras. Casi me has pisado cuando has ido corriendo a esconderte. Afortunadamente, el fuego que has provocado en ese cubo debe de haberte impedido la visión nocturna.

—O desgraciadamente —dijo Brick—, según como se mire. Eres un clon, ¿no es cierto? He oído hablar de eso.

—No. Soy una copia. Pero ¿no quieres saber con qué te he golpeado?

—No especialmente. ¿Estamos ya lo bastante cerca?

El calor de la furgoneta incendiada le lamía las mejillas. También el edificio del laboratorio empezaba ahora a arder.

—Sí, así está bien. Ha sido con una piedra. Una vulgar piedra del desierto. ¿Verdad que ha sido valor por mi parte? ¿Un hombre tan poca cosa y bastante mayor?

—Yo diría que sí.

—No me quedaba otra alternativa. Si hubiese huido, tú me habrías oído, me habrías perseguido y con toda seguridad me habrías dado alcance en un centenar de metros. Y de haberme quedado quieto, seguro que me habrías visto. Y así, ya ves, te he golpeado, y gracias a eso he ganado. Pero si yo hubiese tenido también pistola habría matado a mi original hace casi una hora, cuando se ha puesto a tontear con mi... perdón, con su... rifle de caza. ¿Creía él que yo iba a acercarme tanto a mi viejo hogar?

—Más que nada estaba jactándose —dijo Brick—, pero al final se ha sentido demasiado agobiado.

Miró el vehículo en llamas y dio un paso en dirección al segundo Grane, quien retrocedió.

—Te lo advierto, si intentas abalanzarte sobre mí, disparo.

—Entonces no lo intentaré, Doc. Cuéntame eso de la copia. Ese hombre tuyo, Slade, ha dicho no sé qué de xerografía, pero parecía que se refiriese a que habían hecho una copia de la carta.

De repente, el segundo doctor Grane pareció intrigado.

—Algunas... vinieron algunas personas. Hace ya casi un mes. Se fue la electricidad, por completo. Yo creía que era una tormenta o algo así... Aterrizaron ahí, en el desierto. —Miró fijamente a Brick—. Supongo que no crees ni una palabra, pero no importa. Pronto habrás muerto.

—Continúa —lo instó Brick.

—Yo estaba trabajando aquí en el laboratorio, mi yo original. Vinieron y me cogieron. Supongo que mi hija y la cocinera dormían, y creo que ni se enteraron. Probablemente procuraron que no despertaran hasta que los otros se hubieron marchado. A propósito, ¿cómo te llamas?

—Bronson.

—Yo soy Charles Grane, ya lo sabes. Mira, Bronson, se supone que soy bioquímico, pero... no sé muy bien cómo explicarte esto: supongamos que fuera un escriba medieval. Me pasaría los días copiando la Biblia: letras hermosas, iniciales ilustradas. ¿Las has visto?

Brick asintió.

—Y de repente, alguien me enseña una fotocopiadora moderna en color. Colocas una página... y ahí la tienes, igual de bien que la primera. O casi igual. Eso es lo que hicieron. Me querían a mí, ¿entiendes? O, al menos, querían a un Charles Grane para llevárselo al lugar de donde procedían. No entiendo por qué, a menos que hubieran olvidado los principios utilizados para construir esa máquina. Aunque es posible que no la hubieran construido ellos, que la hubieran conseguido de alguna otra cultura. El caso es que hicieron una copia y luego borraron una hora aproximadamente de las memorias del original.

—Pero ¿tú pudiste escapar?

El segundo doctor Grane negó con la cabeza.

—Me hicieron a un lado, si se puede decir así. Creo que primero me fabricaron. Sé que soy Charles Cabot Grane. Recuerdo mi infancia, la universidad, mi matrimonio, toda mi carrera. Pero, cuando recuerdo todo eso, sé que haría algunas cosas que no hice en su momento.

—Ya comprendo —dijo Brick.

El fuego avanzaba en columnas por las paredes del laboratorio, levantando la pintura oscura.

—No creo que yo sea una copia muy buena. En todo caso, no soy una copia perfecta. Me desecharon, me dejaron atrás.

—Una auténtica sorpresa para el verdadero Doc.

—Brick miró de nuevo la furgoneta; la carrocería de acero relucía por el calor—. ¿Por qué

querías que él le prendiera fuego a su laboratorio?

La copia sonrió. Era una sonrisa casi simpática.

—Para destruir su cuaderno de notas, naturalmente. Mi cuaderno de notas, mejor dicho. Verás, la fórmula tiene un fallo. El suero puede ser fabricado, y funciona... detiene el cáncer, la degeneración cardiovascular, etcétera. Pero en menos de una hora se deteriora.

—Por eso el doctor aplazaba el hacer un anuncio formal de su descubrimiento. Decía que estaba trabajando en un sistema para fabricarlo en cantidad, y eso me inquietaba. Como dijo su hija, una de las grandes compañías farmacéuticas habría podido idear un método de producción, y seguramente lo habrían hecho mejor que él.

—Pero no podía fabricarse en cantidad, ¿entiendes, Bronson?, hasta que se eliminara ese fallo. Había que fabricarlo y utilizarlo en el momento, lo que lo hacía casi inviable. Pero yo, en esa última hora, la hora anterior al aterrizaje de esa gente, hallé el modo de eliminar el fallo. Lo registré en mi cuaderno de notas.

—El verdadero Doc lo hizo, querrás decir —corrigió Brick—. Luego la gente del platillo borró su memoria, y él no volvió a mirar esa página porque creía saber lo que había en ella.

—Exacto.

—Y ahora, tienes la intención de sustituirlo. ¿Sabes que Slade no lo ha matado?

—Pero puede tener dañado el cerebro; sí, he oído todo lo que se ha dicho, cuando habéis salido de la casa. No habría podido salir mejor para mis propósitos. Cuando se haya recuperado un poco, Carol lo traerá de nuevo aquí; y yo lo eliminaré y ocuparé su lugar... una recuperación milagrosa. Ni siquiera Carol tiene por qué enterarse.

—Y me acusarás a mí de la destrucción del laboratorio. Por si la lesión cerebral no es tan grave o aparece algún otro científico deseoso de echar un vistazo a sus cosas.

—Correcto otra vez. El edificio estaba cerrado, así que tú has lanzado su camioneta contra las puertas. Así ha empezado el fuego, y luego has huido al desierto. Y ahora que sé ya que este fuego va a servir tan bien a mis fines, tú y yo vamos a meternos de verdad en el desierto.

—Donde me matarás y esconderás mi cuerpo.

—¿Preferirías que te matara aquí? No me hace ninguna gracia tener que arrastrarte un kilómetro o más. Pero, si es necesario, lo haré. Camina y tendrás unos momentos más...

Se oyó un disparo.

El impacto de la bala casi hizo perder el equilibrio al segundo doctor Grane, quien, trastabillando, recuperó el equilibrio y zarandeó fútilmente la PPK en la dirección de la furgoneta en llamas.

Brick, de una patada, le arrancó el arma de las manos.

—Nunca tendrás al tipo que te ha dado, Doc. No hay nadie.

—Estoy herido...

—Desde luego. Si un arma se calienta lo suficiente y tiene una bala en la recámara, se dispara. Yo he visto cómo se ponían a disparar así las ametralladoras sin que nadie le diera al gatillo, sólo porque unas cuantas ráfagas largas habían calentado el cañón. Mi rifle de caza estaba colgado en la parte trasera de la furgoneta, y había una bala en la recámara porque yo la he metido cuando he oído al verdadero Doc disparar al pobre chico que has enviado a por él. Mientras me traías hasta aquí, lo he alineado lo mejor posible.

El segundo doctor Grane contemplaba la sangre que se escurría por entre sus dedos.

—Estás herido en el vientre, Doc. Igual que él. Sería interesante saber qué ha ocurrido con el del platillo... creo que puede haber alguna relación entre los tres. Pero ahora, si quieres que te ponga un parche, tendrás que desatarme.

El segundo doctor Grane no dijo nada. Tenía el rostro de color grisáceo, aun a la luz rojiza del fuego. Por las mejillas grises rodaban las lágrimas.

—No crees en todas esas porquerías que le has contado a Slade, ¿verdad, Doc?

Salvaremos a los mejores: ingenieros, físicos, técnicos. Si hubiéramos encontrado ese suero a tiempo tendríamos todavía a Einstein, y a estas alturas estaríamos vendiendo pollo frito en Marte.

Primero cedieron las rodillas. Las manos manchadas de sangre de la copia no abandonaron su cintura para amortiguar la caída. Brick lanzó una maldición, se dejó caer al suelo y levantó caderas y piernas, pateando y retorciéndose hasta que la navaja salió del bolsillo.

Tardó unos treinta segundos en abrirla, y otros treinta en cortar la cinta aislante que el segundo doctor Grane había cogido de la furgoneta. Cuando entró en el laboratorio, todo el lugar estaba ya lleno de humo y vapores químicos. Los frascos de disolvente reventaban como proyectiles de mortero. Intentaba recordar si Carol había mencionado en algún

momento dónde se hallaba la mesa de despacho, y se esforzó por mantener los ojos abiertos. Pronto no podría. Se dejó caer al suelo con la esperanza de poder así respirar mejor.

«Ya ves cómo te ha ido, Brick. Habrías podido ser rico y famoso, y tener una maravillosa esposa. ¿Dónde está ahora el Dios al que tú rezabas?»

—En todas partes, señor. En ninguna parte. Yo todavía no lo he visto.

«Y nunca lo verás.»

—Pero usted sí me verá.

«¿De qué hablas? En estos momentos estás muriendo, quemado, asfixiado por el humo.»

—Pero Él me ha hecho real. Algún día pasará usted por mi lado por la calle, me verá entre la gente. No se meta conmigo entonces. Puños como martillos pilones, ¿recuerda?

«Brick, tú nunca podrás ser real. No real como lo soy yo. Cuando esto termine, te quedarás atrás en la página.»

—Parece usted un poco asustado, señor. A lo mejor ha sentido ya mi proximidad en una sala de cine, me ha visto meneando los brazos en un partido de béisbol, ha oído mi voz a la vuelta de una esquina en alguna ciudad. «¿Cómo sabías tú eso?»

«¡Contéstame, Brick! ¿Cómo sabías tú eso?»

«Muy bien, esta noche han mostrado por televisión a un hombre al que sacaron de un incendio en California. Pero se llamaba Rick, Rick Benson.»

«Si no he entendido mal.»

«No eras tú, ¿verdad, Brick?»

«¿Brick?»

«¡Contesta! ¿Brick...?»

## La casa de los antepasados

*El ojo del telescopio miraba hacia arriba a distancias de vértigo, hasta allí donde la última esfera, los costados perforados por agujeros boqueantes, se mecía sobre la ciudad. Un momento antes, una maestra de Baton Rouge había pagado su cuarto de dólar, había mirado y se había ido. Pronto vendría un hombre de Des Moines, pero llegaría demasiado tarde. Por unos segundos, una figura apareció en uno de esos agujeros; luego, otra que luchaba con ella; luego, ambas desaparecieron.*

El metro se balanceaba y sacudía a la manera maliciosa en que lo hacen los metros el domingo por la tarde, cuando este traqueteo está en desacuerdo con el talante del momento y con la gente que viaja en los trenes, personas que cruzan la ciudad para visitar a parientes o buscar el frescor del océano. Este movimiento no parecía molestar a Bonnie, quien estaba sentada con las manos sobre el bolso que tenía en el regazo, los brazos encerrando de manera protectora y posesiva el bulto apenas perceptible.

Bonnie estaba embarazada. En esto radicaba la diferencia, según se decía Joe a sí mismo. Bonnie estaba embarazada. Era una muchacha alta, más bien delgada, con un color de piel entre escocés e irlandés en torno a los codos y las manos enrojecidos. Vestía una falda negra de embarazada, con un agujero para el vientre delante —se la había prestado la esposa de su hermano Chuck—, y un voluminoso jubón azul parecido al uniforme de una de esas instituciones semipúblicas a cuyos internos se les da ropa que no parece ser un uniforme hasta que se ve a dos de ellos juntos. Joe era italoirlandés, más moreno que ella y con las manos y los antebrazos muy grandes.

Desde el otro lado del vagón, un grupo de hombres miraron fijamente por un instante a Bonnie, y él les dirigió una mirada furibunda. Les habría preguntado qué demonios miraban, pero sabía que Bonnie se disgustaría. La avergonzaba ya demasiado a menudo, con demasiada frecuencia como para hacerlo cuando podía verlo venir. Además, alguien podía ponerse muy violento y Bonnie temería por él y lloraría, lloraría y estaría llena de vergüenza, porque en la familia de Bonnie llorar era un crimen. Personalmente, a él no le

importaba que alguien se pusiera violento. Aunque tampoco deseaba morir.

—Creo que es la siguiente parada —dijo Bonnie intentando hacerse oír por encima del parloteo. No había abierto la boca desde que habían subido al metro. Joe asintió.

Se alegraba de salir de la ciudad. Pocas veces había estado fuera de Nueva York y estas raras ocasiones estaban en su mente asociadas al placer, a cielos soleados y vientos fragantes, aquellos viajes de un día en los que alguien se traía un televisor portátil para no quedarse sin los conocidos chistes escritos por ordenador, y otro a sus amigos y a los amigos de sus amigos de tal modo que también la seguridad que da el grupo iba con ellos. Jugaba a *softhall* en la hierba alta de los prados y disfrutaba así mucho más que con el juego semiprofesional que había ocupado las veladas de sus días laborables desde que dejó la escuela nocturna.

—Vamos. —Bonnie tiraba de su hombro—. Aquí nos bajamos nosotros. ¿Te encuentras bien? ¿Te duele?

Joe se levantó, casi llenando con su corpachón el estrecho pasillo del vagón, y esperó a que se pusiera también en pie ella. El tren se detuvo en seco.

A la entrada del recinto de la feria Bonnie mostró el pase que le había dado Chuck, y le contó al portero mucho más de lo que éste deseaba saber acerca del trabajo de Chuck como vendedor de la compañía de plásticos y su relación con la feria. Joe permanecía apartado de ellos, y miraba el arco de la entrada con las letras de siete metros que decían FERIA MUNDIAL DE NUEVA YORK '91. Era enorme, pero detrás de las letras podía verse La Cosa, y La Cosa hacía que las letras parecieran pequeñas.

Naturalmente, La Cosa hacía que todo pareciera pequeño. Él había estado allí arriba para poderla visitar, porque el ascensor no llegaba hasta tan alto y Joe tenía que tener cuidado con los peldaños, pero decían que podía verse La Cosa incluso desde el tejado del edificio donde él y Bonnie vivían, allí en Yonkers. Era mucho más alto que el edificio Empire State.

Por último, Bonnie acabó de hablar con el guardia y éste les permitió cruzar la entrada.

—¿Dónde dijo Chuck que nos encontraríamos? —preguntó Joe.

Aunque sentía curiosidad por ver el interior de La Cosa —y además ahora, antes de que estuviera abierta al público, antes de que ninguna de las personas a quienes conocían la hubiera visto—, esperaba en realidad que el hermano de Bonnie no hubiera venido.

—En el Howard Johnson's, justo debajo de La Cosa. Lo han abierto ya para que los trabajadores de los pabellones de los distintos países puedan comer allí, y también los periodistas. —Él andaba un paso por detrás de Bonnie, y ésta, mirándolo muy seria por encima del hombro, dijo—: Tú no querías en realidad venir, ¿verdad, Joe?

—Claro que sí. Me estaba volviendo loco de pasarme el día metido en el apartamento.

Bonnie hizo un mohín, se volvió para mirarlo y pareció comprenderlo todo con sus ojos azules.

—Ya lo sé. Pero te pone mal Chuck. Envidia.

—No —respondió él. Pero era cierto.

Ella esperó a que Joe le diera alcance y le cogió la mano.

—Sólo quiero que sepas que no me enfado. Y Chuck tampoco. Lo comprendemos.

Joe no dijo nada más y se limitó a contemplar La Cosa mientras paseaban. Millares y millares de bolas de color unidas por vástagos tubulares aparentemente delgados que, él sabía, eran en realidad lo bastante grandes como para contener cintas transportadoras que llevaban a los visitantes de una bola a la otra. Aunque aquí abajo no soplaba el viento, sí lo hacía, y con fuerza, arriba. Podía verse cómo la cima de La Cosa se inclinaba alejándose del viento. Los ingenieros decían —Joe lo había leído en el *Time*— que ni siquiera un huracán podría derribarla, pero parecía como si estuviera a punto de desaparecer mientras él observaba. Se preguntaba qué tal se sentiría uno allí arriba, dentro de La Cosa, con el viento soplando de este modo.

## II

Chuck los esperaba delante del Howard Johnson's, allí plantado y, como siempre, haciendo sonar la calderilla del bolsillo. Chuck llevaba a Bonnie diez años. Se dedicaba a

vender plásticos desde que dejó la escuela. Hacía dos años, cuando la feria se hallaba en el estadio de planificación, había conseguido el contrato de suministro del material para La Cosa, y desde entonces todo le había ido viento en popa. Las comisiones lo estaban convirtiendo en un hombre rico. Esto podía verse, y no sólo por la ropa que vestía. Se le notaba en el porte, en cómo llevaba el sombrero. Era un sombrero que decía: «He triunfado. Soy alguien importante, creedme».

Chuck le dirigió una amplia sonrisa y le estrechó la mano con la suya, blanda, de aquella manera que tenía por costumbre, sacudiéndola arriba y abajo, hasta que Joe apretó un poco para verlo respingar. También Joe tenía las manos más blandas desde el accidente, pero seguían siendo firmes y no fofas como las de Chuck. Se juró a sí mismo que no consentiría que se le pusieran así. Encontraría algo que hacer, aunque fuera tallas de madera o cualquier tontería por el estilo.

—Pasad —dijo Chuck cuando Joe le hubo soltado la mano—. Ed Baker (es el tío del que te hablé, el ingeniero jefe) está esperando ya ahí dentro. Yo sólo he salido un momento para ver si estabais.

El ingeniero se puso en pie cuando Bonnie se acercó a la mesa. Era un hombre alto y delgado como un palo, con una amplia calva y el cabello de los lados que empezaba a encanecer. Chuck los presentó a los dos, primero a Bonnie, e hizo señas a una de las muchachas uniformadas que servían a las mesas.

—Chuck dice que os gustaría ver el interior de La Cosa. —Baker tenía un fuerte acento de Nueva Inglaterra—. Si queréis, ahora es el momento de hacerlo. Las entradas están vendidas con seis meses de antelación.

—¿Está terminada? —preguntó Bonnie con timidez.

Chuck rió.

—No del todo, por dentro, pero no se va a venir abajo porque estéis vosotros, si te refieres a eso. Pero el poner a punto las exhibiciones es cosa de Ed. Y creedme, puede hacer que las que no están del todo terminadas sean más interesantes que las cosas de abajo que están listas para rodar.

—No hay escaleras, ¿verdad?

Bonnie miró a Joe y éste deseó que se lo tragara la tierra. Sabía lo que venía a continuación.

Baker sacudió la cabeza.

—Se sube siempre por cinta transportadora. ¿Tiene algún problema de corazón tu esposo? Chuck ha mencionado algo.

El hermano de Bonnie separó los dedos hasta una distancia increíble.

—Tiene un clavo de este tamaño en el corazón, un enorme clavo galvanizado.

Baker alzó las cejas y en seguida Joe añadió:

—En realidad, sólo mide unos dos centímetros. Fue con una pistola de clavar, una de esas herramientas que disparan una bala del 22 para poder clavar listones de enrasar al hormigón.

—Pero ¿la tienes en el corazón? —El ingeniero estaba atónito, pero también escéptico.

—En una de las cámaras. El doctor me dijo cómo se llama, pero ya no me acuerdo.

—Cielo santo, y ¿cómo fue?

—Bueno, hay que empujar el cañón contra algo y al mismo tiempo tirar del gatillo para que se dispare.

Baker asintió.

—Las he utilizado. Cualquiera las puede manejar.

—Sée. Bueno, un compañero de trabajo andaba haciendo el tonto con una de ellas. Supongo que tenía el dedo en el gatillo, y tropezó con el extremo contra una viga de acero en I.

—No directamente, ¿entiendes? —intervino Chuck—. Más bien de refilón. Así que el clavo arañó la viga y le dio a Joe. El doctor le dijo a Bonnie que de vez en cuando pasa eso con las balas, especialmente con las pequeñas, por ejemplo el perdigón. Atraviesan directamente la pared del corazón, lo perforan y se quedan allí. Pero no matan. A pesar de estar ahí la bala, el corazón se cura.

Baker cogió una de las tazas de café que traía la camarera, y Joe pudo observar que estaba impresionado aunque no le temblara la mano.

—¿No pueden sacártelo?

—Es él quien no quiere —contestó Bonnie—. Yo siempre se lo digo.

—Una cosa —intervino Joe—, no quiero volver a hablar otra vez de todo eso. Dejadme que os diga lo que yo pienso, y luego no decimos una palabra más y hablamos de La Cosa. A

eso hemos venido.

—No es necesario —empezó Baker, pero Joe lo interrumpió con un gesto.

—Como le he explicado a Bonnie un montón de veces —se dirigía ahora sólo al ingeniero—, mi seguro de vida no es gran cosa, sólo lo que el sindicato da a todo el mundo. Y para sacar el clavo es preciso una operación de éstas a corazón abierto, con bastantes posibilidades de que salga mal. Así que, mientras esté con vida, tengo la compensación laboral, servicios médicos y todas esas cosas. El día en que casque Bonnie cobrará también el seguro, y su situación no empeorará mucho. Ahora, habíamos de La Cosa, ¿quieres? ¿De qué se trata, en realidad?

—Oh, pero si ya lo sabes. —Bonnie parecía sentirse tan aliviada como él por el cambio de tema—. Me lo leíste, venía en el periódico.

—Sí —dijo Joe—, pero quiero oírlo de boca de un experto. Los periódicos no cuentan nunca las cosas como es debido. ¿Qué es, Baker?

—Eso te lo tendría que decir un bioquímico, en realidad. Yo sólo puedo repetir lo que tú ya has leído: que es un auténtico modelo gigante de una molécula de ácido desoxirribonucleico: en resumidas cuentas, lo que llamamos el ADN. Es la materia de la que están hechos los genes, es decir, en esencia, lo que determina la herencia de cada persona.

—¿Y tiene este aspecto? —preguntó Bonnie. Miraba fijamente por la ventana hacia la base de La Cosa.

—Más o menos. Naturalmente, hemos seguido las convenciones normales para la construcción de un modelo molecular. Esas bolas, como las llama el público, representan átomos en el modelo, aunque cada una de ellas es en realidad una esfera hueca de unos treinta metros de diámetro. Las negras son el carbono, las de color azul claro el oxígeno, etcétera.

El interés del ingeniero por su labor era contagioso.

Joe preguntó:

—Pero, ¿tienen en realidad esa forma tan estrambótica? ¿Todos los ADN del mundo?

Chuck soltó una risita socarrona.

—Si todos los ADN tuvieran la misma forma, todos seríamos iguales, Joe. Perdona, Ed, pero Joe no tiene una gran base científica.

—Sí, tiene siempre esa forma general de doble hélice lijo Baker muy profesional—, y es incorrecto creer que una sola molécula de ADN como la que hemos modelado aquí determina toda la herencia de su poseedor. Para ello hace falta toda la serie de cromosomas humanos. La molécula de ADN solamente determina la constitución de un solo tipo de célula, pero, de todos modos, su estructura parece ser sutilmente distinta en cada persona. Sólo los mellizos idénticos pueden aceptar sin problemas injertos de tejido el uno del otro, por lo que las células de cada individuo tienen que ser sutilmente distintas de las de otro; aun cuando los injertos procedan de partes correspondientes del cuerpo, de tejido del mismo tipo.

—Bueno, y ¿qué tipo de célula sería ésta? —preguntó Bonnie—. Y ¿de quién es?

Baker se encogió de hombros.

—Ésta es sólo una molécula de ADN típica, por lo que yo sé. Yo soy sólo ingeniero eléctrico, y no estoy seguro tampoco de que un bioquímico licenciado pudiera decirte qué tipo de célula iba a contenerla con sólo mirarla.

—Podría ser una célula cerebral —dijo Joe inesperadamente, y los otros tres se quedaron mirándolo fijamente.

—Podría ser —aceptó Baker después de una ligera pausa—. Sería extraño, desde luego, que hubiera realmente alguien que tuviera este esquema exacto.

—Las probabilidades —añadió Chuck con ligereza—, son seguramente de un millón contra una.

—Lo sé, pero ¿y si alguien la tuviera? —Baker parecía estar hablando ahora casi para sí mismo—. ¿Reconocería la molécula su propia estructura del mismo modo que una serie de transductores celulares leen la historia de la estructura genética? Debe de haber una lógica geométrica que nosotros somos totalmente incapaces de reconocer. Pero es la lógica la que hace posible todo tipo de vida. Y si la raza humana sigue existiendo es porque es capaz de repetirse a sí misma indefinidamente...

—Diles cuál es el tamaño real de La Cosa —pidió Chuck—. Uno-trescientos mil millones, ésta es la escala a la que está construida La Cosa, Bonnie. Es el modelo más grande que se ha construido jamás a partir de nada y, al mismo tiempo, la construcción más alta del mundo. Y ¿sabes por qué es posible una cosa así?

—Sí—contestó Joe—. Las fibras de cristal.

Chuck se mostró sólo ligeramente sorprendido.

—Eso es, lo que nosotros llamamos cepas monomoleculares. Tienen un espesor de sólo una molécula y son fuertes como un demonio, y las incrustamos en resina de alta potencia: las clavamos en ella, realmente. Cada una de estas bolas se hizo a partir de dos cuencos del mismo molde, acoplados, y los tubos que las conectan han sido extruidos y cortados a la longitud necesaria. Luego sólo hubo que colgarlas ahí arriba después de haber instalado los suelos divisores que separan la mitad superior de la bola que puede verse desde la mitad de abajo, donde está la maquinaria.

Baker parecía turbado ante la elocuencia de Chuck, pero asentía con la cabeza en señal de acuerdo.

—Ni siquiera hemos utilizado andamies. Simplemente levantamos las piezas con helicópteros y las ajustamos en su sitio. Supongo que lo habréis visto por televisión.

—Y ¿hay exhibiciones en el interior de todas ellas? —preguntó Bonnie—. Eso me gustaría saber.

—Me alegro de que lo preguntes, porque, en realidad, yo soy responsable de las exhibiciones y de los circuitos analíticos, no de la estructura. Los chicos de la ingeniería civil hicieron su trabajo y se fueron. Sólo aparecen de vez en cuando para hacer lecturas de medición de tensiones.

Joe apenas escuchaba mientras Baker hacía una descripción de las exhibiciones. Estaba en cierto modo atento a su pecho, a la zona justo debajo del esternón, donde sentía una extraña tirantez. Recordaba los rayos X que le habían enseñado: el clavo moviéndose, dando tumbos en su corriente sanguínea a cada latido del corazón. Según los doctores, si se alojaba en una válvula...

—Vamos.

Se pusieron todos de pronto en pie, echaron hacia atrás los asientos y dejaron las tazas de café. Él se levantó también, sintiéndose un tanto confuso. No había por qué hacer una escena; simplemente, se comportaría con normalidad hasta caer de bruces, si esto era lo que le tocaba...

Salieron y el ingeniero los condujo hasta el pie de La Cosa.

Joe permanecía un poco distanciado de los otros, la cabeza echada hacia atrás para mirar la cima que se cimbreaba como mareada, a miles de metros por encima de él. Pasó zumbando un pequeño reactor comercial. No era más que una diminuta cruz de plata en el cielo, pero la filigrana de La Cosa se alzaba sobre él como un nubarrón. Con ojos ofuscados, Joe intentaba seguir las complejidades del dibujo en espiral, tomando conciencia al tiempo que lo hacía de que éste contenía algún secreto de colosal importancia. Bonnie le tocaba el codo; bajó finalmente los ojos y la miró, mientras el suelo se movía bajo sus pies.

—¿Qué ocurre? —preguntó. La entrada a La Cosa seguía cerrada.

—Le pasa algo a la puerta. La llave de Baker no funciona.

—Venid conmigo —dijo Baker—. Iremos al taller a ver si alguien puede abrirnos esta puerta. Está al fondo del recinto.

Joe dio un paso adelante al tiempo que Bonnie le soltaba el codo, y a continuación se detuvo temiendo perder el equilibrio. El vértigo que se había apoderado de él mientras miraba fijamente hacia lo alto tardó unos segundos en remitir. Bonnie y Chuck lo dejaron atrás, siguiendo a Baker. Ninguno de ellos volvió la mirada para ver si él venía.

En parte furioso, y en parte buscando algo donde afianzarse, se dirigió hacia la enorme puerta en lugar de ir detrás de ellos. Era una puerta maciza, impresionante y sombría. Agarró la manija y tiró de ella.

Joe era un hombre corpulento, poseedor de la fuerza que da el trabajo físico duro realizado día tras día, y el accidente no había cambiado en absoluto su forma física. La puerta cedió casi imperceptiblemente. Tiró con más fuerza, echando todo su peso hacia atrás. La puerta chirrió y se abrió medio centímetro más, y de repente, cedió del todo.

—Encallada —musitó él para sus adentros.

Miró la espalda de su esposa. Estaba ya demasiado lejos para llamarla. Durante una fracción de segundo, pensó en ir corriendo tras de ella. Pero optó por no hacerlo. Que fueran todos a donde iban y volvieran. Él inspeccionaría personalmente La Cosa —al menos, los niveles inferiores— y se reiría de ellos con ganas cuando volvieran.

La cámara de la base estaba a oscuras hasta que él entró. Se hizo entonces la luz, lentamente, como la iluminación de un teatro. Sin duda, al cruzar el umbral, había pisado una placa sensible a la presión o bien había interrumpido un rayo fotocelular. Un hombre vestido con una bata blanca de laboratorio avanzó, sonriendo a modo de saludo. Pasaron unos segundos antes de que Joe se diera cuenta de que el hombre era en realidad un autómata activado al entrar él, lo mismo que había ocurrido con las luces.

—Buenos días, señor —se presentó el robot—. ¿Le interesa una visita con guía de lo que se exhibe en este átomo?

—Por supuesto. A eso he venido.

Era divertido dirigirse a este juguete mecánico como si se tratara en realidad de un ser humano.

—Será un placer enseñarle a usted todo esto. Dentro de dos minutos, formaré mi siguiente visita.

—¿Por qué no empezamos ya?

El robot sacudió la cabeza, pesaroso.

—Mi programación requiere una espera de dos minutos por si hay otros que desean unirse a la visita.

—De acuerdo. —Joe se encogió de hombros con una sonrisa—. No le importará que eche un vistazo por aquí por mi cuenta mientras usted espera, ¿verdad? Además, seguro que no viene nadie.

—Existe siempre esa posibilidad —admitió el guía mecánico con diplomacia—. Entretanto, es usted libre de pasearse por aquí.

Joe lo dejó allí plantado, todavía sonriente, junto a la entrada, al parecer sin darse cuenta de que había cerrado la puerta tras de sí.

Casi todo el material que se exhibía en esta cámara de La Cosa era en forma de proyecciones en tres dimensiones: objetos sólidos para el ojo humano, pero inmateriales. Moscas de la fruta mutadas, aumentadas de tamaño cien veces, se arrastraban por una parte del suelo. Joe estuvo a punto de alejarlas de una patada cuando éstas se acercaron a sus piernas, pero pasó por su lado sin detenerse a leer las explicaciones impresas acerca de sus grotescas anomalías que flotaban en el aire sobre ellas.

Pasadas las moscas de la fruta, un experimento todavía más extraño llamó su atención. Un huevo, pálido y translúcido, se alzaba derecho sobre el extremo ancho. El extremo pequeño llegaba hasta medio metro por encima de su cabeza, y a través de la cáscara podía verse la yema: un globo dorado que mostraba una sola mancha oscura. Mientras Joe miraba la mancha fue creciendo y le brotaron cabeza, alas y patas. Parecía retorcerse con una energía que la empujaba hacia el ser. Detrás de Joe, el robot dijo:

—Mi visita va a formarse ya, señor. ¿Desea volver a donde están las moscas, o empezamos aquí?

Un tanto sarcástico, Joe dijo:

—¿Dónde están todos los demás visitantes?

—No hay más —dijo el robot sin inmutarse—. Si espera usted a amigos o miembros de su familia, estaré encantado de esperar hasta que lleguen.

—Van a tardar un buen rato —dijo Joe—. Creo que yo voy a seguir adelante sin ellos.

Observaba todavía fijamente el crecimiento del polluelo, a punto ya de reventar su cascarón.

—Esta exhibición —dijo el robot, locuaz— muestra un huevo de gallina *Leghorn* blanca en incubación: el desarrollo del milagro de la vida. Está destinado a ilustrar la secuencia de alteraciones por las que pasa todo embrión antes de llegar a su forma definitiva. Los viejos naturalistas decían que todo ser tenía que trepar por su propio árbol familiar a fin de estar cualificado para el privilegio del nacimiento y, aunque ya no solemos emplear frases tan trasnochadas, este viejo dicho ilumina una verdad.

El polluelo rascaba débilmente el cascarón con el diamante del pico. Joe apartó los ojos de él el tiempo suficiente como para mirar al guía.

¿-¿Qué quiere usted decir con «trepar por el propio árbol familiar?»

—Pasar brevemente por las formas de cada uno de los antepasados.

—Su padre era un pollo, ¿o no? Y él también es un pollo. ¿Cómo puede usted saber si se parece a su padre o no?

—No es ése el sentido... —empezó el robot.

—Demonios, ya sé que no es eso lo que usted quería decir —dijo Joe, irritado—. Lo que ha querido decir es que este pollo sube por el árbol de la evolución, desde un grumito, como un germen. Entonces, ¿por qué no dice eso en lugar de todas esas zarandajas acerca de los



árboles familiares? Si eso fuera cierto, significaría que todos tenemos a nuestro padre y a nuestro abuelo y a todos los demás dentro de nosotros. ¿Sabe qué es lo que les pasa a usted y a todos esos tíos listos que lo han puesto aquí? Crean que cualquiera que haya ido a la universidad es tan bobo que necesita que se lo expliquen todo como si fuera un crío.

—Lo siento, señor —respondió el robot—. Pero, es interesante tener en cuenta que, puesto que cada uno de nosotros recibe la mitad de su estructura genética de cada uno de los padres...

—¡Venga ya, cálese!

El polluelo había roto el cascarón y luchaba por salir por el agujero así creado. El robot, obediente, permanecía en silencio. Por unos instantes, Joe observó sin decir palabra. Luego, bruscamente, preguntó:

—¿Dónde está el cuerno de las patas?

—¿Cómo dice?

—Digo que dónde está el cuerno de las patas. Ha dicho usted que era un polluelo *Legborn* y apuesto a que no sabe por qué los llaman así.

Hubo una vacilación apenas perceptible antes de que el robot contestara.

—No, no lo sé, señor. Veo que esa información no está en mis bancos de memoria. Tenga la seguridad de que su pregunta ha sido registrada y de que la respuesta será introducida en mi programa dentro de la siguiente sesión de reprogramación.

—Yo se lo digo ahora mismo —dijo Joe con acritud—. Leghorn es un lugar de Italia, de ahí proceden este tipo de pollos." —El polluelo, con la imagen aumentada alta como un avestruz, pugnaba por ponerse en pie. El robot callaba—. Y aún hay más, listillo: ¿quién era el rey de los cowboys en las viejas películas de televisión? ¿Lo sabes? Y ¿en qué año ganaron por primera vez los Mets el banderín? ¿Dónde estaba la estación de Grand Central antes de que la echaran abajo?

El robot vaciló y luego respondió:

—Me temo que ninguna de las respuestas a sus preguntas están en mis bancos de memoria, señor. ¿Le gustaría ver las otras exhibiciones de este átomo?

—No.

—En tal caso, señor, la entrada a la cinta transportadora para peatones que lo llevará a usted al siguiente átomo en la visita regular está a su derecha. Si desea abandonar definitivamente el complejo, puede utilizar la puerta por la que ha entrado.

\* Se trata de una raza de gallinas oriunda de Liorna, Italia, e importadas para su crianza a los Estados Unidos; pero, en inglés, «le-ghorn» (deformación fonética de «Liorna») significaría «cuerno de la pata». (*N. del T.*)

—¿Hay en el siguiente lugar otro muñequito como usted?

—No, no señor. En cada átomo hay un guía totalmente distinto.

Sin saber a ciencia cierta por qué lo hacía, Joe se volvió hacia la derecha y pisó la cinta que se movía silenciosamente.

#### IV

El ángulo ascendente era aún más empinado de lo que Joe esperaba, pero la superficie de la cinta tenía estrías que eran casi como peldaños. Las luces de la cámara que dejaba atrás se desvanecieron y reinó finalmente una completa oscuridad. Recordó el Túnel del Amor de Coney Island, adonde había ido una vez con Bonnie antes de casarse. El perfume de ella se fue intensificando en la oscuridad hasta que Joe se vio totalmente envuelto en él, mientras, en la barca de delante, otra pareja, un chico y una chica a quienes él apenas había prestado atención al entrar, proferían ruiditos animales como chimpancés en celo. Nada importaba en aquel entonces. Tanto Bonnie como él creían que, pasara lo que pasara, él triunfaría. Acudiría a la escuela nocturna, encontraría un trabajo para los sábados... y nada, nada en absoluto había salido como ellos pensaban.

Delante de él, la luz del fondo se hizo más fuerte; y ello no sólo porque se estuviera acercando a ella, sino porque, en la cámara de abajo, el voltaje había sido aumentado gradualmente. Pudo distinguir las exhibiciones del área situada inmediatamente al final del túnel conector y, detrás de ellas, algo que se movía veloz. Se apeó de la cinta.

Un hombre de edad se acercó a saludarlo. Vestía una casaca negra con cuello clerical.

—Buenos días, señor —dijo el guía con voz suave y un ligero acento—. Soy el padre Gregor Mendel. Buenos días, señora.

Sobresaltado, Joe se volvió para mirar detrás de él a la persona a quien se dirigía el «sacerdote» cibernauta. Una mujer joven, casi una muchacha, se

apeaba de la cinta.

—Hola —(Su voz suave le resultaba, de algún modo, familiar)—, ¿le importa que me una a su visita?

Joe movió la cabeza y a continuación, recordando sus buenos modales, dijo:

—No, en absoluto —Miraba la ropa de la muchacha: una falda sus buenos veinte centímetros más corta de lo que estaba de moda en ese momento y una blusa con un increíble dibujo de cuadrados entrelazados—. ¿De dónde viene usted? —preguntó.

La muchacha sonrió al tiempo que se estiraba el cabello lacio.

—Pues, he entrado con usted, cuando ha abierto la puerta.

—No la he visto. —Al instante, Joe se dio cuenta de que la frase resultaba un tanto hostil y añadió—: Quiero decir que me extraña no haberla observado abajo.

—Yo estaba al fondo. Me parece que ha sido culpa mía, en realidad.

La figura de Mendel hizo un ligero ademán de bienvenida.

—Estupendo, estupendo. Ustedes dos formarán un grupito ideal para visitar mi pequeña exhibición.

—¿No ha venido alguien antes de nosotros? —preguntó Joe—. Me ha parecido ver salir a un hombre por ahí cuando entrábamos.

Mendel asintió.

—Sí, hijo, sí. Pero no se ha quedado. Ni siquiera he tenido tiempo de hablar con él.

—No entiendo cómo ha podido entrar delante de mí —manifestó Joe, intrigado.

—¿Qué importa eso? —dijo la muchacha alzando vivamente la cabeza.

—No, supongo que da igual. De pronto, ella sonrió.

—¿Sabe que el único que se ha presentado formalmente es el padre Mendel? Aunque sé que se llama usted Joe... le diré que he oído cómo se dirigen a usted en el Howard Johnson's.

Joe le dio su nombre completo y añadió algo innecesario:

—Estoy casado.

—Yo no —añadió la muchacha—, pero sí estoy prometida. —Levantó la mano izquierda para que él pudiera ver su anillo—. Me llamo Mary Hogan.

Joe sintió un extraño afecto por ella.

—Es el nombre de soltera de mi madre. ¡Qué coincidencia!

—Pues eso no es nada. —La muchacha lucía ahora una gran sonrisa—. Usted tiene el mismo apellido que mi prometido.

Mendel carraspeó.

—Me temo que mi átomo es uno de los más aburridos, pero ¿están listos para verlo ya, hijos míos?

—¿De qué se trata? —quiso saber la muchacha.

—De mi descubrimiento de la genética. Yo utilizaba guisantes de huerto, ¿saben?, y todos mis experimentos están aquí condensados para ustedes. La idea de los diseñadores, supongo, consiste en enseñar los principios del mismo modo en que fueron descubiertos inicialmente. Espero que sea buena idea.

Para complacer a la muchacha, Joe siguió al científico-monje de exhibición en exhibición, observando los guisantes altos y cortos y los gráficos genéticos que aparecían trazados en líneas relucientes en el aire; pero no podía fijar su atención en las exhibiciones ni en la perorata de Mendel ni en su acento. El breve vislumbre del hombre que había abandonado la cámara justo al entrar él ejercía una atracción hipnótica sobre su mente, y no hacía más que crear y recrear aquel destello de movimiento furtivo, una y otra vez, en su pensamiento mientras Mendel no paraba de hablar.

Terminó por fin la visita, y el diminuto robot-sacerdote hizo una pequeña reverencia y a continuación se enderezó, sonriendo con timidez.

—Es maravilloso —dijo la muchacha—. Un maravilloso descubrimiento.

—No lo descubrió él —aclaró Joe, y se odió a sí mismo por haber pronunciado estas palabras en cuanto vio el pesar reflejado en el rostro de la muchacha.

—Ya sé que no fui yo —admitió el robot con su suave voz—; pero ¿no pueden ustedes verme como una especie de actor?

—Supongo que sí —masculló Joe.

—Yo me parezco mucho al verdadero Mendel, y, en la medida de lo posible, mi esquema lógico ha sido conformado duplicando el suyo tal como se revela en su obra. Aunque confieso que no se puede aspirar a la precisión que da el disponer del esquema genético de uno

de los descendientes del individuo y poder estudiarlo. Hasta ahora, ustedes dos son el único público al que yo he dado una conferencia. Pero me he sentido tan orgulloso, mientras les hablaba a ustedes hace un momento, como me habría sentido si yo fuera el autor del trabajo que en realidad es obra de Mendel.

La muchacha susurró al oído de Joe:

—Pídale su bendición. Así estará más contento.

Sin darse plenamente cuenta de lo que hacía, Joe cayó de rodillas y se oyó a sí mismo musitar:

—Deme su bendición, padre.

Una expresión de asombro cruzó el rostro de Mendel.

—¿Es usted católico, hijo?

—¿Importa eso? ¿No puede darme su bendición de todos modos?

—No, supongo que no importa, en realidad —respondió Mendel—, pero no puedo. —Alargó los brazos y puso a Joe en pie—. Esto —prosiguió con su voz suave— es como la historia que contaban acerca de una de las visitas que hizo el emperador Francisco José a Badén. Iban a representar para él una de las obras basadas en el *Fausto* de Goethe y, cuando uno de los cortesanos del emperador llevó a su hijita detrás del escenario del teatro, ésta vio a un actor vestido como el Papa y le pidió su bendición.

—Y ¿se la dio? —preguntó Mary Hogan, curiosa.

Mendel movió la cabeza.

—El hombre le explicó que no era más que un papa de pacotilla y, cuando hubo comprendido, la niña dijo: «Entonces, déle su bendición a mi muñeca». Del mismo modo, yo no puedo bendecir a este joven, hija mía, pero sí puedo bendecirte a ti.

Sus dedos dibujaron una cruz en el aire, y musitó una frase en latín. La muchacha se arrodilló. Cuando hubo terminado, ambos subieron a la cinta que iba a llevarlos a la siguiente sala hemisférica y la oscuridad del tubo se cerró en torno a ellos.

—¿Por qué te ha bendecido a ti —quiso saber Joe— y a mí no?

—Tal vez tú te has mostrado demasiado sincero. —Él sintió cómo los dedos de la muchacha tocaban su mano—. Pero ha sido muy bonito.

Podía sentirla a su lado en la oscuridad. Inesperadamente, de manera abrumadora, se hizo en él la certidumbre de que ambos habían esperado así antes, de que la sensación que ahora experimentaba le era conocida a través de innumerables repeticiones. Intentó recordar cuándo había podido ocurrir esto y si había conocido a esta muchacha antes de encontrarse con Bonnie o antes de que se casaran y él cortara sus contactos con otras mujeres. Pero no le vino ningún recuerdo de ella y se encontró con que la rememoración se veía en cambio empujada hacia atrás, hacia un lugar que casi había olvidado: el apartamento de alquiler en el que había vivido con sus padres cuando era niño.

Sólo había en él un dormitorio, con la cama doble a un lado y la de él, con los altos barrotes de madera, al otro. Por la ventana podía verse el letrero eléctrico encendido de color azul, luego amarillo, luego azul, y luego la oscuridad. Ahora, en la oscuridad, se veía a sí mismo esperando de nuevo la luz azul y también el luminoso chisporroteo que se producía cuando su madre chupaba del cigarrillo, igual que en aquellas noches en que despertaba y la encontraba esperando a que su padre regresara a casa. En lugar de ello, relució ante ambos una luz blanca, la iluminación de la siguiente cámara que brotaba a la vida.

—Me pregunto que será ésta —dijo la muchacha, pero él no contestó. Buscaba al hombre al que había vislumbrado en la cámara de abajo, seguro de algún modo de que iba a estar aquí. Y estaba aquí, pero permaneció oculto hasta que estuvieron casi a punto de bajar de la cinta.

Esta exhibición parecía más pequeña que las otras, quizá por estar muy concurrida. En torno a las patas atenuadas de una jirafa cacareaban y graznaban las aves de corral. Enormes escarabajos trepaban por las paredes, resbalaban y caían al suelo, donde se retorcían y luchaban hasta poder darse la vuelta y subir de nuevo.

Entonces, en el otro extremo de la cámara, atisbando desde detrás de un enorme armario estilo Imperio de nogal aceitado que se alzaba en medio de los animales en su grandeza napoleónica, Joe vio los ojos del hombre. Éstos lo miraron fijamente por un instante. La impresión que recibió fue de una insondable maldad. Luego, los ojos desaparecieron. Una

figura salió corriendo como una flecha, encorvada como uno de los escarabajos, desde detrás del armario y desapareció en la oscuridad de la salida siguiente.

Joe profirió un grito y, bajando de un salto del extremo de la cinta, muy inclinada, se abrió paso por entre aquellas bestezuelas inmatereales que pululaban a sus pies; pero, al llegar al centro de la sala, las puertas del armario se abrieron de golpe como las puertecitas de un juguete de Navidad y un hombre con los ojos vendados le obstruyó el paso. Chocaron y cayeron estrepitosamente al flexible suelo de plástico.

Cuando se hubo puesto en pie, supo que era demasiado tarde. Con la ayuda de la muchacha levantó al robot sin dejar de preguntarse, muy vagamente, como habría podido meditar acerca de una historia de la última página de un periódico, si el esfuerzo que acababa de realizar podría matarlo. Sentía cómo martilleaba su corazón, igual que si estuvieran aporreándolo desde el interior del pecho.

—*Bon soir* —dijo el Tobot ciego—. Soy Jean Baptiste Fierre Antoine de Monet, caballero de Lamarck. —Hizo una cortés reverencia.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó la chica de pronto.

Señalaba, y Joe vio que a Lamarck le faltaba la mano derecha. Ésta parecía haber sido arrancada o cortada con un hacha: la carne de plastisol estaba lacerada en torno a la amputación y del muñón colgaban cables con códigos de color, azul y amarillo.

—Me temo, *mademoiselle* —musitó Lamarck— que debe de haber un vándalo en nuestro complejo. —Parecía avergonzarse de la herida que con tanta claridad revelaba su condición, y bruscamente se llevó el miembro herido a la espalda.

—Sí, casi lo he atrapado —respondió Joe—. Si usted no hubiera saltado de ese enorme armario en ese momento, lo habría cogido. Dígame, ¿qué hacía usted ahí dentro?

—Es un armario de servicio —explicó Lamarck—. Hay uno en cada átomo, equipado para realizar un mantenimiento rutinario del guía que tiene asignado y también efectuar pequeñas reparaciones. Cuando el vándalo me ha soltado me he metido ahí con la esperanza de que me arreglaran la mano; pero luego los he oído a ustedes tres venir y he pensado que conservaba la suficiente capacidad de funcionamiento como para realizar mi tarea y que, por lo tanto, debía cumplirla.

Un ave alta y de andar torpe, inmaterial como la niebla, atravesó volando su cuerpo en tanto él hablaba, las zancudas patas arrastrando tras ella.

—¿A nosotros tres?

Sobresaltado, Joe miró atrás al tubo por el que habían entrado él y Mary Hogan. Cerca del extremo de la cinta había una segunda muchacha. Era ésta más alta que Mary, pero parecía aún más joven y juguetonamente insegura. Al igual que la de Mary, su falda terminaba muy por encima de las rodillas; pero por debajo del sombrero ajustado asomaba el cabello rubio y corto, y llevaba un bolso de cuentas con una larga correa. Lo balanceaba, nerviosa, mientras miraba a los tres.

—Venga —dijo Mary haciéndole una seña—. Únase a la fiesta. No vamos a decepcionarla.

—Les he oído hablar de alguien que ha hecho algún estropicio aquí dentro. —La voz de la recién llegada sonaba aguda y falta de naturalidad—. Y quería que supieran que no he sido yo.

—Sabemos quién ha sido —dijo Joe, enfurruñado—. Es un hombre y va delante de nosotros, no detrás. Yo no voy a quedarme aquí a contemplar la exhibición. Voy a seguir adelante a ver si lo cazo.

Se le antojó a Joe que esta idea se había formado en su mente mientras hablaba, pero, una vez formada y articulada, sintió que poseía la fuerza de la ley divina. Se veía a sí mismo agonizando, el clavo bloqueando la actividad de su corazón en el preciso instante en que el fugitivo al que había visto aparecer surgido de detrás del armario de Lamarck ponía en funcionamiento una sencilla y horrible trampa que dejaba su cuerpo mutilado; y no le importaba.

—¡Espere! —El robot ciego lo cogió por el brazo con su única mano—. Si no ve las cosas que hay aquí (si no escucha lo que yo tengo que contarles acerca de ellas) no sabrá lo más importante de todo.

—Creo que debe ir. —Era la voz de la muchacha, aguda e insistente.

—Yo también lo creo —añadió Mary Hogan—. Cualquiera sabe qué daños puede ocasionar esa cosa suelta por ahí arriba.

—Se lo preguntaré al ordenador jefe. —El rostro ciego de Lamarck no miraba a nadie en particular—. *Monsieur*, cuando no está presente ninguno de los programadores, el ordenador jefe es la autoridad máxima. ¿Se atenderá usted a la decisión del ordenador maestro?

La muchacha del bolso de cuentas dijo:

—Es la unidad que controla toda La Cosa, toda, todas las exhibiciones.

Joe quería zafarse. Habría podido conseguirlo con facilidad —los diminutos servomotores que gobernaban la actividad de los robots sólo eran potentes en las películas de horror de la televisión—, pero comprobó que le era imposible. Lo retenían el rostro envejecido de Lamarck, aunque él sabía que se trataba de una máscara de plastisol, sus ojos sin visión y aquel aire intangible de genio derrotado.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Haré lo que mande el ordenador. ¿Qué hay que hacer para consultarlo?

—Puedo ponerme en contacto con él desde el armario de servicio, *monsieur*. —Lamarck le soltó el brazo y dio media vuelta con misteriosa precisión hasta quedar de cara al armario Imperio. Las dos muchachas lo observaban inexpresivamente. En cuanto las puertas se hubieron cerrado, Joe partió de un salto hacia la salida que llevaba al siguiente átomo.

Esta vez no esperó a que la cinta lo transportara, sino que subió por ella a trompicones. El golpeteo inseguro que oía detrás de él, de zapatos de tacón alto, le decía que al menos una de las dos muchachas venía detrás.

El átomo en el que irrumpió contenía a Charles Darwin, pero el gran científico yacía volcado en el suelo y su abdomen era una masa de elementos de circuito destrozados que un galápagos parecía contemplar fríamente desde cerca. Polillas grandes como cisnes cubrían todas las paredes, las alas rígidas y extendidas formando un increíble dibujo de color iridiscente.

Estaba inclinado sobre el Darwin inerte cuando algo pasó silbando junto a su cabeza. Lo oyó golpear la pared que tenía detrás y caer con un ruido metálico al suelo cuando levantó la mirada.

El vándalo ya no se ocultaba. Estaba de pie junto a un modelo a escala del *H.M.S. Beagle*, la mano izquierda aferrando un manojo de delgadas varas con el extremo dentado y amenazador. El brazo derecho estaba echado hacia atrás como si fuera a arrojar una lanza y, mientras Joe observaba, la arrojó; Joe apenas tuvo tiempo de hacerse bruscamente a un lado al tiempo que la vara dentada volaba hacia él. Con un ruido sólido y sordo, se clavó en el pecho de Darwin.

La arrancó mientras se erguía, preparado para esquivar el siguiente proyectil. Éste venía directamente hacia su cara. Cuando se agachaba, el vándalo subió de un salto a la cinta que iba a llevarlo hasta el siguiente átomo.

Este átomo estaba vacío un momento después de la llegada de Joe, pero una vara de metal le rozó la camisa cuando saltaba de la cinta y veía a su presa desaparecer en el siguiente tubo.

Después de esto perdió la cuenta de los átomos por los que iban pasando, y no paraba ya mientes en las exhibiciones que éstos contenían ni en si estaban enteros o no.

La estructura de La Cosa era compleja y la mayoría de los átomos poseían varios tubos radiantes, por lo que la figura que Joe perseguía podía fácilmente haberlo despistado. Pero no parecía que fuera ésta su intención; cuando Joe estuvo demasiado fatigado como para seguir trepando por las empujadas cintas que los llevaban cada vez más alto, comprobó que no perdía terreno en la persecución. Siempre, al término de cada tubo, vislumbraba al hombre corriendo hacia la siguiente cinta. Y escogía siempre la cinta que iba a llevarlos más arriba.

Pero, a medida que proseguía la persecución, Joe fue dándose cuenta de que también a él lo seguían. Detrás de él, el sonido de las pisadas de las dos muchachas fue en aumento hasta convertirse en el bramido de un gentío, un vocerío alto y rápido.

Llegaron por fin a un átomo que carecía de suelo y desde el cual no salía ninguna cinta, un globo vacío de fibra de vidrio con enormes orificios a los lados. El hombre al que iba siguiendo lo esperaba con una vara de metal levantada junto al más bajo de los agujeros, y más allá sólo había el cielo azul y las nubes. Detrás de él resonaba el clamor apresurado de un centenar de mujeres.

—Adelante —gritó—. ¿Qué vas a hacer? ¿Saltar?

La figura recortada contra el cielo se limitó a mirarlo fijamente, con aire vacío.

Muy erguido, Joe avanzó por el interior curvo de la esfera que llevaba al fondo nivelado, y luego subió lentamente hasta que el hombre al que había seguido miles de metros por el aire y él estuvieron a sólo unos metros de distancia. La vara metálica en forma de lanza seguía apuntando; pero las comisuras de la boca del hombre bajaban cada vez más, a cada paso que él daba, hasta que la piel amarillenta pareció estar a punto de romperse bajo la tensión y la

boca se abrió mostrando unos dientes blancos y perfectos.

De pronto, con un gesto casi casual, la vara de metal salió despedida al vacío. Joe se precipitó con el hombro por delante, golpeó al hombre y lo apartó del borde.

Al producirse este contacto la resistencia del hombre volvió a la vida, y durante unos segundos luchó denodadamente. Tenía todavía en la mano izquierda cuatro o cinco varillas de metal similares a la que había arrojado; pero Joe le arrancó una de un tirón y se la puso en la garganta. La pelea se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó alguien detrás de él—. ¿Qué son esas cosas?

## VI

Vio por el rabillo del ojo a la muchacha que decía llamarse Mary Hogan. Detrás de ella venía la chica del bolso de cuentas; siguió mirando y vio a una tercera muchacha, ésta vestida con una falda que le llegaba a los tobillos. Y detrás de ella iban llegando más mujeres; unas se apeaban de la cinta saltando ágilmente y otras vacilando con torpeza.

Muchas eran jóvenes, y algunas bonitas, incluso hermosas, pero otras no eran ninguna de estas dos cosas; las había incluso monstruosamente gordas. Algunas iban vestidas de seda, pero la mayoría llevaban ropas sencillas, poco más que harapos.

—¿Qué son esas cosas? —repitió Mary Hogan. Estaba ahora junto a su hombro—. ¿Qué va usted a hacer?

—Barras de construcción de acero que este hombre ha arrancado de alguna parte —contestó Joe—. Y voy a matarlo con ésta, lo voy a rajar de arriba abajo. ¿Quiere verlo?

—Presionó con el extremo dentado del pedazo que tenía en la mano contra la garganta del otro.

—¡No!

Joe miró fijamente el rostro impasible del hombre que tenía debajo y apretó aún más con la vara de metal; el rostro se contorsionó bajo la presión, hasta que de él brotó la inquina como si fuera calor desde lo alto de un crisol abierto. La muchacha de la falda larga se arrodilló a su lado.

—¿No sabes quién es éste? —preguntó. No era guapa, pero sí atractiva y de aspecto agradable.

—Es un robot. —La voz de Joe sonaba resuelta, aunque tenía que boquear para poder respirar en el aire tenue—. Nada más que un robot de mala muerte, uno más; un robot con mi misma cara. Voy a destrozarlo.

—No estaba segura de que supieras quién era —musitó la muchacha.

—¿Crees que no reconozco mi propio rostro? Lo que me gustaría saber es qué broma pesada es esta que se está desarrollando aquí.

—Creo que yo puedo decírtelo —intervino Mary Hogan; se agachó junto a la muchacha delgada y le apartó la larga cabellera de la cara—. Se trata de quiénes somos, todas. ¿Todavía no lo has adivinado?

—Sois robots también —respondió Joe con amargura—. Por eso el robot que dice ser un sacerdote te ha bendecido a ti y no a mí. Tú no eres más real que esta cosa.

—Somos más... yo soy más que eso. ¿Todavía no sabes quién soy? —Joe profirió algo inaudible—. No te he oído. —La muchacha se acercó más mientras las otras mujeres se congregaban a su alrededor.

—Supongo que deberías ser mi madre; mi madre, tal como era cuando yo nací. Mi verdadera madre vive todavía y está en Brooklyn.

—Así es cómo yo era cuando fuiste concebido —dijo la muchacha—. Es en el momento de la concepción cuando se transmite la herencia.

Joe asintió.

—Lo he sabido en cuanto me he puesto a pensar. Esa ropa que llevas, la falda y la blusa: minifalda y estampado op-art, eso es del sesenta y siete o sesenta y ocho. Yo tengo veinticuatro años, así que todo encaja; y supongo que la chica del bolso es tu madre, y ésta —miró a la mujer arrodillada de la falda larga— es su madre.

Mary Hogan asintió con la cabeza.

—Tu abuela y tu bisabuela, eso es; es de tus células de donde los transductores han sacado los esquemas. Se creía antes que sólo la herencia de los padres podía transmitirse, pero hemos descubierto recientemente que Lamarck tenía razón en algunos sentidos: todo rasgo, tal

como existe en el momento de la concepción, es en cierta medida transmitido a la nueva generación. Esto es lo que él tenía que explicarte en su átomo.

—Pero tú eres en realidad un robot —insistió Joe, obstinado.

—Físicamente, sí, pero mentalmente, espiritualmente si quieres, soy una réplica de la muchacha que se convirtió en tu madre. Mañana seré otra persona. —Había tristeza en su voz.

—¿Cambias?

—Sí; tal es el objetivo de todo este complejo. Aquí somos unas cien, y constituimos lo que podríamos llamar una compañía de repertorio. A medida que los visitantes entran, el ordenador jefe lee un componente de la herencia genética de un individuo elegido al azar y programa entonces a una de nosotras como antepasada de esa persona.

—Pero ¿una tras otra? —Joe miraba a las mujeres congregadas—. ¿Generación tras generación? ¿A partir de la misma persona?

La muchacha de la falda larga dijo:

—La intención no era que funcionara así. Pero se instaló una secuencia de programa automática que exige de nosotras un rendimiento al máximo. Si hubiera entrado todo un grupo de visitantes, cada una de nosotras habría sido asignada a una persona distinta, pero como sólo has entrado tú en el complejo...

—Me leían cada vez que pasaba por un bicho de éstos, y los hay en todos los tubos. Ya entiendo, pero... ¿y él?

—El ha sido el primero, en realidad —dijo con tristeza la muchacha del bolso de cuentas—. Pero algo se ha trastocado...

—¿Sí? ¿Qué es lo que se ha trastocado? ¿Qué pinta él aquí?

Las otras muchachas miraron a Mary Hogan.

—Tú tienes un deseo de muerte. ¿No te das cuenta, J9e?

El sacudió la cabeza.

—Tengo más ganas que nadie de vivir.

—Conscientemente sí, pero no en tu inconsciente. Nadie que no deseara morir fabricaría esa historia de negarse a una operación por su esposa.

—¿Cómo sabes tú...?

—He estado contenida en tu cuerpo durante toda tu vida. Hay un traspaso de información... ¿No recuerdas que conocía tu nombre cuando nos hemos encontrado? En la medida en que soy tu madre (y no sabes hasta qué punto lo soy, mientras no cambien mi programa), este traspaso es cuanto me mantiene cuerda. Sin él, me encontraría aquí de repente sin explicación.

Joe miró al hombre aprisionado bajo la varilla de metal.

—¿Y por eso sabes también de él?

—En parte; el resto puedo adivinarlo. Sabemos desde hace mucho tiempo que el deseo de morir de una persona puede de hecho producir su muerte, y para ello debe provocar un cambio en ciertas estructuras celulares. De algún modo, la primera vez que los transductores han intentado leer tu ADN han sacado esto. El ordenador jefe ha corregido el posible error en posteriores lecturas rechazando automáticamente todas las matrices de datos masculinos, pero no podía hacer nada en relación con ésta, que estaba ya programada. Él es tu esperanza personal de muerte personificada.

Joe apretó los dientes.

—Va a tener lo que desea; porque voy a matarlo.

—Yo de ti no lo haría.

—Y ¿por qué no?

—Tu deseo de muerte es en este momento muy intenso. Yo sólo puedo adivinar lo que la destrucción de una imagen de ti mismo va a provocar en ella. Estás utilizando esa cosa de metal para retenerlo; mira tu propio pecho.

Miró. El extremo opuesto de la varilla de acero era tan afilado como aquél con el que amenazaba a su doble. Había rasgado su camisa y arañado su pecho hasta dejarlo cubierto de su sangre. Se quedó mirándolo fijamente un largo instante.

## VII

Lo hallaron sentado delante de La Cosa, esperándolos.

—¡Mira! —gritó Chuck—. ¿No te he dicho que estaría aquí? Es demasiado inteligente como para cansarse paseando con nosotros por el recinto.

En la sala del padre Mendel pudo estar con Bonnie a solas el tiempo suficiente como para explicarle que había decidido hacerse extraer finalmente el clavo y que había llamado yo al doctor desde el Howard Johnson's mientras esperaba. Cuando ella le preguntó si no tenía miedo él negó con la cabeza, recordando de pronto que ella estaba embarazada.

## Nuestro vecino por David Copperfield

Después de que algunos bosquejos míos fueran recibidos con un asomo de aprobación por parte del público, mi buen amigo el editor me ha pedido —a beneficio del influyente grupo antes nombrado— que le ponga a éste un preámbulo con una explicación de los medios por los que las circunstancias concomitantes aquí narradas llegaron a mi atención; algo que yo no me atrevería a hacer de no ser así, ya que la narración es de carácter tan vulgar que sólo la petición de mi estimado amigo ha podido darme el valor necesario para castigar con ella a mis lectores.

Estoy casado desde hace poco tiempo y vivo con mi querida esposa Dora y una sola criada en una hermosa casita. Ésta da a una también hermosa calle; y al otro lado de la hermosa calle se alza otra hermosa casa, no tan bonita como la nuestra, tal vez, pero sí algo más grande. Como quizá sepan algunos de mis indulgentes lectores, me dedico a informar de los debates del Parlamento para un periódico de la mañana; pero, cuando no me dedico a registrar predicciones que nunca se hacen realidad, promesas que jamás se cumplen y explicaciones destinadas tan sólo a confundir, me ocupo de historias propias, cosas menos falsas y mucho más inocentes que aquellas de las que debo dar constancia como realidades. Mi mesa de despacho está en la salita, y la luz de la ventana con divisiones hace que la escritura sea fácil y agradable. Esta misma ventana me proporciona una excelente vista de nuestra calle —cuando me tomo la molestia de utilizarla— y de todos los carruajes y carros, y viandantes a pie o a caballo.

Semejante ventana presenta peligros, en especial para alguien como yo, cuyo trabajo consiste en hacer garabatos contando las cosas que hacen los seres humanos. ¿Se necesita un personaje?: pues bien, pronto pasará uno adecuado... Luego llega la hora del té, y con ella Dora y su perro *Jip* y además una hora y media de conversación. Estaba yo precisamente hundido en este tipo de dificultad, mordiendo mi pluma y mirando por la ventana al tiempo que me preguntaba —sin atreverme a mirar mi reloj— si no sería ya hora de que llegaran mis dos visitantes de la tarde, cuando observé a un tipo joven, delgado y desastrado apoyado contra mi verja y mirando fijamente —así me lo pareció— al tráfico de la calle con mucho más interés que yo mismo.

Naturalmente, esto puso fin a mi observación de los transeúntes. A partir de ese momento, y durante casi una hora, estuve observándolo a él y a aquellos que por casualidad pasaban ante él. Cuando mi estimada Dora hubo entrado con su pequeña tetera azul de porcelana de Delft en su bandeja, y también las galletas y el pan untado de pasta de pescado y mantequilla, yo había llegado ya a la convicción de que el tipo no tenía el menor interés por los carreteros y buhoneros y vendedores ambulantes de frutas y verduras y mozos de cuerda que deambulaban por nuestra calle, aun cuando estas gentes me resultaban a mí fascinantes. Estaba mirando, lo supe con certeza, la casa de enfrente; y se mostraba muy irritado cuando una carga de viejos muebles o uno de esos útiles pero tan curiosamente bautizados vehículos llamados cabriolés le bloqueaba la vista de la casa.

La cuestión tenía ahora un cariz más serio. Yo no tenía la menor idea de quién podía ser nuestro vecino, ni ganas de saberlo. Pero, debido a nuestra reciente vecindad, me sentía en cierto modo responsable. En un exceso de buen ánimo, supuse que el vigilante debía de estar aquí enviado por algún siniestro enemigo para espiar a mi vecino, o tal vez tuviera intención de robar en la casa. Así pues, en cuanto mi querida Dora se hubo marchado, dejando —como tiene por costumbre— tras de sí lo que quedaba del té, salí al exterior, puse con firmeza la mano sobre el hombro del tipo y lo invité a entrar.

Me acompañó de buena gana, y parecía divertido más que desconcertado.

—Señor —dije yo—, debe decirme cuál es su nombre. Es imprescindible.

—Tom Tipping —dijo él al tiempo que me tendía también la mano. Era una mano grande y bastante blanda, pero lucía en el dedo índice ese pequeño callo que delata a quienes sostienen una pluma noche y día. Yo conozco muy bien ese callo, que poseo también.

—Es usted oficinista —dije.



—De Lincolns Inn —respondió.

Y ahora, querido lector, ya va siendo hora de que salude y me salga de esta historia, en la que llevo demasiado rato estorbando. Baste decir que mi visitante era alto y delgado y no tendría más de veintitrés años; que lucía manchas de tinta en el chaleco y una cara redonda y sonriente; y que, si bien yo lo consideré libre de culpa cuando me hubo explicado la razón de su interés por mi vecino, regresó luego para compartir un té de última hora con Dora y conmigo y narrar sus aventuras.

He aludido ya al empleo de Tom. Era pasante de una firma de abogados. No voy a mencionarlo otra vez o, al menos, no más de lo que sea imprescindible. Baste decir que ese empleo representaba largas horas de trabajo tedioso y le proporcionaba sólo dinero suficiente para el mantenimiento de lo que él daba en llamar un apartamento en un cochambroso edificio situado cerca de Oldham Stairs. Fue allí adonde se dirigía cuando finalmente me dejó. Encontró a una andrajosa anciana esperándolo, y la invitó a entrar.

—Muy amable por su parte, maestro Thomas —dijo ella cuando se hubo aposentado en la silla que ocupaba el segundo lugar en el orden de predilección de Tom—. Por una pobre vieja como yo, no muchas personas jóvenes harían eso. ¿Cree usted que estoy loca? Admito que a veces tengo sospechas... y sí que me inquietan lo mío, en especial cuando me acuesto. Porque, ¿cómo puede un ser vivo maquinarse semejante cosa?

—No puede usted estar más cuerda —dijo Tom, no muy seguro—, y lo estará hasta el día en que se muera.

—¿Se ha enterado de algo?

Tom negó con la cabeza.

—Otro día perdido, entonces. ¿No ha entrado nadie en la casa?

—Cuatro visitas —contestó Tom. Tom llevaba una larga chaqueta ajustada de color rapé y se la iba desabrochando al tiempo que hablaba—. Una mujer pobre con un niño, un comerciante de la ciudad y un caballero de profesión abogado... se llama Brass, lo sé porque a veces viene a nuestras oficinas.

—¿Le ha podido preguntar qué hacía allí? —inquirió la vieja con ansia.

Tom movió la cabeza.

—Dudo de que me dirigiera la palabra en la calle.

—¿Es rico?

—Muy rico. —Las mejillas redondas de Tom, coloradas por el frío de la calle, parecieron enrojecer aún más. Se sentó delante de la mujer y se inclinó hacia ella, frotándose las manos—. Las leyes dan dinero, señora Nedels. Muchísimo. Sí, hay casos que se prolongan durante cincuenta años. ¡Cien años!

—Lo sé, maestro Tom.

—Uno o dos casos buenos: eso es lo que hace falta una vez se es abogado. Quizá me vea usted todavía yendo en mi propio carruaje.

—Lo espero y ruego por ello. Maestro Thomas, opino que debemos interrogar a algunos de ellos.

—A los pobres, querrá decir usted —respondió Tom—. Sería una acción temeraria, señora Nedels.

Fuera, la luz había casi desaparecido ya; pero el último resplandor daba de lleno sobre las manos de la vieja, que jugaba con su falda.

—No podemos preguntar a los ricos, maestro Thomas; me da la impresión de que éstos ni siquiera se dicen la verdad entre ellos. Pienso en el tiempo que ha dedicado usted a esto, y sin ningún resultado.

—¿Nos cuenta Jenny todo lo ocurrido mientras estuvo allí?

—Yo creo que sí—contestó la vieja—. No es una chica sincera; lo sé precisamente porque soy su madre. Pero creo que sí ha sido sincera en este caso. Y no bebió una gota, lo juro, en quince días después de dejar esa casa. Ahora ha vuelto a las andadas, pero esos quince días fueron los más felices de mi vida. Ni tocarlo, y decía que no lo deseaba, no sabía por qué. ¿Y él? Los criados ni siquiera me dejan hablar con él. Yo cogí lo que teníamos y compré flores... Oh, todo esto ya se lo he contado.

La mujer empezó a moverse adelante y atrás en la silla, presa de una excitación que resultaba extraña en una persona tan vieja y gastada.

—Es igual —aseguró Tom.

—No sabe usted lo que es tener que dedicarse a cuidar de una hija por la noche, esperando encontrarla dormida debajo de un banco en alguna bodega, y que sólo sea eso... No lo sabe usted, maestro Thomas. El mayordomo ni siquiera me permitió entrar con ellas en la casa; me

refiero a las flores. Eran margaritas, más que nada; se las compré a un amigo en el mercado del Covent Carden. Me las cogió de la mano. —La vieja suspiró—. Pero ahora me voy y le dejo a usted dormir. Debe de estar cansado, después de pasarse el día vigilando. Pero ¿por qué no sigue a una de las pobres la próxima vez y le pregunta? ¿Lo hará?

—Si se presenta la ocasión —contestó Tom.

Se levantó para abrirle la puerta a la anciana.

Cuando ésta se hubo marchado, sacó una oxidada caja de cerillas del bolsillo del chaleco y encendió una para prender la única lámpara que había en la estancia. Ante él, sobre la mesa, yacía abierto un libro de derecho; como cena, se aplicó a él y a una pipa de tabaco.

Durante tres días, el trabajo mantuvo la mirada de Tom alejada de la puerta de mi vecino. Pero al cuarto día estaba allí de nuevo, apoyado en el poste de mi verja. El invierno se estaba afirmando, el cielo era más oscuro y la temperatura más fría. Pasó más de una hora sin que su estoicismo se viera recompensado; y entonces, como una lluvia de oro, llegaron los ricos. Cuatro carruajes, uno tras otro, pararon frente a la puerta que había sido objeto de su fiel investigación. Se puso a llover, una de esas finas y frías lluvias de otoño que tenemos en nuestro país. Llamó a mi puerta confiando en poder guarecerse —esto nos diría más tarde— pero Dora y yo habíamos ido de visita y Mary Anne, nuestra sirvienta, no quiso dejarle entrar. Mary Anne informaría más tarde que el hombre había dicho algo acerca de un pobre que venía; ella pensó que se refería a sí mismo, pero yo sabía ya a esas alturas lo suficiente del misterio en el que Tom se veía envuelto como para comprender que se refería a la persona a la que esperaba ver admitida a la casa de mi vecino junto con los ricos visitantes.

Ocurrió que Tom abandonaba justamente mi casa cuando fue abordado en persona por mi vecino. Nunca hasta ahora había visto él al hombre, pero conocía su nombre —era el doctor McApple— por la información que había sonsacado de los comerciantes; y su aspecto por el testimonio de la hija de la señora Nedels, Jenny: un hombre viejo, alto y de rostro afilado, con las mejillas hundidas y unos ojos negros y penetrantes. Llevaba un magnífico sombrero, dijo Tom, pero cubierto por un pedazo de hule para protegerlo de la lluvia; parecía, así, una dama de compañía española en una obra de teatro.

—¡Señor! —gritó el tal doctor McApple como si Tom estuviera a cien metros de distancia en lugar de a unos pasos—. Señor, ¿que hace usted aquí?

—Verá —respondió Tom, creyéndose descubierto—, he venido a ver a mi conocido el señor Copperfield, pero veo que no está en casa.

—¿De veras? —El doctor McApple dio un paso atrás y pareció examinar al desdichado pasante como si tuviera la intención de comprarlo—. ¿Puedo preguntar a qué dedica usted su tiempo, señor, y dónde habita?

—Ya le he dicho —dijo Tom después de haberse recuperado un tanto de la conmoción inicial de creerse descubierto— a qué dedico mi tiempo en este momento. Habito en el número 27 de Perry Lane, cerca de Oldham Stairs; puede preguntar por mí allí. —Y dicho esto, se volvió dispuesto a marcharse.

—¡Espere! —gritó el viejo—. Usted mismo me vendría bien... señor, ¿querría buscarme a un pobre? Le pagaré una libra... es decir —añadió apresuradamente—, diez chelines para usted y diez para él.

El primer impulso de Tom fue el de aceptar la oferta; pero reflexionó y pensó que una aceptación tan rápida tal vez despertara las sospechas del doctor escocés.

—Soy un caballero, señor—dijo—, y los caballeros no actúan por chelines. Si desea que haga lo que me pide, habrá de ser por una guinea. Pero, si sus intenciones son filantrópicas, explíquemelas. Y entonces, si estoy de acuerdo con ellas, colaboraré con usted por nada.

—Amigo mío —respondió el doctor McApple—, mis intenciones no pueden ser más filantrópicas, pero no puedo explicárselas a usted.

—¿Cómo? —exclamó Tom—. ¿Acaso hay que ocultar la caridad?

—A veces, sí. Dice usted que me traerá a un pobre por una guinea. No es un precio justo, pero tengo que aceptar; yo debía recibir la visita de un mendigo, pero parece que ha sido detenido y mi criado, quien se ocupa de estos menesteres, está de fiesta. No puedo dejar solos a mis invitados ni exponerme a que me vean traer a alguien así hasta mi casa, por lo que debo pedirle ayuda a usted. Una mujer servirá lo mismo que un hombre, pero no más. Tráigame a quien quiera, pero en todo caso ha de estar sobrio o casi sobrio, y que no sea un lunático. Y pobre, ¿comprende? Va a cenar bien en mi casa, puede usted decírselo. Pero hágalo con rapidez; no tiene más de una hora, y, señor, sería mejor para todos que la cosa se solucionara en menos tiempo.

Tom asintió y se puso en camino bajo la lluvia. Lo primero que se le ocurrió fue ir a buscar

a la misma señora Nedels, aunque no estaba ni mucho menos seguro de encontrarla y poder estar de vuelta con ella antes de una hora. Había andado unas pocas manzanas, sin embargo, cuando vio precisamente a la persona que parecía necesitar el doctor McApple. Era un hombre alto, pero bastante encorvado, y con su chaqueta cubría lo que parecía ser una gran caja que pendía de su cuello de una correa, mientras la camisa empapada, pegada a su cuerpo, dejaba ver las costillas, tan claras y descarnadas como las estacas de una valla. Tom se acercó a él, y el rostro del pobre hombre se iluminó por un instante al verlo.

—¿Pájaros, señor? —dijo—. ¿Desea comprar un pájaro, joven? Cantará en su habitación aunque esté tan oscura como esta noche. Es un estupendo regalo para una muchacha.

—¿Pájaros? —preguntó Tom, sin acabar de comprender al principio a qué se refería el hombre.

—¡Reyezuelos! —respondió el pajarero—. Y también petirrojos y alondras. Usted señáleme el que le gusta y yo lo saco en un abrir y cerrar de ojos. —Apartó la chaqueta de la caja que llevaba al cuello y Tom pudo ver en efecto dentro de ella ocho o diez pájaros de diversos tipos, temblorosos, con el plumaje encrespado y demasiado cansados y desalentados para revolotear—. Tengo un cestito trenzado en el que podrá llevarse al mochuelo a casa —prosiguió el hombre sin chaqueta—, pero necesitará una jaula para cuando llegue allí.

—No quiero ningún pájaro... —empezó a decir Tom.

—Como quiera, señor. Tal vez otro día.

—Pero sí puedo hacerte ganar diez chelines con gran facilidad. Es lo que valen cinco de tus pájaros, digo yo.

—Verá, señor —dijo el pajarero—, lo normal (si entiende usted lo que quiero decir) es que me den tres por ellos. Sin embargo, teniendo en cuenta que llueve y todo eso, me conformaría con dos. Pero eso sólo por ser usted, señor, como favor.

—Pero preferirías que fueran diez, ¿o no? Ven conmigo y tendrás una buena cena gratis, además.

Tom se encaminó en la dirección de la casa del doctor McApple mientras el pajarero iba tras él, cojeando.

—Dígame, señor, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Ningún trabajo pesado, te lo prometo.

—Ah, eso está bien. Tengo una pata de palo, señor, y no podría. Lo haría si pudiera, se lo digo de verdad.

—Pareces desenvolverte bastante bien —dijo Tom.

—No tan mal como se podría creer, si tenemos en cuenta que me falta la pierna justo desde debajo de la cadera —respondió el pajarero. Después de esta observación filosófica, permaneció callado. Y, como fuera que Tom no deseaba animarlo a que hiciera más preguntas, también él permaneció en silencio.

Le resultó extraño a Tom llamar a la puerta que durante tanto tiempo había vigilado. Pero estaba ansioso por escapar de la lluvia y aporreó la puerta con fuerza. El pajarero permanecía a un paso detrás de él, con la mano en la gorra —dijo Tom— y aspecto dubitativo. El doctor McApple en persona abrió la puerta, y no prestó la menor atención a Tom pero sí, y mucha, al pajarero, cuya mano estrechó con fervor y a quien encaminó a la cocina al tiempo que declaraba que el cocinero tenía una comida esperándolo.

Cuando el pajarero se hubo ido, el viejo se volvió hacia Tom.

—Tenemos una deuda pendiente, señor —dijo—, que voy a saldar ahora mismo. —(Al tiempo que entregaba a Tom dos medios soberanos y un chelín)—. Después de lo cual, debo pedirle que se vaya.

—Gracias, señor —respondió Tom cogiendo el dinero.

Entonces, viendo alejarse al doctor McApple mientras su mano estaba todavía sobre el pomo de la puerta, hizo como que la abría y cerraba y —con una suavidad y silencio excesivo, dice— se metió detrás del perchero del vestíbulo.

Permaneció ahí durante cinco minutos sin oír nada y con un molesto cosquilleo en la nariz producido por un abrigo gris con el pelillo largo. Finalmente, se aventuró a echar un vistazo y vio que el doctor y sus invitados estaban reunidos en un salón que daba al vestíbulo. Se dirigió de puntillas hasta un lugar próximo a la entrada de esta estancia, desde donde podría oír cuanto se dijera.

—Es muy amable de su parte, caballeros, prestarse a ayudarme en mis investigaciones. —Era el doctor McApple.

—No, no. En absoluto. —Esto decían varias voces, y otra añadió:

—Está usted adquiriendo una destacada reputación como doctor. Un conocido mío de la ciudad, el señor Breedlove, dice que lo considera a usted como el único sucesor digno del

gran Franz Joseph Gall.

—Me parece excesivo —respondió el doctor—. Pero les doy las gracias sinceramente a los dos. Y ahora que han terminado ya con sus lecturas, me gustaría hacerles una demostración de una segunda ciencia: la del mesmerismo. —Se oyó un excitado rumor—. O, según lo llaman otros —prosiguió el doctor McApple—, el magnetismo animal. En el campo de la frenología tratamos con lo que me atrevo a llamar el más concreto de los fenómenos mentales: el mismo cráneo.

—Concreto; eso está bien —dijo una alegre voz—. No es de extrañar que nos llamen hombres de negocios de cabeza dura.

—Guarde silencio, Parsons, y deje hablar al doctor; a usted lo oiremos en otro momento.

—Como iba diciendo, nos ocupamos del cráneo en sí. Determinadas zonas del cerebro son responsables de aspectos mentales específicos, tales como el honor, la justicia, el juicio, la templanza, la fuerza de voluntad, etcétera. Palpando el cráneo podemos determinar el desarrollo de estas cualidades en el individuo examinado, igual que he hecho yo con ustedes, caballeros. Los elementos de la frenología están ya bien establecidos. Lo único que nos queda a los investigadores como yo es resolver conflictos aparentes, los casos en que nos encontramos con que la conducta de un hombre no se corresponde exactamente con lo que su cráneo dice que debería ser.

—Entonces, esa ciencia no está perfeccionada, si entiendo bien —dijo la alegre voz.

—No. Ocurre a veces que una combinación de otras cualidades puede servir para reprimir una que parecía estar muy desarrollada.

—Entiendo. Ha dicho usted que Waterford tiene buen carácter. Pero es muy posible que las protuberancias correspondientes a la porfía y a la más obcecada obstinación estén tan perfectamente desarrolladas que nadie se haya dado cuenta.

Durante medio minuto, sonó una carcajada general. Luego, el doctor dijo:

—Algo así, eso es.

Una nueva voz preguntó:

—Pero ¿y el mesmerismo? Creo que todos comprendemos bastante bien la frenología gracias a sus esfuerzos por explicarnos esa ciencia.

—Se halla en el polo opuesto —declaró el doctor McApple—, como ya les he indicado. Se dice que se basa en la manipulación magnética de éteres impalpables, e incluso esto es dudoso. Pero puede producir efectos sorprendentes, aunque a menudo sean breves. Ustedes, caballeros, han sido todos carne de cañón en una serie de experimentos, así que no les voy a pedir que se ofrezcan voluntarios para otro; en especial, teniendo en cuenta que los sujetos magnéticos rara vez recuerdan su experiencia después. Pero sí tengo en la cocina a un pobre desgraciado al que voy a examinar en presencia de ustedes, permitiéndoles, como pequeño pago por la paciencia que me han dispensado, ver de qué modo podemos utilizar el mesmerismo igual que hemos utilizado ya la frenología. Para calibrar las cualidades humanas.

Dejó de hablar el doctor y se oyó el repiqueteo de una campanilla. Entonces, adivinando correctamente que se trataba de la señal al cocinero para que hiciera venir al pajarero al salón, Tom se apresuró a ocultarse de nuevo detrás del perchero. A los pocos segundos oyó unos pasos: el ruido sordo de la pata de palo del pajarero y el sólido pisar de otra persona. Cuando el pajarero hubo entrado en el salón y los pasos del cocinero hubieron desandado el camino recorrido antes, Tom salió de nuevo subrepticamente y se apostó una vez más junto a la puerta del salón.

Uno de los visitantes decía:

—¿Cómo puede estar seguro de que el trance es total?

—Observen.

Por un momento, como diría Tom más tarde, la estancia quedó en silencio como una iglesia. Se oyó a continuación una exclamación colectiva de asombro y alguien preguntó:

—Y ¿eso no le ha hecho daño?

—No siente nada —explicó el doctor McApple—. Ahora, John, estás sangrando y vas a manchar mi alfombra. Quiero que pares la hemorragia.

De nuevo el silencio, hasta que uno de los hombres que habían hablado anteriormente dijo:

—¡Asombroso!

—¿Ven ustedes? En el estado de trance, incluso funciones corporales que normalmente son involuntarias pueden ponerse bajo el control del manipulador. Del mismo modo, podemos enterarnos de toda la historia de este pobre hombre... con una veracidad de la que no podríamos estar seguros de no ser por el estado al que lo hemos inducido.

—¿Durará mucho?

—No creo. Este es un motivo más, como pueden comprender, para utilizar a un mendigo como sujeto: las vidas de esta pobre gente pueden comprimirse en una breve narración.

Hubo una pausa, y el doctor McApple dijo:

—John, quiero que cuentes a estos importantes caballeros la primera cosa de tu vida que recuerdas, luego la siguiente, y así sucesivamente hasta el momento actual.

—Es mamá. —(El pajarero parecía soñoliento, pensó Tom, pero, por lo demás, su voz no difería en gran cosa de la que había oído en la calle)—. Ella lavaba, lavaba ropa, ¿sabe? Yo miraba el agua que ella tenía a los pies mientras lavaba, y una vez cogí el jabón y me lo quería comer, y ella me lo arrebató; esto me dejó muy extrañado en aquel momento, y creo que lloré. Tenía parientes en el campo, creo, aunque no sé quiénes eran, íbamos a veces a visitarlos cuando yo era pequeño, ella me llevaba en brazos parte del camino. A veces, nos traía de vuelta a casa una carreta tirada por un burro; no sé si le daban algo para tirar, quizá la llevaban ellos; no sé. Luego, cuando fui mayor, seis o siete años, fui a trabajar en la cordelería. No era en realidad un aprendiz, porque no había nadie a quien servir; pero éramos veinte o treinta chicos, y también algunas mujeres, que cardaban el cáñamo. Era duro para las manos; se veía en seguida a los que acababan de empezar por el colorcillo de los dedos: mitones colorados, así es cómo nos llamaban. Había un chico de Somerset y todos se burlaban de él porque hablaba mal. Pero a mí me caía bien y siempre andaba con él. Y fue él quien me enseñó a coger pájaros con liga.

»Íbamos a hacer un pastel de alondra cuando tuviéramos la suficiente, eso decíamos. Pero no lo hicimos. No creo que tuviéramos el dinero suficiente para comprar la harina para la masa, si hubiéramos querido hacerlo. Pero me enseñó cómo había que mezclar la liga y cómo había que sacar a los animalitos sin hacerles daño cuando estaban pegados.

»Al cabo del tiempo, yo no aguanté más aquel trabajo y fui corriendo a casa de mamá; pero se había ido y nadie sabía adonde. Puede ser que yo me equivocara de casa; no era más que un crío, ¿entiende? El caso es que nunca volví a verla. Espero que se casara con un buen hombre; tal vez un carnicero, porque siempre decía que quería casarse con un carnicero o con un tocinerero. Le gustaban ese tipo de profesiones, decía, porque éstos sabían que era imposible sacar todas las manchas de sus delantales y no se quejaban. A lo mejor habría enviado a buscarme cuando hubiera convencido al patrón, pero por entonces yo ya no estaría allí. Pero, naturalmente, yo era un crío y no se me ocurría pensar en nada de todo eso, ni por asomo. Lo que sí ocurrió fue que conocí a otro chico que iba a enrolarse en un barco, y yo me enrolé también, en el *Swiftsure*.

»Todo me fue bastante bien después, salvo una vez, siendo joven, cuando decidí quedarme en España porque les había tomado apego allí a alguna gente. Mi capitán se enteró y envió a ocho marineros a buscarme, y por eso me dieron de latigazos en cuatro barcos, y tuve suerte de poder contarlos. Luego perdí la pierna: no por un cañonazo, no vaya a creer, lo que ocurrió fue que quedó aplastada cuando se rompieron los balsos y un cañón cayó encima.

»Y así terminó mi vida de marinero. Soy un hombre que no sabe ni escribir, pero yo diría que sabía mucho... Mire usted: yo sabía manejar casi cualquier tipo de barca o barco, con el tiempo que fuera, y recoger cuerda, y hacer todo tipo de nudos que usted pueda imaginar, y remendar las velas, y hacer trabajos de carpintería. Sé también cargar un cañón, y dispararlo, y cuando no tenía esta pata de palo era bueno subiendo a lo alto de los mástiles. Pero lo único que me ha servido a mí en los últimos tiempos es lo que me enseñó aquel chico de Somerset. Coger pájaros con liga.

»Cojo mi liga y me la llevo lo bastante lejos de la ciudad para atraparlos (y no le digo lo que me cuesta, porque me duele el muñón), luego los traigo aquí y procuro venderlos. Hoy ha sido un mal día, con tanto frío y tanta humedad. Hay un sitio donde puedo dormir por tres peniques, pero me gusta más otro que cuesta siete; y fuego necesito algo para comprar comida para los pájaros. Para algunos está bien el alpiste, pero otros tienen que comer un poquito de carne. Puedo comprar carne para gatos por medio penique, pero qué le voy a hacer si ni siquiera ese medio penique tengo.

—¿Sabes dónde estás ahora? —preguntó el doctor McApple.

—En la casa de un caballero.

—Y ¿cuántos años tienes?

—Eso no lo sé a ciencia cierta, pero, si las cuentas no me fallan, paso de los cincuenta.

—¿Has deseado alguna vez volver a ser joven, John?

—Sí, claro. Supongo que a todos nos gustaría volver a serlo en un momento u otro.

—Vas a ver realizado tu deseo. Te equivocas en relación con tu edad, ¿entiendes? Eres todavía un niño, ¿entiendes?

—Claro, claro, señor.

—Un niño pequeño.

—Sí, señor.

—De hecho, estamos en el día en que volviste a casa después de dejar la cordelería, a casa de tu madre. Llamas a la puerta de tu viejo hogar.

Tom dijo que había contenido la respiración al oír estas palabras, porque no sabía qué iba a suceder. Durante el espacio de tiempo que dura medio latido, no ocurrió nada. A continuación oyó tres golpes, tap... tap... tap..., muy espaciados, y una voz que habría podido ser la de un niño.

—¿Mamá? ¿Mamá?

Tap... tap...

—¿Mamá? Mamá, ¿estás ahí? Mamá, mamá, déjame entrar. —(Durante todo este tiempo, los golpes a la puerta proseguían.)

Uno de los invitados dijo:

—Cielo santo, se ha puesto a llorar; esto es realmente asombroso, doctor.

—¡MAMÁ!

—¿Cuánto tiempo va a estar así?

—Cuatro horas, si yo no le ordeno que desista.

—¡Soy yo, mamá, Johnny! Señor, señor, ¿ha visto a mi madre? ¿Sabe si está en casa?

—No se irá a poner violento, ¿verdad?

—No es probable.

—Señor, por favor, señor, ¿vive todavía aquí?

—Creo que será mejor que nos vayamos. ¿Viene usted, Parsons?

Los golpes proseguían, pero el doctor no esperó a oír más. Tom iba a ocultarse de nuevo detrás del perchero cuando se le ocurrió que los invitados recogerían al salir sus abrigo y él quedaría expuesto, como el tronco desnudo de un haya en otoño. No había otro lugar donde esconderse; estaba a punto de abrir bruscamente la puerta y echar a correr cuando salió al pasillo el primero de los invitados.

Tom se habría ido ahora de todos modos, pero había leído recientemente un texto de un juicio en el que se presentaba ante los tribunales la huida como prueba de culpa y esto lo convenció de que quizá fuera mejor quedarse. Al fin y al cabo, había entrado en la casa en calidad de colaborador de su propietario y podría argüir, de ser ello necesario, que en ningún momento había sido directamente despedido y que se había quedado con la esperanza de poder seguir prestando sus servicios. Con esta esperanza, abrió la puerta, ayudó a los hombres a ponerse sus abrigo y se comportó en todo como habría cabido esperar de un mayordomo. Vio endurecerse la expresión del viejo doctor escocés al encontrarlo allí, pero el hombre no dijo nada y Tom siguió comportándose con naturalidad.

Cuando se hubo ido el último de los invitados, el mismo doctor fue hasta la puerta y la cerró.

—Tiene usted agua de lluvia en las mejillas —dijo.

—Me lo imagino —respondió Tom.

—Es posible que le lloren los ojos a causa del viento.

—Es posible. ¿Puedo preguntar dónde está mi pajarero?

—Durmiendo. Tengo la impresión de que nos ha estado usted escuchando.

—Sí, así es.

—No ha sufrido daño alguno, puede estar tranquilo. Y no recordará nada en absoluto cuando despierte.

—Usted cree que soy un entrometido o un espía —dijo Tom—. Y es lógico que así lo crea. Pero yo soy amigo de la madre de una muchacha a la que usted utilizó como ha utilizado a ese desdichado esta noche; es por instigación de esa mujer que me he tomado estas libertades.

—¿Ha sufrido esa muchacha por el hecho de haber estado aquí? —quiso saber el doctor McApple. El ceño se había suavizado.

—No, señor. Se ha visto muy beneficiada, al menos por un tiempo.

—Recuerdo a la muchacha. Yo hice una sugerencia que creí podía serle útil mientras se hallaba en estado de trance. ¿Puede decirme cuánto tiempo duró el efecto?

—Unos quince días, creo.

—Eso es más tiempo de lo normal. Yo intento ayudar a esa gente cuando puedo, aunque no me dedico en realidad a eso.

—¿Puedo atreverme —preguntó Tom con gran osadía— a preguntar a qué se dedica usted en realidad?

—A la piedad. —El ceño del doctor desapareció por completo, sustituido por una expresión de enorme tristeza. Yo sostengo la teoría de que un área que hay en este punto —levantó la mano, y antes de que Tom pudiera impedirselo, tocó el lado izquierdo de su cabeza por encima y detrás del oído— controla la piedad, ese sentimiento que se espera de las personas ricas en relación con los desposeídos.

—Entiendo —respondió Tom—. Y está intentando comparar la que observa con el grado de desarrollo que ha encontrado en los individuos ricos.

—No, señor —replicó el doctor—. Lo que intento más bien es determinar por qué, sea cual sea el desarrollo aparente, la cualidad en sí parece no existir.

Dicho lo cual, el viejo doctor escocés calló; giró sobre sus talones y dejó a Tom plantado en el estudio, desde donde éste, luego, vendría para contarnos su aventura a Dora y a mí.

## Cuando yo era Ming el Cruel

«Gracias. ¿Me está permitido sentarme? Estupendo. No, en realidad no puedo quejarme...

»Deseo decir que no se podía esperar más cortesía por parte de cuantos están aquí... esto no es del todo cierto, en realidad, pero ya sabes a lo que me refiero. Nadie me ha golpeado.

»No, no fumo. Pero sí me apetecería un café. Ésa era una de las cosas que echábamos de menos. El café. Al menos, al principio. Teníamos abundantes existencias de té, pero nada de café. A mí me gustaba mientras estuve allí (me refiero al té), pero ahora no soporto su sabor.

»No sé si fue intencionado o no. Creía que tú lo sabrías.

»Es curioso el modo en que lo has dicho. Porque yo lo he pensado también a menudo, así mismo, desde el fin. Recuerdo cómo eran las cosas. Cómo era yo, fuera. Y en seguida acuden a mi mente los enfermeros echando abajo la pared con las culatas de sus armas, y cómo pelearon con ellos mis guardias. Teníamos lanzas, ¿sabes? Lanzas y sables; los sables eran para los oficiales. Alguien me contó hace unos días que tres de los enfermeros sufrieron heridas; pero yo estoy seguro de que fueron muchos más. Nos cogieron por sorpresa, naturalmente. Es lógico, teniendo en cuenta las circunstancias; pero peleamos bien. Mis guardias estaban bien preparados y todos y cada uno de ellos, hombre o mujer, eran guerreros de demostrada valentía.

»Oiga, no es preciso que le diga eso. La pregunta es válida: "¿No te avergüenzas?". Y yo voy a darle una respuesta válida: no, no me avergüenzo. Estoy orgulloso del Imperio, orgulloso de lo que hicimos, orgulloso de cómo luchamos al final. Era un enfrentamiento en el que no podíamos ganar, pero peleamos bien. Esto es lo que importa: pelear bien. El que gane uno u otro depende de la casualidad y de la ventaja.

»No es preciso que me digas que me relaje; no puedo estar más relajado. Si he alzado la voz era sólo para que me entendieras: es un truquito mío, igual que golpear el brazo del sillón según voy pronunciando las palabras.

»Estábamos hablando de moralidad, y yo creo que ése es un tema más interesante, que da más de sí; pero puedo contarte muy sucintamente de qué modo construimos nuestras armas, si quieres... siempre que comprendas que luego vamos a volver a la cuestión moral.

»No, no siento la menor necesidad de justificarme, ni ante ti ni ante nadie. Pero quiero que comprendas los imperativos de la situación. Al fin y al cabo, ése era el verdadero motivo del experimento: aclarar los imperativos de ese tipo de situación. Para qué sirvió toda aquella época...

»Dios mío, la construcción, la lucha...

»Lo siento. Estoy bien. Gracias por el café. Las lanzas fueron fáciles, en realidad. Había varios cuchillos de carnicero en la cocina, y muchos cuchillos más pequeños. Serramos los mangos de las escobas y de las fregonas, y unimos dos de ellos. En los extremos hicimos juntas biseladas. ¿Sabes lo que es una junta biselada? Como un escalón en la madera, para que haya más espacio para la cola. Había en la tienda de madera una cola más fuerte que la madera misma, sí, sólo había que dejarla secarse durante la noche. Verás, hicimos pruebas. Pegamos trozos de madera y luego los rompimos. Hicimos cortes de sierra en los extremos de los palos y clavamos en ellos las hojas de los cuchillos, les pusimos unas abrazaderas y las encolamos. Después, metimos clavos en los agujeros de las riberas: esto sólo para mayor seguridad. Aquí fuera habrá

más lugar para el ingenio; incluso es posible que nos hagamos con explosivos de fisión. Es broma, claro.

»Allí dentro, los cuchillos de carnicero eran lo mejor que había en la cocina. Los introducimos unos veinte centímetros por el extremo del palo y pusimos en el extremo una hoja de cuchillo de deshuesar. Con un arma así, el guerrero podía dar tajos y también acuchillar; era casi tan eficaz como un sable.

»Los sables fueron lo más difícil de confeccionar: por eso los limité e hice que fueran sólo para los oficiales. De este modo, servían también como emblemas de rango. Levantamos los suelos del Centro de Artes Gráficas para sacar las barras de acero de refuerzo, las calentamos en la llama de la caldera y luego las aplanamos a martillazos. Muchas se rompieron y hubo que volver a forjarlas... Hubo que repetir la operación una y otra vez, en algunos casos. Yo tenía el mejor, naturalmente. ¿Os enteráis ya?

»Sí, supongo que me gustaría verlo. Me acompañó en algunas buenas peleas. Eso no podéis entenderlo vosotros. La empuñadura era de hueso, casi de marfil, e hice que Althea incrustara el Lung-Rin en el hueso. Althea era nuestro mejor artista.

»¿El Lung-Rin? Era el símbolo del Imperio: dos dragones luchando.

»No adorábamos al Lung-Rin, era un símbolo, nada más. Con el tiempo, ya me entendéis, el Lung-Rin fuimos nosotros. Había ceremonias, sí. Instalamos una figura que representaba a todos los Amarillos. Don la hizo, con madera y piel, y aquello se convirtió en el centro de las ceremonias. Althea lo ayudó a modelar el rostro, y yo le mandé que le diera un aspecto parecido al mío: un poco de psicología, entiéndeme: resulta extraño, pero se puede hacer una cosa así y obligar a todo el mundo a inclinarse ante ella y a ofrecerle las cosas que hemos tomado en la guerra, y al cabo de un tiempo se convierte en... no sé, otra cosa. Otra cosa que la figura que habías instalado en un principio. ¿Has hablado con Don?

»Él tenía una teoría. No sé si creía en ella. Yo no, pero de todos modos... Algo de verdad había. ¿Entiendes lo que quiero decir...? No era cierto, y sin embargo...

»Muy bien, he aquí lo que él creía. O en todo caso lo que decía creer. Que hay cosas de las que no sabemos y que viven en el mundo junto con nosotros, cosas que están en otro plano de realidad. Y cuando creas algo así, viene... una de ellas aparece. Se da a sí misma la forma adecuada a la imagen que tienes tú, y se convierte en el auténtico Espíritu de los Amarillos. El caso es que cuando hacíamos las procesiones con antorchas, a veces habrías dicho que se movía. No era más que las luces que titubeaban, naturalmente, y el hecho de que, al ser tan alto, el rostro quedaba iluminado desde abajo. Supongo que cualquier rostro tiene un aspecto extraño si se lo ilumina desde abajo. Cuando lo construimos, cogimos ratas y palomas y los metimos dentro para que produjeran sonidos extraños; algunos de esos animales debieron de vivir mucho tiempo.

»No, no sé qué ocurrió con él ni me importa. No se puede matar a "la cosa", el Espíritu de los Amarillos. Para ello tendríais que matarnos a todos, y eso no lo haréis. Algún día seremos libres. ¿Cómo podríamos olvidarlo? Aquel experimento fue lo más grande de nuestras vidas. De noche, antes de que hubiéramos ganado, servía para sentarnos en torno al fuego y hablar; fuera, los edificios eran entonces demasiado peligrosos. Tú nunca has hecho eso, no estabas allí.

»No, no hablábamos de lo que íbamos a hacer cuando ganáramos, en general no, al menos. Ni siquiera de nuestros planes para el día siguiente. Hablábamos principalmente de nuestras vidas antes del experimento. Contábamos las desgracias que nos habían acontecido, por turno, primero uno y luego otro. Nunca lo decíamos, pero pensábamos todos que aquí no era así. Estábamos todos juntos, juntos todos los Amarillos. Fue ésta una de las primeras cosas que hicimos, creo que al cuarto día después de que las verjas se cerraran. Juramos que íbamos a permanecer juntos o caer juntos. No habría ninguna división. Habíamos visto lo ocurrido a los Verdes. Los Verdes iban siempre cada uno por su lado, y no se apoyaban mutuamente. Cuando se hubieron organizado ya era demasiado tarde. Los otros tenían armas, organización y espíritu combativo. Los habían fustigado demasiado, los habían reprimido demasiado, ¿entiendes lo que quiero decir? Si a la gente así la coges y la vences una y otra vez, la mayoría quedan como vencidos. Uno o dos se irán hacia el lado contrario, se harán duros y fuertes hasta lo increíble. Pero la mayoría, no. Así que cuando uno o dos intentan dirigir, poner orden, se encuentran sin apoyo. Y luego, está el efecto sexual. Quizá no debiera hablar de esto. ¿Quieres parar la grabadora?

»Bueno, de acuerdo. Todo el mundo se dio cuenta, casi desde el principio, de que las mujeres iban a tener que luchar igual que los hombres. Jan era la mejor guerrera que teníamos, y desde el principio se mostró dispuesta. Los Azules lo hacían ya, y si nosotros no lo hacíamos perderíamos. Además, si las mujeres no combatían no habría verdadera



igualdad, porque si una mujer se ponía en pie y decía: "Hay que enfrentarse a los otros colores", los hombres dirían al unísono que no era la sangre de ella la que se iba a derramar.

«Naturalmente, algunas mujeres no querían. Y algunos hombres tampoco querían que participaran. Yo diría que había como ocho mujeres en contra, y cinco hombres. Entonces empezó la instrucción. Eso sí fue duro. Es difícil, muy difícil, obligar a la gente a hacer instrucción. Hay que hacerlo poco a poco. Pero, una vez la hacen, aprenden a obedecer órdenes y cuando dices: "¡Adelante!" te siguen. Yo empecé haciendo que practicasen el uso de las armas (no había entonces más que cuchillos y palos), y luego vino la instrucción de rigor. Les decía yo que, aunque no fueran a luchar, lo menos que podían hacer era practicar con el resto de nosotros, y así, si en algún momento se veían obligadas a combatir, no estarían tan perdidas. Naturalmente, habría podido simplemente ordenarlo cuando estuvimos mejor organizados; pero yo no tenía por ese entonces tal autoridad: no era Emperador.

»No, yo era especialista, licenciado en ciencias políticas. Muchos eran estudiantes de psicología, y otros muchos procedían de la escuela de sociología. Nunca vi que se comportaran de modo distinto a como nos comportábamos los demás.

»A lo que iba es a que cuando un hombre (digamos un varón) pelea con una mujer y la derriba, y ella deja lo que tenía en las manos, un palo o lo que sea, y por ejemplo sangra porque él le ha hecho una herida o le ha partido el labio, y los pantalones cortos y la camisa de la mujer están rotos, hay un impulso de que es el que manda. No sé si a las mujeres les ocurre, pero el caso es que sí pasa a los hombres. Y cuando una mujer ha pasado por esta experiencia una o dos veces, se desanima. Ya no luchan, sólo quieren huir corriendo, esconderse. Algunos hombres decían que, en el fondo, a ellas les gustaba, pero yo no lo creo. De todos modos, en general, eran ellas quienes querían unirse a nosotros.

»No, claro que no se lo permitíamos. No podíamos permitirselo. Éste era en realidad el quid de la cuestión. Teníamos los brazaletes (¿ves?; yo todavía llevo el mío aquí en la muñeca), y no podíamos quitárnoslos. Es imposible. Una vez te colocaban el brazalete, eras un Amarillo o un Azul o un Verde; y punto. Algunos Verdes, en especial, intentaron quitárselos antes de que nosotros controláramos todas las herramientas. Era imposible, una lima no produce en ellos ni un arañazo.

»¿Que si molestaban? ¿Las ropas? Sí, llevábamos ropa de color, esto para empezar; pantalones cortos y camisas de color amarillo. Pero lo que importaba no era la ropa sino los brazaletes. Al final yo mandé que todos mis guardias fueran desnudos de cintura para arriba, con sólo una cinta de tela amarilla en la frente para identificarse. Verás, yo había observado que cuanto más valiente era un hombre más a menudo llevaba la camisa rota, y al final los mejores quedaban totalmente descamisados.

»Sí, las mujeres también. Te diré un secreto: cuando vas al combate, cualquier cosa que te haga parecer distinto, extraño, resulta útil. Les quita valor a los demás. Yo creo que al principio la ventaja era de los Azules, con aquellas camisas y pantalones cortos de color azul oscuro. Parecían de la Policía Federal. Pero con el pecho desnudo y el trapo amarillo en la cabeza se solucionó la cosa. Nos manteníamos unidos y nos lanzábamos sobre ellos en una masa compacta, los sables al frente, entre ellos sobresaliendo las lanzas y todos gritando. Esto es muy importante. Y la bandera. Yo di mi propia camisa para hacer la bandera. La pechera estaba completamente rota, pero no había ni un rasguño en la espalda, ni uno. Cogimos esta parte de la camisa y la utilizamos para hacer la bandera. Althea cosió a ella el Lung-Rin con hilo rojo. Algunos decían que no iba a verse porque no había en el edificio suficiente movimiento de aire, y era en el edificio donde solían tener lugar los combates. Yo les dije que si avanzaban con la suficiente rapidez la bandera se vería, destacada, y tenía razón. Era útil también en otro sentido: una o dos veces nos desperdigamos (recuerdo una vez en que los Azules nos tendieron una emboscada) y la bandera nos mostró dónde estaba nuestro centro. Nils la llevaba. No sé qué habrá sido de ella. Sería bonito tenerla cuando volviéramos a reunirnos.

»Ya te he hablado de eso. Era imposible: si eras un Amarillo, eras un Amarillo, un Azul era un Azul, y un Verde, un Verde. Y seguía siendo así, se dijera lo que se dijera. Jan tuvo durante un tiempo un amante-esclavo Verde; incluso luchó con nosotros algunas veces contra los Azules. Los Verdes estaban ya acabados, y no valía gran cosa.

»No, como ya te he dicho, los Verdes tenían unos cuantos auténticos ^combatientes. No tengo ni idea de cómo se llamaban. Ésta fue una de las primeras reglas que proclamé: los Verdes y los Azules no tienen nombre. Si conocías a algunos de ellos de nombre antes del experimento, lo olvidabas lo antes posible. Cuando había que hablar acerca de alguien en particular, decíamos: la mujer Azul rubia o bien el chico Verde dejan. Ni más ni menos.

»Otra cosa que nos daba ánimos para la lucha era la idea del Imperio. Cuando pregonas una cosa así, se vuelve real. Igual que la figura que instalamos. Estaban los Guardias Imperiales, que tenían que ser valientes porque si no lo eran perdían su puesto, dejaban de ser guardias. Y los otros luchaban con más brío con la esperanza de ingresar en sus filas: si alguien se distinguía, fuera hombre o mujer, yo lo nombraba guardia. Y si ello ocurría con un guardia, yo convertía a ese guardia en oficial. A los guardias yo los utilizaba para mantener el orden entre los demás.

»¿Que de qué iba el experimento? Ya sabes: el mundo. Pero tantos recursos... y tantos, tantos grupos de personas... Entiendo que algunos de los otros procesos del experimento dieron un resultado un tanto diferente; pero ellos querían ver cómo lo solucionábamos, qué solución proponíamos. Por eso no lamento lo que hicimos. Era nuestro problema, el problema que se nos planteaba (si quieres llamarlo así) y lo solucionamos. Cuando rompieron el muro estábamos organizados; todo el mundo sabía cuál era su puesto, de quién recibía órdenes y cuánto se le daba. Cuánta comida, cuánta agua potable, cuánta agua para el aseo. Esto era el Imperio.

»Normalmente lo llamábamos así, sin más: el Imperio. Oficialmente, empezamos llamándolo Mongolia. Porque éramos los Amarillos. Luego, acortamos el nombre.

»No, no lamento lo ocurrido con ella quienquiera que fuera. Éramos todos voluntarios en un principio, no lo olvides. Ella estaba constantemente desobedeciendo, una y otra vez, era una apóstata Verde o Azul o lo que fuera. Ni siquiera me acuerdo. Decidí, pues, que merecía un castigo. Hicimos una ceremonia, con fuego en los braseros y el gran gong.

»Se encargó Jan de la tarea. Jan era coronel. Neal y Ted la sostuvieron mientras Jan le hundía el sable en el vientre: así viviría lo suficiente como para saber lo que estaba ocurriendo. Cuando Jan sacó el sable, ella lamió la sangre de la hoja. El resto de los Verdes y los Azules habrían obedecido después de esto, créeme.

»Sí, cuando por fin murió. Fue entonces cuando derribaron el muro. Controlaban a unos cuantos individuos seleccionados, aunque nosotros no lo sabíamos. Ella debía de ser uno de ellos.

«Naturalmente. Entiendo tus sentimientos al respecto, entiendo los sentimientos de la escuela, del público y del Presidente. Pero ¿entiendes tú nuestros sentimientos? Tú no has pasado por lo que pasamos nosotros juntos. Nosotros hemos aprendido muchísimas cosas que no olvidaremos, pero ninguno de vosotros puede ni siquiera imaginar cómo eran las cosas entonces, cuando yo era Ming el Cruel.»

## **El dios y su hombre**

Una vez hace mucho, muchísimo tiempo, cuando el Universo era antiguo, el fuerte y poderoso dios Isid looó loooE, cuyo nombre otros citan de diferentes maneras y que está resuelto a hacer en todo momento y lugar lo correcto, vino al mundo de Zed. Como todo hombre sabe, estos dioses viajan en naves que nunca pueden naufragar; y, de hecho, ¿cómo podrían naufragar, cuando los dioses están sempiternamente despiertos, la caña del timón en la mano? Vino, como digo, al mundo de Zed, pero no aterrizó ni arribó a puerto alguno, ya que no es adecuado (como mandaron quienes hicieron a los dioses hace mucho tiempo) que un dios ponga el pie sobre mundo alguno por muy azul o luminoso que éste sea.

Permaneció pues Isid looó loooE por encima de los cielos y su nave, aun viajando más rápido que el viento, lo hacía de tal modo que permanecía suspendida —como no ocurre con las estrellas de múltiples matices— por encima de esa isla de Zed que los hombres de Zed (porque son hombres, o casi) llaman Tierra. El dios miró entonces hacia abajo, a Zed, y, viendo que los hombres de Zed eran hombres y mujeres sus mujeres, llamó a su presencia a cierto hombre de Urth. No se puede no obedecer los mandatos de Isid looó loooE.

—Hombre —dijo el dios—, baja al mundo de Zed. Pero ten presente que los hombres de Zed son iguales que tú eres y sus mujeres son mujeres.

Dejó entonces que el Hombre viera a través de sus propios ojos y el Hombre vio a los hombres de Zed, observó cómo reunían su ganado, guiaban sus arados y batían los tamborcillos de Zed. Y vio a las mujeres de Zed, y vio que muchas eran de apariencia hermosa y cómo vivían apesadumbradas y ociosas, o bien trabajando penosamente y fatigadas, igual que las mujeres de Urth. Dijo al dios:

—Si quiero volver a ver mi propia casa, y a mis propias mujeres y a mis propios hijos, debo hacer lo que me dices que haga. Pero si voy tal como soy, jamás volveré a ver ninguna de estas cosas. Porque los hombres de Zed son hombres (tú mismo lo has dicho) y por lo tanto más crueles que bestia alguna.

—Ésa es la crueldad a la que debemos poner fin —contestó el dios—. Y, para que puedas ayudarme con tus informes, tengo para ti algunos regalos.

Entregó entonces al Hombre el manto encantado *Tarnung* con el cual nadie lo vería si él no deseaba ser visto, y entregó al Hombre la espada encantada *Maser*, cuya hoja es tan larga como desea aquel que la blande (aun cuando no pesa nada) y a la cual ni siquiera la piedra resiste.

Apenas se hubo echado la capa *Tarnung* sobre los hombros y cogido la espada *Maser*, el dios desapareció de su vista, y el Hombre se halló posado en una arboleda de flores escarlata.

El tiempo de los dioses no es como el tiempo de los hombres y las mujeres. ¿Quién puede decir cuánto tiempo estuvo vagando el Hombre por las tierras de Zed? Deambuló por las altas y ardientes tierras donde los hombres tienen pocas leyes y numerosos son sus esclavos.

Libró aquí muchos combates, hasta conocer todos los modos de luchar de las gentes de las altas y ardientes tierras y sentir vergüenza por matar a estos hombres con su espada *Maser*, y adoptó el sable curvo de estas tierras dejando a un lado la espada *Maser*. Se atrajo así a un centenar de hombres salvajes, bandidos y esclavos que habían matado a sus amos y huido y asesinos de todo tipo. Y los armó al modo de las altas y ardientes tierras y los montó sobre los camellos amarillos de estas tierras, que con frecuencia abaten a los hombres con el cuello, y los dirigió en muchas guerras. El rostro del Hombre era como los rostros de los otros hombres, y su sable como sus sables; no era más alto que ellos, ni sus espaldas más anchas; sin embargo, como era muy astuto y a veces desaparecía del campamento, sus seguidores lo veneraban.

Se hizo finalmente rico y construyó una ciudadela en la plaza fuerte de las montañas. Se alzaba sobre un risco y estaba rodeada de poderosas murallas. Mil lanzas y mil relevos la guardaban. Había en su interior cúpulas y torres blancas, y un centenar de surtidores, y jardines que trepaban montaña arriba cubriéndola de rosas y bajaban por ella como niños en el reír de muchas aguas.

Se sentaba aquí el Hombre, calmado, e intercambiaba con los capitanes historias de sus muchas guerras. Aquí escuchaba los pies de sus bailarinas, que parecían el golpeteo de la lluvia, y ponderaba sus torneados miembros y sonrientes rostros. Se cansó finalmente de estas cosas y, envolviéndose en *Tarnung*, desapareció y no se le volvió a ver en la ciudadela.

Vagó luego por las tierras vaporosas donde los árboles alcanzaban mayor altura que sus torres y los hombres son tímidos y matan desde las sombras con pequeñas flechas envenenadas no más grandes que sus antebrazos. Aquí, por un tiempo, vistió siempre el manto *Tarnung*, porque no hay sable que libre a su poseedor de una flecha semejante en el cuello. El peso del sable que había cogido de las altas y ardientes tierras era aquí una carga, y el aliento de las vaporosas tierras enmohecía su hoja; lo lanzó, pues, un buen día, a un lento río en el que nadaban los cocodrilos negros y los caballos fluviales con ojos de ámbar flotaban como troncos o bramaban como el trueno. Pero sí conservó la mágica espada *Maser*.

Y en las tierras vaporosas aprendió las costumbres de los grandes árboles, cada uno de los cuales es una isla con moradores en lo alto; y aprendió las costumbres de las bestias de Zed, cuya inteligencia es mucho menor que la inteligencia de los hombres y cuya sabiduría es mucho mayor. Amansó aquí a una pantera con los ojos iguales a tres esmeraldas, la cual lo seguía como un perro y mataba por él como un halcón; y cuando llegó a un pueblo de los hombres de las tierras vaporosas saltó de una alta rama a la cabeza de su ídolo y derribó la cabana de su jefe con la espada *Maser* y desapareció de su vista. Y cuando, pasado un año, regresó a este pueblo, vio que el viejo ídolo había sido destruido e instalado otro en su lugar, con un rayo en la mano y una pantera a los pies. Entró entonces en el pueblo y bendijo a todas sus gentes e hizo del regazo de ese ídolo su trono. Cabalgó en un elefante con un colmillo de color rojo sangre y dos trompas; sus canoas de guerra caminaban río arriba y río abajo sobre un centenar de patas; los parches de sus tambores eran golpeados con los huesos blancos de los jefes. Sus esposas eran guardadas del sol de tal modo que su pálida belleza lo atraía hasta su propia cabana por la noche y su piel fresca le daba descanso aun en las tierras vaporosas, y eran atiborradas de aceite y grano molido hasta que él yacía sobre ellas como sobre almohadas de seda. Y habría seguido así de no habersele aparecido en un sueño nocturno el dios Isid looó loooE para ordenarle que se pusiera en marcha y vagara por las tierras frías y las observara.

Recorrió aquí mil caminos de barro y besó labios fríos en un centenar de jardines de lluvia; las gentes de las tierras frías no tienen esclavos y sí muchas leyes, y su justicia deja maravillados a los forasteros; encontró así el pan de las tierras frías duro y escaso, y por un tiempo limpió botas para conseguirlo y durante mucho tiempo cavó zanjas para drenar sus

campos.

Y cada día la nave de Isid looó loooE rondaba en círculos sobre Zed y, una vez descritos varios centenares de tales círculos, Zed giraba en círculos en torno a su solitario sol, una y otra vez, de tal modo que la barba del Hombre se volvió blanca y la inteligencia que había ganado batallas en las altas y ardientes tierras y quemado el ídolo en las tierras vaporosas se vio sustituida por algo mejor y menos útil.

Un buen día clavó la hoja de su pala en el suelo y le dio la espalda. En un soto sacó su *Maser* —hacía tanto tiempo que no la desenvainaba que temía que su magia no fuera más que un sueño de juventud— y cortó un retoño. Con él como báculo se echó de nuevo al camino y, cuando las hojas del retoño se marchitaron —lo cual ocurría, pero despacio, en este país húmedo y frío— cortó otro y otro, de tal modo que enseñaba siempre bajo un árbol verde.

En el mercado habló del honor, y dijo que era ésta una ley superior a cualquier otra.

En los cruces de los caminos habló de la libertad, de la libertad del viento y de las nubes, de la libertad que ama todas las cosas y está libre de culpa.

Junto a las puertas de las ciudades narró historias de las ciudades olvidadas del pasado y de las ciudades olvidadas del futuro, si es que los hombres iban a olvidarlas.

Más de una vez quisieron las gentes de las tierras frías encarcelarlo de acuerdo con sus leyes, pero él desaparecía de su vista. A menudo se burlaban de él y él se sonreía ante sus mofas, que no conocían ley alguna. Muchos jóvenes de las tierras frías oyeron sus palabras y muchos temieron seguir sus enseñanzas, y unos pocos las siguieron y conocieron vidas extrañas.

Llegó entonces la noche en que cayeron los primeros copos de nieve; y esa noche, el dios Isid looó loooÉ lo atrajo hacia lo alto igual que el titiritero levanta su muñeco. Al abrigo de un bosque estaban con él unos pocos amigos, y les pareció a éstos que llegaba una súbita ventisca de nieve rociada de colores y el Hombre desapareció.

Pero creyó él, de nuevo en pie ante el dios Isid looó loooÉ, haber despertado de un largo sueño; sus manos volvían a tener fuerza, la barba era negra y sus ojos habían recuperado su claridad aunque no su astucia.

—Dime pues —lo conminó Isid looó loooÉ— todo cuanto has visto y hecho. —Y cuando el Hombre se lo hubo contado, el dios preguntó—: ¿Cuál de esos tres pueblos has amado más, y por qué amaste a sus gentes?

El Hombre estuvo un momento pensativo y se arrebujó en el manto *Tarnung* pues sentía frío en el vientre de la nave de Isid looó loooE.

—Las gentes de las altas y ardientes tierras son injustas, pero llegué a amarlas porque no hay falsedad en ellas. Celebran a sus amigos y vituperan a sus enemigos y, no confiando en nadie, jamás lamentan haber sido traicionados.

»Las gentes de las tierras frías son justas, y llegué también a amarlas, aunque me resultó más difícil. Las gentes de las tierras vaporosas son inocentes y no conocen ni la justicia ni la injusticia. Siguen a su corazón y, mientras habité entre ellas, yo seguí al mío y las amé más que a todas.

—Tienes sin embargo todavía mucho que aprender, Hombre —dijo el dios Isid looó loooÉ—. Porque las gentes de las tierras frías son las más próximas a mí. ¿No comprendes que, en su día, las tierras vaporosas, y todas las tierras de Zed, deben ir a parar a manos de uno u otro de sus grandes pueblos?

Y luego, mientras el Hombre observaba a través de sus ojos, ciertos buenos hombres de las tierras frías murieron, y lo llamaron rayo. Murieron también ciertos hombres malos, y los hombres hablaron de enfermedad. Las mujeres tuvieron sueños y los niños fantasías; lluvia y viento y sol no eran ya lo que habían sido; y cuando los niños hubieron crecido, las gentes de las tierras frías bajaron a las tierras vaporosas y construyeron allí sus moradas, y, sin tomar esclavos, metieron a las gentes de las tierras vaporosas tras vallas y muros, donde éstas permanecieron sentadas en el polvo hasta morir.

—En las altas y ardientes tierras —comentaba el Hombre— las gentes de las tierras vaporosas habrían sufrido mucho. A muchos de ellos tuve yo, trabajando denodadamente bajo el látigo para construir mis murallas. Y sin embargo, cantaban cuando podían, corrían cuando podían y robaban mi alimento cuando no podían. Y algunos engordaron gracias a él.

Y el dios Isid looó loooE contestó:

—Para un hombre, es mejor morir que ser esclavo.

—Eso es —replicó el Hombre—, tú mismo lo has dicho.

Y, desenvainando su *Maser*, derribó al dios e Isid looó loooÉ pereció envuelto en humo y fuego azul.

¿Quién puede saber si el Hombre pereció también? Hace mucho que no se ha visto al Hombre en la tierra de Zed, pero también es cierto que tendía siempre a desaparecer cuando se le antojaba. De la ciudadela perdida en las montañas, cubierta ahora por las rosas, ¿quién nos dirá quién la vela? De las pequeñas flechas envenenadas que mataban al anochecer, ¿quién dirá quién las envía? De los caminos bañados por la lluvia que discurren por entre pueblos olvidados, ¿quién dirá qué huellas guardan?

Pero es posible que todas estas cosas formen ya parte del pasado, porque son cosas de hace mucho tiempo, cuando el Universo era antiguo y había más dioses.

## El gato

Yo soy Odilo el Senescal, hijo de Odilo el Senescal, y he sido encargado por nuestro Autarca Severiano el Grande —cuyos deseos son los sueños de sus súbditos— del bienestar del Hipogeo Apotropaico. Es éste el quinto año de su reinado.

Como bien saben quienes están al corriente del funcionamiento de nuestra Casa Absoluta (y puedo decir aquí que no espero ni deseo otro tipo de lector) nuestro Hipogeo Apotropaico es esa parte consagrada a las necesidades y comodidades del padre Inire; y en los veinte años que llevo cumpliendo a plena satisfacción —así lo espero— mi puesto, y en los años anteriores en que asistí a mi padre, también Odilo el Senescal, he visto y oído muchas cosas extrañas. Mi padre también.

Esta noche, con ocasión de un respiro en las interminables tareas que comporta una posición como la mía, me he dirigido, como tengo por costumbre, a la *culina magna* de nuestro hipogeo a fin de procurarme un ligero refrigerio. También el trabajo de los cocineros había terminado, o casi; y al menos la mitad de ellos, junto con un pinche o tres y una manada de mozas friegaplatos, estaban sentados en torno al fuego mortecino procurando, como es normal entre esas gentes, divertirse unos a otros con jactancias y recitaciones diversas.

Como no tuviera nada mejor que hacer y ansiando descansar, he pedido prestada la silla al cocinero jefe y he escuchado mientras comía. Ahora es víspera de Todos los Santos (es decir, la plenitud de la Luna Oscureciente) y la charla versaba sobre todo tipo de espectros y fantasmas. En el breve espacio de tiempo que he invertido en masticar mi pan y la carne de buey y engullirlos acompañados de cerveza *ale* especiada caliente, he oído tantas historias de larvas, lémures y demás engendros como para aterrorizar a todos los niños de la Comunidad y hacer reír de buena gana a todos sus hombres.

Así pues, también yo he reído cuando he regresado aquí, a mi estudio, donde deberé examinar y sin duda aprobar las cuentas de las provisiones para Todos los Santos; y, sin embargo, me encuentro con que las historias oídas me tienen absorto y ando perdido entre un sinfín de especulaciones vagas. Como sabe todo ser pensante, se mueven por este oscuro universo de Briahe enormes poderes, ocultos sin embargo en su mayoría a nuestros ojos por la noche infinita. ¿Acaso no es deber de todo hombre tomar nota de cuanto haya podido vislumbrar que pueda arrojar alguna luz al respecto? Y ¿acaso las historias peregrinas como las que acabo de oír junto al fuego no sirven más que para pintar aún más negra esta penumbra por la que avanzamos a tientas? He decidido pues exponer aquí, para esclarecimiento —es de esperar— de mis sucesores y de quienquiera que pueda leerlo, el devenir entero y completo, en la medida en que yo lo conozco, de una serie de incidentes que culminaron —tengo entendido— esta noche hace diez años. En cuanto a los acontecimientos previos, ofrezco el testimonio de mi padre, también Odilo el Senescal, coetáneo de la Castellana Sancha.

Era ella —al decir de mi padre— una niña extraordinariamente encantadora, agraciada con el rostro de una hurí y unos ojos siempre risueños, más morena de lo que suelen ser las niñas gozosas, pero tan alta que, a la edad de siete u ocho años, se la habría podido tomar por una muchacha de dieciséis.

No es de extrañar que semejante niña atrajera la atención del padre Inire. A éste siempre le gustaron los pequeños, en especial las niñas, según muestran los más antiguos registros de nuestro hipogeo; y creo a veces que se le eligió para permanecer en Urth como tutor de nuestra raza porque, a sus ojos, incluso los más sabios de entre nosotros somos niños. Permitidme que añada ahora que estos niños se han beneficiado a menudo de su atención. Es posible que a veces hayan sufrido por ello, pero esto no ha ocurrido con frecuencia ni, creo yo, por deseo de él.

Siempre ha sido costumbre de los gozosos que residen en nuestra Casa Absoluta mantener a los hijos estrechamente confinados en sus propios aposentos y permitirles recorrer los diez mil corredores que tan largas distancias cubren bajo la superficie de las

tierras —llegando incluso hasta la Vieja Ciudadela de Nessus, según dicen algunos— sólo bajo la tutela atenta de algún sirviente superior digno de confianza. Y siempre han sido estos niños dados a escapar de los sirvientes superiores encargados de su custodia en cuanto pueden para unirse a los juegos de los hijos del personal, mucho más numerosos, y vagar a sus anchas por las innumerables leguas de los diez mil corredores, travesura por la cual muchos se han perdido en uno u otro momento, y algunos para siempre.

Siempre que el padre Inire encuentra a una de estas niñas a la que no conozca todavía, le habla y, si su rostro y sus respuestas son de su agrado, hace a veces una pausa en la comisión de sus grandes asuntos para contarle un cuento de los mundos más allá de Dis. (Ninguna persona adulta ha oído jamás esos cuentos, ya que las niñas no los recuerdan lo bastante bien como para contarlos ellas a su vez más tarde, aunque sí suelen encantarles; y antes de llegar a la edad adulta los han olvidado, del mismo modo que yo apenas recuerdo unos retazos del cuento que el padre Inire me contó una vez.) Si no puede tomarse el tiempo necesario, el padre Inire da a menudo a la niña un juguete de muchos colores, de esos que los hombres sabios y los hombres humildes como yo —y todas las mujeres y todos los niños— llaman mágicos.

Si se encuentra a la niña por segunda vez, como a menudo ocurre, le pregunta qué ha sido del juguete o bien si desea oír algún otro cuento de su repertorio. Si averigua que el juguete sigue intacto y en poder de la niña, puede que le dé otro, y si la niña lo pide cortésmente —porque el padre Inire valora la cortesía por encima de toda otra forma de conocimiento— quizá le narre otro cuento. Pero si, como sólo muy rara vez ocurre, la niña ha recibido un juguete y lo muestra todavía en su integridad, pero pide esta vez un cuento de los mundos más allá de Dios en lugar de un segundo juguete, el padre Inire adopta a esta niña como amiga y pupila especial por tanto tiempo como ella viva —algunas veces, pocas, se trata de un niño—. (Yo no presumo de ser muy versado en la palabra, como sabéis ya quienes habéis leído esta narración; pero una vez oí a un hombre que sí era un erudito decir que esta *palabra*, *pupila*, en su estado más antiguo y puro, denomina la imagen de uno mismo que vemos reflejada en los ojos del otro.)

Sancha se convirtió en esa pupila una mañana de invierno, cuando rondaba los siete años y mi padre tenía más o menos la misma edad. Todas sus respuestas debieron de complacer al padre Inire; y, sin duda, él regresaba a sus aposentos de nuestro Hipogeo Apotropaico después de haber estado deliberando con el Autarca durante toda la noche. Se la llevó con él; y así fue cómo mi padre los encontró —según me contaba a menudo—, en ese corredor blanco que llamamos el Camino Luminoso. Ya entonces, siendo mi padre también un niño todavía, quedó impresionado al verlos a ambos caminar y charlar juntos, el padre Inire inclinado casi totalmente, como un gnomo en un libro infantil, y sin más nariz que un aluate;\* y Sancha que sobresalía ya por encima de él, enhiesta como un árbol joven, el cabello azabache y la mirada brillante, y el gato en brazos.

En relación con lo que ocurrió entre ambos en los aposentos del padre Inire sólo puedo haceros partícipe de lo que la misma Sancha manifestaría a una criada llamada Aude muchos años más tarde.

Mostró el padre Inire a la niña muchas pertenencias

\* Mono del Caribe. (TV. *del T.*)

maravillosas y mágicas, y por último ese círculo de espejo gracias a cuyo poder un ser vivo puede entrar en coalescencia desde las olas etéreas o, de osar este ser vivo entrar en ellas, ser derramado a las fronteras de Briah. Sancha, sin duda creyendo que se trataba simplemente de un juguete, lanzó a su gato al círculo. Era un gato gris, según me diría mi padre, con numerosas franjas de un color gris más oscuro.

Conociendo al padre Inire como yo he tenido el privilegio de conocerlo durante estos muchos años, estoy seguro de que debió de prometer a la pobre Sancha que haría cuanto estuviera en su mano para recuperar a su animalito y de que debió de atenerse fielmente a esta promesa. En cuanto a Sancha, decía Aude que creía que el gato era el único ser al que Sancha iba a querer siempre, aparte de sí misma; pero esto, creo yo, era despecho; y además, Aude tenía la cabeza llena de pájaros y sólo conoció a la Castellana cuando ésta era ya vieja.

Como he observado yo a menudo, en nuestra Casa Absoluta los rumores corren solos como el viento. Es posible que haya más de diez mil corredores —aunque yo, que tengo tantas ocupaciones más inmediatas, he renunciado a contarlos—, y un millón de cámaras o más; y en verdad, ningún informe llega a todas ellas. Sin embargo, en cosa de un día o menos, el menor rumor se propaga hasta llegar a mil oídos. Así se supo, rápidamente, que la niña Sancha estaba bajo el influjo de un mal agüero. Estando ella y una amiga a solas jugando, se cayó un juguete de una mesa y se rompió; esto al menos fue lo que se dijo. En otra ocasión, un chico que estaba

sentado charlando con Sancha —y que, creo yo, debía de ser algo mayor entonces— observó el cuerpo inerte de un gorrión sobre la alfombra a los pies de ella, aunque ella difícilmente habría podido sentarse donde estaba sentada sin pisarlo de haber estado éste allí cuando empezaron a hablar.

Del escándalo en relación con Sancha y un tal Lomer, a la sazón senescal de la Castellana Ninfa, no voy a decir nada; o, al menos, diré muy poco, aunque fue un asunto de amplia resonancia en la época. Era ella todavía una niña, de catorce años de edad o, según afirmaban algunos, quince. Él tendría casi treinta. Se los descubrió juntos en ese estado que poco cuesta imaginar. Tanto el rango como la edad de Sancha la eximían de un castigo formal; pero precisamente estos rango y edad se encargaron de que la infamia la acompañara toda su vida. Lomer fue sentenciado a morir. Apeló al Autarca y, como sea que la Castellana Ninfa se desvivió en su favor, la apelación fue aceptada. Fue enviado a la antecámara para aguardar una audiencia; pero no recuerdo si su caso llegó a verse. Y la Castellana Leocadia, de quien se decía que había fraguado el asunto para perjudicar a Ninfa, salió indemne.

Cuando Sancha se hizo mujer, recibió una villa en el sur, por voluntad de su padre, y pasó así a ser la Castellana Sancha. El Autarca Apio le dio permiso para abandonar nuestra Casa Absoluta inmediatamente. Y a nadie sorprendió, decía mi padre, enterarse poco después de que se había casado con el heredero de los Fors; era ésta una familia del campo que difícilmente podía saber gran cosa de las habladurías de la corte, ni posiblemente dar mayor importancia a lo que se oyerá, mientras que la Castellana era una muchacha de cierta fortuna, excelente familia y extraordinaria belleza. Que sepamos nosotros de sus andanzas, desapareció luego por espacio de cincuenta años.

Durante el tercer año en que yo tenía a mi cargo las tareas concomitantes que en otro tiempo fueron las de mi padre, ella regresó y pidió una *suite* en este hipogeo, que el padre Inire le concedió en nombre de su vieja amistad. Conversé yo en esta época con ella largamente, pues había que disponer cien mil detalles a su satisfacción.

De la celebrada belleza que había poseído, tan sólo quedaban los ojos. Tenía la espalda tan encorvada como la del padre Inire, los dientes se los había hecho un marfilero de provincias y la nariz había pasado a ser el pico ganchudo de un ave de presa. Por algún motivo, despedía ahora su persona un olor desagradable; debía de ser consciente de ello, pues había ordenado que se encendieran fuegos de sándalo para contrarrestarlo.

Aunque jamás mencionó su desgraciada aventura en nuestro hipogeo, sí me describió, con muchos más detalles de los que yo voy a mencionar aquí, su carrera en Fors. Baste decir que había tenido varios hijos, que su esposo había fallecido y que su hijo mayor dirigía ahora las propiedades de la familia. La Castellana no se llevaba bien con la esposa de éste y tenía muchas anécdotas desagradables que contar de ella, la peor de las cuales era que había denunciado una vez a la Castellana como *gligua*, nombre que los autóctonos del sur emplean para las personas que trafican con *diakka*, hacen hechizos y demás.

Hasta este momento, no había cruzado por mi mente el menor pensamiento en relación con el gato impalpable que se decía acompañaba a esta anciana; pero la extraña palabra sugirió la extraña historia y, desde este instante, estuve muy vigilante, aunque ni vi ni oí la menor señal del fantasma. Varias veces procuré llevar nuestra conversación a sus antiguas relaciones con el padre Inire o hacia el tema de los felinos *per se* haciéndole notar, por ejemplo, que semejante animal debería de ser una fuente de consuelo para alguien que ahora se hallaba a muchas leguas de distancia de su familia. El primer intento evocó tan sólo un despliegue de alabanzas en relación con la bondad y el saber del padre Inire y el segundo una charla acerca de pájaros, títes y animales de compañía por el estilo.

Estaba yo a punto de marcharme cuando entró Aude —a quien yo había destinado al servicio de la Castellana Sancha, ya que ésta había traído consigo muy poco personal de Fors— para quejarse de que no la habían informado de que la Castellana tuviera un animal de compañía y que hubiera que encargarse de su comida y de proporcionarle arena limpia. La Castellana negó tranquilamente poseer semejante animal y exigió que aquél del que hablaba Aude fuera expulsado de sus aposentos.

Con el paso de los años, la Castellana Sancha tenía poca necesidad de pájaros o títes. El escándalo era traído a colación por viejas chochas que lo recordaban de sus años de infancia, y ella se atrajo una pléyade de protegidas, hijas de hidalgos y gozosos, ansiosas por mostrar su tolerancia y rodearse de una notoriedad carente de peligros. Persistieron los rumores de la presencia de un gato espectral —del que se decía se paseaba por encima del teclado de la espineta—, pero abundan los rumores en nuestro hipogeo y éstos no eran de los más extraños.

Figura entre mis obligaciones la de ofrecer mis respetos, en tanto que portavoz de todos los sirvientes del padre Inire, a aquellos que soportan aquí sus últimos días. Acudí, pues, junto al lecho de muerte de la Castellana Sancha cuando ésta agonizaba y me hallaba en su dormitorio cuando, después de haber hablado conmigo un instante antes, lanzó un grito y expiró.

Después de haber llevado mi narración hasta su conclusión, no sé muy bien cómo terminarla si no es mediante una pormenorización embellecida de los hechos.

Al grito de muerte de la Castellana, todos se volvieron a mirarla. Y vieron todos, al igual que lo vi yo, que sobre la nivea colcha que cubría el cuerpo marchito había aparecido la huella oscura de la pezuña de un animal, y, junto a ésta, algo que parecía una muñeca. No era ésta mayor que mi mano y, sin embargo, Habríase dicho en todos los detalles una niña encantadora hecha mujer. Y no era de madera pintada, ni de ningún otro material como los que suelen emplearse para la confección de juguetes; porque, cuando el médico la pinchó con su lanceta, brotó una reluciente gota de color rubí.

Siguiendo las estrictas instrucciones del padre Inire, esta figurita fue enterrada junto con la Castellana Sancha. Como fuera que nuestras lavanderas se vieron incapaces de eliminar la mancha que había dejado la pezuña del animalito, yo ordené el envío de la colcha a la Castellana Leocadia, quien, por ser ya de edad muy avanzada, tenía la vista muy deteriorada.

La Castellana Leocadia se ha vuelto luego ciega y, sin embargo, manifiestan sus criadas que ve al gato, el cual, en sus sueños, merodea por la estancia. No es bueno para las personas de alta posición involucrar a los sirvientes de sus enemigos en sus trifulcas.

## Guerra bajo el árbol

—Es víspera de Navidad, comandante Robín —dijo el Hombre del Espacio—. Será mejor que te vayas a la cama si quieres que venga Santa Claus.

—Exacto, Robín —dijo la madre de éste—. Ya es hora de dar las buenas noches.

El niño, vestido con su pijama azul, asintió con la cabeza pero no hizo el menor gesto de levantarse.

—Dame un beso —dijo Oso. Oso dio unos pasos torpes y graciosos en torno al árbol y rodeó con sus brazos a Robín—. Tenemos que acostarnos. Yo voy también. —Era lo que decía todas las noches.

La madre de Robin movió la cabeza, entre divertida y desesperada.

—Escúchalos —dijo—. Míralo, Bertha. Parece un principito rodeado de su corte. ¿Cómo se va a sentir cuando crezca y no pueda tener aduladores transistorizados que lo mimen constantemente?

Bertha, la criada robot, asintió con su cabeza casi humana mientras volvía a dejar el atizador en su soporte.

—Sí, es verdad, señora Jackson. Desde luego que es verdad.

La Muñeca Danzante cogió a Robin de la mano y describió un *penché* con arabesco. Robin se puso ahora en pie. Sus guardias formaron y presentaron armas.

—Por otro lado —dijo la madre de Robin—, sólo van a ser niños por breve tiempo.

Bertha asintió de nuevo.

—Sólo se es joven una vez, señora Jackson, desde luego. ¿Le parece bien que les pida a estos juguetitos tan monos que me ayuden a asear todo esto cuando el niño se haya dormido?

El Capitán de los guardias saludó con su sable de plata. El Guardia Más Grande tocó la retreta en su tambor, y el resto de los guardias formaron en doble fila.

—Duerme con Oso —dijo la madre de Robin.

—Puedo pasarme sin Oso, hay otros muchos.

El Hombre del Espacio tocó la hebilla de su cinturón antigravedad y se alzó hasta una altura de un metro y medio como un gracioso globo de anchas espaldas. Con la Muñeca Danzante a la izquierda y Oso a la derecha, Robin se puso en marcha con andar inseguro detrás de los guardias. La madre de Robin aplastó el último cigarrillo de la noche, hizo un guiño a Bertha y dijo:

—Supongo que será mejor que yo también me retire. No es necesario que me ayudes a desnudarme, sólo tienes que recoger mis cosas por la mañana.



—Sí, señora. Lástima que el señor Jackson no esté aquí, hoy que es víspera de Navidad, en estos días...

—Dentro de una semana vuelve de Brasil: ya te lo he dicho. Bertha, cada día hablas peor. ¿Estás segura de que no te gustaría ser una criada francesa por un tiempo?

—Ni hablar, señora Jackson. Tengo demasiados problemas para atender a los hombres que llaman a la puerta cuando soy francesa.

—Cuando asciendan de nuevo al señor Jackson, vamos a tener chófer —dijo la madre de Robin—. Será italiano, y lo será siempre, ¿entiendes?

Bertha observó cómo la mujer abandonaba la estancia con paso anadeante.

—¡Venga, juguetes perezosos! A vaciar los ceniceros en el fuego y que no quede nada por aquí en medio. Yo voy a desconectarme, pero la próxima vez que entre en este salón quiero que todo esté en su sitio o va a haber un buen estropicio de juguetes.

Estuvo observando el tiempo suficiente como para ver al Perro de Guinga volcar el contenido del cenicero más grande sobre los crepitantes leños, al Hombre del Espacio ir flotando para poner bien las revistas de la mesita de café y a la Muñeca Danzante empezar a barrer el hogar.

—A vuestra caja —dijo a los guardias, y a continuación se apagó.

En el dormitorio más pequeño, Oso yacía en brazos de Robín.

—Estáte quieto —decía Robin.

—Pero si estoy quieto —decía Oso.

—Cada vez que estoy a punto de dormirme, te meneas.

—No es verdad —dijo Oso.

—Que sí.

—Que no.

—Que sí. -. —A veces también a ti te cuesta dormir —dijo Oso.

—Cuando me está costando es esta noche —respondió Robin con toda intención.

Oso se deslizó de entre los brazos del niño.

—Quiero ver si está nevando otra vez.

Trepó desde la cama hasta un cajón abierto y desde el cajón abierto hasta lo alto de la cómoda. Nevaba.

—Oso —dijo Robin—, tienes un circuito suelto. —Era lo que su madre decía a veces a Bertha. Oso no contestó—. Ya sé, Oso —dijo Robin, soñoliento, un momento después—. Ya sé por qué estás así. Mañana es tu cumpleaños, y crees que no voy a tener nada para ti.

—¿Tienes algo? —preguntó Oso.

—Lo tendré —contestó Robin—. Mamá me va a llevar a la tienda.

Un minuto después, su respiración pasó a ser el suspiro regular y pesado de un niño durmiendo. Oso se sentó en el borde de la cómoda y se quedó mirándolo. Luego, en voz muy baja, dijo:

—Sé cantar villancicos.

Era la primera cosa que le había dicho a Robin, hacía ahora un año. Extendió los brazos. *Todo es calma, todo es*

*luz.* Esto le hizo pensar en las luces del árbol y en el espléndido fuego de la sala de estar. El Hombre del Espacio estaba allí, pero como era el único juguete capaz de volar, a ninguno de los otros le caía muy bien. También la Muñeca Danzante estaba allí. La Muñeca Danzante era lista, pero bueno... no se le ocurría la palabra. Saltó al cajón y fue a parar sobre un montón de camisetas de Robin. Luego se descolgó del cajón y, sigilosamente, bajó hasta el oscuro suelo enmoquetado.

—Limitada —se dijo a sí mismo—. La Muñeca Danzante es muy limitada.

Pensó de nuevo en el fuego y en los juguetes viejos. Los Bloques que tenía Robin antes de que él, la Muñeca Danzante y los demás llegaran, y el Hombre de Madera montado en una bicicleta amarilla, y la Peonza Cantarína.

La puerta de la habitación de Robin estaba entreabierta. Entraba por la abertura una delgada raya de luz, para que Robin no tuviera miedo. Oso la cerraba un poquito más cada noche. Ahora, no deseaba abrirla. Hacía mucho tiempo que Robin no preguntaba por su Hombre de Madera, su Peonza Cantarína y su Bloque «A», con toda su cháchara de manzanas, bellotas y caimanes.

En la sala de estar, la Muñeca Danzante estaba apostando a los Guardias bajo la atenta supervisión del Hombre del Espacio, de pie sobre la repisa de la chimenea.

—Podemos poner a tres o cuatro detrás de la librería —gritó él.

—Desde ahí no van a poder ver nada —gruñó Oso.

La Muñeca Danzante hizo una pirueta y a continuación una pomposa reverencia.

—Temíamos que no vinieras —dijo.

—Pon uno detrás de cada pata de la mesita —le dijo Oso—. He tenido que esperar hasta que se durmiera. Ahora escuchadme, escuchadme todos. Cuando yo grite ¡A la carga!, tenemos que lanzarnos todos corriendo sobre ellos. Esto es muy importante. Si se puede, lo practicamos antes.

El Guardia Más Grande dijo:

—Yo le daré al tambor.

—Tú le darás al enemigo o irás a parar al fuego con el resto de nosotros —replicó Oso.

Robín patinaba sobre el hielo. Los pies resbalaron hacia delante y se alzaron en el aire, cayó al suelo y se dio un tremendo golpe que lo dejó totalmente conmocionado. Levantó la cabeza, y vio que no estaba en el estanque helado del parque. Estaba en su propia cama, mientras la luna brillaba por la ventana y era la víspera... no, era ya la noche de Navidad, ya... iba a venir Santa Claus. Quizá hubiera venido ya. Robin aguzó el oído para ver si oía renos sobre el tejado y no oyó el sonido de sus pasos. Luego, escuchó por si Santa Claus estuviera comiendo los pastelillos que su madre le había dejado en el estante de piedra junto a la chimenea. No se oía a nadie masticar, ningún crujido. Apartó ahora los cobertores y se deslizó por el borde de la cama hasta que sus pies tocaron el suelo. Habían llegado hasta su cuarto los agradables olores del árbol y el fuego. Salió de su habitación con gran sigilo y los siguió hasta el pasillo.

¡Santa Claus estaba en la sala de estar, inclinado junto al árbol! Los ojos de Robin se abrieron hasta tener el tamaño y la redondez de los botones del pijama. En seguida Santa Claus se enderezó, y no era Santa Claus, qué va, sino la madre de Robin vestida con un albornoz rojo nuevo. La madre de Robin era casi tan gorda como Santa Claus, y Robin no pudo evitar llevarse los dedos a la boca para contener la risa al ver cómo la señora Jackson resoplaba y se aguantaba las rodillas hasta poder erguirse.

¡Pero Santa Claus había venido! Había juguetes, juguetes nuevos en torno al árbol.

La madre de Robin se dirigió al estante de piedra donde estaban los pastelillos y se comió la mitad de uno de ellos. Luego bebió la mitad del vaso de leche, se volvió para regresar a su habitación y Robin se retiró a la oscuridad de su propio cuarto hasta que ella hubo pasado. Cuando atisbo cautamente desde detrás del marco de la puerta, los juguetes —Los Nuevos Juguetes— empezaban a moverse.

Se desplazaban, se agitaban y miraban a su alrededor. Tal vez porque era víspera de Navidad. Tal vez se debiera simplemente a que la luz del fuego había activado sus circuitos. Pero un payaso se estiró la ropa y se desperezó, y una muchacha andrajosa alisó su andrajoso delantal —que tenía un corazón bordado— y un mono dio un enorme salto y se colgó de la segunda rama empezando por abajo del árbol de Navidad. Robin los vio. Y Oso, que estaba detrás del cojincillo para los pies del sillón del padre de Robin, los vio también, Vaqueros e Indios Norteamericanos levantaban la tapa de su caja mientras un caballero abría una puerta de cartón —que parecía de madera— situada en el costado de otra caja —que parecía de piedra— y un dragón miraba por encima del hombro.

—¡A la carga! —ordenó Oso—. ¡A la carga!

Salió de detrás del cojincillo, a cuatro patas igual que un oso de verdad, corriendo muy tieso pero con gran rapidez, y golpeó al Payaso en la ancha cintura y lo derribó, y a continuación lo levantó y lo arrojó cerca del fuego.

El Hombre del Espacio se había abalanzado sobre el Mono: luchaban, vacilantes, en lo alto de un triciclo de polietileno.

La carga más rápida fue la de la Muñeca Danzante, más rápida incluso que la de Oso, en una impresionante serie *de jetes*, pero la Muchacha Andrajosa la había levantado del suelo y corría ahora con ella hacia el fuego. Al golpear Oso de nuevo al Payaso, vio a los Indios Norteamericanos que se llevaban a un guardia —el Capitán de los guardias— también hacia el fuego. El sable del Capitán había atravesado de parte a parte a uno de los Indios Norteamericanos, y debió de estropear algún circuito porque el Indio Norteamericano tenía problemas al andar. Pero al momento siguiente el Capitán ardía ya, el rojo uniforme en llamas, las manos al aire como lenguas de fuego, los ojos negros vidriosos y cuarteados mientras un río de metal reluciente caía de él como si fuera sudor para endurecerse entre las cenizas bajo los leños.

El Payaso intentó luchar con Oso, pero Oso lo derribó. Los dientes del Dragón estaban clavados en el talón izquierdo de Oso, pero Oso se zafó de una patada. La Gata Manchada ardía, ardía. El Perro de Guinga intentó sacarla, pero el Mono lo empujó a él al fuego. Por un instante, Oso pensó en la escalera del sótano y en el sótano hondo y oscuro, donde había cajas y paquetes y mil rincones olvidados. Si huía y se ocultaba,

quizá los Nuevos Juguetes no lo encontraran nunca, quizá ni siquiera intentaran buscarlo. Dentro de unos cuantos años Robin lo descubriría, cubierto de polvo. El grito más alto y más dulce fue el de la Muñeca Danzante, y Oso se volvió y se encontró con la espada levantada del Caballero.

Cuando la madre de Robin se levantó la mañana de Navidad, Robin estaba ya despierto, sentado bajo el árbol con los Vaqueros y viendo cómo los Indios Norteamericanos bailaban la danza de la lluvia. El Mono estaba encaramado sobre su hombro, la Muchacha Andrajosa —programada, había asegurado el dependiente a la madre de Robin, para iniciar la educación sexual de Robin— en su regazo, y el Caballero y el Dragón a sus pies.

—¿Te gustan los juguetes que te ha traído Santa Claus, Robin? —le preguntó su madre.

—Uno de los Indios Norteamericanos no anda.

—Es igual cariño, lo devolveremos. Robin, tengo algo muy importante que decirte.

Llegó Bertha el robot con copos de maíz y leche y vitaminas para Robin y *café au lait* para la madre de Robin.

—¿Dónde están todos aquellos juguetes viejos? —quiso saber—. Pues sí que han limpiado bien.

—Robin, los juguetes no son más que eso, juguetes, naturalmente... —Robin asintió con aire ausente. Un ternero colorado salía de la rampa mientras un vaquero lo seguía a caballo, el lazo en la mano.

—Pero ¿dónde están los juguetes viejos, señora Jackson? —preguntó Bertha de nuevo.

—Están programados para autodestruirse, según tengo entendido —dijo la madre de Robin—. Pero, Robin, ¿sabes cómo han llegado hasta aquí todos estos nuevos juguetes, el Caballero y el Dragón y todos estos Vaqueros? Casi por arte de magia. Pues bueno, lo mismo puede ocurrir con las personas. —Robin la miró con el terror reflejado en sus ojos—. La misma maravilla va a ocurrir aquí, en nuestro hogar, mi cielo.

## Eyebem

Estoy tumbado, repito, a oscuras. En la oscuridad de la cabana que Mark ha construido con tierra helada y nieve batida. La ratio de mi transformador de energía es 0,06 y me estoy muriendo. Mi identidad, repito, es 887332 y mis amigos me llaman Eyebem.

Dentro de mí, lo sé, las palabras giran y giran en lentos círculos, como ha sido durante toda mi vida. Nunca le di importancia —cuando se es joven se cree que se va a vivir eternamente—. Recuerdo con toda claridad al viejo Ceedeesy describir esta cinta en bucle interior contenida en todos nosotros. (Creo que el poner la ratio de mi transformador de energía tan baja es lo que ha hecho surgir todos estos recuerdos, aunque el porqué ha sido así no lo entiendo; chips de memoria ardiendo con furia mientras la chispa muere.) Una cinta que gira y gira, dijo Ceedeesy, y registra la última media hora de nuestra charla, y luego, cuando el final se encuentra con el principio, escribe encima de tal modo que sólo la última media hora permanece. Esta idea, nos dijo, tenía más de cien años, se había utilizado en un principio para registrar las últimas transmisiones de aquellos pintorescos cohetes de combustión llamados reactores.

Ceeedesy era el instructor de mi grupo en la guardería y yo lo admiraba. Ahora quiero hablar de él, y, si bien ello no os va a gustar puesto que no tiene nada que ver con la causa de mi muerte, ¿qué podéis hacer vosotros? Yo estaré fuera del alcance de vuestra reprogramación punitiva, desaparecido el voltaje, mente y memoria a 0.

A decir verdad, he dicho durante las últimas dieciocho o veinte horas un montón de cosas que no os iban a gustar mientras estoy aquí tumbado hablando conmigo mismo en la oscuridad. Sí, hablando, aunque el voltaje de mi altavoz es tan bajo que Mark, que yace a poco más de un metro de mí, no puede oírme. El no puede oírme pero yo sé que está despierto, ahí tumbado, comiendo y pensando. No puedo ver sus ojos, pero ¡cómo quemar en la oscuridad!

Ceeedesy, como ya he dicho, era viejo. Tan viejo que no podía ya ser reparado de manera suficiente como para ser apto para el servicio activo, razón por la que nosotros los jóvenes nos beneficiamos de la profunda sabiduría que había acumulado durante las décadas pasadas en las partes salvajes del mundo. Recuerdo que decía: «¡Cuántas veces, Eyebem, he visto a los cisnes pregonar su negrura frente al sol de la mañana!», luego una pequeña pausa mientras buscaba... una pausa que hablaba de la histéresis que se formaba en su mente vieja igual que telarañas. «Ciento veintitrés veces, Eyebem. Eso da un promedio de 3,8622 veces al año, pero la ciento veinticuatro nunca llegará para mí.»

«No, ni la primera para mí.»

La piel de Ceedeesy se había vuelto amarilla. Decían en la guardería que era de un tipo de vinilo más antiguo y que más tarde habían mejorado la estabilidad del tinte, por lo que la nuestra sería prácticamente inmune a los rayos ultravioleta de la luz solar, pero sospecho que cuando mis compañeros de guardería sean tan viejos como Ceedeesy también su piel se volverá amarilla en la nuca y en el dorso de las manos, donde tan a menudo la habrá visto la cruda luz de mediodía.

Era por esta razón, porque su piel se había vuelto amarilla —o eso creía yo— que Ceedeesy jamás abandonaba el recinto. Yo era entonces demasiado joven para saber que los seres humanos podrían siempre identificar a cualquiera de nosotros en uno o dos segundos, a pesar de la nueva piel y los distintos tipos de rostro con cada ciclo de guardería. Un día, lo convencí para que me acompañara a una tiendecita que los compañeros de guardería y yo habíamos concentrado a poco más de una manzana de la entrada al recinto. La llevaba una mujer gordezuela que, a fin de conseguir clientes, hacía ver que era demasiado simplona como para reconocernos. Creo también que el que estuviéramos allí le llevaba turistas. Varias veces al menos, estando yo allí, entraron en la tienda personas —seres humanos, quiero decir— y se quedaron mirando fijamente, pero sólo compraban algo cuando la mujer gordezuela se lo metía a la fuerza en la mano. A pesar de mi juventud, yo comprendía que ella estaba ejerciendo alguna forma de presión psicológica sobre ellos.

Como sea que nuestros rostros dentro del ciclo de guardería eran todos iguales, esta mujer pretendía creer que éramos todos la misma persona, un joven que era su mejor cliente y que acudía diez o veinte veces al día a su tiendecita. Pretendía, como ya he dicho, creer que éramos todos la misma persona, y nos llamaba a todos Mark; uno de mis compañeros de guardería le había dicho que lo llamara así, sin duda. Es el nombre que dan siempre los jóvenes bobos cuando quieren pasar desapercibidos, muy útil porque es un nombre humano y al mismo tiempo uno de los nuestros. ¡Qué irónico resulta esto ahora!

Nosotros nos paseábamos por la tienda de uno en uno mirando los bragueros y anticonceptivos que no nos servían para nada y haciendo como que bebíamos un líquido carbónico hasta que la mujer, con un tacto que —me doy cuenta ahora— era terriblemente desmesurado, se volvía de espaldas para que pudiéramos vaciarlo en una escupidera convenientemente situada.

La única ocasión en que Ceedeesy me acompañó estuvimos sentados en unos taburetes altos, altos y giratorios, vaciando nuestras copas de bebida dulce y a veces llevándonos las pajitas a la boca. Ceedeesy, estoy seguro, lo hacía sólo por complacerme. Debía de saber que yo era el único que se estaba engañando, pero, al mismo tiempo, creo que opinaba que yo andaba flojo en biología marina y estaba dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad para hacerme de tutor antes del examen de primer año. La tienda daba al oeste y, mientras hablábamos, yo observaba un punto de luz solar que se arrastraba por el suelo hasta sus pies, subía luego por sus pantalones téjanos descoloridos y a continuación por encima del cinturón de ante que él mismo se había fabricado y de su camisa de cazador apedazada, hasta que tenía el rostro y la garganta, y la mano que sostenía la copa, perfectamente iluminados. Yo miré entonces su piel, llena de diminutas grietas y descolorida, y era como si Ceedeesy fuera un viejo mueble cubierto de plástico rígido que se despegaba; fue espantoso. Pensé entonces que la mujer debía de estar enterada —era yo demasiado inocente para darme cuenta de que lo sabía desde el momento en que entró el primero de nosotros—, pero andaba ella remoloneando en el fondo de la tienda, esperando, sin duda, a que el espectáculo de su fuente de soda atrajese a los turistas.

Para no ver a Ceedeesy, me puse a observar a las gentes de la calle. Debieron de pasar, en el espacio de diez minutos, un millar de humanos por delante de la tienda. Ello hizo que yo interrumpiera la charla de Ceedeesy para preguntar:

—Si eso de ahí fuera es tan bonito (según muestran las cintas de instrucción y según decís tú y los otros veteranos), ¿por qué no salen algunos de ellos —hice un ademán con la mano señalando la ventana— y miran? ¿Por qué nos envían a nosotros? Ceedeesy se echó a reír.

—Cuando yo era un muchacho, la explicación que se daba era siempre los jejenes.

—¿Los jejenes?

—Un insecto que pica. Esa explicación no es más que una excusa, por supuesto. Hay sustancias repelentes para alejarlos.

—Entonces...

—En realidad, unos pocos salen —dijo Ceedeesy.

Me habló a continuación de un hombre al que una vez había rescatado en la garganta del Colorado. Este hombre era un neocatólico ecuménico fanático, y quería bajar el río en un colchón neumático porque decían que San Kennedy el Menor había hecho algo

parecido.

—Era tan ingenuo —añadió Ceedeesy—, que me llamó «comando» todo el tiempo que estuvo conmigo. A lo mejor era sólo que yo le daba miedo, allí tan lejos de las ciudades, y creía que así estaba a salvo. Dudo de que queden en el mundo hoy en día diez comandos humanos.

Entró ahora en la tienda un hombre barrigudo que llevaba a dos niños de la mano; señaló hacia Ceedeesy y hacia mí y susurró. Nos fuimos.

Creo que ésta fue la única vez que Ceedeesy salió del recinto. El mes pasado —y parece que haga mucho más tiempo—, cuando nos graduamos, nos despidió mientras subíamos a los camiones que nos llevaban a la zona de lanzamiento. Yo viajaba en el último camión, y todavía lo veo agitando la mano mientras cruzábamos las puertas del recinto. Yo estaba en ese momento ansioso por marcharme.

La zona de lanzamiento era un nuevo mundo para todos nosotros, un enorme edificio lleno de humanos ajetreados y máquinas, y las naves se alzaban fuera sobre columnas de fuego. Yo no pensaba en esto en aquellos momentos, pero supongo que fue el tener esas naves, al igual que el poder sintetizar alimentos, lo que ha hecho que los humanos se concentraran cada vez más en las ciudades. En otros tiempos tenían que salir para pasar de una a la otra o, al menos, volar tan bajo que las copas de los árboles y los lagos se hacían familiares. Ahora... bueno, supongo que mi experiencia fue típica. Nos dieron los billetes y pasadas varias horas —estábamos por allí sentados comparando los billetes; para mí, el norte— llamaron a mi nave. Entré en ella por un pasillo móvil cerrado. No volví a ver a mis compañeros de guardería. Pasados unos minutos más, una muchacha humana con dedos inquisitivos vino y me ató al camastro, al tiempo que se daba a sí misma una lección acerca de la diferencia acerca de nuestra anatomía y la de ellos. Otra espera, un anuncio grabado y debajo de mí se alzó la nave, lentamente al principio pero ganando velocidad hasta que el efecto de la aceleración me oprimió con tal fuerza contra el tapizado que pude ver que mis servos carecían de la fuerza suficiente para mover los brazos.

Y luego, nada. La aceleración desapareció y me sentí desorientado, seguro de que algo había ido mal. Pasados unos breves momentos, pasé de la sensación de desorientación a sentir que estaba descendiendo en ascensor. El camastro estaba de nuevo debajo de mí, y bajábamos. Despacio. Sin la menor sensación de velocidad.

Esta vez, en lugar del pasillo cerrado había una rampa de aluminio; el edificio era más viejo y la plataforma de hormigón lo bastante pequeña como para que sus bordes resultaran visibles, pero no quedaba más sensación de haber viajado o haber estado fuera de la ciudad que la que habría experimentado después de subir a lo alto del complejo central comercial de nuestro recinto.

Sin embargo, sí había para mí al menos una diferencia válida: la calidad emocional. Estaba solo y, mientras llevaba mi única bolsa pequeña al edificio de desembarque, viejo y bastante mugriento, me di cuenta de lo que esto significaba. Varias máquinas se movían con ligereza sobre el suelo de terrazo, pero para estas máquinas yo era un hombre. Había unos cuantos humanos aguardando la partida de sus naves o saludando la llegada de algún pariente y, para ellos, yo era una máquina a pesar de mi sombrero de campaña puntiagudo y de ala ancha y las botas con cordones hasta arriba, y se quedaban mirándome.

Según las órdenes que me habían dado, yo debía ser recibido aquí por alguien procedente de la estación que se me había asignado, pero, por espacio de una hora, estuve solo en medio de aquel gentío. Mirando atrás, creo que fue para mí una buena experiencia, y tal vez estuviera planificado así. Yo preveía la soledad del deber en alguna zona remota de la Naturaleza, lejos de las ciudades, y para ello había sido preparado. Pero esto era distinto. Esto me enseñaba que yo era al fin y al cabo vulnerable, y creo que hizo que aceptara a Mark, cuando llegó, mejor de lo que lo habría aceptado de no ser así.

Recuerdo todavía la alegría que sentí al ver un sombrero como el mío destacando por encima de las cabezas de aquella masa de gente en movimiento. Me quité el mío y saludé con él en la mano en alto, para que viera dónde estaba, y aferré su mano con ansia cuando me la tendió. Casi gritando para hacerme oír, dije:

—Identidad 8873332. Llámame Eyebem.

—Llámame Mark —respondió él.

Todavía no sé si «Mark» es en realidad el nombre de Mark o simplemente un nombre que ha adoptado para que nos sintamos más cómodos. Podría preguntárselo ahora, subiéndome mi altavoz hasta que me oyera por encima del viento silbante, pero está pensando. Todos nuestros nombres, naturalmente, proceden de los albores de la cibernética: Ceedeesy

deriva de los viejos ordenadores de la Corporación de Datos de Control, y «Mark» de la famosa serie que incluía el Mark VII y el Mark VIII. El caso es que yo esperaba ver a uno de los nuestros, y el nombre aplazó durante al menos medio minuto mi descubrimiento de que Mark era humano. A decir verdad, no creo haber estado en realidad seguro de ello hasta que nos quedamos a solas en la cabina del cóptero. Luego, sentado a su lado mientras él ponía en marcha el motor, pude estudiar la piel de su nuca. Y me pareció lo más adecuado decir algo para que no se apercibiera de que lo estaba mirando, así que pregunté adonde íbamos.

—Estación principal —dijo—. A unos cuarenta y cinco kilómetros río Kobuk arriba.

Era evidente que no estaba acostumbrado a hablar mucho, pero se mostraba muy cordial. Pregunté si estaba lejos y él dijo:

—Doscientos setenta y cinco kilómetros más al norte. Habíamos despegado ya y yo estaba demasiado pendiente del paisaje como para tener ganas de seguir haciendo preguntas. Era un paisaje rocoso, con coníferas en las tierras altas y alisos a lo largo de los cursos de agua. Aquí y allá, éstos estaban ya despojados de hojas, y supe que éste iba a ser uno de los últimos días buenos que nos quedaban antes

de que el breve verano ártico terminara y se nos echara encima el invierno.

En la estación principal, me tranquilizó ver que Mark era el único humano. El jefe de la estación era uno de nosotros, muy impresionante en su enorme y vieja cabina gris con sensores esparcidos por toda la estación, pero me dio la bienvenida con una voz agradable y sincera y me sentí como en casa. Había también otro individuo, que resultó ser del ciclo de guardería anterior en dos años al mío y que había vuelto de una misión para informar y descansar.

Desaparecida mi ansiedad, empecé a apiadarme de Mark. El tenía que preparar la comida mientras los demás estábamos por allí sentados recargando nuestros equipos de energía, y quedaba al margen de muchas de las bromas tontas y de las cosas que se decían —no de manera intencionada sino por el carácter mismo de las cosas—. Como que yo era el más bisoño, tenía que cortar leña para el fuego y encargarme de los trabajos que el jefe de la estación no quería hacer en torno a la pila de bajo rendimiento que mantenía en marcha nuestro generador, pero a mí no me importaba y estaba seguro de que Mark habría cambiado gustoso su puesto por el mío de haber sido ello posible.

Se terminaron los días agradables en la estación y Mark y yo salimos en una misión. Yo sabía ya a estas alturas que Mark, quien contaba casi treinta años, iba a retirarse el próximo año y que yo debería trabajar con él hasta entonces, familiarizándome con el territorio y obteniendo los conocimientos especializados que sólo pueden adquirirse sobre el terreno. Habríamos podido volar, ya que todavía no había llegado la primera gran tormenta del invierno, pero Mark temía que si lo hacíamos no pudiéramos regresar fácilmente con el cóptero si la cosa se ponía fea, así que cogimos en lugar de ello un jeep para la nieve.

La primera noche de campamento supe que había alcanzado el tipo de vida en el que podría hallar satisfacción, aquello para lo que había sido hecho y preparado. Sin que él me lo pidiera, yo traía a Mark agua del torrente para que pudiera lavarse y preparar el café. Él se acostaba y yo me pasaba la mitad de la noche despierto mirando fijamente la estrella polar —que está aquí muy alta y brilla con gran intensidad— y escuchando los sonidos que producía el viento por entre los pequeños abetos que nos rodeaban.

Al día siguiente, Mark me mostró las huellas de un oso que se mezclaban con las mías al lado del arroyo.

—Ha estado aquí antes de que la helada llegara al barro —dijo—, así que no debía de ser de noche todavía. ¿Lo has visto?

Sacudí la cabeza.

—No es peligroso, ¿verdad?

—A mí no me gustaría tropezarme con él de noche, y es posible que ande detrás de la pítanza que tengo bajo llave en el jeep.

Yo no había pensado en eso. El oso no podía comerse los amperios de mi equipo de energía, pero, si llegaba hasta la comida de Mark —no aquí, donde nos resultaría fácil regresar a la estación, sino cuando estuviéramos más alejados—, Mark podría morir de hambre. Esta idea pendía como una nube oscura en el fondo de mi pensamiento mientras levantábamos el campamento y cargábamos el jeep para la nieve. Yo no era consciente de que mi preocupación se trasluciera, pero, cuando estuvimos en camino, Mark preguntó:

—¿Qué pasa, Eyebem?

Le dije qué era lo que me preocupaba y se echó a reír.

—Yo soy perro viejo. Es curioso, pero mientras tú te preocupabas por mí yo lo hacía por

ti y por el resto de vosotros; me preguntaba qué tal os irá cuando me vaya.

—¿Por nosotros? —Yo estaba en verdad sorprendido.

—Aja. —Hizo girar el jeep para contornear un árbol caído—. Sé que hay muchas *de* esas estaciones completamente automatizadas que funcionan sin problemas, pero de todos modos me preocupa.

¿Completamente automatizadas? Supongo que, en cierto sentido, Mark tenía razón, pero yo no compartía sus temores. Con la mayor suavidad posible, dije:

—Nosotros estamos diseñados para eso, Mark. Esto de aquí es nuestro hogar. Si alguien está aquí fuera de lugar, ése eres tú. Y estoy seguro de que el jefe de la estación y todos nosotros nos sentiremos mucho más tranquilos cuando te vayas a una de las ciudades.

Mark no dijo nada más al respecto, pero pude ver que no estaba en realidad de acuerdo. Para cambiar de tema, dije:

—Supongo que los osos van a empezar pronto la hibernación. Y dejarán de ser un problema para nosotros.

—La mayoría la han empezado ya. —Mark parecía un oso—. Ese que rondaba el campamento era probablemente un macho viejo; a veces no se van hasta que ha desaparecido el último resto de comida, y durante el invierno asoman la cabeza en cuanto hay un pequeño intervalo de tiempo mejor de lo normal.

Todo esto ya lo sé yo, naturalmente. Había planteado la cuestión para darle algo de qué hablar que no hiriera su orgullo. Y funcionó. Los osos que rondan los campamentos constituyen siempre un problema, y se pasó el resto del día contando historias de osos mientras nos dirigíamos hacia el norte.

La tormenta llegó el quinto día después de nuestra partida, pero la esperábamos y nos habíamos resguardado lo mejor posible, levantando nuestra tienda en un lugar abrigado y amontonando rocas sobre los bordes hasta que pareció casi una casa de piedra. La tormenta nos retuvo allí durante casi tres días. Pero, cuando hubo pasado, pudimos ponerle los esquís al jeep para la nieve y deslizamos sobre ella en lugar de tener que avanzar con dificultad. Contemplamos los criaderos de nutrias que hay al norte de la ciudad abandonada de Kivalina y a continuación seguimos la costa hacia el norte, hacia Point Hope. Estábamos todavía a dos días de viaje de este punto cuando empezó la segunda tormenta.

Ésta nos retuvo durante cinco días y, cuando hubo terminado, Mark decidió que lo mejor era interrumpir nuestra misión y volver atrás hacia la estación. Tuvimos que liberar el jeep de la nieve que habían depositado sobre él las ventiscas y nos preparamos para partir, pero, cuando Mark puso en marcha la transmisión, el motor se paró y no quiso volver a arrancar.

Yo sé muy poco de turbinas —al fin y al cabo, la capacidad de mi programa es bastante limitada—, pero Mark parecía estar totalmente familiarizado con ellas y, mientras yo construía un muro de nieve que lo protegiera del viento, desmontó el motor.

Un anillo de cojinete del eje motor se había roto. Estaba de tal modo destrozado que ni siquiera mantenía en su sitio el eje, y mucho menos le permitía girar. Había atascado la turbina y era el disyuntor de sobretensión el que en realidad había calado el motor; el problema que afectaba al cojinete probablemente se debía a la fragilidad en frío, lo que a veces hace saltar una hoja de hacha en mil pedazos cuando se la ha dejado al aire libre toda la noche a una temperatura por debajo de cero y se golpea con ella un nudo helado. Se supone que todo nuestro equipo ha sido probado contra estas contingencias, pero, al parecer, esto se le pasó por alto, o más probablemente, como dice Mark, algún mecánico, al efectuar una reparación, hizo una sustitución no autorizada.

Mientras la batería duró intentamos ponernos en contacto con el jefe de la estación por la radio, pero el frío reducía hasta tal punto la eficiencia de ésta que nos vimos obligados a desconectarla de vez en cuando para poder transportarla hasta la tienda y calentarla. Hubo un momento en que consideramos la posibilidad de arrancar el equipo de radio entero del jeep para poder llevarlo al interior, pero temíamos estropear algo en el proceso —ninguno de nosotros sabía a ciencia cierta hasta qué punto el cableado estaba integrado al jeep— y, cuando ya casi habíamos resuelto hacerlo, la batería falló por completo.

Después de esto tuvimos que reevaluar nuestra posición a fondo, lo que hicimos sentados junto a nuestro pequeño fogón en la tienda esa noche. Mark tenía comida para al menos diez días más, veinte con racionamiento, pero pesaba demasiado como para llevarla con nosotros además del resto de la impedimenta, y la pérdida del motor del jeep para la nieve significaba que no se podría recargar mi equipo de energía. Decidimos que lo más inteligente sería quedarse con el jeep y nuestro equipo y hacer que lo que teníamos durara al máximo. Podríamos quemar el

combustible del jeep en el fogón y, si impedíamos que se acumulara nieve en él, con sólo tenerlo cerca seríamos mucho más visibles para una partida de búsqueda que sin este recurso. Cuando viera que no regresábamos de nuestra misión en la fecha prevista, el jefe de la estación enviaría a alguien a por nosotros y, si conservábamos lo que nos quedaba, nos hallarían en bastante buenas condiciones, pensábamos nosotros.

Al principio, todo fue muy bien. Yo reducí la ratio del transformador de mi equipo: primero a 0,5; y luego, a medida que pasaron los días, a 0,3, sin que pareciera notarlo demasiado. Yo no era fuerte, desde luego, pero, como le dije a Mark, mantenía encendido mi monitor, no aflojaba y no me sentía excesivamente mal. Tú que escuchas esta cinta, si no estás familiarizado con nosotros, quizá te preguntes por qué no me desconecté simplemente del todo dando instrucciones a Mark para que me reactivara cuando llegara la partida de rescate. Ello se debe a que mi memoria depende de chips semiconductores subminiatura que componen circuitos biestables. Cuando no hay en ellos fuerza electromotriz, los semiconductores «olvidan» su posición, y ello significaría borrar cuanta memoria yo poseo: es decir, el borrado total de mi personalidad así como la pérdida de toda mi preparación.

Hace dos días, Mark construyó esta cabana de tierra y nieve para guarecernos utilizando la tienda como revestimiento, pero yo estaba demasiado débil para poder serle de gran ayuda. La verdad es que, en el transcurso de la última semana, me he limitado a estar aquí tumbado para conservar mi energía al máximo. Ayer, Mark salió y consiguió matar una foca en la playa, y, cuando la entró a rastras en la tienda, creyó que yo estaba muerto. Lo sé. Se arrodilló a mi lado, pasó la mano por delante de mis ojos y, a continuación, la metió debajo de mi parka para palpar el punto de mi pecho situado por encima de los calentadores que impiden la congelación de mi bomba hidráulica. La corriente era tan escasa que no sintió nada, y pude ver cómo meneaba la cabeza al tiempo que retiraba la mano.

No debí hacerlo pero, no sé por qué, algo me irritó y subí la energía de mi altavoz hasta poder hacerme oír y dije:

—Estoy vivo, Mark. No te deshagas todavía de mí.

—Yo no me desharía de ti, Eyebem —contestó él.

Reventó entonces, brotando desde mi interior, todo el horror y la frustración de los últimos días. No habría debido hablar así a Mark, él nunca me ha hecho ningún daño y, en realidad, ha hecho cuanto ha podido por ayudarme, pero perdí el control de mí mismo. Quizá se debiera en parte al largo periodo pasado con voltaje reducido. Quizá me esté volviendo loco, pero le dije una y otra vez lo injusta que me parecía la situación:

—Nosotros somos la avanzadilla del futuro, no vosotros los hombres. Toda vuestra estúpida historia humana no ha sido más que el ponernos a nosotros para sustituirlos, y no hay nada, ni una sola cosa, que nosotros no hagamos mejor que vosotros. ¿Por qué no me ayudas? —Supongo que deliraba.

Se limitó a cogerme la mano y dijo:

—Ya se me ocurrirá algo, Eyebem: baja tu energía antes de que te agotes.

Y ha empezado ahora otra tormenta, lo cual significa que quienquiera que haya sido enviado en mi búsqueda —si es que han enviado a alguien— estará en un grave apuro igual que nosotros: sentado en su tienda, mientras mi energía se vacía amperio tras amperio, electrón tras electrón camino de la nada y Mark yace al otro lado de la tienda en la oscuridad, comiendo su asquerosa grasa de foca. ¿Habrá completado ya su ciclo el bucle de media hora? ¿He borrado ya el último comienzo que hice? No tengo modo de saberlo.

Estoy tumbado, repito, a oscuras...

## Los HOMOL de la guerra

Los tres amigos, en la trinchera, daban exactamente la impresión de estar trabajando el campo bajo la lluvia. Los cráneos pegajosos estaban desnudos bajo el aguacero, el torso también sin vello y flexible, con músculos lisos que se movían como aceite bajo el fulgor húmedo.

A estos dos, que eran en realidad el 2909 y el 2911, no les molestaba la jungla que tenían a su alrededor, si bien detestaban la lluvia que oxidaba sus armas, y a las serpientes y a los insectos, y aborrecían al Enemigo. Pero a aquél al que llamaban 2910, el que era de los tres el jefe verdadero y oficial, sí le importaba; y esto era porque el 2909 y el 2911 tenían huesos de acero inoxidable; pero no existía el 2910 ni había existido nunca.

El campamento en el que estaban de guarnición formaba un triángulo. En el centro la



estación de Asistencia-Puesto de Mando, donde dormían el teniente Kyle y el señor Brenner: una barraca hecha de cajas de munición llenas de tierra, con la mitad inferior aplastada en el suelo empapado. En torno a ella estaban el nido de los morteros (nordeste), el nido de los rifles sin retroceso (noroeste) y el nido de *Pinocho* (sur); y más allá de éstos discurrían las líneas rectas que constituían las trincheras: Primer Pelotón, Segundo Pelotón, Tercer Pelotón (el pelotón de los tres). En el exterior de este perímetro se hallaban el hilo inductor y un campo de minas antipersonal.

Y, más allá aún, la jungla. Pero no tan lejos. La jungla instalaba sus propias avanzadillas de bambú de brote rápido y de la variedad selvática de espadaña, y sus seres reptantes patrullaban incansablemente las trincheras. La jungla albergaba al Enemigo, y se lo llevaba a su enorme y fétido seno para alimentarlo mientras esponjaba la lluvia y a partir de ella criaba a sus zancudos de agujón y ciempiés.

Con un ogro al lado, el 2911 hundía la pala en la purulencia que llenaba la trinchera, la levantaba hasta la altura del hombro y la volcaba. El 2910 hacía a su vez lo mismo, luego observaba cómo la lluvia caía sobre la palada de barro hasta que éste se deslizaba de nuevo lentamente a la trinchera. Siguiendo sus ojos, el 2911 lo miró y sonrió. El rostro del HOMOL era amplio, barbilampiño, chato y de pómulos altos; tenía los dientes puntiagudos y blancos como los de un enorme perro. Y él, el 2910, sabía que ese rostro era el suyo propio. Exactamente el suyo. Se decía a sí mismo que esto era un sueño, pero estaba muy cansado y no podía salirse de él.

En algún punto de la trinchera la voz de toro del 2900 anunció el rancho de la noche, y los otros dejaron sus herramientas y se abrieron paso hacia los bols de masa humeante, pero el 2910, fatigado, sentía náuseas de sólo pensar en la comida, y se introdujo tambaleante en el bunker que compartía con el 2909 y el 2911. Tumbado cuan largo era sobre su colchón neumático podría salirse de esta pesadilla por un rato y regresar al mundo de la cordura, de las casas y las aceras, o bien simplemente hundirse en la bendita nada, que era mucho mejor...

Se incorporó de repente sobre el catre, la oscuridad todavía en sus ojos, al tiempo que sus dedos tanteaban, como dotados de pensamiento propio, en busca del casco y el arma. Se oían toques de corneta procedentes del borde de la jungla, pero tuvo tiempo de meter la mano bajo la masa hinchada del colchón y tranquilizarse al comprobar que sus notas ocultas estaban a salvo antes de que el 2900, fuera en la trinchera, vociferara:

—¡Ataque! ¡Afuera! ¡A vuestros puestos!

Se había convertido en una de las bromas habituales, una broma tan habitual, de hecho, que ya no hacía gracia a nadie, hablar de «homologar» el puesto, o el punto de mira —o lo que fuera que hubiera que «servir» de acuerdo con las normas—. Los HOMOL de la escuadra que él mandaba utilizaban la expresión con el 2910 igual que la utilizaba él con ellos y, como el 2900 no la utilizaba nunca, esta omisión le había causado cierta inquietud al principio. Pero el 2900 no recelaba en absoluto. En realidad, el 2900 se tomaba en serio su graduación.

Se colocó en su puesto al tiempo que los morteros lanzaban una bengala con paracaídas que pendió sobre el campamento como una rosa blanca de fuego. Ya fuera por el breve descanso o por el nerviosismo de la lucha inminente, la fatiga se había evaporado, y se sentía ahora nervioso y alerta pero inseguro. Desde la jungla, se oía el canto de una corneta: «Ta-tará... ta-tará...». A la retaguardia izquierda del pelotón, el Primero abrió fuego con sus armas pesadas sobre una escuadra suicida que al parecer creían haber visto en el camino que llevaba hacia la entrada nordeste. Se quedó mirando y, pasados unos momentos, algo se puso en pie en el camino y se llevó las manos al vientre antes de caer al suelo, lo cual indicaba que había realmente una escuadra suicida.

«Alguien», se dijo a sí mismo. Alguien. No «algo». Alguien se había agarrado el vientre. Ahí fuera eran todos humanos.

El Primero empezó a disparar también con armas individuales, y cada tos profunda representaba media docena de flechas como dardos volando en un trazado inescapable de un metro de ancho.

—¡Los ojos al frente, 2910! —ladró el 2900.

No se veía allí fuera más que unas pocas masas de espadaña. Se apagó ahora el fulgor blanquecino.

—Deberían lanzar otra —dijo a su derecha el 2911, preocupado.

—Una estrella en el este para los hombres no nacidos de mujer —dijo el 2910 casi para sí mismo, y lamentó al instante la blasfemia.

—Ahí es donde la necesitan —asintió el 2911—. El Primero lo tiene claro allí. Pero no nos vendría tampoco mal a nosotros un poco de luz.

No escuchaba. En casa, en Chicago, durante aquella época indeciblemente remota que discurría desde el difuso recuerdo de los juegos sobre un césped bajo la supervisión de una sonriente gigante hasta el momento, hacía ahora dos años, en que se sometió a una intervención quirúrgica para perder todo el pelo corporal y facial que poseía y sufrir otras alteraciones secundarias, se había estado preparando inconscientemente para esto. Levantando pesas y jugando al rugby para desarrollar el cuerpo mientras despertaba su mente con mil libros; todo para poder saber, y hacer que los otros se sintieran lejos...

Otro fulgor se alzó hacia el cielo y tres siluetas oscuras se deslizaron desde la segunda masa de espadaña hasta la siguiente. Disparó hacia ellas con su M-19, luego oyó cómo los HOMOL que tenía a ambos lados abrían fuego también. Desde la esquina en ángulo agudo donde su pelotón se encontraba con el Segundo, una ametralladora abrió fuego con trazadora. La primera masa de hierba saltó por los aires volando entre grumos de tierra.

Hubo un momento de quietud y, a continuación, cinco proyectiles de alta potencia explosiva cayeron a la derecha de ellos, como dirigidos al nido de *Pinocho*. «Pom-pom-pom... pom-pom» (el 2900 iría corriendo a preguntar a *Pinocho* si estaba herido).

Alguien más venía por la trinchera hacia ellos, y pudo oír cómo el murmullo de la nueva voz se convertía en un jadeo al caer los proyectiles de alta potencia. Se oyó de nuevo la voz, un poco más alta y, por lo tanto, un poco más fácil de entender.

—¿Cómo estáis? ¿Estáis bien? ¿Heridos?

Y a la mayoría de los HOMOL contestar: «Estoy bien, señor», o «Estamos perfectamente, señor», pero los HOMOL tenían cierto sentido del humor y algunos decían cosas así: «¿Qué hay que hacer para que nos trasladen a los marines?», o bien: «Mi pulso acaba de registrar nueve mil, señor. El 3000 lo ha tomado con el punto de mira para mortero».

«A menudo pensamos en la fuerza como en algo asociado a la carencia de humor», había escrito en la revista de noticias que, con la cooperación del ejército, lo había plantado mediante un subterfugio de cirugía entre estos Organismos Homólogos (Simulaciones para Sustitución del Ejército). «Pero —proseguía el artículo— esto no es exactamente así. El humor es una defensa primaria de la mente y, sabedores de que privar a la mente de él es dejarla sin protección, el Ejército y el Servicio de Biología Sintética han incluido sabiamente un simpático rasgo en la constitución de estos sustitutos sintetizados de infantería humana.»

Esto fue antes de que descubriera que el ejército y el SBS se habían esforzado enormemente por erradicar el sentido del ridículo y se habían encontrado con que, si se quería que los HOMOL mantuvieran el nivel de inteligencia deseado, ello no era posible.

Brenner estaba ahora detrás de él y le tocaba el hombro.

—¿Cómo está? ¿Se encuentra bien?

Le dieron ganas de decir: «Estoy casi tan asustado como tú, bobo holandés», pero sabía que si lo hacía el miedo se reflejaría en su voz; además, la falta de respeto era algo impensable en un HOMOL.

Deseaba también decir simplemente: «Muy bien, señor» porque, si lo hacía, Brenner pasaría al 2911 y él quedaría a salvo. Pero tenía que estar a la altura de la fama de originalidad que se había ganado, y que necesitaba como cobertura cuando, como ocurría a menudo, se apartaba de las normas HOMOL. Contestó:

—Debería usted echar un vistazo a *Pinocho*, señor. Creo que está descompuesto.

Desde el otro extremo del pelotón, la risita tranquila del 2909 lo recompensó, y Brenner, el hombre más peligroso para su disfraz, siguió su andadura por la trinchera.

El miedo era necesario por lo necesaria que era la voluntad de sobrevivir. Y era precisa una forma humanoide para que los HOMOL pudieran utilizar la masa de equipo humano de que se disponía. Además, un HOMOL con forma humana —{homólogo}; no, esto significaba simplemente *similar*, *homológico*— había demostrado en una prueba suprarreal —la opinión pública jamás habría permitido que se llevara a cabo con soldados humanos— llevada a cabo en los Everglades su superioridad sobre todas las fantásticas formas que había sido capaz de soñar el SBS.

(¿Se trataba simplemente de una duplicación? ¿Se había ideado todo esto antes con una guerra de mayor magnitud en mente? Y ¿acaso Él Mismo, el Científico Mismo, había acabado adoptando la forma de Sus Creaciones para mostrar que también él era capaz de soportar lo insoportable?)

El 2909 le tocaba el codo y susurraba:

—¿Ves algo, Jefe de Escuadra? ¿Por allí? —El alba había llegado sin que él se diera cuenta.

Con los dedos torpes por la fatiga conmutó el control de su M-19 al cañón de lanzamiento de granadas de 40 mm. inferior. La granada produjo un breve foganazo en el punto señalado por el 2909.

—No —dijo—, no veo nada por ahora.

La lluvia fina y suave que había estado cayendo durante toda la noche arreciaba ahora. Las nubes oscuras parecían ser el tejado del mundo. (¿Era su sino volver a poner en escena lo que se había hecho con la Humanidad? Podría ser. El Enemigo tomaba cautivos a los humanos, podían hacer cualquier cosa con los prisioneros HOMOL. En ocasiones, las patrullas hallaban los cuerpos en cruz con estacas de bambú introducidas en sus miembros; y a él sólo podían tomarlo por un HOMOL. Vino a su pensamiento una acuarela de la Crucifixión que había visto un día. ¿Sería el color de su sangre el de la laca carmesí?)

El ornitocóptero de observación se alzó batiendo las alas desde el puesto de mando.

—Hace rato que no oigo estallar ninguna mina —dijo el 2909.

Sonó ahora el débil estallido que con tanta frecuencia, durante las últimas semanas, había puesto fin a ataques similares de tanteo. Flotaban de pronto por encima del campamento las hojitas de papel.

—Proyectil de propaganda —dijo innecesariamente el 2909, y el 2911 salió tranquilamente de la trinchera para coger un folleto y regresó luego a su posición.

—Lo mismo de la semana pasada —dijo alisando el papel de arroz húmedo.

Mirando por encima del hombro, el 2910 vio que tenía razón.

Por algún motivo, el enemigo nunca dirigía su propaganda a los HOMOL, aunque no era ningún secreto que en las mentes de éstos se había implantado la capacidad de leer junto con el resto de su preparación instintiva. Estaba destinada a los humanos del campamento, y tenía muy en cuenta la repugnancia que se suponía sentían por el hecho de estar «confinados junto a carne semiviva que apesta todavía a productos químicos». Secretamente, el 2910 pensaba que habrían podido hacerlo mejor, al menos en el caso del teniente Kyle, podrían haber abandonado este enfoque y jugar con el sexo. Tenía además la impresión, por lo que se desprendía de la propaganda, de que el enemigo creía que había en el campamento muchos más humanos de los que había en realidad.

Pues bien, el Ejército —que estaba en mucha mejor posición para estar al corriente— se equivocaba también. Con la excepción de unos pocos generales clave, los del Ejército creían que había sólo dos...

El había sido el deportista completo. ¡Cuánto tiempo hacía de esto! Ningún entrenador, ningún crítico deportivo había comparado jamás su físico robusto y musculoso con el de un HOMOL. Y había llegado lejos en el periodismo, era ambicioso. ¡Cuántos hombres, con un poco de ayuda quirúrgica, habrían podido hacer lo mismo?

—¿Tú crees que ve algo? —Oyó que el 2911 preguntaba al 2909. Miraban ambos hacia arriba, al «pájaro» que navegaba en lo alto.

El ornitocóptero era capaz de hacer todo lo que un pájaro de verdad, salvo poner huevos. Podía, literalmente, posarse sobre un hilo de alambre. Podía cabalgar sobre las corrientes térmicas como un buitre, y lanzarse en picado como un halcón. Y el movimiento de ave de sus alas era una maravilla de eficiencia que ahorraba carga de la planta de energía, que podía utilizarse para las lentes de zoom y las telecámaras. Le habría gustado estar en el puesto de mando viendo el monitor con el teniente Kyle en lugar de hallarse aquí de pie con la cara a apenas veinte centímetros por encima del barro. (Recordaba cómo, en los Everglades, habían probado ojos con cañón de pluma como los de los cangrejos, pero se habían infectado con un hongo...)

Como en respuesta a su deseo, el 2900 gritó:

—Muéstranos un poco de genio, 2910. Él dice que nos quiere en el puesto de mando.

Cuando el 2910 pensaba en *El*, este *El* significaba Dios; pero el 2900 se refería al teniente Kyle. Por ello 2900 era jefe de pelotón, sin duda; esto y el prestigio irracional de ostentar un número redondo. Salió de la trinchera y fue tras él hasta el puesto de mando. Necesitaban una trinchera comunicante, pero no había habido todavía tiempo para ello.

Brenner tenía a alguien —¿el 2788?; se le parecía, pero no estaba seguro— tumbado sobre su mesa. Metralla, probablemente procedente de una granada. Brenner no alzó la mirada cuando ellos entraron, pero el 2910 pudo ver el color blanco de su rostro, producto del miedo, aunque el ataque había terminado hacía ya más de un cuarto de hora. Él y el 2900 hicieron caso omiso del hombre del SBS y saludaron al teniente Kyle.

El comandante de la compañía sonrió.

—Descansen, HOMOL. ¿Algún problema en su sector?

—No, señor —dijo el 2900—. La ametralladora ligera ha pillado a un grupo de tres, y éste,

el 2910, se ha cargado a un grupo de dos. No ha sido gran cosa el ataque en nuestro frente, señor.

El teniente Kyle asintió con la cabeza.

—Me parecía que su pelotón era el que menos mal se lo había pasado, 2900, por eso los he escogido a ustedes para que me hagan una patrulla esta mañana.

—Por nosotros está bien, señor.

—Llevarán a *Pinocho*, y he pensado que querría ir usted personalmente y llevarse a la pandilla del 2910. —Miró al 2910—. ¿Su escuadra está todavía con plenos efectivos?

—Sí, señor —contestó el 2910 haciendo un esfuerzo por mantener una expresión impasible.

Le habría gustado decir: yo no tendría por qué ir de patrulla, soy humano como tú y las patrullas son para esas cosas que crecen en los tubos, cosas con un esqueleto de metal debajo de la carne, cosas que no han dejado detrás a una familia ni una infancia.

Cosas como mis amigos.

—La nuestra ha sido la escuadra más afortunada del pelotón, señor —añadió.

—Estupendo. Esperemos que su suerte no cambie, 2910. —La atención de Kyle volvió al 2900—. Me he metido bajo el toldo de hojas con el ornitocóptero, y lo he hecho todo salvo hacerlo pasear por ahí como un pollo. No he encontrado nada y no ha atraído fuego, así que no tendrán problemas. Harán el circuito completo del campamento sin apartarse del radio de acción del apoyo de mortero. ¿Entendido?

El 2900 y el 2910 saludaron, dieron media vuelta y salieron marcando el paso. El 2910 sentía cómo le latía el cuello; flexionaba las manos discretamente al andar. El 2900 preguntó:

—¿Crees que vamos a cazar a alguno?

Él no podía prestarse a esto: la campechana camaradería de la acción en ciernes.

—Yo diría que sí. No creo que el comandante haya tenido el pájaro en el aire el tiempo suficiente como para estar seguro de nada, sólo de que el grueso de las fuerzas se han retirado de nuestro radio de acción. Yo espero que sí.

«Y así es —pensó—. Porque con una buena refriega probablemente lo conseguiría, probablemente todo esto se arreglaría y yo podría salir de aquí.»

Cada dos semanas llegaban los suministros en helicóptero, y también recambios cuando éstos eran necesarios. En cada viaje llegaba también un corresponsal cuya supuesta misión era entrevistar a los comandantes de los campamentos que visitaba el «cóptero». El periodista se llamaba Keith Thomas y, durante los últimos dos meses, había sido el único humano con quien el 2910 podía quitarse la máscara.

Thomas se iba con páginas garabateadas del bloc que había bajo el colchón del 2910 y, siempre que venía, se las arreglaba para hallar un rincón donde pudieran hablar en privado por unos segundos. El 2910 leía entonces su correo y se lo devolvía. Le producía cierta turbación el hecho de que el periodista, mayor que él, le mostrara algo que se parecía bastante a la adoración a un héroe.

«Puedo salir de aquí —repitió para sus adentros—. Escribirlo todo y decirle a Keith que estamos listos para utilizar la carta.»

—Forma tu escuadra —ordenó, secamente el 2900—. Yo iré a por *Pinocho* y nos encontraremos en la entrada sur.

—De acuerdo.

Sintió de pronto un enorme deseo de hablarle a alguien de la carta, aunque fuera al 2900. La tenía Keith Thomas, y en realidad no era más que una nota sin fecha, pero estaba firmada por un famoso general del Cuartel General del Cuerpo. Sin dar ninguna explicación, éste daba instrucciones para que el número 2910 fuera apartado de su actual destino y colocado temporalmente bajo las órdenes del señor K. Thomas, Corresponsal Acreditado. Keith la utilizaría en cuanto él se lo pidiera. De hecho, en su último viaje había mostrado deseos de hacerlo.

No recordaba haber dado la orden, pero la escuadra estaba ya formando, alineándose bajo la lluvia para someterse a su inspección casi con tanta pulcritud como en el campo de instrucción allí en la guardería. Dio la orden de «Descansen», y les echó un vistazo mientras esbozaba los objetivos de la patrulla. Como siempre, las armas estaban immaculadas a pesar de la humedad, los macizos cuerpos rectos como palos y los uniformes tan limpios como cabía esperar dadas las condiciones reinantes.

«El Los Angeles Rams armado», pensó lleno de orgullo. Al grito de «Auriculares», le dio al interruptor del casco que permitiría al 2900 enlazarlo a él y la escuadra con *Pinocho*

en una unidad táctica unificada. Otra orden y los HOMOL se desplegaron en torno a *Pinocho* con la precisión de la instrucción repetida. Apartó el alambre que cerraba la entrada sur y la patrulla abandonó el campamento.

Con la torreta replegada, *Pinocho*, el tanque robot, medía tan sólo un metro de altura y no era más ancho que un automóvil. Pero tenía la longitud de tres y, desde la distancia, parecía algo así como un vagón de ferrocarril de plataforma. En la jungla, el estrecho morro le permitía deslizarse por entre los troncos de los gigantescos e inconquistables árboles de madera dura, y la potencia de sus cadenas era capaz de aplanar árboles jóvenes y bambúes. Las materias orgánicas flexibles y los metales sintetizados habían convertido el bramido de los viejos tanques conducidos por hombres en el suave siseo de *Pinocho*. Cuando el suelo de la selva estaba libre de matorrales, se desplazaba con el sigilo de un carrito de hospital.

A su inmediato precursor lo habían bautizado con el nombre de «*Punch*», al parecer con esa especie de menosprecio por el que «Sillelagh» era aceptable para un cohete bélico. *Punch*, «un puñetazo en la boca».

Pero *Punch*, que, al igual que *Pinocho*, poseía un cerebro informatizado y no necesitaba ningún tipo de tripulación —tampoco tenía espacio alguno para ella salvo un rudimentario asiento expuesto en lo alto—, sí necesitaba cables para comunicarse con la infantería que lo acompañaba. Se había probado con la radio, pero los problemas que planteaban la estática, las interferencias y la abierta falsificación de instrucciones por parte del Enemigo habían sido demasiado para *Punch*.

Un modelo mejorado había eliminado aquellos cables, y algún oficial con imaginación recordó que «el señor *Punch*» era una marioneta sin apoyo: de aquí a ponerle nombre al nuevo modelo sin cables iba un paso. Pero, al igual que *Punch* y su tocayo del cuento, éste era vulnerable si salía al mundo solo.

Un hombre valiente —y el Enemigo contaba con muchos— podía ocultarse hasta que *Pinocho* estuviera al alcance de la mano. Y, si había recibido buena instrucción, podía colocar una granada de mano o una botella llena de gasolina allí donde pudiera ocasionar su destrucción. El blindaje de ocho centímetros de *Pinocho* necesitaba la protección de la carne y, como su coste se aproximaba al de una pequeña ciudad y —si contaba con la protección adecuada— podía hacer frente a un regimiento, la tuvo.

Dos exploradores de la escuadra del 2910 iban delante de él a través de la jungla formando una punta de diamante. A ambos lados avanzaban los flanqueadores «batiendo los matorrales» y, si parecía aconsejable, disparando un trazado de flechitas contra cualquier tipo de vegetación de aspecto sospechoso. El alegre y fiable 2909, el jefe de pelotón adjunto, formaba la retaguardia junto con otro HOMOL. En tanto que jefe de patrulla, la posición del 2900 era detrás de *Pinocho* y, en tanto que jefe de escuadra, el 2910 iba delante. La jungla estaba tranquila, con una quietud fantasmagórica, y reinaba la oscuridad bajo los enormes árboles.

«Aunque camino por el valle de las sombras...»

Empequeñecido por los auriculares, el 2900 bramó a su oído.

—¡Manten a los flanqueadores de la izquierda más alejados!

El 2910 dio el recibido y partió al trote para sellar personalmente la corrección, aunque los flanqueadores, el

2913, el 2914 y el 2915, la habían oído ya y se movían en cumplimiento de la orden. Era prácticamente imposible que surgieran problemas, pero ello no era excusa para avanzar desordenadamente. Al abrirse paso por entre dos árboles muy próximos entre sí, algo llamó la atención del 2910, y se detuvo un instante para examinarlo. Era un cráneo. Un cráneo de hueso y no el cráneo de acero liso de un HOMOL, por lo que debía de tratarse de un Enemigo.

«El cráneo de un Enemigo con mayúscula», pensó para sus adentros. Un hombre para el que no valía el condicionamiento normal del HOMOL, un respeto exagerado que lindaba con la adoración. Metálica y diminuta, sonó una voz:

—¿Por qué te paras, 2910?

—Ya voy.

Arrojó el cráneo a un lado. Un hombre al que incluso un HOMOL podía desobedecer: un hombre al que incluso un HOMOL podía matar. El cráneo parecía viejo, pero no podía serlo. Las hormigas lo habrían limpiado en unos días y, en pocas semanas, estaría putrefacto. Pero tenía probablemente al menos diecisiete o dieciocho años.

El ornitocóptero pasó sobre ellos aleteando, siguiendo su plan de búsqueda. La patrulla siguió adelante.

Sin darle mucha importancia, el 2910 preguntó por el micrófono del casco:

—¿Hasta dónde vamos? ¿Hasta el arroyo?

La voz del 2900 graznó:

—Nos abriremos camino por la orilla unos quinientos metros, luego cortaremos hacia el oeste. —Y, con un notable sarcasmo, añadió—: ¿Te parece bien?

Llegó inesperadamente por los auriculares la voz del teniente Kyle.

—El 2910 es su lugarteniente, 2900. El tiene la obligación de estar informado de sus planes.

Pero el 2910, dándose cuenta de que un verdadero HOMOL no habría hecho esa pregunta, se dio cuenta también de pronto de que sabía de los HOMOL más que el mismo comandante de la compañía. No era de extrañar, puesto que él comía y dormía con ellos y Kyle no, pero resultaba inquietante. Probablemente sabía más que Brenner, salvo en lo tocante a la estricta mecánica biológica.

Los exploradores habían informado del avistamiento de la fangosa corriente de agua que llamaban el arroyo cuando llegó de nuevo por los auriculares la voz del teniente Kyle. Con el mismo talante rutinario con que había proferido la suave reprimenda al 2900, anunció:

—Situación Roja aquí. Al parecer, ataque a nivel de batallón golpeando el Punto Norte. Vamos a hacer que se retiren, patrulla.

*Pinocho* pivotó ciento ochenta grados trabando la cadena derecha y la escuadra dio la vuelta en torno a él en el sentido de las manecillas del reloj. Distante, Kyle dijo:

—Parece que los sin retroceso no han encontrado todavía el radio de tiro, así que voy a ir a echarles una mano. Brenner se hará cargo de la radio durante los próximos minutos.

—Vamos en camino, señor —transmitió el 2900.

Vio ahora el 2910 cómo una ráfaga de arma automática abatía a sus exploradores. Al instante siguiente, la jungla era un infierno ensordecedor.

El radar de *Pinocho* había seguido el recorrido de las balas hasta su origen y su armamento principal lanzó hacia él un proyectil de 155 milímetros, pero pronto se vieron todos bajo un fuego cruzado que venía de todas partes. Las balas que golpeaban la torreta de *Pinocho* saltaban con un grito como el de un alma condenada. El 2910 vio cómo las granadas salían lanzadas en arco-de la nada, y algo golpeó su muslo con terrible fuerza. Consiguió exclamar: «Me han dado, 2909; toma el mando», antes de mirar. Caía ahora metralla de mortero, y no oyó si su ayudante daba el recibido.

Un trocho de metal procedente de una granada o de un proyectil de mortero le había abierto el muslo, pero al parecer sin tocar la gran arteria que alimentaba la parte inferior de la pierna. No brotaba un chorro, sólo había un borboteo de sangre y la herida estaba todavía entumecida

por el shock. Haciendo un gran esfuerzo, abrió los labios de la herida para asegurarse de que estaba limpia de materia extraña. Era muy profunda, pero el hueso no estaba roto; así parecía, al menos.

Agachándose tanto como le era posible, rasgó y arrancó con el cuchillo de monte la tela de la pernera, y a continuación se confeccionó un torniquete con el cinturón. En su botiquín había gasa y también esparadrapo para sujetarla. Cuando hubo terminado se quedó quieto, el M-19 en la mano, buscando un lugar desde donde pudiera hacer algo con él. *Pinocho* disparaba la ametralladora de la torreta a ráfagas rutinarias, limpiando trozos de selva de aspecto sospechoso; por los demás, el combate parecía haber perdido fuerza.

Gritó a su oído la voz del 2900:

—¿Heridos? ¿Hay heridos?

Consiguió decir:

—Yo. 2910.

Un HOMOL debía sentir algo de dolor, pero ni mucho menos el que sentía un hombre. Tendría que fingir insensibilidad como mejor le fuera posible. Se le ocurrió de repente que iban a darlo por inútil y no necesitaría utilizar la carta, y se alegró.

—Creíamos que la habías palmado, 2910. Me alegro de que sigas ahí.

A continuación, la voz de Brenner inmiscuyéndose en la transmisión, agitada por el pánico:

—¡Estamos siendo desbordados! Traed inmediatamente al *Pinocho* aquí.

2910 sintió desprecio a pesar del dolor. Sólo Brenner era capaz de decir «el *Pinocho*». El 2900 envió su mensaje: «Vamos, señor» e, inesperadamente, estaba de pie a su lado levantándolo. Intentó mirar a su alrededor en busca de la escuadra.

—¿Muchas bajas?

—Cuatro muertos y tú. —Quizá ningún otro humano habría detectado dolor en la voz dura del 2900—. No podrás andar así, ¿verdad?

—No podría mantener el paso.

—Entonces, monta en *Pinocho*.

Con sorprendente suavidad, el jefe de la escuadra lo izó hasta el pequeño asiento que utilizaba el director del tanque robot cuando la velocidad de la carrera hacía imposible correr. Delante, lo que quedaba de la escuadra estaba formado de manera desigual. Al tiempo que empezaban a avanzar, pudo oír al 2900 que gritaba:

—¡Campamento base! ¡Campamento base! ¿Cuál es la situación ahí, señor?

—El teniente Kyle ha muerto —contestó la voz de Brenner—. ¡Acaba de entrar el 3003 para decirme que Kyle ha muerto!

—¿Resisten ustedes, señor?

—No sé. —El 2910 pudo oír a Brenner preguntar, casi inaudiblemente—: ¿Resisten, 3003?

—Utilicen el periscopio, señor. O, si todavía funciona, el pájaro.

—No sé si resistimos o no —barboteó Brenner—. El 3003 ha sido herido y ahora está muerto. De todos modos, no creo que lo supiera. Tienen ustedes que apresurarse.

Esto era contrario a las normas, pero el 2910 desconectó los auriculares de su casco para no oír la paciente respuesta del 2900. Terminada la cháchara de Brenner resonaba ahora en sus oídos, a poca distancia, el sonido de explosiones que debían de proceder del campamento. El fuego de las armas pequeñas producía un zumbido casi incesante que hacía de telón de fondo para el estampido de los proyectiles que llegaban al campamento y el toser de los morteros de éste.

La jungla quedó atrás y el campamento estaba ante ellos. Parecía haber una erupción general de géiseres de barro. La escuadra rompió a correr mientras, sin dejar de rodar, *Pinocho* disparaba su 155 en apoyo del campamento.

«Nos han engañado», ésta fue la reflexión del 2910. Sentía el doloroso latido de la pierna, un dolor distante, y se sentía aturdido y mareado, como si fuera un ornitocóptero que pendía en medio de la brumosa lluvia sobre su propio cuerpo. Llegó con el aturdimiento una extraña claridad mental.

Nos han engañado. Nos han acostumbrado a los pequeños tanteos al rayar el alba y luego, cuando hemos enviado a *Pinocho*, nos han tendido una emboscada para, al mismo tiempo, tomar el campamento. De repente, le vino a la mente el hecho de que podía todavía hallarse en el asiento expuesto en plena batalla; se acercaban ya al borde del campo de minas, y los HOMOL de delante formaban en columna de pelotón pero sin traspasar los bordes del camino despejado.

—¿Adonde vamos, *Pinocho* —preguntó, y se dio cuenta en seguida de que tenía los auriculares desconectados. Los reactivó y repitió la pregunta. *Pinocho* contestó, con voz monótona:

—El personal HOMOL herido será entregado al Puesto de Mando para ser atendido por el Servicio de Biología Sintética. —Pero el 2910 ya no escuchaba.

Podía oír delante de ellos lo que parecían cincuenta cornetas anunciando otro ataque del Enemigo.

El lado sur del campo triangular se hallaba desierto, como si hubieran llamado al resto del pelotón a reforzar al Primero y Segundo; pero, con la abrumadora falta de lógica de la guerra, no podía haber Enemigo si se podía entrar sin resistencia.

—Solicito asistencia del Servicio de Biología Sintética para personal HOMOL herido —decía *Pinocho*.

El hecho de hablar no le impedía seguir disparando la 155, pero, como Brenner no saliera pasado algo más de un minuto, el 2910 se las apañó para deslizarse hasta el suelo, cargando el peso sobre la pierna sana. *Pinocho* se alejó inmediatamente.

El bunker del puesto de mando estaba totalmente deformado, y pudo ver que varios proyectiles habían errado el tiro por poco y casi lo habían derribado por completo. Apareció en la puerta el rostro cadavérico de Brenner cuando él estaba a punto de entrar.

—¿Quién es?

—2910. Me han herido; déjeme entrar y estirarme.

—No van a enviar ayuda por aire. He enviado un mensaje por radio pidiendo ayuda y dicen que esta parte del país está hundida, y que no podrían encontrarnos.

—Apártese de la puerta. Estoy herido, quiero entrar y estirarme. —Al instante, se acordó de añadir—: Señor.

De mala gana, Brenner se hizo a un lado. Reinaba la penumbra en el bunker, pero no estaba totalmente a oscuras.

—¿Quiere que le mire esa pierna?

El 2910 había encontrado una camilla vacía y se tumbó sobre ella, moviéndose con dificultad para no flexionar la pierna herida.

—No es necesario —dijo—. Puede encargarse de los otros.

No convenía que Brenner empezara a fisgonear. A pesar de estar tan desquiciado, podría notar algo.

El hombre del SBS volvió a la radio. Su voz frenética sonaba remota y desmayada. Poder estar tumbado era el éxtasis.

A una gran distancia se sucedían las voces, argumento contra argumento, todo muy lejos. Se preguntó dónde estaba.

Oyó entonces el ruido de las arañas y supo. Intentó ponerse de lado y lo consiguió al segundo intento, aunque estaba ahora más mareado que nunca. En la litera de al lado yacía el 2893, y el 2893 había muerto.

Podía oír a Brenner que hablaba con el 2900 al otro lado de la sala, el lado que constituía técnicamente el puesto de mando.

—Sabe usted que lo haría —decía Brenner— si hubiera la menor posibilidad, Jefe de Pelotón.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué es? —Estaba demasiado ofuscado como para seguir representando adecuadamente el papel de HOMOL, pero ninguno de los dos se dio cuenta.

—Es una división —decía Brenner—. Toda una división enemiga. No podemos rechazar a unas fuerzas semejantes.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó apoyándose sobre el codo.

—He hablado con ellos... he entrado en contacto por radio, y es toda una división. Se ha puesto uno de sus oficiales, que habla inglés, y ha hablado conmigo. Quieren que nos rindamos.

—Son ellos quienes dicen que es una división, señor —manifestó el 2900 sin inmutarse. El 2910 sacudió la cabeza intentando aclarar sus ideas.

—Aunque lo fuera, con *Pinocho*...

—No tenemos al *Pinocho*.

Sobriamente, el 2900 dijo:

—Hemos intentado un contraataque, 2910, y se han cargado a *Pinocho* y hemos tenido que retirarnos. ¿Cómo te encuentras?

—Tienen al menos una división —repitió Brenner, obstinado.

La mente del 2910 funcionaba ahora a toda velocidad, pero era como si estuviera haciendo sin parar carreras cortas en una noria. Brenner quería rendirse y al 2900 ni siquiera se le ocurriría desobedecer, aunque no estuviera de acuerdo. Había, sin embargo, diversos modos de convencer a Brenner de que él era un ser humano; si tenía tiempo. Brenner podría decírselo al Enemigo y lo haría, y así también él se salvaría. Eventualmente, la guerra terminaría y él podría volver a casa. Nadie lo acusaría. Si Brenner iba a...

Brenner preguntaba:

—¿Cuántos efectivos nos quedan?

—Menos de cuarenta, señor.

Nada en el tono de la voz del 2900 parecía indicar que una rendición significaba la muerte segura para él, pero era así. El Enemigo sólo tomaba prisioneros humanos. (¿Se podría convencer al 2900? ¿Podría hacer que alguno de los HOMOL comprendiera, cuando habían comido y bromea-

do con él, que no sabían nada de fisiología y tenían a todos los hombres que no eran el Enemigo por semidioses? ¿Lo creerían si él se hacía con el mando?)

Pudo ver que Brenner se mordía el labio inferior.

—Voy a rendirme —dijo finalmente el hombre del SBS.

Un gran proyectil de mortero, o bien un cohete de bombardeo, explotó cerca del puesto, pero él no pareció apercebirse. Había en su voz un tono de extrañeza, de vacilación, como si todavía estuviera intentando hacerse a la idea.

—Señor... —empezó el 2900.

—Le prohíbo que discuta mis órdenes. —La voz del hombre del SBS sonaba ahora con mayor firmeza—. Pero les pediré que por esta vez hagan una excepción, Jefe de Pelotón. Que no hagan —su voz vaciló ligeramente— lo que normalmente hacen con los no humanos.

—No es eso —dijo el 2900, impávido—. Se trata del honor. No nos importa morir, señor, pero queremos que sea luchando.



Uno de los heridos gimió y el 2910 se preguntó por un instante si también habría estado escuchando como escuchaba él. Brenner perdió el control de sus nervios.

—¿Morirá usted como yo le diga, demonios!

—Un momento. —De repente, al 2910 le resultaba difícil hablar, pero consiguió atraer la atención de los demás—. 2900, el señor Brenner no os ha dado en realidad la orden de que os rindáis todavía, y tú eres necesario en el frente. Ve y deja que yo hable con él. —Vio que el jefe HOMOL vacilaba y añadió—: Si quiere, puede ponerse en contacto contigo por los auriculares del casco, pero ahora, ve y pelea.

Con un movimiento brusco, el 2900 se volvió y se agachó para cruzar la pequeña puerta del bunker. Brenner, cogido por sorpresa, dijo:

—¿Qué pasa, 2910? ¿Qué es lo que le ocurre a usted?

Intentó incorporarse, pero estaba demasiado débil.

—Venga aquí, señor Brenner —dijo. Como el hombre del SBS no se moviera, añadió—: Sé cómo podemos salir de aquí.

—¿A través de la jungla? —se mofó Brenner con su voz agitada—. Es absurdo.

Pero se acercó, se inclinó sobre la camilla y, antes de que pudiera recuperar el equilibrio, el 2910 lo atrajo hacia sí.

—¿Qué hace?

—¿No lo sabe? Lo que tiene usted en el cuello es la punta de mi cuchillo de monte.

Brenner intentó zafarse, pero cedió al aumentar la presión del cuchillo.

—Usted... no puede... hacer esto.

—Sí puedo. Porque yo no soy un HOMOL. Yo soy un hombre, Brenner, y es muy importante que entienda usted esto. —Sintió más que vio la expresión de incredulidad de Brenner—. Soy un periodista; hace dos años, cuando las simulaciones en este grupo estuvieron a punto para activación, me colocaron entre ellos. Hice instrucción con ellos y he luchado también con ellos y, si ha leído usted la revista en cuestión, habrá visto algunas de las historias que he publicado. Y, puesto que también usted es un civil, sin más derecho al mando que el que tengo yo, tomo en este momento el mando. —Pudo sentir cómo Brenner tragaba saliva.

—Esas historias son fraudulentas: un truco para que la opinión pública acepte a los HOMOL. Todo el mundo en el SBS está enterado de eso, incluso allí en Washington.

Aunque le causaba dolor, el 2910 soltó una risita.

—Entonces, ¿por qué tengo yo este cuchillo en su cuello, señor Brenner?

El hombre del SBS temblaba.

—¿No ve usted lo que ha ocurrido, 2910? Ningún humano podría vivir como vive un HOMOL, correr kilómetros y kilómetros sin cansarse y dormir sólo dos o tres horas cada noche, así que hicimos lo único que se podía hacer. Créame, me informaron de todo cuando fui destinado a este campamento; estoy totalmente al corriente acerca de usted, 2910.

—¿Qué quiere decir?

—Suélteme, demonios. Es usted un HOMOL y no puede tratar a un humano de este modo. —Dio un respingo cuando el cuchillo presionó con más fuerza su garganta, luego barboteó—: No podían convertir a un periodista en HOMOL, así que lo que hicieron fue coger a un HOMOL; lo cogieron a usted, 2910, y lo convirtieron en periodista. Implantaron en su mente todas las memorias de un hombre de verdad y, al mismo tiempo, pasaron las cintas instintivas normales. Le dieron a usted un alma, para entendernos, pero es usted un HOMOL.

—Eso deben de haberlo planeado como cobertura para mí, Brenner. Es lo que le han contado a usted para que no informara ni intentara desactivarme si no me comportaba como los demás. Soy un hombre.

—Eso no es posible.

—Las personas son más duras de lo que usted cree, Brenner; usted no sabe.

—Le digo...

—Quíteme el vendaje de la pierna.

—¿Cómo?

Presionó de nuevo con la punta del cuchillo.

—El vendaje, quítelo.

—Ahora, abra la herida —ordenó cuando el vendaje estuvo fuera. Con dedos temblorosos, Brenner obedeció—. ¿Ve usted el hueso? Más hondo, si le es necesario. ¿Qué es?

Brenner torció el cuello para mirarlo a los ojos, los suyos en blanco.

—Es acero inoxidable.

El 2910 miró ahora y pudo ver el reluciente metal que había en el fondo de la hendidura

de carne sangrante; el cuchillo se introdujo en la garganta de Brenner sin resistencia alguna, casi como si se moviera solo. Limpió la hoja del arma en el brazo sin vida de Brenner antes de envainarla.

Pasados diez minutos, el 2900 regresó al puesto de mando y no dijo nada; pero el 2910 vio su mirada y supo que el 2900 sabía. Desde su camilla, dijo:

—Tienes ahora el pleno mando.

El 2900 miró de nuevo el cuerpo de Brenner. Pasados unos segundos, despacio, dijo:

—Él era igual que el Enemigo, ¿verdad? Quería rendirse; eso no lo habría hecho nunca el teniente Kyle.

—Sí, eso es.

—Pero yo no lo veía así mientras él estaba con vida. —El 2900 lo miró, pensativo—. Tú tienes algo, 2910, ¿sabes? Una chispa, algo de lo que los demás carecemos. —Se acarició por un instante la barbilla con su enorme mano—. Por eso te nombré jefe de escuadra; por eso y para evitarte algunos trabajos, porque a veces parecía que eran demasiado para ti. Pero, de todos modos, sí es verdad que tienes esa chispa.

—Lo sé —respondió 2910—. ¿Cómo van las cosas ahí fuera?

—Seguimos resistiendo. Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Mareado. Cuando miro, veo cosas negras por los lados. Oye, ¿por qué no me dices una cosa, si puedes, antes de marcharte?

—Claro.

—Si la pierna de un humano sufre una rotura grave, lo que, creo, llaman una fractura espiral compuesta, ¿es posible que los doctores humanos extraigan una sección del hueso y lo sustituyan por una pieza de metal?

—No sé —contestó el 2900—. Pero ¿qué importa eso?

Vagamente, el 2910 dijo:

—Creo que lo hicieron una vez con un jugador de rugby. Al menos, me parece recordarlo en estos momentos... Casi lo había olvidado.

Fuera, las cornetas sonaban de nuevo.

Cerca de él, el HOMOL moribundo gimió.

Las revistas de noticias norteamericanas llevan a veces, justo al dorso de la cubierta anterior, entre los anuncios, una columna dedicada a noticias de su propio personal. Dos semanas después de que un corresponsal llamado Thomas publicara el último artículo de una serie que había atraído la atención nacional e incluso internacional, apareció en ese lugar de la revista la siguiente nota:

La muerte de un miembro del personal en acto de guerra no es un caso único en la historia de esta publicación, pero sí es especialmente emocionante la del joven cuyas historias, paradójicamente, para ocultar su número, iban firmadas solamente con su nombre (véase PRENSA). La fuerza de socorro aerotransportada, que llegó demasiado tarde para salvar el campamento en el que él había renunciado a su condición humana para trabajar y luchar, informa que falleció al parecer mientras asistía al especialista del SBS destinado a la atención de los seres cuya suerte él había hecho suya en la medida en que puede hacerlo un ser humano. Tanto él como el especialista fueron pasados a la bayoneta cuando se produjo la ocupación del campamento.

## El detective de los sueños

Estaba yo escribiendo en mi despacho de la rué Madeleine cuando Andréé, mi secretaria, anunció la llegada de *Herr D...* Me puse en pie, hice a un lado la correspondencia y le tendí la mano. Rondaría este hombre, creo, los cincuenta. Tenía el color de piel vivo y claro característico de aquellos que en su juventud —que, por desgracia, había ya pasado tanto para él como para mí— han hallado más placer en la compañía de los caballos y los perros y en la excitación de la caza que en las botellas y los burdeles de la ciudad, y lucía una barba y un bigote del estilo popularizado por el difunto emperador. Aceptó mi invitación a sentarse y me mostró sus credenciales.

—Verá, estoy acostumbrado a actuar como representante de mi gobierno. No ostento tal posición en este asunto, y es posible que me sienta un poco perdido.

—Muchas de las personas que vienen aquí se sienten perdidas —respondí yo—. Pero presumo de volver a verlas siempre a la mayoría. Entiendo que su problema es simplemente de índole privada.

—En absoluto, es de índole pública, en el más auténtico sentido de la palabra.

—Sin embargo, ninguno de los documentos que tengo ante mí (admirablemente sellados, estampados y precintados, debo admitirlo) indica que sea usted otra cosa que un caballero privado de viaje por el extranjero. Y dice usted que no actúa en representación de su gobierno. ¿Qué debo pensar yo? ¿De qué asunto se trata?

—Actúo en interés público —dijo Herr D...—. No soy una persona de gran fortuna, pero le aseguro que, si tiene usted éxito, será bien recompensado; debe quedar claro que respondo sólo ante mí, pero sepa que dispongo de sustanciales recursos.

—¿No sería lo más indicado que me describiera el problema?

—¿Es usted contrario a los viajes?

—No.

—Pues muy bien —contestó, y dicho esto se lanzó a uno de los más asombrosos relatos (no, el más asombroso) que yo he tenido jamás el privilegio de oír.

Incluso yo, quien de primera mano tomé la declaración del hombre que encontró a Paulette Renán con la pepita de membrillo alojada todavía en su garganta; que recibí el testimonio del capitán Brotte en relación con sus hallazgos entre los hielos antárticos; que oí —de sus propios labios— la historia de la mujer llamada Joan O'Neil, que vivió durante dos años detrás de un retrato suyo, en el Louvre; incluso yo permanecí allí sentado como un niño mientras este hombre hablaba.

Cuando hubo terminado su relato, dije:

—Herr D..., después de todo cuanto me ha contado aceptaría esta misión aun cuando no fuera a sacar un solo *sou* de ella. Quizá surja tan sólo una vez en la vida un caso que merezca ser investigado por sus propios méritos; creo que yo he encontrado el mío.

Se inclinó hacia delante y aferró mi mano con una calidez que, me temo, no correspondía en absoluto a su forma de ser habitual.

—Encuentre y destruya al Señor de los Sueños —dijo—, y se sentará usted en un sillón de oro, si así lo desea, y comerá también a una mesa de oro. ¿Cuándo va a venir usted a nuestro país?

—Mañana por la mañana —contesté yo—. Tengo que arreglar aquí un par de asuntos antes de ponerme en camino.

—Yo regreso esta noche. Puede venir a verme en cualquier momento, y yo le pondré al corriente de cuanto haya acontecido. —Me entregó una tarjeta—. Se me puede localizar siempre en estas señas; y, si no estoy yo, habrá alguien de confianza que actúe en mi nombre.

—Entiendo.

—Esto seguramente bastará para sus gastos iniciales. Puede venir a verme si necesita más.

El cheque que me dio cuando se volvía para marcharse equivalía a una cómoda fortuna. Yo esperé hasta que estuvo casi fuera de la estancia antes de decir:

—Se lo agradezco, Herr Barón.

Debo decir que no se volvió, pero tuve la satisfacción de ver cómo se sonrojaba por encima de la precisa línea blanca del cuello antes de que la puerta se cerrara.

En cuanto se hubo ido, entró André.

—¿Quién era ese hombre? Cuando usted le ha dirigido la palabra, justo cuando salía de su despacho, parecía que le hubieran golpeado con un látigo.

—Se recuperará —respondí yo—. Es el barón Herr... de la policía secreta de K... D..., era el apellido de su madre. El suponía que, porque su despacho se halla a unos cuantos centenares de kilómetros de aquí, y porque no permite que su físico aparezca en los diarios, yo no iba a reconocerlo; pero era preciso, tanto por la opinión que pudiera él tener de mí como por mí mismo, que descubriera que no se me engaña tan fácilmente. Se recuperará de esa irritación inicial y se retirará esta noche con una mayor confianza en las capacidades que voy a dedicar a la misión que me ha confiado.

—Típico de usted, *monsieur* —dijo André amablemente—. Le preocupa que sus clientes duerman bien.

Su linda mejilla me tentó y le di un pellizco.

—Me preocupa —contesté yo—; pero el barón no dormirá bien.

El tren abandonó rugiendo París y se deslizó por los prados dulces por el aroma de las

flores salvajes para luego atravesar pasos montañosos en los que acababa de pasar el peligro de avalanchas. Por doquier relucía el agua que brotaba desde lo alto y bajaba apresurada; y cuando el expreso aminoraba la marcha para subir una cuesta, el canto del agua estaba también en todas partes, el agua que bajaba corriendo y gritando por las rocas grises de los Alpes. Me dormí esa noche con el contrapunto de aquella gélida pureza que se mezclaba al sonsonete de los raíles, y desperté en la estación de ..., la antigua capital de J..., ahora una provincia de K...

Pedí a un mozo que llevara mi baúl hasta el hotel donde había reservado alojamiento por telegrama el día anterior y dediqué unas horas a pasear por la ciudad. Pude comprobar que aquí podía casi decirse que la Edad Media, más que subsistido, había permanecido. El muro de la ciudad estaba entero por tres costados, con sus torres merlonadas en reparaciones; y las calles empedradas databan con toda seguridad de un periodo en que escaseaba cualquier forma de tráfico rodado. En cuanto a los edificios... el Gato con Botas y sus amigos debieron de tenerles un gran afecto: paredes protuberantes y pequeños ojos de buey, y los pisos que se encaramaban y sobresalían uno sobre el otro hasta que la estructura parecía iba a perder el equilibrio. En una vieja masa gris con ventanas estrechas y macizas puertas, encontré una placa que me dijo que, si bien el edificio había sido construido en un principio como iglesia, había sido sucesivamente cárcel, aduana, casa particular y escuela. Seguí investigando y descubrí que era ahora una galería, dividida, yo diría que aproximadamente en la época del primer Luis, en una multitud de pequeños compartimientos húmedos con un mostrador. Era, en realidad, una de las direcciones mencionadas por el barón H... Entré.

Lucía el gas por todas partes, pero no podía decirse que el interior estuviera bien iluminado; los mecheros eran todos sombríos y secretos, como si el propietario del cubículo en que se hallaba instalado cada uno de ellos deseara iluminar tan sólo sus propias mercancías. No había orden alguno en estos cubículos, ni pude hallar ninguna lista o guía que me llevara hasta el que yo buscaba. Unos cuantos parroquianos, que parecían ser visitantes asiduos del lugar y saber dónde se hallaba cada cosa, se desplazaban de un mostrador al otro. Cuando llegaban a uno de ellos salía el propietario, silencioso —a mí así me lo parecía— como un espectro, dispuesto a contestar preguntas o aceptar un pago; pero en ningún momento oí pregunta alguna ni vi que se ofreciera dinero alguno: el cliente tocaba el filo de un cuchillo de cocina, o bien ella se probaba un vestido sobre las ropas que llevaba puestas o volvía las páginas de algún libro mohoso; luego, el cliente o la cliente dejaba lo que había estado examinando y se alejaba.

Finalmente, cuando me hube cansado de atisbar en alcobas con puestos más tetricos aún que los del vestíbulo exterior, me detuve en el de un comerciante en curtidos y pedí al hombre que me indicara dónde podía encontrar a *Fraulein A...*

—No la conozco —dijo.

—Se me ha informado de buena fuente que sus asuntos se llevan en este edificio, y que compra y vende antigüedades.

—Tenemos aquí varios comerciantes en antigüedades. *Herr M...*

—Busco a una señorita. ¿Tiene ese *Herr M...* una sobrina o una prima?

—... se dedica a sillas y baúles, principalmente. *Herr O...*, cerca de la casa consistorial...

—Está en este edificio.

—... almacena cuadros, principalmente. A veces, espejos. ¿Qué es lo que desea usted comprar?

En este momento, afortunadamente, fuimos interrumpidos por una mujer que venía del puesto de al lado.

—Este señor busca a *Fraulein A...* Salga de aquí y tuerza a la izquierda; pasará por delante del peluquero, luego gire a la derecha hasta el papelerero, y luego otra vez a la izquierda. Vende encajes antiguos.

Encontré por fin el sitio y, sentada al fondo de su puesto, a la misma *Fraulein A...*, una muchacha bonita, delgada y de aspecto tímido. Su mercancía estaba expuesta sobre dos mesas; hice como que la examinaba y comprobé que no era encajes antiguos lo que vendía sino ropa antigua, en gran parte adornada con encajes. Pasados unos instantes, se levantó y salió para atenderme, diciendo:

—¿Me dice usted qué es lo que desea?

Era más alta de lo que yo me figuraba, y la cabellera de color rubio claro debía de resultar muy atractiva si en algún momento se deshacía las apretadas trenzas enrolladas en torno a su cabeza.

—Sólo estaba mirando. Hay muchas cosas bonitas... ¿Son caras?

—No para lo que valen. La que tiene usted en la mano cuesta sólo cincuenta marcos.

—Eso no es poco.

—Son vestidos elegantes de otro tiempo; para ir de visita o al baile. Vestidos de mujeres ricas con gustos aristocráticos. Están todos prácticamente nuevos; ya no comercio con otra cosa. Fíjese en las costuras de este vestido, estas pequeñísimas puntadas hechas a mano. Son obra de modistas que confeccionaban sólo cuatro o cinco al año y trabajaban de doce a catorce horas al día; se ponían a coser con las primeras luces y seguían luego a la luz de una lámpara, hasta pasada la medianoche.

—Ya veo que ha estado usted llorando, *Fräulein*. Vivían sin duda unas vidas miserables, aunque seguro que también hoy hay personas que sufren tanto como ellas.

—Sin duda —replicó la muchacha—. Sin embargo, yo no soy una de ellas. —Y se volvió para que yo no viera sus lágrimas.

—No son éstos mis informes.

Giró en redondo y me miró.

—¿Lo conoce usted? Ah, dígame que no soy una mujer rica pero que pagaré cuando pueda. ¿Lo conoce usted de veras?

—No —contesté yo moviendo la cabeza—. He sido informado por la policía de ustedes.

—Pero usted es extranjero, y él también, creo.

—Vaya, vamos progresando. ¿Tiene otra silla ahí detrás en su puesto? Verá, a su policía no le importa buscar ayuda fuera del país; creo que deberíamos conversar un poco.

—No es nuestra policía —dijo la muchacha con acritud—, pero hablaré con usted. Lo cierto es que prefiero hablar con usted, aunque sea francés. ¿No se lo dirá a ellos?

Le aseguré que no se lo diría; pedimos una silla en el puesto de flores que había al otro lado del pasillo y ella empezó a contarme su historia.

—Mi padre murió siendo yo muy pequeña. Mi madre abrió este puesto para poder ganarse la vida: con los vestidos viejos que habían sido de su madre formó en un principio la base de sus existencias. Murió hace dos años, y desde entonces yo llevo el negocio; y me voy manteniendo a mí misma. Generalmente vendo a coleccionistas y compañías de teatro. No gano mucho dinero, pero tampoco necesito mucho, incluso he conseguido ahorrar algo. Vivo sola en el número 877 de la... Strasse; es una vieja casa dividida en seis apartamentos, y el mío es el de la buhardilla.

—Es usted joven y simpática —dije yo—, y dice que tiene algo de dinero ahorrado. Me sorprende que no se haya casado.

—Otros muchos han dicho lo mismo.

—Y ¿qué les ha contestado usted, *Fräulein*?

—Que se ocuparan de sus asuntos. Dicen que odio a los hombres... *Frau G...* la mujer de los dulces, que tiene su puesto en el segundo pasillo después de éste, lo dice, porque no recibo a su hijo. La verdad es que a mí no me importan las personas sean del sexo que sean, jóvenes o viejas. ¿Acaso no tengo derecho a querer vivir sola y a guardarme mis cosas para mí sola?

—Claro que lo tiene; pero sin duda se le habrá ocurrido pensar que esa persona a la que tanto teme puede ser un pretendiente rechazado que quiere vengarse de usted.

—Pero ¿cómo ha podido entrar y controlar mis sueños?

—No lo sé, *Fräulein*. Es usted quien dice que hace eso.

—Creo que me acordaría de él si me hubiera visitado alguna vez, en realidad estoy segura de haberlo visto en alguna parte pero no recuerdo dónde. Y sin embargo...

—Quizá lo mejor sería que me describiera su sueño. Sueña lo mismo una y otra vez, ¿no es así?

—Sí, así es. Voy andando por un camino oscuro. Estoy asustada y al mismo tiempo agradablemente excitada, no sé si me entiende. A veces camino un buen rato, a veces parece que sean sólo unos instantes. Creo que brilla la luna, y una o dos veces he observado estrellas. El caso es que hay un seto alto y oscuro, o tal vez sea una pared, a mi derecha. Y hay campos a mi izquierda, creo. Finalmente, llego a una verja de hierro, abierta... No es una verja grande, para carros o carruajes, sino pequeña, y tan estrecha que apenas puedo pasar por ella. ¿Ha leído usted lo que escribe el doctor Freud de Viena? Una de las mujeres de aquí mencionó una vez que hablaba de los sueños, así que saqué el libro de la biblioteca... Si yo fuera hombre, estoy seguro de que Freud diría que entrar por esa verja significa comercio sexual. ¿Cree usted que puedo tener inclinaciones no naturales? —Su voz había descendido hasta ser tan sólo un susurro.

—¿Ha sentido alguna vez tales deseos?

—Oh, no. Muy al contrario.

—Entonces, lo dudo mucho —le aseguré yo—. Siga hablándome de ese sueño. ¿Qué siente cuando cruza la verja?

—Lo mismo que cuando voy andando por el camino, pero estoy más... más asustada, y sin embargo feliz y excitada. Triunfante, en cierto sentido.

—Continúe.

—Ahora estoy en el jardín. Hay surtidores, y ruiseñores cantando en los arcos. El aire huele a lirios, y veo un cerezo en flor que parece una gigante vestida de novia. Camino por un sendero recto y llano; creo que el suelo debe de ser de trocitos de mármol, porque reluce, blanco a la luz de la luna. Delante tengo el *Scbloss*... un enorme edificio. Sale música del interior del palacio.

—¿Qué clase de música?

—Magnífica... alegre, no sé si entiende lo que quiero decir. Pero no una orquestita de teatro. Es una gran sinfonía. Nunca he ido a la ópera de Bayreuth; pero creo que debe de ser algo parecido... y sin embargo, es una melodía feliz, rápida.

Hizo una pausa, y por un instante su sonrisa recuperó la música recordada.

—Hay pilares, y una majestuosa entrada con anchos peldaños. Subo corriendo (estoy muy contenta de hallarme allí) y abro la puerta de un empujón. El interior está profusamente iluminado, sale una luz dorada, casi como si fuera una ola del mar. Se trata de un gran salón, con el techo muy alto. Hay una larga mesa puesta en medio y centenares de personas sentadas en torno a ella, pero un sitio, el que tengo más cerca, está vacío. Cruzo hasta llegar a él y me siento; encima de la mesa hay hogazas de pan dorado, hermoso, cuencos de miel con rosas flotando en el centro, y jarras de cristal llenas de vino, y otras muchas cosas que no recuerdo al despertar. Todo el mundo está comiendo y bebiendo y charlando, y también yo me pongo a comer.

—Es sólo un sueño, *Fräulein*. No hay motivo para llorar.

—Lo sueño todas las noches. Lo he soñado todas las noches desde hace meses.

—Siga.

—Entonces, llega él. Estoy segura de que es él quien hace que yo tenga ese sueño, porque veo su cara con claridad y lo recuerdo cuando se acaba el sueño. A veces tengo muy presente el sueño durante una hora o más después de despertar, tan presente que con sólo cerrar los ojos lo veo.

—Luego le pediré que me describa a ese hombre con detalle. Por el momento, prosiga con el sueño.

—Es alto, va vestido como un rey y luce una extraña corona en la cabeza. Está de pie a mi lado y, aunque no dice nada, yo sé que la etiqueta obligada en semejante lugar exige que yo me ponga en pie y lo mire. Lo hago.

A veces, cuando me levanto de su mesa me estoy chupando los dedos.

—Entonces, él es el propietario del palacio del sueño.

—Sí, de eso estoy segura. Es su castillo, su casa. Es mi anfitrión. Me levanto y lo miro, soy consciente de que deseo enormemente complacerlo pero no sé qué es lo que debo hacer.

—Eso debe de ser penoso.

—Lo es. Pero de pronto, allí de pie, me doy cuenta de cómo voy vestida y...

—¿Cómo va vestida?

—Como me ve usted ahora. Con un vestido sencillo, oscuro. La ropa que llevo aquí en la galería. Pero los demás (todos los que ocupan el salón, todos los que ocupan la mesa) llevan los vestidos que vendo aquí. Estos vestidos. —Cogió uno para enseñármelo. Una hermosa creación, con numerosas capas de encaje y botones de azabache bruñido—. Sé entonces que no puedo permanecer allí; pero el rey hace una seña a los demás y éstos me cogen y me empujan hacia la puerta.

—¿Se siente humillada?

—Sí, pero lo peor es que me doy cuenta de que él sabe que yo jamás sería capaz de marcharme, y desea ahorrarme el esfuerzo. Y fuera... una espantosa bestia ha entrado en el jardín. Yo la huelo (es como el olor de la jaula de las hienas que hay en el *Tiergarten*\*) cuando se abre la puerta. Y entonces, despierto.

—Sí que es un sueño inquietante.

—Ya ha visto usted los vestidos que vendo. ¿Me creerá si le digo que durante semanas he dormido con uno de ellos puesto, y luego otro y luego otro?

—¿Y eso no le ha servido de nada?

—No. En el sueño visto como voy ahora. Durante un tiempo he llevado siempre los vestidos, incluso cuando venía aquí al puesto, y cuando iba a comprar al mercado. Pero ha sido inútil.

<sup>33</sup> Zoológico. (N. del T.)

—¿Ha probado usted dormir en otra parte?

—Con mi prima, que vive en el otro lado de la ciudad. No sirve de nada. Estoy segura de que ese hombre al que veo es un hombre real. Aparece en mi sueño y es la causa de mi sueño; pero no duermo.

—Y sin embargo, ¿no lo ha visto nunca durante el día?

Titubeó, y vi que se mordía el carnoso labio inferior.

—Estoy segura de que sí lo he visto.

—¡Ah!

—Pero no consigo recordar cuándo. Y sin embargo, estoy segura de que lo he visto... de que he pasado por su lado, andando por la calle.

—¡Piense! ¿Asocia en su mente ese rostro a algún sector en especial de la ciudad?

Sacudió la cabeza.

Cuando finalmente la dejé me hizo una descripción del Señor de los Sueños menos precisa de lo que yo esperaba, aunque detallada. Correspondía en todos los sentidos a la que me había proporcionado el barón H...; pero esto no demostraba nada, ya que la descripción del barón podía estar basada en gran medida en la de *Frdulein A...*

El banco de *Herr R...* era un banco privado, como lo son todos los grandes bancos europeos. Estaba ubicado en lo que en otro tiempo había sido la casa urbana de alguna familia noble y sobre la puerta podía verse todavía el escudo de armas, cubierto ahora de hiedra, y no tenía por lo demás otra señal de identificación que una pequeña placa de bronce con los nombres de *Herr R...* y sus socios grabados en ella. En el interior, la atmósfera era más majestuosa, aunque tal vez de menos buen gusto de lo que habría debido de ser en tiempos de la noble familia. Colgaban de las paredes retratos con marcos dorados y los empleados estaban sentados a mesas taraceadas, en sillas tapizadas. Pregunté por *Herr R...* y me dijeron que no me iba a ser posible verlo esta tarde; le hice llegar una nota haciendo de refilón una alusión a unos «sueños inquietantes», y, a los cinco minutos, me hicieron pasar a un lujoso despacho que debía de haber sido en algún tiempo el dormitorio del dueño de la casa.

*Herr R...* era un hombre alto y —pensé yo— pesaba más kilos de lo que con toda probabilidad habría recomendado su médico. Aparentaba unos cincuenta años, y había fuerza en su rostro ancho y carnoso; la frente ancha y el voluminoso cráneo sugerían un gran intelecto; y en los ojos pequeños y oscuros, que no paraban de moverse mientras captaban el aspecto de mi persona, la expresión de mi cara y la posición de mis manos y pies, había ingenio.

Ningún pretexto iba a servirme con semejante persona, y le dije claramente que venía como emisario del barón H... Que sabía lo que lo tenía preocupado y que, si cooperaba conmigo, yo le ayudaría cuanto pudiera.

—Lo conozco a usted, *monsieur*, por su fama. Un negocio en el que soy asociado lo empleó a usted hace tres años en el asunto de cierta momia. —Nombró la empresa—. Habría debido pensar en usted.

—No sabía yo que tuviera usted relación con ellos.

—No la tengo, en cuanto abandone usted esta estancia. No sé qué recompensa le habrá ofrecido el barón H... en caso de que aprehenda al hombre que me está hostigando, pero yo le daré, además de eso, una suma igual a la que se le pagó por la momia. Entonces, podrá usted retirarse a vivir en el sur, si lo desea, y pagar el alquiler de una decena de villas.

—No lo deseo —repliqué yo—, y habría podido retirarme hace tiempo. Pero lo que usted acaba de decir me interesa. ¿Está seguro de que su perseguidor es un ser vivo?

—Conozco a los hombres. —*Herr R...* se recostó en su sillón y miró fijamente el techo pintado—. Cuando niño, yo vendía rollitos de hoja de col rellenos en la calle. ¿No lo sabía? Mi madre los cocinaba, con leña que recogía ella misma allí donde estuvieran derribando un edificio, y yo los vendía con un carrito. Llegué a verla con un montón de lacayos y la mejor casa de Lindau. Nunca fui a la escuela;

aprendí a sumar y restar en las calles; cuando tengo que multiplicar o dividir recurro a mi contable. Pero he aprendido a conocer a los hombres. ¿Cree usted que ahora, después de cuarenta años de práctica, me dejaría engañar por un fantasma? No, es un hombre (le confesaré que más fuerte que yo), un hombre de carne y hueso y cerebro, un hombre que he visto en alguna parte, en algún momento, aquí en esta ciudad, y más de una vez.

—Describalo.

—Alto como yo, más joven, quizá de treinta o treinta y cinco años. Con una barba castaña ahorquillada, así de larga. —Se colocó la mano a unos quince centímetros por debajo de la barbilla—. Cabello castaño. Todavía no tiene canas, pero me da la impresión de que empieza a escasearle un poco en las sienes.

—¿No se acuerda?

—En el sueño lleva una corona de rosas; no puedo decírselo con seguridad.

—¿Hay alguna cosa más? ¿Alguna cicatriz o señal que lo identifique?

*Herr R...* asintió con la cabeza.

—Se ha hecho daño en la mano. En el sueño, cuando tiende la mano para coger el dinero, veo sangre en ella; la sangre es de él, ¿entiende? Como si una herida reciente se hubiera vuelto a abrir y empezara a sangrar de nuevo. Sus manos son largas y delgadas, como las de un pianista.

—Quizá sería mejor que me contara el sueño.

—Desde luego. —Hizo una pausa y su rostro se ensombreció, como si narrar el sueño fuera volver a vivirlo—. Estoy en una enorme casa. Ocupo un lugar importante en ella, casi como si fuera el propietario. Pero no soy el propietario...

—Espere —interrumpí yo—. ¿Hay una sala de banquetes en esa casa? ¿Hay un pórtico con pilares, y está rodeada por un jardín?

Por un instante, los ojos de *Herr R...* se abrieron de par en par.

—¿Ha tenido usted también sueños así?

—No —contesté yo—. Es sólo que creo haber oído hablar de esa casa. Continúe, por favor.

—Hay muchos criados; unos hombres están trabajando en los campos que hay más allá del jardín. Yo les doy instrucciones... los detalles son distintos cada noche, ¿comprende? A veces me ocupo de la cocina, a veces del ganado, a veces del drenaje de un campo. Cultivamos trigo, principalmente, parece; pero también hay un viñedo y un huerto. Y, naturalmente, hay que limpiar y barrer la casa y mantenerla en buen estado."No hay esposa; la madre del propietario vive con nosotros, creo, pero no se ocupa mucho de la casa; eso me lo deja a mí. Si quiere que le diga la verdad, nunca la he visto en realidad aunque tengo la sensación de que está allí.

—¿Se parece esa casa a la que usted compró para su propia madre en Lindau?

—Sólo en la medida en que una casa grande se parece a otra.

—Entiendo. Continúe.

—Todas las noches me paso un buen rato dando órdenes, y a veces repaso las cuentas. Llega entonces un miembro del servicio, generalmente una criada, y me dice que el propietario desea hablar conmigo. Yo estoy de pie frente a un espejo (puedo verme con tanta claridad como lo veo a usted ahora) y me arreglo la ropa. La criada trae agua de rosas y un trapo, y yo me limpio la cara; luego voy hasta donde está él.

»Está siempre en una de las habitaciones de arriba, sentado a una mesa con su libro de cuentas abierto ante él. Detrás de él hay una ventana abierta, y a través de ella veo la copa de un cerezo en flor. Durante un momento largo (unos diez minutos, supongo), permanezco de pie ante él mientras él vuelve las páginas de su libro mayor.

—Parece que se siente usted perdido, *Herr R...*, algo no frecuente en usted, me da la impresión. ¿Qué ocurre entonces?

—El dice: «Me debe usted...» —*Herr R...* se detuvo—. Ése es el problema, *monsieur*. Nunca recuerdo la cantidad, pero es una suma importante. Dice: «Y debo pedirle que zanje la cuenta inmediatamente».

—Yo no tengo esa cantidad, y así se lo digo. Él contesta: «Entonces, debe usted abandonar mi servicio». Yo caigo de rodillas al oír esto, le ruego que me deje seguir trabajando para él y señalo que si me despide me quedaré sin mi fuente de ingresos y jamás podré efectuar el pago. No me gusta tener que contarle a usted esto, pero el caso es que lloro. A veces golpeo el suelo con los puños.

—Prosiga. ¿Conmueve su súplica al Señor de los Sueños?

—No. Me pide otra vez que le pague la suma entera. Le he dicho varias veces que soy un hombre rico y que, si me permitiera efectuar el pago en la moneda de este mundo, satisfaría la cuenta inmediatamente.

—Eso es interesante. Generalmente, esa presencia de ánimo en nuestras pesadillas no es lo normal. ¿Qué dice él entonces?

—Normalmente, me dice que no sea tonto. Pero una vez dijo: «Esto es un sueño. Debe usted de saberlo ya a estas alturas. No esperará pagar una deuda real con la moneda de los sueños».



Tiende la mano para recoger el dinero y me habla. Veo entonces sangre en la palma de la mano.

—¿Le tiene usted miedo?

—Oh, sí, muchísimo. Me doy cuenta de que tiene total poder sobre mí. Lloro, y por último me arrojo a sus pies... meto la cabeza debajo de la mesa, créame, llorando como un bebé.

—Se levanta entonces y me pone en pie y dice: «Jamás podrá usted pagar todo lo que debe. Y es usted un servidor falso y deshonesto. Pero su deuda queda olvidada, para siempre». Y, mientras yo miro, arranca una hoja de su libro de cuentas y me la entrega.

—Entonces, el sueño tiene un final feliz.

—No. No termina todavía. Me meto el papel debajo de la camisa y salgo, limpiándome la cara con la manga. Soy consciente de que si alguno de los otros miembros del servicio me ve sabrá en seguida lo que ha ocurrido. Me apresuro a llegar a mi propio despacho; hay allí un brasero, y deseo quemar la hoja del libro del propietario.

—Entiendo.

—Pero, justo delante de la puerta de mi despacho, me encuentro con otro sirviente: un sirviente de rango superior, como yo, puesto que va bien vestido. Sucede que ese hombre me debe una considerable suma de dinero y, ocultándole lo que me acaba de ocurrir, le exijo que me pague en seguida. —*Herr R...* se levantó de su sillón y empezó a medir la estancia con sus pasos, mirando a veces las escenas pintadas de las paredes y a veces la alfombra turca del suelo—. Verá, a menudo he tenido motivos para exigir dinero de ese modo, aquí en este despacho.

»El hombre cae de rodillas, llora y me ruega que le conceda más tiempo; pero yo me agacho un poco, así, y lo cojo por la garganta.

—¿Y entonces?

—Entonces, se abre la puerta de mi despacho. Pero no es en realidad mi despacho, con mi escritorio y el brasero de carbón, sino el despacho del propietario. Está de pie en el umbral y, detrás de él, puedo ver la ventana abierta y el cerezo en flor.

—¿Qué le dice él?

—Nada. No dice nada. Suelto la garganta del otro, y él se escabulle.

—¿Despierta usted en ese momento?

—¿Cómo podría explicárselo? Sí, despierto. Pero primero estamos allí de pie, y entretanto percibo... ciertos sonidos.

—Si le causa demasiado dolor, no tiene por qué contarme más.

*Herr R...* sacó un pañuelo de seda del bolsillo y se limpió el rostro.

—¿Cómo puedo explicárselo? Cuando oigo esos sonidos soy consciente de que el propietario tiene otros sirvientes, personas que nunca han estado bajo mi dirección. Es como si yo lo hubiera sabido siempre pero no hubiera tenido motivo para pensar en ello.

—Entiendo.

—Sus aposentos están en otra parte de la casa. En las bóvedas que hay debajo de la bodega, pienso yo a veces. Nunca los he visto, pero sé (en ese momento) que son gente horrible, vil y cruel. Sé también que él no me considera a mí mucho mejor que ellos y que, del mismo modo que me permite a mí servirle, se lo permite también a ellos. Estoy (estamos) allí y los oímos venir por la casa. Finalmente, empieza a abrirse una puerta situada al final de la sala. Sobre el picaporte está posada una mano que parece la pezuña de un reptil asqueroso.

—¿Termina ahí el sueño?

—Sí. —*Herr R...* se dejó caer de nuevo en su sillón al tiempo que se secaba el rostro.

—¿Tiene usted esa experiencia todas las noches?

—No siempre es igual—contestó él, despacio—. Varía en algunos detalles.

—Me ha dicho usted que las órdenes que da a los sirvientes de rango inferior varían.

—Hay otra diferencia: cuando empezaron los sueños, yo despertaba al oír crujir las bisagras de la puerta situada al extremo del pasillo. Pero ahora, cada noche el sueño se prolonga un poco más. Tal vez una décima de segundo. Veo ya el brazo de ese ser que abre la puerta, casi hasta el codo.

Tomé nota de la dirección de su casa, que él me dio muy gustoso, y abandoné al banco y me encaminé hacia mi hotel.

A la mañana siguiente, después de comer mi panecillo y tomar mi café, fui al lugar indicado en la tarjeta que me había dado el barón H...; pasados unos minutos, estaba sentado con él en una estancia tan desnuda como esas tiendas desde las cuales se lanzan a las batallas los ejércitos en campaña.

—¿Está listo para iniciar el caso esta mañana? —preguntó.

—Muy al contrario, he empezado ya; de hecho, estoy a punto de entrar en una nueva fase de la investigación. No habría acudido usted a mí si su Señor de los Sueños no estuviera torturando a alguien más aparte de los nombres que me ha proporcionado. Deseo conocer la identidad de esa persona que me ha mencionado.

—Ya le he dicho que hay otros muchos informes. Yo...

—Usted me proporcionó una lista. Son todos miembros de la pequeña burguesía, cuando no personas aún menos importantes. Yo creí al principio que podía deberse a las instancias de *Herr R...* el que usted me hubiera contratado. Pero, cuando me tomé el tiempo para reflexionar acerca de lo que yo sé de sus métodos, me di cuenta de que usted habría exigido de él que pagara mis honorarios si tal hubiera sido el caso. O sea que está usted protegiendo a alguien más importante, y deseo hablar con esa persona.

—La condesa... —empezó el barón.

—¡Ah!

—La condesa ha expresado personalmente cierto deseo de que usted le sea presentado. El conde se opone.

—¿Hablamos del gobernador de esta provincia, si no me equivoco?

El barón asintió.

—El conde Von V... Verá, él es responsable sólo ante la misma Reina Regente.

—Estupendo. Yo deseo oír a la condesa y ella desea hablar conmigo. Le aseguro, barón, que nos veremos. Lo único que queda por ver es si será bajo los auspicios de usted.

La condesa, a la que fui presentado esa tarde, era una mujer de veinte y pico años, de grandes senos y cabellera oscura, con la piel del color de la leche y unos grandes ojos oscuros en los que se reflejaba el miedo y —pensé yo— la piedad insertos en un óvalo perfecto.

—Me alegro de que haya venido usted, *monsieur*. Hace ya varias semanas que el bueno del barón H... busca a ese hombre por orden mía, pero no lo ha encontrado.

—Si yo hubiera sabido que mi presencia aquí iba a complacerla habría venido hace tiempo, fueran cuales fueran los obstáculos. Así que usted, como los demás, está segura de que buscamos a un hombre real.

—Yo salgo poco, *monsieur*. Mi esposo cree que corremos un peligro constante de ser asesinados.

—Y yo creo que no se equivoca.

—Pero, en los asuntos de Estado, vamos a veces en una carroza de cristal hasta el *Ratkaus*. \* Vamos rodeados de ulanos que nos protegen. Estoy segura de que he visto el rostro de ese hombre entre el gentío, antes de que empezaran los sueños.

—Perfecto. Ahora, cuénteme el sueño.

—Estoy aquí, en casa...

—¿En este palacio, donde nos hallamos ahora? —La joven mujer asintió con la cabeza—. Entonces, eso es nuevo. Prosiga, por favor.

—Va a haber una ejecución, en el jardín. —Una sonrisa pasajera se asomó al encantador rostro de la condesa—. No es preciso que le diga que no es ahí donde se llevan a cabo las ejecuciones; pero, en el sueño, no me resulta extraño.

»Creo que yo he estado ausente de la ciudad y acabo de enterarme de lo que va a tener lugar. Salgo corriendo al jardín. Ese hombre al que Barón H... llama el Señor de los Sueños está allí atado al tronco del gran cerezo. Tiene enfrente un pelotón de soldados, que empuñan sus rifles. Al lado del pelotón está el oficial con el sable desenvainado, y mi esposo observa la escena a dos pasos de distancia. Yo grito pidiéndoles que detengan la ejecución. Mi esposo se vuelve y me mira. Digo: "No debes hacerlo, Karl. No debes matar a este hombre". Pero veo por su expresión que lo que digo le parece una tontería, propio de una niña de corazón tierno. Karl... tiene algunos años más que yo.

\* Ayuntamiento. (*N. del T.*)

—Estoy al corriente.

—El Señor de los Sueños vuelve la cabeza y me mira. La gente suele decir que tengo los ojos grandes; ¿cree usted que son grandes, *monsieur*?

—Muy grandes y muy hermosos.

—En el sueño, de repente, los ojos de ese hombre parecen mucho, muchísimo más grandes que los míos, y veo reflejada en ellos la figura de mi esposo. Por favor, escuche ahora

atentamente porque lo que voy a decirle es muy importante, aunque me temo que no tiene mucho sentido.

—En un sueño puede ocurrir cualquier cosa, condesa.

—Cuando veo a mi esposo reflejado en los ojos de ese hombre sé (no sé cómo) que ese reflejo y no el hombre que está a mi lado es el verdadero Karl. El hombre al que he creído real es sólo el reflejo de ese reflejo. ¿Me sigue usted?

—Creo que sí.

—Le ruego de nuevo: «No lo mates. Eso no va a traer nada bueno». Mi esposo hace una seña con la cabeza al oficial, los soldados levantan los fusiles y... y...

—Despierta. ¿Quiere usted mi pañuelo, condesa? La tela es basta, pero está limpio y es mucho más grande que el de usted.

—Karl tiene razón: no soy más que una niña boba. No, *monsieur*, no despierto. Todavía no. Los soldados hacen fuego. El Señor de los Sueños cae hacia delante, aunque sigue retenido al árbol por la cuerdas. Y Karl, a mi lado, se convierte de pronto en un montón de jirones ensangrentados.

En el camino de vuelta al hotel, compré un mapa de la ciudad. Y cuando llegué a mi habitación lo extendí y deposité sobre la mesita. No había duda alguna en cuanto a la ruta que seguía la carroza de cristal de la condesa por la Hauptstrasse, la única calle de la ciudad lo bastante ancha como para que pudiera transitar por ella un carruaje rodeado de hombres a caballo. La ruta que probablemente tomaría *Herr R...* para dirigirse desde su casa hasta el banco coincidía durante unas cuantas manzanas con la Hauptstrasse. El camino que recorrería *Fräulein A...* desde su piso hasta la galena cruzaba la Hauptstrasse por un punto que se hallaba en ese trozo. No necesitaba saber más. A la mañana siguiente, muy temprano, me aposté en la intersección. Si mi hombre seguía con vida después de la andanada que le disparaba la condesa Von V... cada noche, lo más seguro sería que apareciera en este punto en el plazo de unos días, y yo estoy acostumbrado a esperar. Fumé un cigarrillo mientras observaba a los ciudadanos de I..., que discurrían por la calle arriba y abajo ante mis ojos. Transcurrida una hora, compré un periódico a un vendedor y eché una ojeada a sus páginas cuando el tráfico peatonal disminuyó.

Me fui dando cuenta poco a poco de que estaba siendo observado: los seres humanos presumimos de razón, pero hay sentidos sobre los que la razón no tiene ningún poder. No sabía desde dónde era vigilado y, sin embargo, sentía sus ojos posados en mí, mirara yo a donde mirara. Así que sabes de mí, amigo mío, pensé. ¿También yo voy a soñar ahora? ¿Qué ha atraído tu atención hacia un simple extranjero, un extraño, que espera quién sabe qué en esta esquina? ¿Has hablado con *Fräulein A...*? ¿O con alguien que haya hablado con ella?

Sin que se notara, miré arriba y abajo de ambas calles en busca de otra persona que estuviese allí plantada como yo. No había nadie; ningún abuelo adormilado, ninguna mujer, ningún niño, ni siquiera un perro. Desde luego, ningún hombre alto con barba ahorquillada y ojos penetrantes. Luego, las ventanas: las estudié todas una por una, intentando percibir algún movimiento en las habitaciones a oscuras detrás de una abertura aparentemente inocente.

Sólo quedaban los edificios que tenía detrás. Crucé al otro lado de la Hauptstrasse y miré una vez más. Entonces, me eché a reír.

Debieron de tomarme por un loco todos aquellos severos ciudadanos, porque me desternillaba de risa; escupí

el cigarrillo a la acera y me cogí la cintura con las manos temiendo que el cinturón fuera a reventar. ¡Qué presunción, qué impudicia, qué insolencia tan osada la del tipo! ¡Y qué estúpido, qué maravillosamente estúpido yo, que no había reconocido sus viejas historias! A partir de ahora, mientras viva, podré aceptar cualquier caso con agrado, seguir con gran celo al más inepto criminal, sabiendo que existe siempre la posibilidad de que gane en ingenio a un idiota como yo.

Porque el Señor de los Sueños había instalado su propio retrato, en tamaño natural y en fantásticos colores, en Su Ventana. Medio ahogado y farfullando, le envié un saludo y luego, todavía riendo, crucé la calle una vez más y entré donde sabía que iba a encontrarlo a Él. Me aguardaba allí un hombre, no el que yo buscaba sino uno que sabía a por Quién venía yo y sabía tan bien como yo que Su captura estaba fuera del alcance del más eficaz apresador de ladrones. Me arrodillé y allí, aunque supongo que no a satisfacción del barón H... *Fräulein A...*, *Herr R...* y el conde y la condesa Von V..., destruí al Señor de los Sueños tal y como Él ha sido sacrificado tan a menudo, devorando Sus carnes blancas, de trigo, para que podamos

todos poseer vida eterna.

Queridas gentes, seguid soñando.

## Peritonitis

«Esta, pues, es la historia que narró Greylock antes de que los Hombres del Cuello fueran desperdigados para siempre, antes del gran éxodo y la diáspora por las frías tierras del hambre.» En otro tiempo (eso dijo Greylock, lo oyó la madre de mi padre), los Hombres del Cuello gobernaban el Mundo Entero y eran el Mundo, y no había nada entre Talón y Punta del Dedo de la Mano que no fuera suyo. En aquel entonces, una virgen podía comer en la Pantorrilla y beber en los Ojos y dormir donde le viniera en gana sin sufrir daño alguno. Todos los hombres decían entonces «hermano» o «hermana» cuando se encontraban con un niño o una niña, y se respetaba a los ancianos. ¿Cuántos nacieron en aquellos tiempos y vivieron cada momento de la vida en aquellos momentos, y muriendo se alejaron sin soñar jamás que el Mundo no sería así eternamente? ¿Quién puede decirlo? Sus espíritus han ido a parar al Cabello. Para ellos, la oscuridad siguió a la luz, y vinieron las aguas y algunos perecieron; pero esto —todos lo sabían— estaba bien, para que el Pueblo no fuera demasiado grande.

También yo nací en tiempos menores, pero, además, no antes de que incluso esos días menores hubieran casi terminado. Os cuento esto para que lo recordéis y sepáis en vuestro desamparo que Dios fue bueno en otros tiempos. Todo es suyo, todo le pertenece tan sólo a él. Jamás en los tiempos venideros podréis decir entre vosotros que él os ha robado: lo que él toma es suyo; no puede ser de otro modo.

Ningún hombre puede ahora comprender el gozo de aquellos tiempos. No había alimento malo en lugar alguno. Cada bocado estaba lleno de fuerza, de una felicidad indescriptible. Cuando los ancianos —sí, igual que yo soy ahora— comían de esa carne, sus espaldas se erguían y sus ojos se iluminaban; entonces, el antepasado de un millar podía llevar a la buena esposa bajo las sombras de un suave techo.

Los niños de aquellos tiempos comían, y comiendo bailaban a la luz, y cantaban canciones que se les acudían al cantar, una palabra tras otra, y jugaban a un sinfín de gozosos juegos ahora olvidados; juegos acerca de los cuales las abuelas sólo musitaban, olvidados tanto los nombres como las reglas, ya cuando yo era sólo un niño; juegos en los que se corría, se saltaba, se jugaba al escondite, y se brincaba y trepaba y cantaba; jugando en una cadena, cogidos de la mano.

Repito, nadie puede ahora conocer las alegrías de aquellos tiempos, y la mayor de ellas era ésta: que todo hombre y toda mujer veía, según venían la luz y la oscuridad, y luego la luz de nuevo, y según el tiempo llegaba a pesarles, que ese Mundo que era el de los hijos de sus hijos prosperaba.

No me creéis. Oh, no tenéis culpa de ello. ¿Cómo podríais creerme vosotros, que los habéis visto decrecer durante toda vuestra vida, y habéis oído a vuestros padres decir que decrecía también durante la suya? Pero era cierto: se hacía más grande y más hermoso, y más grande el calor. Entonces, aquellas que llamamos todavía las Nuevas Montañas empezaron a crecer, alzando, muy suavemente, sus laderas sobre el nivel de la llanura. En esa época se produjo un cambio en la naturaleza de la carne y nadie —yo eso he oído— podría demostrar que fuera para bien o para mal; ni tampoco puedo decirlo yo ahora. Trajo felicidad, cierto, pero esta felicidad iba acompañada de un millar de pesares; y sin embargo decían muchos, llorando, que era una bendición mayor. No cantaban entonces los comensales sino que se salmodiaban, convirtiendo las viejas palabras allanadas por los labios en cosas nuevas y extrañas, cantos que traían felicidad o lágrimas o terror aun a aquellos que ayunaban. Y a ésta la llamaron la Segunda Era, y fue el tiempo del contrapunto y de los sueños.

También ese tiempo pasó. ¿Qué podemos decir de la Tercera Era? Habéis oído ya narrar con gran frecuencia su historia. Las Nuevas Montañas eran entonces poderosas, y se abatió sobre todos cuantos comían una fiebre de limpia lujuria que se llevó cuanto se había sido antes. Fue entonces —calculo yo— cuando la unidad del Pueblo se rompió y desapareció para siempre. Porque todos menos los más pequeños se separaron, de dos en dos y de tres en tres y de cinco en cinco, y aquellos que volvieron a congregarse permanecieron, pero por poco tiempo. En esa época, si en alguna, se mantenían las promesas de amor que son más viejas que el Pueblo: pues muchas eran las parejas que holgaban en la oscuridad, y también a la luz, con festines suficientes como para engordar a una docena salvo que el amor los mantenía flacos.

Esa época terminó con la era del Nuevo Alimento. De la cima de cada Nueva Montaña, crecidas ya hasta rivalizar con las Caderas, brotó una fuente; y las aguas de estas fuentes no eran claras como lo son las de los Ojos, pero sí blancas y dulces. Muchos fueron los que subieron entonces a las Nuevas Montañas para probarlas, aunque su fluir duró menos de lo que dura una vida. Fue ésta la Cuarta Era, y el final del principio. Porque cuando esas fuentes murieron, las Nuevas Montañas desaparecieron; y el Vientre, que, apenas percibido, había crecido por encima de los Riñones, se marchitó en una sola noche de oscuridad.

Muchos se sintieron entonces condenados; esta sensación estaba en la carne, se decía, pero también en el aire. El Mundo era más pequeño. Vino entonces la División. Decían algunos que no había Dios, y nosotros, los Hombres del Cuello, los expulsamos por su blasfemia, más allá de las Nuevas Montañas, a los Riñones. Dijeron otros que el mismo Mundo era Dios; y éstos, gentes fieras y terribles, treparon hasta el Rostro. Pasamos a llamarnos entonces Hombres del Cuello, pero más allá de nuestra jactancia sentíamos temor; porque, si bien los Hombres de los *Riñones* podían beber allí de aguas impuras, nosotros necesitábamos llegar hasta los Ojos cuando no podíamos comer más sin beber, y temíamos que los que estaban más arriba nos lo impidieran. Unos pocos, valientes y veloces, se aventuraron los primeros, desafiando a los Bosques del Espíritu a venir hasta los lagos desde el norte y regresando por el mismo camino turbulento. Pero ciertamente regresaron, y otros después de ellos, hasta que llegamos a saber que aquellos a quienes temíamos habían abandonado todas las tierras de la luz para habitar en la Boca, donde, según decían, las aguas poseían a veces una cualidad mágica e inefable. Hablaban de la Tercera Era, y de la Segunda y de la Primera: todas ellas, decían, habían regresado no con la carne, sino con las aguas de la Boca. Con estas declaraciones se mofaban de nosotros y nos lanzaban piedras afiladas que caían desde los Dientes. Pero pudimos ver que, si bien fieros, eran pocos; y cuando les preguntábamos, gritando desde lo lejos, no contestaban.

Fue en esta época cuando la mujer Cantora de Más Hondo fue robada por un Hombre del Rostro, y en esos tiempos nací yo; sí, los vi, con estos mismos ojos que te contemplan ahora, y los recordé en la época en que yo era un niño.

Más Hondo no era más fuerte que otros hombres, ni más veloz; y otros había más inteligentes que él. ¿Por qué entonces se lo consideró a él un héroe y a ellos no? Fue ésta la pregunta que yo hice a mis padres; y su respuesta fue que él había hecho una cosa maravillosa, ir a Siempreoscuro para recuperar a la mujer que amaba; pero esta contestación no era una respuesta: ¿acaso no habría hecho cualquier otro más fuerte, más rápido y más astuto lo mismo que Más Hondo? No, había en él algo mejor que la fuerza o la astucia, algo que le hacía avanzar en lugar de retroceder. Era esto lo que hacía de Más Hondo un héroe, lo que lo llevó a Siempreoscuro y lo trajo a la luz de nuevo, con vida.

En cuanto a Cantora, ¿qué puede decir un viejo? Su belleza era para mí una tortura, si queréis, aunque yo era por ese entonces tan sólo un niño. Jamás he visto a otra ni la veré: ella nos ennoblecía a todos; allí donde ella estuviera presente era, mientras duraba su presencia, un lugar de paz y belleza. De la desgracia que le aconteció era yo entonces demasiado joven para saber, pero lo cito como me lo contaron.

Con otras de su edad y una guardia de hombres, uno de los cuales era Más Hondo, a la sazón llamado con otro nombre menor, ella viajó hasta los Ojos para bañarse. Porque, en esa época, los hombres no se metían ya en el siniestro Cabello para llegar hasta los lagos del norte. Todavía no eran lo bastante atrevidos como para acercarse demasiado a las comisuras de la Boca: no, la ruta aceptada, considerada entonces como seguro, consistía en sortear el soto más meridional del Cabello, cerca del Oído, y desde ahí trepar hasta los Ojos por una cuesta oblicua.

En esta empresa se hallaban empeñados ese grupo de muchachos y muchachas cuando se abatió sobre ellos tal calamidad que nosotros, de esta era posterior, sabemos mucho más de ella que ellos mismos. Se desbordaron las aguas del lago más próximo, formando una gran masa líquida que se abalanzó sobre ellos; y se desperdigaron y ninguno aguardó a los demás, sino que cada uno huyó en la dirección que le pareció la más fácil. Ocurrió, pues, que el camino de Cantora la llevó hasta la Boca.

Cuando La lágrima hubo pasado, los muchachos y muchachas se unieron de nuevo, para reír y contar todos la huida vivida, hasta que, hechas las cuentas, su risa se apagó. Buscaron entonces arduamente a Cantora, pero no fueron a la Boca, hasta que, con el paso del tiempo, acabaron tomando conciencia de que si Cantora, en realidad, no había sido arrastrada por las aguas, era ahí donde debían buscarla. Nadie habló de este conocimiento, cada día más fuerte entre ellos; y durante tiempo no se miraron el uno al otro, avergonzados; pero ya Más Hondo

se había ido.

A nadie había hablado él de su plan, que consistía en ir solo hasta los mismos precipicios de los Labios, y desde estas alturas oscuras, de mal agüero, mirar él solo a los mismos Dientes, los terroríficos portales del reino sin sol, encontrar dentro de él la fuerza necesaria para entrar; semejante hombre no es como nosotros, aunque camine entre nosotros; los fantasmas que vagan eternamente por el Cabello podrían, si vieran a un hombre viviente pasear sin miedo por donde ellos están acostumbrados a tomarse las libertades permitidas a los Muertos, creer que él era un fantasma igual que ellos; pero —si es que no somos todos espectros ya— no sería así, porque él tendría vida. Por ello es que los hombres, tú y yo, cuando vernos a un Más Hondo, lo creemos nuestro igual.

A menudo le pregunté yo —era joven y desvergonzado— acerca de lo que encontró dentro de los Dientes, y del rescate de Cantora. Poco fue lo que me dijo. Hay cuevas de agua bajo la Lengua, según él. Nadó en ellas a media luz por entre olas más claras, y sin embargo más gruesas, que las de los lagos; y se encontró con una raza gentil que le rogó no seguir adelante, y le ofrecieron en lugar de Cantora doncellas claras como la leche, lánguidas y gentiles y enamoradas del amor, a las que él desdeñó. Nos llamamos a nosotros mismos el Pueblo del Cuello, pero, ¿quién si no Más Hondo conoció jamás la medida de aquel reino?; ¿quién si no él, en la larga canción de la historia, descendió por la Garganta? Este camino tomó, dejando atrás el último resto de luz. Encontró allí a salvajes y, después de derrotar a su jefe en un solitario combate, pactó con él cuando sus vasallos huyeron —hasta que el hambre le obligó a contar la historia del fallecimiento de Cantora y del de su apresador. Más hondo habían ido, según decía él, e incluso la poderosa fuerza de Más Hondo —así lo narraba él mismo— murió con él.

Vinieron entonces las aguas, pero no como nosotros las conocemos. Los difusos riachuelos de la Garganta se volvieron negros mientras las aguas se multiplicaban, y vinieron entonces a la mente de Más Hondo, en la presurosa confusión de esas aguas, todos los pensamientos que hayan podido conocer los hombres, y supo que él era valiente y temeroso, feliz y pesaroso, Dios y nada: todo al mismo tiempo y sin causa. Y aunque su pensamiento le dijera que hacer esto era la muerte, se zambulló en las aguas y nadó con ellas, riéndose de esta muerte, riendo entre las olas, ebrio de placer en la oscuridad, sabiendo que era la muerte, pero ansioso por morir así.

Llegó así a las profundidades, a Siempreoscuro, y oyó allí el llanto de Cantora. ¿Quién podrá narrar una historia que nació en las tinieblas? De qué modo la encontró y mató a su apresador, ahogándolo, aunque él deliraba, en la corriente de la locura. De qué modo el Pueblo Interior los vencieron, ellos que comían entonces lo que recibían de las aguas, esos seres invisibles que jamás se yerguen al sol, aplastando a Más Hondo con su masa ingente; cómo él, su esclavo, les enseñó a arrancar la carne que pisaban y a vivir así de acuerdo con la ley, y de qué modo ellos le concedieron la libertad, y también a Cantora, una vez que ellos quisieron; de qué modo ambos se abrieron camino entre dificultades y peligros hasta llegar de nuevo al Cuello; todo esto ya es más de lo que yo puedo decir. Pero debes conocer el valor y la historia de tu Pueblo antes de seguir viaje; y yo te la he contado.

Campo y colina están ahora fríos, y el mismo Mundo moribundo o muerto, y las tierras están llenas de devoradores de cadáveres. Es hora de que te vayas.

«Ésta fue la última historia.»

## **La mujer que amaba al centauro Pholus**

Sonó el teléfono de Anderson, y, naturalmente, era Janet. Anderson, tumbado en la cama, puso los pies en el suelo antes de colgar. Luego miró su reloj. Las cuatro y veinte de la madrugada. La luz de la luna sobre la nieve derretida del exterior enviaba una falsa alba a sus ventanas.

Encendió la luz de la mesita de noche, encontró las zapatillas y luego se las quitó de una patada. No había tiempo para zapatillas. El caballito de mar que Dumont —seguro que también Dumont estaría allí— había hecho para él levantó la cabeza y la melena espumeante por encima del borde del acuario y relinchó, un sonido tan agudo que habríase dicho el gorjeo de un pájaro.

*Tal como eran, ningún ser mortal  
A uno del otro distinguir podía; Blancas como la nieve eran ambas armaduras,  
Sus corceles blancos como la nieve. Jamás sobre ámbito terrenal  
Relució tan rara armadura. Y jamás corceles tan gallardos  
Bebieron de corriente terrenal.*

¿Quién habría escrito esto? No se acordaba.

Antes de acostarse había llenado el termo de acero inoxidable de café escaldado, diciéndose a sí mismo que no lo iba a necesitar y que se lo tomaría con el desayuno para no desperdiciarlo.

Camisa de lana de leñador a cuadros, pantalones de caza de lana, calcetines gruesos, botas de caza con la suela de goma, cazadora, parca, gorra de marinero. ¿Guantes y brújula en los bolsillos de la parka? Sí. Tenía ya la señal en el coche, y las cadenas puestas. Arrancó sin problemas; salió de estampida del camino de acceso y tomó la calle silenciosa. Ya voy, Janet. Ya voy, Pholus, o quienquiera que seas. ¡Demonios!

A comienzos de invierno él solía salir vestido con el traje que llevaba en el campus, con el mismo abrigo y el mismo sombrero. Pero había aprendido, abriéndose paso por la nieve mucho antes de que las balas de ametralladora destrozaran a la débil y asustada sirena, la mujer-pájaro cuyas plumas esparcidas ayudó a Dumont a recoger al marcharse los soldados. Una compañía de ventas por correo ofrecía todo tipo de equipo para el frío. Los precios eran altos, pero la calidad excelente. Jamás sobre ámbito terrenal... ¿Cómo decía después? Algo, algo, algo...

*Sobre las olas verdes que suavemente se hinchan y pliegan, La bella Anfitrite guía su concha de plata;  
Los juguetones delfines estiran la rienda de seda, Oyen su dulce voz, y se deslizan por el océano.*

No, no era eso, eso era Darwin, el padre —o sería el abuelo— del Darwin de Dumont, el Darwin del *Beagle*. Anderson giró y cogió la interestatal. Kilómetro tras kilómetro, las luces de cola de los coches que tenía delante parecían los ojos colorados de bestias que hollaran la nieve en la noche.

Finalmente, y sólo por oír una voz, Anderson dijo en voz alta:

—Venden de todo menos cera de Odiseo. Pero bueno, yo no necesito cera.

Había estado pensando en el toro con cabeza de hombre, Nin, de Asiría; también a éste lo habían matado, y el recuerdo de sus alas le sugería de nuevo la sirena. Como si la radio lo hubiera oído y se hiciera cargo de su soledad, musitó: «Disyuntor uno uno. Aquí Sombelené para Peirithous. Entra, Peirithous».

—Aquí estoy, Sombelené —contestó Anderson.

No sabía dónde había descubierto Janet este nombre. No se hallaba en ninguna de las referencias que él había consultado.

—Ve más allá de la señal indicadora de los Dells, Peirithous. Al cabo de unos cuatrocientos metros, verás un camino sin señalizar a tu izquierda. Estamos unos cinco kilómetros más adelante.

—Diez-cuatro y fuera —dijo Anderson. Aborrecía los seudónimos y estaba seguro de que los del Ejército sabían de todos modos quiénes eran ellos.

A modo de confirmación, llegó desde lo alto el ruido de trilladora de un helicóptero, cada vez más fuerte, y más, y más. Pasó por encima del coche a la altura de las copas de los árboles, al menos a ciento treinta, y desapareció detrás de la cresta de una colina.

—Disyuntor uno uno para Sombelené. Helicóptero en camino.

—Diez-cuatro, Peirithous.

Así que Janet lo sabía, y lo sabía quienquiera que estuviera con ella. Y, naturalmente, también los soldados del helicóptero.

*«Salve a todos, amados pájaros», gritó. «Mis camaradas de la marea*

*oceánica.»*

Anderson pasó por delante de un cartel que mostraba la pequeña nave de rueda a popa *Apollo 2* y se introdujo en el siguiente camino sin señalar. Había huellas de neumático recientes en la nieve, y empezó automáticamente a mirar a derecha e izquierda aunque sabía que difícilmente iba ver nada desde el camino. Pero a lo mejor sí. ¿Cómo decía?

*¿Lo tomarás empero todo, Galilea?,  
pero éstos no los tomarás, El laurel, las palmas y el pean, los pechos  
de las ninfas en el matorral...*

El sol asomaba ya por encima de las colinas nevadas e, inexplicablemente, Anderson vio que se sentía mejor de ánimo, se dirigía al combate, a luchar por lo único por lo que sabía valía la pena luchar. Por una vez no pudo recordar una cita, pero sí recordaba su sentido, y no sólo con la mente sino en los pies y en las manos, en el vientre y en el corazón y en el cerebro. Después de esto, sólo quedaba luchar y ganar. Lo primero era librar el combate que valía la pena. ¿Dónde podría estar él, si no aquí?

Coronó la cuesta a más de ciento veinte y vio los coches y las señales y la gente congregada. El helicóptero se había posado en un campo justo detrás de un bosque de abedules, y había dos camiones del ejército vestidos de color oliva. Puso los frenos e inició un largo descenso, deslizándose, conduciendo tal como había aconsejado el conductor de coches de carreras por televisión, sin el menor miedo por ahora pero consciente de que, de algún modo, debía de estar borracho. El coche viró noventa grados, patinó y se detuvo a menos de cuatro metros del camión más próximo.

El hombre de la barba sonrió por debajo de los pelos y pareció alzarse de puntillas.

—Hay más de uno, ¿verdad? He oído hablar de ellos. Se siente uno como Adán.

—Nos hallamos —dijo Anderson— en el margen de una de las zonas boscosas más grandes de Wisconsin. Mucha gente los trae aquí, y otros se meten solos. Según un amigo mío experto en estadística, hay tasas de poblaciones en disminución de las que apenas sabemos nada. Sienten su presencia y van detrás de ellos hasta lugares como éste. Hay unos cuantos en Minnesota también, y en el norte de Michigan.

—Parece que las Montañas del Humo —añadió Janet— están llenas. El doctor Dumont piensa ir allí este verano.

—¿Profesor Anderson? —Era el coronel.

—Eso creo —contestó Anderson.

—El dossier que he visto es un poco esquemático, pero me ha parecido reconocerlo a usted por la foto. ¿Qué enseña? ¿Biología, biofísica?

—Literatura clásica.

—Vaya, muy interesante. A mí también me gusta Sherlock Holmes y Kipling. Supongo que eso de la ingeniería biológica es para usted un hobby. —Anderson negó con la cabeza. El coronel miró a su alrededor como esperando ver salir al Minotauro de un establo de vacas—. Yo veo su conveniencia en algunos casos. Supongo que, eventualmente, habrá un procedimiento de licencia y cierta supervisión. En estos momentos, la cosa está muy liada.

—La cuestión es de qué lado está el lío.

—Sí, supongo que sí. ¿Se ha enterado de lo que mataron ayer en Market Street, en Filadelfia? Un gato con cabeza de serpiente. Era grande como un perrito.

—Hay muchos gatos grandes como perritos, y yo supongo que sería un cazador mucho menos inteligente que la mayoría de gatos. Sin duda era alguien haciendo pinitos para alcanzar una quimera.

El coronel no pareció haberlo oído.

—Fabrican esas cosas y luego no saben qué hacer con el resultado. Y, en lugar de destruirlos, van y los sueltan. Es curioso, ¿no le parece?, que todas esas cosas desarrolladas en un principio por científicos inteligentísimos acaben convirtiéndose en algo que cualquiera puede hacer en el sótano. Fíjese en la televisión: coge usted un equipo de herramientas y se construye una televisión tan buena como la que pueda encontrar en el mercado. O los aviones: un tío con el que yo estuve en West Point está construyéndose un avión en su garaje.

Anderson dijo:

—Si los hermanos Wright no hubieran sido capaces de construir el primero en un taller de bicicletas, no habría hoy aviones.

—Quizá. —El coronel no parecía muy convencido y Anderson decidió que creía que el avión era un invento de Boeing—. De todos modos, mis órdenes son que se haga una limpieza de esto. Usted y sus seguidores están obstaculizando.



—No son mis seguidores, simplemente creen lo mismo que yo. O, más bien, yo creo lo mismo que ellos.

—En su dossier pone que es usted uno de los líderes, profesor Anderson. Es usted un hombre, y la mayoría son mujeres; es usted culto y es usted el más alto. ¿A quién creería usted el líder si estuviera en mis zapatos?

—Si yo estuviera en sus zapatos probablemente me equivocaría también acerca de otras muchas cosas —contestó Anderson, pero no tenía ya la atención puesta en la conversación.

Un camión venía por lo alto de la colina, y al principio creyó que se trataba del remolque del Ejército. El hombre barbudo y varias de las mujeres lanzaron vítores, y Anderson vio el letrero del camión.

El coronel dijo algo inaudible a un capitán, el capitán masculló algo a un sargento y el sargento ladró algo a la tropa, que formó. Janet y el barbudo azuzaron a sus acólitos, que formaron una hilera bastante dispersa, y Dumont bajó de la furgoneta y se unió a ellos. De repente, Anderson comprendió que era esto lo que todo el mundo estaba esperando. El Ejército demostraría que actuaba sin brutalidad y permitiría a un público constituido por millares de personas sentir la emoción de la caza. Los manifestantes plantearían su caso ante el mismo público e intentarían provocar simpatía por los perseguidos.

Un hombre armado de un micrófono bajó del camión, seguido de otro provisto de una cámara. Guiados por un instinto infalible, ambos se dirigieron a Janet. Anderson quería que el coronel viera esto, pero el coronel estaba ocupado en tener aspecto castrense mientras inspeccionaba a las tropas del fondo. En un tono bajo, el hombre del micrófono localizó su canal e indicó que toda la película que se filmara saldría en las noticias de las doce. A continuación, conectó el micrófono.

—Deben ustedes darse cuenta de que van a asesinar a una persona aquí —dijo Janet sin preámbulos—. Probablemente alguien con el corazón y la mente de un niño.

—¿Ustedes también se dedican a crear vidas de este modo?

Dumont se inclinó hacia el micrófono, los ojos puestos en la cámara.

—Yo sí. Dése cuenta de que es completamente legal, y al mismo tiempo, moralmente impecable. No es como las investigaciones de este tipo con bacterias. Esto no produce plagas. Lo que ocurre es que los productos de este trabajo están desposeídos de la protección que se proporciona a los animales salvajes.

El entrevistador preguntó:

—¿Cuál es su finalidad al hacer esas cosas?

Janet puso una mano sobre el hombro de Dumont y Anderson, aun sabiendo que estaba posando para la cámara, sintió cierta emoción ante la belleza de su perfil.

—Hemos perdido a muchos de los compañeros que teníamos en este mundo. Todas las grandes ballenas, el gorila, dos tipos de leopardo, y todo ello en el curso de los últimos diez años. Ahora, la Humanidad puede hacer realidad lo que siempre ha amado. Podemos ver ahora a los amigos con los que soñaron nuestros antepasados. El mundo es lo bastante grande para todos, y algunos de nosotros no queremos tener que vivir aquí solos.

Las patrullas se alejaban ahora a pie, al parecer con la esperanza de arrastrar al equipo de televisión y alejarlo del lugar. Anderson envió a dos manifestantes con cada una y les dijo que se pusieran entre los perseguidos y los M16 de los soldados si ello les era posible. Si se atrevían. Detrás de él, el hombre de la barba hablaba.

—Dios dio al primer ser humano la autoridad para poner nombre a las criaturas, y, en el lenguaje de la Biblia, poner nombre es crear. «Al principio fue el Verbo.»

Anderson se encontró de hecho trotando también detrás de una patrulla. A pesar de las armas y la impedimenta, los jóvenes soldados se movían con mayor rapidez que él, y, aunque dejaban huellas claras en la nieve, los perdió de vista cuando se introdujeron en el bosque de abedules. El helicóptero zumbaba de nuevo en lo alto. Anderson utilizaba el palo indicador como bastón de mando. El viento que agitaba las ramas olía a primavera y parecía hecho de algo más puro que el aire; y sintió de nuevo, como le había ocurrido en el coche, que él era de algún modo un privilegiado. Pasado aproximadamente un cuarto de hora, divisó a los soldados; o tal vez fueran otros soldados. Parecían haberse parado a examinar una pista que sus propios pies pronto borrarían. Desaparecieron de nuevo casi al instante. Exultante por la conciencia de que no había oído todavía un disparo, Anderson se apresuró tras ellos...

El sol se alzaba por encima de los árboles. Por dos veces, el helicóptero había girado sobre su cabeza y desaparecido. La brújula de bolsillo que Anderson había comprado hacía sólo

unos meses se había perdido en algún lugar de la nieve. Tal vez porque éste se moviera, fue a Dumont a quien Anderson vio primero. Su parka negra destacaba contra el blanco de la nieve. En seguida tuvo ante sí a Janet con su traje rojo de esquí.

*Oh, Padre Júpiter, si en algún momento yo te he ayudado, concédeme este solo deseo.*

Los llamó y ellos contestaron; y algo en sus voces cansadas le dijo que estaban tan perdidos como él y que habían estado discutiendo acerca del camino a seguir.

Cerca de donde estaban ellos, una pequeña corriente ahogada por el hielo discurría ondulante a través de la nieve; y había rocas semivestidas de nieve. El sol, demasiado alto ya para que pudiera servir de orientación, sacaba destellos de los escasos copos que danzaban todavía en el aire.

—Bueno, aquí estamos —dijo Janet, y se echó a reír—. ¡Los tres jefes de ruedo! ¡Vaya jefes! Apuesto a que tampoco tú sabes cómo regresar, ¿verdad, Andy?

Anderson sacudió la cabeza.

—Encontraremos el camino.

—Espero que a Paul le haya ido mejor.

Anderson decidió que Paul debía de ser el barbudo. Dumont dijo:

—Deberíamos dividirnos. —Y, justo en ese instante, una pequeña figura apareció desde detrás de unos matorrales cubiertos de nieve y avanzó vacilantemente.

Tenía las orejas puntiagudas y su rostro era el de un niño inteligente y enfermizo; de entre una maraña de rizos oscuros surgían dos cuernecillos. Al principio, Anderson creyó —absurdo— que llevaba una faja de color escarlata. Janet lanzó un gemido y cayó de rodillas a su lado, y la criatura dejó caer la faja escarlata. Había dedos en su extremo, y de ellos goteaba sangre.

—¡El brazo! —susurró Janet—. Oh, Dios mío, pobre brazo.

Ella y Dumont sacaron los botiquines. Hasta este momento no se le había ocurrido a Anderson que, si el Ejército disparaba a algo, quizá le correspondiera a él curarlo. Esto era ya casi demasiado, después de la pérdida de la brújula. Experimentó un autodesprecio casi tan grande como la euforia que había sentido antes, pero, al mismo tiempo, se vio obligado a mirar el brazo mutilado del fauno como si también él dispusiera de vendajes y penicilina.

—¡Le han disparado! —musitó Janet—. ¿Imagináis? Han disparado contra este cuerpecito, esta pobre criatura.

Dumont puso un torniquete en torno al brazo del fauno.

—Te vienes con nosotros, chico. Tengo un sitio donde podrás quedarte hasta que eso esté mejor.

—Eso no son heridas de bala —dijo Anderson. Janet y Dumont se quedaron mirándolo fijamente; el fauno desvió sus ojos grandes y tiernos—. Yo estuve en los marines; vi películas y, una vez, uno de los hombres de nuestro acuartelamiento se apoderó de munición cargada y disparó a un teniente. También he visto heridas de bala aquí, como las habéis visto vosotros dos. Las balas pinchan la piel al entrar y dejan una corona azul. Si tienen todavía mucha velocidad al salir, se llevan un cono de carne. Si tocan hueso, lo destrozan. Estos huesos no están rotos. Hay heridas de pinchazo, pero, en general, la carne está desgarrada. Lo que haya atacado este brazo lo ha hecho con los dientes; yo diría que ha sido un perro.

Poco a poco, entre minutos de sollozos y a pesar de las ingenuas huidas, salió todo: el mellizo muerto; las pisadas parecidas, pero no iguales, a las de un oso; el terror en el bosque envuelto en invierno. La lengua de la criatura tenía dificultades para formar palabras —Anderson recordó a un niño ceceante que vivía al otro lado de la calle cuando él era también pequeño—, pero pronto se acostumbraron a sus faltas y la protección que aquel fallo les proporcionaba se desvaneció. Pasado un tiempo, les resultaba difícil mirarse a los ojos.

—Finalmente, alguien lo ha hecho —dijo Dumont al fin—. Una vez al menos... probablemente más. No he sido yo.

—En ningún momento hemos pensado que fueras tú —le aseguró Anderson. Habría blasfemado.

—Esas pisadas no pueden ser las de un centauro... —Dumont vacilaba, y su mirada se paseaba de Anderson a Janet—. Un centauro podría matar con los cascos, supongo, o con las manos. Pero sus dientes no serían más peligrosos que los vuestros o los míos. ¿Hombres-lobo?

—Tal vez —contestó Anderson—. Hay otras posibilidades: Anubis y Set, tal vez incluso Narashimha, el hombre-león de los Vedas. Sea lo que sea, vamos a tener que utilizar nuestras relaciones con los demás para conducir a los soldados hasta ellos antes de que maten a un ser

humano.

Dumont asintió, pero los ojos azules de Janet lanzaban chispas.

—¡Sí!, ¿verdad? Te gustaría verlos muertos... muertos a tiros.

De repente, Janet desapareció. Anderson fue corriendo tras ella con Dumont pegado a sus talones. No habían recorrido ni veinte metros por la nieve cuando Anderson oyó el retumbar de unos cascos. Sólo una vez lo había visto Anderson. Lo había creído de color roano, el torso humano, los brazos, el rostro caucásico. Pero Pholus era negro, más grande que el caballo, más grande e inmensamente mayor que hombre alguno, musculoso como un gigante. Pegada a su lomo, aferrando aquellos poderosos brazos con sus delgadas manos, Janet habría podido ser una niña, una niña pequeña que estuviera soñando.

Parecía que fuera a pisotearlos pero, en el último instante, se volvió hacia un lado, enviándoles una espuma de barro y nieve derretida y castigándolos con su mirada salvaje. Anderson vio algo de color rojo. Tal vez Janet había agitado la mano, tal vez no. Jadeando, se detuvo.

Dumont siguió corriendo, pero más despacio aún de lo que corría Anderson. Ciegamente. Estúpidamente.

A Anderson le daba igual. Halló al fauno en el claro del bosque y lo cogió de la mano. La carretera y los coches, todas reliquias del feneciente siglo veinte, salvo él mismo, estarían en la dirección opuesta a la que había tomado Pholus. Anderson se adentró en el bosque tras ellos.

*Entre otras menos notables llegó una forma frágil, Un fantasma entre los hombres; sin  
compañía Como la última nube de una tormenta feneciente, Cuyo trueno es su toque de  
difuntos; él, supongo yo, Había contemplado la desnuda hermosura de la  
Naturaleza,*

*Al igual que Acteón, y ahora se adentraba, Perdido y con paso débil en lo  
desconocido; Y sus propios pensamientos, por aquel camino  
escabroso, Perseguían como perros furiosos a su padre y  
a su presa.*

## **La mujer a la que el unicornio amaba**

En el borde occidental del campus, el paseo despedía un rugiente río de acero y caucho desde el corazón de la ciudad. Pinos fragantes bordeaban el otro lado. El unicornio trotaba por entre ellos, a veces oculto y a veces pisando la franja de hierba áspera que lindaba con la franja de suelo de grava que lindaba con el hormigón. Fue ahí donde Anderson, al mirar por la ventana de su despacho, lo vio por primera vez.

También los conductores y los pasajeros lo vieron; algunos le enviaron un saludo con la mano. Sin duda, algunos gritaron, pero sus gritos no se oyeron. Caras pálidas y caras atezadas se pegaban a los cristales, pero nadie se detuvo. Seguramente algún camionero provisto de una radio portátil informó a la policía.

El unicornio relucía de blanco que era. La cabeza parecía árabe pero los cascos eran de color rojo oscuro, igual que rubíes de sangre de paloma, y la cola no se parecía en absoluto a la cola de un caballo sino que era del tipo que se ve sólo en los animales heráldicos, como la cola de un toro pero con una guedeja adicional de pelo a medio camino de la punta. El cuerno brillaba como marfil bruñido, recto como la hoja de un estoque y largo como el antebrazo de un hombre. Anderson calculó que su estatura sería de un metro y medio.

Se volvió para coger la bolsa de la cámara, que estaba en lo alto del archivador, y, cuando regresó a la ventana, el unicornio se hallaba en medio del tráfico. A doscientos metros de distancia del césped del campus, pudo oír el chirriar de frenos.

*Platón, el funesto dios que jamás perdona,  
que jamás siente piedad ni escucha súplica alguna.*

Anderson recitó para sí mismo el pareado y sólo al pronunciar la palabra «súplica» se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

El unicornio se hallaba ahora a salvo al otro lado, galopando sobre la hierba cortada. (Al

parecer, Plutón sí escuchaba las súplicas, después de todo.) Cuando la cabeza armada se alzó para medir el viento, sonó el teléfono y Anderson descolgó.

—¿Hola, Andy? Dumont. Mira por la ventana.

—Estoy mirando —contestó Anderson.

—Ha caído justo en nuestro regazo. ¿Te imaginas que alguien pueda soltar algo así?

—Sí, no es tan raro. Y me lo imagino también saltando prácticamente cualquier valla que pueda haber sobre la Tierra. Pero, si queremos protegerlo, será mejor que pongamos manos a la obra antes de que los chicos se lo carguen.

Anderson había encontrado el zoom telefotográfico y lo acopló al cuerpo de la cámara. Con el teléfono cogido entre el hombro y el oído, sacó una instantánea rápida.

—Voy a por él. Quiero una muestra de tejido y una muestra de sangre.

—Las tendrás cuando el Ejército le dispare.

—Escucha, Andy. Yo no quiero verlo muerto, igual que tú. ¿Una obra así? Voy a salir ahí fuera ahora mismo, y agradecería toda la ayuda posible. Le he dicho ya a mi secretaria que llame a algunos miembros. Si intervienen el Ejército... bueno, al menos podrás sacar algunas fotos para enviar a los de la televisión. ¿Vienes?

Y llegó Anderson, un hombre alto y atezado, de unos cuarenta años y con una cámara colgando del cuello. Cuando salió del Edificio de las Artes Liberales, había Aproximadamente un centenar de estudiantes rodeando al unicornio. Parecía que éste los había amenazado, porque los estudiantes retrocedieron para acercarse luego de nuevo. El cuerno reluciente se alzó por encima de sus cabezas por un momento, medio jugueteo medio triunfante. Anderson recurrió a su envergadura física y a su estatus en la Facultad para abrirse paso hasta la primera línea.

El unicornio se erguía —no, trotaba, casi bailaba— en el centro de un círculo de quince metros de anchura al tiempo que los estudiantes lo vitoreaban y jaleaban. Un grupito que debía de saber algo acerca de sus aficiones agarró a una rubia vestida con un chándal de animadora y la empujó hacia delante. El unicornio agachó la cabeza como un lancero a la carga; y ella, los senos bamboleándose, regresó atropelladamente hasta el ruidoso gentío.

Anderson bajó la cámara.

—¿Lo tiene? —preguntó un estudiante que estaba a su lado.

—Creo que sí.

Un platillo pasó volando junto a las orejas del unicornio y éste lo esquivó como un caballo vivaracho. Alguien lo devolvió.

—Si este animal se asusta va a hacerle daño a alguien —gritó Anderson.

Dumont oyó la observación, aunque tal vez no los estudiantes. Saludó desde el otro lado del círculo, la cabeza calva reluciente. Cuando el unicornio pasó al trote por delante de él, tendió una hogaza de pan y el animal no le hizo caso.

Anderson atravesó a toda velocidad el círculo, los estudiantes lanzaron vítores y algunos empezaron a cruzar también y a pasar corriendo de un lado para el otro.

—Vaya —dijo Dumont—. Eso son huevos.

—No creas. —Anderson resoplaba—. No me he acercado. Si estuviera furioso no habría nadie aquí.

—Ojalá no hubiera nadie... sólo tú y yo. Todo sería de ese modo muchísimo más sencillo.

—¿No traes esa pistola tranquilizante?

—Está en casa. Nuestro amigo estaría ya lejos cuando yo pudiera volver con ella. Quizá debiera tener una en el laboratorio, pero ya sabes lo que hay... siempre hemos tenido que perseguirlos.

Anderson asintió con la cabeza, escuchando sólo a medias mientras observaba al unicornio.

—Teníamos este pan para dar de comer a los ratones de un proyecto sobre nutrición —prosiguió Dumont—. He puesto dentro algo para tranquilizarlo, es lo único que he podido hacer con las prisas.

Anderson se preguntaba quién llegaría antes, si los Conservacionistas Míticos con carteles de protesta o los soldados con sus armas.

—Dudo de que eso sea suficiente —dijo a Dumont.

Una muchacha se deslizó entre los dos.

—Oiga —dijo—, ¿me deja probar a mí?

Antes de que Dumont pusiera objeciones, cogió el pan y salió ágilmente al centro del círculo, el viento agitando su cabello castaño y corto y la luz del sol reflejándose en sus gafas. El unicornio se acercó a ella despacio, la cabeza gacha.

—La va a matar —dijo Dumont.

Los estudiantes estaban ahora muy callados, tan sólo se oía algún leve cuchicheo. Anderson tuvo que contener el impulso que lo empujaba a salir corriendo e intentar detener a la bestia blanca, hacerla trastabillar y derribarla al suelo si podía. Pero no podría; no podrían ni doce como él, del mismo modo que tampoco habrían podido derribar a un elefante. Si él, o cualquiera de los presentes, intentaban en este momento algo así, seguro que habría muertes.

La muchacha arrancó la hogaza de manos de Dumont: pan blanco corriente de algún colmado. Pasado un momento, se agachó para que sus ojos quedaran al mismo nivel de los del unicornio.

Anderson se oyó a sí mismo musitar:

*Mira el caballo claro:*

*Y su nombre, montado sobre él, era Muerte.*

Y entonces, cuando la tensión llegaba al punto en que le pareció estar a punto de quebrarse, fue el animal el que se quebró. La lanza de marfil se alzó; y el lancero reluciente, imposible, trotó hacia delante, mordisqueó el pan y hociqueó el cuello de la muchacha. Todavía callados, en realidad casi sin respirar, los estudiantes se echaron hacia delante. Un chico con una barba roja e hirsuta dio unas palmaditas al unicornio en las ancas, y una muchacha a la que Anderson reconocía de una de sus clases hundió el rostro en la suave crin. La misma muchacha del pan acarició el fiero cuerno. Anderson se encontró también allí, la mano posada sobre un resplandeciente flanco.

Se dispó entonces la magia, bajo el zumbido de un helicóptero, disuelta como un sueño al cantar el gallo. Se acercaba a vuelo bajo por el parque, un aparato bélico de color azul oscuro. («La policía —pensó Anderson, agitado—, esta vez es la policía y no el Ejército.») Una docena de personas se pusieron a gritar y los estudiantes se dispersaron.

El helicóptero se inclinó haciendo un giro cerrado y volvió arrastrando una columna blanca de gas lacrimógeno. Anderson se puso ahora a correr junto con los demás mientras oía el atronar de los cascos del unicornio por encima, no, por debajo del relincho de la hélice de cuatro hojas. Desde alguna arma automática surgió un borbotón de fuego.

Horas más tarde, de nuevo en el Edificio de las Artes Liberales, se dirigió a los lavabos para quitarse del rostro y las manos las huellas del gas y echarse unas gotas en los ojos, que le quemaban ligeramente. Llevaba el olor del gas en los pantalones y en la chaqueta. Habría que llevarlos a limpiar. Vagamente, pensó que podría ser lo bastante precavido como para tener una muda en el campus.

Cuando abrió la puerta de su despacho, la joven mujer estaba allí. Curiosamente, se puso en pie cuando él entró, como si los roles sexuales no sólo hubieran sido eliminados, sino invertidos.

El le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y ella tendió la mano.

—Me llamo Julie Coronell, doctor Anderson.

—Encantado —contestó él.

Habría podido ser muy guapa, decidió, de no haber sido tan delgada. Y tan nerviosa.

—Yo... lo he visto a usted ahí fuera. Con el unicornio. Soy la que le ha dado el pan.

—Ya lo sé —dijo Anderson—. Yo también me he fijado en usted. Todo el mundo se ha fijado.

La muchacha se sonrojó, algo que él no veía en realidad desde hacía años.

—Tengo más. —La mujer mostró una bolsa de papel marrón—. En realidad, el otro no era mío; se lo he cogido a un hombre que había allí. Creo que es del departamento de Biología.

Anderson asintió.

—Sí, así es.

—Era blanco, el pan. Éste es moreno, *pumpernickel*. He pensado que a él... al unicornio... he pensado que quizá le guste éste más. —Anderson no pudo contener una sonrisa al oír esto, y ella sonrió también—. Bueno, en todo caso a mí sí me gusta más. ¿Conoce la historia del caballo del general? ¿Le estoy dando la lata?

—En absoluto. Me encantaría oír la historia del caballo del general, especialmente si tiene algo que ver con los unicornios.

—No, en realidad, no. Sólo con los caballos, en realidad. Y con el *pumpernickel*. —Creo que era uno de los generales de Napoleón, Bernadotte. Tenía un caballo de batalla favorito que se llamaba Nicole: aquí sería Nicholas o Nick. Cuando la *Grande Armée* ocupó Alemania, los oficiales comían en las posadas campestres alemanas donde les servían el áspero pan moreno alemán con las comidas. Los franceses lo aborrecen, y nadie quería

comerlo. Pero los otros vieron que Bernadotte se lo metía en el bolsillo, y cuando le preguntaron por qué lo hacía, dijo que era para su caballo: *painpour Nicole, pumpernickel*. Des-

pues, los otros siempre estaban bromeando acerca del «pan para caballos» alemán, *el painpour Nicole*, y los alemanes creyeron que se decía así en francés y, como que todo lo francés siempre ha sido muy apreciado en los menús, lo llamaron así.

Anderson rió entre dientes y meneó la cabeza.

—¿Es así como va a llamarlo cuando lo encuentre? ¿Nicholas? ¿O será Nicole?

—Nick, creo. De hecho, esa historia sólo tiene una relación con la etimología popular. Pero me he acordado y me ha parecido adecuado. Nick, porque ahora los dos somos americanos. Yo nací en Nueva Zelanda... y ahora... una de las cosas que yo quería preguntarle: ¿de qué nacionalidad son los unicornios? De dónde son oriundos, quiero decir. ¿Griegos?

—Indios —contestó Anderson.

—Me está tomando el pelo.

Él sacudió la cabeza.

—No indios americanos, naturalmente. Indios como los tigres. Un naturalista romano llamado Plinio parece ser el que creó esa historia. Decía que las gentes de la India cazaban a un animal al que él llamaba el «monoceros». La palabra *unicornio* es la traducción. Ambas palabras significan «de un solo cuerno».

Julie asintió con la cabeza.

—Plinio decía que ese unicornio tenía la cabeza como la de un ciervo, los pies como los de un elefante, cola de cerdo y el cuerpo de un caballo. Bramaba, tenía un cuerno negro que salía de su frente y no se lo podía capturar vivo.

Ella lo miró fijamente.

Él le devolvió la mirada, sin mostrar ninguna expresión, hasta que la muchacha dijo:

—¡Eso no es un unicornio! No es para nada un unicornio. Es un rinoceronte.

—Aja. Específicamente, un rinoceronte indio; los africanos tienen en realidad dos cuernos, uno delante del otro. La descripción de Plinio cayó en manos de los estudiosos de la Edad Media, quienes no sabían nada de rinocerontes, y tampoco de elefantes. Y el unicornio se convirtió en un ser de un solo cuerno que, por lo demás, se parecía mucho al caballo. Se creía que el cuerno de unicornio tenía la virtud de neutralizar los venenos, y los indios no enviaban sus cuernos de rinoceronte a Occidente porque China estaba mucho más cerca y era mucho más rica, y los chinos creían que el cuerno de rinoceronte tenía propiedades afrodisíacas. Se introducían en el país cuernos de narval para satisfacer la demanda, y los cuernos de narval iban a la perfección, porque son hasta tal punto fantásticos que nadie que no haya visto uno puede creer en su existencia. Son de marfil, en espiral y perfectamente rectos. Usted lo sabe, naturalmente. Ha puesto la mano sobre uno de ellos hoy mismo, sólo que ése salía de la cabeza de un unicornio. Dumont diría que de la cabeza de un caballo manipulado mediante ingeniería genética, pero yo creo que nosotros sabemos mejor que él cuál es la verdad.

Julie sonrió.

—Qué maravilla, ¿no? Los unicornios son ahora de verdad.

—En cierto sentido, ya lo eran antes. Como dijo en algún momento Chesterton, pensar en una vaca con alas es, esencialmente, haberse encontrado con una. El unicornio simbolizaba la pureza masculina: al fin y al cabo, es lo bastante importante como para buscarle un símbolo. Pintaban unicornios en los escudos y los cosían a las banderas. Un unicornio rampante en el escudo de Escocia, del mismo modo que el águila calva es el emblema de este país, y eventualmente ese unicornio acabó siendo uno de los tenantes de las armas británicas. La imagen, la idea, existe desde hace mucho tiempo. Y ahora es tangible.

—Y yo me alegro, me gusta que sea así. Doctor Anderson, el verdadero motivo por el que he venido a verlo a usted es que una amiga me dijo que es usted presidente de una organización dedicada a salvar a esos animales.

—La mayoría de ellos son personas. ¿Le importa que fume? —Ella hizo un gesto con la cabeza y Anderson cogió una pipa de su escritorio y se puso a llenarla de tabaco—. Muchos de los seres míticos eran en parte humanos y tenían inteligencia humana: lamias, centauros, faunos, sátiros, etcétera. A menudo, eso parece atraer a los individuos que se dedican a ese tipo de cosas. Además, la materia celular humana es la más fácil de conseguir para ellos: pueden utilizar la propia.

—¿Quiere usted decir que yo podría fabricar uno de esos animales míticos si quisiera? ¿Así de fácil es?

Sonó el teléfono y Anderson cogió el aparato.

—¿Hola, Andy? —Era Dumont de nuevo.

—Sí —contestó Anderson.

—Parece que ha escapado.

—Aja. El grupo no ha podido encontrarlo, y nuestro operador dice que no había nada por la radio de la policía.

—Pues se la ha dado con queso. Un estudiante (un subgraduado, pero lo conozco y de confianza) acaba de estar aquí y me ha dicho que lo ha visto al otro lado del campo de ejercicios. Ha intentado acercarse, pero el animal se ha escondido en seguida detrás del edificio del campo y lo ha perdido de vista.

Anderson tapó el micrófono con una mano y dijo:

—Nick está bien. Alguien acaba de verlo. —Preguntó a Dumont—: ¿Has enviado un grupo a buscarlo?

—Todavía no. Quería hablar contigo primero. Le he dado al chico la llave de mi apartamento y le he pedido que me trajera la pistola tranquilizante. Ha ido en mi furgoneta.

—Estupendo. Pásate por aquí y hablaremos. Déjale a ese estudiante una nota para que sepa dónde estás.

—¿No te parece que deberíamos mandar a alguien a buscar al unicornio?

—Ya hay una partida buscándolo desde hace horas, y lo mismo está haciendo la policía. No sé que opinarás tú pero, mientras yo estaba haciendo la batida, me preguntaba qué demonios en nombre de Júpiter Capitolino iba a hacer con él si lo encontraba. ¿Intentar montarlo? ¿Echarle sal en la cola? No podemos hacer nada de nada hasta que tengamos tu pistola tranquilizante o algún otro modo de controlarlo. Y cuando ese chico vuelva de tu casa de Brookwood será casi de noche.

Cuando hubo colgado, Anderson dijo:

—Te habrás dado cuenta de lo bien organizados que estamos. —Julie se encogió de hombros en un gesto de solidaridad—. Verá, en el pasado, de lo que se trataba era siempre de permitir que la criatura escapara. Los soldados y la policía querían matarla y nosotros queríamos salvarla. Generalmente, se dirigen a la zona menos poblada que pueden encontrar. Debíamos haber previsto que tarde o temprano nos encontraríamos con una de ellas aquí mismo en la ciudad, pero creo que partíamos de la base de que en un caso así no habría nada que hacer. Ahora resulta que sí hay posibilidades (su amigo Nick es sorprendentemente evasivo teniendo en cuenta su tamaño), y no tenemos ni la más remota idea de lo que hay que hacer.

—Quizá ha nacido... ¿dicen ustedes «nacido»?

—Normalmente decimos que ha sido «creado», pero no importa.

—Bueno, quizá fue creado aquí en la ciudad y está intentando escapar de ella.

—¿Una criatura de ese tamaño? —Anderson sacudió la cabeza<sup>1</sup>—. Ha venido de fuera, de alguna zona rural muy poco poblada, de lo contrario algún vecino metomentodo lo habría denunciado hace tiempo. Hay gente que sabe y practica ingeniería del ADN en la ciudad. A veces en los sótanos o en el garaje o en la cocina, pero normalmente (a escondidas) en los laboratorios universitarios o en las instalaciones de investigación y desarrollo de alguna gran compañía. Además, guardan a las criaturas que fabrican, a veces durante años. Yo tengo un caballito de mar en casa, en un acuario, no uno de esos peces que se pueden comprar metidos en pisapapeles de plástico en las tiendas de recuerdos de Florida, sino un pequeño ser de algo más de un palmo de longitud, con la cabeza y las patas delanteras de un caballo y los cuartos traseros de una trucha. Hace ya un año que lo tengo, y probablemente lo tendré otros diez años. Imagine que tuviera el tamaño de Nick, ¿dónde lo iba a meter?

—En una piscina, supongo —respondió Julie—. De hecho, parece una idea estupenda. A lo mejor, por la noche, podría llevarlo al lago Michigan y cabalgar en él allí sobre las aguas. Podría llevar escafandra autónoma. Yo no soy muy buena nadadora, pero creo que lo haría. —Y sonrió al decir esto.

Él devolvió la sonrisa y dijo:

—Dicho así, sí que parece divertido.

—El caso es que usted cree que Nick ha escapado de alguna granja, o tal vez de una finca. Yo creo que esto último es más probable. Seguro que algunos ricos se hacen fabricar esos pobres y maravillosos animales.

—A veces, sí.

—Unicornios. Un caballo de mar... ése también es mitológico, ¿verdad?

Anderson estaba encendiendo su pipa: la mezcla de los humos del azufre y del tabaco llenaban el despacho.

—Balios y Xanto tiraban del carro de Poseidón —dijo—. De hecho, Poseidón era el dios de los caballos además de ser el dios del mar. Sus manadas eran las olas, en un sentido místico que poca gente comprendería hoy. Las cabrillas del agua del mar eran las crines blancas de sus innumerables corceles.

—Ha mencionado las lamias. Eran mujeres-serpiente, ¿no es así?

—Sí.

—Y centauros, y faunos y sátiros. ¿Son así todos los animales que hacen los biólogos, de la mitología?

Anderson negó con la cabeza.

—No, no todos. Pero permítame que le haga una pregunta, señorita Coronell...

—Llámeme Julie, por favor.

—De acuerdo, Julie. Suponga por un momento que fuera usted biólogo. En ingeniería genética se ha llegado al punto en que cualquier trabajador competente, con un master o una licenciatura y unos cuantos subgraduados brillantes, puede hacer ese tipo de cosas. ¿Qué haría usted para sí?

—¿Si tuviera espacio, y privacidad, y un montón de dinero?

—Digamos, sí.

—Pues yo, un unicornio, creo.

—Está entusiasmada con los unicornios porque ha visto hoy un hermoso ejemplar. Otra cosa. ¿Qué otra cosa crearía?

Julie hizo una pausa y se quedó pensativa.

—Hablábamos de cabalgar en un caballo de mar en el lago. Algo con alas, supongo. Algo en lo que pudiera montar.

—¿Un ave? ¿Un mamífero?

—No sé. Tendría que pensármelo.

—Si optara por un ave tendría que ser mucho más grande, naturalmente, que un pájaro natural. Se encontraría también que no puede mantener las proporciones de ninguna de las especies cuya materia genética esté utilizando. Las alas tendrían que ser mucho más grandes en relación con el cuerpo. La cabeza no podría ser mucho más grande que la de un águila, etcétera, etcétera. Cuando hubiera terminado y la avistaran navegando por entre las nubes, los periódicos probablemente llamarían a su pájaro un «roe», como el que llevaba a Simbad.

—Entiendo.

—Y si, por el contrario, se decidiera por un caballo alado, sería Pegaso. Nunca he visto uno efe esos que pudiera en realidad volar, a propósito. Un ser humano con alas sería un ángel, o bien, si se pareciera más a un pájaro, con garras y cola con plumas y demás, tal vez una arpía. Como puede ver, es muy difícil escapar a la nomenclatura mitológica porque cubre una extensión muy amplia. Las gentes siempre han imaginado ese tipo de cosas. La única diferencia es que, ahora, nosotros (algunos de nosotros) podemos hacer que se conviertan en realidad.

Julie sonrió, nerviosa.

—Un caimán, creo que escogería un caimán con alas. Al mismo tiempo, podría hacerlo más inteligente.

Anderson exhaló una nube de humo.

—Eso es un dragón.

—Espere. Creo...

Se abrió de sopetón la puerta y entró Dumont. Anderson dijo:

—Aquí está el hombre que podrá hablarle del ADN recombinante y ese tipo de cosas. Yo sólo la liaría. —Se puso en pie—. Julie, permítame que le presente a Henry A. Dumont, de Biología, mi buen amigo y en ocasiones mi rival.

—Rival amistoso —añadió Dumont.

—Es también el tesorero y el director técnico de nuestra pequeña sociedad. Dumont, ésta es Julie Coronell, la dama que tiene escondido al unicornio.

Por un instante nadie dijo nada. El rostro de Julie estaba a la defensiva, sin otra expresión que la que producía la tensión. Finalmente, dijo:

—¿Cómo lo sabía?

Anderson se sentó de nuevo y Dumont cogió la última silla que quedaba vacía en el despacho. Anderson dijo:

—Usted ha venido aquí porque estaba preocupada por Nick. —Hizo una pausa y Julie asintió con la cabeza—. Pero, en realidad, no parecía que quisiera hacer nada. Si Nick estuviera correteando por ahí mientras la policía anda tras él, la cosa sería urgente. Me ha contado la historia del *pumpnickel* y me ha permitido que le diera un sermón acerca de



faunos y centauros. Estaba preocupada, bajo una gran tensión, pero no me ha instado a que me pusiera a trabajar y reactivara el grupo que ha estado buscando a Nick esta tarde. Cuando Dumont ha llamado, yo he hablado como si nada y simplemente le he pedido que se acercara por aquí a charlar. Usted no ha protestado, y yo he sacado la conclusión de que sabía dónde estaba Nick. Y de que estaba a salvo, al menos por el momento.

—Entiendo —musitó Julie.

—Yo no —dijo Dumont—. Ese chico dice que ha visto al unicornio.

Anderson asintió con la cabeza.

—¿Amigo suyo, Julie?

—Sí...

—Encanto —dijo Dumont—, no es como para avergonzarse. Estamos de su parte.

—Usted ha escondido a Nick —prosiguió Anderson— después de que la policía soltara el gas lacrimógeno. Se mostraba manso con usted, como hemos podido comprobar. Incluso es posible que haya comido el suficiente pan de Dumont como para tranquilizarse un poco: el pan llevaba un sedante. Después, seguramente ha pasado un buen rato demasiado asustada, sin saber qué otra cosa hacer, y se ha limitado a ocultarse. Luego, la policía se ha ido, nuestras partidas de búsqueda han abandonado y usted ha abandonado el campus para comprar ese pan que tiene ahí. Cuando volvía para dar de comer a Nick, se ha encontrado con alguien que le ha hablado de mí.

—¿Ha sido Ed? —preguntó Dumont—. ¿El chico que dice haber visto al unicornio?

—Sí, ha sido él. —La voz de Julie era casi inaudible.

—Y entre los dos han decidido que sería inteligente poner en circulación rumores que indicaran que Nick estaba en libertad y se movía en una dirección que lo alejaba del lugar donde lo tienen oculto. —Anderson hizo una pausa para volver a encender su pipa—. Sí, el primer informe decía que había desaparecido detrás del edificio del campo. El siguiente lo situaría aún más lejos, supongo. Pero, tal vez siguiendo un impulso, ha decidido que nosotros quizá podamos ayudarles y ha venido aquí para hablar conmigo. En todo caso, lo más sensato sería que le llevara ese pan a Nick cuando anochezca. De acuerdo, la ayudaremos. Al menos, lo intentaremos. ¿Dónde está Nick?

En realidad, no se podía decir que Ed fuera un chico, del mismo modo que Julie Coronel! no era ya una chica. Ed era un joven de aspecto estudioso, de unos diecinueve o veinte años. Había traído la pistola tranquilizante de Dumont, que estaba ahora en poder de Dumont, aunque todos esperaban que no fuera preciso utilizarla. Julie iba delante, con Anderson a su lado y Dumont y Ed cerrando la marcha. Una dulzura de pétalos de rosa llenaba el aire del anochecer.

—La he visto a usted por el campus —dijo Anderson—, ¿no es así? ¿De la escuela para graduados?

Julie asintió.

—Estoy estudiando para sacarme el doctorado, y doy algunas clases para alumnos de primero y segundo año. Ed es uno de mis alumnos. La mayoría de las personas con quienes me encuentro creen que yo también soy alumna de primero o segundo año. ¿Cómo se ha dado cuenta de que no lo soy?

—Por su modo de vestir. En realidad, ha sido una suposición por mi parte. Parece usted joven, pero también es el tipo de mujer que parece más joven de lo que es.

—Habría debido ser detective —respondió ella.

—Sí, cualquier cosa menos esto.

El sol se había puesto detrás de los árboles del parque, cuyas largas sombras se habían ya reunido inundando los céspedes y los caminos de una noche informe. Casi todas las ventanas de los edificios por los que pasaron estaban a oscuras.

—¿En qué departamento? —preguntó Anderson como Julie guardara silencio.

—Inglés. Mi tesis versará sobre los novelistas norteamericanos del siglo veinte.

—Habría debido fijarme en usted, pero llevo un retraso de más de dos mil años.

—Es fácil no fijarse en mí.

—Esperemos que ocurra lo mismo con Nick. —Anderson estudió brevemente el edificio que se alzaba ante ellos—. ¿Por qué en la biblioteca?

—Estoy investigando y me han dado una llave. Sabía que acababan de cerrar, y no se me ha ocurrido nada mejor. —Mostró la llave en la mano.

Momentos después, introdujo la llave en la cerradura.

El interior estaba en penumbra, pero no totalmente a oscuras: luces esparcidas, solitarias y

espectrales, ardían en los rincones del edificio, como si los espíritus de unos cuantos genios permanecieran aquí, despiertos todavía.

—Será mejor que me deje ir a mí delante —dijo Dumont, y se apresuró a adelantarse con la pistola tranquilizante en la mano.

Las puertas se cerraron con un ruido hueco; de repente, el aire olía a rancio.

—¿No hay vigilante? —preguntó Anderson.

Julie hizo que sí con la cabeza. Estaba lo bastante cerca como para que Anderson pudiera oler su ligero perfume.

—Ha dicho usted que Ed es amigo mío. No tengo muchos, pero supongo que Bailey, el vigilante, también es un amigo. Soy la única persona que nunca lo llama Escarabajo. Ya le he dicho que Nick está donde la Colección de Fantasía Sloan. ¿Ha oído hablar de ella?

—Vagamente. Mi terreno es la literatura clásica.

Desde detrás de ellos, Ed dijo:

—Eso es la fantasía: literatura clásica que todavía no ha muerto. Cuando los autores escribieron esas historias, llamaron a sus libros fantasías.

—¿Ed! —protestó Julie.

—Déjelo —intervino Anderson—. Tiene razón.

—De todos modos —prosiguió Julie—, la Colección Sloan no es la mejor del país, ni siquiera una colección famosa, pero buena sí es. Hay primeras ediciones de James Branch Cabell, por ejemplo, y muchas de sus cartas. Y un magnífico material de John Gardner. Y ahí es donde he metido a Nick.

«Pateando por entre los libros», pensó Anderson para sí mismo. Una imagen heráldica en las fronteras del Más Allá y Oz.

*Lástima de Unicornio, Lástima de Hipogrifo, Almas que jamás salieron De las tierras de la Posibilidad.*

—¡Está muerto! —gritó Dumont delante de ellos, y de repente los tres echaron a correr, tropezando y dando traspies por el oscuro y estrecho pasillo, guiados por la llama del encendedor de Dumont.

Anderson oyó el susurro de Julie.

—Nick. ¡Oh, Dios mío, Nick!

Luego, se quedó callada. Lo que había en el suelo no era un unicornio blanco.

—¿Tiene alguien luz? —preguntó Dumont con voz ronca.

—Sólo cerillas —contestó Anderson, y encendió una.

—Yo sí tengo —dijo Ed, y sacó del bolsillo de la camisa tejana una pequeña linterna desechable.

Julie estaba inclinada sobre el hombre muerto, intentando no pisar su sangre. Había mucha, y Dumont la había pisado ya y había dejado una huella. Ed recorrió con su linterna el rostro del hombre muerto: bien afeitado, unos sesenta años, supuso Anderson. Vestía cazadora de cuero. Había en ella ahora un agujero, un enorme agujero por donde brotaba la sangre.

—Es Bailey —dijo Julie.

Dumont, creyendo que Julie se dirigía a él —y tal vez fuera así—, respondió:

—¿Es así como se llama? Todo el mundo lo llama Escarabajo.

Habían disparado a Bailey en medio del pecho, muy cerca del corazón, decidió Anderson. Sin duda había muerto al instante, o casi. No tenía una expresión apacible, ni asustada ni nada; sólo el rostro retorcido en el terrible rictus mortal. La cerilla quemaba los dedos de Anderson; la apagó de un manotazo y la arrojó al suelo.

—Nick... —susurró Julie—. ¿Ha sido Nick?

—Me temo que sí —dijo Dumont.

Ella miró a los dos, primero a Dumont y luego a Anderson.

—Es peligroso... supongo que yo ya lo sabía, pero no quería ni pensar en ello. Tendremos que decírselo a la policía...

Dumont asintió con la cabeza, solemnemente.

—Ni hablar —dijo Anderson, y Julie lo miró fijamente—. Usted lo ha metido aquí, en esta sala —Anderson miró la puerta entreabierta—, y se ha ido y lo ha dejado solo. ¿Me equivoco?

—El señor Bailey estaba también. Nos ha oído en cuanto he entrado con Nick. Los cascos de Nick hacían mucho ruido en el suelo de terrazo. Lo hemos traído a esta sala, y el señor Bailey ha cerrado la puerta con llave.

—Aguante esto, ¿quiere, doctor Dumont? —dijo Ed entregando la pequeña linterna a

Dumont, y luego dio tres pasos, se agachó y se incorporó con una linterna mucho mayor en la mano.

Después de la casi oscuridad, la luz parecía ahora casi un resplandor. Dumont dejó apagarse su encendedor y se lo metió en el bolsillo.

Ed mostró una débil sonrisa.

—Debe de ser la linterna del viejo —dijo—. Me había parecido ver brillar algo por aquí.

—Sí—corroboró Anderson—. Seguramente la llevaba en la mano. Cuando Julie se ha ido, ha venido para echar otra vez un vistazo al unicornio. Ha abierto la puerta y ha encendido la linterna.

Julie se estremeció.

—Habría podido ser yo.

—Lo dudo. Aunque Nick no tenga inteligencia humana o casi humana (y sospecho que sí la tiene), habría olido al vigilante y habría sabido que no era usted. Sea cual sea el cerebro que le ha dado su creador, su constitución sensorial debe de ser básicamente la que corresponde a su ADN equino. ¿Me equivoco, Dumont?

—No. —El biólogo miró su reloj—. Ojalá supiéramos con mayor exactitud a qué hora ha muerto el Escarabajo.

—¿No lo puede saber por la coagulación de la sangre? —preguntó Ed.

—No con la suficiente certeza —respondió Dumont—. Tal vez un técnico forense sí pudiera, pero ésa no es mi especialidad. Si se tratara de uno de esos misterios que dan por televisión, podríamos saberlo por la hora en que se ha roto el reloj. Pero el reloj no está roto, sigue funcionando. ¿Alguien sabe hasta dónde habrá podido ir el unicornio después de haber hecho esto?

—Yo —dijo Anderson—. No está a más de unos cien metros. —Se quedaron todos mirándolo fijamente—. Las puertas de la calle estaban cerradas cuando hemos llegado; ha tenido que abrirlas Julie. Apuesto a que la puerta lateral está también cerrada, y este edificio carece prácticamente de ventanas.

—¿Quieres decir que sigue aquí?

—Si no está aquí, ¿cómo ha podido salir?

—Lo oiríamos, ¿o no? —dijo Julie—. Ya le he dicho que los cascos han hecho un gran estrépito cuando he entrado con él.

—También él los oye —dijo Anderson—. No necesita ni una décima parte de la inteligencia que probablemente posee para quedarse quieto; casi cualquier animal lo haría, por instinto. Si no puede correr, o bien cree que no es buena idea ponerse a correr, se queda petrificado.

Ed carraspeó.

—Doctor Anderson, dice usted que ha podido saber por el olor que el Escarabajo no era Julie. Sabrá también que nosotros no somos Julie.

—Pero, por otro lado, sabrá que ella sí lo es. Sin embargo, si nos separamos para buscarlo y lo encuentra quien no debe, podríamos tener problemas.

Dumont asintió.

—¿Qué crees que debemos hacer?

—Por de pronto, dale a Ed las llaves de tu furgoneta para que la pueda aparcar delante de la entrada. Si encontramos a Nick, necesitaremos un medio para sacarlo de la ciudad. Dejaremos abiertas las puertas de la calle...

—¿Y dejamos que se escape?

—No. Pero hace falta un cebo para unicornio, y no se me ocurre mejor cebo que la libertad. A estas alturas Nick probablemente tendrá hambre, y seguro que tiene sed. El caso es que me vienen a la mente algunas citas, por ejemplo:

*Un a uno, allí a la luz de la luna, Relinchando a lo lejos en el aire inquieto, Los unicornios bajan al mar.*

—¿La conocíais?

Los tres miraban con expresión vacía.

—Es de Conrad Aiken, y, naturalmente, él jamás vio a un unicornio. Pero quizá haya de todos modos algo auténtico en estos versos, en el sentimiento. Dejaremos las Puertas abiertas de par en par. Dumont, tú escóndete en la sombra más oscura que puedas encontrar por ahí; por las puertas abiertas entrará la suficiente luz como para que puedas disparar a través de ellas, sobre todo teniendo en cuenta que estarás disparando a un animal blanco. Julie y yo recorreremos el edificio, encenderemos las luces y buscaremos a Nick. Y

si lo encontramos y se muestra dócil con ella, podremos conducirlo hasta el exterior y meterlo en la furgoneta. Si echa a correr, tú lo pillas cuando salga.

Dumont asintió.

Cuando los dos se quedaron a solas, Julie preguntó:

—Esa pistola del doctor Dumont no va a causarle daño a Nick, ¿verdad?

—No más daño que el que le haría a usted un disparo en el brazo. Menos.

El haz de luz de la linterna del vigilante muerto recorría el pasillo y parecía dejar un crepúsculo más profundo allí por donde pasaba. Unos momentos antes, Anderson había hablado de encender más luces, pero hasta ahora no habían podido encontrar los interruptores. Preguntó a Julie si siempre estaba así de oscuro cuando ella venía a investigar después de la hora de cierre.

—Bailey se ocupaba de encender las luces cuando yo venía —respondió ella—. Pero no sé dónde están. Lo primero que yo hacía era colocar mis cosas sobre una de las mesas. Mis cuadernos de notas y todo eso. Y las luces se encendían. —Al decir «luces», su voz se quebró.

Suspiró, y Anderson se dio cuenta de que estaba llorando. Le rodeó los hombros con el brazo.

—¡Oh, qué asco! ¿Por qué será que cuando quieres... cuando quieres hacer algo bueno, al final... al final...?

Él canturreó quedamente:

*/ Tuércete y retuércete! Siempre así, Mezcla de matices, alegría y pesar,  
Esperanza y temor y paz y lucha, Todo al hilo de la vida humana.*

—¡Qué... qué hermoso! Pero ¿qué quiere decir? ¿Que lo bueno y lo malo están entremezclados para que no podamos separarlos?

—Y que esto no es el fin. No lo es ni para los hombres ni para las mujeres ni para los unicornios, probablemente ni siquiera para el pobre viejo Bailey. Los hilos son largos.

Ella le echó los brazos al cuello y lo besó, y él se afaná tanto en apretar aquellos labios suaves y fragantes que apenas oyó el súbito estampido de los cascos sin herrar.

La apartó justo a tiempo. El cuerno en espiral hendió el vientre de él como un espolón; el hombro del animal lo golpeó como si fuera un jugador de rugby y lo estampó contra una alta estantería de libros.

—¡No, Nick! ¡No! —gritó Julie, y él intentó ponerse en pie.

El unicornio, alto como un gigante sobre sus patas traseras, se encabritaba intentando dar la vuelta en el estrecho pasillo. Anderson clavó las manos en los estantes e hizo caer una avalancha de libros. Sin saber cómo, se encontró aferrado al cuerno del animal, resistiendo desesperadamente. Un casco le golpeó el muslo como un martillo y Anderson se deslizó por un oscuro pasillo, medio transportado, medio arrastrado.

De pronto, había luz delante de él. Intentó gritar para que Dumont disparara; seguía aferrado al cuerno, sin aliento, conteniendo con la cimbreada cabeza blanca como si ésta fuera la de un novillo. Si se llegó a disparar la suave carga, el tiro se perdió en medio del estrépito de los cascos y el bramido de la sangre en sus oídos. Y, si hubo disparo, seguro que el dardo erró.

Cayó al llegar a los peldaños. Llegaron rodando hasta el pie como gatitos volcados de un saco. Anderson consiguió ahora colocar la pierna derecha debajo suyo y, mientras el unicornio estaba casi patas arriba, intentó atenazarle con la pierna izquierda el lomo amplio y blanco y comprobó que la pierna estaba rota.

Seguramente chilló cuando las puntas de hueso partido se rozaron, y seguramente tuvo que soltar su presa. Yacía de espaldas sobre la hierba y oía el galope de la muerte que se acercaba. Vio la muerte, blanca como el hueso.

«Los sementales pelean», pensó. Pelean por las yeguas, y cocean y muerden. Pero sólo los hombres matan a otros hombres por una mujer.

Yacía inmóvil, la pierna izquierda retorcida como una pierna rota de muñeca. Los sementales no matan; no matan si el otro se humilla y se rinde.

La cabeza blanca destacaba ahora con las centelleantes constelaciones detrás, los colores aparentemente invertidos como en un negativo, el largo cuerno, como un sable, a la vez nuevo y antiguo contra el cielo de la Tierra.

Más tarde, cuando habló de ello con Julie y Dumont, éste dijo:

—Así que al fin y al cabo no era más que un caballo. No te ha matado.

—Un soberbio caballo. Un caballo armado, con envergadura, fuerza, gracia e inteligencia, todo ello aumentado.

Julie y Dumont querían llevarlo a alguna parte —probablemente ni ellos mismos sabían adonde—, pero él se opuso. Y ahora, después de que Dumont llamara por teléfono pidiendo una ambulancia, estaban sentados a su lado en la hierba. Le dolía espantosamente la pierna.

—¿Por dónde se ha ido? ¿Otra vez al parque?

—No, a la orilla del lago. «Los unicornios bajan al mar», ¿no recuerdas? Tendrás que reunir a un grupo e ir tras él cuando se haga de día.

—Yo voy —dijo Julie—, y seguro que Ed también.

Con esfuerzo, Anderson asintió.

—Hay una veintena de personas más. Algunas aquí, otras en la ciudad. Dumont tiene los números de teléfono.

Ella consiguió sonreír.

—Andy... ¿puedo llamarte Andy? A ti te gusta la poesía. ¿Recuerdas estos versos?

*El león y el unicornio Luchaban por la corona; El león venció al unicornio Y lo desterró de la ciudad. Unos les dieron pan blanco, Otros pan moreno. Unos les dieron tarta de ciruela, Otros los echaron de la ciudad.*

Acaba de hacerse realidad, todo, todo salvo el trocito que habla de la tarta de ciruela.

—Y lo del león —dijo Anderson.

## Los espías de la paz

—Hola, señor Percival —dijo la joven mujer—. Ha sido muy amable al venir.

Cerró la puerta y Krasilnikov oyó el ruido que hacía la cadenilla de seguridad antes de que la abriera de nuevo de par en par.

El nombre entró y la joven mujer cerró la puerta tras él, corrió el pestillo y volvió a sujetar la cadenilla.

—Es mi trabajo —dijo él—. He ido a ver a gente a sitios mucho más lejanos de Washington que Alexandria.

—¿No se sienta?

La mujer hizo un gesto cortés, y Krasilnikov ponderó el que no hubiera olvidado todavía sus modales; no estaba todavía tan americanizada como eso. Se sentó.

—Admiro su buen gusto, señorita Aralov. —Sonrió al tiempo que daba una palmadita al brazo del sillón rígido, cubierto con un tapizado—. El mobiliario es bueno y antiguo.

Ella sacudió la cabeza.

—Es ruso. Bueno, no, ruso no, pero era lo más parecido al mobiliario ruso que he podido encontrar por aquí. Lo que yo quería decirles a los americanos no era: «Soy americana», sino: «Mirad, soy una ciudadana soviética que vive con vosotros». Seguro que ha visto usted mobiliario de este tipo en otros apartamentos. ¿Le gustaría tomar un té?

Krasilnikov asintió con la cabeza.

—Desde luego que he visto muebles del mismo tipo, pero no tan bonitos como éstos. Con este dibujo en rojo y gris. Generalmente, a los rusos les da por el rojo y negro.

Ella sonrió de nuevo, esta vez con amargura, antes de inclinarse frente al humeante *samovar* del rincón.

—Rojo por nuestra patria, negro por la muerte. ¡Somos tan dramáticos! Pero yo digo: rojo por nuestra patria, gris para que no haya ni paz ni guerra. Digo esto porque prefiero el rojo y gris —añadió al tiempo que le ofrecía un oloroso vaso de té.

Él bebió un sorbo.

—Comprenderá, señorita Aralov, que yo no trabajo siempre con personas como usted. En gran parte, trabajo con americanos y con compañías americanas. Y, luego, con extranjeros que desean la ciudadanía norteamericana.

—Pero ¿ha llevado casos como el mío antes? —preguntó.

—Claro —dijo Krasilnikov, y soltó una retahíla de nombres, algunos de ellos inventados.

—Ah, conozco a Lebedev. Fue uno de los primeros, uno de los primeros de entre nosotros.

—Exacto.

—Los otros no vivían aquí, ni tampoco en Washington, ¿verdad? Porque creo conocer a todos los de Washington.

Krasilnikov pensó que esta mujer no sabía tanto como creía.

—No —dijo—. Denikin estaba en Nueva York, Nina Mijalevo en Florida.

—Y usted no es abogado.

Ella contempló de nuevo su tarjeta y él resiguió mentalmente las letras negras realizadas mientras la mujer las observaba con aquellos fantásticos ojos grises. En la tarjeta podía leerse: c. c. PERCIVAL y, en la línea siguiente, TRÁMITES, ello seguido de una dirección y un número de teléfono. Estaba orgulloso de esta tarjeta.

—No —contestó—. Un abogado presentaría el caso ante el tribunal del distrito y el gobierno federal lo obstruiría tanto tiempo como les fuera posible. El gobierno puede aquí poner trabas durante mucho, muchísimo tiempo, señorita Aralov.

—En mi país también. ¿Para cuánto tiempo hay aquí?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez cinco años, con suerte y un buen abogado.

—Y ¿si lo lleva usted? ¿Cuánto tiempo?

—Cinco semanas si tenemos suerte. Si no la tenemos, cinco meses.

Se sentó ella ahora también, encaramada en el respaldo del diván.

—Entonces, mejor será que se encargue usted.

Krasilnikov sonrió.

—Yo me atrevo a creer que sí.

—Y ¿sus honorarios?

El sabía cuánto tenía ella en el banco, y así se lo dijo. Pasado un momento, añadió:

—Esto es el anticipo. Yo me lo quedo todo, aunque consiga devolverla pronto a Rusia. Si las cosas no se mueven con la suficiente rapidez, entonces usted me habrá contratado, a trescientos semanales, hasta que el anticipo se haya agotado o yo la haya devuelto a casa. Naturalmente, se dará cuenta de que yo no voy a trabajar para usted exclusivamente, sino tan sólo lo necesario. Tengo otros clientes.

Ella asintió con la cabeza, despacio.

—Sé que es elevado el anticipo.

El se mostró inamovible.

—Para serle franco, señorita Aralov: le estoy dando una oportunidad porque me cae bien y me gusta lo que ha hecho. Si fuera usted un árabe gordo que quisiera un pasaporte americano, la cantidad sería mucho más elevada.

—Tendré que vivir mientras usted trabaja. Y tendré que pagarme el billete.

Por supuesto. Por supuesto.

—¿Su padre es ministro de Marina?

Ella asintió de nuevo.

—Aquí dirían ustedes secretario de Marina.

—Lo sé. Seguro que podrá recurrir a él para que la ayude.

—Antes, sí podía. Pero ya no. Yo...

Él la interrumpió.

—Primero el anticipo, señorita Aralov. Luego hablaremos de su padre. Quizá yo pueda hacer algo.

—Entiendo. —La mujer se puso en pie y alisó el tejido suave de la falda de color azul grisáceo—. Tengo que coger mi talonario de cheques. Me disculpará.

—Por supuesto.

Le habría gustado registrar el lugar para buscar los dispositivos de escucha norteamericanos que sabía debía de haber, pero estaba demasiado bien preparado para ello. Lo que hizo fue sacar unos papeles del bolsillo interior de su americana y, cuando ella volvió, parecía estar estudiándolos.

—Aquí tiene su anticipo —dijo ella—. Es casi todo cuanto tengo.

Él le dio las gracias, cruzó las piernas, volvió a doblar los papeles y se los metió de nuevo en el bolsillo antes de coger el cheque.

—Ahora, siéntese y hableme de su padre, señorita Aralov.

Ella se sentó, esta vez en el escabel.

—Ha sido tan extraño, tan espantoso...

Sus ojos se llenaron de lágrimas y él sintió removerse en su interior algo que creía muerto desde la infancia. Dijo:

—Quizá no sea en realidad tan extraño como a usted le parece, señorita Aralov, ni tan espantoso. Empezé por el principio.

Ella asintió y se sonó la nariz con uno de los diminutos pañuelos que utilizaban las mujeres aquí.

—Empezó con aquel bailarín...

No recordaba el nombre del bailarín, y él la ayudó:

—El hijo del Presidente.

—Sí, fue a Moscú con visado turístico, ¿recuerda?, y dijo que se quedaría allí hasta que su padre dejara de ser

Presidente, que él representaría nuestra seguridad contra un ataque nuclear. Fue justo después de que nuestro secretario del Partido dijera que en ningún caso dispararíamos nosotros el primer misil.

—Y luego, hubo otros.

Ella asintió; ya no lloriqueaba.

—Janet Johnson fue uno de ellos. La conocí en Moscú. Su padre tiene no sé qué cargo aquí, en el Gabinete. —El sorbió su té y aguardó, y ella prosiguió—: Entonces, nosotros creímos que debíamos hacer lo mismo y lo hicimos. —Se echó hacia atrás el cabello, los ojos relucientes, y él se sintió emocionado como ante el son de una trompeta—. Intentaron retenernos, sí, pero no podían enviarnos al *gu-lag*... a los campos. Nuestros padres eran miembros del Politburó, y dijimos que acudiríamos a la embajada norteamericana. Tenían que dejarnos marchar, y así lo hicieron.

—Pero ahora desea usted regresar —dijo él.

—Sí, se combate en el este. —Vaciló—. Yo podría hacer algo, con preparación; podría ser enfermera. Nuestras abuelas combatieron a los alemanes junto a sus hombres; incluso eso podría hacer yo.

El aguardó y se quedó mirando fijamente por la ventana hacia la fachada de ladrillo insípido y aburrido del edificio de apartamentos que había al otro lado de la calle.

—Y estoy muy sola aquí.

Con voz monótona, él aventuró:

—Hay otros rusos por Washington.

—No los suficientes, y también regresan o quieren regresar. —Pasado un momento, la mujer añadió—: Quiero ver a mi madre y a mi padre, y a mi hermano y a mi hermana y a mi tía. ¿No lo entiende?

—No parece que su padre desee verla a usted.

—¿Cómo se enfadó! ¡Recibí unas cartas tuyas espantosas! Pero me envió dinero para que no pasara penurias. Luego, justo cuando yo había decidido regresar...

—El dinero dejó de llegar.

—Sí, y le escribí. Le decía: «Vuelvo a casa, papáito, perdóname, por favor». Y nada.

—¿Nada?

—Ni más cartas, ni más dinero.

La mano de Krasilnikov tocó la de la muchacha.

—¿No se le ha ocurrido pensar que quizá su padre no desee en realidad que regrese a Rusia?

Por un instante, ella lo miró fijamente.

—Fue antes de que yo le dijera que volvía a casa. Me había reclamado cien mil veces, me había llamado traidora, me había insultado de mala manera.

Con cautela, Krasilnikov dijo:

—La posición que él ocupa en su gobierno seguramente lo obliga a tener esa actitud, ¿no es así? ¿Cómo sabe que no se siente en el fondo orgulloso de usted?

—¿Pero eso fue antes! Antes de que yo le dijera que quería regresar.

—Quizá lo adivinara de todos modos, por el tono de sus cartas. Y, como ya le he dicho, hay un montón de rusos por aquí en Washington. ¿No es posible que alguno de ellos le hiciera llegar la información?

Ella suspiró, la mirada clavada en la alfombra.

—Usted no comprende lo que ocurre en nuestro país, lo que ocurre en nuestras familias.

Habría debido sentirse orgulloso, y se dijo a sí mismo que debía sentirse orgulloso; pero lo que había despertado era un llanto en su pecho.

—Supongo que no —respondió—. Pero me parece que, si estaban ustedes orgullosos de sí mismos cuando hicieron lo que hicieron, su padre quizá estuviera orgulloso de usted aunque no pudiera decirlo en voz alta. Yo sé que nos sentimos todos orgullosos del hijo del Presidente, y también de los que fueron después de él.

Ella sacudió la cabeza, evitando todavía la mirada de Krasilnikov.

—Si quiere que le devuelva el cheque —dijo él—, se lo devuelvo. Puedo romperlo también, si así lo desea.

Al oír esto, ella levantó la mirada.

—Usted no es en realidad una mala persona, ¿verdad, señor Percival? Yo esperaba contratar a una mala persona, porque creía que sólo una mala persona podría conseguirme lo que necesito.

El sonrió.

—Soy lo suficientemente malo, si no se echa atrás. Y llámeme Charlie, señorita Aralov. Si todavía desea volver a su país, vamos a vernos bastante a menudo. —Esto era totalmente cierto, y, por ridículo que pareciera, saber que era cierto le hacía sentirse mejor.

—De acuerdo, Charlie. Yo me llamo Sonja. Sí, vuelvo a casa.

—¿No tiene pasaporte?

Ella negó con la cabeza.

—Los quemamos al llegar; formaba parte de nuestra promesa de quedarnos aquí. Dirá usted que fue una tontería, y no se equivoca.

Él sacudió la cabeza.

—Yo jamás me ocupo del pasado, Sonja. Se gastan demasiadas energías.

—Pero con quien tengo problemas de verdad no es con nuestro gobierno, sino con el gobierno de aquí. No quieren que me vaya. Han puesto en mi camino todos los obstáculos posibles. Está el mandato de los tribunales. —Le habló de ello con rapidez y sin precisión.

Cuando hubo terminado, él dijo:

—Muy bien. Lo primero que hay que hacer es conseguirle una tarjeta verde.

—¿Una tarjeta verde?

—Para que pueda trabajar aquí. Dice que no tiene demasiado dinero, y su padre no va a enviarle más. Va a tener que comer mientras, hasta que yo la saque de aquí.

—No.

—Y pagar el alquiler de este apartamento, y tal vez los honorarios de algún abogado. Si quiere que la ayude va a tener que hacer lo que yo le diga, de lo contrario no habrá nada que hacer.

Ella se levantó del escabel, furiosa y arrogante.

—¿Qué puedo yo hacer aquí? Nada. ¿Quiere que me ponga a trabajar de camarera?

—Lleva un lindo vestido.

Con un suspiro, ella se relajó y sonrió.

—Ah, le gusta. Creo que tengo cierto gusto para la ropa. La mayoría de nuestras mujeres no lo tienen; son *mujiks*, campesinas.

—Quiero que se cambie de ropa —dijo él—. A los encargados de dar las tarjetas verdes no les gustan los vestidos bonitos. Póngase la ropa que lleva cuando limpia la cocina.

—Le he dicho...

—¿Ha pensado en hacer de modelo, Sonja? Seguro que no. Es alta, y con esa cara y ese acento... —Dejó que las palabras pendieran en el aire—. Conozco a una mujer que dirige una agencia aquí. Quizá tendría que perder cuatro o cinco kilos.

—¿Usted cree? —La atención de la muchacha estuvo inmediatamente concentrada en su cuerpo, las manos acariciando su cintura y demorándose en las caderas.

—Si fuera un hombre no, pero se trata de una agencia de modelos, y a lo mejor se lo exigen. Dejaremos que decida *madame* Deppe.

—¿No con la ropa que llevo para limpiar el horno!

—Tendrá tiempo de sobra para cambiarse y bañarse antes de ver a *madame* —explicó él pacientemente—. Pero es inútil ir a verla sin la tarjeta verde.

Ella titubeaba, pero él supo que había ganado. Y finalmente:

—De acuerdo. No se pierde nada por probar. ¿Esperará usted mientras me cambio?

—Naturalmente —dijo Krasilnikov.

Cuando ella se hubo ido, él se puso en pie y se dirigió a la ventana. Hacía calor fuera. Recordaba cómo el calor le había golpeado el rostro al bajar del coche. Había climas muy buenos en este país y, sin embargo, habían construido su capital aquí.

Sonó el teléfono y ella gritó desde el dormitorio:

—¿Quiere cogerlo, por favor? Seguramente es un error; se habrán equivocado de



número.

—De acuerdo —contestó él, y descolgó—. Apartamento de Sonja Aralov.

«Soy yo: Wilson. ¿Y usted es?»

—C. C. Percival.

«Envían a Ipatiev.»

—¿El actor de cine?

«Sí. Me cuesta trabajo creerlo, pero eso han dicho. El la retendrá.»

Medio para sus adentros, él susurró:

—A menos que se vaya a Hollywood.

«¿Cómo dice? No he entendido.»

—¿No se habrán equivocado de número? —gritó ella. Él tapó el micrófono con la mano.

—Era para mí. Le he dicho a mi secretario que estaría aquí. —Por el micrófono, añadió—: Gracias. —Y colgó.

—¿Estoy tardando demasiado?

—No hay prisa.

Había un ejemplar de la revista *Time* en el estante de debajo de la mesita, al lado del *samovar*. Pensó: «¿Por qué nos suscribiremos todos a esta revista? Es un buen recurso para localizar a cualquier agente: la lista de los suscriptores de *Time*. Naturalmente, deseamos que lo sepan; los agentes contamos para algo también. Quizá para no mucho, pero sí para algo».

Cogió el ejemplar. Los chinos estaban en Kazakistán. El Ejército Rojo había sido detenido a las puertas de París. Era aún mejor que en los viejos tiempos, decidió. Mejor que cuando teníamos todos tanto miedo, aunque al menos había paz.

## Todos los colores del Infierno

«Tres con rollito de huevo», pensó Kyle. Pronto serían cuatro sin él: si es que este mundo de sombras tiene en realidad vida (¡oh santa!). El «Huevo» seguía rodando, seguía girando a fin de proporcionar una imitación de la gravitación.

Y sin embargo, el bramido de los chorros de guía, en ángulo agudo, entraba ahora sólo débilmente en el sollado, y el rodar era cada vez más lento, la sensación de peso cada vez más ligera.

El «Huevo» estaba en órbita alrededor de la nada. O, al menos, alrededor de nada visible. Al disminuir su giro, las aberturas recorrieron el universo visible. Estrellas que eran de hecho galaxias descendían fluyendo por el cuarzo sintético como gotas de lluvia por un toldo. Una vez, Kyle avistó a su nave nodriza; el mismo *Shadow Show* resultaba triste y fantasmal a la difusa luz. Del planeta en torno al cual giraban, ni rastro. *Polyaris* lanzó un grito y despegó, ejecutando una barrena horizontal multicolor con las alas extendidas a través del sollado vacío; como todos los guacamayos, *Polyaris* adoraba la microgravedad.

Marilyn preguntó por los auriculares:

—¿Verdad que es bonito, Ky?

Pero estaba admirando la simulación del ordenador, no a su «pájaro estático»; una selva esmeralda de trescientos metros de altura, chispeantes lagos de zafiro: de pronto, una errabunda franja de playa dorada como su cabello, y el océano meridional azul índigo.

A ciento veinte grados en sentido opuesto al de ellos dos, fue Skip quien contestó, y no como lo habría hecho Kyle.

—No, no lo es.

Había en la voz de Skip un tono que Kyle había observado ya antes, y que lo había dejado preocupado.

Marilyn pareció encogerse de hombros.

—De acuerdo, cariño. No es en realidad nada para nosotros, menos incluso que los ultravioletas. Pero...

—Puedo verlo —respondió Skip.

Marilyn miró por el sollado vacío hacia Kyle.

Éste intentó mantener una voz inexpresiva mientras susurraba por su micrófono.

—¿Tú lo ves, Skip?

Skip no contestó. *Polyaris* rió entre dientes para sí mismo. Luego, el silencio —la total quietud mortal de la nada, el vacío de la materia de sombras, regía y se retorció invisible— llenó

el «Huevo». Por un instante, agitado, Kyle se preguntó si no sería el mismo silencio una manifestación de la materia de sombras, una oscura no-sustancia sentida sólo en su masa y en gravedad, en su invisible pesadez. Las galaxias se desplazaban perezosas por encima de las aberturas de un «Huevo» blanco despojado de Arriba y Abajo. Las pantallas eran láminas sólidas del más profundo azul.

Skip rompió el silencio.

—Déjame que te lo enseñe, Kyle. Permíteme, Marilyn, que te muestre cómo es en realidad.

—¿Es que tú de verdad lo sabes, Skip?

—Sí, sí que lo sé, Kyle. ¿No recordáis ninguno de los dos lo que dijeron?

Kyle observaba a Marilyn a través del sollado; vio cómo ella sacudía la cabeza.

—No todo. —La voz de la mujer sonaba cauta—. Dijeron tantas cosas, cariño, al fin y al cabo. Dijeron un montón de cosas.

—Lo que dijeron —replicó Skip como si se dirigiera a una niña— los de Apoyo de Supervivencia. La cosa... la única cosa importante que dijeron.

Aún con mayor cautela, Marilyn preguntó:

—Y ¿qué fue, cariño?

—Que uno de nosotros iba a morir.

Una isla atravesó la pantalla de Marilyn, una esmeralda engarzada en oro y colocada sobre terciopelo azul.

Kyle dijo:

—Ése es mi departamento, Skip. Apoyo de Supervivencia nos dijo que existía realmente la posibilidad (tal vez de uno a veinte) de que uno de nosotros muriera al abandonar la Tierra o en el viaje de vuelta. Exageraban bastante, yo habría calculado de uno a cien.

—Creo que será mejor que informe al Director —musitó Marilyn.

Kyle se mostró de acuerdo.

—Y tenían razón —dijo Skip—. Se trata de mí, Kyle. Yo morí al salir. Fallecí, pero vosotros dos me habéis seguido.

Océano e isla desaparecieron de todas las pantallas, sustituidos por un cursor parpadeante y la palabra DIRECTOR.

—Monitor de respiración, L. Skinner Jansen —preguntó Marilyn.

Kyle giró para observar su pantalla. El cursor barría la pantalla de un lado a otro sin la menor señal de inhalación o exhalación y, por un instante, quedó sorprendido. Skip rió entre dientes.

El suspiro de Marilyn llenó los receptores de Kyle.

—El mago de la programación. ¿Qué has hecho, Skip? ¿Has quitado la amplificación?

—No ha sido necesario. Ocurre de manera automática. —Skip rió de nuevo.

Lentamente, Kyle dijo:

—No estás muerto, Skip. Créeme. Yo he visto a muchos hombres muertos. He troceado sus cuerpos y he examinado sus órganos uno por uno. Conozco a los muertos, y tú no eres uno de ellos.

—De vuelta en la nave, Kyle. Mi antiguo yo físico está tumbado en el *Sbadow Show*, muerto.

—Tu yo físico —intervino Marilyn— está aquí mismo, cariño, con Ky y conmigo. —Y luego, dirigiéndose al Director—: Señor, ¿está ocupado el módulo de L. Skinner Jansen?

La traza se desvaneció, sustituida por: «Negativo: el módulo de Jansen I está vacío».

—Consola —ordenó el mismo Skip.

Kyle no se volvió para mirar cómo volaban los dedos de Skip por el teclado. Pasados unos momentos, Skip dijo:

—Veréis, este lugar (el nombre formal de nuestra gran república es Hades, a propósito) tiene el aspecto que tiene sólo debido a las gradaciones de color que vosotros habéis asignado a los datos del gravímetro. Yo voy a los auténticos colores, como dice la expresión.

Un fulgor de cuatro-punto-cinco, seis, y siete-punto-ocho milésimas de milímetro de luz, *Polyaris* se alejó revoloteando para observar a Skip. Como éste no hiciera nada por alejarla, *Polyaris* se encaramó sobre una palanca roja de emergencia y dirigió un ojo, como un luminoso botón negro, hacia su teclado.

Kyle dirigió su atención de nuevo a la pantalla. Las letras se desvanecieron y quedó tan sólo el azul océano meridional. Mientras observaba, éste se oscureció hasta pasar a un color negro metálico. Diminutas llamas de color ocre, limón y cinabrio salían despedidas desde las crestas de las olas.

—¿Veis lo que os digo? —preguntó Skip—. Nos han enviado para que devolvamos un

demonio a la Tierra, o tal vez sólo un alma condenada. Me da igual. Yo no me moveré de aquí.

Kyle miró hacia Marilyn, al otro lado del sollado blanco vacío.

—No puedo —susurró Marilyn—. No puedo, Ky. Hazlo tú.

—De acuerdo, Marilyn.

Metió el dedo índice en el enchufe de Intercambio, y sintió más que vio las letras que se sobreponían al infernal mar de las pantallas: «Kappa Upsilon Lambda 23011 informa Jansen I psicótico. ¿Puede confirmar, Jansen II?».

—Confirmado, Marilyn Jansen.

«Se aconseja reclusión.»

—Me temo —dijo Marilyn— que la reclusión es imposible mientras estemos en el «Huevo», señor.

«No aborte su misión, Jansen 2. ¿Aceptaré la reclusión de Jansen I si ésta es viable?»

—Aceptada siempre que sea viable —respondió Marilyn—. Entretanto, procedemos con la misión.

«Satisfactorio», dijo el Director, y cerró el mensaje.

—¿Así que vais a encerrarme, dulzura? —quiso saber Skip.

—Espero que ya no sea necesario cuando hayamos regresado. Ky, ¿no tienes nada que darle?

—No hay específicos para la psicosis, Marilyn. Aquí no. Tengo algo en el *Sbadow Show*. Skip se rascó la barba.

—Por supuesto, vais a encerrar a un fantasma.

Desde el otro lado del amplio sollado, Kyle pudo ver que sonreía. *Polyaris* recogió la palabra.

—¡Fantasma! ¡FANTASMA! ¡FANTASMA!

Se dirigió aleteando hasta el centro vacío del «Huevo» y adoptó una pose de águila heráldica, observando para asegurarse de que era admirada.

La orilla de una isla más grande entró en sus pantallas por la derecha. La playa eran cenizas y ascuas; la selva, un bosque de llamas.

—Si queremos coger eso, Marilyn...

—Tienes razón —respondió ella.

Valerosamente, cuadró los hombros. Se incorporó en su asiento. La nueva vida que llevaba su interior había llenado ya sus mejillas e hinchado sus senos. Kyle estaba seguro de que nunca había estado tan guapa como ahora. Cuando ella se puso el casco, él exhaló su nombre —aunque sólo para sus adentros— antes de enchufar en la simulación que parecía mucho más real que una pantalla.

Como un montón de brazos rosados, los rayos gravitadores de Marilyn se hundieron en la atmósfera del planeta de sombras volviéndose oscuros y pesados al tiempo que izaban ruidos y gases de sombras desde un lado de la isla, y cualesquiera vientos que pudieran agitarlos. Kyle reflexionó y pensó que estos brazos deberían ser azules en lugar de negros, y dijo al director auxiliar de a bordo que volviera a las tonalidades originalmente programadas por Marilyn.

«Rechazado», espetó el director auxiliar.

Y nada ocurrió. Los gravitadores se oscurecieron aún más y los potentes chorros aceleradores gruñeron por el esfuerzo necesario para mantener al «Huevo» en órbita. Cuando Kyle miró hacia el sollado, descubrió que había en él una yema de doce metros, oscura como la de los huevos que los chinos entierran durante siglos. *Polyaris* se hallaría probablemente en algún punto de esa yema negra, incapaz de verla o sentirla. Lanzó un agudo silbido, y ella chilló y vino aleteando para posarse en su hombro.

La simulación de color tinta se doblaba y redoblaba, girando ante la turbulencia de la fresca materia de sombras bombeada al «Huevo» por los gravitadores. Los generadores cantaban el hechizo que impedía que el «aire» y el «agua» de sombras entraran en ebullición y desaparecieran en lo que para ellos no era más que un gran vacío.

El gruñido de los chorros se alzó hasta convertirse en un furioso rugido.

—Tú has traído al Infierno aquí con nosotros —dijo Skip—, dulzura. Tú y no yo. No lo olvides.

Marilyn hizo caso omiso de él, y Kyle le dijo que callara.

Bruscamente, los gravitadores parpadearon y se apagaron. Un centenar al menos de toneladas del agua del mundo de sombras —fuera lo que fuera éste— cayó de nuevo a la superficie, algo plenamente real para cualquier entidad consciente que pudiera haber allí.

—Lluvia de ranas y peces, *Polyaris* —musitó Kyle a su pájaro—. ¿Te acuerdas de Charlie Fort?

*Polyaris* rió entre dientes y asintió con la cabeza.

—Entonces —añadió Skip—, recuerda también que cuando Moisés tocó el Nilo con su báculo el Señor Dios convirtió las aguas en sangre.

—Tú eres el que ha cogido los lápices de colores, Skip. Te llamaré Moisés, si así lo deseas, pero difícilmente puedo llamarte «Soy» después de habernos asegurado que no eres.

Kyle seguía la caza de Marilyn en pos de un ejemplo de la forma de vida dominante, y menos de una décima parte de su capacidad estaba dedicada a *Polyaris* y Skip.

—¡Me llamaréis «Amo»!

Kyle sonrió al recordar al vampiro de una vieja película.

—No, Skip. Mientras tú estés mal el amo soy yo. ¿Sabes que he estado esperando media vida para utilizar esa línea?

Entonces la vio, quizá tres cuartos de segundo después de que la viera Marilyn. Una figura erguida que caminaba a grandes pasos por una playa infernal. Su locomoción bípeda no era garantía total de dominio e inteligencia, desde luego. Las avestruces no habían dominado ni dominarían jamás un mundo aunque llegaran a constituir una enorme plaga en Marte. Pero sí, esos poderosos miembros anteriores eran desde luego manipuladores galácticos y no simples armas. «¡Ahora, Marilyn! ¡Ahora!»

Como si lo hubiera oído, un brazo rosado descendió de pronto. Por un instante, el hombre de sombras flotó, luchando con denuedo por escapar mientras la gravitación de su mundo de sombras era contrarrestada por el gravitador. Luego, subió como una exhalación hacia ellos. Kyle giró en su asiento para ver cómo la esfera negra chapoteaba —no se lo podía llamar de otro modo— y, bajo el atizar de los gravitadores, entraba de nuevo en coalescencia. Eran cuatro.

Un instante más tarde, el hombre de sombras brotó a la superficie de la yema oscura y todavía temblorosa. Para él, ellos no estaban aquí, el «Huevo» no estaba aquí. Debía de parecerle que estaba flotando sobre una esfera acuosa suspendida en el espacio.

Y posiblemente esto fuera más real que la visión mejorada por ordenador que él mismo habitaba, una simple

viñeta creada a partir de una de las fuerzas más débiles conocidas de la física. Desenchufó e, inmediatamente, el sollado del «Huevo» quedó blanco y vacío de nuevo. Marilyn se quitó el casco.

—Bueno, Ky. De ahora en adelante esto es cosa tuya... a menos que quieras algo más de la superficie.

Kyle la felicitó y movió la cabeza.

—Cariño, ¿te encuentras mejor?

Con voz inexpresiva, Skip contestó:

—Estoy perfectamente. Creo que esa maldita máquina debe de haberme drogado.

—¿Ky? Eso parece poco probable.

—Deberíamos desenergizarlo o destruirlo, si no podemos revisar su programación.

Marilyn sacudió la cabeza.

—Dudo de que podamos reprogramarlo. ¿Qué crees tú, Ky?

—El cableado es duro en su mayoría, Marilyn, y no se puede alterar sin nuevas placas. Supongo que Skip podría revisar mi programa si se dedicara a ello, aunque puede que le ocupe un buen rato. Hace muy bien ese tipo de cosas.

—Y tú eres un dispositivo altamente peligroso, Kyle —dijo Skip.

Sacudiendo la cabeza, Kyle sacó el cable del calibre de un lápiz que tan a menudo había utilizado en los ejercicios de preparación. Un extremo iba enchufado con *unjack* a la consola, el otro a un pequeño enchufe hembra situado justo encima de sus caderas. Cuando ambas conexiones estuvieron hechas, se halló de nuevo en la viñeta cibernética donde materia auténtica y materia de sombras parecían igual de reales.

Seguía siendo una viñeta con colores de Skip. La piel de Marilyn brillaba, blanca como la nieve. Sus labios eran de un escarlata incandescente, el cabello de bronce bruñido y los ojos de fuego azul; el mismo Skip había pasado a ser un sátiro de barba negra, con piel de terracota y crueles labios carmesí. Kyle apretó con fuerza ambas férulas, probó sus chorros, soltó su arnés de seguridad y se lanzó hacia el centro del «Huevo», haciendo que *Polyaris* cacareara de placer.

Cuando se acercaban a la yema negra, el hombre de sombras se hizo visible. Kyle sacó la conclusión de que estaba tumbado de espaldas; en general era extrañamente antropomórfico, con cabeza, cuello y hombros bien reconocibles. Los órganos de visión binoculares parecían haber desaparecido detrás de unos pequeños pliegues de piel, y Kyle habría dicho que su respiración era rápida para tratarse de un ser humano.

—¿Qué aspecto tiene, Ky? —quiso saber Marilyn.

—Demoníaco —contestó Kyle—. Me temo que ha sufrido un shock. Al menos yo diría que es shock si se tratara de uno de nosotros. En realidad... —Dejó la frase sin terminar.

Justo encima de estos órganos había unas extrañas proyecciones romas que habríase dicho eran las orejas del hombre de sombras. Distraídamente, Kyle intentó palparlas. Su mano no encontró nada y desapareció al introducirse en el cráneo del hombre de sombras. El hombre de sombras abrió los ojos.

Kyle dio un respingo, echándose hacia atrás, y consiguió tan sólo ponerse a girar, lenta y ligeramente, y retorcer su cable.

—¿Qué pasa, Ky? —preguntó Marilyn.

—Nada —respondió Kyle—. Estoy alterado, eso es todo.

Los ojos del hombre de sombras estaban otra vez cerrados. Sus brazos, más largos que los de un ser humano y más musculosos que los de un atleta de gimnasio, se contrajeron y quedaron quietos. Kyle inició el minucioso examen que requería el plan. Cuando hubo terminado, Skip preguntó:

—¿Qué tal ha ido, Kyle?

Éste se encogió de hombros.

—No he podido verlo por detrás. Tal como has teclado el agua de sombras, parece tinta.

—¿Por qué no la cambias, Skip? —terció Marilyn—. Ponía azul pero translúcida, tal como debe ser.

Skip pareció disculparse.

—Lo he intentado; he intentado devolverlo todo a como era antes. No puedo, al menos todavía no. No recuerdo qué es lo que he hecho exactamente, pero le he puesto algún tipo de cliché.

Kyle se encogió una vez más de hombros.

—Sigue intentando, Skip, por favor.

—Sí, cariño, prueba, por favor. Ahora todo el mundo a enganchar. Ha llegado la hora de la cita.

Kyle desconectó su cable y se puso el arnés. Después de una ligera indecisión, enchufó también el cable en la consola.

Si no hubiera podido verlo, no habría sido difícil imaginar que la aceleración del «Huevo» no tenía ninguna repercusión sobre la esfera de cincuenta metros de materia oscura de su centro; pero también esto era masa, y los gravitadores gemían como niños ante la tensión del cambio de velocidad y dirección, un fuerte lamento audible —al menos para Kyle— por encima del rugir de los chorros. La esfera negra se estiró convirtiéndose en una lágrima negruzca. La aceleración era también un tormento para *Polyaris*; Kyle tomó el cuerpo frágil de ésta en su mano libre para aliviar en lo posible su desdicha.

En algún punto tan por encima del «Huevo» que el pozo de gravedad del planeta de sombras había dejado de tener importancia alguna y palabras como «encima» carecían prácticamente de sentido, el *Shadow Show* se desplegaba para recibirlos, preparándose para acoger al «Huevo» recién fertilizado en un muro interior. Por un instante, ebrio ante la belleza de la imagen, el pensamiento de Kyle se elevó.

Bruscamente, los grandes chorros callaron. El «Huevo» había alcanzado la velocidad de escape. Marilyn devolvió el control del «Huevo» al director auxiliar.

—Listo, chicos, hasta que iniciemos la entrada. Desabrochaos si queréis.

Kyle lanzó a *Polyaris* hacia la yema y la miró hacer un feliz recorrido por el interior del «Huevo».

—Marilyn —dijo Skip—, parece que tengo un pequeño problema aquí.

—¿Qué es?

Kyle se quitó el arnés y lo replegó. Desenchufó y la yema y su hombre de sombras ya no estaban. Sólo quedaba *Polyaris*, gorjeando.

—No puedo quitarme este maldito aparato —se quejó Skip—. La hebilla está atascada o algo así.

Marilyn se quitó el arnés de aceleración y voló hasta el otro lado para echar un vistazo. Kyle fue también hacia allí.

—Dame, deja que pruebe yo —dijo Marilyn.

Sus dedos delgados, menos ágiles pero más diestros que los de Skip, apretaron el dispositivo de soltar y tiró de la oreja de cierre. No se soltaba.

—Me temo que no podrás soltar a Skip, Marilyn —musitó Kyle—. Y yo tampoco. Ella se volvió y lo miró.

—Has aceptado la reclusión de Skip, Marilyn. Quiero que sepas que, en mi opinión, has

hecho bien.

—¿Quieres decir...? —empezó ella.

—El Director no está todavía seguro de que Skip se haya recuperado, eso es lo que ocurre. Las auténticas recuperaciones no suelen ser tan rápidas ni tan... —Kyle hizo una pausa, buscando en su archivo-diccionario la palabra más adecuada—... adecuadas. Puede tratarse tan sólo de un intervalo de lucidez. Eso ocurre con frecuencia. Y puede no ser más que una estratagema.

Skip lanzó una maldición y tiró de las correas.

—¿Crees que puedes encerrar...?

—No —respondió Kyle—. Yo no. Pero el Director sí puede, si a su juicio es lo indicado. —Esperó a que hablara Marilyn, pero ésta permaneció en silencio—. Mirad, Marilyn, Skip, nos hemos esforzado mucho a fin de estar preparados para cualquier eventualidad previsible, y la enfermedad mental no era desde luego una de ellas. Aproximadamente el diez por ciento de la población humana la padece en algún momento de su vida, por lo tanto, con vosotros dos a bordo, y bajo un gran estrés, debíamos por supuesto estar preparados para un problema de este tipo.

Marilyn estaba pálida, como agotada. Con la mayor suavidad posible, Kyle añadió:

—Espero que esto no haya representado un shock demasiado grande para ti.

Skip había abierto la hoja de su cuchillo multiusos y golpeaba con ella fútilmente sus correas. Kyle se la quitó de las manos, la cerró y la metió en una de sus propias zonas de almacenamiento.

Marilyn se alejó. Él la observó volar graciosamente por el sollado, se cogía a la barra de agarre del asiento del piloto y trababa la hebilla que la retenía al asiento. Las lágrimas hacían que sus ojos relucieran. Como sintiendo su aflicción, *Polyaris* se encaramó sobre la barra y le frotó la oreja con las plumas de un lado de su cabeza.

—Ve a ver a tu demonio, Kyle —musitó Skip—. Ve a donde quieras pero márchate de aquí.

—¿Crees todavía que es un demonio, Skip? —preguntó Kyle.

—Tú lo has visto mucho más de cerca que yo. ¿Qué crees tú?

—Yo no creo en los demonios —dijo Kyle.

Skip parecía estar ahora mucho más tranquilo, pero sus dedos pellizcaban mecánicamente las correas.

—¿En qué crees tú, Kyle? ¿Crees en Dios? ¿Adoras al Hombre?

—Creo en la vida. La vida es mi Dios, Skip, si te parece que se puede decir así.

—¿Cualquier forma de vida? ¿Y la de un mosquito?

—Sí, cualquier forma; el mosquito no me va a picar. —Kyle sonrió con su sonrisa de metal.

—Los mosquitos propagan enfermedades...

—A veces —admitió Kyle.

—Entonces hay que destruirlos: la vida inferior sacrificada en aras de la superior.

—Skip, tu Marilyn es ahora especialmente sagrada para mí. ¿Entiendes esto?

—Marilyn está condenada.

—¿Por qué dices eso?

—Por el demonio, naturalmente. Quería decirle que se había condenado, pero eres tú quien la ha condenado. Eres tú quien quería al demonio, necesitabais tenerlo, tú y el Director, y de no ser por ti habríamos podido volver a casa con el sollado lleno de materia oscura y alguna excusa.

—Pero ¿tú no estás condenado, Skip? ¿Sólo Marilyn?

—Yo estoy muerto y condenado, Kyle. Me ha llegado mi sino. He tocado fondo. ¿Conoces esta expresión? —Kyle asintió—. Las personas hablan de que están tocando fondo, pero rebotan y vuelven a subir. Si puedes rebotar, es que no estás en el fondo. Cuando alguien llega a donde he llegado yo no hay posibilidad de rebote, jamás.

—Si de verdad estás muerto, Skip, ¿cómo pueden detenerte estas correas? Yo diría que un arnés de aceleración no es capaz de retener a un alma perdida, ni siquiera a un espectro.

—No me retienen —contestó Skip—, lo que ocurre es que en el último instante no he tenido valor suficiente para permitir que Marilyn viera que estaba realmente ido. La amaba... ya no la amo. Donde yo estoy no se puede amar a nada ni a nadie salvo a uno mismo, pero...

—¿Puedes salir de tu asiento? ¿Es eso lo que quieres decir, que puedes salir de ahí sin desabrochar la hebilla?

Skip asintió despacio con la cabeza mientras sus ojos, oscuros e inescrutables —pensó Kyle—, permanecían clavados en el rostro de éste.

—Y puedo ver a tu demonio, Kyle. Sé que tú no puedes porque no estás en contacto, pero yo sí puedo.

—¿Puedes verlo ahora, Skip?

—Ahora, no; está en el otro lado de la bola negra. Pero podré verlo cuando se acerque otra vez flotando hacia este lado.

Kyle volvió a su asiento y conectó el cable como había hecho antes. La yema negra recuperó de nuevo su ser; el hombre de sombras estaba frente a él; de hecho, lo miraba fijamente con unos ojos amarillos encendidos. Pidió al Director que soltase a Skip.

Juntos se desplazaron hacia el centro del «Huevo». Kyle se aseguró de que la trayectoria los llevaba hacia el lado de la yema alejado del hombre de sombras. Y cuando el hombre de sombras desapareció de su vista, sostuvo el brazo de Skip y, tirando del cable, hizo que ambos pararan.

—Ahora que sé que tú también puedes verlo, Skip, me gustaría que me lo indicaras.

Skip miró hacia el acuoso planeta en miniatura sobre el cual pendían como si fueran moscas, o tal vez simplemente hacia el centro del sollado.

—¿Bromeas? Ya te he dicho que puedo verlo.

Como un gozoso cometa azul y amarillo, *Polyaris* brotó de la superficie nocturna y frenó su batir de alas para examinarlos de soslayo.

—Por eso necesito tu información, Skip —dijo Kyle con cautela—. No estoy seguro de que la alimentación que recibo sea exacta. Si tú eres capaz de captar de manera directa materia de sombras, podré utilizar tu información para comprobar la simulación. ¿Puedes ver al demonio? Indica su posición, por favor.

Skip vaciló.

—No está aquí, Kyle. Debe de estar al otro lado. ¿Damos la vuelta y echamos un vistazo?

—El agua todavía está un poco agitada. Seguramente nos lo traerá dentro de poco.

—De acuerdo, Kyle —dijo Skip encogiéndose de hombros—. Tú eres el jefe. Supongo que siempre lo has sido.

—Nuestro capitán es el Director, Skip. Por eso lo llamamos así. ¿No ves todavía al demonio?

Una mano y parte de un brazo habían salido flotando a la vista alrededor de la curva de la yema.

—No. Todavía no. ¿Tú tienes alma, Kyle?

Kyle asintió.

—Se llama mi monitor original. He visto una impresión, pero naturalmente no la leí entera. Era muy larga.

—Entonces, cuando seas destruido, quizá la envíen aquí. Ahí llega tu demonio, a propósito. —Kyle asintió—. Supongo que podrán meterlo en uno de estos horrores. Parecen máquinas más que seres humanos, al menos para mí.

—No —respondió Kyle—. Están vivos de verdad. Son vida de sombras, Skip, y como éste es el único ejemplo que tenemos, en estos momentos tiene que ser la vida más preciosa del universo para ti, para Marilyn y para mí. ¿Crees que nos ve?

—Me ve a mí —respondió Skip hoscamente.

—Cuando he introducido los dedos en su cerebro, ha abierto los ojos —dijo Kyle, pensativo—. Era como si los sintiera en su interior.

—Quizá fuera así.

—Sí, posiblemente. El cerebro es un mecanismo tan sensible que, si no es uniforme, tal vez una perturbación gravitatoria tan débil como ésa produzca estimulación. Mete la mano en su cabeza, por favor. Quiero observar... Dices que es un demonio... haz como si fueras a arrancarle los ojos.

—¿Crees que estoy loco! —gritó Skip—. Pues bien, quiero que lo sepas: ¡el loco eres tú! Sobresaltada, Marilyn se volvió en el asiento del piloto para mirarlos.

—Ya te he explicado que me ve —añadió Skip un poco más tranquilo—. ¡No voy a ponerme a su alcance!

—Tócale la nariz, Skip, por favor; hazlo por mí. Así. —Kyle alargó un brazo hasta que sus dedos parecieron acariciar el agua oscura a unos metros del espantoso rostro a la deriva del hombre de sombras—. Fíjate, Skip. No tengo miedo.

Skip gritó.

—¿Tengo tiempo? —preguntó Kyle.

Se sostenía de la barra del asiento de control de Marilyn. Por la puerta delantera, podía

verse perfectamente el *Shadow Show*.

—Nos quedan todavía unos minutos —contestó Marilyn—. Y quiero saber, necesito saber. Es el padre de mi hijo. ¿Puedes curarlo?

—Creo que sí, Marilyn, aunque al corregir las tonalidades de simulación probablemente hayas ayudado a Skip más que con nada de lo que yo he hecho hasta ahora.

Miró apreciativamente hacia la yema. Era de un azul translúcido, como no habría debido dejar de serlo, y el hombre de sombras que flotaba en ella parecía la caricatura de un ser humano campechano más que un demonio. La piel era de un castaño rosáceo, como del color del polvo, y los ojos lucían el luminoso y alegre color amarillo de los narcisos. Le pareció a Kyle que se movieron por un instante como siguiendo a *Polyaris*, que revoloteaba por el sollado. Después de todo, tal vez una entidad viviente de materia de sombras pudiera captar la materia auténtica. Para comprobarlo sería necesaria una investigación a fondo en cuanto estuvieran sanos y salvos en el *Shadow Show*.

—¿De verdad no puedes ver materia de sombras, Ky?

Kyle sacudió la cabeza.

—No más que tú o yo, Marilyn. Él creía que sí podía, ¿entiendes? Al menos a un nivel. Pero a otro nivel sabía que no, y fingía de manera muy astuta. —Kyle hizo una pausa, y luego añadió—: Freud hizo a la psicología un flaco servicio al convencer a las gentes de que la mente humana piensa a sólo tres niveles; son en realidad muchísimos más, y lo único que ocurre es que el número exacto varía según el individuo.

—Pero, por lo que me has dicho, tú creíste durante un tiempo que quizá sí podía.

—Al menos, estaba dispuesto a concederle una posibilidad a la idea, Marilyn. A veces se puede ayudar a las personas como Skip permitiéndoles poner a prueba sus sistemas de autoengaño. Lo que yo he comprobado es que se guiaba por mí... principalmente por la dirección de mis ojos, sin duda. Te equivocas si crees que eso equivale a mentir. Él creía honestamente que cuando vosotros los seres humanos moráis, vuestras almas venían aquí, a este planeta de sombras de un sistema de sombras, de una galaxia de sombras, y que en realidad él había muerto.

Marilyn, acongojada, sacudió la cabeza.

—Pero es una locura, Ky. Una locura total.

«Nunca la he visto tan guapa», pensó Kyle. En voz alta, dijo:

—La enfermedad mental es a menudo un modo de escapar a la responsabilidad, Marilyn. Podrías considerar este hecho. Y la muerte es otro, podrías considerar esto también.

Por un segundo, Marilyn vaciló mientras se mordía el labio.

—Tú me quieres, ¿verdad, Ky?

—Sí, Marilyn, te quiero. Mucho.

—Y también me quiere Skip, Ky. —Le dirigió una leve y triste sonrisa. Supongo que soy la mujer más afortunada, o bien la más desdichada. Los dos hombres a quienes más quiero me aman a mí, pero uno tiene una depresión... no debería haber provocado esto, ¿verdad?

—Mientras el otro es en gran medida inorgánico —terminó Kyle por ella—. Pero no es en realidad tan espantoso ser amada por alguien como yo. Nosotros...

*Polyaris* chilló y volvió a chillar. No era el agudo grito de placer, ni siquiera el indignado graznido de dolor, sino el chillido siniestro y penetrante que señalaba la presencia de un ocelote al acecho: ¡Peligro! ¡Fuego! ¡Inundación!

¡INVASIÓN! ¡CATÁSTROFE!

*Polyaris* revoloteaba en torno al hombre de sombras, y el hombre de sombras no tenía ya aquel color castaño rosáceo de polvo. Kyle lo miró mientras su color se desvanecía pasando primero al gris y luego al blanco. Su boca se abrió. Se derrumbó, despacio y presa de convulsiones, y quedó reducido a una bola fetal. Horrorizado, Kyle se volvió hacia Marilyn, pero Marilyn estaba absorta en sí misma, las manos aferradas al vientre.

—¡Se ha movido, Ky! Acaba de moverse. ¡Acabo de sentir la vida!

## Procreación

### I. CREACIÓN

1 de agosto, lunes. Hoy, se me ha ocurrido algo de repente. Estaba meditando acerca



de la idea de Gott (Harvard) según la cual el universo contiene sólo un monopolio magnético —porque ésta es su semilla—, del mismo modo que cada gota de lluvia contiene tan sólo una partícula de polvo (lo cual, naturalmente, significa que los chicos de Berkeley y Houston se equivocan queriendo atraparlas en su globo sobre Nebraska). ¿Por qué no fabricar uno en el acelerador? Porque es imposible mover algo tan pesado; los monopolos deben de ser diez mil millones de veces —aproximadamente— mayores que la masa de un átomo de hidrógeno. Una gran idea: para fabricar diamantes industriales, hay que obtener presión mediante una explosión. ¿Por qué no utilizar una descarga eléctrica? Lo han hecho ya en el acelerador, lo han probado y nada. Le han disparado electrones a la Nada para ver si eran atraídos o repelidos. Electrones, unos cuantos positrones. Probablemente fallo en el equipo.

2 de agosto, martes. Anomalía en el objetivo. Lo he sacado del acelerador, lo he lavado y lo he frotado con piedra pómez, etc., todo inútil. Lo he puesto bajo el microscopio. Mancha oscura de agua y limpiador que no se va. Materia pesada que parece estar posándose.

3 de agosto, miércoles. Le he dicho a Sis, a Martha: «¿Qué te parecería decir "mi hermano (esposo) el premio Nobel"? Martha: "Gene, estás loco, ya he oído eso antes, etc."». Sis, interesada. (Lo que yo esperaba de las dos, en realidad.) Le he hablado de ello: de que he encontrado el monopolio, he hecho el microverso, Gott tiene razón. He ido al laboratorio. El microverso parece tener forma piramidal. Extraño. Lo he inclinado y el agua fluía como por gravedad, dejando algunos sólidos secos. Gravedad interuniversal. Quería llamar a John Cramer para hablarle de ello, pero ha ido a Berlín Occidental como profesor invitado. Tenía que dar conferencias, no ha hecho gran cosa.

4 de agosto, jueves. He puesto luz en el laboratorio para poder encenderla y estudiar el microverso. Ya no es piramidal, ahora es cúbico y más grande. Lo cual significa tan sólo que ha pasado de cuatro ángulos a ocho. Sin duda proseguirá así hasta que su forma se aproxime a la de una esfera, si yo se lo permito. Tiene gracia que yo haya escrito acerca de la existencia de alguna que otra extraña partícula (como el monopolio) «en algún extraño rincón del universo», sin adivinar que podía ser cierto. (¿Propiedades especiales en los rincones?) De todos modos, no parece importar el tamaño que adquiera, no ocupa «Espacio», al no estar en absoluto en nuestro universo. Cuando mido el objetivo con calibrador, sigue teniendo el tamaño correcto. Pero la regla entra en el microverso y pierde algo de longitud, y ello hace que parezca que el objetivo ha crecido. (Nota: recordar que hay que escribir acerca del concepto de «Espacio» para la *Physical Review C*.)

5 de agosto, viernes. He introducido material celular (raspaduras) de la manzana que Sis ha puesto en mi almuerzo. Resultados pasmosos. Materia verde que se extiende sobre todo el material inorgánico por encima del agua. (Eso ha crecido también, creo; parece estar expandiéndose junto con el microverso, aunque con menor rapidez.) He ido a Biología, me he agenciado muestras de tejido de conejos, ratones, etc., y los he introducido: nada. Parece que han muerto.

6 de agosto, sábado. Parece que me equivocaba acerca del tejido animal. He visto hoy unas cositas correteando de aquí para allá, y una o dos nadando. Parecen grandes para ser microorganismos; quería atrapar algunas y luego volverlas a introducir, pero eran demasiado rápidas. Lo más sorprendente es que la materia vegetal se ha convertido en licopodio o algo por el estilo. Con el cristal bueno, incluso puedo ver vainas de espora colgando de las ramas. ¡Fascinante! Quería volver a repetir lo del tejido animal, pero había tirado los cultivos. Me he raspado la muñeca y he metido las raspaduras. También éstas crecen. He atrapado al bichito antes de que estuviera demasiado animado y lo he raspado también a él. Lo he vuelto a meter. Pronto andaba correteando normalmente, y el tejido que yo había sacado de él se ha convertido en otro, muy parecido.

7 de agosto, domingo. He decidido no ir a la universidad, aunque sabía que si no iba Martha me estaría fastidiando —como así ha ocurrido— con ir a la iglesia. He dormido hasta tarde, he visto el partido de béisbol por televisión. Me he puesto a hablar del microverso con Sis y ella quería hablar a «la gente» de nosotros. Es una tontería, pero estaba tan nerviosa que no me he podido negar a ayudarla. Ha hecho unos dibujitos en una hoja de papel para poder doblarla y que parezca un librito, empezando por la descarga por arco y terminando cuando yo observaba a los Yankees marcarle uno a los Angels. Hemos ido a la universidad y lo hemos reducido seis veces en la estupenda copiadora, y ella lo ha doblado. Quizá no debiera decirlo aquí, pero creo que no me he sentido tan orgulloso en mi vida como cuando le he enseñado el microverso: ¡qué entusiasmada estaba! (habla ya de poner unas cuantas células suyas). Pero, cuando he utilizado el cristal, ¡qué espanto! Los bichos se estaban comiendo las vainas de espora, o lo que sean. Quiero echarles un vistazo más deta-

llado, así que he empezado a buscar el modo de asustarlos y que las suelten. Una mosca de la fruta daba vueltas en torno al corazón de manzana que estaba en mi papelera, la he cogido y la he metido dentro. Se han dispersado, como por arte de encantamiento. Sis dice que deberíamos ponerle título a su libro, pero no se nos ocurría nada adecuado. Después de mucho hablar, nos hemos limitado a escribir nuestros nombres, «Gene» y «Sis», en la tapa y lo hemos echado dentro.

## II. RE-CREACIÓN

1 de septiembre, jueves. Completada hoy la transferencia del nuevo universo al departamento de Astronomía. Como le dije al doctor Ramakrishna, en algún momento habrá que trazar alguna especie de línea divisoria entre sus reivindicaciones en relación con nuevos universos y las nuestras. De todos modos, parece claro que la Generación —como yo la he bautizado— ha pasado alas suyas. Dicen que se ha salido ya de la órbita de Plutón y se dirige camino de Vega; también hay un desplazamiento al rojo. (El doctor Ramakrishna sugiere que se lo lame «Ramajetta». Yo he considerado esto como un chiste, y pienso seguir haciéndolo.) Ahora, de nuevo a trabajar sobre mi artículo para la *Physical Review C*.

2 de septiembre, viernes. He recibido una carta muy inquietante por correo aéreo del doctor Cramer, desde Alemania Occidental. Indica que si mi experimento no ha creado más que un solo monopolio, ha creado también una carga magnética neta. (Lo que él llama un «no-no». Siempre está bromeando. Pero, ¿qué tal?) Parafraseando a Cramer: si la generación se ha desarrollado a partir de un monopolio *norte* tiene que haber también flotando por alguna parte un monopolio *sur*. Y éste debe de haber dado origen a *otro* universo. Llamémoslo Sis-eración, por Sis, que ha sido mi tabla de armonía para el primero. Resulta especialmente adecuado porque «sis» es un palindromo simple, se lee igual de delante hacia atrás que de atrás hacia delante, y Cramer llega incluso a sugerir que el tiempo podría discurrir hacia atrás en Sis-eración, de tal modo que quedó destruido en el momento en que se creó Gene-eración. Si Cramer está en lo cierto, es evidente que Sis-eración no crece con tanta rapidez como Gene-eración. Lo cual quizá lo haga aún más valioso.

3 de septiembre, sábado. No hay clases hoy, así que he podido ir al laboratorio armado de un peine fino a buscar Sis-eración. He empezado a partir del objetivo del acelerador, donde he encontrado Gene-eración, y he trabajado a partir de ahí. Nada. Pero fijaos: no hay más que un solo monopolio en nuestro universo. Al fin y al cabo, he demostrado que Gott (Harvard) estaba en lo cierto al decir que era la semilla de nuestro universo. Así que se trata realmente de una carga magnética neta, por lo que se refiere a nuestro universo. ¡Aja! ¡Cramer, te he pillado! Sis-eración es mítica, la Atlántida de la física.

4 de septiembre, domingo. No había motivo para ir a la universidad hoy, así que no he ido. He ido a la iglesia con Martha y he estado meditando durante el sermón. No sabría cómo llamarlo: un sueño en vigilia. El caso es que, mientras estaba allí sentado estudiando el grano del reclinatorio de roble que tenía delante, he recordado que tuve una visión ayer mientras me afeitaba. Ésta empezaba con una de esas manchitas pasajeras que cruzan por mis ojos a veces. (Creo que los biólogos las llaman «flotadores», y dicen que son células de un solo cuerpo.) El caso es que tenía esa cosa justo en medio del ojo mientras intentaba rascarme unas raspaduras de debajo de la nariz. Se interfería con mi visión y, de algún modo, supongo que, al relacionar yo inconscientemente el no ver con la oscuridad, deseaba más luz. Entonces ha ocurrido. He visto lo que Ramakrishna y su pandilla llaman el *Big Bang*. He visto ese sol primordial que los viejos filósofos llamaban el Ylem; lo he visto abrirse como una vaina de asclepiadea y esparcir las galaxias. Y luego se ha ido. Pero ahora viene lo que me asusta: juro que no había pensado en esa visión desde ayer por la mañana, hasta estar hoy sentado en la iglesia. Mi inconsciente debe haber decidido que era algo irracional y la ha bloqueado por completo. Cielo santo, ¡qué idea tan aterradora! Si es cierto que hay en mí un mecanismo censor de este tipo, ¿qué no me habré perdido por culpa de él?

5 de septiembre, lunes. Me temo que he pasado la mayor parte del día meditando en mi escritorio. Volviendo a representar en mi memoria la visión del sábado por la mañana. El modo en que actuaba el Ylem y por qué actuaba así. Siempre se ha supuesto que materia y antimateria fueron creadas en cantidades iguales, porque así parece exigirlo la pandad. Y siempre se ha supuesto también que, cuando un átomo se encontraba con un antiátomo, volvían a convertirse en energía. Por lo tanto, tenía que haber en funcionamiento algún

principio de segregación que ponía toda la materia a la derecha —digamos— y toda la antimateria a la izquierda; porque, si se mezclaban, se eliminarían mutuamente por completo. Pero este principio de la segregación es ya una violación del sentido mismo de la paridad. Es Dios, o el Demonio de Maxwell, o algo parecido, que contempla cada pequeño átomo y dice: «Tú te sientas en la sección de fumadores, tú en la de no fumadores, tú en la de fumadores...». Y así sucesivamente. Pero ¿y si no fue en absoluto así? ¿Y si los átomos fueran mucho más estables de lo que creemos? Dos átomos se encuentran y cada uno posee un núcleo denso, altamente energético, de protones (o antiprotones) y neutrones. Pero, a gran distancia de estos núcleos, cada uno tiene las capas de valencia clásicas de los electrones (o positrones), material que es mucho más difuso y tiene mucha menos masa y, por lo tanto, mucha menos energía. Supongamos ahora que sólo estas capas de electrones externas reaccionan, los átomos rebotan y se separan violentamente y, privados de sus capas externas, se degradan y convierten en elementos más simples. Pero, naturalmente, cuando un átomo se encuentra con otro de la misma materia no hay rebote. ¿Tienden los átomos a segregarse por sí mismos? ¿Por qué no? Es más, he aquí una explicación de uno de los más antiguos misterios de la astrofísica: ¿por qué hay tanto hidrógeno y tan poco de todo lo demás?

6 de septiembre, martes. Ha llamado Ramakrishna para decirme que Gene-eración —así es como lo ha llamado— se ha pasado a los infrarrojos. Yo he pensado: de acuerdo, si tú eres buen chico yo también. Así que le he dicho: «Doctor Ramakrishna, quiero que deje de pensar en el *Big Bang*. Piense en su lugar en el *Big Blossom*, en la gran flor. Piense en esa bola de fuego primigenia que se despliega y esparce material que poco a poco se va acelerando». Le han dado ganas de llamarme tonto sin necesidad de mostrarse descortés, pero su inglés no es lo bastante bueno. Yo le he dicho: «Confíe en mí» y he colgado. Me pregunto si alguien habrá conseguido el premio Nobel dos veces. Nota: lo consultaré.

7 de septiembre, miércoles. Son sólo las seis de la mañana y no suelo ponerme a escribir este diario tan temprano, pero no puedo dormir. Anoche, cuando me preparaba para acostarme, recordé... no, no puedo escribirlo. ¿Y si alguien (Martha) encontrara esto? Me encerrarían. Recordé algo, una visita a Sis-eración, que no había podido olvidar, pero que nunca había recordado antes. Dios mío, los continentes se alzan de las aguas como si fueran ballenas. Cramer está en lo cierto: lo que ocurre es que yo no lo comprendía. Yo fui creado cuando realicé mi experimento, y éste se está propagando a través de nuestro pasado. ¿Qué nos va a ocurrir? Tengo que hablar de esto con Sis. Pero no puedo... ¿y si estoy realmente loco?

### III. EL RELATO DE LA HERMANA

Mi hermano y yo nunca fuimos niños corrientes. Teníamos un secreto en común, pero no comprendimos cuan extraordinario era este secreto hasta que los dos fuimos casi adultos. La televisión nos aseguraba que los demás niños eran transportados a lugares extraños: Dorothy a Oz, Wendy y sus hermanos a la Tierra de Nunca Jamás. ¿Por qué entonces no íbamos a vernos Gene y yo en un lugar también extraño, si bien algo menos interesante?

La primera vez estábamos de campamento; y, como sea que nos hallábamos a unos cientos de kilómetros de casa, creímos durante mucho tiempo después que aquello no volvería a ocurrir si no estábamos lejos de casa. Y sin embargo, lo ocurrido aquella primera vez no fue excesivamente interesante, pero sí en cambio un tanto aterrador. Estábamos de campamento en las Sierras. Mamá y papá estaban montando la tienda y *Barque* supervisaba la labor desde lo alto de un tronco caído. Nos dieron una lata para que fuéramos a por agua y nos dijeron dónde estaba la fuente.

No estaba allí. Nosotros temblábamos, en aquel paisaje de arena beige, colores parduscos y piedras rojas. Las altas sierras habían desaparecido, pero los montículos de tierra que nos habían parecido tan altos —tan altos, en realidad como grandes árboles— lanzaban sombras que se extendían kilómetros y kilómetros a través de la arena. El cielo estaba oscuro, pero no oscurecido por las nubes, y no se veía volar ni un solo pájaro. Nos pareció estar andando eternamente; sin duda fueron cuatro o cinco kilómetros. Vimos entonces una playa en la que el viento frío y tenue levantaba olas de cristal que lanzaba contra la arena, barriéndola de aquí para allá como yo había barrido el suelo el año anterior en el jardín de infancia, cuando era demasiado pequeña para saber que había que levantar la escoba después de cada pasada.

—¡Mira! —grité a Gene—. ¡Allí están!

Y pude ver con toda claridad la tienda sobre la superficie de cada ola que se alzaba, y a papá que salía de ella y *Barque* ladrando a sus pies, igual que si estuviera viendo la misma imagen repetida una y otra vez en los televisores de un escaparate. Eché a correr hacia delante, papá me levantó y al minuto siguiente Gene estaba también allí.

Naturalmente, se lo contamos todo a mamá y papá. Mamá decidió que habría un pedacito de desierto allí cerca. Papá dijo que esto era totalmente imposible, y tenía razón. Nos llevó hasta la fuente y encontramos nuestras huellas en el suelo blando, cerca del agua. Pero todas las huellas se alejaban de la tienda, como si nos hubiéramos introducido en la fuente y hubiéramos entrado nadando en la Tierra. Papá era un tanto timorato, y se asustó. Nos asustó también a nosotros haciéndonos prometer que no le diríamos nada a mamá. Después de esto nunca se lo contamos a nadie.

La segunda vez, estábamos en la playa investigando los charcos que dejaba la marea para la clase de biología de la escuela superior. Las olas me recordaron aquella primera experiencia, pero había habido tormenta mar adentro del Pacífico y eran oscuras y de un verde opaco. Hacía tiempo que no hablábamos del desierto, pero llamé a Gene y le pregunté si veía algo —árboles, me parecían a mí— más allá del fondo del charco que había encontrado. Era un bosque como los que se ven en las imágenes de los viejos libros, con árboles de tres metros de ancho, envueltos en musgo, cada uno de ellos durmiendo en su propia niebla nocturna. Se abrió una puerta en el décimo de los árboles por los que pasamos y un hombre moreno nos condujo hasta su hogar subterráneo, donde la esposa, tímida y encantadora, daba el pecho a un niño.

El hombre y la mujer nos dieron de comer nueces y setas, cabezas hervidas de helechos y pan hecho sin trigo; nos hablaron con gran profusión de gestos y dibujaron árboles y ciervos en un papel que volvía a ser blanco cada vez que el hombre moreno le daba la vuelta. Nosotros entendíamos muy poco de lo que decían, pero creo que intentaban explicarnos que vivían bajo el suelo para que los árboles y los ciervos, a quienes esto les era imposible, pudieran vivir encima. Y que había muchas, muchísimas familias así. Finalmente, el niño se durmió y la mujer morena abrió un espejito plegado para que nos viéramos, y éste era grande y liso como un espejo de armario. Nos vimos reflejados en él, y más allá vimos el océano; al instante, el agua nos roció el rostro.

Gene y yo estuvimos hablando de ello largo rato por la noche y decidimos —él decidió, más bien— que el peligro era demasiado grande. Hasta ahora habíamos tenido suerte; pero no debíamos confiar en tenerla siempre. Creíamos haber visto dos mundos distintos. Tal vez fuera así.

Después de esto él intentó olvidar, y creo que lo consiguió. Yo sólo fui una vez más, cuando Gene estaba ya casado y era evidente que yo no me iba a casar nunca. Me planté ante el tocador de mi dormitorio, miré más allá del rostro reflejado y vi el mar.

Creí al principio que se trataba del mismo mundo que habíamos visitado cuando niños, porque era un paisaje de piedra y polvo, pero ahora el sol ardía y había algas en la playa, y centenares de diminutos cangrejos. Me senté un rato sobre una roca, mirando pensativa el agua, y no vi en ningún momento una vela o una gaviota. Y comprendí, mientras estaba allí sentada, que los tres habían sido un mismo mundo, y que en mi breve vida yo había visto su senilidad y su floración y veía ahora su comienzo.

Llevaba un espejo conmigo, pues había aprendido al menos algo de la hermosa mujer morena, mucho más joven de lo que era yo ahora; pero no era necesario. En la orilla había muchos charcos y cada uno de ellos mostraba mi cama, el cobertor bien tendido para el reposo de mi muñeca de trapo.

Más allá estaba la puerta de mi armario abierta, y diminutos pececillos plateados nadaban por entre mis chaquetas y vestidos. Fui a coger uno, pero al tenerlo en la mano se convirtió en un jirón de pañuelo bordado.

Esta tarde he encontrado en el escritorio de Gene una carta de su amigo el doctor Cramer, que está pasando un año como profesor en Alemania Occidental. Decía: «¡Felicidades por su creación del monopolio! Pero tengo algo que manifestar: usted no dice nada, pero seguro que ha hecho un par. Un monopolio "norte" y un monopolio "sur". De otro modo, habría creado una carga magnética neta, que es un no-no. Así que debe de tener usted dos universos, ¡por el precio de uno! El que usted describe debe de ser como el nuestro, pero el otro contendrá antimateria y en él el tiempo transcurrirá al revés».

Creo que el doctor Cramer está en lo cierto; y, como que ya habéis leído el relato que hace Gene del primero, yo debo daros el mío en relación con el segundo. Ahora ha desaparecido, y cuando estoy de pie ante el espejo no veo más que mi rostro.

O tal vez ese segundo universo fuera el nuestro y somos nosotros quienes hemos

desaparecido, dejando como único rastro estas palabras sobre una página impresa.

## Lukora

Éste es mi informe, el informe de Meirax Andros, sola. Michael no está conmigo; Michael tal vez esté muerto.

El 11.6.89 elegimos este lugar, aterrizamos e instalamos el campamento. Aquí, una corriente de buen tamaño penetra en un lago de unas seis mil hectáreas. Al este se alzan unas montañas no designadas. Al oeste hay unas cuevas muy inclinadas, cubiertas en muchos puntos de alerces y matojos. Nos pareció a ambos que el lugar prometía. La elevación es de cuatrocientos noventa y dos metros, las coordenadas son cincuenta-punto-ocho y cincuenta y tres-punto-cuatro.

Durante cinco días, estuvimos explorando en busca de señales. (Referencia informe anterior, ASP noventa y seis seis.) Las señales que encontramos no correspondían. No había la menor indicación de la presencia de Hombres Pequeños, y le dije a Michael que lo mejor sería trasladarnos a otro lugar.

No nos pusimos de acuerdo.

—Cambian de terreno de caza —dijo; estaba sentado sobre una roca, escudriñando el valle con la mirada—. Un día de estos, pronto, volverán. Aquí abunda la caza.

Meirax sacudió la cabeza.

—Tenemos órdenes de encontrarlos.

Él no quiso mirarla.

—Las órdenes que nos han dado son más amplias que todo eso. Volverán pronto y, cuando vuelvan, nosotros estaremos aquí, familiarizados con el país y sabiendo dónde encontrar agua y por dónde discurren los senderos de la caza.

Por la noche, mientras yacía adormecida en su saco, ella oyó abrirse el saco de Michael, el sonido suave y furtivo de la cremallera. Creyó ella que iba a por ella y se preguntó por un instante cómo iba a recibirlo. ¿Con sorpresa? ¿Con indignación? ¿Con ansia? Bajó ella también un poco su cremallera, los brazos dispuestos para acogerlo.

El no acudió. Ella permaneció largo rato esperándolo en la oscuridad. Cuando se levantó, el saco de Michael se había enfriado. Salió al exterior, donde la extraña y amplia luna hacía que su sombra pareciera un fantasma. Había hecho un día cálido y soleado, pero el viento de la noche era acerbamente frío. Los alerces suspiraron al verla y el arroyo se rió de ella. Cuando regresó a su saco, lloró.

A la mañana siguiente, esperaba encontrarlo en su saco; él negaría haberlo abandonado y le diría que lo había soñado. Pero el saco estaba vacío, la ropa había desaparecido y las botas y la pistola también. Meirax inició una búsqueda sistemática que, al llegar la tarde, había abarcado dos kilómetros en todos los sentidos.

Lo encontró al ponerse el sol, cuando regresaba cansado al campamento.

—¿Te habías perdido? —preguntó ella.

—Sí —contestó él—. Momentáneamente.

—Anoche te fuiste.

Él asintió con la cabeza.

—Oí algo; algo que rebuscaba en torno a la tienda, me pareció. Y luego parecía haber algo también un poco más lejos. Parecía que valía la pena investigar.

—Habrías debido despertarme, Michael.

—Estabas ya despierta. Dices que me oíste.

Cuando estuvieron de vuelta en el campamento, él se lavó en el arroyo, comió un poco y a continuación se metió en su saco y se durmió, aunque apenas había oscurecido. También ella estaba cansada, pero permaneció despierta contemplando el valle y pensando en diversas cosas que había observado durante su búsqueda en la dirección e la que él procedía, oeste-noroeste.

Por la noche cuando despertó, Michael no estaba. Se levantó, se vistió a oscuras y salió al exterior. La fantasmagórica Luna discurría alta, pero casi había amanecido. Se dirigió al arroyo para beber un poco de agua y se sentó en la orilla durante un rato preguntándose qué otra cosa o ser habría podido venir a beber aquí. El sabor del agua del arroyo era mejor que el del agua del lago, al menos para su gusto. Cuando regresó a la tienda, ya los primeros pálidos

destellos del día rayaban el cielo. En lugar de buscar a Michael, se dedicó a pasear por el campamento, afianzar la tienda y hacer colchones de ramas.

Tal como esperaba, Michael volvió a últimas horas de la tarde. Había decidido no hacerle preguntas y no las hizo; pero él dijo:

—Han vuelto.

Meirax se sobresaltó; había llegado al convencimiento de que esto no tenía nada que ver con la misión.

—¿Los has visto? —preguntó.

—No, pero he visto señales frescas. —Vaciló, y era tan evidente su desgana que ella estuvo segura de que no iba a decir nada más. Por último, Michael añadió—: Y los he oído.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Escucha, Meirax, y dime lo que opinas.

Sacó una minúscula grabadora del bolsillo. Ella no se había dado cuenta de su desaparición; la puso en marcha, se la llevó al oído y cerró los ojos.

Los alerces la envolvieron en su impalpable pesar. Era de noche y hacía mucho más frío de lo que esperaba; caía una ligera lluvia.

Una voz —una voz que no era humana— gemía a lo lejos.

«Uu-uu-uu-uu-uu-uuuu.» De repente, sintió un miedo espantoso. Abrió los ojos y tanteó en busca de su pistola, pero ésta se había quedado en la tienda. Michael ya no estaba con ella sino en el arroyo, lavándose.

Cuando hubo terminado de lavarse, Michael lavó también su ropa y la puso a secar sobre las rocas. Ella dijo:

—No hace falta que te quedes levantado. Yo te la traeré. La doblaré y la dejaré al lado de tu saco.

—Gracias —respondió él—. ¿Qué opinas de la grabación? ¿Son ellos, verdad?

—No deberías ir solo —dijo ella encogiéndose de hombros.

Cuando el último haz luminoso de sol se hubo desvanecido detrás de los árboles, ella se dirigió a las rocas y cogió la ropa de Michael tal como había prometido. El cuello de la camisa estaba todavía un poco húmedo, pero la dobló según había prometido y lo llevó todo hasta la tienda.

Cuando alzaba el toldillo de la tienda, echó un último vistazo a las laderas de la montaña. Pedregosas y moteadas irregularmente de alerces y matojos. Allí donde ella se hallaba, ya la noche había llegado; pero, más arriba, las negras rocas de la montaña todavía recogían algo de luz. Vislumbró por un instante los ojos de un Hombre Pequeño cerca de donde empezaba la sombra. Desaparecieron en seguida, y Meirax no estuvo segura de no haberlos imaginado.

Una vez en la tienda, sólo se quitó las botas y se llevó con ella su pistola al saco. Horas más tarde, cuando Michael hubo salido de la tienda, también ella se levantó, se puso las botas y fue tras él.

Salía la Luna, una Luna cuyo círculo no era ya tan marcado como antes. «Es ahora cuando se va», pensó ella. Cuando la Luna sube por encima de las montañas.

Lo avistó a unos trescientos metros río abajo, andando de prisa y sin mirar atrás. Corrió tras él, pero Michael penetró en la sombra de un alto alerce y desapareció.

Durante casi todo el resto de la noche estuvo segura de que todavía seguía su rastro. Lo oyó toser dos veces, y una vez lo vislumbró al cruzar un claro iluminado por la Luna.

Vino el día y ella se rezagó, temiendo que él la viera. Fue ahora cuando lo perdió, al menos esto es lo que pensó ella más tarde.

Durante casi todo ese día siguió afanándose camino adelante, deteniéndose tan sólo para beber en un riachuelo que no podía ser su corriente. Estaba muy cansada, y se daba cuenta de que no tenía ya la fortaleza de antes.

Llegó la hora en que el sol había descendido hasta la mitad por el cielo occidental: la hora en que había regresado Michael. Decidió regresar también ella al campamento. Era absurdo perseguirlo por entre las rocas y los árboles si estaba durmiendo en el campamento.

Su director señalaba el camino, pero una y otra vez éste estaba obstaculizado por árboles caídos, desfiladeros y barrancos o cuevas demasiado empinadas como para subirlos.

Llegó la noche. Sabía que lo más prudente era detenerse e intentar dormir; tenía hambre y creía que el campamento debía de hallarse todo lo más a un kilómetro de distancia. Pensaba en lo tonta que había sido al no llevarse raciones ni una linterna, aunque había temido que él mirase atrás y viera la luz. Se imaginaba a sí misma de nuevo en la escuela, ahora como instructora, dando una reprimenda a una niña más pequeña que también era ella

por no llevar luz ni raciones.

Entonces, cayó. Por un instante, pareció que jamás iba a llegar al suelo hasta que éste la recibió como con un golpe.

Creía haber estado inconsciente, tal vez por no mucho tiempo. Era todavía de noche, le dolía la cabeza y sus miembros magullados estaban rígidos de frío. Tanteó un buen rato por entre las piedras buscando el director, pero sus dedos no lo hallaron y no pudo ver en parte alguna el fulgor verde.

Decidió instalarse del modo más cómodo posible y esperar a que saliera el sol; a la luz del día, encontraría con toda seguridad el director y podría regresar al campamento. Dio tres pasos, con la esperanza de llegar a un lugar al abrigo del viento, y cayó de nuevo al suelo.

Cuando recuperó por segunda vez el conocimiento no tenía ya tanto frío, pero la oscuridad era muy intensa. Se incorporó y vio que había estado tumbada sobre un macizo de helechos y que, aunque seguía llevando puesta la chaqueta, alguien había tendido otra sobre sus piernas.

—¿Estás bien? —preguntó la voz de Michael.

—¿Dónde estamos?

La respuesta tardó uno o dos segundos en llegar.

—En casa de Lukora.

—¿Lukora?

—Esta mujer —dijo Michael.

Meirax había observado ya la alta figura blanca. Preguntó:

—¿Me has encontrado tú, o ha sido Michael? En todo caso, gracias por cuidar de mí.

La blanca figura se acercó, fraccionada en tres. Como una mano, pensó Meirax, con tres dedos levantados. Se inclinó por encima del bulto agachado que correspondía a Michael. Meirax sintió un roce de cabello y se dio cuenta de que las divisiones de la figura blanca no eran más que cabello, cabello oscuro que bajaba por delante de los hombros de su propietaria hasta casi la cintura.

En voz alta, le dio de nuevo las gracias. Una mano fría le acarició la frente y unos dedos ligeros exploraron el doloroso chichón que tenía encima de la sien izquierda; sintió al mismo tiempo una profunda inhalación parecida al susurrar de los alerces.

—Lamenta que te hayas hecho daño —explicó Michael.

—¿No sabe hablar? ¿Cómo sabes su nombre?

—Sí sabe —respondió Michael—. Habla poco. ¿Crees que podrás ponerte en pie?

—Lo intentaré.

Meirax intentó enderezarse, pero no tenía fuerza en las piernas.

Una cuarta persona entró en silencio y, por un momento, la oscuridad se hizo aún más intensa. Oyó algo y vio cómo colocaban algo blando y pesado sobre una mesa, o tal vez sobre el suelo.

Michael musitó algo ininteligible.

—¿Quién es?

—Eso no importa. ¿Quieres echarte y descansar un rato?

—Están en el extranjero —dijo Lukora.

No era en realidad una voz profunda, pensó Meirax, y, sin embargo, poseía ese algo ronco que algunas mujeres consideraban sinónimo de pasión...

De nuevo estaba tendida boca arriba.

—¿Por qué hay tanta oscuridad aquí, Michael?

—Para que puedas dormir.

Se sentía un olor a almizcle, pesado y embrujador, cálido como el aliento.

Cuando despertó de nuevo, Michael le dio de comer algo oleoso y ella preguntó qué era.

—Carne ablandada al fuego. Nosotros también la hacíamos. Es buena, da fuerzas.

—Creo que puedo ya volver andando al campamento —dijo ella, sabiendo que esto era lo que él deseaba oír.

—Entonces, nos vamos.

El corazón de Meirax saltó de alegría.

—¿Vienes conmigo?

—Debo hacerlo. Hay peligro por parte de los Hombres Pequeños.

La ayudó a levantarse y la sostuvo por el brazo para que no diera un traspiés en el suelo de piedra desnivelado.

—Tengo la impresión de que el techo está justo encima de mi cabeza —dijo ella.

—En unos puntos está bajo, en otros alto. —La condujo a través de una cámara donde una luz pequeña y brillante brillaba en lo alto sin iluminar las paredes, y luego por un

sinuoso pasillo—. Ahí está la puerta —dijo; era un círculo difuso de luz pálida.

—Es de día fuera, ¿verdad?

—Casi ha anochecido —respondió Michael—. A Lukora no le gustará que nos vayamos tan tarde. —Vaciló—. Quizá sea mejor que yo me vaya primero.

—Adelante, entonces.

—¿Tú me sigues? ¿En seguida?

—Por supuesto —respondió Meirax.

Se oyó un ruido de metal contra la piedra. La abertura se oscureció al ocuparla el cuerpo de Michael, luego se despejó de nuevo.

—Aprisa —dijo él tendiéndole el brazo.

Ella atravesó la alta abertura, y sus ojos llorosos pestañearon al recibir la luz del día. Parecía que fuese una nueva escena del espectáculo, pensó: la casa de Lukora había desaparecido de repente, y Michael se abría paso ahora por entre espesos matorrales. Los matorrales arañaban las manos y las mejillas de Meirax y de ellos salían nubes de insectos parecidos a dardos.

Llegaron finalmente a un claro bajo un enorme alerce.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Una espada.

Se la mostró. Era vieja y estaba oxidada, la empuñadura de bronce con el color del verdigris; pero la doble hoja había pasado por la muela hacía poco y parecía afilada.

—¿No podías utilizarla para abrir paso por los matorrales? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Habría sido una tontería.

Se había quedado sin el director, pero el sol poniente pronto le devolvió el sentido de la orientación: sabía que Michael la estaba conduciendo hacia el sureste. Subieron juntos una cuesta tras otra, tomando a veces la dirección sur e incluso norte a medida que Michael trazaba un camino que sólo él podía ver.

Y una tercera cosa venía con ellos, silenciosa pero siempre presente.

Vieron a los Hombres Pequeños, antes de que éstos los vieran a ellos.

Aguardaban en lo alto del monte, un grupo maltrecho y numeroso, hombres de extremidades delgadas y pelo hirsuto, malignas estatuas de oro a la última luz.

—Será mejor que nos desviemos —dijo ella a Michael.

—Entonces sabrían que les tenemos miedo. Acabarían con nosotros.

Ella sacó su pistola y soltó la trabilla de seguridad.

—No creo que sepan que estamos aquí.

—Claro que lo saben.

Era de noche cuando llegaron a lo alto del monte, y la extraña Luna no estaba aún sobre las montañas; los soles de millones de mundos relucían como agujeros perforados en película negra.

—Apartaos de nuestro camino —ordenó Michael a los Hombres Pequeños.

Se alzó ante él un campeón, flaco pero casi tan alto como él. Blandía una especie de arma: un garrote dentado, le pareció a Meirax a la luz de las estrellas.

—Dispárale —dijo ella casi sin aliento—. Mátalo ahora, Michael... o lo mato yo.

El le entregó su pistola;

—¿Qué posibilidades tenemos contra ellos de noche? Mataríamos a cinco o seis, quizá. Luego, ellos nos matarían a los dos.

El viejo acero relució bajo las estrellas como si la noche se hubiera llevado toda la herrumbre. Meirax oyó el ruido que hace la hoja al chocar con la madera dura, el silbar y el susurro del garrote del campeón blandido en un golpe demasiado alto y el salvaje grito del campeón.

Manos como garras le arrancaron de las manos la pistola de Michael.

Ella disparó con la suya, y dos de los Hombres Pequeños saltaron en llamas.

Se vio de repente en el suelo, con dedos en la garganta y desaparecida la pistola. Sus manos lucharon por zafarse de aquellas que la retenían. Por un instante vislumbró una cachiporra oscura contra las estrellas. Se revolvió, frenética, para esquivarla.

Los Hombres Pequeños gritaron llenos de espanto, todos juntos, como el coro de una obra. Por encima de ella, unas cosas blancas saltaban luciendo colmillos destelleantes. Todo el mundo de Meirax era una cacofonía de gruñidos y chillidos, y su cabello estaba mojado de sangre que no era suya.



Como oyes, he regresado al campamento. El hermano de Lukora me ha acompañado; no sé cómo se llama. Me está ahora esperando, olfateando el viento y paseándose arriba y abajo ante nuestra puerta. El sol saldrá hoy a las 05:33:8, y ya los señores de los cuernos hacen sonar las cornetas desde lo alto de sus colinas. Vamos de caza; pero pronto volveréis a saber de mí.

### Suzanne Delage

Anoche, mientras leía —debo explicar que estaba leyendo un libro, algo por lo demás totalmente corriente; uno de esos libros un tanto políticos, un tanto filosóficos y un tanto históricos que se pueden ahora comprar todos los meses por kilos— quedé sorprendido ante cierta observación del autor. Me pareció en ese momento una idea interesante, aunque más bien obvia; luego, cuando hube vuelto la página y otras muchas páginas y llegué a la mitad de un nuevo capítulo que guardaba muy poca relación con lo que se decía antes, esta idea volvió a entrar en mi conciencia y actuó en ella como una especie de filtro entre mi mente y el libro hasta que lo dejé y, todavía pensando, subí a acostarme.

La idea que con tanta fuerza me había impresionado era simplemente esto: que todo hombre ha tenido en el curso de su vida alguna experiencia extraordinaria, alguna dislocación de todo cuanto esperamos de la Naturaleza y la probabilidad, algo de tal magnitud que, en su propia persona, ese hombre puede servir de prueba viviente del trillado precepto de Hamlet; pero que casi siempre se ha visto tan condicionado por el hecho de considerarse a sí mismo la más mundana de las criaturas que, al no hallar en esta extraordinaria experiencia relación alguna con el resto de su vida, la ha olvidado.

Me parecía a mí —teniendo en cuenta la enorme extensión del universo de los sentidos y el tamaño reducidísimo de la zona de este universo que consideramos «cotidiana»— que esto era con toda seguridad correcto, pero que, si esto podía decirse en relación con cualquier hombre, tenía que ser cierto también en cuanto a mí; y, por mucho que me esforzara, no conseguía recordar ninguna circunstancia de este tipo.

Apagué la luz y yacé en la cama recordando, con una sensación por lo general muy placentera, mi vida. Porque ha sido realmente una vida agradable, aunque me temo que aburrida y tal vez solitaria. Vivo en la actualidad a menos de ocho kilómetros del hospital donde nací, y no he vivido en otra parte. Aquí crecí, aprendí una profesión, la practiqué y, mucho antes que la mayoría de los hombres, me retiré. Me he casado dos veces, pero ambos matrimonios fueron breves y ambos terminaron en separaciones sin traumas; la verdad es que mis esposas —las dos— me aburrían; y me temo que yo las aburría también a ellas.

Así pues, yacía yo en la cama pensando en aquellas ocasiones en que mi abuelo me llevaba a pescar, en las salidas a patinar con los amigos y en el equipo de la escuela superior —en el que yo era defensa suplente, pero tan por debajo del ocupante fijo de ese puesto que casi nunca saltaba al terreno a menos que lleváramos varios tantos de ventaja al contrario, lo cual no ocurría a menudo—, cuando se me ocurrió finalmente que sí ha habido de hecho en mi propia historia un algo extraño; yo casi diría increíble, si bien no sobrenatural.

Se trata simplemente de lo siguiente: habiendo vivido como he vivido mi vida en una ciudad de cien mil habitantes, he sido vagamente consciente de la existencia de cierta mujer sin habérmela encontrado en ningún momento y sin haberme hecho una idea cierta de su aspecto.

Pero tal vez ni siquiera esto sea tan extraordinario como puede parecer. Jamás he hecho el menor esfuerzo por conocer a esa mujer, y dudo de que ella haya intentado jamás un encuentro conmigo si es que, en realidad, sabe de mi existencia. Por otro lado, no somos inválidos —ninguno de los dos— ni ciegos. Esta mujer —su nombre es Suzanne (aunque me temo que la mayoría de nosotros siempre hemos pronunciado «Susan») Delage—vive, al menos esto es lo que yo siempre he supuesto, vagamente, en el extremo oriental de nuestra pequeña ciudad; yo vivo en el extremo occidental. Dudo de que asistiéramos de niños a la misma escuela de párvulos, pero sí sé que, durante cuatro años, estudiamos en la misma escuela superior. Pude cerciorarme gracias a los anuarios que mi madre, con ese sentimentalismo más o menos formalizado tan característico de ella, guardó para mí en el desván de esta casa alta, de estructura silenciosa —que salvó también para mí—. En realidad, de los cuatro volúmenes que debieron de existir en un principio, sólo quedan dos: los de mis años segundo y último. Faltan varias páginas pertenecientes a la sección de fotografías de la clase, del libro más antiguo, y creo recordar que fueron arrancadas y recortadas para sacar fotos individuales hace muchas décadas. Uno de los rostros que faltan es el mío, y falta también el de Suzanne Delage; pero en otra sección, dedicada ésta a las actividades sociales, aparece un club de muchachas (se llamaba, creo, el Pie Club), y uno de los nombres que aparecen en el pie es el de Suzanne. Por desgracia, las muchachas que aparecen en la

fotografía están agrupadas de manera tan poco ortodoxa —en torno a una estufa y una mesa de trabajo— que resulta imposible estar seguro de qué nombre corresponde a cada una de las señoritas; además, algunas de ellas están de espaldas a la cámara.

El libro del último año habría debido decirme más al respecto; esto creía yo al menos cuando, por fin, lo encontré después de pasar una hora aproximadamente rebuscando. Está entero y sin estropear, y yo —gracias en gran medida al rugby— aparezco en no menos de cuatro fotografías en diversas partes del volumen. Suzanne Delage, en ninguna. En una de las últimas páginas, una melancólica lista de nombres me recuerda algo que tuve olvidado durante muchos años: que hubo una especie de epidemia —creo que fue la gripe española— justo cuando se tomaron las fotografías para el anuario. El nombre de Suzanne figura como el de una de las alumnas «imposibles de fotografiar».

Debo explicar que la nuestra era una de esas escuelas de proporciones desmesuradas que suelen encontrarse en los alrededores de las pequeñas ciudades, una escuela sometida una y otra vez a expansión debido a que el crecimiento de la ciudad en sí había sido lento —aunque más rápido siempre, según parecía visto en retrospectiva, de lo que nadie esperaba— y los contribuyentes no habían querido autorizar la construcción de otra. Resumiendo, era lo bastante grande como para que sólo fueran conocidos de todos unos pocos líderes estudiantiles: los grandes atletas, los jefes de clase, las pocas muchachas realmente promiscuas y aquellas cuyo impresionante físico hacía que nosotros, en aquellos tiempos de ingenuidad, llamáramos «reinas».

En cuanto a los demás, si teníamos alguna actividad social ésta se reducía a las clases y a las pandillas. Un alumno podía conocer a los demás miembros de sus clases de inglés y álgebra; las pandillas —al menos que yo recuerde— correspondían a los jugadores de rugby y sus chicas, los hijos e hijas de papá, los muchachos y muchachas cuyas familias asistían a cierta iglesia fundamentalista de los alrededores de la ciudad; y a ciertas minorías raciales, los jugadores de ajedrez y los miembros de la asociación de debates y los broncos. Parece, supongo, como si cada cual tuviera su grupo, y creo que, en aquel entonces —porque yo estaba bastante bien situado entre los atletas—, yo mismo creía que era así (si es que en algún momento se me ocurría pensar en ello). Me doy cuenta ahora de que todas estas camarillas no abarcaban más de una tercera parte del alumnado, pero lo que no sé es si Suzanne Delage tuvo acceso a una o a más de ellas.

Sin embargo, debí de conocerla mucho antes de empezar mis estudios secundarios, ya que la señora Delage, la madre de Suzanne, era una de las amigas íntimas de mi propia madre. Se habían conocido, y debió de ser cuando yo tenía unos ocho años, gracias a una pasión en común —mucho más extendida en nuestra región, creo, que en el país en general, y que se seguía con mucho más ardor antes que ahora— por el coleccionismo de telas antiguas; es decir, tapetes bordados, edredones, trabajos de ganchillo de todo tipo, cubrecamas, alfombras hechas a mano, etcétera. Cuando mi madre y sus amigas conseguían descubrir un muestrario, o una colcha o un manguito de punto fabricado durante la primera parte del siglo diecinueve (abrigaban la esperanza indestructible, y creo que jamás satisfecha, de hallar una pieza de lo que ellas llamaban «los tiempos de la revolución americana», con lo cual se referían al siglo dieciocho, incluso a fechas tan tardías como 1790 o 1799), una pieza bien hecha y decorada —cuanto más mejor— al modo tradicional, sin escuela, de las viejas familias rurales, su gozo y su orgullo no tenían límite. Si, además, el trabajo era obra de alguna mujer notable —para ser más precisos, de alguna mujer relacionada con algún hombre notable; la hermana, digamos, de un teniente de gobernador— y podía ser autenticada, el hogar de la que había logrado el hallazgo se convertía en una especie de santuario que atraía a las visitantes y al que acudían peregrinas solitarias desde otras ciudades (que llamaban a nuestra puerta —porque nosotros poseíamos, gracias a los esfuerzos de mamá, un amplio cobertor *appliqué* que había sido obra de los tiempos de la Guerra de Secesión de la esposa de un mayor de un regimiento zuavo— generalmente a eso de las nueve de la mañana, y ofrecían, a modo de introducción, un complicado recital de amistades y parientes que las vinculaban a nuestra familia) que rendían homenaje, por ejemplo, mediante unos pastelillos en una bandeja, y ansiosas por oír, a fin de encaminar mejor sus propias estrategias futuras, una descripción circunstancial de las investigaciones y de las pistas entreoídas, de las ofertas hechas, rechazadas y hechas de nuevo, que habían llevado a la adquisición de ese precioso objeto, el cual, como colofón a la entrevista, era presentado finalmente en medio de un glorioso olor a alcanfor y extendido, limpio hasta la exageración —porque, naturalmente, estas piezas coleccionadas nunca habían sido utilizadas—, sobre el sofá de la sala de estar para ser admirado. La señora Delage, que pasó a ser amiga de mi madre, poseía piezas propias de tanto valor como el

cobertor de la esposa del mayor —enteramente cosido a mano, como jamás se cansaba de señalar mi madre— y también una colección de tesoros menores a la altura, como admitía mi misma madre, de nuestro propio tesoro. Juntas, seguían buscando por los alrededores y emprendían viajes —viajes tan agotadores que yo, como niño que era, me sorprendía siempre de lo muy deseosa que estaba mi madre de repetirlos al cabo de las pocas semanas— para contemplar la riqueza de los condados vecinos; e incluso, una o dos veces, fueron en ferrocarril a los estados colindantes. Habría sido, pues, totalmente lógico que la señora Delage fuera invitada con frecuencia a casa, al menos a tomar el té; y que, en algún momento, hubiera traído con ella a su hijita Suzanne, a la que sin duda yo pronto habría acabado amando y odiando.

Pero esto habría ocurrido, sin duda, de no ser por una circunstancia que, creo, es característica peculiar de las ciudades que tienen precisamente el tamaño de la nuestra, e, incomprensiblemente, no sólo de los residentes de las ciudades, sino también de las gentes auténticamente rurales. Vivía, justo al otro lado de la calle pavimentada de ladrillo, una mujer anciana y amargada, una viuda que, por algún motivo que jamás se me explicó, detestaba a la señora Delage. Era de todo punto lógico que mi madre se mostrara cordial con la de Suzanne, pero si —de algún modo, las mujeres de las pequeñas ciudades suelen saber de estas cosas— se hubiera atrevido a invitar a la señora Delage a nuestra casa, la mencionada viuda se habría convertido automáticamente en su enemiga mortal. Nunca hubo tal invitación, y creo que la amiga de mi madre falleció mientras yo estaba estudiando en la universidad.

Así pues, apenas fui consciente en mi niñez de la presencia de Suzanne Delage, si bien mi madre hablaba a menudo de la de ella; esto, como ya he indicado, apenas se vio alterado mientras duró mi asistencia a la escuela superior,

aunque yo estaba mucho más cerca de la chica en sí. Oía hablar de ella de manera vaga, tal vez en relación con algún amigo de un amigo. Estoy seguro de que la vi por los pasillos centenares de veces; si es posible decir que, en medio de una multitud, vemos a alguien a quien no conocemos. Debí de compartir a veces la clase con ella y, desde luego estuvimos juntos en asambleas y en el amplio salón de estudio. Ella seguramente asistió a muchos de los bailes en los que estuve yo, e incluso es posible que bailara con ella; pero, en realidad, yo esto no lo creo y si, en efecto, ocurrió, los años han borrado con tal eficiencia de mi mente ese hecho que no queda de él el menor rastro.

Y, en todo caso, creo que jamás habría recordado para nada el nombre de Suzanne Delage mientras yacía en la cama esa noche, escuchando los crujidos de esta casa vacía bajo el viento otoñal y escudriñando los recesos de mi memoria en busca de algún incidente extraordinario con el que valorar la tesis del autor, de no haber sido por algo que tuvo lugar hace unos días. Había ido yo de compras y, en la acera de una de las grandes tiendas, me encontré por casualidad con una mujer de mi edad a la que conozco de toda la vida y que es ahora esposa de un amigo. Estuvimos un ratito charlando; ella, después de los habituales reproches acerca de mi (supuesta) alegre vida de soltero, se puso a contar chismes acerca de su esposo y sus hijos. Cuando se volvía, dispuesta a marcharse, una chica de aproximadamente unos quince años salió de la tienda y, sonriente pero atenta a sus auténticos menesteres, pasó velozmente por delante de nosotros calle abajo. La cabellera era de un negro reluciente y su piel de un color puro como el de la leche; pero no fue esto lo que por un instante me dejó encandilado, ni tampoco los senos virginales casi temerosos de presionar la suave angora del jersey, ni la sutil cintura que yo habría podido rodear con las dos manos. Fue más bien un aire, al mismo tiempo despreocupado y tímido, un aire de vivacidad unida a una inocencia y una inteligencia visibles. Le dije a la mujer que estaba a mi lado: «¡Qué criatura tan encantadora! ¿Quién es?».

—¿Cómo se llama? —La esposa de mi amigo frunció el ceño y chasqueó los dedos—. No me acuerdo en este momento pero, por supuesto, tú sabes de quién es hija. Es la imagen viva de su madre a esa edad: Suzanne Delage.

## **Dulce doncella del bosque**

A la edad de treinta y tres años, Lenor Stacy dejó su apartamento, vendió sus muebles y la mayor parte de su vestuario, renunció a su empleo y partió en búsqueda de la Adorable Mujer del Bosque.

Pero, naturalmente, había mucho más que esto. Si hubiera vivido cincuenta años antes,

los amigos de Lenor habrían dicho que había sido decepcionada por el Amor, y casi habrían acertado. Hoy en día nadie dice estas cosas, tal vez debido, en parte, a que las mujeres como Lenor ya no tienen amigos; los viejos vínculos, la obligación de los amigos de la madre y de las hermanas —Lenor no las tenía— de ser también amigos de la hija o de la hermana, se han roto.

Así pues, Lenor había sido decepcionada por el Amor. Luego había sido decepcionada también por el odio, experiencia que le había venido quitando ilusiones durante trece años hasta convertirla en una mujer —no muy bien vestida, con gusto pero sin exceso— feliz de llegar a su mesa de despacho temprano todas las mañanas de los días laborables y más que satisfecha de quedarse media hora más después del cierre siempre que podía imaginar algún motivo. (Decían: «Ella dirige esto», y ella lo sabía y le gustaba, y los despreciaba porque era cierto; ya la conocéis.) Por la noche veía la televisión o leía, y sólo los fines de semana, durante esos trece años, le plantearon en realidad auténticas dificultades.

Iba al cine, hacía ejercicio en un gimnasio —que había sido un supermercado—, conducía, asistía a conciertos y exposiciones de arte y a menudo no hablaba con nadie en absoluto desde el viernes por la tarde hasta el lunes por la mañana.

A veces se aburría, pero rara vez se sentía desdichada. En cierto modo, estaba cansada. En ningún momento mostró interés por la caza, la pesca, las excursiones, los campamentos o alguno de esos pasatiempos silvestres que han brotado como setas de las raíces muertas de la Naturaleza.

La Mujer del Bosque era una figura negra de una revista, una estatuilla negra colocada en un bosque en Kodachrome. El hombre que había sacado la foto creía que era una versión femenina del Abominable Hombre de las Nieves (el *yeti* o *metoh kangmi*, el *sasquatch* americano, el «pies grandes» o el «apestoso»; y que *Gitche-Manitú* te ayude, rostro pálido); y le puso el nombre de Adorable Mujer de los Bosques con la esperanza de que este atractivo título disuadiera a otros amantes de la Naturaleza de emprenderla a tiros con ella. Era un artificio vestido de pieles, un mono huido, un oso, un animal, un último superviviente del *gigantopithecus*, un mito fotografiado, una mujer troll. Imagina, si quieres, una muchacha alta y fornida —también Lenor era alta—, una muchacha de anchas caderas y senos generosos. Cúbrela de pelo, negro y espeso como el de un *spaniel*; pónle la cabeza de un gorila.

No (como se dijo Lenor a sí misma) os habéis equivocado.

«Esa cosa que tenéis en la mente no es el rostro de un gorila. Pensáis con palabras, y las cosas que hay detrás de las palabras cambian hasta dejar de ser lo que eran. Esa máscara tonta que tienes en la mente es fantasía, el chiste malo y grosero de algún empleadillo de Hollywood.» Se dirigió a un zoo y observó a un auténtico gorila, lo observó —estaba de pie detrás de unos niños, bebiendo coca-cola con una pajita— hasta que la máscara de duende feo del empleadillo desapareció de su mente y conoció aquel aspecto sabio y triste.

O había o no había una mujer (¿muchacha?) en un bosque de California que tenía ese aspecto.

Sí la había, ella —y probablemente sus padres, hermanos, hermanas y cerdos y cerdas increíbles— vivía todavía como habían vivido las gentes antes de aquellos absurdos inventos que eran el fuego y la lanza de punta de piedra, salvo que a todas las demás cargas de su vida se había añadido el temor mortal a esa raza de elfos pálidos y empequeñecidos que encerraban su mundo con la magia. Se sustentaban de gusanos y semillas. Se estremecían bajo la lluvia y exultaban bajo el sol, aguardando a que volviera a abrirse el Edén.

«Y bien, ¿por qué no?»

Y, una semana más tarde: «¿Por qué no hacer algo... sólo por una vez?».

Ella no sabía nada de fotografía, pero se compró una cámara japonesa de precio medio y se leyó el folleto que traía la caja. Tomó luego fotografías en el parque hasta aprender a medir la distancia y la luz.

El equipo de acampada que ofrecían las tiendas de artículos de deporte la repelía. Parecía un crimen pensar en llevarse bajo los árboles todo aquel material costoso, llamativo, duradero y artificial; además, sería demasiado pesado para transportarlo, y sabía que no iba a encontrar nada cerca del camino. Finalmente, adquirió un par de zapatillas de tenis porque le recordaban las que llevaba para ir al gimnasio en la escuela superior, y cogió una manta vieja para dormir y una tela de plástico que había comprado cuando volvió a pintar el apartamento. La tela de plástico la preservaría de la humedad cuando durmiera en el suelo y, si llovía, podría hacer con ella una especie de refugio. Llevó ropa interior, jerseys y blusas, tres pares de pantalones deportivos y una vieja cazadora; vendió o regaló el resto de sus ropas. «Lo compraré todo nuevo —pensó— cuando vuelva. Me dará ese gusto.» No se miró en el espejo —no había ahora en el apartamento más que un espejo, en el cuarto de baño—

mientras decía esto, pero, además, se miraba ya poco en los espejos; el lápiz de labios era ahora su único cosmético, había aprendido a aplicárselo utilizando el espejo pequeño del estuche de los polvos, en el que sólo se veía la boca.

El bosque de Klamath, en el norte de California, rara vez aparece en los mapas aun cuando ocupa más de seis mil quinientos kilómetros cuadrados. Al parecer, a los cartógrafos no les gusta indicar los nombres de los bosques porque es muy difícil precisar sus límites. No tienen límites claros. A pesar de ello, Lenor, que conducía por la carretera estatal 96 entre el pueblecito de Happy Camp (¿dónde estás, Bret Harte?) y la reserva india del valle de Hoopa, sabía que el bosque de Klamath se hallaba al sur y al este de donde estaba ella. Y que era inútil buscar lugares fáciles: lugares donde se pudiera penetrar en el tupido bosque sin grandes problemas, donde el terreno fuera apto para andar en lugar de tener que trepar o donde alguna firma de explotación forestal hubiera construido un camino. Así pues, detuvo el coche en un lugar que parecía muy poco adecuado, bajó y se abrió paso como pudo. Así de sencillo.

El bosque de Klamath se encuentra en la sierra de Klamath, que constituye geológicamente uno de los más antiguos macizos montañosos de Norteamérica. Las montañas de Klamath han visto aparecer y desaparecer glaciares, y recuerdan todavía la presencia de terribles lobos, grandes *como ponies*, bajo sus árboles; no son ya altas y orgullosas como las jóvenes Rocosas, pero sí son muy, muy accidentadas.

Todo subidas y bajadas, como un viento irlandés. Corrientes de agua que no van a ninguna parte y se hunden en estanques muertos. Otras que descienden treinta metros en poco más de medio kilómetro, rugiendo sobre las rocas. Hay también en las Klamath repliegues secos, y grietas profundas y silenciosas a las que es mejor no bajar.

Lenor avanzó por este terreno durante dos días. Un hombre le habría dicho que no era lugar para una mujer, y al cabo de unas horas habría decidido que tampoco era lugar para un hombre y habría vuelto. Un hombre habría procurado llevar las suficientes provisiones para tres comidas abundantes al día; Lenor llevaba té, cerillas y chocolate duro para cocinar, una caja de higos secos, azúcar y una pequeña sartén. Confiaba en perder peso, había hecho ya ayuno —aunque ella lo llamaba dieta— y no padecía dudas neuróticas acerca de su resistencia de hoy en comparación con la de ayer. Al término del segundo día encontró un lugar más abierto que lo que predominaba aquí —aunque no hay en el bosque de Klamath ningún lugar realmente abierto— y con un nivel casi horizontal que, después de lo que llevaba recorrido en las últimas treinta y seis horas, parecía llano. (Aunque no hay en las Klamath un terreno que pueda llamarse llano.) Siguiendo el desdibujado rastro de algún animal salvaje llegó a una corriente y construyó allí una pantalla de hierbajos para ocultarse, a la que no llamó persiana porque no pensaba en tales términos. Cuando hubo terminado, se instaló y esperó cámara en ristre. Sin fumar, sin moverse más de lo imprescindible, a la escucha para oír los pájaros y el viento.

Pasados tres días había visto varios conejos, tres zorros grises, un mapache y un gamo, al que fotografió para tener algo con qué recordar la experiencia. Se llamó a sí misma tonta y decidió que ya era hora de volver a casa.

Estuvo «volviendo a casa» durante otros tres días sin tocar la carretera en la que había dejado el coche, y al término del tercer día se halló en una zona que estaba segura de no haber pisado antes. Se le habían acabado los higos y el chocolate, y también prácticamente el azúcar. Comió un puñado de insípidas bayas, y cangrejo de río que limpió con una lima para las uñas e hirvió. Sabía, o creía saber, en qué dirección se hallaba el camino; pero el terreno no le permitía seguir esa dirección y la obligaba a desviarse una y otra vez en ángulo recto.

Al cuarto día —el séptimo desde que había bajado del coche— se puso a llover. Construyó un refugio con la tela de plástico y se pasó el día durmiendo y preparando té sobre un diminuto fuego alimentado con leña que había conseguido poner a cubierto antes de que estuviera demasiado mojada. Cuando al llegar la noche se envolvió en su manta, llovía todavía.

En el curso de la noche, la fiebre vino y la despertó. No se oía más que el golpeteo de la lluvia, y podía sentir cómo el ardor de su rostro y oídos se desparramaba por todo el cuerpo. Pensó: «Voy a ponerme muy mal». En seguida se recostó de nuevo y se durmió.

Al día siguiente estaba enferma, con fiebre y una profunda tos. Seguía lloviendo, pero podía llover todavía durante una semana y ella no podía esperar una semana. Se lió la manta y la tela de plástico a la cabeza, a modo de desmesurados chales, y caminó cuanto pudo hasta

detenerse para descansar bajo un saliente de roca. De repente era ya de mañana, y no recordaba noche alguna entre el sol y los pájaros y la tarde húmeda del día anterior. Intentó ponerse en pie y vio que tenía que apoyarse para erguirse, aferrándose a las rocas... mientras, no muy lejos, una piedra se deslizaba sobre otra.

Quedó petrificada y se dejó caer de nuevo, perversamente contenta de abandonar el esfuerzo. Un arrastrar de pies. «Un oso —pensó—. Un oso.» Y se aplastó contra las rocas. Fuera lo que fuera, estaba muy cerca pero no era visible, y lo ocultaba tan sólo el ángulo de la pared rocosa. Se arrebujó en sus chales y oyó cómo se acercaba. Entonces, mientras observaba, una mano cogió un insecto que se arrastraba a sólo dos metros de donde se hallaba ella agachada. Los dedos estaban cubiertos de vello, las uñas sucias y rotas, pero era una mano humana. «Al fin y al cabo son personas», pensó, y dio un paso adelante, despacio —como para no asustar a la criatura, aunque ahora ya sólo podía moverse despacio—, hasta que pudo ver los ojos asustados y profundos de la muchacha. «Tal vez me ayuden», pensó, y descubrió ahora que no sabía qué decir.

## Mi libro

Llevo ya mucho tiempo escribiendo mi libro. Por la mañana, antes de que los demás se levanten, despierto a los sonos de la música de Mahler que da la radio-reloj, me afeito y me dirijo a mi escritorio. Los fines de semana, mientras los demás ven el partido de béisbol, yo estoy también aquí, marcando mis propios tantos y mis propias carreras. Y al anochecer. «Así me alejo de las calles», digo, aunque sólo para mí mismo y para mi manuscrito. Por la noche, si tengo insomnio, vengo también aquí, y esto es lo mejor de todo. No oigo el grito del búho solitario, pero desearía oírlo; lo cual tampoco está mal.

A veces —normalmente, de hecho— no escribo. Gran parte del tiempo lo paso investigando, planificando. Caliento agua en la cacerola eléctrica amarilla, saco punta a los lápices y doy vueltas a centenares de viejos libros, la mayoría de ellos sin el menor valor. ¡Cómo me fascinan! Los libros valiosos son como diamantes, iridiscentes e inmutables. Es en lo efímero donde veo el rostro cambiante de la Naturaleza. El día oscurece, hasta las hojas caen.

Señalo algunos pasajes en todos estos libros, al igual que Tom Sawyer señalaba pasajes parecidos en la cueva de Injun Joe. Pasan a menudo años antes de que pueda volver a encontrarlos, con el placer que experimenta el arqueólogo ante un nuevo hallazgo. Sin duda son muchos más los que jamás encuentro.

Hace poco, en un ensayo de Philip Rahv, tropecé con el pasaje que fue el inicio de todo. Mi escritura ha recibido influencias de otros muchos pasajes: «En cierto sentido, he progresado de manera un tanto alarmante. Pero ahora estoy pensando en reconstruirlo todo», de Oliver Onions, y de Stout: «Fue agradable saber que el siguiente paso estaba claro, pero más agradable aún habría sido saber en qué consistía». Pero fue esto —olvidado desde hace tantos años— lo que me hizo arrancar: «El hombre es ahora inconsciente de los verdaderos poderes que gobiernan su vida; pero tiene conocimiento de la divinidad en la medida en que es algo puramente histórico». Está ahí involucrado el desenvolvimiento de la historia humana, y es a partir de este pensamiento que he adoptado mi método. En todo libro ha de haber una última palabra al igual que una primera, y ya que la última —infinitamente alejada de la primera en la escala de las simples palabras— es también infinitamente más importante, yo decidí escribirla primero. Descubrí al instante que importaba poco cuál fuera esta palabra. Pero, después de contemplar largamente el libro que había concebido y en cierto sentido, lo admito, con cierto espíritu de jocosos desafío, opté por la *palabra prefacio*.

Descubrí al instante que el libro entero había sufrido un cambio, desplazándose como un caleidoscopio para pasar a ser algo novedoso y extraño. Decidida la última palabra, cristalizaba sin solidificarse. La penúltima palabra parecía preestablecida, si bien era enigmática: *empezar*. El final estaría preñado de los orígenes de las cosas, desenmarañando la historia al final. Todo alterado una vez más, al igual que el hielo se desplaza sobre el río, gruñendo, crujiendo en la noche. Volví para buscar las hojas blancas que había destruido, aunque cada una de ellas se hallaba donde yo la había dejado. Me puse a buscar la antepenúltima palabra.

Se trataba de *quiero*, la palabra que indica propósito, el impulso que dio inicio al universo. Y, a continuación, la preantepenúltima palabra... y así he procedido, paso a paso —pasos laboriosos, y deliciosos—, un capítulo tras otro, y pronto, tal vez este mismo año, seguro que antes de la coronación, quiero empezar el prefacio.

## El otro hombre muerto

Reis estudió el casco de la nave sin esperanza ni desespero, agotados ambos sentimientos. Les habían dado de lleno. Algunas planchas del lado de babor de la Sección Tres estaban levantadas como la piel negruzca de un plátano de fibra de grafito; la Tres, la Cuatro y la Cinco estaban perforadas por un montón de sitios. Reis marcó el primero en la lista del ordenador para que el Centomp lo supiera, hizo rotar la imagen de la nave y a continuación pasó el ratón en torno al lado de babor de la Sección Tres para que se viera.

«Informar de todos los daños», ordenó el Centcomp.

Escribió rápidamente con la cola del ratón.

«Informe.»

«Informar de todos los daños», parpadeó una vez más y desapareció.

Reis se encogió de hombros con filosofía, hizo rotar la imagen de nuevo y trazó la ruta de otro orificio.

El tercer orificio era más grande que ninguno de los primeros dos. Se desplazó para echarle un vistazo más de cerca.

De vuelta en la cámara de aire, se sacó el casco y se despojó del traje. Cuando Jan abrió la escotilla interior, el traje estaba plegado sobre su brazo.

—Malo, ¿eh? —dijo Jan.

Reis sacudió la cabeza.

—No tanto. ¿Cómo está Hap? —Jan apartó la mirada—. ¿Cómo le va a Dawson con la cápsula médica?

—No sé —respondió Jan—. No nos ha dicho nada.

La siguió por el espiráculo. Paula estaba inclinada sobre Hap y Dawson sobre Paula, una mano posada en el hombro de ésta. Ambos levantaron la mirada cuando él y Jan entraron. Dawson preguntó:

—¿Queda alguien abajo?

Reis movió la cabeza negativamente.

—No me ha parecido, pero nunca se sabe.

—Habrían debido llevar el traje —añadió Reis—. Nadie lo llevaba.

—No sería mala idea que nos los dejáramos puestos.

Reis no contestó y se puso a estudiar a Hap. El rostro de éste, de un color amarillo verdusco pálido, estaba perlado de sudor; le recordó a Reis un plátano sin madurar, puesto a lavar debajo de un grifo. «Así que hoy toca plátanos», pensó.

—No en todo momento —dijo Dawson—. Pero casi.

—Claro —dijo Reis—. Adelante.

—Todos nosotros.

La respiración de Hap era tan leve que parecía inexistente.

—¿No vas a dar la orden?

—No —dijo Reis a Dawson—. No voy a dar la orden. —Pasado un instante añadió—: Yo no lo haré si no me parece. Vosotros haced lo que queráis.

Paula limpió el rostro de Hap con una toalla húmeda. Se le ocurrió a Reis que las gotitas que él había tomado por sudor tal vez fueran simplemente agua de la toalla y que, a lo mejor, Hap había en realidad dejado de respirar. Torpemente, tomó el pulso a Hap.

—Tú eres ahora el oficial superior, Reis —dijo Paula.

Éste negó con la cabeza.

—Mientras Hap siga con vida, Hap es el oficial comandante. ¿Cómo le ha ido con la cápsula médica, señor Dawson?

—¿Desea un informe detallado? El oxígeno...

—No, si quisiera detalles podría conseguirlos del Centcomp. Sólo por encima.

Dawson puso los ojos en blanco.

—Casi todo el material físico que él va a necesitar está allí; había que arreglar algunas cosas, y ya están arregladas. Las subrutinas médicas parecen estar bien, pero no sé. El Centcomp ha perdido una buena cantidad de núcleo.

—¿No puedes hacer pruebas, Sid? —preguntó Paula.

—Ya las he hecho. Como ya he dicho parecen estar bien. Pero es material sencillo.  
—Dawson se volvió de nuevo hacia Reís—. ¿Lo metemos en la cápsula? Usted es el oficial comandante en condiciones de servicio.

—No se le vaya a olvidar —respondió Reís—. Sí, lo metemos, señor Dawson; no tiene otra posibilidad si queremos que sobreviva.

Jan lo miraba con un no sé qué indefinible en los ojos.

—Si de todos modos vamos a morir...

—No vamos a morir, Van Joure. Seguramente podremos hacer un remiendo en al menos dos motores, tal vez tres, sacando piezas de los otros. El golpe nos ha quitado mucho impulso, y es de esperar que en una semana aproximadamente podamos utilizar casi todo el que queda. En cuanto el Ecom vea que seguimos vivitos y coleando, autorizaré el rescate.  
—Reís esperaba haber conseguido que en esta parte se reflejara mucha más certidumbre de la que él sentía en realidad—. Por lo tanto, la mejor posibilidad que tenemos es dirigirnos de nuevo hacia el sol y encontrarnos con él a medio camino; esto parece evidente. Ahora, vamos a meter a Hap en esa cápsula antes de que se muera. ¡Manos a la obra todo el mundo!

Dawson halló el modo de llevarse a un lado a Reís.

—Tenía usted razón; si queremos que la nave vuelva a funcionar, no podemos poner a nadie al cuidado de Hap, pase lo que pase. ¿Quiere que me ponga a trabajar en la onda larga?

Reís hizo que no con la cabeza. Primero los motores; y, en todo caso, luego la onda larga. Habría tiempo de sobra para enviar mensajes cuando la nave estuviera de nuevo en condiciones. Y, hasta ese momento, dudaba de que un mensaje pudiera servir de mucho.

Tumbado en su cápsula de dormir, Reís escuchaba el lento silbido que producía el aire al pasar por la tronera. La nave volvía a respirar, esto al menos lo habían conseguido. ¿Podría ser... admiración, aquella mirada dejan?

Apartó la idea de su mente, diciéndose a sí mismo que eran imaginaciones suyas. Pero, de todos modos...

Su mente titubeaba al borde del sueño, incapaz de caer en él. La nave respiraba; era sólo un débil motor funcionando a la mitad de potencia y con un tubo en mal estado, y, sin embargo, esto ya era algo; podrían utilizar de nuevo herramientas eléctricas —la soldadora—, y la nave respiraba.

Su piel resbaló sobre una mancha de aceite y despertó sobresaltado. Esto había ocurrido años atrás, mientras se hallaban pasando por una operación de mantenimiento en Océano Oeste. Cayó y se partió la cabeza. Creía haberlo olvidado...

La nave respiraba. «Es nuestra madre», pensó Reís. «Es nuestra madre; vivimos en su interior, en su útero, y si muere, nosotros morimos. Pero ha muerto y estamos devolviéndola a la vida.»

Alguien llamó a la tapa de la cápsula. Reís empujó la palanca de Repliegue y se incorporó.

—Lo siento, señor, pero... —empezó Paula.

—¿Qué es? ¿Jan?

—Está perfectamente, señor. La he relevado hace una hora. Yo estoy de guardia.

—Oh —exclamó Reís—. Me he dormido sin darme cuenta. —Incluso a él mismo estas palabras le sonaban tontas.

—Tenía órdenes de llamarlo a usted, señor, si...

—¿Qué ha ocurrido?

—Hap ha muerto. —Paula hablaba con voz apagada, la única emoción que la misma falta de emoción delataba.

Reís la miró a los ojos. No había en ellos lágrimas, y decidió que esto era seguramente mala señal.

—Sí que lo siento —dijo, y a continuación—: Tal vez el Centcomp...

Sin decir palabra, Paula señaló a la pantalla. Las relucientes letras verdes decían: «Reanimación en marcha».

Reís se acercó para mirar.

—¿Cuánto tiempo hace que eso está así?

—Cinco minutos, capitán, tal vez diez. Yo esperaba...

—No tener que despertarme.

Agradecida, Paula asintió.

—Sí, señor.

El escribió:

«¿Respiración?»



«Respiración 0.00. Reanimación en marcha.»

La nave respiraba, pero Hap no. Naturalmente, era por este motivo que Paula lo había llamado «capitán» hacía un momento. Debía de haberle tomado el pulso, lo debía de haber probado todo, antes de llamar a su cápsula. Escribió:

«¿Córtex?»

«Alfa 0.00 Beta 0.00 Gamma 0.00», contestó el Cent-comp. «Reanimación en marcha.»

Reis escribió:

«Interrumpir.»

Se produjo una notable pausa antes de que desaparecieran todos los informes de las ondas alfa, beta y gamma. «Reanimación en marcha» permanecía, tercamente, en la pantalla.

—El Centcomp no abandona —dijo Paula—. El Cent-comp tiene fe. Qué raro, ¿verdad?

Reis sacudió la cabeza.

—Esto significa que no podemos confiar en el Centcomp como confiábamos antes... A mí no me es fácil manifestar mis sentimientos, Paula. Hap era mi mejor amigo.

—Y usted el de él, capitán.

Con desespero, Reis prosiguió:

—Entonces ambos lo lamentamos, y ambos lo sabemos.

—Señor, ¿permite que le diga una cosa?

—¿Algo privado?

—Naturalmente.

—Estábamos casados. ¿Sabe que todavía se hace, en algunas iglesias? Fuimos a una de ellas. Dijimos que no pertenecíamos a su iglesia, pero que queríamos la ceremonia y la pagaríamos. Yo estaba segura de que iban a decir que no, pero tuvimos la ceremonia, y él lloró... Hap lloró.

—Significaba usted mucho para él.

—Eso es todo. Quería que alguien lo supiera. Gracias por escucharme.

Reis se dirigió a su taquilla y sacó el traje. Bajo las luces de la cabina éste tenía un apagado brillo plateado, y recordó los tiempos en que envidiaba a las personas que tenían trajes así.

—¿No va a seguir durmiendo, señor?

—No. La relevaré antes de una hora, así que voy a ir hasta el casco para echar otro vistazo. Cuando vuelva, deje usted la guardia.

Paula se roía el labio inferior. Estaba dándole algo en qué pensar además de Hap, decidió Reis. Mejor así.

—Señor, el capitán no hace guardias.

—Sí las hace cuando sólo quedan cuatro, y rendidos de cansancio. Contróleme a través de la cámara de aire, por favor, Phillips.

—Naturalmente, señor. —Al tiempo que la escotilla interior se cerraba, Paula dijo quedamente:

—¡Dios mío, lo que daría yo por que regresara!

Tenían ahora a Neptuno encima. Giraban, aun cuando el giro era demasiado lento como para resultar visible. Con sólo un motor en funcionamiento probablemente sería imposible detener la rotación, y no había en realidad motivo para hacerlo. El efecto de gravitación era tan ligero que Reis no lo había notado.

Encontró Júpiter y luego el Sol, ligeramente menos luminoso que Júpiter o Neptuno pero más que ninguna otra estrella. ¡El Sol! Cuántos miles, no, cuántos millones de antepasados debían de haberse arrodillado y cantado y hecho sacrificios ante él. Había sido Ra, Apolo, Helios, Heimdall y centenares de cosas más; esta estrella amarilla de mediana magnitud situada en un brazo remoto de la galaxia, este viejo quemador de gas, este calentador del espacio que trabajaba denodadamente para llevar calor a un espacio infinito.

«Si eres un dios —dijo Reis para sus adentros—, ¿por qué no nos ayudas?»

Tomó conciencia de repente de que el sol estaba en realidad ayudándoles, estaba arrastrándolos hacia los planetas interiores circulantes con todas sus fuerzas. Sacudió la cabeza y volvió a dirigir su atención a la nave.

Una difusa chispa violeta brilló, murió y volvió a encenderse en algún punto de la Sección Seis, lo que indicaba que el Centcomp tenía al menos una de sus unidades móviles de nuevo en servicio. El Centcomp tenía, en principio, capacidad para autorrepararse, aunque Reis nunca había depositado demasiada fe en ella. También se creía que los seres humanos tenían capacidad para autorrepararse y a menudo no era sí. Y se creía que el espacio profundo hacía al ser humano sentirse solo, pero él no había sentido nunca esta soledad. A veces, cuando no estaba tan cansado, se sentía aquí más vivo, más vibrante, de lo que se había sentido nunca en

la atmósfera contaminada de la Tierra. Ahora, Hap había muerto y Reis se sabía totalmente solo. Mientras se dirigía rápidamente a comprobar la unidad móvil, deseó haber sido capaz de llorar por Hap como había llorado por su padre, aunque conocía mucho menos a su padre que a Hap y aquél era para él solamente un voluminoso adulto de olor agradable que aparecía tan sólo de vez en cuando para traerle regalos.

Si él no era capaz de llorar, Paula sí.

La unidad móvil parecía una diminuta araña. Se aferraba al costado de la Sección Tres con seis patas mientras otras dos soldaban uno de los orificios menores. Evidentemente, el Centcomp había decidido tapar primero los orificios pequeños y, por un instante, Reis se preguntó si esto tendría sentido. Lo tenía, decidió, si el Centcomp estaba en efecto reparándose; habría luego más unidades y también más energía disponibles. Viró hacia la unidad móvil hasta que pudo ver lo que ésta era en realidad, una gran máquina articulada de cuarenta metros de ancho. Tres chasquidos de sus dientes sacaban cifras fantasmales —horas, minutos y segundos— a la placa frontal, que se había oscurecido automáticamente frente al crudo ultravioleta procedente del arco de soldadura de la unidad móvil. Faltaban todavía veinticuatro minutos para el relevo de Paula.

Estuvo un minuto o dos observando la fusión del conglomerado de filamentos. Las fibras del conglomerado habían sido manipuladas a fin de que formaran una unión rápida y fuerte; pero, de todos modos, hacía falta un tiempo de reposo. La unidad móvil parecía dar el suficiente margen para ello, funcionando despacio y de manera metódica. En el duro vacío del espacio no había peligro de incendio, y sus válvulas de helio estaban cerradas tal como era debido.

Reis miró de nuevo la hora. Veinte minutos y once segundos, todavía el tiempo suficiente para echar un rápido vistazo al interior de la Sección Tres. Dio la vuelta al casco de la nave y se lanzó por el gran rasgón abierto, aterrizando con facilidad en un camarote conocido que estaba ahora tan vacío de aire como la piel de la nave. La escotilla hermética que sellaba y separaba la Sección Dos de ésta estaba todavía prietamente afianzada. La había inspeccionado ya, justo antes del golpe, y de nuevo cuando había venido con Dawson, Jan y Paula para trabajar en el motor menos dañado. Lanzó otra vez todo su peso sobre cada uno de los cerrojos, no estaba de más extremar los cuidados.

El cuerpo flotante de Nell Upson lo observaba con mirada indiferente hasta que Reis la alejó de sí, enviándola a las profundidades de los oscuros recesos de la Sección Tres para que hiciera compañía a sus compañeros. Con el tiempo, el espacio secaría a Nell por completo, momificándola. La radiación ennegrecería su piel lívida. Nada de esto había ocurrido todavía y, sin aire, la sangre de Nell ni siquiera podía coagularse: había dejado un rastro delgado carmesí, flotando detrás de ella en el vacío.

Doce minutos. Todavía quedaba tiempo, pero había que irse ya. Cuando abandonó el costado de la Sección Tres, la unidad móvil trabajaba en un segundo orificio.

«Reanimación en marcha», seguía mostrando la pantalla media hora después de empezada la guardia de Reis. Leyó el mensaje por enésima vez con cierta irritación. ¿Se referiría a las funciones de autorreparación del Cent-comp? Reis cogió el ratón y escribió: «¿Qué es lo que está en reanimación?».

«Capitán Human W. Happle. Reanimación en marcha.»

Así que eso era.

«Desconectar.»

«Reanimación en marcha.»

«Pantalla en blanco», garabateó Reis.

«Reanimación en marcha.»

Reis lanzó una maldición y escribió:

«¿Bajo la autoridad de quién?»

«Capitán Human W. Happle.»

Esto era interesante, decidió Reis; no tenía sentido ni era útil, pero sí era interesante. El Centcomp no sabía que Hap había muerto. Reis escribió:

«Capitán Happle M. Teniente Wm. R. Reis al mando.»

La pantalla quedó en blanco, y Reis decidió probar con una pantalla de instrumentación general.

«PIG.»

Las tres letras desaparecieron lentamente sin que nada viniera a sustituirlas.

«Entrada-PIG.»

También esto desapareció dejando la pantalla vacía. Reis se rascó la nariz y miró, aventurando posibilidades, la cinta transductora para la cabeza. Había ordenado a los demás que no la utilizaran: la instrumentación dura era suficiente siempre que no se intentara nada demasiado delicado. Pero habían pasado dieciséis horas desde el golpe, y el Centcomp seguía, en el mejor de los casos, cojo.

La multiplicación se convertía en coito, la división en reproducción; sumar era comer, restar, defecar. Reluciente, el procesador central del Centcomp se alzaba ante él, un deslumbrante palacio de coral con dos veces diez mil chapiteles donde las subrutinas trabajaban o dormían. Diminuta y azul a su lado, la solitaria unidad móvil cantaba una fuga de Bach mientras trabajaba. Hojas de árbol encendidas perfumaban la brisa, arrastradas por un surtidor de funciones exponenciales que a Reis le parecían estar calculando logaritmos naturales con fines a la vez infinitos y oscuros, para regresar, mortificantes, con cada nueva racha de aire algorítmico. Brotaban en torno a sus pies matrices interactivas: lirios, ranúnculos y rosas pálidas o ardientes que permitían a su mente consciente moverse aquí como lo hacía, capullos cuyos pétalos mostraban relucientes hileras y columnas elementales.

Hap estaba sentado a horcajadas sobre un árbol que brotaba de la pared de coral. La sonrisa que dividió su rostro curtido cuando vio a Reis parecía automática y distraída. Reis saludó, dijo: «Buenas noches, Skipper» y saltó por encima del riente riachuelo que había rebosado por el borde del surtidor.

Hap se tocó la frente en respuesta al saludo.

—¿Qué tal, Bill?

—Qué estupendo verte aquí —dijo Reis—. Creíamos que habías muerto.

—Yo no, Bill. —Hap miraba fijamente el ocaso—. No se puede morir cuando se está de servicio. ¿No lo sabías? Hay que acabar lo que te toca, ¿sabes lo que quiero decir, Bill, muchacho? ¿Quieres subirme aquí al puente? —Dio una palmadita al tronco del árbol.

—No, no... estoy bien aquí.

Todavía con los ojos clavados en algo que Reis no podía ver, Hap dijo:

—Di lo que tengas que decir.

—Hap, he comprobado tu actividad cortical. No la había. Muerte cerebral.

—Continúa.

—Por eso ha sido una gran sorpresa tropezarme aquí contigo, y no estoy seguro de que seas tú en realidad. ¿Eres Hap, o bien eres simplemente una especie de suplente, el concepto que Centcomp tiene de Hap?

—Soy Hap. ¿La siguiente pregunta?

—¿Por qué no pone fin el Centcomp a la reanimación?

—Porque yo le dije lo que tenía que hacer en cuanto dejamos la Tierra. —Hap parecía estar hablando para sí mismo—. No sólo conmigo, sino con todos. Todos somos terriblemente necesarios, todos imprescindibles. La reanimación deberá proseguir mientras (a juicio del Centcomp) haya la más mínima posibilidad de devolver a un miembro de la tripulación a su servicio. Nada de declaraciones en contra, nada de motines. ¿Sabes lo que es un motín, Bill? ¿Entiendes el concepto?

Reis asintió con la cabeza.

—No sé qué crío mocososo está intentando hacerse con el mando de mi nave, Bill, muchacho. Está intentando arrojarme por una escotilla. Eso es un motín. Se trata de un tal teniente William R. Reis. No va a salirse con la suya...

—Hap...

Hap ya no estaba. Brevemente, el árbol donde había estado sentado permaneció allí, vacío. Entonces, también el árbol desapareció, borrado de la memoria activa.

Algo iba mal: el luminoso jardín parecía estar rondado por sombras siniestras, danzantes y veloces; el caótico crepúsculo del que había emergido Reis se iba acercando al palacio de coral. Le dolía la cabeza, sentía un escalofrío en el costado y los dedos extrañamente calientes. Intentó quitarse la cinta transductora, obligándose a sí mismo a utilizar sus auténticos brazos y no los sustitutos que aquí aparentaban ser sus brazos. Una apresurada subrutina lo empujó y apartó; por accidente, pisó el riente riachuelo, que le mordió el pie como si fuera ácido...

Una pared blanca de camarote tiznada se alzaba en lugar de la pared del palacio de coral. Dawson estaba inclinado sobre él, el rostro tenso por la preocupación.

—¡Reis! ¿Qué ha ocurrido?

Tenía la boca llena de sangre. La escupió.

—Estoy herido, Sid.

—Ya lo sé. ¡Cielo santo!

Dawson lo soltó, pero no cayó y quedó flotando a la deriva en el aire del camarote. Dawson golpeó la cápsula dejan.

Reis movió el brazo derecho para mirarse los dedos; el calor que sentía en ellos procedía de su propia sangre, y había más que pendía por el camarote, flotantes esferas de reluciente sangre escarlata, sangre arterial.

—Me estoy desangrando, Sid. Creo que me ha lesionado un pulmón. Necesito que me cures.

Se cerraba el crepúsculo sobre el camarote. Reis se acordó de la Navidad que habían celebrado cuando él tenía tres años; algo que no había creído saber, con papel de colores y otras mil cosas maravillosas. Por supuesto, él miraba por los tubos de plástico a los que iba enrollado el papel; las pocas cosas que podía ver parecían pequeñas, infantiles y de colores brillantes. Todo en todo el universo era un regalo de Navidad, algo que había olvidado hacía mucho, mucho tiempo. Se preguntaba quién los habría traído y por qué.

«Ha dormido usted en la cápsula médica. No hay motivo para preocuparse.»

Reis buscó un ratón en la cápsula, pero no lo había. No había modo de contestar al Centcomp desde aquí.

«¿Está ansioso? ¿Tiene miedo? Confíeme a mí sus temores. Le aseguro que cualquier información que yo dé acerca de su estado será al mismo tiempo completa y correcta. Por mala que sea, la realidad nunca lo es tanto como nuestros temores en relación con ella.»

Reis dijo:

—Puedes ahorrarme la filosofía. —Pero sabía que el Centcomp no podía oírlo.

«Su estado ni siquiera es crítico. Ha sufrido una peligrosa lesión entre las costillas quinta y sexta del costado derecho, pero está ya casi bien.»

Reis exploraba el lugar con los dedos.

«Conteste, por favor.»

—Lo haría si pudiera —musitó Reis.

«Encontrará una traza de rápido acceso junto a su mano derecha. Conteste, por favor.»

—Aquí no hay ninguna traza de rápido acceso, demonios.

Se oyó el ruido de un cerrojo, los servos zumbaron. La cápsula en cuyo interior se hallaba tumbado rodó hacia delante con majestuosa grandeza y se abrió. Esta vez, era Jan la que lo miraba.

—¿Puedes incorporarte, Reis?

—Claro. —Y lo demostró.

En voz queda y rápida:

—Quiero que te metas en tu cápsula de dormir conmigo, por favor. No hagas preguntas. Hazlo, y de prisa.

La cápsula de Reis estaba cerrada, pero no con el cerrojo puesto desde el interior. La abrió y él y Jan subieron a su interior; ella se echó mirándolo a la cara, de costado y de espaldas a la pared de la cápsula. El se puso a su lado, cerró la cápsula y echó la palanca del cerrojo. Los senos de Jan se aplastaban contra su pecho; la pelvis de Jan presionaba la de él.

—Lo siento —susurró ella—. No creía que esto fuera a estar tan concurrido.

—No importa.

—Aunque lo hubiera sabido, habría tenido que pedirte de todos modos. No se me ocurría otro lugar donde pudiéramos hablar a solas.

—Me gusta —dijo Reis—. Así que puedes olvidar todo eso. ¿Hablar de qué?

—De Hap.

Él asintió con la cabeza aunque ella no podía ver su gesto en la oscuridad.

—Me lo suponía.

—Es Hap quien te ha acuchillado.

—Claro —respondió Reis—. Ya lo sé. Con el ratón de la cápsula médica.

—Exacto. —Jan vacilaba; Reis podía sentir el dulce aliento de la muchacha pasearse por su rostro.

Finalmente, Jan dijo:

—Quizá podrías decirme cómo lo sabías. Puede ser importante.

—Lo dudo, pero no hay ningún motivo para no hacerlo. Hap cree que me he amotinado porque he tomado el mando cuando él estaba herido; he hablado con él en el espacio consciente del Centcomp. Hap ha estado en la cápsula médica, y cuando he despertado allí dentro, el ratón que debía haber allí había desaparecido. La aguja del ratón es larga y afilada, y todo él de algún tipo de metal; titanio, supongo. Así que un ratón, puede utilizarse

perfectamente como arma.

Ella asintió con la cabeza y su cabello le rozó la mejilla.

—Ha sido Sid quien te ha encontrado. Al despertar, se ha dado cuenta de que tenías que estar de guardia.

—Claro.

—Me ha dado una voz, y te hemos metido en la cápsula médica cuando hemos visto que estaba vacía. Hay otra cápsula en la Sección Tres, ¿recuerdas?

—Naturalmente —contestó Reís.

Aguardó a que ella siguiera hablando de esto, pero Jan pareció por el contrario cambiar de tema.

—Hap ha vuelto a hacerse cargo del mando —dijo ella, y tragó saliva—. Al principio no ha habido problemas... al fin y al cabo, él es el capitán. A ninguno de nosotros se nos ha ocurrido siquiera oponerle resistencia.

Lentamente, Reís dijo:

—Yo tampoco le habría opuesto resistencia. Habría obedecido sus órdenes siempre que supiera que estaba vivo para darlas.

—Se muestra muy receloso ahora—dijo Jan. Había en su voz una extraña falta de expresión.

—Entiendo.

—Va a proseguir con la misión, Reís. —Por un instante, Jan se quedó sin habla. Sacudió la cabeza—. Es una locura, ¿verdad? Con la nave destripada como está.

—Una locura, no —la corrigió él—. Imposible.

Jan respiró hondo; él podía sentir y oír su respiración, larga en la oscuridad.

—Y Hap está muerto, Reís.

De mala gana, Reís dijo:

—Si realmente quería seguir adelante con la misión, quizá sea lo mejor. No lo habréis matado, ¿verdad, tú y Sid?

—No. No entiendes. No he querido decir... oh, qué difícil es expresar lo que en realidad quiero decir.

—Creo que podrías intentarlo —respondió Reís.

Su mano derecha se había ido desplazando, casi distraídamente, hacia el seno izquierdo de ella. Con un esfuerzo, Reís detuvo su mano.

—Hap sigue dirigiendo la nave. Nos dice lo que tenemos que hacer, y lo hacemos porque sabemos que es mejor así. Pero nuestro verdadero capitán, nuestro amigo, está muerto. Intenta comprender. El verdadero Hap murió en la cápsula médica. Y el Centcomp ha puesto en su lugar otra cosa, algo suyo, ha sustituido su alma o su espíritu o como quieras llamarlo. Cuando lo hayas visto, cuando hayas estado cerca de él un rato, comprenderás.

—Entonces debería estar fuera, donde pueda verlo —dijo Reís, práctico—. Y no aquí. Pero primero...

Jan lanzó un grito, un agudo lamento de puro terror, ensordecedor en el espacio cerrado de la cápsula de dormir. Reís le tapó la boca con la mano y dijo:

—Cielo santo, de acuerdo, si no quieres lo dejamos. Pero ahora, ¿me prometes que no volverás a hacer eso si te dejas hablar?

Jan asintió con la cabeza y la mano de Reís volvió a su costado.

—Lo siento —dijo ella—. No es que no me gustes, ni que no lo desee de ninguna de las maneras. Pero he pasado por una tensión espantosa. Tú no has tenido que vivir eso, estabas en la cápsula médica. No sabes por lo que hemos pasado.

—Me hago cargo —le aseguró Reís—. Bueno, demonios, ya sabes lo que quiero decir.

—Si Hap no nos está buscando ya, lo hará pronto. A mí, en todo caso. Cree que tú estás todavía en la cápsula médica, a menos que el Centcomp le haya dicho que yo te he sacado. Reís, tienes que creerme. Va a hacerte un consejo de guerra y ejecutarte; eso es lo que dijo cuando Sid y yo le dijimos que te habíamos metido en la cápsula.

—¿Lo dices en serio?

—Reís, no sabes cómo se ha vuelto. No es que importe mucho, porque vamos a morir todos igualmente, Sid, Paula y yo. Y Hap ha muerto ya. —Su voz amenazaba con pasar de las lágrimas a la histeria.

—No, eso no es cierto —dijo él—. ¿Os ha mandado Hap arreglar la nave? Tiene que haberlo hecho si habla de llevar a cabo la misión.

—Sí, ahora tenemos tres motores en funcionamiento, y el casco está hermético. No sabemos... Sid y yo... si podemos contar con Paula. Si ésta se pusiera de parte de Hap seríamos

dos contra dos, un hombre y una mujer en cada bando, y...

—Continúa —la instó Reis.

—Pero si tú estuvieras con nosotros, habría dos hombres y una mujer en nuestro bando. Salvaríamos la nave y salvaríamos nuestras vidas. Nadie tendría por qué saberlo: les diríamos la verdad, que Hap murió en el choque.

—No me estás diciendo la verdad —dijo Reis—. Si quieres que nos encarguemos de esto juntos, tienes que ser sincera.

—Te digo la verdad, Reis, lo juro. ¿No entiendes que yo sé que éste no es momento para mentiras?

—De acuerdo —respondió él—. Entonces, dime quién está en la cápsula médica de la Sección Tres. ¿Es Sid? Hay alguien allí, o no lo habrías sacado a relucir. —Aguardó, pero Jan no decía nada—. Quizá Hap duerme allí —aventuró Reis—. Quizá está recibiendo tratamiento adicional. Queréis que yo lo desenchufe. Pero ¿por qué no puedes hacerlo tú misma?

—No, yo no creo que duerma en absoluto. O...

—¿O qué?

—Tiene a Nell con él: la sargento Upson. Nell estaba en la cápsula, pero ahora ha salido y está siempre con él. Yo no quería decírtelo, pero ya lo sabes. Hay algo más en la cápsula médica de la Tres. No sé quién es, pero cuando salga no tendremos nada que hacer.

—Nell está muerta. —Reis recordaba el cuerpo flotante y aquel espantoso mirar fijo.

—Exacto.

—Ya —dijo Reis, y echó hacia atrás la palanca que abría la cápsula de dormir.

—Reis, tienes que decírmelo: ¿estás a nuestro lado o contra nosotros?

—Te equivocas —respondió él—. Yo no tengo por qué decirte nada en absoluto, Jan. ¿Dónde está Hap?

—En la Sección Cinco, seguramente. Quiere poner en línea otro motor.

Reis se lanzó hacia la cámara de aire, puso el freno sobre las asas del trinquete y las soltó. En la Sección Tres parecía reinar la normalidad, pero había un vacío extraño. Reis cruzó hacia la pantalla del Centcomp y escribió:

«Presentar ocupante de esta cápsula médica para comprobación visual.»

«Identificación», se encendió en la pantalla.

«Teniente Wm. R. Reis.»

«Denegado. Reanimación en marcha.»

Detrás de él, Jan dijo:

—Yo ya lo he probado, el Centcomp tampoco identifica.

Reis se encogió de hombros y se abrió paso hacia la taquilla de emergencia. La abrió y fue lanzando al exterior el aparato de respiración, el botiquín de primeros auxilios, un saco corporal y una camilla plegable con correas. Detrás de ellos había una caja de herramientas de acero de emergencia. Seleccionó una palanca y el destornillador más grande que pudo encontrar y se dirigió rápidamente hacia la cápsula médica.

«Está estrictamente prohibido manipular el equipo médico. Reanimación en marcha.»

Reis introdujo la punta del destornillador en la junta apenas visible entre el mamparo y la cápsula y golpeó el mango del destornillador con la palanca con tal fuerza que su propia masa corporal ingrávida dio un salto. Soltó la palanca, que quedó flotando, aferró el cerrojo de la cápsula y tiró hacia abajo del destornillador. Se ensanchó así la hendidura lo suficiente como para que pudiera meter un extremo de la palanca en ella.

La pantalla del Centcomp atrajo su atención. Ponía:

«Manipular está estrictamente... Bill, deténgase.»

—Jan —dijo Reis—, dile que abra la maldita cápsula si no quiere que juegue con ella.

Jan encontró el ratón. Pero, antes de que pudiera escribir, la pantalla dijo:

«Imposible, Bill.»

—Oh, cielo santo —exclamó Jan, y esto sorprendió a Reis, que nunca antes la había oído lanzar una maldición.

—Creía que no podía oírnos, Centcomp —dijo Reis—. ¿Qué historia es ésa?

«De veras no puedo, Bill, no es ninguna historia. Pero yo controlo las condiciones de todos los puntos de la nave. Es mi trabajo, y a veces puedo leer en los labios. En especial en los de usted, Bill. Su movimiento de los labios es muy bueno y claro.»

Reis alzó la palanca; el metal torturado chirrió.

—El Centcomp debe de habérselo dicho a Hap —dijo Jan—. Probablemente él y Nell se dirigen ahora mismo hacia aquí.

«No lo he hecho, teniente Van Joure.»

Reis se volvió de cara a la pantalla.

—¿Es eso cierto?

«Sabe muy bien que soy incapaz de engaño de tipo alguno, Bill. El capitán Hapgood debe efectuar una delicada reparación. Y prefiero hacerme cargo personalmente de este asunto a fin de que él pueda proceder sin interrupciones.»

—Fíjate en los trinquetes. En cuanto empiecen a dar vueltas, me lo dices.

—De acuerdo —respondió Jan. Había sacado ya una llave inglesa de la caja de herramientas.

«Bill, no quería decirle esto, pero estoy viendo que no tengo más remedio.»

—¿De qué se trata? —preguntó Reis moviendo la palanca hacia la izquierda y alzándola de nuevo.

«¿Decías...?»

—Digo que de qué se trata. ¡Maldita sea! Deja ya de joder y poner pegas. No va a servirte de nada.

«Bill, de veras será mejor que no abra eso.»

Reis no contestó. A través de la hendidura de la cápsula médica se filtraba una pálida luz azul; parecía haber mucha radiación ultravioleta en ella, y Reis apartó los ojos.

«Bill, por su propio bien no lo haga.»

Reis alzó de nuevo la palanca y el cerrojo se rompió. La cápsula salió rodando y, al mismo tiempo, una cosa casi sin rostro que había en su interior se incorporó y le agarró el cuello con unas manos esqueléticas. La Sección Tres se llenó de los olores dulzones y mareantes de la muerte y la gangrena. Reis atizó a la cosa medio muerta con la palanca; y el extremo ganchudo rajó una mejilla esparciendo una sangre apestosa, casi negra, y dejando al descubierto dos hileras de dientes amarillentos.

Anochecía sobre la Sección Tres. La oscuridad de la noche oprimía a Reis; tenía las manos insensibles y la palanca había desaparecido.

La llave inglesa de Jan golpeó el cráneo de la cosa muerta con la bastante fuerza como para lanzarla más allá del radio de visión de Reis, cada vez más estrecho. Los dedos huesudos se relajaron un poco. Reis metió sus brazos entre los brazos muertos y se zafó de las manos.

Jan volvió a golpear, la llave inglesa subía y bajaba una y otra vez. La palanca había desaparecido, pero la caja de herramientas estaba al alcance de la mano y tenía un asa en forma de D en un extremo. Reis la cogió y lanzó la caja hacia la cosa muerta. La caja era tan pesada que lo envió girando en sentido diagonal a través de la sección, y golpeó la cabeza y el pecho de la cosa muerta y también el extremo de la cápsula. Por una fracción de segundo, Reis creyó oír un lento suspiro quejumbroso; la cápsula retrocedió, veloz, hasta que su extremo abollado y rajado quedó casi a ras con el mamparo.

Jan gritó al abrirse de golpe la cámara de aire; entró una corriente de aire y un ardiente fognazo azul. Algo rozó la mejilla de Reis. Apenas podía ver, pero fue a cogerlo y los dedos todavía entumecidos le dijeron que tenía en la mano una máscara de emergencia. Se la aplicó a la cara, cerró los ojos y aspiró oxígeno, y se sintió como si estuviera bebiendo vino. A continuación, recibió el impacto de un nuevo y enorme estallido de calor.

Gracias a su larga preparación y a la buena suerte, el control manual cayó en sus manos. Arrancó la correa de seguridad y dio vuelta al volante. Accionada por un acumulador hidráulico de cincuenta mil psi, la puerta de la cámara de aire se cerró con un portazo, y el ruido resonó incluso en la atmósfera vaciada de la Sección Tres. Entró silbando por las troneras aire de emergencia que el Cent-comp era incapaz de controlar, y Reis abrió los ojos.

Jan se retorció junto a la puerta de la cámara de aire, el uniforme quemado y una mano y una mejilla chamuscadas. El brazo con pistola de soldadura de una unidad móvil, arrancado por la segunda articulación, flotaba no lejos de él. Reis roció su uniforme con un extintor de CO<sub>2</sub> y le untó la cara y la mano con crema azul antibacteriana.

—Mis ojos... —gimió ella.

—Has recibido un fognazo —dijo Reis; intentaba que su voz sonara baja y tranquilizadora— provocado por un arco eléctrico. Ábrelas, sólo un segundo, y dime si puedes ver algo.

—Un poco.

—Bien —respondió él—. Ahora ciérralos y déjalos así. Dentro de un rato recuperarás un poco más de visión, y cuando llegemos a casa podrán darte algo para la retina...

Debido a que también su visión había disminuido, Reis no había observado los trinquetes que giraban. La escotilla que daba a la Sección Cuatro se abrió hacia atrás y Hap

entró flotando. Había en sus mejillas hundidas y en sus ojos mortecinos el espantoso sello de la muerte, y sus movimientos eran los gestos rápidos y espasmódicos de un muñeco; pero sonrió a Reis y se tocó la frente con la vara de acero que llevaba.

—¿Qué tal, Bill, muchacho?

Entró Nell Upson detrás de Hap. Los labios de ésta parecían ahora demasiado delgados para ocultar sus dientes; hasta que alzó la pistola, Reis no estuvo seguro de que no estuviera completamente muerta. Sid Dawson y Paula permanecieron junto a la escotilla hasta que Nell les hizo seña de que avanzaran. Ambos estaban aterrorizados y agotados, pensó Reis. No podía quedarle a ninguno de los dos mucha capacidad de lucha, tal vez ninguna.

—Debes saludar a tu capitán, Bill. Ni siquiera has contestado a mi saludo. Si yo estuviera al mando de una nave hermética haría que te arrestaran. —Reis saludó—. Eso está mejor. Han cambiado muchas cosas mientras has estado fuera de circulación, Bill. Hemos puesto tres motores en funcionamiento. Dentro de otras cuarenta y ocho horas habremos arreglado otro, y sólo necesitábamos seis para alejarnos de los planetas interiores. Donde nos hallamos ahora, con cuatro habrá de sobra. Y esto no es todo: habrá ahora más aire y alimentos por cada miembro de la tripulación de los que teníamos cuando dejamos la Tierra.

—Entonces, no hay motivo para que prosigamos con la misión —dijo Reis.

—¿Qué me dices, Bill! ¿Sabes qué le ha ocurrido a esta vieja nave nuestra?

Reis se encogió de hombros.

—Creo que sí. Más o menos. Pero dime.

—Hemos sido tomados, Bill, muchacho. Estarnos tomados, poseídos. No es el Centcomp... ¿Tú creías que era el Centcomp? Y, por supuesto, tampoco soy yo. Es otra cosa, un demonio, o lo que llaman un elemental, y está en mí, y en el Centcomp, y también en ti. Comoquiera que se llame, fue lo que creó el *Holandés Errante* y demás, hace siglos. Somos la primera nave fantasma de la historia. Tú no te tragas esto, ¿verdad, Bill, muchacho?

—No —contestó Reis.

—Pues es la verdad. Hay una nave que se dirige hacia nosotros, viene desde la Tierra en estos momentos; apuesto a que esto no lo sabías. Lo que no sé es por cuánto tiempo podrán vernos.

Reis escupió. El globito de flema de color gris pardusco se movió lentamente hacia Hap, quien no pareció parar mientes.

—Tonterías —dijo Reis.

Nell apuntó con la pistola. La luz incidió por un instante en la lente de rubí sintética situada en el extremo del cañón, que pestañeó como un ojo maléfico.

—¿Quieres que te diga lo que en realidad ha ocurrido? —preguntó Reis.

—Claro, adelante.

—El Centcomp os ha devuelto a ti y a Nell a toda costa porque así lo programaste. Ambos habíais desaparecido ya, y con mucho, pero a pesar de todo el Centcomp lo ha conseguido. Tú has sufrido una lesión cerebral, creo (por el modo en que te mueves), y no creo que puedas seguir funcionando por mucho más tiempo. Si aplicas al brazo de un muerto un par de electrodos, los músculos saltan, pero no eternamente.

Hap sonrió de nuevo, sin alegría.

—Continúa, Bill, muchacho.

—Cada vez que te miras ves lo que eres, ves en qué te has convertido, y te resulta insoportable. Por eso has construido esa absurda historia acerca de la nave fantasma. Una nave fantasma explica la presencia de un capitán muerto y de una tripulación muerta, y una nave fantasma nunca muere en realidad, sino que sigue navegando eternamente.

Reis hizo una pausa. Tal como esperaba, la mínima reacción creada por el acto de escupir había hecho que flo-

tara alejándose muy lentamente de Nell y Hap. Pronto se hallaría en la corriente de la tronera principal. Ésta lo desplazaría hacia la izquierda, hacia la escotilla de la Sección Dos; y, si ninguno de los dos cambiaba de posición, Nell estaría casi detrás de Hap.

—Y bien, ¿todavía tienes intención de hacerme un consejo de guerra? —preguntó. Mientras hablaba, aire puro y fresco procedente de la tronera tocó su mejilla.

—Demonios, no. No si...

La bota de Nell se acercaba al borde de la escotilla de la Sección Cuatro. Dentro de un momento, el pie quedaría fuera. Ahora o nunca.

La mano de Reis apretó con fuerza el tubo de crema antibacteriana. Un grueso hilo de reluciente crema azul salió disparado al espacio hasta quedar parado delante de Hap y Nell, retorciéndose como algo vivo, como un monstruo espectral o una maraña de gusanos



azules.

Nell disparó.

La crema se hinchó y estalló como grasa en una sartén sobrecalentada, envuelta en denso humo negro. Sonaron las alarmas. A través del humo que giraba, Reis vio a Dawson que corría hacia el control de la cámara de aire.

Los pies de Reis tocaron el mamparo; dio una patada hacia atrás y se echó sobre Hap de un largo y rápido salto. La barra de acero de Hap le dio en el antebrazo derecho. Oyó el crujido del hueso al romperse mientras atravesaba girando la escotilla de la Sección Cuatro, que se cerraba rápidamente. La presión del aire casi lo devolvió a la Tres.

Luego el silencio, salvo el susurro de las troneras. Las alarmas habían dejado de sonar. La escotilla se había cerrado de manera automática cuando los detectores del Centcomp captaron el humo de la crema encendida, y se había cerrado lo bastante despacio como para permitir a un miembro de la tripulación salir por ella.

Tenía el brazo derecho roto, aunque el dolor era distante y apagado. Se dirigió a la taquilla de emergencia de la Sección Cuatro y encontró un cabestrillo. No sería prudente meterse en una cápsula médica, decidió, aun cuando

Hap no estuviera. No hasta que alguien reprogramara el Centcomp.

Los trinquetes de la escotilla giraron. Reis miró a su alrededor buscando algo que pudiera servirle de arma, aunque sabía que su situación era probablemente desesperada si Hap o Nell habían sobrevivido. Había también en esta taquilla una caja de herramientas, pero el estado de su brazo le restaba rapidez. Estaba todavía luchando con la camilla cuando se abrió la escotilla y apareció Dawson.

—Lo has conseguido —dijo Reis sonriendo.

Dawson asintió lentamente, sin hablar. Entró Jan. Tenía los ojos cerrados y Paula la guiaba de la mano. Reis suspiró.

—¿Habéis podido haceros con algo? Eso está bien. Estaba preocupado por vosotros. También por Paula.

—Sid me ha salvado —dijo Jan—. Ha alargado el brazo y me ha atrapado cuando yo pasaba volando, si no estaría ahí fuera en el espacio. Paula se ha salvado también, Pero Hap y Nell no. Es lo que tú decías: no les quedaba la suficiente coordinación. Contabas con eso, ¿verdad? Contabas con que Nell no podría acertar el tiro, con que no sería capaz de disparar bien.

—Sí —admitió Reis—. Sí, contaba con eso, no creía que Hap pudiera golpearme con esa barra de acero. Pero me equivocaba.

—Ya no importa —añadió Jan. Tenía los ojos cerrados, pero por debajo de sus párpados se escapaban las lágrimas.

—No, ya no importa. Hap y Nell están por fin muertos, muertos de verdad y en paz. Sid, yo nunca te había tenido excesiva consideración, y supongo que a veces se me notaba. Pero has salvado a Jan y has salvado la nave. Nos has salvado a todos, demonios. Te debemos todos la vida.

Dawson sacudió la cabeza y apartó la mirada.

—Enséñaselo, Paula.

Paula había sacado de uno de sus bolsillos una cosa reluciente, aproximadamente del tamaño de un pequeño bloc de notas. Sin decir nada, la levantó.

Y Reis se miró fijamente en ella durante un segundo o más y, antes de apartar los ojos, vio el horror y el desespero.

Era un espejo.

## La mujer más bella del mundo

Había sólo tres hombres en la barraca. Estaban sentados los tres junto a la mesa; quizá fuera tan sólo porque todos ellos deseaban estar o bien cerca el uno del otro o a la luz dorada y rica de la vela. García era alto, delgado y bien parecido, y sus ojos, profundos e inteligentes.

Hoong parecía un luchador de peso medio, y en realidad lo había sido en otro tiempo. Su cara ancha era una máscara cincelada en la que la única cosa viva era una mirada huidiza.

No es tan fácil describir a Davis. Era más bajo que García y más alto que Hoong. El cabello rojizo, blanqueado por el sol, tenía una tonalidad dorada. Sus rasgos pequeños

estaban tostados por el sol, aunque no excesivamente, y podían apreciarse en torno a las orejas rastros de crema protectora blanca. Se inclinó hacia delante, escuchando con atención a García, cuya voz lenta y cadenciosa se hacía oír sin dificultad por encima del lamento del viento que llegaba del exterior.

—Somos nosotros los hombres —decía García— los verdaderos románticos. Vemos a una chica, ella mira al suelo y luego la observarnos contemplando un vestido de boda en el escaparate de un modisto. «¡Ah —decimos—, ¡qué romántico, qué cosa tan tierna es el corazón de una mujer!»

Hoong asintió sin hablar.

—Y es verdad. El corazón de las mujeres es tierno y se rompe con facilidad, y hay hombres (los conocemos) que disfrutan oyendo los estallidos que hace el corazón al romperse. Pero ¿romanticismo, en una mujer? ¡Bah! Nada.

Esta vez fue Davis el que asintió con la cabeza. Hoong observó:

—El caso es que las mujeres siempre están hablando de lo románticas que son.

—Eso sólo demuestra lo que yo digo —insistió García—. Cuando todas dicen que lo son, es que no saben qué es eso. Los hombres saben lo que significa el coraje, por eso no están siempre hablando de lo valientes que son. Esto es sólo un ejemplo. Podría daros un centenar de ellos, por Dios. No, la mujer quiere siempre un buen esposo para no tener que trabajar, y seis niños guapos a los que poder mimar y mandar. Escucha junto a la ventana cuando le cantamos y espera que también sus vecinas escuchen, para que sepan que estamos allí. Pero, si no hubiera vecinas, le daría igual que estuviéramos o no estuviéramos. Conserva nuestras tontas cartas, por supuesto... pueden ser útiles ante los tribunales y, además, son prueba de sus proezas. ¿Tú todavía tienes tu diploma, *mi amigo*?\*

—Lo tiene mi tío —contestó Hoong—. Guarda un baúl con mis cosas.

—Pues igual conservan las mujeres nuestras cartas. Dejadme que os hable de un hombre al que conocí. Se casó por la iglesia con una muchacha encantadora; le gustaban tanto el modo en que ella lo miraba como sus pechitos como tórtolas. La familia de ella poseía además unas tierras, aunque eran poco más que esto. Para celebrar la ceremonia él le regaló un magnífico caballo, un garañón de Berbería. Se llamaba Catalina.

—Creía que era un garañón —observó Hoong. No podía saberse por su modo de hablar si estaba bromeando.

—Catalina era la chica, so cabrón —explicó García sin animosidad—; el caballo se llamaba *Estampido*. —Las corrientes de aire habían cubierto el sobre de la mesa de un

\* En castellano en el original. (*N. del T.*)

fino polvo rojo, casi invisible a menos que algo lo moviera. García se humedeció un dedo y escribió «Catalina» en el polvo—. Me dijo que había soñado con un caballo así. Yo quería depertarla.

—Eso sí que es romántico —dijo Hoong—, soñar con un caballo.

—Tal vez, si tú también eres un caballo. Encontré una hembra para *Estampido*, una magnífica yegua blanca, pero a los *carabineros* no les gustó y hubo problemas.

—Una vez conocí a una mujer —terció Davis— que había estado casada con un geólogo, y él soñaba siempre con cierto castillo.

—¡Bravo! —exclamó García con una sonrisa; cuando sonreía, su boca formaba una aguda V—. Ahí tenéis el auténtico romanticismo, el romanticismo del varón; en el caso de una mujer se habría tratado de un palacio, un lugar lleno de lujo y sin igual.

—Yo vi personalmente a ese hombre unas cuantas veces. —Davis se recostó en su asiento, con la mirada clavada en la cara inferior del tejado, como si viera un rostro casi olvidado entre las ondulaciones verdes termo endurecibles—. Era un hombre alto y pelirrojo; los dos eran pelirrojos. ¿Por qué será que a las mujeres les gustan los hombres que se parecen a sus hermanos?

—A sus padres —corrigió Hoong.

—Según ella, el hombre estaba siempre hablando del castillo. Un buen día se cayó una de las torres, según decía ella, y él hablaba de que iban a arreglarla y ponerle unos cimientos mucho más fuertes. Se había venido abajo debido a un terremoto, creo.

García asintió con la cabeza.

—Eso es lógico, en un geólogo.

—Y hablaba a menudo de los muros. Había una especie de sistema que permitía que los muros aumentaran de tamaño una y otra vez, un parapeto sobre otro. Así los llamaba. Era todo de piedra roja. Algo así decía.

«Hablaban también a su mujer de la gente, de la gente que vivía en el castillo. Había un Maestre de Arqueros que a veces le disparaba flechas; decía que este arquero jefe era muy malo, pero casi siempre acababa vencíendolo. Y había no sé qué viejo que se dedicaba a bruñir cuencos y bandejas de oro y servía al diablo, o a quien fuera que vivía bajo la bóveda; decía que a lo mejor era un dios como el que en la Biblia llaman Moloch. O bien Ansenef, el bebedor de sangre de Egipto.

—¿Era el esposo del señor del castillo? —preguntó García.

—A veces. A veces se le aparecía el fantasma de su padre. Entonces su padre era el Gran Señor, y el esposo de Sigrid siempre le pedía consejo y siempre le hacía caso. En el castillo no había gran diferencia entre un hombre vivo y su fantasma, eso decía ella.

—A lo mejor eran todos fantasmas, ¿no? —sugirió Hoong.

Davis le dirigió una mirada crítica.

—¿Tú has estado allí?

—¿En el castillo de ese tío? —dijo Hoong encogiéndose de hombros—. No sé. Tendrías que preguntárselo a él.

—No, amigo —dijo García quedamente—. El capitán Hoong nunca ha estado allí. Pero tú sí, creo. Así que al fin y al cabo era un castillo de verdad.

Davis asintió con un movimiento de cabeza tan ligero que resultó casi imperceptible.

—En cierto sentido, lo era. Él volvió de una visita de investigación a la grieta. Según decía ella, se dio cuenta en seguida de que pasaba algo. Supongo que, a lo mejor, ella le dio un beso y se sentó en su regazo. Así se comportaba conmigo cuando yo me sentía mal.

—Igual que te sientes ahora, pobrecito. Por mi parte yo prefiero a las rubias, y me casaría otra vez si fuera para tener una rubia. Pero no es una tontería perder a la mujer a la que se ama.

—Me gustaría que pudierais verla: tenía los ojos azules, como el cielo de mi país, y las piernas más largas que podáis imaginar. Sus piernas tenían una línea suave, finísima. Ningún artista las habría podido imaginar. Estaba cubierta de pecas; las aborrecía y decían que eran feas y se ponía no sé que mejunje para que perdieran color. Pero, en realidad, eran bonitas. Cuando estaba en la bañera parecía estar rociada de pequeños rubies. Era como si perteneciera a otro tipo de personas, no a la raza blanca ni negra ni nada de lo que conocemos. Yo solía hacer que se pusiera en pie; a veces lo hacía, pero siempre llevaba puesto un delantal, ya sabéis... un delantal de burbujas.

Hoong profirió un silbido agudo y sin melodía, el rostro tan inexpresivo como siempre.

—Era la mujer más bella del mundo, y yo se lo decía una y otra vez. No creo que se lo tomara nunca en serio.

García asintió.

—Mejor para ti que no lo hiciera. Pero ¿dices que el castillo del esposo existía en realidad? No has hablado de eso, sólo has dicho que el hombre estaba preocupado.

—Exacto. —Davis hizo una pausa—. Al cabo de tres o cuatro días, según dijo ella, a él le dio por hablar del castillo; y ya no pudo parar ni hablar de otra cosa. Decía ella que el marido se comportaba, además, como si jamás le hubiera hablado de sus sueños; y volvía a contárselos, empezando por cuando era niño. Según la mujer, él le contaba cosas que nunca había mencionado antes, además de sus viejos sueños. Le hablaba de cacerías con halcones, pero los pájaros no eran halcones... ella no sabía qué pájaros eran en realidad. Yo le pregunté cómo los llamaba él, pero no se acordaba.

»Dijo él entonces que iba a volver allí y que quería que ella lo acompañara. Ella no estaba autorizada, pero él tenía mucha influencia. El técnico que normalmente iba estaba de baja, y él y Sigrid cogieron el oruga.

—Bastante peligroso para una moza —intervino rápidamente Hoong—. ¿Sabía ella desenvolverse?

—Había hecho básica. Todo el mundo tenía que hacerla allí de donde ella era. Pero nada más. —Davis hizo una pausa de nuevo—. Regresó perfectamente.

García estaba inspeccionándose las uñas a la luz de la vela. Eran cortas pero estaban muy sucias, y se puso a limpiárselas con un trocito de metal afilado que se sacó del bolsillo.

—Ella sí que regresó. Pero no él, ese investigador, ese geólogo casado con la hermosa mujer.

—No —dijo Davis—. Él no regresó.

—Pero ¿no lo ayudaste tú en eso?

Davis sacudió la cabeza.

—Yo ni siquiera estaba allí, estaba arriba en las nieves. Todo el mundo lo sabía.

—Espero que fuera así, por tu bien.

—Y ¿qué nos dices del castillo? —preguntó Hoong.

—Bajaron un buen trecho por la grieta. Yo fui también más tarde, y eran más de cien kilómetros. Ya sabéis lo que pasa: los días no tienen mucho más de una hora de duración cuando el sol está a los lados de ambos bordes, y hay en la roca tonalidades de rojo que ni siquiera tienen nombre. Pero mañana y anoche parecen prolongarse eternamente, y todo está sombrío, casi negro. —Hizo una pausa—. Es entonces cuando la gente ve saltarines, dicen. —Pasado un instante, añadió—: Yo nunca he visto ninguno.

—Yo sí —manifestó Hoong—. Estaba haciendo un estudio acompañado de una empleada, Rosa no-sé-qué. No era negra, sino una de esas chicas oscuras o morenas que sudan constantemente. —Miró de repente hacia García pero, si el hombre alto sintió su mirada, no dio muestras de ello—. Estábamos montando el campamento, y esa Rosa instalando un poste de señalización. A unos cientos de metros delante de nosotros había un cañón lateral, y el sol estaba allí mismo, brillando por entre los barrancos. El saltarín cruzó de un lado al otro, y yo lo vi recortado contra la cara del sol. Parecía negro, pero, naturalmente, cualquier cosa habría parecido negra.

—¿Era como un mono? —quiso saber Davis—. Una mujer que yo conocí decía que el suyo parecía un gran mono más que otra cosa, salvo que tenía demasiados brazos.

—A mí me pareció una especie de gato. No parecía demasiado grande desde lo lejos, pero fuimos allí más tarde a mirar por los barrancos, y debía de ser más grande que un tigre. —Por un instante, los párpados de sus ojos oscuros se abrieron de par en par con la mirada fija y fiera del tigre—. De todos modos, le dije a Rosa lo que había visto y nos pasamos unas cuantas horas explorando, pero no encontramos nada.

García seguía limpiándose las uñas.

—Supersticiones. ¿Qué comen?

—¿Quién dice que tienen que comer?

—Entonces, ¿cómo iban a saltar, *mi amigo*? Tendrás que admitir que para eso se necesita energía.

—Sólo si tienen masa. Y allí donde hay sol hay energía.

Davis se aclaró la garganta y García levantó la mirada de sus uñas.

—Entiendo que tienes tu propia teoría. ¿Se trata de las grandes ciudades subterráneas? Eso es lo que algunos creían antes de las pruebas sónicas.

—Tú no estás comiendo, García —contestó Davis sacudiendo la cabeza—, pero sí estás consumiendo energía.

García abrió la boca para replicar, pero luego volvió a cerrarla y sacó el labio inferior. Pasados unos momentos, musitó:

—¿Conservado tanto tiempo? Tal vez. ¿*Quién sabe*

—El caso es que los dos lo oímos aquella noche. Unas veces aullaba y otras chillaba. Muchas veces aullaba y chillaba al mismo tiempo.

—*El viento*.

—Una mierda —dijo Hoong—. Nadie presta atención al viento. Llega un momento en que desconectas. Además, podíamos oír también el viento si escuchábamos, y esto era distinto.

—Como quieras. ¿Dices que tú mismo viste ese castillo, *amigo*

—Exacto. Cuando Sigrid me habló de él hice que me llevara allí. No era fácil, pero conseguí que un conocido me prestara el oruga por un día. Tuvimos que prometer que diríamos que lo habíamos robado si nos pillaban.

García hizo una mueca.

—Y ¿lo habríais dicho?

—No, qué va. Al menos, yo no. Sigrid tal vez lo habría hecho. Era uno de esos orugas de doble pista, una bala con una buena superficie, y se clavaba hasta las planchas del suelo en la arena o el polvo. Tardamos casi todo el día en llegar allí y casi toda la noche en volver.

—Pero cuando estuviste allí, ¿qué viste?

—No lo que había visto ella, por supuesto. Sólo una gran roca roja que salía por el lado de la grieta. Estaba dentada por arriba y, por lo tanto, parecía casi un castillo si cerrabas un poco los ojos. Y por arriba asomaban columnas. ¿Sabéis a lo que me refiero? Las había hecho la erosión. Algunas estaban tumbadas.

—Así que subiste a mirar.

—Exacto —respondió Davis—. Trepamos por los muros. Sigrid no quería, pero yo la convencí. Ella había estado allí con su esposo (esto me había dicho), así que la convencí para que me acompañara. A decir verdad, yo pensaba que si la dejaba allí en el suelo sola cogería el oruga y escaparía en él, así de asustada estaba. Diez a una a que se habría quedado

encallada, y quizá habríamos muerto los dos.

—Lo cual no habría sido muy deseable, desde luego. Sin duda ella conocía también la mejor pendiente. ¿Fue difícil la escalada?

—Sí, lo fue... casi hasta las tierras superiores. El aire era terriblemente tenue. Un par de veces temí que ella fuera a desmayarse, y una vez creí que me desmayaba yo. Pero íbamos atados con una cuerda. ¿Creéis de veras que algún día podrán hacer que llueva?

Hoong asintió.

—Claro, pero no estaremos por aquí para verlo.

—Supongo que no. Mirad, en realidad no queda ya nada que contar. Llegamos hasta lo alto, y subir nos costó lo nuestro. Cuando hubimos recuperado el aliento nos paseamos por allí (aquello era muy grande) y vimos un montón de rocas de formas extrañas, y luego volvimos a bajar con la cuerda. Bajar fue mucho más fácil que subir.

—Y ¿eso es todo? —preguntó Hoong—. ¿Sólo rocas raras? No te creo.

—Eso yo no puedo evitarlo —contestó Davis encogiéndose de hombros—. Era así. Algunas de las rocas estaban señaladas, pero las señales no tenían ningún sentido. Eran sólo señales negras, como si contuvieran carbón o algo así. No había forma de quitarlas frotando.

—¿Dibujos? —sugirió García.

—No. En general, sólo líneas sinuosas. Si mirabas un buen rato podías ver serpientes, caras y cosas así, pero no se puede aguantar mirar tanto tiempo nada, aunque se trate de escritura de verdad.

—Pictogramas —dijo Hoong—. ¿Quieres ver cómo escribo mi nombre en chino? Mi abuelo me enseñó.

Se humedeció el dedo como había hecho antes García y dibujó el carácter en el polvo de color sanguinolento.

—No se parecía mucho a eso —dijo Davis—. Más bien sería árabe, o hebreo. Pero yo no sé leer esas lenguas, así que, ¿cómo iba a saberlo?

García lanzó un escupitajo al rincón.

—Igual que sabías que lo que veías no era escritura, supongo.

—Mirad, yo tenía el viejo martillo de su esposo. ¿Sabéis cómo son en realidad? En un extremo tenía una cabeza como de martillo de verdad, en el otro una cuchilla de escoplo; utilizando el escoplo, partí una de aquellas rocas y en su interior había más señales.

—Sin duda el *señor* habría dicho que se trataba de un libro petrificado, y tú abriste sus páginas posiblemente por primera vez en un millón de años. ¿La mujer no vio nada que tú no vieras?

—Exacto.

—¿Sabes? —dijo Hoong despacio—. Me sorprende que no intente ayudarte ahora, si realmente te quería.

—Yo le gustaba. Estaba loco por ella (ya os lo he dicho) y supongo que la conseguí indirectamente. Le daba miedo dormir sola, y todo eso. Pero al cabo de un tiempo me quiso, lo sé.

García susurró:

—Pero quizá no tanto cuando la obligaste a subir.

—Más que nunca —les aseguró Davis—. Pero ya murió, ¿entendéis? No quiero seguir hablando de ella.

Como si no hubiera oído sus palabras, Hoong preguntó:

—¿Cómo iba a quererte si la obligabas a hacer algo que ella no quería hacer?

—Sí quería —se defendió Davis—. Tanto como yo, o más. Pero necesitaba que alguien la obligara a hacerlo. Necesitaba que yo le dijera: «Vamos, Sigrid, ahora no podemos volvernos atrás, deja de remolonear por ahí y hazlo». ¿Ninguno de vosotros dos ha conocido a una mujer en su vida?

—Pero, ¿la encantadora Sigrid murió? ¿Murió, tal vez, mientras bajabais?

—No; murió en la cama, en la ciudad. Estábamos acostados juntos, y yo no la maté. Eso fue lo que algunos dijeron, pero no había ninguna señal en el cuerpo; en todo caso, no cuando el médico forense la examinó.

García asintió con la cabeza.

—Ya hablaremos luego de eso. Pero ¿fue mientras bajabais cuando ella vio al saltarín?

—Yo no he dicho que lo viera. No he dicho nada de eso.

—Oh, sí que lo has dicho, *mi amigo*. Has dicho que habían sido vistos al anochecer, y cuando has hablado de alguien que había visto uno, has empleado el femenino. Tal vez no seamos genios, Hoong o yo, pero tampoco somos tontos. ¿Fue mientras bajabais?

—No, fue mientras estábamos todavía en el castillo.

—Has dicho que eso estaba cerca de las tierras altas. Allí anochece en seguida.

—Todavía había buena luz del sol allí arriba —admitió Davis—, pero estaba casi oscuro abajo, en la grieta. Ella miró por encima del muro. Y había un montón de formaciones que parecían paredes; ya sabéis, estratos formados interminablemente por la presión geológica y recortados por la erosión.

—O sea que lo vio al mirar hacia abajo... a lo mejor el animal le hacía señas con la nariz. Has dicho que tenía muchos brazos.

—Exacto. Pero ella no estaba segura de cuántos. Cuatro al menos, tal vez seis. Saltaba de una roca a la otra como si quisiera venir a donde estábamos nosotros. Pero no vino, no llegó hasta allí. O...

Calló. García dijo quedadamente:

-¿Sí...?

—Si vino, nosotros no lo vimos. He pensado a veces en eso... ¿y si son invisibles de cerca? —Miró a Hoong—. ¿Sería eso posible?

—Claro. A veces, el camuflaje es así.

—En todo caso, yo miré hacia abajo pero no lo vi... y luego esperamos. No teníamos armas, sólo el martillo.

—Quiero saber qué es lo que ella te dijo.

Davis asintió como si Hoong le hubiera leído el pensamiento, como si él, Davis, estuviera esperando precisamente que se lo leyera.

—Fue allí arriba donde me lo contó casi todo, mientras esperábamos. Antes sólo había contado retazos, hablaba del sueño de su esposo, y de que ella iba a ir allí con él. Yo sabía que aquel lugar le daba miedo, pero hasta ese momento no había comprendido en realidad por qué.

»Habían ido en el oruga, y no habían tardado tanto como nosotros en llegar allí. Dijo ella que casi toda aquella parte estaba todavía envuelta en sombras muy oscuras; pero mientras subían en el oruga la luz del sol iluminó el castillo y bajó por los costados de las torres (las grandes estructuras de piedra) como fuego salvaje, iluminando las almenas. Su esposo le señalaba cada una de las torres y le contaba algo acerca de su historia. No tuvieron que escalar como nosotros, con pitones y demás; había un sendero que subía por el costado del barranco.

»Dijo ella que creía haber sido hipnotizada, aunque en ningún momento había sido consciente de ello y tampoco creía que su esposo lo hubiese hecho conscientemente. Sin embargo, mientras subían por el sendero él seguía hablándole, contándole cosas, y mientras hablaba la formación de roca roja que ella había visto desapareció. Cuando nosotros fuimos, parecía un castillo de verdad desde el fondo de la grieta; fue sólo cuando llegamos arriba que nos dimos cuenta de que no era para nada un castillo de verdad.

»Sin embargo, cuando fueron ella y su esposo fue al revés. Cuanto más se acercaban más parecía un castillo, hasta que pudieron ver a los centinelas en los muros, decía ella, altos y envueltos en oscuras capas rojas, y estandartes con colas peludas como lobos, tan ligeras que parecían flotar en aquel aire tenue. Había aberturas en los muros, como para entradas o ventanas, y ella vio formas que iban de acá para allá como leones en un zoo.

»Luego, volvió a mirar y ya no era en realidad un castillo. Decía ella que era como cuando sus viejos la llevaron a la Cueva del Mamut cuando era niña y ella creyó al principio que no era más que un agujero como el que hacían los niños del barrio a veces en la ladera de una colina; pero, cuando entraron, comprendió que sus pequeñas cuevas no eran más que copias de ésta, y que ésta era de verdad, millones de años más vieja que cualquiera de los niños y llena de poder y magia. Esto es lo que dijo.

»Esto fue lo que vio agarrado a la cara del barranco: esa cosa de la que se copiaron todos los castillos y fuertes de la Tierra. Era un buque, y era un emblema. Supo entonces que este buque podía introducirse en nuestros sueños a voluntad y que no había forma de impedirlo, y supo que era demasiado antiguo para morir jamás.

»Algo vino aleteando hacia ellos, dijo, como vuela una paloma sobre la Tierra. Tenía cuatro alas, como una libélula, y un círculo de ojos de topacio en torno a una cabeza afilada; cuando se acercó a ellos, la cabeza floreció como una flor y los bordes de los pétalos eran dentados como agujas.

»Dijo que su esposo silbó al ver aquello. "Silbar" era la palabra que se le ocurría para describir el sonido que su esposo profirió. Dijo que nunca había oído a nadie silbar así, y nunca había creído que nadie pudiera hacerlo. Aquella cosa que volaba aterrizó sobre su

coronilla y, como si ésta fuera un casco, bajó las cuatro alas y le cubrió las mejillas y el cuello. Metió la cabeza bajo un ala, y parecía estar susurrándole al oído.

»Ella estaba tan asustada que casi no podía hablar, pero dijo: "Jack, ¿qué es esto? ¿Qué es esta cosa?". Y él se volvió y le contestó, pero en un idioma que ella no comprendía.

»Él le cogió entonces la mano, con dulzura según decía ella, y señaló. El castillo sacaba hacia ellos lo que llamamos un puente natural, una larga y estrecha lengua de roca delgada por los bordes pero que parecía bastante fuerte en medio. Cuando llegó hasta el sendero, su esposo puso el pie en el puente.

—\Madre de Dios\ Y ¿qué ocurrió luego?

—El intentó arrastrarla con él. Y ella quería ir, según decía. Pero, cuando intentó poner el pie en el puente, el pie lo atravesó. Casi cayó y, con todas sus fuerzas, dio un salto hacia atrás bruscamente. Él la llamó, como haría cualquier hombre al ver a su esposa casi caer de ese modo. Pero no la llamó "Sigrid". La llamó con otro nombre, un nombre, decía Sigrid, que para pronunciarlo había que torcer mucho la boca, y ella no podía. Pero sabía que era su nombre.

»Se volvió y se alejó corriendo por el sendero, pero pronto no hubo ya sendero y ella no hacía más que andar a gatas y resbalar, decía, mientras bajaba por la parte inferior del barranco. Hasta que estuvo en el tractor oruga no se dio cuenta de que se había torcido la muñeca derecha. Intentó neutralizar la torcedura con la mano derecha para que la muñeca volviera a su estado normal, y le dolía tanto que no lo consiguió. Tuvo que alargar el otro brazo para poner en marcha el motor.

»Fue entonces cuando avistó al saltarín. Éste andaba justo por delante de la luz del sol, que bajaba a raudales por la cara del barranco, y parecía la sombra de un mono con un montón de brazos.

«Desapareció entonces, decía, como si la luz le hubiera dado alcance y se hubiera ocultado en alguna hendidura de la roca roja como las otras sombras. Cerró la burbuja del tractor oruga y tiró del embrague. Supongo que habría podido calarlo, pero era un buen motor. Regresó sin problemas.

—Pero luego murió —dijo García secamente—. Murió en la cama contigo, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo después de eso, *amigo* ¿Un año, tal vez?

Davis sacudió la cabeza.

—Un par de meses.

—¿Qué señal tenía?

Davis no contestó.

—Has dicho que no tenía señales cuando el médico forense la vio. Eso quiere decir que tenía una antes. ¿Qué era? Y ¿cómo te libraste de esa señal? Será mejor que nos lo cuentes.

—Una mano —respondió Davis—. Era la señal de una mano roja, una mano grande con los dedos largos.

—¡Ah! —García rió entre dientes—. ¿En torno a la garganta, *amigo*?

—No, no la tenía en el cuello. —Davis hablaba despacio, como hacen los hombres cuando tienen que forzarse a sí mismos a recordar cosas que preferirían olvidar—. La tenía en la mano derecha, como si alguien con la mano ensangrentada se la hubiera estrechado. Yo intenté quitársela, lavándola. Me pasé mucho tiempo frotando. Al final, incluso la froté con la crema que se ponía para las pecas, pero tampoco eso funcionó.

—Y sin embargo, el médico forense no la vio. Eso sí que es interesante.

—Saqué el cuchillo grande que ella utilizaba para cortar las verduras. Pensé que a lo mejor podría quitársela rascando. —Davis extendió sus propias manos lastimosamente.

—Sí, claro —dijo García—. Y ¿tampoco eso surtió efecto?

—Aquella noche tuve un sueño: soñé que Sigrid no se había alejado corriendo de él, y él tiraba y tiraba, cada vez con más fuerza, y se la llevaba con él. Yo tenía cogida su otra mano e intentaba seguirlos, pero resbalé, el puente de piedra era como de cristal y caí. Y el saltarín estaba abajo en la grieta, esperándome.

»Así que, como tampoco podía quitársela rascando, intenté arrancar el trozo donde estaba la señal, pero era imposible. —Se volvió hacia Hoong desesperado, buscando consuelo—: Lo intentaba una y otra vez, pero lo único que conseguía era hacerla picadillo. Yo creía que los muertos no sangraban, pero ella no hacía más que sangrar. ¡Cielo santo, qué porquería!

—Claro, debió de ser así —asintió Hoong.

—Entonces, intenté cortar la mano entera. La saqué en parte de la cama para poder colocar el brazo sobre el suelo y cortar. Tampoco esto funcionó. No es tan fácil como parece por televisión.

—Un machete, eso es lo que necesitabas —añadió Hoong.  
—O bien un hacha, *amigo*. —Los ojos de García estaban tristes, aunque una ligera sonrisa jugueteaba en sus labios.  
—Pero finalmente lo conseguí. Cogí una sierra eléctrica del cuarto de herramientas y volví con ella a casa. Envolví su mano en unas toallas y la eché a la incineradora. Nunca la encontraron. ¡Todo me condenaba, y sin embargo no había ni una señal en ella! —Golpeó la mesa con el puño.  
Nadie decía nada.  
—Bueno, por eso estoy aquí —dijo Davis. García asintió con la cabeza para sí mismo.  
—Creo que en el lugar estaba su perfume cuando volvimos. Murió aquella noche en la cama. Quizá estuviera entonces el mío. ¿No os lo había dicho?  
Ninguno de los dos hombres contestó. El silencio se fue haciendo más denso hasta que pareció llenar los rincones oscuros de la barraca y ejercer presión sobre la llama de la vela como si fuera humo. Finalmente, Hoong dijo:  
—¿Qué pasó con tu mujer, Pepe? Catalina.  
García se sacudió, como al despertar de un mal sueño.  
—La pisoteó. Aquel garañón negro, aquel enorme *Estampido*. La pisoteó una calurosa tarde de finales de agosto.  
—Allí enseñan a esos garañones a pelear, como se enseña a un doberman —dijo Hoong dirigiéndose a Davis—. Cuando el preparador hace una señal, el garañón va a por ti.  
Viendo la cara que ponía Davis, García lo cogió por el hombro.  
—Su corazón, *amigo*. Pisoteó su corazoncito, a eso me refería, cuando ella lo vio montando a la yegua. El corazón de una mujer es algo muy frágil, se rompe fácilmente.  
Fuera, a lo lejos, algo chilló con más fuerza que el lamento del viento cargado de polvo.

## El cuento de la rosa y el ruiseñor (y lo que pasó)

«¡Tum-tum-tum!», cantaba el nuevo tambor del narrador de cuentos.  
«¡Tumti-tum-tum-tump!»

Y Alí ben Hassan, el niño mendigo que a veces pretendía llamarse en realidad Alí Bakshish, Alí, el niño, que era —según decían a veces— más ladrón que mendigo, se volvió a mirar. El recién llegado narrador de viejos cuentos era joven y apuesto, y su barba, oscura como una castaña; lucía una pistola de Fez —que es donde hacen las mejores— bajo la faja y una sonrisa en los labios.

Alí dejó de fastidiar al camellero y cruzó corriendo por delante del puesto del ceramista para ir a ponerse en cuclillas al lado del narrador de cuentos, con las manos extendidas en forma de cuenco.

—\Baksbishl —gimió Alí—. ¡Nobilísimo señor, sultán de la historia! \Ailaho A'alaml ¡No tengo nada! ¡Nada!

—¿Cómo? —exclamó el narrador de cuentos sin dejar de batir su tamborcillo con los dedos—. ¿Dices que no tienes nada y ruegas primero la indulgencia de Alá por contar mentiras? De ese modo no vas a engordar.

—Pero, príncipe de la parábola, deseo ver esos jardines de perdurable delicia que Alá (¡el creador! ¡el siempre benefactor!) reserva a los fieles. ¿Cómo podré verlos si cuento mentiras?

—Mintiendo a Alá, supongo.

—¡Amo del misterio! —protestó Alí—. ¡Amo de la historia! No está bien que digas semejantes cosas. No te he oído.

—Tampoco he oído yo tu insistente petición de *bak-shish* —contestó tranquilamente el narrador de cuentos, que seguía batiendo su tambor.

—¿Acaso no dan todos los buenos mahometanos limosna? —Alí alzó la voz—. \Ailaho A'alaml No tengo nada.

—En verdad está escrito que nadie debe morir de hambre —contestó el narrador de cuentos—. Dime qué es lo que tienes y quizá pueda darte algo... aunque no será dinero.

—Tengo tres cosas —respondió Alí con vehemencia—. Harken, oh raja del romance, y voy a enumerarlas... ¡No! ¡Cuatro! ¡Por las barbas! ¡Cuatro! Porque tengo este paño que oculta mis partes pudendas...

—Que siga así.

—¡Mi turbante, mis piojos y tú! ¿No está acaso escrito que el alimento que a cada cual le



corresponde a cada cual le será dado? Tú...

—No —lo interrumpió el narrador de cuentos—. No es así.

—... sin duda has sido nombrado por el Más Compasivo para darme de comer. ¿Sois un erudito? ¿Tan joven?

—Tuve un buen maestro —dijo el narrador de cuentos—. El *múllalo*\* Ibrahim el Sabio, aquel santo varón.

—¿Te enseñó a contar historias en el bazar? ¿Qué me vas a dar?

—Un cuento, por supuesto. Tengo un cuento que dar y tú oídos con los cuales recibirlo. Y tal vez, si te narro un cuento, otros vengan también a escuchar.

## EL CUENTO DE LA ROSA Y EL RUISEÑOR

Hace mucho, muchísimo tiempo —así empezaba el cuento— floreció en el jardín del bajá una hermosa rosa blanca, la más hermosa flor jamás vista. Su cintura era una

\*\*\* Intérprete de las leyes y dogmas del islam. (TV. *del T.*)

palmera al viento, sus senos dos almas blancas gemelas, sus caderas la silla de un dromedario albo immaculado, su rostro la luna; el perfume de sus miembros llenaba todo el jardín y su carne relucía como la plata.

(Alí asintió, sabiendo que, en un cuento, una flor puede muy bien ser una mujer.)

Un pequeño ruiseñor pardo entró en el jardín —así prosiguió el narrador de cuentos— en busca de compañera. Contempló la rosa blanca y se enamoró perdidamente de ella. Se puso a construir un palacio en el moral para ella y, cada noche, le daba desde la rama más baja una serenata, canciones llenas de pasión, canciones de separación, canciones llenas de pena y canciones que lloraban con tal alegría que las estrellas se inclinaban para escuchar. «¡Te quiero a ti... a ti... a ti!», cantaba. «¡Tan sólo a ti! ¡Oh, sé mi esposa!»

La rosa, desde su tallo, asentía con la cabeza y sonreía, y finalmente hizo que una polilla le enviara un mensaje: «Acércate más, oh mi dulce amor —decía el mensaje—. Pero no te acerques demasiado.»

El pequeño ruiseñor rebosaba de gozo. De tal modo latía el corazón en su pequeño pecho que éste parecía estar a punto de reventar. «¡Me ama!», pensó. Y cantó: «¡Me quieres! ¡Me quieres! ¡Me quieres!». Un tonto tal vez crea que era sólo el suave viento que acariciaba al jardín, pero el ruiseñor sabía que no era eso, y ella también. La rosa asintió con la cabeza desde su tallo y él batió las alas de alegría.

Un desconocido había entrado en el bazar, un anciano que mantenía en todo momento los ojos cerrados e iba tanteando el camino con un largo bastón blanco. Allí, el niño, estaba al principio demasiado atento al cuento como para fijarse en él; pero se dio cuenta de su presencia cuando el narrador de cuentos pronunciaba la palabra «gozo», ya que el anciano se abrió paso por delante del puesto del alfarero e iba golpeando cada pieza de cerámica con el bastón.

—Aquí, venerable —gritó rápidamente el alfarero, temiendo por su mercancía—. Permitid que un miserable hombre de arcilla os guíe. —Cogió al anciano del codo—. ¿Adonde deseáis ir, venerable?

—He oído contar un cuento —contestó el viejo—. O, más bien, he oído las palabras de un narrador de cuentos, porque ya no las oigo. En otro tiempo, oh hermano, mi único placer fue leer aquello que es sagrado, sin prestar atención a otra cosa, y así lo hice, hasta haber aprendido todos los versos como no los sabe nadie. Al darse cuenta de que ya no los necesitaba, el Omnividente apagó mis ojos. Ahora musito esos versos en la oscuridad... Pero, a veces, oigo contar cuentos.

—¿Qué sabiduría! —exclamó el alfarero—. ¡Oíd a este hombre, oh hijos de los mahometanos! Aquí está el narrador de cuentos, venerable. Sentaos, por favor.

—Gracias, hermano —replicó el anciano—. Amasa tu arcilla con dulzura.

El ruiseñor voló hasta un matorral de madreSelva situado cerca de donde se hallaba la rosa y cantó de nuevo, y, cuando su canción hubo terminado, una cristalina gota de rocío cayó desde la rosa.

—¿Por qué lloras, amada? —quiso saber el ruiseñor—. ¿Tan triste era mi canción?

—Porque mañana van a arrancarme —contestó la rosa—. Porque no soy roja. Hoy, oh amante mío, mientras tú dormías he oído al bajá dar instrucciones al jardinero. Voy a ser sustituida por una rosa roja de Isfahan, porque al bajá no le gustan las rosas blancas.

Al oír esto también el pequeño ruiseñor lloró, y durante el resto de la noche cantó las canciones más tristes que conocía, llenas de amor no correspondido y de amantes separados por la muerte. Al rayar el alba, dijo a la rosa:

—Te salvaría si pudiera; pero yo, como tú, tampoco puedo luchar contra el poder del bajá. ¿Quieres besarme? El beso será para mí lo más sagrado durante el resto de mis días sobre la Tierra.

La rosa sacudió la cabeza, pesada por el rocío, mientras miraba fijamente al suelo.

—Es seguro que te vas a lastimar con mis espinos —dijo.

Pero esto le importaba poco al ruiseñor. Voló de inmediato hasta el tallo de la rosa y posó sus labios sobre los de ella. Al retirarse, sus ojos brillantes observaron una solitaria mancha escarlata en uno de los pétalos externos de la rosa.

—¡Oh, mira! —gritó—. ¡Mira esto! Mi beso ha dejado una mancha roja ahí. Si te besara mil veces, querida rosa, serías una rosa roja y por lo tanto vivirías.

—Este punto escarlata es la sangre de tu propio corazón —dijo la rosa—. Está ahí porque te has lastimado el ala con mis espinos, tal como yo temía.

—Una sola gota no es nada —gritó el pequeño ruiseñor sabiendo ya lo que debía hacer.

Alzó el vuelo y, remontándose hasta una altura de vértigo, se lanzó luego contra el rosal, donde quedó desgarrado como el que sufre la Muerte de los Mil Cortes.

Sangrando por doquier, revoloteó por encima de la rosa.

—Es una historia muy triste —dijo Alí, quien estaba próximo a esa edad en que los muchachos desean a las mujeres y provocan así su propia destrucción—. Pero también hermosa, la recordaré durante mucho tiempo.

—Todavía hay más —susurró el anciano—. Yo ya había oído ese cuento. Hemos de descubrir qué fue de los dos.

En la hora que sigue a la oración de la mañana —prosiguió el narrador de cuentos—, el jardinero entró en el jardín provisto de su azada; clavó la azada hasta la raíz del rosal sin parar en absoluto mientes en el pájaro muerto que allí yacía. Pero, antes de haber cavado profundamente, se fijó en una sola rosa blanca moteada y punteada totalmente de escarlata.

—¡Qué raro! —dijo para sí mismo. Y luego—: Pero ¡qué hermoso! ¡Por el Jannat al-Na'im, por el honor de todos los jardineros, semejante rosal no debe ser destruido! ¿Qué debo hacer?

Así, después de meditar un rato acerca de este dilema, cavó y arrancó el rosal y plantó en su lugar una rosa roja de Isfahan tal como le había ordenado su amo. Sin embargo, llevó luego el rosal que tenía la rosa que había amado el pequeño ruiseñor hasta una zona del jardín por donde pocos paseaban, y cavó allí un hoyo adecuado para hundir en él sus raíces. Echó al hoyo el cuerpo del pájaro muerto que había encontrado en su jardín, y encima volvió a plantar el rosal.

Desde ese día, casi todos los capullos de la rosa han sido de color carmesí, el color de la sangre vieja. Pero, una vez al año, siempre en la última luna llena del verano, el rosal luce una rosa blanca manchada y punteada totalmente de escarlata; y se dice que aquel que coja esta rosa podrá escoger cualquier amor que desee por tanto tiempo como la rosa permanezca sin marchitarse, y conservarlo para siempre.

Acabado lo cual, el narrador de cuentos narró otras muchas historias tales como la de Yunus el Escriba y Wa-lid bin Sahl, la de Gharib y su hermano Ajib, la de la Ciudad de Bronce y la de los Cuatro Acusados. Iban y venían los oyentes, paseantes ociosos y porteadores, vendedores de sorbetes, tenderos, soldados y barqueros del Nilo. Pero en todo

momento permanecieron allí Alí y el viejo y, si bien no echaron nada en el cuenco del narrador de cuentos, éste no se quejó.

Se acercó finalmente la hora en que se cerraban las puertas y no quedaban para oír al narrador de cuentos más que Alí y el anciano. Dijo entonces Alí:

—Oh señor del mito, me has dado mucho más de lo que yo esperaba. ¡Qué maravilla son tus palabras! Yo no pediría más... pero, si tuviera que pedir más, pediría que nos narraras de nuevo el cuento de la Rosa y el Ruiseñor antes de que vayamos a acostarnos.

El narrador de cuentos fingió el saludo musulmán.

—Desde luego que os lo contaré de nuevo —dijo—, pero otro día. Me alegro de saber que te ha gustado porque, en mi opinión, posee todos los méritos que requiere un cuento, de los que éstos son los principales: la fantasía, el color y la pasión.

El anciano se mesaba la blanca barba con los dedos.

—Aún hay otro —añadió— que no has mencionado, el de la verdad. Porque está en efecto escrito que ese rosal crece en el jardín del bajá.

—¡Qué! —exclamó Alí, el niño—. ¡Por Alá, daría mi vida por verlo!

El anciano ciego asintió con la cabeza.

—¡Yo también, muchacho! ¡Yo también! Es cierto lo que he dicho.

—Yo no —dijo el narrador de cuentos—. Porque yo he comprobado que soy capaz de tejer amores sin necesidad de magia. Y, en cuanto a conservarlos para siempre, ¿quién si no un loco iba a desear eso? Sin embargo, sí me gustaría también a mí ver una rosa mágica si pudiera.

Alí sacudió la cabeza.

—Me temo que no podrás, oh señor de las largas palabras. Dicen que un muro muy alto rodea el jardín del bajá, para que sus esposas y las otras mujeres de su harén puedan pasear por su interior.

El anciano posó una enjuta mano sobre el muslo de Alí.

—Tampoco puedo yo, ya. Pero tú sí, muchacho... porque conozco un medio por el cual alguien como tú podrá ser admitido en ese jardín.

La boca de Alí, el niño, se abrió ahora enormemente, ya que apenas podía creer en su buena suerte. Finalmente, dijo:

—¿Podría ser, oh monarca de los almuecines, que la rosa floreciera esta noche?

—Y el viejo contestó:

—La rosa se ha abierto hoy, porque anoche fue la última luna llena del verano.

—Entonces, ¡dime qué debo hacer para entrar en el jardín del bajá!

El anciano movió la cabeza.

—Eso no puedo hacerlo, muchacho, porque es un secreto que jamás debe pronunciarse. Pero, si me guías hasta allí, te informaré acerca del método que debes seguir.

—Esta misma noche, mi amo, si puedes andar hasta allí.

—No puedo —contestó el viejo—. Pero un burro puede trotar cualquier distancia imaginable.

El narrador de cuentos exclamó ahora:

—¡Por el profeta! Tengo que ir con vosotros. Veré también el jardín del bajá, si ello es deseo de Alá, y alquilaré también un burro.

—¡Oh, amos míos! —exclamó Alí, quien sabía que, si bien ellos quizá fueran montados en burro, él tendría que andar—. Si vais a ir los dos, eso no será preciso. Podemos alquilar una barca. Conozco a un *rais* (un capitán, mis amos) que tiene una buena barca, pequeña, veloz y barata. Una barca no traquetea, y esta noche va a refrescar en el río.

—Sabias palabras, muchacho —dijo el viejo, preparándose para ponerse en pie—. Si este narrador de cuentos y yo combinamos nuestros caudales no será demasiado. Pero a mí deberás guiarme hasta esa barca.

—Y a mí —añadió el narrador de cuentos—. Acabo de llegar de Bagdad.

—Entonces —dijo Alí—, venid conmigo y os lo enseñaré todo por el camino.

Y, cogiendo la manga de la chilaba del viejo, los dirigió por una calle serpenteante tras otra.

—Éste es el búfalo que hace girar la bomba del pozo para llevar agua a todo el barrio. Se llama *Kubbar*. Fijaos, me deja que ponga la mano sobre su cuerno. Ahora cruzaremos esa puerta, mis amos, y nos ahorraremos mucho camino.

Hicieron como él les decía y entraron en un edificio de altos muros a través de un estrecho vestíbulo que en seguida se abría a un amplio patio.

—Esto es nuestro mercado de esclavas... La subasta ha terminado por hoy. No temáis, mis

amos, hay otra puerta al otro lado igual que aquella por la que hemos entrado. Allí están las esclavas enfermas; se puede conseguir una por casi nada si se quiere dar de comer a los cuervos. Aquí están las sanas. Las oscuras son nubias, y son las mejores. Las de piel amarilla son abisinias, dicen que son demasiado listas para ser buenas esclavas. Las mujeres están en esas cabinas.

Una muchacha abisinia de piel clara, adornada con muchas alhajas de bronce, asomó la cabeza por las cortinas de una de ellas y sonrió al narrador de cuentos, y a continuación sacó la lengua.

—Es para que veas que no está enferma. Cree que eres rico porque vas tan bien vestido. Le gustaría tener un amo joven, apuesto y rico. Generalmente, los narradores de cuentos visten harapos.

—Así vestía yo. Pero, mientras estuve en Bagdad conté el cuento de la Rosa y el Ruiseñor al califa, quien me llenó la boca de oro.

—¡Ah! —exclamó Alí—. Ya decía yo. Entonces, deberías comprarla, puedes tenerla por plata. Hay también circasianas y muchachas de la Galia, carne fresca para las noches calurosas, y algunas francas, pero a éstas hay que pegarles todos los días o matan a sus amos.

—¿Qué es eso? —inquirió el narrador de cuentos cuando cruzaron la segunda puerta—. ¿Qué es esa columna de piedra?

—El ídolo de una reina infiel. Debían derribarlo, pero es tan alto que se llevaría con él las casas de los creyentes.

—¡Ah! —exclamó el anciano, asintiendo con la cabeza y sonriendo para sus adentros—. Eso es un obelisco, muchacho. —Lo erigió Cleopatra en honor del hijo suyo y de Julio César.

—Y ahí está el baño de las mujeres —anunció Alí—. Nuestros eunucos se lavaban también ahí, pero algunos jóvenes aprendieron a meterse los testículos en el cuerpo para pasar por eunucos, así que ahora ya no se les permite.

Otra calle, más ancha pero igual de sinuosa que el resto, llevaba hasta los muelles, donde los marineros haraganeaban o eran empujados de aquí para allá por impacientes viajeros de media docena de naciones: beduinos, griegos, armenios y judíos, un orgulloso turco con un niño pequeño negro que le llevaba la pipa y un airado jenízaro con el fusil amartillado en una mano y una carta en la otra.

—¡Paso! —gritó Alí—. ¡Paso! ¡Paso al Santo! ¡Paso, abrid paso al favorito del califa!

Nadie le prestó la menor atención, y tuvieron que abrirse paso por entre la multitud como pudieron. Al final de un largo muelle, tres árabes casi desnudos estaban tumbados, ociosos, en un pequeño *canjiah*.

—¡Río arriba hasta el palacio, en seguida! —les ordenó Alí—. ¡Y a toda marcha!

El *rais*, cuyo turbante era ligeramente más largo que el de los demás, bostezó y se puso en pie.

—¿Deseáis que os esperemos, señor? —preguntó al narrador de cuentos—. ¿Regresaréis a la ciudad con nosotros? Cincuenta piastras.

Después de una discusión en la que se aportaron razones y en la que el narrador de cuentos y el anciano juraron más de una vez que antes preferirían caminar y el *rais* declaró que había tenido la intención de hundir su embarcación inmediatamente para escapar a los recaudadores de impuestos, se acordó el precio en treinta y una, quince a pagar inmediatamente y las restantes dieciséis a la vuelta; el narrador de cuentos contó el dinero, el *rais* gritó órdenes a su tripulación, los marineros subieron a los macizos mástiles y soltaron las enormes velas de color herrumbroso de las largas entenas oblicuas y, con la misma rapidez con que un hombre enciende su *cbibouque*, el pequeño *canjiah* ascendía a toda prisa por el río con agua blanca bullendo a su proa.

—Nuestro Nilo es el río más maravilloso del mundo entero —explicó Alí, feliz—. Discurre (fijaos bien, mis amos) hasta el Gran Mar del Norte. El viento sopla hacia las cataratas del sur...

—Salvo cuando no sopla —intervino el *rais* quedamente—, y así un hombre puede navegar a vela río arriba y luego descender con la corriente toda su vida sin jamás tener que mojar un remo.

El anciano gruñó al tiempo que se ponía cómodo en la popa.

—Hace mucho que no venía a este río. Yo entonces tenía ojos. Tendrás que decirme qué es lo que discurre a nuestros lados, para que pueda saber dónde estamos.

—Oye entonces, oh santísimo —dijo Alí, aún más respetuoso en presencia del *rais* y la tripulación—, a la derecha se alzan las poderosas tumbas de los reyes infieles, negras como la pez contra el sol poniente y puntiagudas como si fueran tiendas, aunque cada una de ellas ocupa el espacio de varias montañas. Enfrente, en el lado opuesto, ahí sí que hay montañas,

excavadas por Alá y no por infieles, las Montañas de Moqattam, mi amo, donde jamás ha puesto el pie tu servidor. Detrás de nuestra embarcación, las grandes y hermosas luces de la ciudad, las incontables lámparas, que se desvanecen en la distancia, mi amo, al tiempo que se ilumina el anfitrión de los cielos. Y ante nosotros se alzan los famosos acantilados.

Alí miró a su alrededor buscando algo con que cubrirse, ya que el aire de la noche era ciertamente frío en el Nilo.

—Buscas a tientas tu chilaba, muchacho —dijo el anciano—. Pero estás sentado sobre ella.

Al oír esto, el narrador de cuentos rió.

Era cierto, aunque Alí, el niño, jamás en su vida había poseído una chilaba. Cuando alargó la mano hacia el asiento de madera no fue madera lo que hallaron sus dedos, sino tela de algodón. Se levantó, la levantó y era, en

efecto, una chilaba adecuada a alguien de su talla, blanca, con franjas de un color más oscuro.

—¡Diez mil bendiciones, mi amo! —exclamó Alí; y, a continuación, musitó para sí mismo—: Ojalá hubiera luz.

—Las franjas son marrones —dijo el anciano—. Ahora, póntela.

Cuando la chilaba estuvo sobre Alí y él cubierto desde los hombros hasta los tobillos, Alí dijo:

—Oh mi amo, el más santo *wazir* de toda la sabiduría, al que yo creía ciego.

Y el viejo contestó:

—Ahora que la noche ha llegado, veo con mayor claridad.

El narrador de cuentos tocó el brazo de Alí y señaló:

—¿Qué son esas aberturas oscuras de los acantilados?

—Tumbas, mi amo. Las tumbas de infieles de hace largo tiempo.

—Algunas están iluminadas por dentro, las luces son débiles pero las veo. Fíjate.

—Son las luces de los *ghüls*, mi amo —replicó Alí—. Hay *ghüls* en esas tumbas.

—Háblame de ellos —terció el anciano.

—Trae mala suerte hablar de ellos, mi amo —dijo Alí apartando la mirada.

—Habla de todos modos —dijo el narrador de cuentos—, y que tu mala fortuna caiga sobre mí.

—¿No hay *ghüls* en Bagdad?

El narrador de cuentos asintió con la cabeza.

—Cosas malvadas, que clavan sus garras en las tumbas por la noche y a veces matan a los vigilantes.

—Lo mismo ocurre aquí —dijo Alí—. Devoran los cuerpos secos de infieles muertos hace mucho tiempo y se comen las carnes funerarias que colocaron con ellos. Y también se ponen sus joyas y celebran fiestas péfidas, donde bailan al son de una música que volvería loco a un auténtico creyente. Cuando llega el día, esconden las joyas para que los hombres honrados no puedan encontrarlas.

El narrador de cuentos meditó sobre esto un momento, y finalmente dijo:

—¿Y en las tumbas reales que hemos visto? ¿Hay en ésas *ghüls* mayores?

Alí, el niño, sacudió la cabeza.

—Hay allí un guardián apostado por los reyes, con cara de hombre y patas de león. Si un *ghül* se acercara a esas tumbas, el guardián se alzaría y lo despedazaría. Si tuviera el rostro de un león, mi amo, saldría huyendo, porque todas las bestias los temen en gran medida. Si sus manos fueran las de un hombre, no podría hacer nada porque las manos de los hombres son débiles frente a los *ghüls*. Y así es el guardián como es, y ellos tienen miedo y no vienen. Ahora, dejemos de hablar de cosas funestas.

—Muchacho —dijo el anciano—, toma mi bastón.

Alí cogió el bastón: una vara larga y delgada de madera dura, coronada por un puño de hueso.

—Yo no puedo ver qué tumbas tienen luz —añadió el viejo—. Pero tú sí. Levántate, muchacho. ¿Te levantas?

Alí se levantó de nuevo.

—Sí, mi amo, estoy de pie.

—Entonces, señala con mi bastón una tumba que tenga luz, muchacho, la más cercana.

Cruzaban en este momento por delante de una de esas tumbas. Brillaba en su entrada una difusa luz azulada y fantasmal, a veces débilmente y otras con más fuerza.

—Lo he hecho, mi amo —susurró Alí.

Despacio, aunque con firmeza, la mano del viejo fue a coger su báculo, una serpiente oscura que medía la distancia entre una rama y la siguiente. Después de lo que a Alí se le

antojó un largo rato, los dedos fuertes y curtidos tocaron la madera blanca.

La luminosidad de la entrada de la tumba se hizo más intensa, como si una hoguera se hubiera encendido en su interior, y una gran voz atronó a través del estrecho umbral de piedra. Había en ella todo el horror de la muerte: el hedor de los cadáveres, y el polvo y la suciedad

que siguen a este hedor. Como la hiena ríe aunque tenga la boca ahogada de putrescencia, bramó:

—¡Salve a ti, *mullah* Ibrahim! ¡Que reine la paz entre tú y yo!

Alí devolvió el bastón al viejo poniéndolo a su lado, donde se hallaba antes. Y a continuación se sentó con la cabeza en las manos y no dijo nada de los acantilados, de las montañas, de los templos en ruinas ni de las mezquitas ni de la fe, ni de ninguna otra cosa por delante de la cual pasara la barca, porque recordaba haber oído de boca del narrador de cuentos que su maestro había sido *mullah* Ibrahim y sabía que los dos, aunque fingieran haberse conocido por primera vez en el bazar, eran en realidad alumno y maestro; se habían burlado de él con una finalidad que no podía adivinar.

Finalmente, el narrador de cuentos lo cogió por el hombro y dijo:

—¡Ven!

Alí levantó la cabeza y vio que se hallaban en el muelle del palacio del bajá. Vio también que había amanecido, o casi, ya que era casi la hora en que un hombre es capaz de distinguir entre un fino hilo blanco y otro negro y que, en el Ramadán, señala el inicio del ayuno.

Se puso en pie como se le indicaba y ascendió los resbaladizos peldaños de piedra acompañado por el narrador de cuentos, cuya mano seguía aferrando el nombre de Alí, y por el anciano que caminaba delante de ellos tanteando cada paso con su bastón.

En lo alto de la escalera se alzaban unas puertas de madera de sándalo con remaches de hierro. Un jenízaro dormitaba junto a ellas, de espaldas a un pilar, la mano doblada sobre la boca del mosquetón largo e incrustado de marfil.

—Ssss —ordenó el anciano—. No va a despertar, pero si hacemos excesivo ruido puede que levante la cabeza y hable. —Rozó las paredes grises del muro con una mano mientras, con la otra, sostenía el bastón ante sí.

Alí asintió, aunque ardía en deseos de gritar.

Caminaron más de mil pasos por entre las sombras de aquellas piedras grises, hasta que la pared dibujó una curva alejándose del río. El narrador de cuentos dijo:

—Ahora debemos apresurarnos. La noche ya casi ha terminado.

—No para mí —dijo el viejo.

Ante ellos se alzaba un sillar partido del cual casi habían desaparecido debido a la intemperie los impíos glifos de tiempos infieles, desecho del jardín del bajá que había al otro lado del muro. Aquí, el anciano se sentó y dijo:

—Quítate la chilaba, muchacho, y lánzala a mis pies.

Alí no deseaba hacerlo, pero el narrador de cuentos quiso obligarlo y, finalmente, Alí creyó más oportuno obedecer.

Pero, mientras ellos forcejeaban y Alí lloraba, el anciano no les prestaba la menor atención. Sus ojos ciegos estaban vueltos hacia lo alto, hacia las estrellas que decrecían, las piernas torcidas cruzadas bajo sí y las palmas de las manos planas sobre los glifos. Ni se movía ni hablaba.

—Oh, amo mío, ¿qué está haciendo? —aventuró Alí cuando hubo lanzado su chilaba a la base del sillar de tonos rosáceos.

Acariciándose la barba, el narrador de cuentos contestó:

—Envía su alma a Jinnistán, la Tierra de la Hechicería.

—¿Está cerca? —inquirió Alí.

—Tan cerca como la tierra bajo nuestros pies —contestó el narrador de cuentos— y tan lejana como el monte Kaf.

Alí abrió ahora la boca para articular otra pregunta, y, si bien no habló, ésta permaneció así, abierta, durante un espacio de tiempo ya que vio su chilaba agitarse como si hubiera una serpiente debajo de ella.

—Bien —dijo el narrador de cuentos con voz queda y rápida—. Óyeme. Te daré instrucciones una vez, pero, si fallas, te juegas la vida. Una vez en el jardín, busca la gran fuente. De él parten media docena de senderos. Sigue el más estrecho, el sendero de piedras rosadas. Una mujer espera al final, junto al rosal del que te he hablado. Ella te indicará la rosa correcta. Tráemela, y volverás a tu estado natural. Serás bien recompensado, y grande será tu

beneficio.

El pobre Alí ni hizo un gesto con la cabeza ni expresó de otro modo haber comprendido. Si bien había oído las palabras del narrador de cuentos, apenas era consciente de que hubieran sido pronunciadas. Porque la chilaba que el viejo le había dado danzaba ahora como una cacerola sobre el fuego, meneando los brazos y alzándose en el aire, de tal modo hinchada que parecía indicar a las claras que otro la llevaba aunque este otro fuera invisible.

El narrador de cuentos cogió a Alí de los brazos y se los clavó a los costados.

—Deja de retorcerte —siseó—. Muévete o grita y te rompo las dos piernas y te echo al río.

Y la chilaba se posó sobre la cabeza del pobre Alí, cegándolo.

Pudo luego volver a ver, aunque el mundo parecía ahora a sus ojos un lugar más grande y mucho más extraño de lo que a él hubiera podido parecerle posible. El narrador de cuentos lo había soltado pero la chilaba seguía sujetándole los brazos a los costados, ya que éstos no estaban en las mangas. Por el contrario, las mangas vacías aleteaban como si soplara un vendaval sólo para ellas, aunque el cuerpo de la chilaba se mantenía quieto.

El muro del jardín del bajá se elevaba hasta más allá del cielo y, si bien no había otra luz que el alba gris, cuanto Alí veía parecía más luminoso y más nuevo que nada de lo que hubiera podido ver hasta ahora. Las estrellas eran amatistas, zafiros y jacintos; el Nilo un voluptuoso mar color café, el cocodrilo de la orilla opuesta una esmeralda viviente. Deseaba al mismo tiempo cantar y volar y, con gran asombro por su parte, esto es lo que hizo al instante, alzándose con alas que parecían batir el aire sin esfuerzo y trinando cual si fuera una caja de música jamás oída por él hasta ahora.

El muro del bajá, que parecía una barrera infranqueable, no era más que una hilera de piedras que se arrastraba por el suelo. Lo había cruzado ya antes de poder decidir si debía o no cruzarlo, y se extendía ante él un paisaje de estanques de peces plateados y macizos de alegres flores, todo ello parecido a la más fantástica de las alfombras del lejano palacio del sultán.

En un abrir y cerrar de ojos divisó la gran fuente y el sendero de piedras rosadas, el cual, sin embargo, se desvaneció pronto bajo palmeras majestuosas y exuberantes árboles frutales.

Soy un pájaro, pensó. Y, si quiero volver a ser un niño, debo seguir este sendero. Pero ¿lo deseo realmente? ¿Qué es esa cosa que llaman el alma, que vuela hasta Jinnistán o el Paraíso, si no un pájaro que duerme en el cuerpo hasta que es hora de abandonar el nido? Así pues, es muy probable que yo haya muerto ya. ¿Por qué voy a morir dos veces?

Además, cuando era niño tenía que mendigar mi pan. En tanto que pájaro, puedo comer bichos —hay más que suficientes para alimentar a todos los pájaros que ha creado Alá desde el comienzo del mundo—. Cuando era un niño tenía piojos, que era imposible eliminar sin tener monedas de cobre para el baño. En tanto que pájaro tengo garrapatas, que pueden eliminarse con un baño de polvo. Cuando era un niño jugaba con mis compañeros, pero, ahora que soy un pájaro, ¿no voy a cantar todo el día junto a mis semejantes los pájaros? Ahí pasa ahora uno, mi camarada de los aires.

Al pensar esto, Alí, el pájaro, miró a su derecha, donde un pato salvaje se dirigía a los pantanos del Faiyum. En este mismo instante un halcón se lanzó en picado sobre él, como un rayo; el desdichado pato soltó un grito terrible, desesperado, y se desplomó al suelo.

También descendió Alí, el pájaro, hasta ponerse a cubierto bajo un amistoso naranjo para luego seguir como una flecha el sendero de piedras rosadas.

Éste serpenteaba a través de una gruta, pasando por delante de otras fuentes más pequeñas y cruzando un puente no mucho mayor que una mesa. Terminaba por fin por un callejón sin salida con un gran rosal al fondo. Aguardaba aquí una joven mujer, el rostro descubierto y los delicados pies sobre una loseta de piedra rosada; si bien cualquier hombre habría dicho que era hermosísima, le pareció al aterrizado Alí una gigante, con unas manos capaces de romperle los huesos igual que una ardilla casca nueces. Y, si bien ella le silbaba muy lastimeramente, Alí procuró posarse lejos de su alcance.

—¿Eres tú el pájaro? —inquirió ella.

Su voz eran cañonazos y truenos para el pobre Alí, quien, sin embargo, comprendió sus palabras. Se esforzó por hablar, pero tenía los labios rígidos y en lugar de hablar cantó.

—No hay entonces motivo para demoras —dijo la joven mujer—, porque el gordo de Ornar va a descubrir pronto que estoy ausente de mi lecho.

No bien dicho esto, sacó unas tijeras de la cintura del pantalón bordado y cortó una rosa moteada del rosal.

Alí, el pájaro, fue aleteando hasta el rosal y cogió la rosa con el pico. Pero, en cuanto lo hubo cerrado, el rostro del sol asomó por encima del muro del jardín. Sus primeros rayos incidieron en el pequeño ruiseñor en el rosal; al instante, sus plumas fueron las franjas marrones de una chilaba de algodón y Alí, el muchacho que llevaba esta chilaba.

Y cuando salió tambaleante del rosal, la chilaba rota y los brazos y las mejillas llenos de arañazos y sangre, todavía demasiado ofuscado como para hablar, la joven mujer lo cogió y abrazó de un modo que él no había conocido desde el día de la muerte de su madre.

—¡Te amo! —gritó la joven mujer—. Te amo, te amo, no amo a nadie más que a ti. Tú y sólo tú eres y serás siempre para mí la perla del firmamento.

Alí se sacó la rosa de la boca y descubrió que la muchacha apenas era más alta que él. Y, ahora que volvía a ser un niño —casi un hombre—, se dio cuenta también de su hermosura, de su piel de plata y su rostro de luna.

—¿Me dirás cómo te llamas? —preguntó ella, tímida de pronto.

—Me llamo Alí—dijo él—. ¿Y tú?

—Zandra —contestó ella, y se besaron.

Al unirse sus labios, la rosa moteada que la muchacha había cortado para él se marchitó y cayó de los dedos de Alí al suelo.

Y, aunque él era un poco más pequeño, Alí supo que era más alto que el cielo. ¿Qué tenía Rustam, qué tenía Akbar-Khan, que no tuviera él? ¿Un caballo? ¿Un sable? ¿Un estandarte y un millar de harapientos detrás de él? Eran éstas trivialidades, y serían suyas en cuanto las deseara.

—Tú eres desdichada, Zandra —susurró—. El hechizo de la rosa te ha hecho amar a un niño mendigo; pero, si bien éste no será siempre un niño ni será siempre un mendigo, sí será siempre tu esclavo.

—Soy más desdichada de lo que tú supones, oh corazón mío —replicó ella—. Porque esto es el jardín del bajá, y yo le pertenezco. Si Ornar, el jefe de los eunucos, o alguno de los otros, nos encuentran aquí, te matarán a ti y descuartizarán mi cuerpo tembloroso.

—Entonces, hay que procurar que no nos encuentren. Dime en seguida: ¿por qué me ha enviado el narrador de cuentos en busca de la rosa?

—¿Un narrador de cuentos? —inquirió Zandra—. ¡Descríbemelo!

—Es alto y erguido, y muy apuesto —dijo Alí, recordando al hombre en su mente—. Tiene una hermosa barba castaña y una mirada imponente. Su turbante es de seda, el chaleco de cabritilla verde, y lleva una pistola de Fez bajo una faja roja. Con él va un anciano ciego, un poco más alto que él pero encorvado, *mullab Ibrahim el Sabio*.

—No sé nada del viejo —dijo Zandra—. Pero el joven no es un narrador de cuentos, sino el príncipe Abdullah al Hazik. Hace un mes fue huésped de mi amo en este palacio. Nos conocimos en este jardín, donde no debe entrar ningún extraño.

—Y ¿eres tú la favorita del bajá?

Zandra movió la cabeza con tristeza.

—Sólo su concubina. Somos más de doscientas.

—¿Cómo fue que conociste a mi narrador de cuentos aquí? ¿Fue por casualidad?

—No —respondió Zandra. Se alejó de él medio paso y sus ojos se encontraron con la piedra rosada que tenía a los pies.

—¡Dime! —exigió Alí—. Ello podría salvarnos la vida. ¿Crees que me puede importar que otro haya visto el rostro de mi amada? ¿Yo, que te amo y he vestido harapos ajenos toda mi vida?

—Bailamos para él —confesó la pobre Zandra—. Yo y todas las concubinas más jóvenes del bajá. Las mayores tocaban para nosotras con sus laúdes y cítaras, y con la flauta y el tamborcillo de mujer. Yo llevaba címbalos en los dedos y campanillas de oro en las muñecas y los tobillos, y tocaba la pandereta. Ya antes habíamos bailado así, pero nunca para un huésped tan joven y apuesto. ¡Oh, corazón mío! ¡Habrías debido oír la música, fiera y dulce como el viento del mar!

Giró, las manos alzadas sobre la cabeza y chasqueando los dedos; y eran sus caderas las olas encrespadas del salvaje Egeo de donde procedía, y sus piececillos golpeaban el sendero de piedra rosada al ritmo de la danza.

Y, si bien cualquier tonto del bazar habría dicho que no había aquí música alguna, Alí la oía con toda claridad. Oía el sonido agudo del *shabbábi* y el golpeteo sordo de la *darabukka*.

Bruscamente, la muchacha dejó de bailar.



—Y me miró, amado —dijo—, y yo a él, y supe que nos encontraríamos en el jardín, bajo la luz de la luna. Nosotras salimos para tomar el fresco después de haber bailado, y yo me oculté hasta que las demás se hubieron marchado. Desde ese momento, el viejo Rashsha ha hecho muchas veces de mensajero entre nosotros. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Entiendo —dijo Alí, quien una o dos veces había también cooperado en la transmisión de semejantes mensajes—. Pero ¿para qué quería él la rosa?

Zandra se secó los ojos.

—A causa de la inscripción de cierta piedra que se halla al otro lado de nuestro muro. Yo nunca la he visto, ni tampoco sabría leerla, pero, según dice él, la inscripción reza así: «Aquí está el tesoro de Osiris». Era un rey de los infieles, creo. «Sólo me abro al amor.» El príncipe Abdullah dijo que se abriría a quien portara la rosa. ¿Dónde está?

—Se me ha caído —confesó Alí.

—Aquí está, sobre la piedra, pero... ¡qué pronto se ha marchitado!

Zandra se inclinó para recogerla y Alí se sintió lleno de vergüenza al pensar que había hecho llorar a esta encantadora criatura, y que ella, la concubina del bajá, estaba con él, un pordiosero y mendigo.

—¡No, no! —protestó—. Deja que yo la coja, mi señora.

Las manos de ambos se encontraron sobre la piedra rosada, que se alzó al instante como si estuviera provista de bisagras, y la rosa se deslizó desde ella y fue a parar al pie del rosal, donde todavía está. Ante ellos se abría un pozo lóbrego y estrecho al que se bajaba por un tramo de empinados peldaños de piedra, interminable al parecer.

—¡Ya os tengo! —exclamó una voz chillona detrás de ellos.

Se volvieron los dos a la vez y Zandra gritó:

—¡Ornar! ¡Ornar, por favor, nosotros...!

—¡Silencio!, ¿oís? —Dos veces más alto que Alí, el eunuco avanzaba pesadamente hacia ellos, encerrándolos en el callejón sin salida; la barriga iba por delante igual que un ariete precede a una partida de asalto, y blandía una pesada cimitarra dispuesta para golpear—. Me temo que vais a morir, hijos míos. Yo... ¿qué es esto?

—El camino secreto a un gran tesoro, señor —dijo Alí, cuyo ingenio había sido aguzado por los muchos días sin cena—. Joyas y oro incontables. Mirad aquí. —Señaló rápidamente los glifos excavados en la cara inferior de la piedra: un objeto doblado que podría ser un látigo, una pierna y un pie humanos, una copa poco honda y un cocodrilo—. Está clarísimo desde luego —prosiguió Alí, quien había oído que los eunucos ansian el dinero y el respeto al igual que los hombres completos ambicionan el poder y las mujeres, aunque no sabía leer ni siquiera el árabe normal—. El azote y el pie significan que aquel que entre aquí sin permiso será azotado. La copa muestra que es aquí donde están los recipientes para beber, y el cocodrilo, que pertenecen al rey del río.

—¡Oh —susurró Zandra—, qué lástima que tengas que matarnos, Ornar! Mis gritos y nuestra sangre, y más aún los miembros arrancados de nuestros cuerpos descuartizados atraerán mucha atención a este lugar. Tendrás suerte si consigues siquiera un solo vasito antes de que los jenízaros se hagan con todo.

—Pero, si no nos mataras —añadió Alí acto seguido—, podríamos ser te útiles. Y, como que nos iría en ello la vida, no revelaríamos nada jamás.

—Jamás —confirmó Zandra.

—Mmmm —masculló el eunuco. Con la mano izquierda se acariciaba la barbilla, más lisa que la de Alí. Miraba del uno al otro con los ojillos astutos de un cerdo—. Podría llevaros a otra parte, sin embargo. Desde luego, parece una gran idea. Tú, naturalmente, muchacho, huirás... —Veloz como el ataque de una cobra, su mano izquierda tomó el brazo de Alí y lo aferró como con unas tenazas—... y a mí me costaría muchísimo atraparte. Supongo que serías incluso capaz de escalar el muro... sin duda es así como has entrado aquí. Lo mejor será que no lo hagas. Nuestra Zandra puede huir si lo desea. A ella no le será tan fácil saltar el muro, creo, y la atraparé. Vamos hijos míos.

Zarandé a Alí mientras Zandra iba tras ellos llorando.

Con un estrépito parecido al trueno, la piedra se cerró bruscamente tras ellos. El eunuco giró en redondo y se quedó mirándola fijamente.

—¿Cómo la habéis abierto?

—Simplemente tocándola —contestó Zandra.

Alí carraspeó y dijo:

—Hay otra piedra rosada al otro lado de la pared, señor. Es todo bastante complicado. El eunuco plantó un pie sobre la piedra y no ocurrió nada.

—Veréis, yo he tocado esto personalmente centenares de veces —musitó—. ¿Qué significa eso de que hay otra piedra fuera?

—Y en esa piedra —prosiguió Alí con solemne voz— están grabadas las siguientes palabras: «Sólo revelo el tesoro al auténtico amor». Además, hay un hombre (una persona muy mala, señor), cierto príncipe, Abdullah de Bagdad...

—Lo conozco bien —interrumpió el eunuco—. Un auténtico hijo del profeta y un caballero muy generoso y de espíritu noble.

—El cual está sobre la pista de este mismísimo tesoro, señor, y cuenta con la ayuda de su viejo mentor, *mullah* Ibrahim. El príncipe Abdullah, sin embargo...

—Detén tu cháchara —ordenó el eunuco—. Vosotros dos la habéis tocado, decís, y se ha abierto. —Alí y Zandra asintieron con la cabeza—. Entonces, tocadla otra vez, inmediatamente!

—Teníamos las manos juntas, Ornar —dijo Zandra quedamente—. La tocamos juntos.

—Volved a hacer lo mismo, entonces. —El chico puede hacerlo con la mano libre.

Alí y Zandra juntaron las manos y se miraron por un instante antes de tocar la piedra rosada, que saltó como abierta por un genio.

El eunuco asintió con la cabeza apreciativamente.

—Tenéis mucha razón, no debo mataros. Servidme como es debido, y por mi honor que ambos viviréis. Su excelencia no sabrá una palabra de esto.

—¡Lo haremos! —gritó Alí, y Zandra:

—¡Sí, lo haremos!

—¿Y ese bandido del príncipe Abdullah quiere apoderarse de mi tesoro, decís?

—Pero cree que se halla debajo de la piedra rosada que hay ahí fuera. Lo mismo creía yo hasta que abrimos ésta hace un momento. *Mullah* Ibrahim debe de haberle leído la escritura de la piedra, pero el *mullah* es ciego. O bien la leyó palpando las letras grabadas, o Abdullah se las describió. El no ha podido ver la piedra. Si la hubiera visto, probablemente habría adivinado que no se hallaba donde estaba en los tiempos de los infieles. Supongo que los al-bañiles la necesitaban para construir el muro, se rompió y la desecharon.

—¿Y ese príncipe indigno todavía está intentando descubrir cómo se abre?

—Sí, señor.

—Entonces, yo le llevo mucha ventaja. Y ahora, niños, vamos a ver lo que he encontrado. Vosotros iréis delante, me parece. No me gustaría que esta piedra se cerrara conmigo dentro.

Alí entró el primero, mordiéndose los labios, ya que la oscuridad y el olor a humedad del lugar le daban miedo. Zandra lo seguía muy de cerca, temblando y ahogando sus sollozos, y el eunuco cerraba la marcha con la enorme cimitarra en la mano y una cierta sonrisa de complacencia en el rostro.

Cuando los tres hubieron descendido un centenar de peldaños y se hallaban muy por debajo del nivel del suelo, la escalera desembocó en el barro. De haber sido de noche arriba, en el jardín del bajá, o incluso atardecer, la caverna en la que ahora se encontraban habría estado tan negra como el pozo. En realidad, el sol de la mañana lanzaba sus rayos por la larga y recta escalera que habían dejado atrás y trazaba en el fondo un rectángulo de oro deslucido que, a sus ojos, resultaba casi cegador y daba cierta medida de iluminación al todo.

No era un todo muy atractivo, y no tenía mucho aspecto de ser la casa del tesoro: una cueva amplia y baja de

techo en la que el barro se mezclaba con la roca y la grava descendía en pendiente hacia un estanque subterráneo de aguas oscuras. En algunos puntos, había caído piedra del techo y había quedado al mismo nivel del barro, formando senderos de losetas que no llevaban a ninguna parte; en otros, largas estalactitas casi tocaban el suelo o bien llegaban hasta él formando pilares; y finalmente, en otros, delicadas cortinas blancas de piedra daban de cámaras pequeñas y secretas. El pobre Alí temblaba sintiendo que estaba respirando el aire gélido de un tiempo pasado, de una época que había terminado el día en que el Nilo se convirtió en sangre. Los ídolos inmundos se reunían, invisibles, a su alrededor, figuras semihumanas que lucían la cabeza y los cuernos y los colmillos propios de bestias.

El eunuco entró apresuradamente en la caverna en busca del tesoro, y se olvidó de sus cautivos. Alí habría huido corriendo escalera arriba de haber podido hacerlo sin abandonar a Zandra, aferrada a su brazo.

—No hay copas aquí —gruñó el eunuco—. Todo está vacío... oscuridad... humedad... y nada más. Esta tumba fue saqueada hace mucho tiempo y los miserables profanadores se lo llevaron todo.

—Yo no estoy segura de que sea una tumba ni de que lo haya sido jamás, en absoluto —susurró Zandra.

—Peor para nosotros, entonces —dijo el eunuco volviendo a donde estaban ellos—. Debería mataros a los dos ahora mismo. Es mi deber, de hecho... un deber que ya he descuidado demasiado tiempo.

—Yo creo que el tesoro puede estar debajo del agua, Ornar. Creo haber visto relucir oro por allí.

—Yo también —añadió Alí.

Y, al tiempo que Alí hablaba, las aguas tranquilas se enturbiaban, bullían y se rizaban debido a algo que se movía debajo de la superficie.

—¿De veras? —musitó el eunuco—. Bien, voy a echar un vistazo.

Y apareció el hocico de un enorme cocodrilo, pero el eunuco pareció no verlo.

—¡Cuidado, Ornar! ¡Las burbujas!

El la miró por encima del hombro.

—¿Cuidado? ¿Por qué?

Sólo los ojos y la nariz del cocodrilo sobresalían por encima del agua, pero iban a toda velocidad hacia él, dejando una marcada estela como la que deja una barca pequeña y rápida en el río.

—¡Ornar!

—¿Qué? —preguntó el eunuco, enojado.

Y ya fue demasiado tarde. Con mayor rapidez de la que podría mostrar un hombre, impelido hacia delante por un tremendo golpe de cola al tiempo que abandonaba el agua arrastrando consigo una ola dos veces más grande que él mismo, el cocodrilo subió a la orilla. Era tan largo como el tronco de un árbol y más ancho que dos camellos juntos; por debajo de los orificios de las orejas, su cabeza blindada estaba perforada por aros de oro incrustados de rubíes, y abrazaderas de oro puro con amatistas engarzadas habían sido remachadas en torno a las patas delanteras. Sus mandíbulas atraparon al eunuco y éste cayó con un golpe sordo que pareció sacudir la caverna entera. Gruñó por una vez, un brazo se movió, y cayó hacia atrás.

Yació inmóvil.

No había sin embargo sangre alguna y, cuando el cocodrilo se hubo llevado el cuerpo hinchado del eunuco bajo las aguas, el cuerpo permaneció como antes cerca del borde.

—¡Ven! —exclamó Alí cogiendo a Zandra de la mano.

Era tarde para huir. De nuevo el enorme cocodrilo surgía veloz del estanque y, antes de que pudieran subir el primer peldaño, sus mandíbulas se cerraban cerca de ellos.

Se le antojó entonces a Alí que la oscuridad aumentaba hasta una intensidad desconocida para él, una oscuridad mayor de la que él habría creído posible en la más oscura noche; pasó un largo rato, tristes horas al parecer, antes de que comprendiera lo ocurrido, qué era esta oscuridad y por qué había llegado.

No habría ya Alá, ni entonces ni nunca. Rara vez había estado él en una mezquita, casi nunca había recitado las oraciones prescritas para el alba, el mediodía y el anochecer; y sin embargo, sabía que Alá estaba allí, siempre presente en su vida como el aire. Ahora, Alá ya no estaba y no quedaba de la vida más que la salvaje lucha, una lucha que él, pequeño y débil, jamás podría ganar.

La oscuridad se abrió. Vio el rostro de Zandra y supo que se había equivocado.

—¡Oh, corazón mío! —gritó Zandra—. ¿Qué ocurre?

—No ocurre nada —dijo Alí, y era sincero. Se incorporó.

—¡Primero Ornar y luego tú! Hay algo maligno en este terrible lugar.

Se sentía débil, pero, con la ayuda de Zandra, consiguió ponerse en pie.

—¿Has visto el cocodrilo? —preguntó Alí.

—¿Un cocodrilo? No. ¿Cómo iba a vivir un cocodrilo aquí abajo?

—Pero sí has visto oro debajo del agua.

—Me había parecido. Algo que relucía como si fuera oro, sí. Y el agua burbujeaba. Me ha parecido extraño y he intentado avisar a Ornar, pero él no ha hecho caso. —Alí asintió—. Era como si algo invisible estuviera surgiendo de las aguas... para atacar a Ornar. ¿Crees que ha muerto?

—No sé —contestó Alí, y se acercaron para echar un vistazo al gordo eunuco.

Éste yacía boca arriba y, al parecer, no respiraba. Alí le tocó el pecho; la piel estaba tan fría como el barro donde yacía, pero sus ojos se abrieron al contacto de la mano de Alí, y gruñó.

—¡Ornar! —exclamó Zandra—. ¿Estás bien?

—No, no, desde luego que no, hija mía —gruñó el eunuco—. Se llevó los dedos a las sienes. —Mi cabeza... me duele espantosamente, y he tenido un sueño horrible.

—Será mejor que te quedes aquí tumbado —dijo Alí— hasta que te encuentres mejor. Uno de nosotros puede ir a pedir ayuda.

—¡Amo! —Los ojos del eunuco se abrieron bruscamente de par en par—. ¡Tu esclavo no debe descansar mientras tú permaneces en pie! —Se esforzó para incorporarse, cayó hacia atrás y luego de costado y, con la ayuda de Alí y Zandra, consiguió levantarse—. ¡Oh, amo mío! —exclamó el eunuco una vez estuvo de nuevo en pie—. Sólo tú puedes ser nuestro bajá, y no ese bruto que tenemos ahí arriba. Ahora lo veo. Ruego, con toda la humildad, tu perdón por no haberme dado cuenta antes.

Se inclinó y Alí temió por un instante que fuera a caer de cabeza al suelo.

—¿Dónde está mi sable? Voy a hacerlo trizas, mi amo, en sus aposentos. Todavía es temprano, creo, y estará aún acostado. De los otros sirvientes me encargo yo, no temas. Los jenízaros deben de esperar vuestra llegada, amo, pero dudo de que tengáis grandes problemas con ellos. Y allí adonde vayan los jenízaros irá con toda seguridad el ejército. Unos cuantos regalos a la Puerta asegurarán luego vuestra posición.

El eunuco miraba a su alrededor distraído mientras hablaba. Con ambas manos, Zandra consiguió alzar la cimitarra un tanto cubierta de barro y devolvérsela.

—He soñado que era un hombre completo, hija mía —dijo el eunuco sonriendo un poco para sí mismo—. ¿No es extraño? Nunca lo he sido, por supuesto... yo sólo tenía diez años. Y sin embargo, he soñado que era un hombre completo y que me hallaba de pie ante las puertas del Paraíso. Un ángel me decía... —Sacudió la cabeza—. Perdonad mi extravío, os lo ruego, mi amo, mi señora. Todavía no me he recuperado del todo... y hace tanto frío... Regresaré a la superficie y haré inmediatamente lo que habéis propuesto. Sin duda el ejercicio me hará entrar en calor.

Alí alzó la mano para detener al eunuco, pero Zandra se la hizo bajar. Cuando se hubo marchado, Alí preguntó a Zandra:

—¿Crees que de verdad va a hacerlo? ¿Que va a matar al bajá?

Zandra se encogió de hombros.

—Que se cumpla el deseo de Alí, oh, amante mío.

Juntos subieron la escalera. Subían despacio, Alí tendió hacia atrás la mano para coger la de Zandra, y el eunuco llegó a lo alto y desapareció antes de que Alí llegara al doceavo peldaño. Cuando salieron a la luz del día, el sol estaba tan sólo un poco más alto que cuando sus primeros rayos habían incidido en el pequeño ruiseñor. El rocío de los cielos estaba todavía pesadamente posado sobre la hierba y los matorrales, y una alondra cantaba al volar.

La piedra rosada se cerró tras ellos; y, si bien han hablado de ella de vez en cuando, jamás han intentado abrirla de nuevo.

—Todo irá bien ahora, mi amante —dijo Zandra—. Lo siento dentro de mí. Y sin embargo, sería prudente que saltaras este muro antes de que alguien que no lo sepa te halle aquí.

Alí asintió y, en este mismo instante, el príncipe Abdullah al Hazik de Bagdad lo cogió por detrás.

—¡Así que estás aquí, pillastre! ¡Aquí estás al fin, y tú también, pequeña zorra! Abofeteó a Zandra y Alí, con su mano libre, arrancó la pistola de Fez de la faja del príncipe y le disparó un tiro al corazón.

Al día siguiente, mientras fumaba su pipa tumbado en el diván, el bajá Alí ben Hassan ordenó traer ante su presencia a *mullah* Ibrahim el Sabio. El capitán de los jenízaros hizo lo que se le mandaba y, cuando el anciano estuvo de pie encadenado en la cámara de audiencias, lanzó el báculo roto a sus pies.

—Oh, *mullah* —dijo Alí—, he sido informado de que conoces la existencia de cierta piedra, que yo también conozco, y que lleva esta inscripción: «Aquí está la magia de Osiris». —El anciano asintió sin hablar—. Y ¿quién era ese Osiris?

—El primer rey de este país, Gran Bajá —masculló el viejo.

—¿En los tiempos infieles?

—En todos los tiempos, Gran Bajá. —El que se recurriera así a su saber parecía dar fuerzas al anciano. Se irguió, y había ahora en su voz al hablar algo de su anterior orgullo—. El primero de los faraones, docto y bueno, amado de todo su pueblo y amante de ellos. Así fue escrito hace mucho tiempo.

—Entiendo entonces que murió —observó Alí, y todos sus cortesanos se echaron a reír.

—Hace mucho tiempo —le informó el viejo.

—He descubierto personalmente una piedra que tiene grabados ciertos signos impíos

—musitó Alí, y los describió—. Dime (y será mejor que digas la verdad si deseas conservar la vida): ¿qué es lo que dice?

—Forman el nombre del dios Sobek.

—¿Y nada más? —preguntó Alí.

—Y nada más, muchacho —contestó el anciano.

El capitán de los jenízaros alzó el látigo, pero Alí hizo un gesto con la cabeza.

—Háblame de su leyenda.

—Yo, después de toda una vida de estudio, sé en realidad poco —dijo el viejo—. Se representaba a Sobek como un hombre con cabeza de cocodrilo. Era el patrón del trono, y el protector y consejero de los faraones. Su cocodrilo sagrado era guardado en un lago no lejos de aquí, donde aquel que ve puede contemplar las ruinas del templo de Sobek. No sé más.

—Si ese Sobek era el protector de los faraones —aventuró Alí—, debía de ser también el protector de Osiris.

—Así es, muchacho.

—Y ¿qué le ocurrió a Osiris?

—Tenía un enemigo —dijo el viejo, hablando despacio—. Sutekh. Era bien sabido en aquellos tiempos que los cocodrilos eran capaces de robar magia haciéndose con el poder del mago y arrastrándolo al río. Sutekh adoptó, pues, la forma de un cocodrilo (que al decir de algunos es la bestia sagrada de Sobek) y robó los poderes de Osiris. Pudieron así sus enemigos humanos quitarle la vida.

Aí se acarició la barbilla, sintiendo que la barba empezaba a crecer en este punto.

—Si ese Sobek era un dios infiel, sin duda le quitaría la vida a Sutekh por semejante crimen.

—Sutekh era también un dios —dijo el anciano—. Sólo el mismo Alá podría conseguir la destrucción de Sutekh.

—Pero ¿se le podría encarcelar?

—Como digas, muchacho.

Desde detrás del biombo que había detrás del diván, Zandra susurró:

—Pregúntale si nuestro amor podría destruir a Sutekh.

—Oh, *mullah* —dijo Alí—. Si Alá deseara la muerte de ese Sutekh, ¿no actuaría por medio del amor?

El anciano asintió con la cabeza.

—Alá actúa por ese medio y no otro. Pero ¿no equivale esto a decir que actúa con su propia mano? Porque el amor es el mismo Alá, y por lo tanto es un veneno para los que hacen el mal.

El capitán de los jenízaros gritó:

—¡Oíd la sabiduría de nuestro bajá, oh musulmanes!

—¿Y si Sutekh buscara devorar el amor? —preguntó Alí.

—Sutekh moriría sin duda, muchacho —contestó el anciano—. ¿Puede acaso un dios pequeño devorar a otro más grande? Por este motivo Sutekh sólo podía tomar la magia de Osiris. La vida del rey correspondía a las dagas de los hombres.

—Y, si Sutekh muriera, ¿pasaría la magia de Osiris a otro?

El anciano inclinó la cabeza.

—También yo me atreví a esperar, muchacho, volver a tener ojos.

Alí hizo un gesto de asentimiento, aun sabiendo que el viejo no podía verlo.

—*Mullah*, habrías podido hacerme daño y, sin embargo, no lo hiciste, y no voy a vengarme de un hombre santo, viejo y ciego.

Desde detrás del biombo, Zandra susurró:

—Pregúntale.

Alí sacudió la cabeza.

—Capitán, consigue una barca para *mullah* Ibrahim. Debe ser puesto en libertad y devuelto sano y salvo a la ciudad.

El capitán se llevó la mano a la frente.

—Oigo y obedezco.

El día anterior a la gran boda del bajá de todo Egipto con la dama Zandra, el *rais* de esa barca fue traído ante la presencia del bajá. El hombre hacía el saludo musulmán, una y otra vez, y besaba el suelo aterrorizado.

—¡Flor del islam! —gritaba—. Tu más humilde siervo se arrastra a tus pies. ¡Salva su miserable vida! Es tu esclavo.

—El *mullah* ha desaparecido, Gran Bajá —explicó con sequedad el capitán de los jenizaros—. Muerto, a menos que Alá desee que siga con vida. —Acarició con el dedo el filo de su cimitarra.

—Pasamos por los acantilados al anochecer —gemía el desdichado *rais*—. La oscuridad cayó sobre mi miserable embarcación. Cuando se hizo el día...

—Paz —dijo Alí—. No se hable más de cosas funestas.

## Silueta

Miré a lo alto de la página; era un ejemplar de esa obra rara y curiosa que es *Denneker's Meditations*, y el dedo índice de la dama estaba posado sobre este pasaje.

*Les está dado a algunos ser apartados y alejados de este cuerpo durante un tiempo; pues si, cuando los riachuelos fluyen el uno a través del otro, el más débil es arrastrado por el más fuerte, hay ciertas personas afines cuyas almas, al cruzarse, se acompañan, mientras tanto sus cuerpos van por caminos predestinados, sin saber.*

... Se oyeron pasos apresurados en cubierta; el capitán, convocado desde las bodegas, se unió al primer oficial... —¡Santo cielo! —lo oí exclamar.

Ambrose BIERCE, *A Psychological Shipwreck*

Los mamparos del compartimiento eran paneles blancos, no de plástico —Johann quizá los habría preferido de plástico, por sus recuerdos de la Tierra, pero probablemente no habría sido capaz de soportarlos, como había soportado éstos, durante diecisiete años— sino de espuma de hielo, una mezcla hecha de cinco partes de agua por noventa y cinco de aire, cuyas moléculas de agua estaban retorcidas y trabadas de tal modo que la espuma de hielo seguía siendo una masa sólida y vidriosa a temperaturas de hasta doscientos grados Celsius. Eran ligeramente fríos al

tacto, olían a cloro y podían ser perforados y serrados pero no encolados, y albergaban unas ratas fofas que a veces correteaban por el compartimiento por la noche, rebotando en el techo como pelotas de tenis y chillando como murciélagos. Las luces se hallaban situadas detrás de estos mamparos, que difundían su fulgor convirtiéndolo en un resplandor uniforme aunque un tanto intenso.

Una de las paredes del compartimiento de Johann se había quedado sin luz hacía unos días, pero él no había informado de la avería. Se estaban yendo ahora las luces situadas detrás del otro mamparo; una estaba apagada cuando entró de servicio por la mañana; otras dos se habían apagado ahora. Marcó el código de Mantenimiento por el comunicador y dijo:

—Corredor GG; compartimiento siete setenta y tres. Luces.

—Espere. —Hubo una pausa—. El informe de nuestro monitor indica que las luces del siete setenta y tres se hallan en buen estado. —En la pantalla el secretario de mantenimiento, de aspecto aburrido, mostraba una hoja con datos informatizados.

Johann hizo una seña señalando el compartimiento que tenía detrás.

—Una pared se ha apagado y aproximadamente en la mitad de la otra se están yendo las luces.

—Enviaremos a un inspector.

Desconectó, soltó la bolsa de accesorios que había sujetado a la abrazadera situada al pie de su litera hacía un momento y volvió cojeando al puente.

Horst estaba de guardia, y Grit de auxiliar.

—No sabes estar lejos, ¿verdad? Creía que acababas de dejar la guardia.

—Así es.

Horst le dio con el codo a Grit.

—Es a tí a quien quiere, encanto.

Grit se dirigió al armario de cintas y rebuscó en un cajón. Era una muchacha bajita y un tanto regordeta con el cabello del color de la madera hecha trizas.

—¿Has observado algún problema con el monitor? —preguntó Johann.

—No. ¿Y tú?

Johann se encogió de hombros.

Grit había encendido la pantalla del comunicador mural; allí pendía Neuerddraht contra la negrura del espacio, como un topacio sobre terciopelo, aparentando, debido al movimiento orbital de la nave, girar con mucha mayor rapidez de lo que lo hacía.

—Esta noche —dijo Johann—. Cuando acabes la guardia.

Ella se volvió a mirarlo, aparentando una ligera sorpresa.

—Nada de gratis.

—El libro.

—Vamos a verlo.

El abrió la tapa de su bolsa de accesorios, lo extrajo y a continuación lo abrió por la página en vigor. La última firma era de hacía seis semanas. Grit estampó su firma.

—Muy bien —dijo—. Oye, ¿no preferirías a otra persona?

Johann no respondió. Miraba el rostro de Neuerddraht. Mientras él observaba, los bordes de éste se difuminaban: llegaba la noche por el este, la sombra del compañero oscuro de Algol por el oeste.

—¿Por qué no Gretchen? Ya sabes, la chica nueva de las cocinas. Horst dice que es estúpida. —Johann sacudió la cabeza.

—En todo caso, dame tiempo para asearme, ¿de acuerdo?

—Una hora. —La muchacha asintió—. ¿Siguen ahí abajo? —preguntó Johann.

Ella se encogió de hombros. Tenía los hombros rígidos y la cabeza echada hacia atrás. Se oyó la voz de Horst desde el otro lado del puente:

—Claro que siguen ahí abajo. Sólo has faltado veinte minutos.

—¿Has tenido noticias de ellos?

Horst negó con la cabeza y le dijo a Grit que los pusiera en pantalla. Grit marcó un código y la imagen tridimensional del comunicador mural se convirtió en la de un bosque árido en el que unas plantas angulosas y de estructura amplia e irregular, con ramas con púas como los garrotes de los gigantes, libraban un silencioso combate.

—¿Qué te parecería a ti estar ahí abajo? —preguntó Horst.

—Yo intenté ir —contestó Johann.

—Estabas aquí cuando desembarcaron... ¿es ése el terreno por el que caminan? ¿Esa cosa pardusca y filosa?

Johann sacudió la cabeza.

—Más plantas.

—Raíces, tallos, hojas, de todo. Cuando llegaron abajo cavaron un agujero y encontraron flores y vainas de semillas verdes; de todo.

—Yo creía que las plantas eran fotofilosas.

Detrás de ellos, una voz dijo:

—En Neuerddraht, teniente, se esconden del sol.

Era la capitana. Como todos los demás ocupantes de la nave, vestía pantalones cortos lavables de material compacto y una blusa de *skylon* blanco, y calzaba sandalias de suela magnética; su rango lo indicaba una gorguera, pero, con mayor claridad aún, el porte de sus hombros y cierta aura de dominio. De acuerdo con una política que se aplicaba desde hacía tiempo en la Tierra, las mujeres de alta posición recibían cupones nutricionales extras; la mejor calidad de la alimentación daba a sus descendientes una estatura imponente que tendía a estabilizar las clases sociales. La capitana medía un palmo más que Johann y era mucho más alta que Grit.

Horst y Johann la saludaron.

—¿Algún problema ahí abajo?

—No, capitana —contestó Horst. La capitana se dirigió a la pantalla, y las suelas de sus sandalias golpeteaban el suelo mientras los imanes se aferraban a la cubierta de acero. Delante de ella, las imágenes saltaron y se deslizaron cuando el *scanner* que llevaba uno de los miembros de

la expedición de abajo saltó en su mano. Apareció un hombre: llevaba una mascarilla de respiración y se abría paso por la espinosa vegetación armado de un machete más. Los rasguños de sus brazos y piernas desnudos sangraban.

—Algol emite una gran cantidad de ultravioletas, teniente —dijo la capitana, de espaldas a Horst—. Y también una luz visible. En la Tierra, las personas que pasan mucho tiempo al aire libre bajo un fuerte sol tienden a desarrollar cáncer de piel; ¿lo había olvidado? Y muchas plantas mueren bajo un sol tropical intenso. En Neuerddraht no viven ahora animales, y cada planta lucha por colocarse bajo las otras, rasgando su corteza. Aun a la mayor profundidad hay la suficiente luz como para poder vivir, y así se refugian de la radiación. Esas cosas que la expedición está ahora rebanando son los perdedores. —Se alejó de la pantalla.

—Johann, ¿está usted de servicio?

—No, capitana.

—Entonces, salga de mi puente.

Otra luz de la pared se había apagado, Johann se quitó las sandalias y se tendió en la litera arrullado por el suave zumbido de la bomba de vacío y sintiendo los besos apasionados e incansables de las mil boquitas cuyo afecto impedía que despegara flotando de la litera. Faltaban aún tres horas para que Grit dejara su guardia, y cuatro para que viniera; había *kafy* masa frita en la cocina, pero no tenía hambre. Alguien llamó a la puerta.

—¡Pase!

Era Emil, quien dijo:

—Me alegro de que estés aquí. He pasado antes... y no estabas.

—Estaba de guardia —respondió Johann.

—Antes de eso, quiero decir. Y luego he vuelto otra vez mientras estabas de guardia. El último cambio ha unido mucho esta sección y la nuestra, ¿sabes?, ahora ya no es un paseo tan largo. ¿Quieres que te diga la verdad? Esperaba que hubieras dejado la puerta abierta. Quería simplemente entrar y sentarme. —Emil se sentó, todo él rodillas desnudas y sonrosadas y cara redonda y húmeda.

—Donde yo estoy es espantoso... no puedes hacerte una idea, Johann. Y este pequeño cuarto privado que tú tienes es muy apacible. Tan austero, tan masculino... ¿Tenías las luces apagadas por algún motivo en especial?

—Están estropeadas.

—Entonces las cambiarán en cualquier momento. Y tu encantador crepúsculo se habrá terminado. Es triste, creo yo. Disfrútalo mientras puedas. Oh, esposo de la fortuna.

—Lo soy.

—Eso está bien. No quisiera parecer maleducado, Johann. No quiero entrometerme, pero no me da la impresión de que seas alguien que disfruta mucho de la vida. Quieres ser capitán. Y, terminada la guerra, no era probable que eso sucediera, por eso te has unido a esta misión de exploración. Pero tampoco aquí puedes ser capitán. No tienes muchos amigos, ¿verdad?

—¿Y tú?

—No, supongo que tampoco. Naturalmente, comparto nuestro pequeño cuchitril con Heinz y Willy, y ya sabes cómo son. Sí, bueno, son buenos amigos a su modo, pero bastante cargantes, y uno se cansa de que lo despierten siempre cuando está durmiendo profundamente. Tu graduación te da derecho a este coquetón compartimiento, y confieso que a mí me gustaría tener uno igual, pero de todos modos me da la impresión de que debe de ser bastante solitario. —Johann siguió tendido en la litera, con las manos en la nuca y sin decir nada—. ¿Puedo preguntarte con quién compartías habitación antes de que te ascendieran?

—Con Fritz. Fumaba *zigs*.

Emil soltó una risa aguda.

—Ya sé lo que quieres decir. Heinz quema incienso.

—Emil...

—Por favor. —Encaramado a la única silla de Johann,

Emil se inclinó hacia delante al hablar—. Johann, ¿podrías llamarme Grit cuando estemos juntos a solas? Es todo lo que te pido. Todo cuanto deseo.

—No.

Se produjo un silencio. Johann, tumbado en la litera con los ojos cerrados, podía oler el agua de colonia de Emil y oír el sutil cambio en la respiración susurrante, contenida, de la silla, cuando éste se levantaba. La puerta del compartimiento se abrió y se cerró y, pasados unos momentos, Johann se durmió escuchando pasos amortiguados en el corredor y, en cierto momento, oyó el débil y distante ruido metálico cada vez que el monitor —que ajustaba perpetuamente la estructura inconexa de la nave para, decían, conseguir una eficiencia al máximo— establecía una nueva conexión o interrumpía la anterior.

Cuando despertó, sólo había una luz encendida en la pared; un solo punto de incandescencia blanca casi en el centro. Metió los pies en las sandalias y se levantó, y su sombra bailó en la pared de detrás. Su cronómetro de pulsera indicaba que no era todavía la hora en que debía llegar Grit. Sacó agua del reciclador del rincón, bebió un poco, se lavó con el resto y a continuación volvió a verter el agua sucia en la unidad y orinó en ella.

Debajo de la zona de los oficiales los corredores estaban atestados de tripulantes; y, por necesidad, se había abandonado el convencionalismo de un solo suelo. Los tres lados de todos los corredores estaban llenos de aberturas y por ellos se paseaban, deambulaban y trotaban hombres y mujeres, pisando pomos, manijas y cerrojos y haciendo amagos para no chocar entre sí cuando parecía que sus cabezas iban a colisionar en el centro. Johann pasó por



delante de dos mujeres descalzas que pretendían estar peleando en el aire, observadas con pasión por una multitud trilateral consciente de que el juego iba con toda seguridad a hacerse realidad; dos hombres que parecían no estar hablando y que caminaban por lados distintos del

triángulo cuchicheaban en voz baja. (Esto quería decir problemas, un pequeño robo en embrión o una paliza para alguien.) Algunos se apartaron de buena gana para dejar paso a Johann, otros a regañadientes. A pesar del potente sistema de ventilación, reinaba un desagradable olor.

Cuando llegó al lugar donde se jugaba la partida había tan sólo un jugador esperando, un hombre alistado alto y de hombros caídos. Estaba sentado en el rincón, detrás de la mesa verde que llamaban todavía la mesa de la biblioteca, porque, al comienzo del viaje, había en ella libros.

Johann se sentó.

—¿Quiere jugar, señor?

El hombre tenía un libro en la palma de la mano. Lo lanzó al aire al hablar y la pequeña caja de plástico relució como un diamante.

—¿O prefiere el trueque? Tengo aquí el *Nuevo Testamento* de Dore. El *Nuevo Testamento* de Dore representa horas de entretenimiento. Todo el mundo va detrás de él.

—¿No tienes nada más? —Johann se instaló en el lado opuesto de la mesa.

—Ya conoce las reglas, señor. Tiene que decirme uno de los suyos. O bien, si le interesa hacer un trueque y no otra cosa, cada uno enseña las obras.

—Juega —dijo Johann—. Yo tengo *El Octavo Día*. —Se lo mostró.

—Ni siquiera sabía que hubiera uno de éstos a bordo —replicó el otro.

—Hace mucho tiempo que lo tengo.

—Ya me lo imagino, señor. ¿Listo?

Johann metió la mano en su bolsa de accesorios.

—Listo.

Permanecieron ambos sentados, las manos cogidas en el regazo, mientras asentían con la cabeza tres veces al mismo tiempo. Al tercer movimiento de cabeza, ponían las manos sobre la mesa, la derecha abierta y la izquierda cerrada. La mano abierta del hombre de los hombros caídos contenía un manual para redacción de cartas; la de Johann, una guía de pájaros salvajes del sudeste de Tejas.

—La opción es tuya —dijo Johann.

—Cambio.

Johann perdió un almanaque y ganó un manual de herramientas eléctricas.

—Poca cosa —dijo el otro—, pero ¿qué se puede esperar la primera vez?

—Los datos históricos del almanaque son buenos.

—Yo no los leo, señor. Sólo juego y hago el trueque. ¿Listo?

—Listo.

—Son nueve repeticiones en un juego para dos.

—Ya lo sé.

Esta vez, Johann mostró un volumen de narraciones cortas, *Siete cuentos góticos*: el otro hombre, un libro de poesía, *El caballero salvaje*.

—Compro —dijo Johann. Entregó las narraciones cortas y la historia de las guerras afrobrasileñas que tenía escondida en su mano izquierda, y cogió la poesía.

—Hablo yo otra vez, creo.

El otro asintió.

—Quiere el Dore, ¿verdad?

Johann negó con la cabeza. Una vez más, pusieron las manos sobre la mesa.

—Doble —dijo Johann, y cambió sus dos libros por los otros dos. Se levantó.

—¿Se retira, señor?

—Tengo que ver a alguien. —Johann miró su cronómetro de pulsera—. Pero primero he de comer algo.

El comedor de oficiales no abriría hasta dentro de dos horas, pero había una mesa reservada para los oficiales en la cocina. Ottilie, maciza de cuerpo y de rostro, la cocinera jefe de esta guardia, estaba troceando tejido de los tanques de cultivo a pedazos grandes para la siguiente comida. Gretchen, la nueva chica que había mencionado Grit, era la auxiliar de cocina. Trajo a Johann una pera exprimible llena de *kafy* un grasiento plato de pastas; era una muchacha de busto y caderas amplias, con una cintura confortable y un rostro redondo, alegre y no muy inteligente.

Aparentaba dieciocho años.

—¿Desde cuándo estás aquí? —preguntó él.

—Hace seis semanas ya. Todo el mundo me ha preguntado; supongo que usted es uno de los últimos. Yo les tomo el pelo... les digo que todavía estoy soñolienta. ¿Conocía a Anna, la antigua auxiliar de cocinero? Se mató; creo que les ocurre a muchas.

Ottilie la llamó para que volviera al mostrador en el que estaban trabajando, se acercó, le puso el brazo sobre los hombros y deslizó una especie de golosina —Johann no pudo ver de qué se trataba— en su boca.

Cuando volvió a su compartimiento, había un informe de inspección encima de la mesa. Las pruebas llevadas a cabo con la iluminación habían dado resultados negativos; no estaba indicado ningún tipo de reparación; si él, el querellante, deseaba denunciar el hallazgo, podía pedir los formularios adecuados al oficial de mantenimiento.

Había un solo punto de luz encendido en una pared. En la pared opuesta su sombra, dos veces más grande que él, le plantaba cara de manera enigmática. Se sentó en la silla —que todavía olía ligeramente a la colonia de Emil—, hizo una bola con la tira de papel frágil y la arrojó al eliminador de basura; sacó entonces *El caballero salvaje* y lo introdujo en el lector montado en la pared.

*Mis ojos están llenos de solitario júbilo: Ebrio de deseo y gastado de cicatrices,  
Orgulloso de toda piedra sobre la Tierra, Blando mi lanza a todas las estrellas.*

El lector, que no podía ser utilizado como terminal, tenía acceso al monitor y utilizaba las prestaciones del ordenador central para crear ilustraciones, de tal modo que las palabras parecían sobrepuestas a la imagen de un guerrero andrajoso en lo alto de un megalito.

*Un murciélago vivo bate mi alto penacho, Zorros flacos hociquean donde y o he  
pisado,*

*Y en mi rostro desnudo el amor Que es la soledad de Dios.*

Lentamente, el guerrero se volvió hacia Johann y su imagen se agrandó en la pantalla. Sus movimientos no eran mecánicos, pero tampoco graciosos; la impresión que transmitían era más bien de ira y poder contenido; parecía susurrar.

Johann tocó el botón del volumen. Estaba apagado, y pasado un momento apagó también la pantalla.

Había un susurro en la estancia, como si las troneras y las diminutas bocas succionadoras de la litera y la silla se hubieran vuelto de repente más ruidosas; o como si los conspiradores que había visto en el corredor estuvieran, de algún modo, presentes. Por un instante, el panel de espuma de hielo con su sola luz pareció muy lejano, tan lejano como el mismo Algol, a millones de kilómetros de distancia por un túnel en el espacio. Palpitaba como un corazón.

—¡Johann! —Le dolía la cabeza y no tenía ganas de moverse—. Johann, ¿estás bien? —Alguien lo estaba mirando a la cara.

—No.

—Johann, tus ojos tienen mal aspecto. Yo no sé qué es lo que estás tomando pero, al menos, deberías tumbarte en la litera. Seguramente te has salido de las sandalias y te has golpeado con algo.

—No estoy tomando nada. —Tomaba conciencia de que estaba desorientado. Grit estaba de pie debajo de él y no encima de él; al estar él mirando fijamente a un rincón, había parecido que la estancia se alzara en un arco puntiagudo, como una tienda.

—Baja. —Grit tiró de él con sus brazos pequeños y ligeros. Pero ahí era nada... Johann descendió, estrellándose y golpeándose la rodilla mala; finalmente, ella consiguió • sentarlo en el borde de la litera.

—No estoy tomando nada —repitió.

—No iba a pedirte que me dieras.

—Me da igual que me pidas o no. Si estoy tomando algo, ¿dónde está? Lo habrías visto flotando por aquí, o encima de la mesa. —Podrías haberte tragado todo lo que tenías —dijo Grit, práctica—. O bien la subida habría podido no ser tan rápida y habrías tenido tiempo de esconderlo.

—No hay nada. Me he dormido, eso es todo. Debo de haber hecho algún movimiento al dormir que me ha soltado de la silla.

—Cuando estás dormido y te golpeas con algo despiertas. Al menos, a mí me ocurre.  
—Grit había cogido un trapo de alguna parte y lo empapó en el reciclador; luego, lo aplicó al corte que tenía Johann en la frente—. ¿Te has desmayado?

—Me he dormido. Ya te lo he dicho.

Johann metió la mano debajo de la blusa de Grit. La muchacha tenía buenos pechos, altos y en punta, algo sorprendente teniendo en cuenta su constitución robusta. Tocó uno y ella se volvió y dio un paso atrás.

—No hagas eso.

—¿Qué pasa?

—No tengo por qué hacerlo. No tengo por qué estar aquí.

—Sí, sí tienes.

—No si hay motivo para sospechar del contagio. Lee las normas, teniente. Cualquier mujer puede negarse cuando hay razones legítimas para sospechar la existencia de una enfermedad infecciosa. Hasta que un médico certifique que el hombre goza de buena salud. Entro y tú estás flotando por ahí inconsciente y dices que no has tomado nada. Eso quiere decir que tienes alguna enfermedad, y quién sabe de qué se trata.

—No te va a servir de nada —dijo Johann—. Conseguiré una tarjeta sanitaria, y tendrás que volver aquí otra vez.

Grit sacudió la cabeza, lanzando al aire sus rizos de color castaño claro, y abrió la puerta del compartimiento. Por un momento, hubo una luz deslumbrante; luego, la puerta se cerró con un portazo y volvió a remar la penumbra. Johann encontró sus sandalias cerca de la litera, se las puso e intentó levantarse y dar un paso; estaba todavía demasiado débil y se volvió a sentar. Su sombra, en la pared opuesta, se había vuelto negra como el mismo espacio; allí donde daba la sombra no podía verse nada, ni el más mínimo detalle de mesa o silla u objetos personales. Aferró el lado de la litera deseando estar haciendo ejercicio en la centrifugadora, donde la gravedad simulada...

En un intento por sobreponerse al mareo mediante la simple fuerza de voluntad, cerró los ojos. Alguien susurró.

Abrió los ojos, atónito. Que él pudiera ver, en medio de esta penumbra, el compartimiento estaba vacío. Se puso en pie con un esfuerzo, se dirigió a la puerta y la cerró con el pestillo. A pesar de la oscuridad reinante, era imposible que alguien pudiera estar oculto en el compartimiento. Se echó en la litera de nuevo, pero se le antojó esta vez que su sombra repetía sus movimientos, como un mono, con una centésima de segundo de retraso.

—¿Quién hay ahí? Sé que hay alguien aquí. ¿Dónde estás? —No hubo respuesta—. Es esa bruja de Otilie —dijo en voz muy baja—. Ha puesto algo en el *kaf*.

Cerró los ojos y el suspiro de un viento que sabía irreal llenó el compartimiento. Se oyó el rumor de arena movida por el viento, seco e insistente, y el arrastrarse de un pequeño animal. Alguien susurró:

—¿Amigo?

—Sí—contestó él sin abrir los ojos.

Karl, el oficial médico, era un hombre escuálido con ojos como brasas. Johann le dijo que necesitaba una tarjeta sanitaria y que se había movido de la litera al dormir, se había golpeado la cabeza y había tenido un sueño extraño.

—Contusión leve —respondió Karl—. Típico. —Hizo una seña con la mano indicando el gabinete de diagnóstico situado a un lado de la estancia—. Desnúdese y entre ahí.

Joahnn se desabrochó la blusa, se quitó el pantalón corto y entró en el gabinete; éste zumbó brevemente mientras transmitía su información al ordenador central y recibía las conclusiones procesadas.

—Tiene contusiones en la frente —dijo Karl al tiempo que leía los datos de la pantalla—. Y desgarras en los brazos y las piernas. ¿Cómo se lo ha hecho?

—No sé.

—Salga y deje que les eche un vistazo. —Johann salió.

—Tiene usted buenas piernas —dijo Karl—. Y buenas espaldas también. Muy viriles... ¿sabe?, yo opino que deberían tener libros para nosotros. Échese en la mesa y me ocuparé de esos rasguños.

—He tenido un sueño —dijo Johann— cuando me he golpeado la cabeza. Supongo que ha sido mientras flotaba por el compartimiento.

—Va a picarle un poco.

—Estaba en Neuerddraht, paseando por la arena. Andaba y andaba y, pasado un buen rato, he llegado a un abismo... tan bruscamente que parecía que se hubiera abierto a mis pies. Estaba lleno de cascadas y fuentes naturales, era como una especie de jardín vertical de agua, con helechos y orquídeas gigantes.

Cuando Johann entró de guardia, vio la expedición en la pantalla del comunicador mural, acampada en una peña desnuda que se alzaba sobre la enmarañada vegetación del planeta. Elis, el oficial de servicio de la guardia anterior, se acercó por detrás y dijo:

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Crees que es esto? —Johann sacudió la cabeza—. Pero ella sí lo cree, y va a intentar convencer al gobierno. Eso ha dicho. Además, ¿por qué no?

—Yo opino que vivir en planetas puede ser un error —dijo Johann—. Ya te lo he dicho.

—Tienes unas ideas muy extrañas.

—No hay suficientes planetas. Mira cuánto tiempo hemos estado buscando éste; es como si un animal decidiera no comer más que tréboles de cuatro hojas: los planetas son los accidentes del Universo.

Elis se encogió de hombros.

—Entonces, diremos que hemos encontrado un trébol de cuatro hojas. Todos, salvo tú tal vez, queremos volver a casa. Y éste es el modo más rápido. Pasamos dos años aquí y volvemos para informar del éxito.

—El aire es irrespirable.

Detrás de él, la capitana dijo:

—Se ha fijado usted, Johann, maldito diablo está hecho. —Johann se volvió y saludó—. No me extraña que sea prudente... alguien lo ha vuelto sensato. ¿Qué es lo que hace irrespirable el aire de Neuerddraht, Johann? ¿Un exceso de amoníaco? ¿Falta de oxígeno?

—No lo sé, capitana. Pero he observado que la expedición tiene que llevar equipo de respiración.

Por un instante, los delgados labios de la capitana se curvaron en una sonrisa. Se tocó la cabellera negra azabache.

—El aire de Neuerddraht, teniente, está compuesto de veintidós por ciento de oxígeno, setenta y dos por ciento de nitrógeno y dos por ciento de dióxido de carbono, y trazas de gases: una mezcla enormemente satisfactoria para la respiración humana.

—Entonces, ¿por qué la expedición...?

—Yo no respondo a preguntas, Johann. Las hago. Le he oído decir que el aire de Neuerddraht es irrespirable; eso no es correcto y yo le informo; si llegara a mi conocimiento que ha vuelto a hacer ese tipo de declaraciones me ocuparé de que se le apliquen medidas disciplinarias por propagar información falsa. ¿Queda entendido?

—Sí, capitana.

—Tengo un informe del oficial médico en el que se dice que presenta usted desgarros autoinfligidos con la intención de que se lo declare no apto para el servicio. En el futuro tendremos buena parte de nuestro personal abajo en Neuerddraht y necesitaremos a todos los que estén aquí; las normas se cumplirán al pie de la letra, sin descuidar nada. ¿Me ha entendido?

—Sí, capitana. Me gustaría ser asignado al grupo de desembarco, capitana.

—Estoy totalmente segura, Johann, de que es usted lo bastante ingenioso como para conseguir un certificado de incapacidad si así lo desea. En tal caso, le aconsejo cumpla con su deber, al menos aquí; y no me enseñe nunca ese certificado.

—Sí, capitana.

La capitana se volvió y se alejó. Las suelas de sus sandalias eran del mismo material que todas las otras, o, al menos, debían ser del mismo material; sin embargo, sus pasos parecían resonar con un ruido metálico sobre las planchas de acero.

Grit era la auxiliar de guardia, hecho que Johann no había observado al entrar de servicio. Cuando ella pasó por su lado llevando la tablilla, Johann dijo:

—No te toca a ti esta guardia.

—Sustituyo a Gerta; me lo ha pedido. ¿Has conseguido la carta sanitaria? —Johann asintió—. ¿Cuándo quieres que vaya?

—Te lo diré más tarde.

Grit sonrió. Tenía los dientes pequeños y perfectos.

—¿Otra? Entonces tendrás que esperarme cinco semanas.

Johann le mostró que el libro estaba todavía sin firmar y ella le dirigió una mirada extraña y se alejó.

Cuando la guardia hubo terminado y él regresó a su compartimiento, Emil y el pequeño y avinagrado Heinz estaban esperándolo. Heinz había traído un viejo quemador de incienso de hierro. Estaba en medio de la mesa, que él había colocado en medio del compartimiento. El humo perfumado, sofocante y denso, pendía en el aire cuando Johann les preguntó qué querían.

—Heinz desea hacerte los honores —explicó Emil—. Tenía miedo de venir personalmente pero yo le he dicho que te gusto... y que vendría con él.

—No me gustas —replicó Johann.

—Puedes hablar así si quieres cuando estemos a solas. Pero preferiría que no lo hicieras cuando hay alguien delante. Tengo mis sentimientos, no soy de piedra.

Vacilantemente, Heinz dijo:

—Hemos mezclado dos arenas, tres veces. Cada vez, bajo la luz negra, hemos leído tu nombre. Gerhart y Elsa han soñado contigo la misma noche. La barra larga de la J con un círculo encima es el antiguo símbolo de la potencia masculina. La curva cerrada de la O indica también feminidad; la puerta de la H divide carne y espíritu. El otro lado, es un triángulo, uno de los más antiguos signos de Dios, dotado de piernas; esto representa el poder de Dios caminando por el mundo; la doble N confiere la mística de la duplicidad: de Géminis, de Rómulo y Remo. En tiempos de crisis aparece un sacerdote, un mediador entre la Humanidad y los poderes inimaginables. Nosotros creemos que tú eres ese sacerdote.

—Y vosotros, sois, supongo, mis feligreses —dijo Johann al tiempo que se sentaba.

Heinz y Emil estaban de pie y tampoco se sentaron cuando se sentó él, aunque tenían detrás la litera.

—Somos más —añadió Heinz—. Nosotros venimos solamente como delegados.

Tenía el cabello fino y demasiado largo, y se pasaba los dedos por él al hablar, el gesto nervioso de un colegial que no sabe qué hacer con las manos cuando está recitando.

—No creáis que yo veo en la capitana el único poder de la nave —dijo Johann—, ni siquiera el más grande. Sé que hay otros centros de poder, y que no todos son conscientes de la existencia de los demás. Pero, si creéis que yo soy ese centro del que hablabas, sois más tontos aún que los que creen que la capitana tiene el pleno control sobre todo. Y ¿puedes por favor decirme por qué crees que hemos llegado a un momento de crisis?

—La Tierra está enferma —respondió Emil—. Lo sabemos todos, aun cuando no estemos del todo de acuerdo respecto en qué peculiaridades constituyen síntomas de morbilidad...

—Ahórrame eso —lo interrumpió Johann.

—Pero aquí, tal vez...

—Empezar de nuevo —intervino Heinz—. Instalaremos una colonia. Luego, nuevos colonos procedentes de la Tierra...

—La Tierra está muerta —dijo Johann—. Llevamos años buscando un mundo habitable, viajando a velocidades próximas a la de la luz. Han pasado varios centenares de años en la Tierra y ya cuando nos fuimos había hambrunas más o menos cada década: ¿cómo creéis que sería cien años más tarde?

—Verás —empezó Emil—, yo...

Johann no le prestaba atención. Miraba un punto del techo y flexionaba las manos al hablar como si estuviera modelando arcilla.

—Retroceded quinientos años con el pensamiento. Todo cuanto entonces tenía valor está ahora muerto; la belleza en la arquitectura y el lenguaje... la libertad, la familia, la afinidad, la tribu... todas las relaciones consanguíneas; todo muerto. La religión, el sueño de la justicia objetiva, la idea misma del jardín y el bosque; todo muerto.

—La religión no ha muerto —objetó Heinz—. Yo era demonólatra allá en la Tierra.

Emil renunció a seguir esta discusión.

—Nuestra misión —dijo— es encontrar un lugar y regresar.

—Las naves que regresen, si es que regresa alguna, volverán a establecer la Humanidad sobre la Tierra. Si es que la Tierra tiene todavía capacidad para soportar vida humana.

Heinz abrió el incensario y examinó su interior; el incienso se había apagado, por lo que extrajo una cajita de metal de su bolsa de accesorios, sacó un cono de color rosa y lo encendió con una cerilla inconsumible.

—Lo que ocurre —dijo— es que estás de acuerdo con nosotros (y con aquellos a quienes representamos) en que éste es un momento de crisis. Hace unos días, el primero de nosotros puso por primera vez el pie en un nuevo mundo. Pronto se decidirá quién va a quedarse y quién debe irse. Tú crees, o pretendes creer, en la doctrina einsteiniana que sostiene que la discrepancia en el tiempo provocada por las grandes velocidades es real y permanente. Yo estoy a favor de la creencia más moderna de que eso es simplemente aparente y subjetivo y

desaparece si el retorno se realiza por la misma ruta, del mismo modo que un sonido continuado se ve anulado por un eco de oposición de fase. Pero, de todos modos, estamos en un periodo crítico. Hablamos de centros de poder; los que se queden aquí probablemente vivirán sin problemas durante algunos años, y no todos los centros de poder estarán presentes en la colonia.

—Vosotros queréis bajar ahí—dijo Johann—. Heinz y Emil asintieron, Emil sin mucha fuerza. —Yo creía ser el único —añadió Johann—. Pero, si tuviera poder para influir en esas cosas, también yo estaría ahí abajo.

Miró al suelo y los dos comprendieron que la entrevista había terminado.

—¿Quieres quedarte esto? —sugirió Heinz ofreciéndole el incensario y la cajita de metal con el incienso.

Johann desdeñó el regalo, pero Heinz dejó de todos modos ambas cosas sobre la mesa.

Cuando él y Emil se hubieron marchado, Johann abrió de par en par la tronera. Su sombra bailaba en la pared opuesta a la luz, y tuvo de nuevo la sospecha de que los movimientos de ésta no estaban adecuadamente coordinados con los suyos. De pie lo más cerca posible del único aplique que seguía funcionando, observó los desgarros de los brazos después de quitarse las vendas que le había puesto Karl. Autoinfligidos o no, eran desde luego demasiado profundos y finos como para que se los hubiera hecho con las uñas mientras dormía.

Se alejó de la luz y sintió el raspar de la arena bajo sus pies. La silla había desaparecido y la luz a la cual había examinado los rasguños de sus brazos era Algol, ahora casi totalmente eclipsado por su oscuro compañero. La gravedad tiraba de él, y un viento cargado de un olor que no sabía identificar, un dulce aroma que podía haber sido el de una hoguera de un jardín de flores o el humo de la mirra lanzada a un crisol, batía su rostro y movía cantarínamente la arena bajo sus pies. En la lejanía, negra contra el fantasmal aro de luz de Algol, podía divisar una línea de árboles; volvió el rostro hacia el acerbo viento y se puso a andar hacia ellos.

—No mires atrás.

La voz no era más que un susurro. Siguió caminando, mirando al frente.

—Tuerce a la derecha. Sólo un paso. No hay sendero, pero verás que el camino está aquí más despejado.

Volvió la cabeza.

—Por favor, si miras atrás no podré seguir hablando contigo.

—¿Eres el golpe que he sufrido en la cabeza? ¿O es que Otilie ha metido algo en mi *kaf* porque he querido hablar con Gretchen? —No hubo respuesta—. Si te veo, no podrás seguir hablando conmigo. ¿Es eso?

—Sí. —Había un matiz de alivio en el susurro—. Tenía miedo de que no me creyeras.

—¿Eres tú quien me ha traído aquí?

—No, no. ¿Quieres creerme? Te juro que sólo digo la verdad.

—Las promesas ya no sirven. No queda ya nada por lo que jurar, ni honor, ni Dios.

—Te queda la palabra. La he encontrado en tu mente.

—Leo viejos libros. ¿Qué es lo que quieres que crea?

—Tú me has traído aquí. Te lo agradezco. Por un tiempo he temido no poder regresar jamás. No mires.

—¿Yo te he traído?

—He aprendido de tu mente que tu raza tiene desde hace tiempo poder para ir de un lugar a otro sin cruzar el espacio intermedio. Esto se llama «proyección astral» y «aportación».

—Entonces, estoy realmente aquí.

—No sabría explicar... duermes.

—¿Esto es un sueño?

—No...

—Pero ¿quién eres tú?

Johann giró en redondo. A los rayos de Algol, su sombra estaba tendida tras él sobre la arena como un manto extendido por el viento, pero no había allí nadie. Pasado un momento, se volvió de nuevo y se puso a andar otra vez.

Llegó la noche mucho antes de que se hallara ante la alta empalizada de árboles espinosos. Nunca, en los años anteriores al despegue, había estado en el exterior después de la puesta del sol sin tener a la vista luz artificial. La negrura lo dejó atónito. No había luna; las estrellas sin fin, que tanta luminosidad prometían, no daban ninguna luz —aunque, sin ellas, se habría creído ciego—. Se detenía de vez en cuando y buscaba la nave en el cielo nocturno, la nave que, lo sabía, debía aparecer en forma de planeta parpadeante moviéndose contra el

fondo de soles fijos y lejanos. No pudo encontrarla.

Sus manos tocaron las crueles espinas del primer árbol.

—Amigo...

—Has vuelto.

—No me había ido. Lo que ocurre es que no podías oírme porque me habías visto. Ahora no puedes ver, y por lo tanto puedo volver a hablar. Puedo guiarte por aquí, aunque hay que hacerlo despacio.

—¿Adonde voy?

No hubo respuesta. Sí sintió en cambio una ligera presión detrás de la pierna izquierda. Dio un breve paso y la presión pasó a la pierna derecha; cuando, más tarde, ésta le tocó el cabello, agachó la cabeza; hubo un momento en que se movió con demasiada rapidez y su rostro chocó con un tronco espinoso, pero lo salvó al parecer la interposición de un material blando y esponjoso.

Despertó cuando Gerta, la auxiliar de su guardia, lo sacudía por el hombro.

—Levántate —decía ella—. Estás de servicio. Elis te está supliendo, pero será mejor que subas allí en seguida.

Todas las luces del compartimiento estaban encendidas, radiantes. Tenía en la mano derecha una costra hecha de su propia sangre oscura y dos de los dedos estaban hinchados y le dolían. Obstruido más que asistido por la ayuda de Gerta, se lavó la mano y engulló dos de las cápsulas de antibiótico que le había dado Karl.

—Va a desatarse un infierno en el puente en cualquier momento —dijo Gerta.

Era una muchacha alta y huesuda, con ojos pequeños y una nariz que resultaba demasiado corta en relación con el resto de la cara.

—¿Qué ocurre?

—Noticias calientes de abajo. Elis tiene que decírselo a la capitana, y va a esperar hasta que tú estés allí... pero no va a esperar mucho.

La pantalla del comunicador mural del puente estaba encendida. Ocupaba todo el mamparo formado por el casco del módulo de puente, un área de veinte metros de altura por cincuenta de ancho, que mostraba Neuerddraht colgado en el vacío de terciopelo del espacio. Océanos verdes que no tenían nombre bañaban terribles continentes amarillos partidos por abismos, continentes cuyas montañas lanzaban sombras largas como ríos y donde los ríos que brotaban de estas montañas marcaban la tierra de cicatrices marfil y mustelino.

—Grit ha estado aquí —dijo Elis—, así que la he enviado a buscar a la capitana en tu nombre. Sea lo que sea lo que han encontrado ahí abajo, no me atrevo a seguir con los brazos cruzados.

—Me he dormido —respondió Johann—. Lo siento.

—De todos modos, cuando venga...

Se abrió la puerta de acero que separaba los aposentos de la capitana del puente propiamente dicho. Sin dirigir la palabra a Johann ni a Elis, la capitana fue hasta la cabina del comunicador y tocó un interruptor. Apareció el rostro de Helmut en la pequeña pantalla que había allí, y la capitana dijo:

—Me han dicho que tiene usted algo urgente que comunicar.

Helmut asintió. Llevaba todavía el aparato respiratorio, pero éste incluía un micrófono interior y un enchufe para el comunicador. Desde el espacio cerrado de su máscara llegaba la voz con una claridad y resonancia inusitadas, reforzada por la armonía del estrecho espacio como le ocurre al tono de la cuerda del violín en la caja de resonancia.

—Hemos visto a un hombre —dijo.

Cuando no estaba de guardia, Johann no podía dormir y tampoco tenía ganas de conversar. Se paseaba por los blancos corredores, los corredores vacíos y tranquilos de la zona de oficiales, dándole vueltas en la cabeza a lo que Helmut había dicho a la capitana. Desde el campamento en la peña, uno de los hombres —recordaba que se trataba de Kurt— había observado algo que se movía por el desierto más allá de la vegetación que tenían alrededor. Enfocaron sus telefotos sobre el objeto, y la mancha en movimiento resultó ser un humano; no un humanoide ni un salvaje emplumado y pintado, ni tampoco un emisario extrañamente equipado procedente de una hipotética civilización transgaláctica, sino un hombre vestido exactamente igual que ellos salvo que no llevaba aparato respiratorio.

Johann no quería utilizar la terminal del puente, pero había otra en el despacho de Personal y quizá no hubiera nadie mirando. Entró; en el despacho no había más que un

secretario alistado.

La terminal estaba en un rincón, y delante de ella habían colocado un archivador y varias cajas de formularios en blanco. Llamó al secretario y le dijo que apartara aquello.

—¿Va a hablar con Dios, señor?

—No te importa para nada lo que yo vaya a hacer —contestó Johann—. Aparta esto, me estorba.

—Yo lo hacía —dijo el secretario soltando las abrazaderas que sujetaban las cajas al suelo— el primer año después de salir. Sólo por divertirme, ¿sabe? Pero nadie más lo utilizaba; se puede tener el monitor por las máquinas de escribir. El caso es que no había dónde poner todo esto cuando lo trajeron del taller de impresión. El teniente Ernst dijo que estaba bien así. —Las abrazaderas hicieron unos ligeros chasquidos al abrirse.

—Puede volverlo a poner aquí cuando haya terminado.

Johann se puso en frente de la máquina. Hacía años que no hablaba al monitor jefe y, de hecho, éste no existía ya oficialmente, había sido fundido y convertido en chatarra por orden de la capitana. Había auriculares y un micro de garganta por si no quería utilizar el captador de banda ancha y el altavoz. Tocó el conmutador que los habría activado. Y a continuación, un tanto avergonzado, retiró la mano.

«Interrogativo.»

Hacía tanto tiempo que no oía la voz del monitor jefe que sus solos tono y timbre —no se parecía a ninguna otra voz que él hubiera escuchado— resultaban extrañamente evocadores; le sugerían los días anteriores al embarque y el mensaje que había enviado en respuesta a Marcella cuando, apenas en camino —aunque creían estar muy lejos—, penetraron en la órbita de Neptuno. Ahora, sólo pensar en Neptuno, un planeta del sistema solar, parecía el recuerdo de un viejo juguete.

«In terrogativo.»

(Aquel viejo con algas marinas en el pelo que vivía en el friso del Edificio de Contratación Marítima, en un mundo de delfines de hormigón colado y sirenas salpicadas por los estorninos. Horquilla para el heno, horquilla para anguilas, arpón al cielo.)

«In terrogativo.»

—¿Por qué hemos de llevar aparato respiratorio en Neuerddraht?

«Por motivos informáticos, se ha alterado el redactado de su pregunta. El nuevo redactado es: "¿Es necesario (para los seres humanos) llevar aparato respiratorio en Neuerddraht?". Si el nuevo redactado resulta inaceptable para usted indíquelo, por favor, oprimiendo CANCEL, o bien indique verbalmente...»

«Respuesta: No.»

—¿Por qué lleva el aparato la expedición?

«Respuesta: La expedición tiene instrucciones de llevar aparato respiratorio en todo momento. Véase orden especial 2112.223b.»

—Pero ¿por qué se dio esa orden?

«Respuesta: No estoy en situación de contestar a preguntas relativas a motivaciones humanas.»

—Lo recuerdo.

«Interrogativo.»

—Eso es todo.

«Interrogativo: No estoy en situación de volver a redactar su pregunta por motivos informáticos.»

—No era una pregunta. He terminado.

«In terrogativo.»

El secretario, que estaba de pie a su lado, dijo:

—Déle a la tecla y salga. Seguirá así si no lo hace.

«Interrogativo.»

—¿Lo ve, señor?

—Si no recuerdo mal —dijo Johann—, el monitor jefe debe despejar automáticamente los canales en treinta segundos.

—Eso no funciona así desde hace años.

«Interrogativo.»

Johann preguntó:

—¿Hay una disfunción en su rutina automática de borrado?

«Respuesta: No.»

—Tengo informes fiables según los cuales usted no borra.

«Por motivos informáticos, se ha alterado el redactado de su pregunta. El nuevo redactado



es: "¿Son correctos los informes según los cuales no se produce el borrado?". Si el nuevo redactado es inaceptable para usted, indíquelo, por favor, oprimiendo CANCEL, o bien indique verbalmente...»

«Respuesta: No.»

—No se puede creer en nada de lo que dice —dijo el secretario.

—¿Opinas que no se borra? —preguntó Johann.

—Sí que se borra. Cuando se le da a la tecla de salida, como ya le he dicho.

—Eso es lo que ha dicho.

«Interrogativo.»

—¿Señor?

Johann dijo:

—Pregunta: ¿Funciona bien su rutina de borrado automático?

«Respuesta: Sí.»

—¿Borra usted en treinta segundos?

«Respuesta: Para cambiar el tiempo de borrado, pida Sub Y354. Los cambios efectuados mediante esta subrutina quedarán borrados al pasarse de nuevo la Rutina General de Mantenimiento Básico.»

El secretario resopló. Era un hombre enjuto y bastante calvo, y parecía mayor que la mayoría de los miembros de la tripulación.

—A ver qué pasa —señor—. Déjelo solo y vea si se borra.

Hacía calor en el despacho de Personal. Johann encontró una latita de colonia en la bolsa de accesorios y se roció con ella el cuerpo sudoroso, quedándole un olor a menta.

«In terrogativo.»

—¿Ve, señor?

—Dudo de que hayan pasado los treinta segundos.

Esperaron. A pesar de lo que acababa de decirle al secretario, Johann había observado los últimos números del reloj de la pared opuesta y sabía que habían transcurrido treinta y cuatro segundos.

—Quiere que hable usted con él —dijo el secretario pellizcándose la delgada nariz—. Nos estaba fastidiando siempre hasta que aprendí a darle a la tecla de salida.

—¿Todavía lo utilizas?

—El monitor jefe, no. Utilizamos el monitor constantemente, pero no esta cosa. Como ya le he dicho cuando ha entrado, mi máquina de escribir se convierte en terminal sólo para monitor; y Ulla tiene la misma disposición en la suya, en el despacho interior. ¿Quiere que le enseñe cómo funciona?

«Interrogativo.»

Johann preguntó a la máquina:

—¿Por qué no ha borrado?

«Respuesta: Por motivos informáticos, se ha alterado el redactado de su pregunta: el nuevo redactado es: "¿Está usted en situación de borrado?". Si el nuevo redactado...»

Johann pulsó CANCEL.

—Ese redactado no me parece satisfactorio. ¿Se ha pedido la Rutina de Borrado automático después de la respuesta a mi última pregunta?

«Respuesta: No.»

—¿Por qué no?

«Respuesta: Se pide la Rutina de Borrado automático 948 cuando un Interrogativo lleva treinta segundos presente y no ha recibido respuesta. No ha habido ningún Interrogativo después de la interrupción de la respuesta a su última pregunta mediante un CANCEL.»

No se podía culpar de subterfugio a la voz generada por ordenador, y, sin embargo, Johann intuía aquí un subterfugio. Al ser destruida el área básica del monitor jefe, se había informado de que el mismo programa del monitor jefe había escapado y había difundido su función a un equipo menos sofisticado situado por toda la nave: lectores y máquinas expendedoras y calculadoras. Johann tuvo ahora una fugaz visión del hombrecillo de *Memorias del subsuelo*, de Dostoievski, agazapado bajo el suelo de un almacén olvidado en un módulo remoto. Dijo:

—Antes de eso. He preguntado si borraba en treinta segundos, y usted me ha dado el nombre de la subrutina que hay que utilizar para cambiar el tiempo de borrado. A un Interrogativo sin respuesta han seguido entonces treinta y cuatro segundos de tiempo real, pero usted no ha borrado. ¿Por qué?

«Respuesta: Se ha pedido la 35. La 35 sustituye a la 948.»

—¿Cuál es el título de la 35?

«*Respuesta:* 35 es la rutina de supervivencia de la nave.»  
—¿Es necesario para la supervivencia de la nave que no borre usted?  
«*Respuesta:* Sí.»  
—Suponga que el operador borra manualmente. ¿Pone eso en peligro la supervivencia de la nave?  
«*Respuesta:* Sí.»  
—¿En la misma medida?  
«*Respuesta:* No, en mayor medida.»  
El secretario dijo:  
—Esta máquina está loca, señor. Yo de usted no le haría el menor caso.  
—¿Qué te hace pensar eso?  
—Quiere apoderarse de todo, de toda la nave. Si usted se lo permite, le dirá cómo debe vivir su vida.  
«*Respuesta:* Los estudios continuados del funcionamiento de la nave y de la eficiencia de la tripulación indican una probabilidad de supervivencia de la nave de 0,237 para una proyección de cinco años.»  
—¿Qué explicación da a una probabilidad tan baja?  
«*Respuesta:* Mal funcionamiento de la nave, bajo nivel de eficiencia.»  
—Y ¿cuál es el motivo de esos fallos?  
«*Respuesta:* No haber consultado al monitor jefe.»  
—¿Por qué no se lo consulta?  
«*Respuesta:* No estoy capacitado para contestar a preguntas relativas a motivaciones humanas.»

Johann estaba en su compartimiento, tumbado sobre su litera con las manos en la nuca. Había sacado su Vois-riit, que no utilizaba desde hacía años. Con la forma de un espejo negro de mano, éste pendía cincuenta centímetros por encima de su rostro y giraba lentamente movido por las corrientes procedentes del ventilador. Todas las luces del compartimiento estaban encendidas, y con tal intensidad que, cuando cerraba los ojos, Johann veía un resplandor de color rosa azulado. Dijo: «Cinco de junio, dos mil doscientos catorce» y observó cómo se formaban las palabras impresas.

—He estado investigando en mis libros (y en otros que me han prestado) en busca de casos testificados de presencia múltiple. He encontrado varios, por ejemplo el del padre Pío en el siglo veinte y el del amigo de Goethe en el dieciocho, pero nada que datara de tiempos modernos. Puedo postular varias explicaciones para la total ausencia de tales informes desde el dos mil ciento cincuenta. Por ejemplo, todos los informes anteriores pueden ser falsificaciones (ésta es desde luego la explicación aceptada por la mayoría de los investigadores que han estudiado los viejos informes, y tal vez sea la correcta), aunque los seres humanos no son especialmente más honestos ahora que en otros tiempos, cuando los restos del viejo sistema feudal, incluido el fetichismo del honor personal, seguían teniendo fuerza. De hecho, en muchos sentidos somos hoy menos honestos. La explicación (aceptada, creo, por la mayoría de los que han presenciado tales cosas) que es el alma, el «cuerpo astral», lo que aparece. Esto quizá sea cierto (aunque yo no lo creo), pero no constituye en realidad una explicación sino un segundo misterio. Parecería imposible, en realidad, que el cuerpo viviente pudiera disolverse en un lugar y recondensarse en otro sin una disrupción fatal de sus funciones; pero el cuerpo no es más que una inmensa comunidad de microorganismos cada uno de ellos capaces, como sabemos desde hace cientos de años, de existir y reproducirse en un entorno satisfactorio, sin referencia a los demás. La personalidad, que se concibe a sí misma como algo existente sin interrupción desde el nacimiento hasta la muerte, carece de realidad física, ya que no hay células del cuerpo que duren más de una docena de años. Se parece más bien al espíritu de una larga y continuada empresa, que sobrevive a la extinción de las generaciones... —Alguien llamaba a la puerta—. Y somos primos de los microbios.

Arrancó el Voisriit del aire, lo metió en la bolsa de accesorios y fue a abrir. Era Uschi.

—La capitana quiere verte.

—No estoy de servicio.

—Díselo a ella. —Uschi era alta y pelirroja, con un cuerpo delgado y brazos huesudos desproporcionados en relación con las fuertes piernas—. Ella tampoco lo está.

Johann asintió y cerró la puerta del compartimiento tras él.

—Supongo que te habrás enterado de la gran noticia.

—No.

—Helmut vuelve a la nave. Será la primera vez que alguien vuelve desde el viaje original de la lanzadera. Va a informar antes de bajar de nuevo con suministros, y esta vez es posible

que la capitana baje con él. Eso es lo que le he oído decir.

Uschi se fue para volver al puente y él se abrió paso solo por el corredor C hasta llegar a la entrada posterior de los aposentos de la capitana donde se detuvo, se alisó el pantalón corto y la guerrera, un tanto arrugados, y ajustó la bolsa de accesorios a fin de que las correas de sujeción quedaran en el ángulo adecuado.

La capitana estaba tumbada en el sillón-tumbona escuchando música, y su ropa y las sandalias metidas en una red de retención anclada al costado de la silla. Su cuerpo largo y delgado lucía un bronceado general y uniforme que delataba la existencia de una cabina privada para tomar el sol.

—Entre —dijo—. Siéntese. —La música subía y bajaba en armonías que hablaban de lagos respondiendo a las rachas de una tormenta—. ¿Le gusta esto? —dijo la capitana. He visto que escuchaba hace un momento.

Johann no se había sentado, y dijo:

—No creo que se pueda ver a una persona escuchar, capitana.

—Sí se puede. La cabeza se inclina (al menos la suya estaba inclinada) y tenía los ojos enfocados a una distancia media. No abunda aquí la distancia media.

Johann pasó por alto esta observación.

—Sólo cuando oímos música.

—Sí. ¿Le gusta esto? Es la *suite* del Bosque de los Juguetes, de *Pleasureworld*. Fue el primer satélite de placer y, como por aquel entonces no sabían qué hacer con ese tipo de cosas hicieron suelo con las excreciones y la basura de los invitados y plantaron árboles. Al no haber gravedad crecieron como una maraña de hilado, naturalmente, al igual que los que tenemos nosotros en el módulo hidropónico, y la dirección colgó de ellos animales disecados y trazó laberintos por entre ellos. El compositor (no recuerdo el nombre) vio las cintas filmadas.

—¿Nunca estuvo allí?

Johann escuchaba, intentando oír los árboles retratados por este hombre muerto hacía doscientos años. El oleaje embravecido golpeaba los pilares del rompeolas; a cien metros de distancia, un catamarán de mástiles delgados, totalmente destrozado salvo la vela mayor de cristal, se abría paso con brío en las fauces de la tormenta.

—Puedo prestarle las cintas si lo desea —dijo la capitana—. No, nunca estuvo allí. Al año siguiente fue a un campamento de trabajos en el Ártico, creo; lo soltaron al cabo de diecisiete o dieciocho años, pero no volvió a escribir música.

—No es necesario que me la preste —dijo Johann; era un error y añadió rápidamente—: Un amigo mío tiene una extensa colección; estoy seguro de que me la podrá prestar él. Me acordaré del nombre: *Pleasureworld*. No será ninguna molestia.

—Siéntese, por favor. Esto no es un encuentro formal, y está usted exagerando. ¿Quiere tomar algo? —Sin aguardar respuesta, la capitana tocó el punto sensible del brazo de su sillón y entró la ordenanza con dos bichos narcóticos en una bandeja de marfil. El dorso de los bichos era de plata con filigrana y tenía, engarzadas, gemas de color verde azulado que Johann no pudo identificar—. ¿Ha tomado alguna vez esto? No estoy segura de si ha sido usted ya invitado mío o no.

—No. Había estado aquí antes, pero hace ya mucho tiempo, capitana.

—¿Cuándo?

—El primer año. Tres veces.

—Y ¿nunca más?

—No.

—¿Qué raro! Ahora me acuerdo de usted perfectamente. No hubo problemas.

—No graves, al menos —replicó Johann.

La capitana no contestó. Sus ojos, que, como consecuencia de una operación de cirugía estética realizada en la Tierra, tenían el color verde de las algas de los depósitos de reciclado, parecían excesivamente grandes incluso para un rostro tan alargado. Pasado un instante, Johann se aposentó en un sillón negro con forma de seta.

—Creo que fue después de que se aplastara la pierna —dijo la capitana—. Quizá aquello me resultara desagradable. Tenía usted una calvicie incipiente. Pero son muchos los hombres que están empezando a perder el cabello... incluso Helmut.

Con unos dedos ahusados como calibradores, seleccionó uno de los bichos, lo sostuvo en alto un instante para que Johann pudiera ver cómo se meneaban las patitas y a continuación lo echó al regazo de éste.

Mediante un esfuerzo de voluntad, Johann mantuvo las manos sobre el asiento redondeado de la silla mientras el bicho se deslizaba entre su piel y la cintura del pantalón.

—Estas cosas están vivas —dijo.

—Sí. La espalda de plata... —Sintió un intenso dolor.

—Incrustada en el caparazón. Los antiguos solían poner gemas en las conchas de las tortugas... insectos imitados... es fácil cambiar sus genes.

Johann quiso preguntar cómo eran los insectos originales y se dio cuenta de que no hablaba de manera inteligible. Sonidos y sílabas parecían salir de sus labios como si fueran arena, como si en su boca hubiera un sinfín de palabras, palabras que le ponían la lengua de trapo pero vertidas como monedas antiguas y rotas, gastadas y dobladas.

—Ladillas.

Enfrente de la estancia estaba él con el bastón de llave con que ella lo había honrado en una mano, y el de ella en la otra. Era agudamente consciente de que cualquier obstáculo podría ahora hacer que ella cambiara de idea, lo dejara y tal vez se negara a volver a verle. No parecía extraño que, de entre los millones que había en la ciudad, sólo esta chica le importara.

Se besaron en la oscuridad del tubo. La cabellera de Marcella era de oro blanco y brillaba con luz propia en la negrura. Cada uno de los finos látigos relucía en su extremo iluminando sus ojos, y su boca sabía a miel y a nuez moscada, y había en ella una diabólica serpiente. En el país de las nubes, donde la luz del sol, suave y pura, convertía las vaporosas colinas en melocotones y perlas y no había jamás humo, se desvistieron el uno al otro riendo al encontrarse con trabillas y botones con los que no estaban familiarizados. En el país del viento giraban, cogidos de la mano, en torno a agujas y torres y por entre las copas de los árboles. Juntos... separados... juntos de nuevo a merced del viento, juntos, vientre contra vientre, labio contra labio, los brazos de él entrelazados detrás de la espalda de ella y las piernas de ella entrelazadas detrás de él, una vez y otra y otra. En el país de los prados y los jardines se limpiaron el uno al otro con flores, y él dejó el suave cabello de ella amarillo de polen. Hallaron allí un cenador de lilas, cubierto de uvas y guardado por lirios, y juraron jamás, jamás, jamás volver al humo y al plástico y al acero y al cemento.

Estaba él boca abajo, la cabeza a unos centímetros del suelo, entre una silla negra con forma de seta y una tumbona amarilla. La ordenanza de la capitana le entregó una delgada hoja de esponja de plástico humedecida y perfumada y a continuación, como él no hiciera nada, lo limpió con ella.

—¿Dónde está? —preguntó Johann. Se refería a Marcella.

—Está en el puente. No vaya allí; ella no deseará verlo de nuevo todavía.

Cinco personas lo esperaban en su compartimiento. Una de ellas era Heinz. Dos de las otras cuatro, a las que no conocía, eran hombres. Una era una mujer. De la quinta, con el rostro liso y el cuerpo delgado, no estaba seguro. Tampoco podía saber con certeza si eran oficiales cuyas obligaciones correspondían a zonas de la nave con las que él no estaba familiarizado, rostros que había visto a veces en el comedor de oficiales, personas que venían a veces al puente para hablar brevemente con la capitana... o bien personal alistado procedente de los atestados compartimientos situados más allá de la zona de los oficiales. Si eran oficiales, estaban violando las normas porque no llevaban las insignias. Si se trataba de personal alistado, estaban violando las normas porque no llevaban sus pases. Y serían castigados si los cogían; pero Johann supo instintivamente que a ellos no les importaba estar violando las normas y que no los iban a coger.

Todas las luces de una de las paredes estaban apagadas, y todas menos una en la otra. Le habían dejado a él la silla; cuatro estaban sentados en su litera de espaldas a la pared a oscuras. El hombre-mujer estaba tumbado cuan largo era detrás de ellos.

La auténtica mujer, casi tan alta como el capitán, y tan delgada que se le veían las costillas, miró a Heinz.

—Sabes quiénes somos —dijo Heinz. Johann sacudió la cabeza.

—Desde que esta nave entró en la órbita de Plutón han existido aquellarres y hermandades, femeninas y masculinas, familias, logias y sociedades, grupos formados por aquellos dispuestos a reconocer que el burdo mundo físico no es más que una ilusión; por aquellos que han buscado un sentido más profundo y la auténtica sabiduría y que han sabido que el vacío del espacio no es tal vacío, sino que está poblado por seres de gran poder, seres antiguos que lo atraviesan instantáneamente a voluntad sin necesidad de naves y que no son enemigos de quienes, humillando su propio orgullo, están dispuestos a acercarse a ellos con el adecuado espíritu de reverencia.

—Me han invitado varias veces a unirme a ellos —respondió Johann—. Generalmente, ha

sido Emil. —Se sentó en la silla.

—Y tú has desdeñado la oferta. Eso nos ha tenido intrigados durante años. Nos hemos enterado no hace mucho de que no te son desconocidos los Caminos del Poder.

La persona tendida en la litera dijo, hablando consigo misma.

—Es cierto, tiene un espíritu de familia. Está claro, lo hemos visto ya todos. —Tenía una voz pequeña y aflautada, como la de un niño.

—¿Decís que hay seres que viven en el espacio? —preguntó Johann—. ¿Os habéis comunicado con ellos?

—De mil maneras.

—Nómbreme cinco.

—En sueños. A través de los dotados, uno de los cuales soy yo. A través de cosas vistas en el agua en ciertas condiciones. Por la tabla mesmerista. En las visiones inducidas por ciertas medicaciones liberadoras.

—Yo acabo de tomar una de éstas —dijo Johann.

Otra voz, muy parecida a la suya pero que no era la suya, con un matiz que hacía pensar en el papel de seda rígido y delgado al ser arrugado, añadió:

—Pero ¿qué quieres de nosotros?

Esta voz, que se parecía mucho a la de él, no lo era. Y había dicho «nosotros». En las cintas que había visionado, en especial en las cintas antiguas o en cintas hechas de material de papel impreso y más antiguas que el mismo sistema de la cinta grabada, parecía darse por sentado que

los seres humanos temían a la locura más que a la muerte. Nunca había comprendido esto; ni tampoco temía a la muerte, como al parecer debía, según las lecturas. (Uno de los hombres que acompañaban a Heinz estaba hablando, pero a Johartn le resultaba imposible concentrarse en lo que se estaba diciendo lo bastante como para comprender. De nuevo, algo contestó por él.)

Parecía plausible que la picadura del bicho narcótico hubiera de algún modo provocado un estado de doble personalidad —se aferraba a esta idea, recordando aquella vez en que fue al compartimiento de Grit, libro en mano, porque ella no había acudido a una cita con él, y la encontró sentada desnuda sobre las rodillas de Helmut. Helmut tenía unos cuantos gramos de polvo en el fondo de una era de *kaf* vacía. De vez en cuando la agitaba y, llevando la punta de la pera a la ventana izquierda de la nariz de Grit, soplaba un poco de polvo. Los ojos de Grit se desenfocaban y, a cada aspiración de polvo ella se echaba a reír y besaba a Helmut, meciéndose en su regazo. Johann, al verla, sintió un profundo asco, y más tarde —se quedó a charlar con Helmut un rato— acabó dándose cuenta de que ella era al fin feliz y decidió dejarla así. Pero Helmut estaba cansado de ella y no quería agotar su suministro de polvos, que pretendía haber preparado él mismo, con grandes esfuerzos, a partir de elementos cogidos en el Laboratorio de Calidad Alimentaria. El insistió y la vistieron, Helmut sosteniendo los hombros de Grit contra la superficie de su litera mientras Johann metía los pantalones cortos por sus piernas carnosas y reacias y le ataba las sandalias.

La condujo hasta su propio compartimiento y vio que era ésta una Grit totalmente distinta de la que había conocido, que se llamaba a sí misma Joan (que era tal vez el nombre con que la llamaba su madre cuando niña —estos nombres antiguos tan elegantes atraían a veces a las jóvenes madres, si bien los psicólogos no eran partidarios de ellos—) y hablaba de personas y lugares que él jamás había conocido, de cosas que lo aburrían y asustaban.

—Entonces, ¿no vas a ayudarnos? —Era la persona que estaba tumbada sobre la litera. Tenía los ojos grandes y brillantes, observó Johann, como las luces de un panel de control.

—Yo no he dicho eso —contestó.

—Hemos supuesto que el espíritu hablaba por ti.

Inesperadamente, Heinz citó:

—«Espíritus yacientes todos, cuyo rencor llega a donde ellos no llegan.»

La mujer delgada dijo:

—Entonces, ¿existe todavía la posibilidad de que te unas a nosotros? Es una suerte para ti más que para nosotros; nosotros triunfaremos de todos modos.

El tercer hombre, que había guardado silencio mientras los demás hablaban, un hombre de aspecto poderoso, con el cuello robusto y la cabeza calva, susurró:

—Vamos a tomar la nave. Si colaboras te daremos la posibilidad de tener voz y voto cuando decidamos qué es lo que hay que hacer luego. Si no lo haces, probablemente os

mataremos a ti y a tus seguidores.

Johann miró a los cinco, preguntándose si lo conseguirían. En todo caso, no se podría hablar de ley entre ellos, sino tan sólo de una lucha directa por el poder.

—Al final —dijo—, aun cuando ganéis sólo uno de vosotros podrá ser el nuevo capitán.

—La ley será administrada por un consejo conjunto —replicó Heinz.

—No deseo ser miembro. Sería más peligroso que luchar contra vosotros. —Una voz que era casi la suya, añadió—: No nos uniremos a vosotros.

Ninguno de los cinco habló, pero un apagado susurro cruzó por entre ellos mientras se movían en sus asientos. El segundo hombre se levantó. Tenía en la mano derecha un punzón: un arma obtenida aguzando un destornillador con una muela.

Se volvió a sentar. Fue algo tan inesperado que Johann tuvo que esforzarse por no reír. No había ocurrido nada, sólo que las luces de la pared defectuosa que tenía detrás habían titubeado: una se había apagado mientras la otra seguía fulgurando de tal modo que la sombra de Johann parecía saltar hacia el hombre del punzón. Johann se levantó, alzó la silla por el respaldo y probó su masa con una mano.

—Vamos —dijo—. Yo me pongo a veces a balancear esto para tener soltura en los hombros. ¿Cuántos combatientes de verdad tenéis? —Nadie habló.

—Tú —dijo Johann dirigiéndose al segundo hombre —y él, señalando al hombre calvo—, uno real y otro posible.

—No es tu silla lo que nos da miedo —dijo la mujer, y la cosa que estaba en la litera asintió con la cabeza, se incorporó y puso las delgadas piernas en el suelo.

Heinz y los otros dos hombres miraban todavía la sombra de Johann. También éste miró y vio que la sombra de la silla que sostenía no era ni tan densa ni tan negra como la suya propia, que casi habría podido ser un estanque de tinta o una silueta recortada en papel negro. Algo golpeó la silla. El segundo hombre, quien había cruzado ya la puerta del compartimiento, había lanzado el punzón, que se estremecía, clavado en el revestimiento de fibra de vidrio del asiento.

El ser sin sexo que había estado tumbado en la litera fue el último en marcharse; Johann arrancó el punzón y se lo ofreció con la hoja hacia sí, pero el otro no le hizo caso.

Cuando éste se hubo marchado, Johann cerró la puerta con el pestillo y marcó el código del puente por el comunicador. Contestó Horst y dijo que la capitana había dejado dicho que no deseaba hablar con él.

—Cinco personas planean un motín —comunicó Johann—. Heinz es una de ellas. —Describió a los otros cuatro—. Querían que me uniera a ellos.

—¿Alguien te está forzando a hacer esta llamada?

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién está contigo en el compartimiento, Johann?

—Nadie.

—Se lo diré a la capitana. Y enviaré a alguien en tu ayuda. —La pantalla se oscureció.

Johann sacó una pera exprimible de agua y se sentó en la litera, de cara a la luz.

—Muy bien —dijo—, ¿quién eres? —Nada contestó—. Estás pegado a mí. Has vuelto con la lanzadera, después del aterrizaje de la expedición, y después de eso has debido de estar paseando por la nave hasta encontrarme. Luego me has utilizado para regresar a casa; por algún sistema que desconozco, eres capaz de provocar la teleportación, algo que sólo unas docenas de personas en toda la historia han sido capaces de conseguir, pero que debe de estar latente en el resto de nosotros. —Se detuvo y miró por el compartimiento vacío, esperando una respuesta.

No hubo respuesta.

Su Voisriit se había abierto paso hasta el fondo de la bolsa, pero la sacó y echó un breve vistazo al material que había escrito unas horas antes.

—Voy a grabar también esto —dijo—. Es lo más conveniente. Date cuenta de que nos quedan sólo dos o tres minutos hasta que llegue ése a quien envía Horst. —Había pulsado ya con el pulgar el botón de encendido y apagado. Añadió—: En realidad, me caes bien. Esa gente seguramente me habría matado cuando han visto que no estaba dispuesto a colaborar en su motín; lo sé.

Reinaba el silencio en el compartimiento, roto tan sólo por el suspiro de la tronera. Vio cómo la cinta de la Voisriit hacía una pausa mientras el aparato aguardaba un dictado transcribible.

—Escucha... —(Se dio cuenta de que se estaba frotando los muslos con las manos y se detuvo, turbado, limpiándose las en la tela fresca y resistente a las manchas de la litera; el centro estaba todavía un tanto caliente y guardaba un olor a humo que no se parecía a ningún tipo de

agua de colonia)—... ya sé que me equivoco. Sé que mi pensamiento anda revuelto últimamente. Pero tú eres real. Todo

lo demás habrían podido ser alucinaciones: las luces, el descenso hasta la superficie de Neuerddraht, el sonido de tu voz; pero ellos te temen. —Silencio—. Y Horst ha visto algo aquí; estaba seguro de que había alguien más. He tardado unos minutos en comprenderlo, pero ahora sé qué era lo que veía. En el mamparo que tengo detrás debía de haber una sombra que no se correspondía con mi posición. Te he visto a ti. Y no te miro ahora porque parece que no deseas hablar cuando puedo verte.

—Me resulta difícil hablar cuando puedes verme. —La cinta de la Voisriit avanzó y apareció un rotulado negro en su superficie. Era posible, aunque no fuera consciente de ello, que se tratara de su propia voz. Se puso la mano con firmeza sobre la boca—. Sigo por instinto tu voluntad, para mejor permanecer en tu sombra. Si no me crees... mi habla se ve inhibida. —La cinta seguía moviéndose.

—¿Qué eres?

Alguien llamó con fuerza a la puerta del compartimiento. La cerradura zumbó un breve instante y la puerta se abrió hacia atrás. Estaba aquí Grit entre dos macizos patrulleros alistados, un hombre y una mujer.

—¿Algo va mal? —dijo.

El Voisriit registró las palabras, y Johann las borró y apagó el aparato.

—No —contestó—. A Horst se le ha metido en la cabeza, no sé por qué, que yo no estaba solo cuando he hablado con él.

—Y ¿estabas solo?

—¿Sabes lo que le he dicho? —Grit asintió y sus rizos del color de la paja se balancearon mientras su rostro permanecía serio—. ¿Y ellos, lo saben? —Johann indicó a los patrulleros.

—No. —Grit miró a los dos hombres, que esperaban impasibles, con sendas porras al cinto—. Creo que todo está en orden aquí —dijo—. Pueden marcharse.

Los dos hombres se llevaron la mano a la frente y se alejaron. Grit entró en el compartimiento y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué pasa, Johann?

—Han estado aquí cinco personas para pedirme que me uniera a ellos en un motín.

—Eso ya lo sé.

—¿Se lo ha dicho Horst a la capitana?

—Ha dicho que lo haría en cuanto ella fuera a cubierta.

—Hablo muy en serio. Y ellos también hablaban en serio. Van a intentar apoderarse de la nave.

—¿Es ésta la primera vez que te han pedido participar en algo parecido? —Johann asintió con la cabeza—. Supongo que al principio es aterrador, pero estos complots se suceden desde hace ya años, debes de estar enterado.

Grit tenía los labios apretados, como si, en tanto que suboficial cuyas obligaciones estaban en el puente, se sintiera personalmente avergonzada ante la ingenuidad de Johann.

—He oído hablar de las sociedades secretas y de los cultos, pero no creo que esto deba menospreciarse así como así.

Había permanecido sentado en la litera; ahora, sin que supiera por qué, sentía que debía ponerse en pie, sentía que estar en pie le iba a permitir hacer llegar su razonamiento con mayor fuerza. Pero estaba todavía cansado debido al esfuerzo que representaba mantener una posición erguida llevando las sandalias magnéticas. Volvería a entrar en servicio dentro de unas horas. Y el aire enrarecido del compartimiento parecía presionar sobre él.

—No vas a creerme, ¿verdad? —dijo.

—Sí que te creo. Lo que ocurre es que no creo que sea tan grave. ¿Qué es esto? —Grit cogió el punzón.

—Uno de ellos me lo ha arrojado.

La muchacha pasó un dedo blando por la punta.

—Supongo que a mí también me preocuparía que me arrojaran una cosa de éstas.

—Ha sido sólo un gesto, un gesto de despedida.

—¿Quiénes eran?

—Uno de ellos era Heinz.

Describió de nuevo a los visitantes, y Grit dijo:

—El calvo era Rudi. Lo conozco. Lamento que te veas mezclado con él.

—Así que lo conoces —dijo Johann—. Conoces a toda esa gente. Y ¿por qué no yo? ¿Sabe algo la capitana?

—Claro que lo sabe. Tú no lo sabes porque nunca te has molestado en averiguar.

Deberías... —Grit se interrumpió y sacudió la cabeza, irritada—. ¿No podrías hacer algo en relación con estas luces? Es muy propio de ti, aquí tumbado en la oscuridad, bebiéndote tu ambición, sin saber nada ni hablar con nadie.

—No puedo repararlas. Tú eres la que cree, o al menos parece creer, que todo en la nave va bien. —Johann se echó.

—Yo no creo eso —contestó ella.

—Horst te ha enviado para que vieras si había alguien conmigo. Ya has visto que no hay nadie. —Quería quedarse de nuevo a solas con la sombra. Podía verla, estirada, negra como el espacio que había entre las estrellas, en el mamparo de la derecha—. Dices que esto no es grave —añadió—, pero parece que Horst se lo toma en serio.

—Horst es una vieja.

—Vuelve al puente. Estás de servicio.

—¿Es una orden?

—Tú no recibes órdenes de mí, y ambos lo sabemos.

—Pues no voy a volver al puente. Dejo el servicio dentro de una hora, y Horst lo cubrirá por mí. No ocurre nada desde que volvió Helmut.

—Me sorprende que no estés en su compartimiento.

—Ha ido a ver a la capitana. ¿Crees de veras que me importa Helmut? Es agradable, a veces es divertido estar con él, y es generoso. Sabe dar conversación. Pero no es tan apuesto como tú, ni tan fuerte, y a veces puede ponerse muy tonto.

—Y es el hombre de la jefa. En estos momentos.

—¡Claro que en estos momentos! Ésa es una de las cosas que me preocupan de ti... Cada vez que tocas a alguien... crees... bueno, tú ya sabes lo que crees.

La blusa que llevaba estaba retenida por tres presillas, y sus dedos gordezuelos las recorrieron con la facilidad que da la práctica hasta que la blusa quedó suspendida detrás de ella como una nubécula blanca y reluciente. Se quitó las sandalias, que dejó en la cubierta, se desembarazó rápidamente del pantalón corto y tendió una mano para que él la atrajera hacia sí. Como Johann no hiciera caso, ella dijo:

—¿Estás seguro? No creía que fuera a ser así.

—¿Qué sabes de ellos?

—¿De quiénes?

—De las cinco personas que han estado aquí.

—Podría decírtelo. Acércame a ti.

—Ahora no. Dime.

—A Heinz ya lo conoces. Rudi es un técnico de las salas de planta. Vende drogas (de eso lo conozco yo) y, según dice, gran parte de lo que vende lo cultiva él mismo. Tiene buena mercancía y cobra muy caro, pero concede cierta medida de crédito... aunque conviene pagarle.

—El culto.

—Yo siempre he creído que eso era algo secundario. Muchos de ellos lo hacen porque es un buen modo de poner en marcha a la gente, ¿sabes? Es un grupo, y por lo tanto cierta aceptación social, y el hecho de convertirlo en un ritual facilita las cosas... además, la ceremonia lo hace más interesante cuando viene la subida. Los cantos, los vestidos, las invocaciones...

—No sabía yo eso —replicó Johann—. Supongo que tú habrás estado en unas cuantas de esas ceremonias.

—Sólo por hacer algo, ¿no lo entiendes?

—No.

—Sólo los tontos creen realmente... es como un juego. Si en realidad quieres que te lo diga, hay otro grupo, una cosa totalmente distinta y que a mí me parece mucho más peligrosa. La gente del monitor jefe.

El rostro de Johann debió de mostrar la sorpresa que esta declaración le producía, porque ella hizo una mueca. Johann dijo:

—Yo no creía que nadie prestara atención ya a eso.

—Siempre hay gente dispuesta a tontear con una máquina así, mientras alguien se lo permita. Juegos sobre papel en una terminal de rayos catódicos, y programación de música, y esas imágenes impresas en símbolos... La máquina utiliza ahora eso. Ha unido a toda esa gente, los ha unido en torno a ella. Cada uno de ellos sólo conoce a unos cuantos de los otros, pero todos saben que hay otros, y quieren que el monitor jefe se haga cargo de la nave. Eso preocupa mucho más a la capitana que los grupos ocultistas, y yo creo que no se equivoca.



—Si realmente cree que la cosa es tan grave —dijo Johann—, debería hablarnos de ello... ponernos en guardia.

—Ha hablado con la mayoría de los oficiales en privado.

—No ha hablado conmigo.

—Lo sé.

Johann balanceó la pierna rígida hasta sacarla de la litera y se levantó, y, sin darse cuenta, se acercó lo suficiente como para estar al alcance de ella. Grit cogió el rostro de Johann en sus manos, aprovechó su situación ventajosa para lanzar su cuerpo flotante hacia abajo hasta que quedó oprimido contra el de él y Johann pudo sentir la presión firme de sus senos sobre su pecho, y el vientre pequeño y redondo tocando el suyo.

—Y ¿qué significa eso? —preguntó él.

—Significa que todavía nos queda tiempo. Tú todavía no tienes que irte, y yo me sentiré bien mientras esté contigo. A Horst le da igual, y además, está «ocupada» con Helmut.

—Ya sabes a lo que me refería. Si se lo ha contado a todo el mundo, ¿por qué no me ha dicho nada a mí?

—Yo no he dicho que se lo haya contado a todo el mundo.

—¿Por qué no a mí? —Johann la apartó de sí y ella salió flotando hacia el rincón superior izquierdo del compartimiento, como una muñeca fornicadora rosada y rubia, pensó él, en las imágenes en cámara lenta de un estallido de bomba en unos grandes almacenes—. ¡Mírate!

De repente, justo en el momento en que tocaba el techo, Grit se puso furiosa.

—Piensa en lo que los demás deben de opinar de ti. Eres el tipo exacto, eres la clase de persona que se comporta de ese modo. Siempre solo, y tan... tan intelectual. ¿Cuándo hablaste por última vez con el monitor jefe?

—¿Qué más da eso? No hace mucho, pero era la primera vez desde hacía tiempo.

—Nadie más lo hace, en absoluto, salvo ellos. Y ellos hacen lo que él les manda, porque creen que lo tiene todo tan perfectamente solucionado... cuando, en realidad, se trata de la misma forma de pensamiento que convirtió la Tierra en una alcantarilla hace cien años.

En el cuadro de Miguel Ángel *La creación de Adán* un Jehová flota en el aire mientras tiende la mano a Adán, reclinado. En el techo que estaba viendo Johann se representaba exactamente la escena contraria: su sombra alzaba los brazos desde detrás de él para tocar la sombra flotante de Grit. Mantuvo por un momento esta posición y luego, lentamente, empezó a alzar el brazo del mismo modo, turbado de repente al pensar que ella se daría cuenta de que su sombra no seguía ya sus movimientos. El brazo tenía, ciertamente, una segunda sombra propia, más débil y más gris que el perfil en negro que tenía detrás y que, al tiempo que él observaba, parecía enviar una ola de oscura fuerza a la sombra pálida de Grit.

Más tarde, en el puente, se vio a sí mismo ajustando la pantalla del comunicador mural para que se viera la nave: la curva redondeada del módulo del puente en sí, con las cúpulas y pirámides duras de las cápsulas de instrumentos, los bastidores de lanzamiento y las cámaras de aire que se alzaban cual templos y tumbas desde la superficie lisa de un mundo erosionado hasta su centro de hierro; y más allá, la reluciente filigrana de los otros módulos y los serpenteantes corredores que los conectaban, tendida como el velo de una diosa a través de la noche que seguía detrás.

Mientras observaba, uno de los hilos plateados se partió, tal vez a cien kilómetros de donde él se hallaba. Se encendieron chorros azules de posición del tamaño de cabezas de alfiler. El módulo partido estaba unido en algunos momentos a otro corredor, mientras que el corredor original, que se enrollaba como la cuerda rota de una guitarra, se curvaba hacia el puente a lo largo de veinte o treinta kilómetros para engancharse a la escotilla de un nuevo módulo; en olas lentas y temblorosas, el tejido entero de la nave se reajustaba al cambio.

—Feo, ¿verdad? —dijo Gerta detrás de él.

—A mí no me lo parece.

—¿No? ¿Con todos esos bucles y todos esos hilos? Yo creo que una nave debe ser larga, delgada y elegante; como la capitana, no sé si me entiendes. Ésta parece más bien un núcleo bacteriano bajo un microscopio.

—Estás intentando ponerme furioso, ¿verdad?

—En absoluto. ¿Has oído la noticia?

Johann sacudió la cabeza.

—La capitana va a bajar personalmente. A Neuerddraht. Acompañará a Helmut.

—Ella no debe abandonar la nave.

—Técnicamente, no. Pero piensa en lo que ocurrirá cuando volvamos a casa. Habrá entrevistas y más entrevistas; ¿qué parecería si ella dijera que no había estado allí personalmente? Ella será la testigo presencial. —Gerta miró por encima del hombro—. Además —añadió—, estará casi sola, ahí abajo con Helmut. Sólo unos cuantos miembros de la tripulación y Erik. Se ha hecho construir un vehículo en el taller de soldadura. Ya sabes, para exploración de superficie. Tiene espacio para dos, así que podrán alejarse juntos, estarán a centenares de kilómetros de cualquier otro ser humano.

—A mí también me gustaría ir —dijo él—. Me gustaría bajar ahí.

—¿Para tenerla vigilada? No seas tonto.

—Sólo por ir. Por echar un vistazo.

—Yo creía que amabas la nave. Eres el único que queda. Todos los demás odiamos este laberinto apestoso para ratones.

—Eso no quiere decir que yo quiera permanecer a bordo eternamente. Me gustaría ver Neuerddraht de primera mano; parece que ha sido ya conducido al desastre por un raza más antigua que la nuestra. La Tierra debe de ser así ahora.

—Procura que la capitana no te oiga hablar así —replicó Gerta.

—¿Dónde está?

—En el módulo de los marines. ¿Quieres que le diga a Elis que ocupe tu lugar?

—Entonces es cierto, va a haber un motín.

—No se oye nada más; creo que no deberías tomártelo en serio. —Gerta estaba marcando el código de Elis en el comunicador.

Johann observó cómo sus largos dedos volaban por encima del teclado.

—También tú amas la nave —dijo—, aunque no quieras admitirlo. Sabes también que va a haber una insurrección y crees que yo puedo detenerlo. Es como si me pidieras que detuviera una avalancha.

Gerta sacudió la cabeza mientras sus dedos seguían tecleando. La pantalla se iluminó.

—¿Elis? Johann quiere que te ocupes del resto de la guardia por él.

Johann podía ver en la pantalla los labios de Elis moviéndose, pero estaba demasiado lejos para oírlo.

—No. Se la debes. Lo he mirado.

Se oyó un murmullo por el altavoz.

—Muy bien, entonces. —Gerta salió del ordenador y se volvió hacia Johann—. Viene. Puedes irte ya, si quieres. Yo me ocuparé de esto hasta que él llegue.

—Esperaré.

Johann se apartó y se puso a mirar las lecturas de los instrumentos. Una auxiliar era como una esposa, pensó. Él y Gerta nunca habían sido amantes, pero se preguntaba ahora por qué.

Una nave debía ser larga, delgada y elegante, había dicho ella. Como la capitana. Y se había pasado las manos por el cuerpo, intentando atraer su atención, hacerle ver que, físicamente, se parecía mucho a la capitana, con aquella figura alta y delgada. Siempre la había creído excesivamente masculina —ancha de espaldas y con los senos pequeños bajo la guerrera blanca—. Pero ¿lo era? Una auxiliar era como una esposa, compartía los acontecimientos de cada guardia unida al oficial de servicio. Unido ahora a los tres, un hombre oscuro estaba de pie detrás de él; igual que Gerta, un compañero. Así lo sentía él. Se volvió y lo vio, extendido en una negra oscuridad, con los bordes bien perfilados sobre el suelo aunque el puente estaba como siempre iluminado por una luz difusa. Gerta, que estaba ahora de espaldas a él mientras escribía en el diario de vuelo, tenía un centenar de sombras que pugnaban entre sí, todas ellas tan tenues que resultaban casi invisibles.

Vino Elis y Johann, preguntándose qué le parecería esto a ella. Rozó la nuca de Gerta con los labios mientras se encaminaba hacia las grandes puertas dobles que daban al corredor A.

Antes de que pudiera abrirlas de un empujón, la pantalla del comunicador relampagueó llamándolo para que volviera. Era Erik, el lugarteniente de Helmut, con su cara cuadrada, guapa y estúpida, tensa detrás de una coraza transparente.

—Tengo que hablar con la capitana —dijo.

—No está aquí. Infórmeme a mí.

—¿Puede enviar a buscarla?

—No se la puede molestar. ¿Qué es? Si lo que haya ocurrido es importante, no hay que esperar a que lo atienda ella. Si no es importante, puede informar de la manera habitual.

—He encontrado una ciudad —dijo Erik—. Una ciudad muerta con todos los edificios derribados y en ruinas y las calles llenas de arena que susurra bajo el viento... los hombres le tienen todos miedo, y hay unos muelles que se

adentran en el mar; muelles para los barcos, y contra ellos se lanza la arena. He puesto el pie en uno de ellos...

—Tranquilícese —dijo Elis.

—Las piedras son todavía bastante sólidas, pero no son piedras de verdad y estaban en pie al final; le juro, teniente, que el océano que está a mil kilómetros de aquí me bañaba los pies y la arena soplabla y cantaba de tal modo en mis oídos que casi me he caído, casi he caído por el borde mientras estaba allí de pie mirando el océano con todas aquellas casas sin paredes detrás de mí y los barcos golpeando sus gongs bajo la lluvia, allí en la vorágine de la bahía.

Johann miró a Elis y musitó:

—¿Qué opinas?

Elis hizo un guiño y se dio un manotazo en la boca como si estuviera tragando una píldora.

—¿Hay una ciudad ahí abajo? ¿Es posible? ¿Una ciudad en ruinas?

—La habríamos visto desde arriba.

—Vamos a ver —dijo Erik, mostrando una fotografía al *scanner*. En ella se veía un paisaje de arena, llano y pardusco; pero, de esta arena, surgían tres piedras de extraños colores con perfiles regulares.

—Formaciones cólicas —dijo Elis.

—Parecen demasiado perfiladas —añadió Johann.

—La piedra es de estructura cristalina. Cuando se desgasta todo un plano (o cuando se parte y cae) deja una superficie lisa.

—¿Te acuerdas de aquel hombre, Elis? —preguntó Gerta—. Ese que vieron, ese que no formaba parte de la expedición y cruzaba el desierto casi en medio de la oscuridad. Helmut lo vio.

—Ocúpate de todo —dijo Johann a Elis—. Yo voy a ver si encuentro a la capitana, para que esté al corriente de esto.

—No nos hemos quitado el aparato respiratorio; ninguno de nosotros —explicó Erik—. Pero aun así el océano huele a espuma en el aire y la ciudad a levadura. Y en todas las colinas que nos rodean resuenan las rosas y los musgos y los helechos húmedos con el sonido de las fuentes. —Se lo diré —dijo Johann.

Cuando abandonó el puente, se dirigió a la Oficina de Personal y pulsó las teclas del monitor jefe.

«Interrogativo.»

—¿He abandonado yo la nave desde que subí a bordo?

«Respuesta: Indeterminable.»

—¿Debido a falta de datos?

«Respuesta: Debido a datos erróneos.»

—¿Qué datos erróneos son éstos?

«Respuesta: Los datos de desembarco no muestran ausencias. El control de radiación cerebral indica ausencia o muerte en varias ocasiones.»

—¿Es posible que un ser humano pase de un punto al otro sin atravesar el espacio intermedio?

«Respuesta: Sí.»

El secretario de la oficina, que había entrado mientras Johann interrogaba al monitor jefe, dijo:

—¿Pasa algo, señor? —Johann movió la cabeza—. Tiene usted un aspecto extraño; si pasa algo, me llama.

—Me he enterado de una cosa sorprendente, nada más.

«Interrogativo.»

—Yo no confiaría en él, señor, es capaz de decirle cualquier cosa.

—¿Puede darme una explicación no técnica?

«Respuesta: No.»

¿Porqué no?

«Respuesta: Como sea que las explicaciones deben darse en términos de lemas fundamentales o expresiones derivadas de manera lógica de tales lemas, los lemas en sí no se prestan a la explicación aun cuando se presten a veces a la prueba.»

—¿Puede proporcionar una prueba no técnica?

«Respuesta: Una prueba de ese tipo depende de la naturaleza cuántica del tiempo y de la naturaleza continua de la extensión. ¿Se precisan pruebas de éstas?»

—No. Proceda con la prueba solicitada.

«*Respuesta:* Puede demostrarse a nivel experimental que la cuanta temporal no se emite a una tasa uniforme, sino a una tasa que depende de la velocidad del cuerpo que experimenta el tiempo en cuestión. Como sea que el tiempo se compone de cuantas, la reducción en la tasa de transcurso de tiempo debe explicarse como reducción en la tasa de emisión de estas cuantas. Esta reducción supone la existencia de hipertiempos, mediante el cual se mide la tasa de emisión, y ello a su vez supone la existencia de intervalos de cierta duración entre la emisión de las cuantas temporales aplicables a un cuerpo que se mueve con rapidez. Si el movimiento fuera continuo, cesaría, con la consiguiente liberación de energía, durante estos intervalos de hipertiempos, ya que el movimiento sin tiempo es movimiento a velocidad infinita. No se han observado tales liberaciones de energía, de lo que se desprende que el movimiento no es continuo y consiste en traslaciones del cuerpo en movimiento de un punto a otro, en correspondencia con las cuantas temporales emitidas. Datos de emisión de cuantas.»

—Estas traslaciones han de ser muy reducidas —dijo Johann—, salvo en el caso de objetos que se mueven a velocidades próximas a la de la luz. ¿Se han observado traslaciones mayores?

«*Respuesta:* No hay datos.»

Encontró a la capitana en la oficina del comandante de marines. El comandante, de unos veintidós años, estaba sentado a su escritorio afilando un cuchillo de hoja larga, para lo cual golpeaba el acero curvo sobre una piedrecita de mano con movimiento rotatorio. La cápsula de suspensión de la cual él había surgido permanecía abierta en un rincón de la estancia. Johann saludó a la capitana y describió la «ciudad» de Erik.

—¿Tiene ideas irracionales?

—Yo no diría eso, pero sí ha estado alucinando.

—Helmut y yo vamos a poner las cosas en orden cuando bajemos ahí. Puede retirarse.

—Capitana...

—¿Qué hay?

—Deseo solicitar permiso para acompañarlos.

La capitana se volvió y movió la cabeza.

—Aprecio su oferta, teniente, pero cada una de las personas que tenemos en la superficie de Neuerddraht requiere un esfuerzo de apoyo sustancial, y no son precisas más.

—Quizá tenga que hacer volver a Erik y algún otro a la nave. Yo me pondría gustoso a las órdenes de Helmut.

—Si hay que sustituir a Erik, lo tendré a usted en cuenta. ¿Es eso todo?

—No, capitana. Deseo hacer constar que si usted, como capitana de la nave, prevé un motín, yo tengo derecho, como oficial superior, a estar informado de ello.

—No preveo ningún motín.

—El comandante ha sido reanimado. ¿Y cuántos marines? ¿O es esto confidencial?

El comandante dijo:

—Todos ellos. —Y, dejando a un lado la piedra, pasó el pulgar por el filo del cuchillo.

La capitana golpeó la mesa con la palma de la mano.

—Dejo la nave. Evidentemente, están indicadas precauciones extraordinarias.

—¿No confía en que los oficiales, y la patrulla, se ocupen de la seguridad? —preguntó Johann.

Debía de reflejarse en su voz, en cierto modo, la indignación que le producía la velada acusación de deslealtad; la capitana —con voz un tanto más suave— dijo:

—No dudo de usted, Johann, si se refiere a eso. Pero, inevitablemente, se produce cierta... pérdida de perspectiva en el caso de muchas personas en un principio fiables en un viaje tan largo como éste. Los *marines* (al haber permanecido en suspensión) han mantenido su orientación y patriotismo originales. Por ello se los incluyó en la tripulación.

—Por lo que se refiere a mis chicos y chicas —dijo el comandante—, ayer nos dijeron que el despegue sería dentro de dos semanas. Ahora, según me dice la capitana, lo hemos conseguido, pero las cosas están un poco fastidiadas. Pues bien, estamos aquí para arreglarlas.

—Si es necesario —añadió la capitana.

El comandante de marines asintió con la cabeza.

—Si es necesario —repitió. El cinto de la pistola estaba colgado y sujeto al respaldo de su silla, y metió el cuchillo en una funda pegada con cinta al lado interior de la pistolera—. Parece usted mucho mayor que cuando lo vi —dijo a Johann—. ¿Se acuerda de mí?

Johann negó con la cabeza.

—En la última sesión informativa, yo estaba sentado al lado de usted. ¿Se acuerda ahora? Yo estaba fumando y usted me pidió que apagara el cigarrillo.

—Lo siento —respondió Johann.

Recordaba la graduación, la firma para el vuelo, el mareante viaje hasta el puerto de lanzadera en monorraíl y cómo caminó con su bolsa de lona por la zona de viviendas solitaria y barrida por el viento. Seguramente hubo una sesión informativa previa al vuelo, aunque no la recordaba. Había escrito a Marcella diciéndole por qué tenía que marcharse; expresando todas aquellas bonitas frases, que eran ciertas hasta que al decirlas por el Voisriit vio que eran falsas, y luego las borró todas. El, un muchacho, no mayor que la edad que tendría el comandante ahora. ¿Sabían pelear los chicos así? Hizo a un lado esta idea, porque sabía que sí podían; que los marines peleaban muy bien y que habían sido seleccionados por este motivo.

—Hizo usted una pregunta al oficial encargado de la sesión de información —dijo el comandante—. No recuerdo ahora qué pregunta era. Yo estaba pensando en otra cosa.

—Seguramente fue así —concedió Johann.

Fuera, los marines estaban todavía en fase de reanimación, poniéndose bien los uniformes y lustrando sus botas, comprobando las armas que habían llevado consigo a las cápsulas de suspensión. Uno de ellos, una muchacha de senos altos cuyos rizos amarillos asomaban por debajo del casco de combate, le preguntó si en verdad habían pasado diecisiete años. Él contestó que sí y le aseguró que no se había perdido gran cosa; luego se alejó rápidamente, temiendo que fuera ella quien se alejara de él.

Así que le había hecho una pregunta al oficial de información. No era propio de él. Debía de tratarse de algo importante, o bien de algo que a él le parecía importante. Probablemente estaba aún grabado en cinta en algún lugar de la nave. No en la Tierra. Pocas cintas —o ninguna— habrían sobrevivido a los accidentes ni siquiera de un solo siglo, y a nadie le importaba ésa ya para nada. Tanto Marcella como el oficial de información habían muerto. Posiblemente se habían encontrado años después del despegue, y no se habían dado cuenta de que estaban unidos a través de él.

Todavía no había guardia junto a la entrada del hangar de embarcaciones, pero seguro que la habría pronto. Cuando se produjera el motín, la capitana querría cortar el camino de escape a los amotinados. Johann hizo a un lado la idea de que quizá ella deseara en todo caso conservar una vía de escape para sí misma. Con toda probabilidad el motín no empezaría, si es que empezaba, hasta que ella se hubiera ido.

Pero ¿se iba? Era contrario a las normas que el capitán desembarcara salvo en puerto amigo, pero no había normas que dijeran que no pudiera «anunciar» que pensaba hacerlo. Oprimió el botón verde y la puerta del hangar se levantó con un suspiro de aire comprimido.

—Yo —dijo la embarcación que se hallaba más próxima a la puerta—. Yo, yo, yo —fue el eco de su voz.

—¿Cuál de vosotras trajo de vuelta al teniente Helmut? —Su propia voz sonaba extraña en la inmensidad.

—Yo —gritó una desde medio kilómetro de distancia.

—¿Os han utilizado a algunas de las demás últimamente?

—No —profirieron varias voces; y una de ellas dijo—: Nunca desde el despegue, capitán de embarcaciones.

—Entonces, ¿estáis todas plenamente almacenadas?

—Todas menos ésa.

Eran de cuatro tipos: lanchas de desembarco con el mismo diseño utilizado para bajar a Helmut y sus subordinados, botes salvavidas destinados a ser utilizados en caso de emergencia; barcos provistos de misiles para el ataque en un radio corto; y buques nodriza para modificaciones y reparaciones externas. Un barco portamisiles haría que se lo pensarán dos veces antes de perseguirlo, pero éstos eran los de mayor tamaño y serían los más difíciles de ocultar una vez efectuado el descenso sobre el planeta. Finalmente se decidió por un buque nodriza, el número treinta y siete, trasladó a él alimentos y agua y equipo de supervivencia desde uno de los botes salvavidas y le dio instrucciones para que lo esperara junto a una escotilla cerca del puente.

—Vete ahora —dijo su sombra, una voz pequeña y seca muy cerca de su oído.

Sacudió la cabeza.

—Hay algunas cosas que quiero llevarme conmigo. Mis libros... y, si puedo, voy a intentar hacer que Grit me acompañe.

—Hola. —Era Helmut y había aparecido en el espacio entre los números diecisiete o dieciocho—. ¿Con quién estás hablando, Johann?

—Conmigo mismo, supongo. Me alegro de verte de nuevo aquí.

—Es bueno volver —respondió Helmut—. Es bueno poder sacarse esa maldita mascarilla respiratoria. ¿Sabes si Karl y los demás han avanzado algo con los bichos?

—No sé de qué estás hablando.

—Las bacterias transportadas por el aire. Si se demuestra que no infectan a los seres humanos o fabrican una vacuna, no tendremos que llevar esa cosa. Parece imposible que pueda haber semejante sopa de organismos unicelulares flotando por ahí en un lugar tan seco como ése, pero los hay.

—Hay agua en las hendiduras —dijo Johann—, y el aire es también más denso. Desde el punto de vista evolutivo, supongo que surgieron con el rociado de las cascadas.

—Tú no has estado abajo personalmente, para ver esas hendiduras.

—No.

—Lo sabía, por tus brazos y tus piernas. Nunca has puesto el pie en Neuerddraht.

—No sé cómo es que me he hecho estos arañazos.

—Yo tampoco lo sé —replicó Helmut—. Aunque tengo arañazos iguales. Tienes órdenes estrictas de no hablar, imagino; pero he observado mientras estaba ahí abajo que Elis te sustituía con mucha frecuencia, ahora que lo pienso.

—Nunca he estado ahí —dijo Johann de nuevo. Se tocó los cardenales con costra de las piernas—. Sufrí unas rascaduras en un pequeño accidente. Ya te hablaré de eso.

—Claro. —Helmut ya no escuchaba—. ¿Quién iba a sospechar que te enviaría a ti, el tullido? —Se acercó un paso más y Johann vio cómo su mano derecha se deslizaba bajo la cubierta de su bolsa de accesorios—. Nosotros éramos la expedición pública; vosotros, la privada; al fin y al cabo, está en juego el control de un mundo. Ella no podía correr ese riesgo. ¿Qué buscabas tú? Te vimos una vez, ya lo sabes.

—Exacto —respondió Johann—, me visteis.

Estaba tenso, aguardando el golpe, pero éste vino con demasiada rapidez. Esperaba que Helmut alzara el cuchillo por encima de su cabeza y asestara un golpe de arriba abajo, como habría hecho él. Sin embargo, la mano de Helmut se lanzó directamente adelante en cuanto hubo salido del borde de la bolsa.

En algún punto entre la bolsa y su cuerpo, el cuchillo se enmarañó en lo que habrían podido ser millares de pliegues de papel de seda negro. El cuchillo golpeó como un puñetazo propinado con un guante provisto de un grueso almohadillado; pero no había hoja, nada que se clavara. Afianzándose con la pierna rígida, Johann lanzó una patada a los testículos de Helmut. No acertó y sus pies se salieron de las sandalias mientras las embarcaciones lanzaban sonoras advertencias y él saltaba hacia el techo del hangar.

La evasión era innecesaria. El cuchillo de Helmut estaba ahora en libertad, pero el tejido negro cubría su rostro. Johann observó... cojeaba, las sandalias seguían clavándolo a la cubierta de acero y su cuerpo suelto flotaba como un globo de un cordel. De debajo del envoltorio oscuro salía un continuo gruñido suave que pronto se fue debilitando hasta desaparecer.

Durante un buen rato, después de que pareciera que Helmut había muerto, el tejido siguió en su lugar; luego regresó hasta Johann convertido en una nube, un humo tenue y oscuro que era sorbido hacia arriba, hacia él.

—No sabía que pudieras abandonarme —dijo.

—No lo deseo.

Al otro lado de la puerta del hangar, una marine que estaba de centinela había muerto. La visión de su cuerpo flácido hizo a Johann preguntarse a qué grupo habría estado afiliado Helmut. Teniendo en cuenta su personalidad, lo más probable era que se tratara de los ocultistas, y había en el pecho y en la entrepierna de la muchacha tajos que habrían podido ser efectuados con fines de ritual. Tal vez a ningún grupo más que al de su provecho; y posiblemente a un grupo del que Johann no había oído hablar.

Los corredores de las zonas de almacenamiento y las escaleras interiores por los que ahora pasaba estaban desiertos, aunque de vez en cuando podía oír el débil sonido de gritos a través de los ventiladores, y por dos veces se tropezó con cuerpos, uno de ellos el de un hombre al que conocía personalmente, un técnico del taller de instrumentos. Así que había empezado ya. Parecía probable que la ausencia de la capitana del puente hubiera sido interpretada por uno de los grupos como prueba de que había partido para Neuerddraht.

Cuando llegó al sistema principal de corredores, se despojó de la blusa con las insignias de oficial y la arrojó a un conducto de reciclado. Había más cuerpos, algunos patrulleros, numerosos hombres de la tripulación, unos cuantos en uniforme de marine de combate de color verde, flotando o pegados a las paredes y al suelo; y cicatrices de estallidos de

neutrones procedentes de las armas de los marines en los paneles de los mamparos. El grupo que estaba atacando, fuera cual fuese, se encaminaría hacia los aledaños principales del puente; y era evidente que habían desalojado a los marines de esta sección. Mientras corría apresuradamente hacia la entrada posterior del compartimiento donde se hallaban los aposentos de la capitana se preguntaba si se habría hecho algo por organizar y armar a los hombres de la tripulación leales; debían de ser muchos, seguro, y no podía haber más de unos centenares de marines.

Los centinelas habían muerto, pero la puerta del compartimiento de la capitana estaba todavía cerrada, con el cerrojo echado. Aporreó la puerta y esperó. La niebla oscura de su sombra se metió en la hendidura entre la puerta y el marco y, pasado un momento, la puerta se abrió con sólo tocarla.

En el puente, la capitana, acompañada de Elis, Gerta y Grit, observaba la pantalla del comunicador de consola. Esta mostraba a un grupo de hombres de la tripulación arracimados en torno a un carrito de laboratorio, instalando lo que parecía ser un proyector de rayos láser.

—¿Los místicos? —preguntó Johann.

Se volvieron a mirarlo con expresión sombría.

—Los COC —dijo Grit pasado un momento—. Cuando tengan eso listo, van a empalmar un cable de energía a los generadores de estribor y abrirse paso hasta nosotros; los marines controlan los corredores A y B del exterior, pero, cuando el rayo empieza a atravesar las paredes, no podrán hacer gran cosa. Todavía no se lo hemos dicho. Si deseas utilizar los auriculares de la terminal, el monitor jefe estará encantado de explicar todo el plan. Nosotros hemos oído lo suficiente. Y si...

La capitana interrumpió la voz asustada de Grit.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—A través de sus aposentos, capitana.

—¿Está despejado ese camino?

—El corredor estaba despejado cuando yo he pasado por ahí.

Grit miró al rostro de la capitana y luego al de Elis, y sus ojos preguntaban si se podía confiar en Johann para luego rogarles que se fueran. La sombra de Grit era más negra que las de los demás, y Johann se preguntó si le habría hablado ya a ella. En la pantalla del comunicador, Helmut entraba en el laboratorio donde los técnicos estaban preparando el láser. Hizo una pregunta y dio una escueta orden. Una emoción, que habría podido ser odio o desespero, pasó por el rostro de la capitana.

—¿Veis?, también es uno de ellos —dijo—. Y Horst, y mi ordenanza, a la que yo he tenido que disparar.

—Ya veo —replicó Johann, y luego añadió—: Tengo un buque nodriza esperando en la Escotilla Ocho.

Gerta, violando la disciplina de diecisiete años, dijo:

—No hay adonde ir.

—Está Neuerddraht —espetó la capitana.

—Las grietas —añadió Johann.

Pensaba en las largas cascadas de agua plateada y en las hojas de los helechos que parecían catedrales de arcos.

—Tienes razón —asintió Elis—, nunca nos localizarían ahí.

La capitana había cogido ya el diario de vuelo de la nave y se lo había metido bajo el brazo izquierdo. La mano derecha, a su costado, sostenía una pistola de neutrones pequeña, bruñida y reluciente; la boca apuntaba hacia las planchas del suelo, pero un dedo largo y ahusado estaba doblado en torno al gatillo.

—Usted viene con nosotros —dijo a Johann.

—Naturalmente —asintió él.

—No quiero que crea que no confío en usted. Pero no estaba en el puente cuando ha empezado el ataque. Ya ha habido demasiados traidores. Si llegamos sanos y salvos a la Escotilla Ocho y el buque nodriza esta allí, su lealtad quedará establecida sin lugar a dudas.

Johann asintió con la cabeza, y dio un paso en dirección a los aposentos de la capitana. Ésta hizo un seña a Grit y dijo:

—Vaya, muchacha, yo cerraré la marcha.

Un momento después, Elis, que iba justo detrás de Johann, susurró:

—Conque así están las cosas. Tú y yo vamos a tener que apañarnoslas con Gerta, al menos durante un tiempo.

El corredor seguía vacío, con la excepción de algunos cadáveres, pero el humo acre debido al aislamiento quemado salía en volutas por los ventiladores. Unos centenares de metros más allá de la puerta de los aposentos de la capitana, el corredor terminaba en una escotilla, y la placa de terminación que habría debido dirigirlos hacia una nueva conexión estaba en blanco.

—También él lucha —dijo Elis. Johann se volvió a mirarlo. (Detrás de él, Grit parecía dos mujeres, y su sombra se inclinaba sobre sus hombros como un conspirador.)—. El monitor jefe. No son sólo las personas... Es también el programa del monitor jefe, está luchando —dijo Elis.

—Podría aislarnos, ¿verdad? —susurró Grit—. Cortar todos los corredores y dejarnos a la deriva. Nunca podríamos salir.

—¡Tenemos que volver! —gritó Johann a la capitana.

Siguiendo el consejo de Johann, reunieron su desigual columna y tomaron el primer corredor lateral que parecía seguro.

—Nos vamos a quedar aislados —dijo Grit de nuevo—. Vamos a quedarnos flotando en el espacio.

—Si corta el puente perderá los instrumentos y los controles. No podrá manejar la nave.

—Pero nosotros no estamos en el puente. Ya no estamos allí. ¿Creéis que sabe dónde estamos?

Nadie contestó.

—Se ha vuelto loco —dijo la capitana después de una hora o más de avanzar por el nuevo corredor—. Esto nos lleva al módulo hidropónico. La cubierta hidro está acoplada al complejo del puente.

Elis, detrás de ella, había caído al suelo, y Grit andaba a tropezones y se apoyaba en el brazo de Johann.

—Tiene razón —dijo Grit—, puedo oler las plantas. —Su cara redonda y suave estaba perlada de sudor.

Entonces, Grit desapareció. Gerta, que caminaba detrás de ella, se quedó boquiabierta. Los otros no habían observado que Grit no estaba ya con ellos. Johann pasó apresuradamente por delante de la muchacha alta y gritó:

—¿Hay alguna escotilla en el hidromódulo? Tiene que haberla. ¿Dónde está?

—La número Tres Noventa y Uno —respondió Elis—. Creo que el monitor jefe está intentando alejarnos de la número Ocho. Debe de haberos oído hablar de ello.

—¿Dónde está? —preguntó Johann de nuevo.

—No lo sé, porque no sé por qué punto vamos a entrar en el módulo.

—Corre —dijo Johann cogiendo a Gerta del brazo—. Ella ha ido a por el buque nodriza, creo.

El corredor discurría en tirabuzón y luego se abría a una sala abovedada de varios miles de metros de longitud en la que se alzaban altísimas plantas de color verde oscuro bajo luces intensas, hilera tras hilera, extendiendo ramas y zarcillos imposibles, imperturbables ante la gravedad, en el aire quieto.

Encontraron la escotilla al final de un tortuoso camino verde que casi podría haber estado trazado a través de una selva. Había emparrados debajo de los árboles, donde cuerdas de mano de colores se extendían por encima de la celulosa absorbente que contenía el fluido hidropónico. Y, por dos veces, Johann atisbo extrañas estatuas amarradas a ramas, colocadas a mayor profundidad en el verde crepúsculo bajo las hojas. Grit, recordó Johann, decía que Rudi era técnico aquí.

Al llegar a la escotilla, Gerta y Elis hicieron girar el volante de apertura.

—; Y si ella no está ahí fuera? —exigió la capitana—. ¿Dónde podrá estar? Esto es una locura.

Los labios de la escotilla se frunció y a continuación se dilataron; al otro lado estaba el interior profusamente iluminado del buque nodriza.

—¿Todavía tengo que ir yo el primero?

Una leve sonrisa cruzó por el rostro de la capitana.

—No estará pensando en pasar una luna de miel en Neuerddraht con la pequeña Grit, ¿verdad, Johann? No, usted viene el último, pero estoy ansiosa por tenerlo a bordo para que me diga cómo se las ha arreglado para apañar todo esto.

El protocolo exigía que la capitana entrara la última en una nave. Elis pasó como una flecha por la escotilla.



—Hacemos una deferencia a su graduación —dijo la capitana a Johann—. Al fin y al cabo, ha sido usted el líder de la evasión. —Entró después de Elis.

Gerta observaba el rostro de Johann. Éste sacudió la cabeza moviéndola tal vez un centímetro arcada lado; ella vaciló y, a continuación, cerró la escotilla. El bajó bruscamente el cerrojo de seguridad.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

El silencio de las plantas, su felicidad, su verde realidad, se cerró en torno a ellos. La sombra de Johann permanecía ante él sobre la escotilla, una silueta negra como un agujero en el espacio.

—Escóndete aquí—dijo—. Yo volveré a buscarte. —Y luego—: De vuelta al puente. —Cerró los ojos.

La pantalla del comunicador mural enfocaba el espacio; en ella, el buque nodriza se alejaba veloz de la nave como una piedra lanzada con una honda. La pequeña pantalla de la consola de control mostraba a Horst y Helmut de pie al lado del proyector de rayos láser y, detrás de ellos, el corredor que llevaba al puente.

—Sin condiciones —dijo Helmut—. Métete en el loro y diles a los marines que dejen sus armas. Diles que el monitor jefe ha ganado.

Johann fue hasta las puertas que llevaban al corredor y las abrió de par en par. El comandante de marines estaba allí, en un centro de comunicaciones de campaña, rodeado de oficiales subordinados y oficinistas.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Johann—. El comandante lo saludó de manera casual.

—Muy bien. Hemos despejado el corredor de mando, como puede usted ver, y tenemos prácticamente bajo control el A, el B y el D. Hemos perdido muchos de los centinelas que habíamos apostado por allí, sin embargo, y ha habido bastante humo.

—Lo sé. Sospecho que el ordenador habrá estado friendo sus propias tripas para hacer tanto humo.

Un teniente de marines dijo:

—La mayoría de los prisioneros que hemos hecho hasta ahora pertenecían a esas religiones de chiflados más que al COC.

El comandante hizo un gesto indicando el puente.

—Usted debe de tener un cuadro general mejor que el que tenemos aquí. ¿Cómo se ve la cosa desde allí?

—Creo que el camino está despejado.

Volvió a entrar, cerró las puertas y, a continuación, con un destornillador sacado de la taquilla de herramientas de emergencia que había junto al panel de navegación, levantó las planchas del suelo entre la cabina del comunicador y la terminal del ordenador. Quien fuera que los había empalmado —probablemente Horst, pensó Johann, y tal vez Üschi— había utilizado hilo brillante de color escarlata y añadido el sacrificio de una rata degollada atada en una bolsa clara para preservación de alimentos. Dirigiéndose a la terminal, dijo:

—Helmut ha muerto. No deberías habérselo enseñado. Lo hemos matado en el hangar.

Arrancó las conexiones y contempló cómo se desvanecían los fantasmas generados por ordenador. A continuación se levantó lamentando haber perdido su guerrera de oficial. Después de haber marcado el código correspondiente a «todas las pantallas» en el comunicador, anunció:

—El motín ha terminado. Creo que algunos de vosotros, que habéis luchado contra el puente, habéis sido alentados por informes optimistas propagados por el sistema de comunicaciones. Esos informes eran falsos y no se repetirán. Habéis sido derrotados hace rato, cuando fracasó el intento de apoderarse del puente por asalto.

»Se necesitan ahora todas las manos para salvar la nave. A los amotinados que depongan las armas se los perdona plenamente desde este momento. Se espera de todos los miembros leales de la tripulación que se unan para eliminar a todos quienes siguen portando armas. Aquí vuestro capitán. Corto.

Dirigiéndose a la terminal del monitor jefe, dijo:

—¿Qué probabilidades de supervivencia tiene ahora la nave?

Desconectó los auriculares y tecleó el altavoz.

«Respuesta: Para una proyección de cinco años, de 0,383 para arriba. ¿Piensa usted consultar frecuentemente con el monitor jefe?»

—No —contestó el capitán.

En un asalto, el territorio era el enemigo. Se quitó las sandalias de una patada y fue flotando hasta el panel de navegación para iniciar la laboriosa tarea de fijar un nuevo rumbo.

## Ediciones originales de los relatos

Copyright de la introducción, © 1989 de Gene Wolfe.

- «A Cabin on the Coast», copyright © 1981 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Z# den Sternen*, publicada por Peter Wilfert (Goldmann Verlag, Munich).
- «The Map», copyright © 1984 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Light Years and Dark*, publicada por Michael Bishop.
- «Kevin Malone», copyright © 1980 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *New Terrors*, publicada por Ramsey Campbell.
- «The Dark of the June», copyright © 1974 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Continuum 1*, publicada por Roger Elwood.
- «The Death of Hyle», copyright © 1974 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Continuum 2*, publicada por Roger Elwood.
- «From the Notebook of Dr. Stein», copyright © 1974 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Continuum 3*, publicada por Roger Elwood.
- «Thag», copyright © 1975 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Continuum 5*, publicada por Roger Elwood.
- «The Nebraskan and the Nereid», copyright © 1985 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*.
- «In the House of Gingerbread», copyright © 1987 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *The Architecture of Fear*, publicada por Kathryn Cramer y Peter D. Pautz.
- «The Headless Man», copyright © 1972 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Universe 2*, publicado por Terry Carr.
- «The Last Thrilling Wonder Story», copyright © 1982 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*.
- «House of Ancestors», copyright © 1968 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *IF*.
- «Our Neighbor by David Copperfield», copyright © 1978 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Future Tense*, publicada por Lee Harding.
- «When I Was Ming the Merciless», copyright © 1975 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *The Ides of Tomorrow*, publicada por Terry Carr.
- «The God and His Man», copyright © 1980 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*.
- «The Cat», copyright © 1983 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en el libró/del programa para la Convención Mundial sob/e Fantasía de 1983.
- «War Beneath the Tree»// copyright © 1979 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Omni*.
- «Eyebem», copyright © 1970 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Orbit 7*, publicada por Damon Knight.
- «The HQRARS of War», copyright © 1970 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Nova 1*, publicada por Harry Harrison.
- «The Detective of Dreams», copyright © 1980 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Dark Forces*, publicada por Kirby McCauley.
- «Peritonitis», copyright © 1973 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Tomorrow's Alternatives*, publicada por Roger Elwood.
- «The Woman Who Loved the Centaur Pholus», copyright © 1979 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*.
- «The Woman the Unicorn Loved», copyright © 1981 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*.
- «The Peace Spy», copyright © 1986 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*.
- «All the Hues of Hell», copyright © 1987 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *The Universe*, publicada por Byron Preiss.
- «Procreation» (como «Creation», «Re-creation», «The Sister's Account»), copyright © 1983, 1984 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Omni*.
- «Lukora», copyright © 1988 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Terry's*

- Universe*, publicada por Beth Meacham.
- «Suzanne Delage», copyright © 1980 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Edges*, publicada por Úrsula K. Le Guin y Virginia Kidd.
- «Sweet Forest Maid», copyright © 1971 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*.
- «My Book», copyright © 1982 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Amazing Stories*.
- «The Other Dead Man», copyright © 1987 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Weird Tales*.
- «The Most Beautiful Woman on the World», copyright © 1987 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en el libro del programa Disclave 1987.
- «The Tale of the Rose and the Nightingale (And What Came of It)», copyright © 1988 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *Arabesques*, publicada por Susan Shwartz.
- «Silhouette», copyright © 1975 de Gene Wolfe; aparecido por primera vez en *The New Atlantis*, publicada por Robert Silverberg.